

L U I S   D E L G A D O

# La fragata *Princesa*

LAS ALTAS CALIFORNIAS

U N A   S A G A   M A R I N E R A   E S P A Ñ O L A



En este quinto volumen de su serie de novela histórica, Luis Delgado fuerza un cambio brusco en el escenario geográfico para trasladar al lector hacia las Indias. Su protagonista principal, el ya teniente de fragata Francisco Leñanza, es destinado al Apostadero de San Blas, en la costa mejicana occidental de nuestros días. El foco histórico elegido por el autor para esta nueva entrega es el de las expediciones marítimas en el noroeste americano, donde los marinos españoles cierran el círculo descubridor del nuevo continente por las costas actuales de los Estados Unidos, Canadá y Alaska.

Leñanza toma el mando de la expedición naval que, desde San Blas, se dirige hacia las islas Nutka para posesionar y fortificar en nombre de España, embarcado en la fragata *Princesa*. Y es allí donde surge el importante conflicto con los buques e intereses británicos, que llevan las relaciones entre ambas naciones hasta un punto cercano al rompimiento de hostilidades, recién inaugurado el reinado de Carlos IV.

Luis Delgado maneja con su habitual maestría los hilos de la rigurosa narración histórica y los avatares novelescos de sus personajes, para entregarnos una obra en la que priman las situaciones comprometidas, espectaculares y desconocidas de nuestra rica y extensa Historia Naval, que obligarán a su continua y apasionada lectura desde las primeras páginas.



Luis M. Delgado Bañón

# **La fragata *Princesa***

**Las Altas Californias**

**Una saga marinera española - 5**

ePub r1.1  
Titivillus 3.10.15

Título original: *La fragata Princesa*  
Luis M. Delgado Bañón, 2003  
Diseño de cubierta: Sofía Alonso

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



*El que no sepa rezar, que vaya por esos mares, y verá que pronto aprende  
sin enseñárselo nadie*

Refrán marinero

*Al establecerse en una isla o recóndita colonia, el primer edificio que  
levanta el español es una iglesia; el francés, un fuerte; el holandés, una  
factoría; el ruso, una cárcel, y el inglés, una taberna.*

Enseñanza histórica

## Nota

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores, me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción, utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan solo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos, son fruto absoluto de mi imaginación.

Llegó la hora de dedicar una de mis obras a quien, sin duda, más lo merece.

Esta va por ti, rubia.

Además de reiterar mi permanente agradecimiento al personal de los diferentes Archivos de la Armada, en esta ocasión deseo expresar uno muy especial a Francisco Fuster Ruiz, profesor titular de la Facultad de Ciencias de la Documentación en la Universidad de Murcia, y antiguo Director Técnico del Archivo General de la Armada, por su magnífica tesis, *El Final del Descubrimiento de América*, que detalla nuestra extraordinaria aportación descubridora en la costa noroeste de dicho continente, así como por sus observaciones personales en amenas conversaciones, que me han ofrecido una importante documentación, necesaria para escribir esta obra.

## Prólogo

Dice un refrán español en sentencia habitual, que no hay quinto malo. Puedo asegurar que las experiencias vividas a lo largo de varios años en buques de la Armada, me confirmaron por derecho tal conjetura, y no es que haya dudado jamás de tantos y sabios proverbios que acarician nuestra lengua, que si en tierra presentan su importancia, en la mar se convierten en la mejor de las escuelas y de obligado cumplimiento. Es cierto que ese número ordinal persiguió mi andadura durante años, hasta convencerme de su bondad y feliz cobertura. Embarqué en diversas unidades cuya numeral remataba en el querido cinco, fragatas y destructores en los que viví momentos inolvidables, acompañado por la suerte que todos necesitamos.

Comprenderán, por lo tanto, que aborde con franco optimismo este quinto volumen de la colección de novela histórica, Una Saga Marinera Española, una serie que parece tomar brioso cuerpo y positiva consistencia, en contra de los agoreros que le pronosticaban con su proverbial entusiasmo una escasa y corta andadura. Son muchas, sin duda, las razones que pueden dar a pique con una empresa de tal envergadura, en especial el cansancio del lector, la paciencia del editor o la moral del autor, que todo es posible en estos menesteres. Pero si, como parece, la crítica general se mantiene a favor, pueden estar seguros que no desmereceré de tal apoyo y continuaré con la tarea emprendida, aunque todavía me asuste de lejos su complicado y extenso aparejo.

Reitero, como punto de cierta importancia, el empeño establecido para que cada nueva entrega pueda acometerse sin la necesaria lectura de los volúmenes anteriores. Intento que cada obra de la serie conforme un mundo propio y particular, aunque se recuerden, de forma inevitable, momentos vividos en las etapas precedentes, que ofrecen importantes perspectivas a cada nueva entrega.

Por las razones expuestas, considero conveniente y necesario recordar en este prólogo, con la suficiente discreción, los principales momentos de los cuatro volúmenes anteriores. De esta forma, el lector que acomete este volumen sin experiencias previas en la colección, podrá hacerse una idea general de la serie.

En la obra inicial, La galera «Santa Bárbara», el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado Gigante, era un honrado joven castellano que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos y conocer parajes desconocidos, como tantos españoles que engrandecieron de esta forma su patria y su nombre.

Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia es condenado, por interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible que podía sufrir un hombre en

aquella época, seis años como forzado a galeras; a bogar encadenado en aquellos terribles buques de la Real Armada que, sin embargo, tanta gloria y miseria encerraron entre sus cuadernas. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su añorado pueblo, donde le es posible crear una familia y enriquecer su hacienda.

En la segunda obra, La cañonera «23», el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigante por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera que sufrió su progenitor a temprana edad, esa especial llamada de la mar a la que sucumbieron tantos recios hombres de tierra adentro, hasta alcanzar algunos de ellos los más altos empleos en la Armada. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vástago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar un necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años para los que aportaban suficiente fortuna.

Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos, un noble personaje bien distinto al humilde joven que abandona su pueblo, para recibir la necesaria instrucción y aprendizaje de caballero en la Corte.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, Pecas, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, Cristina, hermana del gran amigo.

La tercera obra de la serie, La flotante «San Cristóbal», basa su momento histórico en la que pudo ser gloriosa jornada del 13 de septiembre de 1782, el ataque combinado y definitivo contra la plaza sitiada de Gibraltar por medio de las baterías flotantes, cascos de viejos mercantes acondicionados con las ideas del inventor francés *monsieur* D'Arcon. Gigante consigue embarcar en una de ellas, bajo el mando del capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que tan merecida fama alcanzaría con el paso de los años.

Continúa el protagonismo del jefe de escuadra don Antonio Barceló en este volumen, las desafortunadas vacilaciones del teniente general Córdoba, al mando de poderosísima escuadra, en lo que acabó por llamarse combate del cabo Espartel, así como las acciones del inseparable amigo y compañero Pecas, que toma la voz en algunos capítulos. También se presentan momentos de dicha y dolor en los amores de nuestro protagonista con la hija del duque de Montefrío, que sufren los rigores de la época.

En la cuarta entrega, El jabeque «Murciano», tomo como foco histórico de referencia las jornadas de Argel, para abordar, de forma particular, la acometida en el verano de 1784, que cimentó las bases de la paz acordada con la Regencia argelina, santo y seña de la piratería berberisca que tanto dañaba las costas y comercio mediterráneos. Nuestro protagonista, el ya alférez de navío Francisco Leñanza, Gigante para nosotros, se recupera de las heridas sufridas en la jornada de las flotantes, una vez contraído matrimonio con la hermana del gran amigo.

Repuesto de cuerpo y alma, amansados sus amores y extrañando la mar desde la dehesa extremeña, Gigante sigue los consejos de su admirado general Barceló y embarca en el jabeque Murciano, unidad entroncada en la escuadra que, bajo el mando del bravo marino mallorquín, se dirige a la bahía de Argel para castigar la ciudad, sus defensas y fuerzas navales.

Como fue diario acaecer en los buques de la Real Armada, asistiremos en este volumen a encarnizados combates, duros temporales y alguna de las sorpresas, épicas muchas de ellas, que siempre la mar y la guerra acechan en sus aguas a cualquier embarcación.

Y ahora abordamos el quinto volumen de la serie, que espero mantenga a los lectores enganchados a importantes retazos de nuestra Historia Naval, a la vez que interesados en los novelescos episodios de nuestro personaje, el ya teniente de fragata Francisco de Leñanza. Podrán comprobar que llevo a cabo un cambio brusco en el escenario geográfico, para instalar a nuestro héroe particular en las costas americanas del Pacífico. En el Apostadero de San Blas, hoy territorio mejicano, se desarrollan los acontecimientos que originan su posterior embarque en la fragata Princesa, que da título a la obra.

El foco histórico escogido para este volumen es el de las expediciones llevadas a cabo por unidades de la Armada en el noroeste americano, cuando en realidad se consigue perfeccionar el mapa de la América del Norte en su costa occidental. Se trata, sin duda, de una magna empresa que corresponde por derecho propio a la Marina española, años antes de las expediciones de otros navegantes como James Cook y el conde de La Perouse que, sin embargo y como nota habitual de esa historia escrita con tan escaso rigor, acapararon la gloria absoluta de muchos descubrimientos llevados a cabo por marinos españoles. No debemos olvidar que cuando en 1822 los miembros de la Armada se ven obligados a abandonar la zona mejicana, han completado un círculo histórico inmenso: Ser la primera Institución en llegar a América y la última en abandonarla, llevando a cabo la gigantesca labor de descubrimiento y levantamiento de la costa americana casi en su totalidad.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con la lectura de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos, pero de trascendental importancia, en nuestra Historia Naval y, por lo tanto, de España. Como siempre he preconizado con absoluta sinceridad, mantengo la obligada premisa de ofrecer el máximo rigor histórico en mis narraciones, porque no considero permisible frivolar

con temas tan serios como la Historia.

Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, se incorporan diversos hechos novelescos de mis personajes, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra, para hacerla amena y atractiva. Deben tener en cuenta que aunque se trate de los necesarios elementos de ficción que ayudan a conformar una novela histórica, no lo son tanto para quien los ha creado y convive largo tiempo con ellos en estrecha comunicación. Les aseguro que como hijos muy queridos, pues eso son en realidad, Gigante, Pecas, Cristina y Setum ocupan ya un hueco muy especial en mi vida.

Y tras una corta pausa, comienzo a observar entre la boria del horizonte las siguientes entregas. Atravesaremos los momentos iniciales de la Revolución Francesa, que nos llevaron a un extraño entendimiento con los ingleses, para entrar a saco a continuación en acciones navales de gran importancia, una vez declarada nueva guerra a la Gran Bretaña, norma habitual y repetida en el siglo XVIII. Pero, bueno, eso llegará en su momento.

LUIS M. DELGADO BAÑÓN

# 1

## *Mar abierta*

Un manto azul abarcaba el mundo de parte a parte, puro y celestial calafateo sin resquicio posible. El horizonte, aparente línea de separación entre la vida y la muerte, se rendía en círculo a mis pies, como si una campana de cristal, brillante y prodigiosa, se hubiera posado dulcemente sobre las aguas. Sé por experiencia que no existe visión comparable a la de la mar abierta en profundidad infinita, cuando se aparece como dulce e ingenua doncella en calma dichosa, sin deseos aparentes de engullir los inventos humanos que por su alma transitan. Y allí me encontraba feliz de cuerpo y espíritu, izado en la cofa del palo trinquete<sup>[1]</sup> del navío de dos puentes<sup>[2]</sup> San Ildefonso, orgullo de la construcción naval en nuestros arsenales, navegando en un punto del océano Atlántico a caballo entre la vieja España y las jóvenes Indias, mientras el alba se ceñía avante y cambiaba sus colores en fantástica progresión.

Saben quienes ya me conocen, por haber leído algunas de mis tristes y felices experiencias, que abordo estos recuerdos cuando pocas singladuras<sup>[3]</sup> restan a mi cuerpo. Fiel a la costumbre desde que sentara plaza de guardiamarina en la Escuela Naval de Cartagena, los primeros y ya lejanos días en mi querida Armada, solía disfrutar de la celestial visión marinera bien arriba de los palos, al alba, esos especiales momentos en los que la luz se abre a un nuevo día. Aquella en concreto era una amanecida de incomparable belleza, con horizontes claros y cielos despejados, entrados en la segunda mitad del mes de marzo del año del Señor de 1788.

Los que hayan seguido con atención el cuaderno de bitácora<sup>[4]</sup> de mi vida, habrán comprobado que retomo estas líneas, que intento aparejar con ventura y aliño marinero, cuatro años después. Y no crean que me acaricia la holganza de corazón tan natural a la avanzada edad que disfruto o peno, sino que decidí entrar a repique en faena de mar, con lo que los recuerdos humedecidos por la brisa de las aguas se me hacen más felices a la pluma, hasta el punto de navegar la mano por cuenta propia y sin esfuerzo aparente. Pero no teman haber perdido parte de mi azarosa vida, que los pondré al día, dentro de lo posible, en un breve resumen.

Creo que cerré estas páginas algunas semanas atrás, cuando les narraba momentos duros y felices a bordo del jabeque<sup>[5]</sup> *Murciano*, tras el combate mantenido con aquella fragata argelina que intentaba cobrar presa cristiana en redondo y franca superioridad. Pero nos favoreció una vez más el dios de la mar y pude regresar a la hacienda familiar de Santa Rosalía, donde descubrí a Cristina con nuestro primer hijo en sus brazos, un nuevo Gigante a primera vista, con solo observar sus recias hechuras. Ese lejano apodo que arrastrara mi padre en pavorosa desventura, se había

amadrinado a los Leñanza y a la Armada por generaciones, que ya eran tres con el recién abierto a la vida.

Intento pasar por alto o con cierta ligereza aquellos cuatro años, porque de rutina y seco puro podría denominarlos, en comparación con otras fases de mi vida a las que ofrezco mayor importancia e interés para los que alcancen a leer estas páginas. Gocé a fondo de ese especial sentimiento que se siente al comprobar que nuestra carne y nuestra alma se extienden en una nueva vida que, aunque separada, forma parte de nosotros mismos. Sin embargo, me incorporé a mi destino pocas semanas después, cuando el jabeque Murciano había restañado sus heridas abiertas por temporal y fuego, hasta quedar a flote como dama en ejercicio. Y aunque parezca milagroso que animal herido de muerte recomponga sus costuras con tan pulcra exactitud, no son más que prodigios propios y habituales en los arsenales de la Armada, difíciles de creer sin comprobarlos a la vista.

Nos manteníamos en periodo de paz alargada y, tras el castigo ofrecido a la Regencia argelina, no parecían los piratas berberiscos muy dispuestos a ofendernos de nuevo con sus naves enviadas al corso, que tanto dañaban nuestro comercio y los mismos pueblos levantinos y baleares. Sin embargo, con esa valentía verbal tan procaz y habitual en ellos, comenzaron a propalar lenguas sobre el escaso daño que le ofreciéramos en la pasada jornada. Por esta razón, se ordenó aprestar una tercera expedición bajo las órdenes de nuestro querido general Barceló, que la dispuso en este caso con todo lujo de medios y bajeles, de forma que llegarán las noticias con detalle a los cerrados oídos del Dey argelino.

Tal y como se preveía, causaron el efecto perseguido los preparativos navales, por lo que comenzaron a manifestarse nuestros vecinos africanos más propicios a la negociación. Pocos meses después, recibidas de la Regencia seguridades de estar dispuestos a conversar sobre la necesaria paz, acudió al puerto de Argel el general Mazarredo con una división compuesta por dos navíos y dos fragatas, arbolando bandera de parlamento. La escuadra española fue saludada por la plaza con los máximos honores, 21 cañonazos, y comenzaron las conversaciones en un duro tira y afloja que a punto se encontraron de ruptura total, dadas las inadmisibles exigencias del Dey.

Por fortuna, tras la segunda conferencia y rebajadas las tablas a cubierta, se dio a la vela Mazarredo en tornaviaje con argumentos suficientes para hacer posible el tratado de paz y amistad, que se firmó el 14 de junio de 1786. Contaban entre las condiciones principales, cesar automáticamente el corso y la esclavitud, así como el establecimiento de un consulado español en Argel y otras prebendas para nuestros compatriotas en aquellas tierras. De esta forma, firmados los acuerdos con las Regencias de Argel, Trípoli y Túnez, al cabo de los siglos quedaban libres de enemigos y piratas los mares desde los Reinos de Fez y Marruecos en el Océano, hasta los últimos dominios del turco en los confines del Mediterráneo.

Mucho agradeció el pueblo llano tal conquista, fomentada con nuestras armas en

la pasada jornada de castigo a la capital argelina. De esta forma, dábamos fin a la esclavitud de tantos miles de pobres inocentes, a la vez que se poblaban y cultivaban con inusitada velocidad más de 300 leguas de terrenos en la costa Mediterránea, los más fértiles de España según palabras del mismísimo conde de Floridablanca, entrados en alivio de la permanente amenaza berberisca.

Sumada a la paz con los bótanos la alcanzada con las regencias, el número de buques que tomaron el camino de los muelles de desarmo<sup>[6]</sup> aumentó en forma notable para nuestra desgracia. Al tiempo que las arcas públicas intentaban recuperarse de la última y alargada guerra con los ingleses, ahorrando caudal en armas y bastimentos, parecíamos olvidar una vez más en suicida repetición, que es en los periodos de paz cuando se deben ejercitar las maniobras y ejercicios de guerra que nos hicieran evitar la debilidad mostrada ante el enemigo en combate. Pero parece que los Reyes y sus secretarios olvidan con extrema rapidez los males padecidos, como si el periodo de paz debiera alargarse hasta el infinito, aunque ya se embastaran en sus cabezas planes de confrontación con otras potencias.

En el último trimestre de 1784, salimos a la mar en nuestro jabeque por avisos de corsarios, infundados todos ellos en progresión. Sin embargo, dichas llamadas propiciaron algunos ejercicios de mar y guerra necesarios al punto. Pero también el periodo pacífico atacó a nuestra unidad, entrados los miembros de la dotación en permuta permanente, y con periodos en los que no conseguíamos cubrir un tanto por ciento mínimo del necesario personal. Y de esta forma embocamos un periodo de actividad disminuida hasta la más baja cota, salvo espaciadas comisiones de transporte, como aquella que provocara nuestra épica actuación contra la fragata argelina.

Por mi parte, acudía a nuestra hacienda de Santa Rosalía cuando me era posible, para disfrutar de la compañía de mi querida esposa Cristina y abrir la boca en amplia y aguada sonrisa al observar cómo se desarrollaba el pequeño Santiago de Leñanza y Cisneros, un sentimiento comparable a la pura observación de la mar abierta. Como pueden comprender, nada pudimos hacer ante la insistencia de mi cuñado, gran amigo y compañero de armas, Pecas, para evitar que su sobrino portara su nombre al recibir las santas aguas, sacramento que también apadrinó acompañado de una lejana tía que se encontraba bien cercana a su última navegación. La verdad es que tanto Cristina como yo aceptamos gustosos y encantados el padrinazgo de Pecas, dado el cariño y afecto que profesábamos al pequeño oficial.

Fue en el nuevo año cuando se dictó el decreto que cambiaba el distintivo nacional de nuestra bandera, ordenándose tan importante permuta por decreto de 1785. De esta forma, abandonamos aquellos pabellones que durante todo el siglo mostraban los Estados regidos por la casa Borbón, simbolizados por el color blanco, que tan difíciles eran de distinguir en la mar, hasta llegar a producir peligrosas situaciones. Nuestro Señor don Carlos III escogió, entre los modelos que le presentó el Secretario Universal de Marina, bailío don Antonio Valdés y Fernández Bazán, el

que mejor recordaba las glorias de España. De esta forma se desechaba todo signo de personalidad y linaje para la enseña patria, que son perecederos como la misma vida, para decidir los colores rojo y amarillo, tradicionales en la nación y que deben perdurar tanto como ella, según parecer de nuestro Señor.

Por mi parte y ante la escasez de misiones en la mar, seguí los sabios consejos del general Barceló, y en unión de mi inseparable amigo Pecas, que también penaba la inactividad en el bergantín Infante, nos inscribimos en los cursos de formación que se impartían en los Departamentos Marítimos. Bueno, he de aclarar que me costó convencer al imprevisible compañero, que aceptó a regañadientes la empresa formativa, tan poco propicio a acariciar los libros y la enseñanza que no le llegara de forma directa. Pero fue un acierto tal medida, porque no solo recibimos lecciones de maniobra, con las últimas novedades tácticas, sino también buenas enseñanzas de los últimos adelantos en la artillería naval y, de forma muy especial, en navegación, que merece comentario aparte.

Gracias a nuestros rápidos ascensos desde el empleo de guardiamarina, la preparación académica que tanto Pecas como yo habíamos recibido en la Escuela Naval, había sido escasa en cantidad. Fuimos aprendiendo la artillería y maniobra más bien a la brava y sobre cubierta, un buen sistema que mantenía como propio la marina británica. Sin embargo, en cuanto a la ciencia de la navegación, con los nuevos sistemas para el cálculo exacto de la longitud, nos encontrábamos como pez en pellejo de vino.

Les aseguro que fue prodigioso comprender cómo, en base a unas tablas comparativas y el uso de aquellos extraordinarios cronómetros de máxima precisión, éramos capaces de calcular la situación del buque en la mar con latitud y longitud exactas, lo que parecía un prodigio celestial. De esta forma, se acababa con la siempre dubitativa navegación, cuando tan importante es tomar el punto con fidelidad y evitar desagradables sorpresas que pueden abrir los fondos de cualquier buque en la mar de forma inesperada.

Por fortuna, la construcción de buques en los Arsenalas continuaba a ritmo generoso, una dedicación que nunca decreció con nuestro Señor don Carlos III, aunque sea real contrasentido con el desarmo paralelo y la falta de prácticas en la mar. De tal forma aumentaban las unidades en servicio, que por aquellos años de sesteo marinero y guerrero cayó en mis manos un Estado de Fuerza de la Real Armada, donde se contaban un total de 76 navíos, 51 fragatas, seis corbetas, 13 urcas<sup>[7]</sup>, 15 jabeques, 10 balandras, 31 bergantines, cinco paquebotes<sup>[8]</sup>, dos lugres<sup>[9]</sup>, un balahuxe<sup>[10]</sup>, siete goletas, ocho bombardas, cinco pataches, cuatro galeras, cuatro galeotas, cinco brulotes y 65 lanchas cañoneras, estas últimas de tan inolvidable recuerdo para mí. Creo que jamás nuestra Armada llegó a disponer de una fuerza de tal magnitud que, sin ser capaz de ofender de frente a las de Inglaterra o Francia, podía desnivelar, sin duda, el teórico equilibrio existente entre ellas.

Y de esta forma comenzó a discurrir el tiempo por nuestras carnes con más remo

que vela<sup>[11]</sup>, lo que poco a poco consigue minar nuestros espíritus como broma<sup>[12]</sup> encajada en los fondos. No es fácil adaptarse a los almohadones de miraguano, cuando has utilizado los coyotes a diario y en balance continuo. Muchos opinarán que tal disquisición es más propia de enajenados, pero quien tal aseveración defiende no debe haber experimentado en sus carnes la vida en la mar, que te hace regresar a esa madre en permanente movimiento sin remedio. Sin embargo, no todo en nuestra carrera se cubría con la manta negra, porque recibimos la compensación del ascenso, maniobra que requiere detenida explicación.

Por mi parte, el comandante del jabeque Murciano, recién ascendido a capitán de fragata don José Girón, tras la acción llevada a cabo contra la fragata Gloriosa, me propuso para el inmediato ascenso por los méritos extraordinarios mostrados en valerosa y suicida acción contra el enemigo, y conste que repito sus propias palabras. Aunque el general Barceló, como jefe superior, informara la petición en acuerdo y meritorios, todo es lento en la Corte y debí esperar hasta el mes de enero de 1786, cuando ya no lo esperaba, el nombramiento y patente de teniente de fragata de la Real Armada. Ya pueden imaginar los comentarios que cruzamos Cristina y yo con Pecas, en los que metía mi espada en sus entrañas al encontrarse por debajo de mí en el escalafón.

Pero no calibré bien las posibilidades de mi inseparable amigo, porque dos meses después se produjo también su ascenso, a propuesta del comandante del bergantín Infante, teniente de navío Juan María Villavicencio, pero no por méritos adquiridos en los combates de Argel, que los hubo, sino por su extraordinaria disposición, empeño y buen hacer durante la visita girada por la escuadra del brigadier Aristizábal a Constantinopla, pocos días antes de los ataques a la plaza africana. Cristina y yo alegamos en chanza que ese ascenso se debía en gran porcentaje a las paletillas y generosos caldos embarcadas por mi cuñado a bordo, por lo que lo llamamos como el ascenso de la manduca.

De esta forma continuaba mi rápida carrera en la Real Armada, porque ya era todo un señor teniente de fragata a los veinte años, juventud en la que me ganaba Pecas de largo con sus diecinueve recién cumplidos. Es fácil imaginar que las celebraciones en Santa Rosalía se conocieron por toda la región, siguiendo las normas y hábitos de Pecas, en contra de mi natural y negativa reacción ante tales demostraciones.

Por aquellos días, entrados en el año del Señor de 1787, tuvimos conocimiento de un naufragio espantoso, el del navío San Pedro de Alcántara. Habiendo partido de Lima en septiembre de 1784, conducía 7.601.960 pesos en oro y plata, más de trece mil quintales de cobre y otros muchos objetos de valor que tan sabiamente almacenan en cubierto comerciantes y profesionales, para evitar las garras del Estado. El navío recaló en la costa portuguesa el 2 de febrero de 1786, varando en la noche contra una peña de las que muestran lanzas y puñales, con marejada gruesa del nordeste y viento cascarrón. El buque se abrió de quilla y cuadernas en pocos segundos, ofreciendo

sepultura naval a 14 jefes y oficiales, más 152 miembros de su tripulación, incluidas cinco mujeres en pasaje. Por suerte para las arcas de Su Majestad, se recuperó en los meses siguientes la casi totalidad de los pesos que tanta falta hacían, así como 6.625 barras de cobre.

Y como insana repetición, durante aquellos meses de invierno perdimos en la costa de la muerte la balandra Vencejo, varada contra las piedras, de la que se salvaron solamente ocho hombres. Este segundo caso me afectó de forma directa al perecer el comandante, capitán de fragata Lorenzo de Mendoza, con quien coincidiera en las flotantes. También perdieron la vida todos los oficiales, entre los que se contaban dos miembros de mi brigada en la escuela Naval de Cartagena. Pero así es la mar y el servicio en la Armada, que tan poco conoce de paz o guerra, especialmente porque los caudales de Indias han de continuar en recibo y la mar no distingue periodos de enfrentamiento o armisticios.

Y no debo olvidar relatarles el aumento de carnada en los Leñanza con cierta prontitud, que la Armada era mi vida pero no mi familia. En el mes de enero de 1786, Cristina dio a luz a una niña que, ya entre pañales, auguraba una belleza pareja a la de su progenitora, si era posible tal conjetura. Recibió las aguas bautismales bajo la advocación de Santa Rosalía, en recuerdo de la madre perdida pocos años atrás. Mientras tanto, el pequeño Santiago desarrollaba carnes y cuadernas parejas a las de sus ascendientes, razón por la que recibió de forma automática el apodo familiar, pasando a ser Gigante para los miembros de la casa. De esta forma, Cristina comenzó a llamarme Francisco, lo que se hizo difícil de comprender en los primeros meses, porque no atendía a sus llamadas. Sin embargo, Pecas continuó utilizando mi apodo de siempre, aunque empleara el nombre de pila en familia, en un tono ciertamente engolado que nos hacía reír a todos.

Creo que fue tras el tercer cumpleaños del pequeño Gigante, entrados en el otoño de 1787, cuando comenzamos a enhebrar nuestros secretos planes, actuación más parecida a conjura palaciega que otra cosa. Habíamos rendido varios cursos departamentales, desembarcado de nuestras unidades a flote y pasados a Cuartel en Cartagena por la fuerza del decreto, la peor estadía para el oficial de la Armada que desea abrirse a la mar, aparte de la terrible situación económica que ataca a los que no disponen de fortuna propia. Comenzábamos a desesperar, por mucho que la vida de holganza nos acariciara las alas con placer. Pero ya saben de ese duende que se aferra a los estómagos de los hombres de mar cuando circulan demasiado tiempo por derrotas de secano y a palo seco.

Como tantas otras veces, debo confesar mi escasa habilidad para mover el cuerpo en los corrillos de la Secretaría, por un falso pudor que tanto tiempo me costó desterrar. Por dicha razón, fue Pecas el encargado de las secretas gestiones, abiertas en cerebros de ventura. Marchó a la Corte, donde al tiempo debía solucionar problemas de administradores, con la esperanza de conseguir algún destino a flote. Pero no pueden imaginar la sorpresa que recibí cuando, varias semanas después,

dispuestos a celebrar las fiestas navideñas en la hacienda, Pecas regresó con una incontestable sonrisa de triunfo en su rostro que interpreté al momento. Pero debimos quedar a solas, fuera de las escuchas de Cristina, para recibir las inesperadas nuevas que les relato a continuación.

—Antes de entrar en detalles, debes responder a una importante pregunta —Pecas ofrecía su habitual maniobra de ralentización.

—Vamos, enano, no empieces con tus rodeos interminables.

—¿Quieres navegar por Ultramar, conocer nuevos continentes y parajes exóticos inigualables? —elevó la pregunta como si se tratara de cuestión ordinaria, aunque la sonrisa torcida se dejara entrever en su rostro.

—¿Navegar por Ultramar? ¿Has dicho navegar por Ultramar? —mi sorpresa era real, dudando de la veracidad de las palabras por conocer al personaje.

—Eso he dicho, merluzo, y no ando con bromas.

—¿Pasar a las Indias? No me vengas con nuevas chanzas, Pecas del demonio, que...

—Cierra el pico, gigantón de San Juan de Berbio. Parece mentira que siendo todo un teniente de fragata, este oficial del mismo empleo, aunque más joven y avisado, haya de sacarte las castañas del fuego una vez más —su sonrisa se amplió porque disfrutaba de sus palabras, tan normales en nuestras conversaciones desde los primeros días en la Escuela Naval—. Te ofrezco pasar a lo que, por desgracia, llaman ahora las Américas, injusto nombre para un continente que descubrimos y conquistamos. Pero bien sabe Dios que nunca ha de conocer mi hermana el brazo mediador en lo que se presupone como muy larga separación matrimonial, porque ya sabes de las comisiones más allá del Atlántico.

Aunque me doliera, como así fue, la posibilidad de separarme de la familia por un largo periodo de tiempo, primera ocasión en la que tal situación acaecería en mi vida, era tan grande la agitación abierta en la sangre, que tales consideraciones pasaron con inesperada velocidad a un segundo plano.

—¿Lo dices en serio? ¿En que unidad embarcaríamos? ¿Más allá del Atlántico has dicho? ¡Explícate a fondo, por todas las barraganas del harén argelino!

—Deja esas expresiones tan poco acordes al conde de Tarfí, aunque ostentes un título nobiliario de escasa categoría, que alcanzaste gracias a mis maniobras —volvió a sonreír, sabedor de la intranquilidad que sus palabras producían en mi alma—. Escuché en la Secretaría que la escasez de oficiales de guerra<sup>[13]</sup> de la Armada en los puertos del Pacífico es tan alarmante, y ha llegado a tal punto, que los virreyes y gobernadores apuran las peticiones a diario y hasta de forma suplicante. Por fin, se ha decidido enviar algunos a los virreinos de Nueva España y del Perú.

—¿Y...? ¿Y podríamos...? —me temblaban las manos y dudaba en continuar—. ¿Podríamos ser elegidos?

—Todavía no me has contestado si te gustaría disfrutar de esa posibilidad.

—No digas sandeces, Pecas —me mostré ofendido de verdad—. Sabes que cruzar

el océano y navegar por Ultramar fue siempre nuestro más escondido deseo.

—¿Y tu familia? ¿Has pensado lo que sufriría Cristina? ¿Te separarías de tus hijos que son mis sobrinos?

—Tu hermana sabe con quien casó y que esa posibilidad es el sueño más largamente guardado en mi corazón.

—Tienes razón. Cristi es mujer sabia y lo comprenderá. Pero te repito que nunca deberá saber que yo, su único y querido hermano, forzó la voluntad del destino.

Hizo una pausa, mientras parecía comprobar la limpieza de sus manos. Era el Pecas de siempre, jugando con mi inquietud. Decidí tomarlo por los pliegues de la casaca y elevarlo en peso.

—Ya está bien, enano. Larga de una vez toda la información o no seré capaz de controlarme.

—No seas brusco, gigantón —compuso su figura cuando lo deposité en el suelo —. Dentro de dos o tres meses, cuando se haga a la mar la primera unidad adecuada, partiremos hacia Portobelo<sup>[14]</sup>, donde nos distribuirán por las diferentes unidades o Departamentos.

—¿Portobelo? ¿Has dicho Portobelo?

—¿También estas sordo? No disparaste tantos cañonazos como el general Barceló, para perder ese sentido. Pero no lo tomes al pie de la letra, porque no es seguro el punto de llegada, que también podría ser La Habana o alguno de Tierra Firme. Pero como, según parece, algunos pasarán a las costas del Pacífico, Portobelo parece ser el puerto más adecuado. Debo reconocer, sin embargo, que se trata de un procedimiento un tanto irregular.

—¿Irregular? ¿Qué quieres decir? —me intranquilizó el gesto de su rostro.

—Lo normal sería salir nombrado para un puesto determinado desde la Secretaría de Marina. Esta forma de partir hacia Ultramar para que te asignen allí destino, es de vieja usanza y en desuso. Pero no fue fácil la maniobra y la clavazón debe apretarse al primer golpe, cuando soplan vientos de excepción. Después, ya sabes que el Rey dispone y la mar decide en conveniencia.

Mi cabeza hervía de pensamientos cruzados, emociones al freno y preguntas sin respuesta. Pero lancé la principal.

—¿Es decisión tomada o una simple promesa? No me hagas andar sobre las ascuas, por favor.

—Se trata de decisión en firme y traigo conmigo los decretos, órdenes y pasaportes. Ya sabes que no confío en las promesas de despacho y vuelo como moscón hasta que cazo la presa. Tan solo hemos de esperar el aviso por parte de la Secretaría, a través del Departamento Marítimo de Cartagena, para dirigirnos al puerto del que salga la unidad de transporte.

Como llevado por impulso irrefrenable, abracé a mi compañero y gran amigo, hasta sentir cómo sus débiles huesos crujían entre mis brazos. Y así comenzó la aventura eme paso a narrarles.

Todo se desarrolló a partir de entonces con la velocidad del rayo. Dejamos pasar las fiestas navideñas sin avisar a Cristina, para no ensombrecer las alegrías, aunque era mujer sabia y pronto comprendió que un guiso fuerte se cocía en la perola. Pero prefiero no recordar aquellos momentos tan tristes de los llantos y despedidas, que ya me saben romántico en exceso y el simple recuerdo hiere el alma. Puedo asegurarles con mi habitual sinceridad que la despedida final fue dura y triste. Tan solo Dios estaba en conocimiento de cuándo regresaría, tras comisión de mar en las Indias que podía alargarse en el tiempo sin medida. Incluso hablamos de la posibilidad de un futuro traslado familiar a Ultramar, una sinfonía teórica para rebajar las tristezas, teniendo en cuenta que desconocíamos cualquier detalle de nuestro próximo destino.

Pero en aquella maravillosa amanecida de marzo de 1788 que les narraba al retomar estas páginas, cuando arriba del palo trinquete divisaba la incomparable mar abierta en toda la rosa náutica, las tristezas quedaban escondidas en ese rincón terrestre que los hombres de mar almacenan en sus cerebros. Por fin, aquel sueño encajado a fuego en la cabeza desde que los primeros recuerdos me alcanzan, cuando observaba los grabados de grandes navíos y la sangre se agitaba en ampollas por mis venas como la marejada, se convertía en realidad. Dejaba la mujer amada y dos hijos perdidos a popa en la distancia, pero por la proa se abrían esperanzas sin límite, y a ellas me aferraba con extraordinaria ilusión.



## 2

### *Hacia el sur*

A partir de la segunda quincena de enero, tanto Pecas como yo comenzamos a sufrir esa tensión nerviosa que suele aparecer, especialmente en la juventud, cuando esperas con extrema impaciencia un deseo postergado en el tiempo, una caricia largamente añorada que no acabas de creer como posible, hasta sentir su marca en la piel. La desazón producida en la familia al ofrecer la nueva del previsto embarque a Ultramar, delegada en Pecas tras penosa súplica por mi parte, parecía pasar a un segundo plano, cumplido el quebranto emocional que la noticia sembraba a nuevas luces. Por fortuna, Cristina aguantó bien la primera andanada y comprendió llegado el momento que siempre había temido en su cerebro. Pero como les he anunciado en otras ocasiones, era mujer brava e inteligente a pesar de su corta edad, enamorada de su marido y del mundo en el que se movía, así como enteriza de espíritu cual palo mayor de un navío de tres puentes.

Y como todo llega en esta vida, que caza y larga las velas a voluntad del comandante en timonera celestial, fue en la primera semana del mes de enero de aquel año de 1788, cuando nos llegó la orden a través de la Mayoría General del Departamento Marítimo de Cartagena, en la que nos indicaban el puerto de Cádiz como destino inmediato y necesario. Debíamos presentarnos en la punta gaditana con anterioridad al día último del siguiente mes, para embarcar con destino desconocido. Y aunque les pueda parecer extraño y contrario de toda lógica, en la orden no se especificaba buque ni destino futuro, cuestión más que normal en nuestra Armada que, sin embargo, nos hizo cavilar y fantasear sobre una amplia gama de posibilidades. Una faceta más que adorna la juventud.

Como es fácil imaginar, nos movimos a toque de rebato y maniobra general desde el momento que aquellas inexpresivas órdenes llegaron a nuestras manos. Por mi parte, debía situar en orden y bien amarrados al muerto los asuntos de casa, porque era de necesidad salir al nuevo mundo tras dejar en firme los balduques familiares. Sin embargo y para mi sorpresa, aunque las dudas se mantuvieran a bordo, todo fue fácil con Cristina. Madre ya de dos hijos, parecía agigantarse en el papel que, para su desgracia, debería correr durante un espacio de tiempo desconocido, pero largo de estima. También ayudó en la empresa el buen amigo y administrador, don Alonso Sanromán, quien pergeñara los primeros pasos como caballero en connivencia con mi padre y que, con el paso del tiempo, se convirtió en la persona fiel a la que podía encomendar el alma propia y la de mi familia en abrigado surgidero.

El fiel Setum, secretario y amigo, que barruntaba los vientos a distancia como brujo de oficio, se incorporó a la marabunta y arrió los lomos a muerte con

escondida alegría. Sabe quien bien me conoce que consideraba a ese hombre de piel negra y alma blanca como la persona de mi mayor confianza, amadrinado con espesos calabotes a mi vida desde el cautiverio africano, tras salvarla en más de una ocasión. Tanto Cristina como yo lo teníamos a fe como un miembro más de la casa y de la familia. El pobre solicitó con temor en sus ojos, ante una posible negativa, acompañarme en la nueva empresa naval que se abría por la proa de mi vida, a lo que accedí sin pensarlo dos veces. Al igual que en el jabeque Murciano, se acomodaría a bordo en el puesto de criado personal, aunque fuera una maniobra necesaria para mantenerse a mi lado de forma oficial, porque era mucho más que eso para mí.

Por el contrario, Pecas, siguiendo su conducta habitual, ocupaba el tiempo en asuntos más materiales, concretos y nada sentimentales, como establecer las líneas de crédito que podríamos necesitar, alimentos, medicinas, vestuario, elementos imprescindibles de difícil adquisición en nuestras provincias americanas, así como un sin fin de detalles que, sin duda, tan importantes eran. Aunque superficial de fama y conducta, puedo asegurarles que era perfecto en preparar y acopiar fondos y medios para una faena como la que emprendíamos. Pero no querría cargar la mesana de su teórica frivolidad, porque también anduvo en asuntos de administradores, hasta dejar bien dispuestos los pliegos de la casa de Montefrío en las anchas espaldas de su hermana que, de un día para otro, se veía como garante y cuidadora de tan importante y múltiple faena.

Aunque intente obviar los detalles tristes y negativos, debo reconocer que fue dura aquella despedida que, siguiendo la norma de nuestra vida en común, tanto Cristina como yo evitamos o redujimos en la medida de lo posible. Pero esta vez la faena era de mayor calado, porque también costaba decir adiós a las dos extensiones de mi cuerpo, que ya navegaban o gateaban con alegría por los pasillos de la casa. Sin embargo, parece imposible sentir un dolor tan profundo que, tras pasados los picachos de la hacienda, se empequeñece poco a poco en la estela del carruaje, para pasar a la dulce nebulosa en cuanto pisáramos la cubierta de un barco. Ya lo decía con cierta sabiduría aquel oficial gallego que nos adoctrinara en la Escuela Naval, cuando aseguraba que la mar borra todos los sentimientos del alma en sobrepeso, hasta concedernos la libertad que necesitamos.

La travesía hasta la capital departamental del Sur se presentó alargada, con buen yantar y mejor embarque de caldos propios, donde creímos volver a nuestros cercanos tiempos de guardiamarinas, cuando nuestra única y vital preocupación era la de soñar. Pero para seguir con la inveterada costumbre de mi compañero, no conseguí convencerle de seguir la ruta que nos marcaban como recomendada las autoridades de la Armada en los traslados entre departamentos, ni mucho menos. Embarcados en el carruaje de Montefrío, con el viejo Sebastián a las riendas y Setum junto a él en el pescante, más una carreta a popa atiborrada de equipajes, provisiones y necesidades, transitamos por escondidas y destartaladas trochas. Tal era la espesura de las sierras tomadas sin necesidad, con negra fama por los bandidos en libre circulación, que en

más de una ocasión hube de estibar las armas por corto y en prevención.

Entrábamos en el mediodía de la tercera jornada, cuando abordamos un camino de la provincia granadina, cerrado en monte espeso de pinos y carrascas. Para acotar mis continuas protestas, Pecas alegó que el trecho supondría un extraordinario atajo en leguas y tiempo. Y fue entonces cuando sucedió lo que se pudo evitar.

El sendero, que a duras penas podríamos calificar como tal, cruzaba la vertiente en tan empinado repecho, que los animales parecían reventar por el esfuerzo, al tiempo que reducían la marcha casi a cero. Y justo cuando señalaba a Pecas lo que parecía una perdida ermita blanca, alzada sobre un risco abierto a la derecha, escuchamos el retumbo del cañón, o así nos lo pareció cuando rompía el silencio. Al mismo tiempo, la sombra de Setum, visible a través del vidrio delantero, caía a tierra con sonoro estrépito, como fulminado por el disparo.

Pueden creer que, en un primer momento, tan solo pensé en la vida de mi fiel servidor y amigo. Pero como activados por muelle de fuerza, tanto Pecas como yo tomamos las escopetas de postas preparadas al efecto, estibando los pistolones a mano. Apagado el estruendo, el carruaje paró en seco, al tiempo que Sebastián, con las manos en alto y el pánico encastrado en su cuerpo, clamaba por su seguridad.

—No disparen, por favor.

Por nuestra parte, retrepamos los cuerpos a contera, mientras intentábamos descubrir la presencia de los asaltantes. Escuché la voz de Pecas, entero y valiente como siempre.

—A Setum lo derribó un trabucazo desde la izquierda. Por estribor puedo ver la montera de un bandido, parapetado tras un árbol de tronco generoso. Como asome la mejilla, te juro que le rompo el alma.

—Puede haber más. Dicen que estos bandoleros atacan en manada.

—Qué manada ni qué bobadas —Pecas reía, como si se tratara de un juego infantil—. A mi padre intentaron desbravarlo varias veces, y en una de ellas marchaba yo a bordo. Por esa razón incorporamos las escopetas de caza, cargadas con postas, en las faldas del carruaje sin excepciones. Y no los creas personas de agallas, sino pandilla de cobardes que fían todo en el pánico de los viajeros. Pero si creen que van a tocar una sola de mis frascas de vino, se llevarán una desagradable sorpresa, lo juro por todas las barraganas de Estambul.

—Me preocupa Setum. Puede estar grave o haber perdido la vida. Cayó del pescante como un fardo.

—¿Quieres que nos rindamos? —me miraba con la sonrisa de picardía tan habitual en él.

—No digas estupideces, enano bujarrón. Encárgate de ese tiburón que has avistado, que ya me las apañaré yo con el de babor.

Me sorprendió la rapidez de Pecas. Parece mentira que persona tan teóricamente frágil y aniñada, pudiera desplegar aquel valor y eficacia. A través de la ventanilla, apuntó sobre hombro contrario para disparar los dos primeros cartuchos. Al mismo

tiempo, escupía sus palabras con desprecio.

—¡Vais a tragar perdigones y balas en abundancia, hijos de cabra napolitana! —se giró a mí sin perder un segundo, para bajar el tono de voz—. Salgamos de este carruaje o se convertirá en nuestro féretro más solemne.

Abrí la portezuela con rapidez y me lancé sobre el terreno, tomando adecuada cobertura en pocos segundos contra una piedra. Pecas siguió mis pasos sin dudarlo, para quedar apostado a mi lado. Pero ahora el carruaje, con Sebastián en ridícula estatua de brazos alzados, nos ocultaba la banda contraria. Para evitarlo, Pecas rodó como tonel en cubierta por debajo del mismo, hasta atocharse contra los primeros troncos.

Intenté mirar por debajo de las ruedas, para comprobar si Setum se mantenía con vida. Pero para mi sorpresa, no pude encontrar su cuerpo a la vista, sin comprender lo que podía haber sucedido. Fue entonces cuando escuché dos nuevos disparos, cuyos sonidos pertenecían sin duda a la escopeta de mi compañero. Y debió encarar bien la presa en esta ocasión, porque se escucharon alargados, gemidos. En cuanto a mí, alcé la cabeza con peligro en tres ocasiones, sin descubrir nada por mi banda.

Se había hecho el silencio total, porque ni siquiera se escuchaban las quejas del herido por Pecas. Fue entonces cuando escuché rumor de pasos a mi espalda, como cuando se corre un cochino entre espeso matorral. Amartillé los dos perrillos de mi escopeta, dispuesto para encarar y disparar. Pero no fue necesario porque un ruido de desprendimiento me sorprendió, hasta comprobar cómo el cuerpo de un hombre caía a mi lado, con la garganta abierta de un profundo tajo. El bandido todavía movía sus brazos, intentando tapar el boquete por el que perdía el alma. Con gran alegría de mi parte, escuché la voz de Setum a mi espalda.

—¡Esta banda está libre de salteadores, señor!

—¿De dónde sale nuestro africano? —preguntó Pecas, arrimado a su coraza.

—Por lo visto, no sufrió herida de gravedad al caer al suelo. Ha debido rodear al mangante que disparó primero y le ha rebanado el gástrico con exquisita limpieza.

—¡Bien por Setum!

Al tiempo que Pecas parecía aplaudir un concurso de caza, volvía a efectuar dos nuevos disparos hacia su banda, tapada a mis ojos por el carruaje. En esta ocasión debieron causar mayor efecto, porque pudimos oír rumor de pasos a la carrera, alejándose de nuestra situación, monte arriba. Dejamos pasar un par de minutos más, sin que ningún sonido molestara el silencio.

—Creo que el ataque puede darse por concluido —Pecas se acercaba a mi posición con tranquilidad y una sonrisa de triunfo en su cara—. Como te dije, tres cobardes de mierda, que huyen con los primeros disparos. No sabían que los guardiamarinas de Barceló embarcaban en este carruaje —golpeaba la escopeta con la mano derecha entre risas.

—Agacha la cabeza, enano. Puede haber algún bandido más apostado.

—Tiene razón don Santiago. Se han largado con las piernas por el aire, señor.

Era Setum quien hablaba a mi lado, sin haberme apercibido de su presencia. Y grande fue la sorpresa al comprobar que la parte izquierda de su rostro se hallaba cubierta de sangre, chorreando hasta la camisola. Además, el polvo cubría sus ropas por completo.

—Estás herido de gravedad, Setum. Toma asiento para que te cure.

—No ha sido nada, señor. Gracias a la protección de Alá, el más grande, acababa de girar la cabeza cuando disparó este endemoniado. Un par de perdigones debieron llevarse media oreja —apretaba un paño sobre el miembro afectado—. Un poco de agua limpia y unas hierbas en emplasto serán suficientes.

—¿Acabaste con este desgraciado? —Pecas señalaba al bandido muerto a mis pies.

—Me arrastré a popa del carruaje, hasta retroceder lo suficiente para rodearlo. Le entré por detrás sin que nada escuchara. No debió enterarse que perdía la vida, cuando seguí su garganta con mi gumía.

—Desde que conseguiste ese arma en el cautiverio africano, has rendido buenas presas —agregó Pecas, eufórico.

—No me separo de ella ni para dormir.

—Guardaremos este juguete en recuerdo del incidente —Pecas tomaba del suelo, junto al bandolero abatido, lo que más parecía arcabuz de colección—. No comprendo cómo pudo arrancarte media oreja con esta flauta, que ya debió ser usada en la conquista de Méjico.

Conseguimos que Sebastián, todavía con el terror en su rostro, bajara las manos y se repusiera de la amenaza. Y con un pañuelo empapado en agua limpié la herida de Setum, para comprobar que, en efecto, había perdido un trozo del lóbulo de su oreja. Me ordenó apretar unas hierbas de su cosecha curandera en la improvisada venda, amarrando el conjunto con uno de mis fajines a través de su cabeza.

—Debes buscar el trozo de oreja, Setum —indicó Pecas de buen humor—, para guardarla en frasco como trofeo. Bueno, debo felicitarte por haber degollado a este sacamantecas. Los pobres bandoleros no podían suponer que el duque de Montefrío, afamado por su puntería, andaba en este carruaje.

—Ni que acopiábamos armamento digno de un regimiento —alegué con felicidad, al comprobar que Setum andaba sin problemas—. Buen susto me diste. Creí que te habían abatido.

—No es fácil acabar con Setum, señor. Soy negro, africano y musulmán, pero mucho más listo que la mayoría de los blancos cristianos.

Ahora reímos todos, hasta Sebastián que parecía recobrar las fuerzas perdidas en los momentos de terror. Por fortuna para él, Pedro, que manejaba las riendas de la carreta, ni llegó a enterarse del combate, por haber quedado rezagado en la escalada. Según comentó después, al escuchar los tiros lejanos, entendió que andábamos en caza de algún hermoso ejemplar. Y para festejar la victoria, nos concedimos un merecido descanso, regado con unas frascas de excelente vino.

Reanudamos el camino poco después, tomando parada en el primer caserío abierto a mano, que llamaban Piedrablanca, donde volví a limpiar la oreja de Setum, así como normalizar el vendaje. Ya no sangraba apenas y comprobé que la herida era limpia. Pero, siguiendo sus instrucciones, impregné la tela con las hierbas trituradas, en las que creía a muerte desde que salvaran la pierna de Pecas en el cautiverio.

Como resumen, aparte la peligrosa experiencia vivida, nos llevó seis días largos arribar al extremo sur de la península, sin encontrar fondas que debían haber existido en siglos anteriores o en la calenturienta mente de mi amigo, y posadas que ni siquiera el alivio de mullida y comfortable cama ofrecían. Tan solo en Osuna rendimos jornada en palacio de lejano familiar, a quien ni siquiera pudimos saludar por encontrarse en la Corte. Menos mal que el servicio aceptó la prestancia y órdenes de Pecas, que se presentó como monarca en persona.

Por fin, arribamos a la villa de la Real Isla de León<sup>[15]</sup> el 26 de febrero, cercano el plazo concedido por las autoridades de la Armada en los pasaportes expedidos. Y entramos como tropa al abordaje en la posada llamada La Goleta, que la última jornada del viaje se nos hizo espesa como gavia empapada. Pero el buen humor y los nervios ante la empresa desconocida eran capaces de levantar a un moribundo, por lo que aquella tarde comimos y bebimos con largura, imaginando las mil y una posibilidades que se podían abrir en nuestra derrota en corto espacio de tiempo. Es bien cierto que la incertidumbre ante lo desconocido, cuando se sospechan aventuras de suficiente calado, temple el ánimo como cable de remolque, y en esa tensión la mantiene hasta que se destapa el arcón de los sueños.

A pesar de los rumores y duendecillos que circulaban por mi estómago en quejumbrosa inquietud, hube de mantenerme a la capa demasiados minutos a la mañana siguiente, en espera de que mi pequeño compañero levantara las alas, que el exceso de vino parecía haberle agriado las sentinas. Pero casi a rastras y con la casaca a medio enfundar, lo introduje en el carruaje y partimos hacia las dependencias del Departamento Marítimo meridional, para averiguar lo que la divina providencia nos había reservado en su tronera.

Fuimos recibidos, tras espaciada y nerviosa espera, por un capitán de navío enjuto, alargado y de figura inclinada como lanzadera de bauprés. Poco aficionado a la parla, cualidad habitual en nuestros jefes, no llegamos a escuchar palabra alguna de su boca en los primeros momentos, salvo sonidos extraños y graves que más asemejaban gruñidos de puerco. Por fin, tras buscar en una mesa atiborrada de expedientes, pareció encontrar el arca perdida, encarándose con nosotros sin mostrar una mínima sonrisa de gentil cortesía.

—Han de presentarse a bordo del navío San Ildefonso, que debe encontrarse atracado en el Arsenal de la Carraca, si no ha finalizado la reparación de unas pequeñas averías que sufrió en temporal corrido hace pocas semanas. En dicho caso, es posible que necesiten del pertinente barqueo, porque estará fondeado en algún

lugar de la bahía.

Y con esta lacónica y escasa disertación, tras entregarnos nuevas órdenes y pasaportes, comenzaba a darnos la espalda como si hubiese rendido el servicio informativo. Pero ya Pecas andaba al quite, destocadas las telarañas de su cerebro, y entró en demandas.

—Señor —su tono era respetuoso pero firme—. ¿Podría indicarnos el puerto de destino asignado al navío, así como la fecha aproximada de su salida a la mar? Y en caso de que el buque se encuentre fondeado, ¿dónde nos sería posible atacar el necesario barqueo?

El espigado y quijotesco oficial, que se llamaba Ventura Redordón, se giró con lentitud para fijar la vista en mi compañero como si lo observara por primera vez.

—El buque se hará a la mar cuando lo estime oportuno su comandante, lo que ya deberíais saber en el empleo que disfrutáis —su voz se tornaba dura con rasgos de atemporalarse por corto—. En cuanto a su puerto de destino está claro como la luz del sol. Pasan destinados a Ultramar y el gobernador o máxima autoridad del puerto de arriba les indicará el departamento al que serán asignados. Y no confíe ser tratado como en la Secretaría de Marina, allá en la Corte. En nuestras estaciones y departamentos americanos todo es distinto. En cuanto al barqueo, más lo considero pregunta de caballero que acaba de sentar plaza de guardiamarina. Huela, busque el rastro y encontrará el muelle pertinente.

Pensé para mis adentros que este don Quijote naval habido en suerte, debía haber sufrido severas penalidades en costas lejanas, con el inmediato efecto de destrincar las armas de una mínima cortesía y descoser las tripas de su bondad. La mirada dura y cuartelada que nos dirigió nada bueno podía embarcar. Y como creí a Pecas tentado de entrarle al gatillo, llevé a cabo la formal despedida con rendida subordinación, a la vez que tiraba de la casaca de mi amigo. No era cosa de empezar aquella aventura con notas desfavorables. Pero no pude impedir sus comentarios abiertos en zona libre, al sentirse ofendido en gravedad, según sus propias palabras.

—¡Qué se habrá creído este pajarraco, más parecido a percha de galera que otra cosa! ¿Cómo se atreve a tratarnos como si se dirigiera a rendida cuerda de forzados? Este sacamantecas no sabe con quien hablaba. Debo regresar y exigirle...

—Déjalo ya, Pecas, que no merece la pena. Por desgracia, personajes de ese tipo se encuentran en todas las Secretarías. Ya nos aviaremos, que en peores fondeaderos largamos el ferro.

—Pero no es posible soportar tal ofensa —comenzaban a bajar las crestas de las olas, por lo que entreví que pasaba a su típica actuación teatral—. Debería haberle abofeteado y exigirle cita al alba como caballeros.

—¿A espada o pistola?

—No te rías, gigantón, que pareces parto de tonina y tiburón carroñero. No sé por qué me hiciste salir a la callada y en cobarde retirada. Pero lo peor del caso es que todavía no sabemos el puerto de destino en las Américas, nuestro cometido posterior

ni dónde encontraremos el dichoso navío.

—Debe ser norma habitual en estos casos. Se han pedido oficiales para nuestras unidades en Ultramar, y será allí donde decidan nuestro destino. No tenemos experiencias anteriores para comparar la bondad de sus palabras. Pero olvídate de ese payaso y alegra la cara, que embarcaremos en un navío de dos puentes y no en chata descabalada. Precisamente, el San Ildefonso es espejo donde tantos se miran, si son ciertas las lenguas que corren. Me muero de ganas por pisar su cubierta. Y ya lo encontraremos, que tres palos con la galleta encastrada en los cielos se descubren a leguas de distancia.

—Seguiré tus consejos por esta vez. Pero no ha de quedar este asunto resuelto en superficie, que ya tendré ocasión de encarar ese mastelero encabritado en nueva ocasión.

Volvimos al carruaje para tomar el camino del Arsenal de La Carraca, atravesando el poblado militar de San Carlos de reciente creación, bajo las ideas de Francisco Sabatini, y concedido el especial nombre en honor de nuestro Señor don Carlos III. Era el arsenal gloria de la ingeniería militar y uno de los tres principales erigidos en la España europea, establecimientos donde se construían y mantenían la mayor parte de los buques de la Armada. Fuera de nuestro continente, era famoso el arsenal de La Habana, que tan excelentes maderas utilizaba para los buques y a un precio muy asequible. Allí se había construido el navío más poderoso que jamás surcó los mares, y buque insignia de la escuadra del general Córdoba que llegué a observar en la jornada de las flotantes, el Santísima Trinidad, único ejemplar de cuatro puentes. Ese buque presenta en mi mente heridas labradas en la piel, que en su momento habré de contarles con detalle. No deben olvidar que mi vida a bordo de los buques de la Armada ha sido larga como cola de faisán.

Tanto en la tarde de nuestra llegada como al movernos aquella mañana en el carruaje, era fácil comprender el nombre geográfico asignado a la Isla de León, porque aunque no se aprecie en mapa general, se encuentra sumida entre un confuso enjambre de mar, ríos, caños y esteros, hasta formar un isleño panal por el que no era fácil conducirse en cualquier dirección. Pero por fin, tras rodeos y estrechos vericuetos, nos enfrentamos a la Puerta de San Fernando que ofrecía la entrada al arsenal gaditano, el más monumental de nuestros establecimientos militares. Disfrutaba el portón de un grupo escultórico tallado en madera, de una belleza extraordinaria, sobre el que podía leerse la leyenda que decía: Tu regere imperio fluctus, hispano memento<sup>[16]</sup>.

En primer lugar, y como norma habitual de cortesía, enderezamos nuestra proa en demanda de la Comandancia General del Arsenal, con la intención de saludar a quien dirigía aquel fabuloso complejo industrial, para el mejor servicio de la Armada. Pero no fue posible nuestra demanda dada su ausencia, así como de quien ostentaba el cargo de Presidente de la Junta Departamental, el teniente general don Francisco Melgarejo y Antúnez. Pero, al menos, conseguimos tras ímprobo esfuerzo disponer

de noticias sobre nuestra unidad de embarque, que se encontraba atracada en uno de los muelles del arsenal, a punto de abandonar el establecimiento.

Y entre sugerencias a favor y en contra, camino derecho y retorno, que nadie parecía aclarar nuestra marcha en el sentido correcto por el recinto, dimos de bruces y por absoluta casualidad con la silueta del navío más hermoso que surcaba las aguas del mundo viejo y nuevo. En tales términos presumía su dotación y, posiblemente, con toda la razón a ejercer por el ser humano. Les aseguro que la estampa era para guardarla a cerrazón en nuestro cerebro. Y no crean que exagero un ápice, o las brumas extendidas por los quinquenios en nuestra mente nubla el sano juicio que, para bien o para mal, todavía disfruto. Aquel conjunto de cuadernas<sup>[17]</sup>, cubiertas, puentes, baos<sup>[18]</sup> y arboladuras componía una estampa que eleva el espíritu de cualquier mortal hasta los cielos, porque obra del Creador se estima al contemplar tal hermosura.

Miré hacia mi izquierda y comprendí que también Pecas andaba navegando en sueños. Toqué su hombro con mi mano, antes de dirigirle la palabra.

—¿Habías visto algo igual, enano pecoso?

—Te juro que no, Gigante. Ni siquiera mi bien amada María de las Mercedes de Fonseca, la esposa de aquel anciano coronel embigotado que no la merecía, me hace sentir tal estremecimiento de placer.

—Pues aprovechemos la ocasión que, aunque sea de transporte, lo gozaremos en su medida.

Descendimos del carruaje, a pocos pasos del muelle. Tras una rápida mirada entre ambos de especial significado, abordamos la plancha con energía y decisión, momento en el que se abría una puerta más en nuestro porfiado destino. Y no saben cuántas veces he sentido el mismo placer, ese de mirar hacia proa e imaginar el lejano sueño hecho realidad, aún sin saber a qué sueño en concreto me refería. Cómo añoro en estos días aquellas sensaciones perdidas, que nunca regresarán.



### 3

## *A bordo del navío San Ildefonso*

Pisamos la cubierta por fin. De forma instintiva elevé la mirada a los palos, perdidos allá en los cielos, mientras el corazón se abría a las bandas y la sangre circulaba como torrente por gatera. Me encontraba a bordo de un navío, el rey de los mares, un tipo de buque en el que no embarcaba desde mis tiempos de guardiamarina y en distinta condición, bien lo sabe Dios. Además, cualquier parecido entre aquel vetusto Vencedor y esta nueva joya de la Corona era pura coincidencia.

A partir de aquel momento, volví a percibir ese sentimiento de aceleración que tantas otras veces se aparejara a mi vida por los diferentes destinos de la Armada, y no lo estimen tan solo en su aspecto negativo, que también presenta su costado de barlovento y en alto bordo. Cualquier mínima sensación o suceso inesperado se confundía en el torbellino diario minuto a minuto, sin una mínima capacidad de análisis, como el escribano a quien le es imposible seguir los rápidos dictados de su señor. Pero, al tiempo, esa precipitación continua aviva la imaginación y el espíritu, de forma que parecemos ser llevados en volandas hacia las alturas por una bandada de pájaros.

Cumpliendo con la normativa que imponen las Ordenanzas, nuestro primer movimiento a bordo fue llevar a cabo la presentación al comandante del buque, brigadier don José Bonanza y Manglanien, en su cámara. Después de la experiencia habida con el capitán de navío engolfado en la oficina departamental, la correcta y benevolente actitud de don José fue grata al perfil, aunque, tras ofrecer la cordial bienvenida y unas pocas palabras, nos enviara con extrema diligencia en busca del segundo comandante, capitán de fragata don Ignacio de Olaeta, para recibir la información pertinente.

Encontramos al segundo en el combés<sup>[19]</sup>, apoyado en la batayola<sup>[20]</sup> de estribor. Aunque su aspecto externo irradiara seriedad y sus palabras sonaran frías en los primeros momentos, pronto se relajó de modos y abrió las compuertas de la mutua comprensión. En los días siguientes comprendí que se trataba de un ser humano excepcional, de esos que deseamos para regir nuestros destinos a bordo, bien sea en tiempos de paz o combate. En aquel primer contacto se encontraba rodeado por otros tres oficiales, dos de nuestra misma graduación y un joven alférez de navío, que parecían escuchar sus palabras con suma atención. Para no entrar en descortesía de interrupción, nos mantuvimos a la espeta desde un par de metros durante algunos segundos. Por fin, al girar la cabeza observó nuestra presencia, momento en el que se dirigió a nosotros.

—¿Oficiales de transporte a Ultramar? —no dio tiempo a una mínima

contestación, pues ya nos animaba a entrar en el grupo—. Acérquense ustedes, que según parece hemos completado el cupo.

Nos presentamos en forma correcta, con nuestro nombre y graduación, para pasar a saludar a los compañeros que, según podíamos barruntar, se movían en nuestra misma estadía. Pero ya cabalgaba el segundo en palabras, porque, entre otras virtudes, presentaba la de excelente parlanchín e incansable comunicador, un regalo de los dioses para quien pisa cubierta nueva y anda metido en perolas.

—Bien, creo que ustedes cinco son los oficiales de guerra que navegarán en transporte durante esta travesía, que presumo alargada en el tiempo. No olviden que nos espera un bendito océano por la proa, que hemos de hollar en su contra. Y no es intención la de cubrir etapa en un mínimo tiempo. La comisión principal asignada a este navío es la de comprobar las cualidades de autonomía oceánica y los cambios llevados a cabo en diferentes partes de su maniobra. Pero, al mismo tiempo, se aprovecha la ocasión del traslado para incorporar a determinadas estaciones americanas el personal necesario de guarnición, aunque nunca sea el mínimo que allí se necesita, así como otros que retornan a Indias tras visita girada a la Corte. Aparte de ustedes, que intentarán rellenar el escaso cupo de oficiales de guerra que mantenemos en las costas americanas para nuestra desgracia, y esta es una opinión particular, podrán comprobar que la sobrecarga de personal en transporte se debe a diferente tropas del Ejército, así como de nuestra infantería y artillería, sin contar con autoridades, funcionarios, eclesiásticos y familias de los allí permanentemente establecidos, que regresan a casa.

Nos mantuvimos en silencio mientras dirigía una penetrante y detenida mirada hacia los dos incorporados, como si intentara descubrir algún aspecto conocido en nuestros rostros. Pensé que podíamos haber coincidido en las labores de sitio en Gibraltar, donde tantos lomos se arrimaron, aunque su rostro no me era conocido ni por corto. Los dos tenientes de fragata eran de edad superior a la nuestra, especialmente uno de ellos, mientras el alférez de navío mostraba un rostro alegre e infantil, que hacia sospechar cercano en el tiempo el cambio de su charretera<sup>[21]</sup> al hombro derecho<sup>[22]</sup>.

—El elevado número de personal de transporte hará menos cómoda su vida a bordo, porque deberemos apretar los lienzos para dar cabida a cada uno de acuerdo a su rango. Y todo ello sin olvidar nuestro cometido como buque de la Real Armada, dispuesto en todo momento a superar mar, piedras y viento, sin contar los clásicos corsarios antillanos que nada saben de armisticios. Bien es cierto que pocos se atreverían con un navío de tal porte<sup>[23]</sup>, capaz de chamuscar sus bigotes en la primera andanada.

Nos ofreció una primera y amplia sonrisa de complicidad, lo que relajó el ambiente de tenso respeto y estiramiento que nos oprimía.

—Aunque no debería decirlo un miembro de su dotación, y menos todavía quien ejerce el puesto de segundo comandante, tienen el honor de embarcar en el

considerado como mejor navío de 74 cañones que surca los mares, y no se trata de falso orgullo ni nada parecido. Bautizado como San Ildefonso, santo patrono de la Real Armada, de los Príncipes de Asturias y de los Reyes de España, conviene recordar que es nombre que proviene del gótico y significa Guerrero. Como sabrán ustedes, este buque, prototipo de una larga serie que ha dado en llamarse como ildefonsinos en nuestro honor, es más veloz que cualquiera de su clase, toma la mar como los delfines, sale a barlovento con tanta alegría como una fragata ligera y se mueve con marejada gruesa como damisela en recepción de Corte.

Se le veía apasionado con su buque y debemos reconocer que no le faltaba razón. Aquellos inolvidables ildefonsinos dieron mucho que hablar en todas las marinas europeas de la época, por sus extraordinarias condiciones de guerra y mar. Escuché la voz de Pecas que, fiel a su norma, debía meter baza en toda demostración.

—Sin embargo, mi segundo, parece poco llamativo en sus balconadas y galerías.

—Tiene usted razón y no es aspecto casual, que tal fue el propósito de su constructor. Pero les haré un poco de historia para que lo comprendan. Como saben, a lo largo del presente siglo y en un intento de racionalizar la construcción naval, que siempre anduvo desmadrada y a su aire por los astilleros del norte, se siguieron las líneas de don Antonio Gaztañeta en primer lugar. A partir de 1750 se encargó de tan fundamental tarea don Jorge Juan y Santacilia, reconocido como el gran sabio español en todas las Cortes y Academias europeas, y a quien tanto debe nuestra Institución. Según algunos para nuestra desgracia, fue relevado en la función directora por don Francisco Gautier, crítico en extremo y sin fundamento con la importantísima labor de su antecesor, quien construyó los buques a partir de aquel momento a la francesa, sin conseguir las prestaciones y velocidades prometidas.

Volvió a suspender sus palabras, como si llegara al momento decisivo y trascendental.

—La insuficiencia de los diseños de Gautier se puso de manifiesto en diversos encuentros de combate con buques ingleses, a los que no se consiguió igualar en velocidad, maniobrabilidad ni potencia de fuego eficaz. Aunque tuviese la feliz idea de crear el Cuerpo de Ingenieros de Marina e Hidráulicos Navales en 1770, la principal rémora de los buques bajo su sistema era la de perderse por inundación la batería baja de sotavento, y no haber conseguido esa velocidad prometida.

—Echarían a ese francés por inepto —saltó Pecas a borbotones.

—No sea usted tan tajante, por favor —la entrada a fuego del enano hizo gracia al segundo, que lo observó con alegre curiosidad—. Se llevó a cabo un gran debate técnico en el que se expusieron todo tipo de ideas, medidas y diseños para alcanzar el fin deseado. Por fin, aunadas las opiniones en concreto, se determinó llevar a cabo el proyecto presentado por don José Romero y Fernández de Landa, que había sustituido a Gautier, sin echarlo —miró a Pecas con alegre intención—, al frente del Cuerpo de Ingenieros en 1782. Se decide encargarle la construcción del prototipo, acorde con sus ideas, lo que se lleva a cabo en el Arsenal de Cartagena. El día 5 de

mayo de 1784 se puso la quilla en la grada de poniente, para ser botado hacia las aguas con todos los honores el 22 de enero del año siguiente. Este ejemplar, como les decía, ha dado nombre a los de su serie, porque de acuerdo a su diseño se construyen siete más.

—¿Cuáles son las diferencias principales respecto a los anteriores? —preguntó, interesado, el joven alférez de navío que se llamaba Antonio María de Lizán.

—Romero Landa, como se le denomina comúnmente en la Armada, lleva a cabo un perfecto equilibrio entre los sistemas anteriores. Más cerca de las teorías de Jorge Juan que las de Gautier, acomete con decisión, sin embargo, su principal idea creativa. Y no es otra que eliminar pesos innecesarios, utilizar en cubiertas maderas menos pesadas, un plano vélico más que considerable y diseñar buques muy sobrios en su concepción. Habrán podido observar, como alegaba Cisneros —volvió a mirar a Pecas—, que visto desde popa no presenta el esplendor de aquellas grandes balconadas y galerías, tallas, relieves y adornos que tan solo ofrecían un peso innecesario y superfluo. Su pensamiento final es que estos hermosos artefactos han de construirse pensando en el combate, y no en la hermosura de sus líneas y galantes accesorios. Son espartanos, según algunas opiniones, y de espacios más reducidos, lo que hace la vida a bordo menos cómoda y confortable. También dedicó especial atención a las posibilidades de carga, lo que les otorga una gran autonomía que, en este viaje, deberemos comprobar.

—Y se han realizado comparaciones, según tengo entendido.

Entró al tajo el veterano teniente de fragata, que parecía otear de largo por donde volaba la torcaz.

—Tiene razón. Se han llevado a cabo todo tipo de pruebas imaginables, y todavía andamos en ellas, para demostrar la bondad de la teoría. De junio a agosto de 1785, este navío llevó a cabo un crucero de Cartagena a Orán, integrado en una división bajo el mando del jefe de escuadra don José de Mazarredo, que arboló su insignia a bordo. En dicha agrupación navegaban las fragatas Santa Brígida y Santa Cecilia, pero de forma especial el navío San Juan Nepomuceno, de la serie de Gautier, con quien debía compararse en profundidad.

—Y le ganó de proa a popa —alegó Pecas, que parecía escuchar un cuento de torneos.

—Así es, señor Cisneros —estaba claro que al segundo le hacían especial gracia el tono y las salidas de mi compañero—. Decía Mazarredo en su informe, y conste que nada añadido de mi propia cosecha sino que repito sus propias palabras:...puede asegurarse que en todas posiciones excedía de una milla<sup>[24]</sup> al del San Juan, que gobernaba y viraba como un bote, y que al ser menos largo y más ancho que el San Juan, también era más estable en toda situación, caso y circunstancia. Lo considero no solo el de mayor vela de España, sino tal vez el de las demás naciones, el más perfecto y, en fin, una alhaja de infinito precio.

Consiguió el efecto perseguido, ya que nos dejaron sin posible contestación las

palabras de tan eminente general, tenido por muchos como uno de los más bravos y hábiles en maniobra de la Real Armada. Pero ya seguía en tablas el segundo parlanchín.

—También se le comparó con posterioridad a otros navíos, aunque sin precisión ni informes reglamentarios, pero que dejaba a las claras su superioridad. Mucho se ha hablado y discutido en esas comparaciones entre ildefonsinos y gauterianos, como se denomina un poco despectivamente y en exageración a los construidos bajo el sistema de Gautier, donde el nuestro sale triunfante por barbas espesas. Les aseguro que no es pasión personal, pero jamás navegué en un navío de estas cualidades, que salta como lebrél al dulce toque del timón, aunque su aspecto exterior no presente la nobleza de sus antecesores.

—Y dice que todavía continúan las pruebas —alegó el joven oficial.

—En esta ocasión se pretende llegar a la perfección, para así construir la siguiente serie, llegado el momento, y aprovechar a fondo el periodo de paz que disfrutamos. Y no crean que andamos a brazos cruzados, que cada prueba lleva consigo algún ajuste por personal de a bordo o en talleres del arsenal. Se ha metido la mano en la toldilla y el alcázar en cuanto a sus tablas, se redujo el diámetro de la rueda del timón, severos retoques en cabrestantes y pasamanos, pero, de forma principal, llevamos a cabo continuas variaciones en la jarcia de labor, intentando mejorarla al máximo, aunque sea esta materia de continua discusión. Y todavía no han sido rematadas, que cuando regresemos de esta navegación oceánica se forrará de cobre la carena<sup>[25]</sup> en el Arsenal de La Carraca. Esta faena deberá aumentar nuestro andar<sup>[26]</sup>, antes de pasar a nuevas pruebas en escuadra bajo el mando de don José de Córdova, donde se le comparará en directo con el San Agustín, gauteriano puro, y otros navíos.

Se hizo el silencio por primera vez, como si al segundo se le hubiese vaciado la frasca de sus ideas. Pero Pecas no pensaba desaprovechar el torrente informativo del momento, con su permanente tendencia a recibir lecciones sin costo.

—¿Cuál será nuestro puerto de destino, señor, si me permite la pregunta?

—Pues no tenemos orden expresa, salvo el parecer de nuestro comandante, aunque se nos recomienda que la primera escala se lleve a cabo en Cartagena de Indias<sup>[27]</sup>, por llevar a bordo varios eclesiásticos y altos funcionarios que allí deben recalar. Ya saben que en la mar el general propone y Dios dispone, que nunca se sabe donde arribaremos con certeza, aunque disfrutemos de los últimos adelantos en el arte de la navegación. Pero es posible que sean pocas y cortas las escalas, ante la necesidad de retornar a Cádiz para las pruebas referidas. En cuanto a ustedes, creo que tres oficiales deben quedar en la costa atlántica, mientras otros dos pasarán al Pacífico. Es cierto que escasean los oficiales de guerra de forma alarmante, y no podemos mantener nuestros departamentos americanos en tal penuria. Como el comandante ha desestimado algún puerto antillano de entrada, creo que será el que les he indicado, Cartagena, el de arribo final para ustedes, en cuyo caso será el virrey o gobernador quien decida sus puntos finales de destino.

Pecas me dirigió una mirada que no necesitaba palabras, a la vez que mi piel se erizaba como rastro de ternero. Lizán, que parecía menos enganchado a la pasión exótica, regresó al aspecto profesional del buque.

—¿Cómo manda el buque un brigadier, señor?

—Los navíos de tres puentes son mandados por un brigadier de forma perentoria, de acuerdo con el Reglamento General de Guarniciones y Tripulaciones. En el caso de los de dos puentes, los de segunda y tercera clase, por encima de los 74 cañones de porte, pueden tener a su cabeza un brigadier o capitán de navío, indiferentemente. En nuestro caso, don José Bonanza tomó el mando en el anterior empleo, siendo confirmado tras su ascenso.

—¿Cuántos hombres componen su tripulación? Era el teniente de fragata Menéndez, un pelirrojo gallego, quien preguntaba.

—En tiempos de paz nos corresponden por reglamento 510 hombres, sin contar guardiamarinas, criados ni dependientes de provisión de víveres. En estos momentos disponemos de 12 oficiales de guerra, entre ellos dos tenientes de fragata y dos alféreces de navío —nos dirigió una sonrisa al nombrar nuestros empleos—, 9 oficiales mayores y 22 oficiales de mar. Además, 109 hombres de tropa de infantería, 41 de artillería, 17 artilleros preferentes, 72 ordinarios, 104 marineros, 116 grumetes, 22 pajes y 32 criados. En total, algo más de lo previsto, sin contar todo el personal de transporte, muy numeroso en esta comisión. Pero ya saben que este es el reglamento general para tiempo de paz. Por desgracia, no funcionamos como el inglés, que no desarma navío alguno ni disminuye tripulaciones en épocas de tregua o descanso. En caso de guerra y de acuerdo a la normativa vigente, nuestra tripulación se vería incrementada en tantos individuos como cañones de porte, es decir, 74, dividiéndolos por mitad entre tropa de infantería y grumetes.

Y volvió el silencio. El segundo pareció perder sus ánimos parlanchines, porque se dedicó a rematar la faena.

—Aunque se hayan ofrecido al comandante para el servicio en la mar, como es norma habitual en nuestra Armada, pueden considerarse de transporte y sin cometido a bordo, salvo que la situación de mar o combate así lo aconseje. Busquen sin prisa al teniente de navío Espínola, que les indicará donde deben arrancar y otras disposiciones de su interés. Comprueben las posibilidades de este navío, recórranlo de proa a popa y disfruten lo que puedan, que su trabajo en nuestros puertos americanos será duro y penoso, no lo duden.

Y nos dejó en cubierta sin más cometido, por lo que entablamos conversación con nuestros compañeros de viaje. Pecas fue el primero en tomar la palabra.

—De modo que tres oficiales en la costa Atlántica y dos a la banda contraria. Parece un sorteo en toda regla. ¿Tienen alguna preferencia?

—No es caso de preferencias —el veterano teniente de fragata, Federico Mantone, que ya calaba la treintena, sentenció para demostrar su antigüedad—. Es mi segunda comisión americana y les aseguro que su destino se encuentra escrito en el

despacho de algún secretario, sin trastoque posible. Más vale no pensar en ello y esperar el dulce dedo de la suerte.

—¿A que puertos podemos ser asignados? —preguntó el más joven de forma inocente.

—Son muchas las posibilidades que se abren por el horizonte, pero supongo que quienes más apretarían en la Secretaría de Marina para ser abastecidos de oficiales de guerra en sus establecimientos y unidades, habrán sido las autoridades de Cartagena, Habana, Portobelo, Lima, San Blas, Valparaíso, Panamá y algún otro.

—Pues solamente somos cinco, y no creo que nos dividan el cuerpo —alegué en contra, porque ya comenzaba a cargarme el tono experto del veterano.

—No esté tan seguro. Es posible que más de uno deba mudar al salto y sin antepecho.

Como no parecía el grupo muy de agrado, ni obligaba ya la cortesía, Pecas y yo nos separamos con discreción para aliviar los ánimos en el castillo, donde se recibía un dulce soplo de brisa que aligeraba un calor excesivo para el mes de febrero.

—¿Qué será de nosotros? —pregunté al aire y entre sueños.

—La suerte estará batida en estos momentos. Como te dije, debería haber sido decisión tomada en la Secretaría. Pero como los caminos utilizados para conseguir el fin eran algo tortuosos, esa es la verdad —guiñó uno de sus ojos en significativa complicidad—, no consideré oportuno forzar la maniobra. Pero sea donde sea, parece que la aventura está asegurada —me miró con seriedad—. ¿Te arrepientes de la empresa acometida?

—¿Arrepentirme? ¿Estás loco? Solo con hacerme a la mar en este hermoso navío y cruzar el océano de parte a parte, se llenan varias cuarterolas de mis esperanzas y sueños. Y te advierto que esta incertidumbre proporciona más inquietud a la aventura. ¿Tienes alguna preferencia?

—Pues no lo sé, y te soy sincero. Tampoco dispongo de datos suficientes como para decidir, si llegara el caso. Según tengo entendido, Lima es una ciudad preciosa, con hermosísimas mujeres, pero también Cartagena. Valparaíso se encuentra muy al sur y poco he escuchado de sus bondades. Portobelo y Panamá los desecho porque son establecimientos menores, según tengo entendido. Y de ese mencionado San Blas, nunca he oído una sola palabra.

—Tampoco yo. Es posible que se encuentre en la costa del virreinato de Nueva España, de gran poder.

—En ese caso hablarían de Veracruz o Acapulco, aunque este último puerto solo sea conocido por su conexión con Manila. Pero, en fin, soñemos con islas exóticas y bellas criollas. Bueno, tú no que estás casado con mi hermana —soltó una carcajada—. Lo que haya de ser, será.

—Por supuesto. Y no pienso en conquistar a ninguna criolla ni nativa, que llevo a Cristina muy dentro del corazón.

—Ya me lo dirás dentro de varios meses, Gigante, aunque no estaré a tu lado para

vigilarte. Creo que no has escuchado muchas historias de nuestros compañeros por aquellas tierras, en cuanto a los encantos femeninos que se ofrecen sin posible rechazo. No seas tan romántico, que pareces monje benedictino.

—Lo que sucede, Pecas del demonio, es que todavía no te has enamorado.

—¿Qué dices? Son varias las que han caído en mis redes, aunque logré escapar a tiempo. De todas formas, nada tiene que ver el amor con lo que te decía.

—Anda y calla ya.

—De acuerdo. Creo que es llegado el momento oportuno para que Setum nos acerque una frasca de vino. Este viento de levante me ha dejado seco el gatzate.

Como por arte de magia, observamos cómo Setum se dirigía hacia nosotros por la cubierta de estribor. Nos comunicó que había estibado las provisiones y bagajes en conveniencia, al tiempo que consideraba el navío seguro y marinero. Pecas y yo reímos con él ante la seriedad que mostraba en la información, mientras le encargábamos una frasca de vino para comenzar las celebraciones. Todo un mundo se abría por nuestra proa, y ni los comentarios derrotistas del Mantone renegrado podían amansar las aguas agitadas de nuestros espíritus. Ya percibíamos especiales visiones de palmeras dobladas por el viento en la playa, frutos generosos al alcance de la mano y flores de mil colores esas viejas estampas que asociamos con las Indias y su exuberante naturaleza.



## *Proa al destino*

Desde el primer momento, pudimos comprobar que la tripulación<sup>[28]</sup> del navío era experta y adiestrada en excelente grado, posiblemente debido a la especial dedicación que las diferentes autoridades concedían a este nuevo buque, todavía en fase de pruebas y experimentación. De esta forma, tras unos días de faena en puerto con pequeñas reparaciones o mejoras en la jarcia de labor, así como la necesaria estiba de carga y embarque de personal, largamos amarras del arsenal, momento en el que el buque parece cortar el cordón umbilical que lo mantiene a tierra, en terreno conocido. Y con poca voz y mucho pito, navegamos entre los caños con remolque alternativo en un par de ocasiones, para embocar la bahía gaditana.

Tras unos primeros momentos de calma chicha, en los estertores del alba, fuimos acariciados por un levante muy flojo, el llamado vagajillo, que apenas alcanza la superficie de las aguas, pero avivaba lo suficiente las velas altas para conceder el rumbo que nos ensacara de la rada. El lento andar del San Ildefonso se mantuvo toda la primera mañana hasta que, traspuesta la meridiana, comenzó a rolar el viento al nordeste, aumentando a fresco<sup>[29]</sup>, de tal forma que permitió navegar con todo el aparejo en la dirección deseada.

Tras una breve escala en el puerto de Tenerife, para tomar a bordo un prelado de alta magistratura, a la vista de su ropaje y eclesiástico acompañamiento, y una posterior aguada en la isla del Hierro, nuestro navío arrumbó hacia el sudoeste. Era norma habitual tomar los inestimables alisios, esos vientos que los viejos marinos llamaban de travesía, y que en el hemisferio sur, entre los trópicos, se mantienen del sudeste, mientras en la parte norte provienen del nordeste, ambos a favor de la navegación hacia las Américas, como ya hiciera don Cristóbal Colón en su inolvidable viaje descubridor.

Aunque en rumbo hacia las Antillas, eso creía yo al menos, no se estimara necesario tomar los alisios sureños por la pérdida de distancia añadida, debía ser intención del mando que el nuevo buque comprobara los vientos en amplio margen, porque la orden de derrota establecida por el comandante llevaba a traspasar la línea del ecuador, para retomar el hemisferio norte más adelante. Al menos, pensamos Pecas y yo con alegría, atravesaríamos por primera vez la famosa marca de los mares y por partida doble, que nadie puede llamarse hombre de mar sin haber cruzado el ecuador y navegado por los mares del Sur, así al menos aseguraba una tonadilla muy popular en la Armada.

Y de esta forma comenzó nuestra primera travesía atlántica, una sensación que abombaba nuestro pecho de especial orgullo, rebasados el necesario listón para ser

considerados por el mundo cercano y lejano como verdaderos lobos marinos. Pero no olviden que todavía éramos muy jóvenes y almacenábamos en la cabeza todos los sueños de juventud, esos que parecen evaporarse más tarde del día a la mañana y como andanada repentina. Aunque cueste creerlo a quien no calza suficientes años, así se pasa de la juventud a la vejez en el cerebro, bien lo sé yo.

Puedo asegurar que las primeras singladuras, con la proa del buque cortando las aguas sin mordaza y todo el aparejo largado a los cielos, que no era poco, tiñeron nuestra alma de felicidad absoluta, si es que es posible alcanzar tal estado. No solo navegábamos en maravilloso y perfecto artefacto naval, que recorrimos a fondo sin dejar cuaderna ni trancanil oculto, sino que las condiciones de mar y viento eran ideales en extremo. Y para colmo de dichas, establecidos en situación de noble pasaje, exentos de guardias o trabajos rutinarios. No era locura asegurar en aquellos momentos, que ni Su Majestad en persona podría navegar con tanta delicia y galanura. Bien es cierto, por citar cuestión a la contra, que el arranchamiento era de escasa comodidad, atochado a las tablas como en el jabeque Murciano, y el condumio de pobre calidad. Pero siempre disponíamos de Setum quien, en condiciones favorables, nos regaba con los refuerzos sólidos y líquidos que debían rellenar los claros.

Las dos primeras semanas conseguimos una aceptable media de andar, cercana a los seis nudos, con vientos bonancibles que nos tomaban a un largo o por el anca. El contramaestre del trinquete, con quien solíamos hablar de la maniobra, lo denominaba a la vieja usanza como viento de botalones<sup>[30]</sup>, ya que nos permitía llevar las alas<sup>[31]</sup> en cuchara. Mucho cargamos de preguntas al viejo nostramo<sup>[32]</sup>, con mejillones encastrados en su piel, porque no hay mejor escuela para el detalle de la maniobra. Momentos hubo en los que no quedó trapo<sup>[33]</sup> a bordo que largar, salvo las camisolas de los rancheros, con lo que el espectáculo desde cubierta era en verdad sobrecogedor. Pero no todo es primavera en la vida y en la tercera semana entramos en las ciegas encalmadas, esas zonas que separan los alisios del norte con los del sur y que llegan a desesperar el ánimo de cualquier navegante.

Sin embargo, fue en esos días cuando llegó el esperado momento en el que atravesamos la línea mágica, el paso del ecuador, cuando el marino no se encuentra en el norte ni en el sur, ese reino natural del dios Neptuno, donde ordena y manda sin discusión, aunque no se plasmara en las aguas su figura. Y como era norma habitual en los buques de la Armada sin excepción, se celebró el acontecimiento en conveniente ceremonia, con el descenso desde el palo mayor en cestón encordado de un grumete, ataviado como el dios de las profundidades. Y era un honor perseguido, que entraban en sorteo todos los elementos de la dotación, salvo los oficiales. En el extraño atavío destacaba la corona en papel dorado, una túnica roja a la romana y un tridente de proporciones desmesuradas, que hizo reír a todos. Y a continuación, jarana por cubierta con corrillos y sonatas, con mejora de rancho y aguada de vino en general.

Pero no se debe tomar a charanga la ceremonia, porque muchos, especialmente los contra maestres viejos, rendían culto cierto al dios de la mar, con quien no debe indisponerse buque ni marinero, a no ser que se desee acabar entre sus fauces. Y pobre del que chiflara a los nostramos con tal superstición, que además de pito largaban estopa en la barbilla del grumete descreído. Por mi parte, siempre respeté la figura del dios Neptuno, que bastantes peligros se lidian en la mar para tener en contra autoridad tan poderosa.

En cuanto a la vida diaria, tanto Pecas como yo comenzamos a entablar amistad con algunos de los embarcados en situación de pasaje, especialmente con funcionarios de cierta categoría que cumplían su función en gobiernos, audiencias y otras entidades oficiales de los virreinos. Pero lo que había estimado en un principio como mero pasatiempo para rematar las horas del día, se convirtió en ajustado y necesario adoctrinamiento, que nada mal venía. Y digo esto porque ya andaba el pecoso de mi amigo metido a la brega, intentando sonsacar a toda pluma cualquier migaja sobre el funcionamiento y debilidades del personal en oficios. Como es fácil imaginar, Pecas perseguía la diana al primer quite, aunque no conseguía pescar el fruto deseado.

Algunos funcionarios nos narraron las permanentes peticiones de las autoridades para que se les enviaran refuerzos de oficiales de guerra de la Armada, al encontrarse puertos y departamentos en lamentable estado de penuria y dejadez, las más de las veces con unidades de cierto porte en manos de oficiales mayores graduados como alféreces de fragata o navío, y aún sin esta mínima asistencia en muchos casos. Fue una de nuestras primeras sorpresas al comprobar la escasa presencia de nuestro cuerpo en Ultramar, y lo poco atendidas que se encontraban mil y una necesidades más allá del océano.

También nos sorprendieron los lamentos sobre la ruina que amenazaba a tantos fuertes y baluartes de defensa, arsenales, polvorines y demás establecimientos necesarios, con lo que era de maravillarse el tesón defensivo mostrado en las guerras pasadas contra la Gran Bretaña, y que no hubiese caído en su poder medio continente hispano. Debo declarar que, como norma habitual, el pueblo llano en España desconocía tan lamentable situación, creyendo que nuestras Indias rebosaban de poder.

Volvimos a rebasar la línea del ecuador hacia el norte, para tomar poco después vientos flojos del primer cuadrante, que nos impulsaban con lentitud y comodidad hacia nuestro destino. Y una vez más se repitió la ceremonia del cruce de latitud cero, aunque en este caso con rebajada actitud y unos sencillos vivas al dios Neptuno por parte del primer contra maestre. Pero en esta ocasión andábamos a pocos pasos de nuestro amigo el viejo nostramo, a quien llamaban Sinforoso de Alumbres, quien creía a pies juntillas la necesidad de andar a bien con el dios marino y cumplir sus preceptos. Hasta tal punto llegaba en su creencia o superstición, que le vimos marcar extrañas señas con los dedos en cubierta y lanzar una prenda personal hacia las aguas,

como un necesario tributo o peaje de fielato mariner. Y cuando le preguntamos por el significado con seriedad, salió de cuerdas en forma nerviosa.

Entrados en la cuarta semana y atentos a la derrota cuando el piloto mayor, don Martín Henares, se encontraba disponible para conversar, comprobamos que navegábamos cerca de las Antillas abiertos al océano, lo que se demostró con rapidez al divisar una mañana el mar teñido en colores rojizos, señal inequívoca de que abordábamos el mar denominado de Sargazo. Es esta un alga, también llamada uva de los trópicos, que ocupa una amplia superficie entre las Antillas y las Bermudas hacia levante. Les aseguro que se trataba de un espectáculo formidable y hasta sobrecogedor, que si no fuéramos informados al punto, habríamos tomado el efecto como causa extraordinaria o infernal. Fue el momento en el que desde la timonera, el oficial de guardia llamó a licencia de pesca al personal franco de servicio, con lo que muchos marineros e infantes acudieron a cubierta con sus artes para capturar pescado bien fresco. Pregunté a un veterano teniente de navío, Luis Cienfuegos, natural de Cartagena, el porqué de aquella avalancha.

—En el mar de Sargazos es muy abundante la pesca. Debajo del manto rojo de herbaje entrelazado, se refugian gran cantidad de peces, aunque muchos de ellos presenten púas como erizos en sus aletas y no sean muy agradables al paladar. Pero ya las raciones bajan de cubierta y sube la galleta de mar, con lo que un poco de carne fresca es siempre una bendición. Y ya dice el refrán: Pescado fresco, grande o escurrido, alivia estómago encogido.

Intenté aprovechar el momento, y lancé la pregunta que rondaba por mi cabeza en los dos últimos días.

—Debemos andar cerca de tierra. ¿Dónde recalaremos, señor?

—Bueno, el que aparezcan los sargazos nada quiere decir de cercanía a las islas, que a veces se extienden en dirección a las Azores en muchas millas. Pero si todo sigue en orden y el piloto tomó el punto en conveniencia, creo que mañana o pasado recalaremos en la Martinica, antes de enmendar hacia Cartagena.

—Entonces, ¿es definitiva la toma de ese puerto en primer lugar?

—Primero y último. Han sido demasiado golfas las encalmadas en el ecuador y alargada la derrota para pruebas, por lo que debemos emprender el tornaviaje con cierta premura. Pero no se preocupe, que allí desembarcaremos la carga humana, contándose ustedes entre ellos.

Y me dejó plantado en cubierta mientras reía a borbotones, aunque poca gracia ofrecieran a mis tripas aquellas chanzas de cámara. Si eran ciertas las noticias recibidas, que nada hacía pensar en contra, poca sartén quedaba al azar de momento. Se confirmaba nuestro desembarco en Cartagena, sin tener conocimiento de un posible y posterior traslado. Comunicué a Pecas aquellas nuevas, lo que no alteró su estado de ánimo porque ya lo barruntaba de lejos.

—Esa noticia no cambia en nada la situación, Gigante. Lo importante se cocerá en la secretaría del gobernador de Cartagena, si dispone de autoridad para ello o

recibió indicaciones superiores en algún sentido, y allí deberemos emplear nuestras mejores armas si se presenta la situación propicia. Ese espigado y canoso ancianete con el que hablaba esta mañana, trabaja en dicha secretaría y se dice persona de confianza de Su Excelencia. A ver si sacamos medio trapo en limpio. Por fortuna, ha oído comentarios sobre mi padre y la casa de Montefrío. Espero que sea para bien. Aunque me habló con tono de sincero respeto y admiración, sé que también mi progenitor generó enemigos por todo el horizonte.

—Deja ya tanto enjuague de voluntades, Pecas. Tal y como dijimos el primer día, lo que ha de ser será. Confiemos en nuestra suerte, que nunca nos ha fallado hasta ahora. Aunque preveo que deberemos separarnos más pronto que tarde.

—Eso queda muy a las claras, amigo mío. Seguro que nos repartirán en racimo por las costas del continente —se percibía cierto tono de tristeza en sus palabras, aunque recuperó la sonrisa con rapidez—. Bueno, quizás sea positivo. Así no veré cómo conquistas a las bellezas criollas y engañas a mi hermana.

Me disponía a contestar de forma adecuada, cuando escuchamos la ronca y poderosa voz del vigía<sup>[34]</sup>, izado en la cofa del palo mayor.

—¡Vela por la amura de estribor!

Es esa una voz que, en la mar, suele salpicar de escarcha nuestros corazones y los pone a batir tambores, a la vez que nos saca de la rutina en muchas ocasiones. De forma instintiva, tanto Pecas como yo dirigimos la mirada en la dirección indicada, sin observar nada todavía. Pronto se volvió a escuchar la voz del marinero, mientras ya un guardiamarina trepaba por la jarcia del palo para ofrecer una más detallada información.

—¡Dos velas por la amura de estribor!

Los oficiales que bufaban de sesteo por la cubierta, acudieron con premura a la toldilla, donde el comandante y el personal de guardia abría anteojos con diligencia, por mucho que todavía quedarán fuera de su campo de visión los objetos buscados. Pero volvió la información a sonar con fuerza, ahora a través de la bocina formada por las manos de un joven guadiamarina gaditano, Alonso de Montemar y Fonseca.

—¡Una fragata ligera cuatro cuartas<sup>[35]</sup> a estribor, navegando de bolina<sup>[36]</sup> con todo el aparejo! ¡Goleta seis cuartas a estribor, parece que siguiendo aguas de la anterior! ¡Ambas unidades sin pabellón a la vista!

Pecas se había agenciado con rapidez su brillante antejo y desesperaba por no atisbar nada, a pesar de cuadrarse en los flechastes<sup>[37]</sup> de la jarcia del trinquete. Volvió a mi lado para emitir una de sus variadas sentencias.

—Una fragata ligera y una goleta. ¿Serán de las nuestras?

—Pues no tengo ni idea —contesté con sinceridad—. No tenía noticias de buques españoles con destino americano, aunque puede tratarse de unidades basadas en La Habana o en Tierra Firme<sup>[38]</sup>.

—También pueden ser corsarios, que en estos mares parecen disponer de casa propia.

—Suele ser más normal en tiempos de guerra, porque los britanos arman al corso hasta las bateas de estero.

—No deben confundir el corso con la piratería —sentenció una ronca voz a nuestras espaldas. Pronto comprendimos que se trataba del Veterano, como habíamos apodado en firme al teniente de fragata Mantone—, el corso llamado general se lleva a cabo en tiempo de guerra por los súbditos o vasallos de un Monarca contra nación enemiga. Por otra parte, el corso particular, también llamado de represalias, es el que se ejerce, también con autorización de Su Majestad, por aquellos súbditos que lo soliciten mediante la exposición de una ofensa o daños efectivos, aunque este último caso se da en tiempos de paz y contra musulmanes solamente. Sin embargo, la piratería es, junto al asesinato, el pecado más antiguo del hombre; es la presa que se hace en la mar en provecho propio y sin pabellón reconocido.

—Muchas gracias por la explicación —alegué con falsa y torniquete—, pero ya me adoctrinó el general Barceló en ese sentido, que de ese tema era doctor reconocido. Mucho beneficio hemos sacado del corso, cuando nuestros Reyes han podido comprobar el gran daño que produce al enemigo.

—Lo que más puede doler a los britanos, sin duda. En la última guerra los ofendimos a muerte en ese aspecto, tanto en estos mares como en el Mediterráneo. Hasta dos valientes mujeres gaditanas armaron al corso un navío propio que les rindió pingües beneficios —Pecas también deseaba entrar en explicaciones—. Pero si se confirma que son piratas, ¿dónde han de tener sus bases?

—En el mar de las Antillas que afrontaremos en poco tiempo, son muchas las islas donde es posible refugiarse. Han sido utilizadas durante siglos por famosos piratas, especialmente las de menor tamaño entre las islas Vírgenes, Bahamas, de Barlovento y tantas otras, sin despreciar minúsculos islotes rocosos con mínima aguada —ahora Mantone hablaba en tono más conciliador—, pero también la Gran Bretaña protegió la piratería pura. En muchos de sus puertos, como el de Kingston en la Jamaica, tienen su base asesinos y ladrones de la mar que pagan sus impuestos y porcentajes a la Corona con religiosa pulcritud.

—¿Intentarán atacarnos? —preguntó Pecas, mientras se mantenía con el largomira<sup>[39]</sup> pegado al ojo.

—No creo —respondí sin dudar—, aunque me gustaría un poco de acción y comprobar como entra en fuego este navío. Una fragata ligera, que andará con 20 a 30 cañones de escaso calibre, y una goletilla antillana no se atreverán contra este navío recién acuñado con 74 piezas y extraordinario aparejo.

—No esté usted tan seguro —apuntó el Veterano mientras abría media sonrisa—. En primer lugar, puede que el guardiamarina no haya observado todavía con detalle suficiente y se trate de una fragata de más porte, que las hay corsarias con más de 40 cañones. En cuanto a la goleta no ha de ser necesariamente un balajú o antillana, que también puede rondar las 20 piezas. Y como desconocerán que llevamos tropas de transporte en abundancia, en estos momentos estarán calculando sus posibilidades y

bagaje de la presa, lodo esto si no aparece de pronto su pabellón con la cruz de San Jorge, que los britanos son de poco mostrar sus armas.

—Y mucho de entrar en combate para declarar las hostilidades después, como hizo el indigno almirante Byng en cabo Passaro.

—Una escuadra no puede navegar en la mar como de visita a reales nupcias. Don Antonio Gaztañeta era un buen diseñador de barcos, no hay duda, pero en aquella ocasión pecó de una ingenua inocencia que no se puede consentir en la mar.

Me molestaron aquellas palabras de Mantone aunque, en mi interior, le diera toda la razón. Pero ya continuaba el guardiamarina en la cofa con sus informes y dejamos de pensar en aquel desastre naval.

—¡La fragata, arribando<sup>[40]</sup> en vuelta a babor! ¡Unos 36 cañones de mediano y pequeño calibre! ¡La goleta, de 16 cañones, parece formar división con la mayor y sigue sus aguas!

—No es poca la metralla que pueden descargar —alegó Mantone para certificar sus teorías.

—Poca carnada es esa para el navío San Ildefonso —bramó Pecas con alegría y en oposición—. No creo que se acerquen mucho más.

—Pues esa maniobra que han llevado a cabo no es para alejarse precisamente —terció Mantone en voz baja—. Siguen sopesando pros y contras.

Poco después se hacía bajar al guardiamarina a cubierta, porque no eran necesarias sus indicaciones, que ya podíamos observar la silueta de las dos embarcaciones. Pecas y yo nos manteníamos armados en equilibrio sobre la tapa de la regala<sup>[41]</sup>, con los anteojos en la mano. Tal y como nos habían informado desde las alturas, allí navegaba una fragata que podíamos encuadrar en las de segunda clase, con una dotación que rondaría los 280 hombres, aunque los corsarios y piratas solían embarcar más personal de guerra y abordaje. Por otro lado, la goleta era, en efecto, parecida a un balajú antillano, de unos catorce cañones solamente aunque, por su figura, debía ceñir el viento como los ángeles. Ambas se mantenían sin mostrar pabellón alguno, por lo que ninguna buena intención se podía esperar de ellas.

A lo largo del resto de la mañana y primeras horas de la tarde, las dos unidades se mantuvieron a barlovento, jugando a distancias por encima del alcance de nuestras baterías, que podíamos establecer en unas mil doscientas yardas aproximadamente, lo que dejaba a las claras su intención de atisbar y ofender sin comprometerse. Pecas y yo conseguimos espacio para instalarnos en la toldilla, donde pudimos escuchar las opiniones que cruzaba el comandante con el segundo y algunos oficiales.

—Deben encontrarse en situación cercana a la desesperación, al comprobar que somos demasiado bocado para ellos —aseguró el segundo con una sonrisa abierta en su cara.

—Pocas presas han debido cobrar en los últimos meses, para que se mantengan en esa distancia y continúen considerando sus posibilidades de ladrido. Y si las dos insisten en dicha posición, es señal de que vislumbran algunas posibilidades. No

olviden que son mil y una las tretas a alumbrar por la mente de esos malvados. Pero tampoco es cosa de achicar los ánimos, que navegamos en el mejor navío del mundo —el comandante abrió sonrisas de orgullo—. Aunque se encuentren a barlovento y, en teoría, naveguen más ligeros y con mejor maniobra, seguiremos su juego y montaremos la baraja. Como seguimos en situación de pruebas, veamos cómo se comporta este navío en caza. ¡Segundo!

—Señor.

—Arrumbe a la fragata, hasta que la bolina lo permita. Veremos qué deciden.

Tras el toque de corneta a maniobra, el navío cayó a estribor seis cuartas, con las vergas braceadas al troncho. Y daba gusto comprobar la alegría con la que respondía al timón, a la vez que las bolsas redondas se tensaban hasta elevar los rezos en sus puños. Ganábamos barlovento a riendas, lo que hizo que la fragata reaccionara con rapidez, largando alas y rastreras, al tiempo que cambiaba la banda y tomaba un largo como galán de noche. El viento, fresco y de norma, beneficiaba las maniobras de todos con generosidad, como si se tratara de un concurso para correr y medir la milla.

No crean que la fragata alargaba distancia a vistas, porque era escaso el andar que nos avanteaba. Pero debíamos reconocer extrema ligereza de alas en la maldita, por no hablar de la goleta que parecía volar en cuadernas. Tras varias horas de caza, el comandante desistió para regresar al rumbo base.

—Parece que no quieren saber nada de nosotros, señor —comentó un teniente de navío.

—Poco fío en esos desalmados, que ya sufrí sus acciones en mis carnes hace años. Podremos calificarlos con todos los adjetivos más negativos de nuestra lengua, pero son grandes hombres de mar, no les quepa duda. Seguirán en la ronda, por si encuentran el momento. Pero no quiero entrar en el crepúsculo de noche con esos abejorros dando vueltas sobre el panal —se giró hacia el segundo que se mantenía a su lado—. Toque llamada general para que forme en cubierta la tropa en transporte. Así verán esos jenízaros que sus posibilidades caen a cero.

Razón tuvo el brigadier y comandante nuestro, porque tras la llamada a la tropa y su rápida formación en cubierta, la fragata pareció decidir nueva maniobra. Tras virar por avante como si se tratara de un ligero bergantín, comenzó a alejarse por nuestro costado de estribor con claridad. La goleta, fiel a su norma, le siguió obediente las aguas, abierta a barlovento. Pero no descargó aquí el comandante sus dudas, que era desconfiado por ley y en ventura.

—Bueno —se dirigía al segundo—, no creo que regresen a la carnaza. Recuerde que informemos con detalle de este encuentro. Es bueno saber de la presencia de piratas desalmados en estas aguas, actuando en parejas y decididos a muerte. Un buque de transporte sin escolta habría pasado momentos duros en esta situación. De todas formas, no caigamos en excesivas confianzas, porque nunca se sabe lo que pueden maquinan los hambrientos de presas. No quiero un solo candil en cubierta o tras las lumbreras durante esta noche, que puedan servir de referencia a la fragata.

Aunque piratas asesinos, esos hombres son valientes y ariscados hasta la temeridad, y podrían intentar alguna desagradable sorpresa nocturna.

—Sí, señor. Ya sufrí alguna de ellas —contestó el segundo.

En estas condiciones se alcanzó la anochecida. La oscuridad era absoluta, porque a la medida de precaución ordenada, hasta apagar las luces de navegación, se sumaba la ausencia total de luna. Y no es fácil en esas condiciones que la marinería comprenda la necesidad, con su inveterada costumbre de abrir Riegos y brasas de ración, lo que obliga a los oficiales de guardia en cubierta a una permanente inspección.

Nos acostamos bien entrada la noche y con alegría en el cuerpo. Setum nos había agenciado un par de frascas de vino, que trasegamos con cuentos y chanzas tan habituales en nuestras conversaciones. Y no era tarea fácil arrimar el gollete a la boca en noche cerrada a lobos, lo que nos hacía reír con frescura. Había relevado la guardia de prima cuando nos retiramos en demanda de sueños, cuestión nada sencilla con tanto oficial de transporte. Me dejé caer en el catre, acolchado a la banda de estribor, para quedar dormido en pocos segundos, sin llegar a utilizar el ejercicio de los sueños en vivo, un placer que se agrandaba conforme transcurrían los días en aquella incertidumbre sobre nuestro futuro.

Creo que llevaba un par de horas sumido en el más dulce de los sueños, aunque me parecieran unos pocos segundos, en los que creí escuchar el retumbar de cañones. Pero no era tal sueño, porque de pronto me sobresaltó el toque a rebato de la corneta, llamando con insistencia a la situación de zafarrancho de combate. En el tumulto que suele producirse en tales circunstancias, tropecé con un par de oficiales de la dotación que arrancaban en metralla hacia la escotilla. Y ya trepaba por la escala cuando escuché el tronar de nuestros propios cañones en generosa andanada. Al salir a cubierta, el aire olía a pólvora quemada, un aroma disfrutado con generosidad en el pasado y que se amadrinaría a mi piel durante muchos años, hasta poder aspirar su perfume en mis sueños de vejez. Intenté orientarme en la oscuridad con rapidez, sin estorbar al personal que acudía a sus puestos de combate.

Debíamos reconocer que los corsarios eran valientes y atrevidos. Guiados posiblemente por un ascua perdida, que es tarea casi imposible permanecer en cerrado de escotilla, habían conseguido situarse a proa y popa, en nuestros sectores de menor poder artillero, buscando un destrozo inicial y, a ser posible, dejarnos sin timón o faltos de gobierno, lo que habría significado un duro y peligroso revés. Por fortuna, el comandante había reforzado la guardia y se pudo reaccionar en pocos minutos. Al tiempo que los cañones de guardatimón<sup>[42]</sup> disparaban sobre los fogonazos abiertos, se maniobraba con toda la caña a una banda para abrir las baterías de los costados en fuego. Pero ya la fragata que nos disparara a popa corría por alas entre aguas oscuras, así como su compañera.

El comandante bramaba con espuma, arremetiendo contra las sombras.

—¡Di una orden precisa que no se ha llevado a cabo! Alguna luz perdida debió

guiar a esos hombres.

—Sin novedad en el gobierno, señor —supuse que se trataba de algún oficial, que llegaba en preciso informe sobre la parte más delicada del buque.

—Bendito sea Dios. Espero que comprendan lo que ha podido suceder por imprudencia propia —mantenía el tono de voz en las alturas y aspecto furibundo, aunque el fanal arrimado en fortuna dejaba en medias luces la toldilla—. Si alguna de sus dos andanadas hubiera acertado en la pala del timón o sus guarniciones, habríamos quedado sin gobierno, a disposición de los corsarios, que solo tendrían que acercarse por nuestros sectores muertos a proa y popa, para batirnos a gusto. Ya sé que todo es reparable y posible la maniobra con el aparejo, pero no podemos poner en peligro la unidad más moderna de la Armada por un descuido inadmisibile. ¡Segundo! Disminución de ración en castigo hasta nueva orden. A ver si aprenden a obedecer.

Era lógico y de orden el mal humor del comandante. La fragata había maniobrado a la perfección, intentando aproximarse por nuestra estela. Y entre cientos de hombres, siempre aparece la brasa perdida que indica la posición. De esta forma, alcanzó la popa, donde no solo se mantienen escasos cañones, sino que es zona donde se encuentra el timón. Y un barco sin gobierno es cortesana en camisa de dormir. Como había dicho el comandante, todo barco puede intentar la maniobra en rumbo con cambios en el aparejo tan solo, aunque es misión de permanente zozobra y escaso resultado.

En esta ocasión y para fortuna de nuestras carnes, las dos andanadas disparadas en rápida sucesión, sin poder apuntar con la deseada precisión debido a la oscuridad, no consiguió el propósito perseguido. Los impactos se recibieron en la jardinera de estribor y cámara del comandante, con lo que más valía alejarse de su persona en los próximos días.

Y así dimos por cerrado aquel incidente, de los que he sufrido algunos a lo largo de mis años en la Real Armada. Ya les decía que en la mar no hay seguridad absoluta, bien sea por causa divina o humana, en tiempos de paz o guerra, y es necesario mantener en permanencia más de tres ojos en la galleta de los palos, que nunca se sabe por dónde puede saltar la liebre.

A pesar de lo que había aventurado el teniente de navío Luis Cienfuegos en aquella lejana conversación, recalamos dos días después del incidente en la isla de Santa Lucía, al sur de la prometida Martinica. Fue entonces cuando maniobramos con facilidad para cruzar entre las dos islas, y pasar de lleno y por derecho al mar de las Antillas. Una vez internados en la perla de los mares, como llamaban algunos viejos marinos a aquel entorno de inolvidables colores, navegamos a un largo con viento fresco y rumbo OSO<sup>[43]</sup>, para volver a recalar en la punta Gallinas<sup>[44]</sup>, cercana al poblado de La Guajira. A partir de ese momento, barajamos la costa a conveniencia y sin sobresaltos, dejando por babor Santa Marta y Barranquilla. La verdad es que me pegué al antejo como una lapa, sin perder un solo detalle de aquella costa que

divisaba por primera vez.

Por fin, en la tarde del nueve de abril de aquel año de 1788, que siempre mantendré en mis recuerdos, avistamos la entrada a la bahía de Cartagena, fondeando poco después al abrigo y con dos ferros en Boca Chica.

Sentí una especial emoción al observar tan de cerca el continente americano y aquella hermosa ciudad de la que tanto se habla en nuestra historia. A la cabeza me llegó el recuerdo de la prepotente actitud mostrada por el almirante inglés Vernon, cuyas anticipadas noticias de victoria al observar las escasas defensas del puerto, hicieron imprimir en Londres una moneda en honor de la conquista de aquella plaza fuerte. Sin embargo, la obtención de tan preciada presa fue impedida en heroica defensa por nuestro valeroso guipuzcoano y teniente general de la Armada don Blas de Lezo, humillando el orgullo y arrogancia británica, hasta conseguir que bastión tan importante de nuestro Imperio se mantuviese intacto para las armas de España.

Otra etapa más de mi vida llegaba a su fin y una nueva, preñada de luces e interrogantes, se abría por la proa. Quienes hayan seguido con mayor o menor dedicación los diferentes avatares sufridos en mi larga trayectoria en la Real Armada, comprenderán que no es más que una repetición de hechos excitantes y novelescos en muchos casos, a los que, sin embargo, tan fácil era acostumbrarse. Y esa es la pasión auténtica, la dulce incógnita que el mar te brinda cada día, sin desprender nunca de su ropaje los velos suficientes.



## 5 La Cartagena americana

Más de un largo e interminable día nos mantuvimos fondeados a las puertas de la Boca Chica, a escasa distancia de los fuertes de San José y San Fernando, que como pinzas de cangrejo defienden la angosta entrada a la ciudad más amurallada y fortificada de la América hispana, aquella que fundara el madrileño Pedro de Heredia por el año 1533. El nombre acuñado no era casual, sino que se debía a la expresa petición de la mayor parte de sus soldados, oriundos de la Cartagena de Levante o mediterránea, donde echara mis primeros dientes marineros en el Colegio Naval. Pero no crean que me molestó en demasía aquella alargada espera, porque la simple contemplación de la naturaleza en estado casi puro, esa extraordinaria mezcla de agua, manglar y profusa vegetación, me producía un intenso placer. No era más que una de aquellas lejanas estampas soñadas en la niñez, que hicieron crecer en mi corazón el irrefrenable impulso hacia la mar.

A pesar de las protestas enumeradas en trágica letanía por los funcionarios durante la alargada travesía, que razón sobrada tenían cuando lo pude comprobar, el aspecto de la ciudad era sobrecogedor en cuanto a su aspecto defensivo, necesario sin duda ante los muchos ataques que la ciudad había sufrido a lo largo de la Historia por británicos, piratas, corsarios y bucaneros. El motivo, sin duda, era que Cartagena, con el paso de los años, se había convertido en el principal puerto de tránsito o llegada de todo el comercio que bajaba del Caribe, así como el que subía desde el virreinato de Lima. De esta forma, las mercaderías provenientes de la costa del Pacífico, norte y sur, no debían costear todo el continente y enfrentarse al temido Cabo de Hornos, sino limitarse a esperar la llegada de los mercantes que, procedentes de Lima, atracaban en la ciudad de Panamá para pasar a continuación hasta Portobelo, a través del istmo centroamericano.

Pero como aspecto fundamental, recordé las palabras de Jorge Juan y Ulloa en su Relación histórica, a la que habíamos tenido acceso antes de nuestra partida de España, en la que aseguraba que se halla Cartagena con una de las mejores bahías que se conocen, no solamente en aquella costa pero aún en todas las descubiertas en aquellos parajes. Y razón sobraba a aquellos dos grandes genios de nuestra Armada para formular tal definición, que la citada bahía se extendía a lo largo de dos leguas y media en dirección norte-sur, poseía mucho fondo y se recreaba con una inmensa tranquilidad de sus aguas.

Desde 1740, Nueva Granada se había convertido en virreinato, abandonando el sistema de la Presidencia que tantos problemas acarrearía a la Corona. El primer virrey estableció su sede en Cartagena, al tiempo que el primer gobernador de esa nueva etapa no era otro que el famoso don Blas de Lezo. Después del comentado y

terrible ataque inglés por el almirante Vernon, se llevaron a cabo numerosas obras de defensa, cegando entradas y fortificando puntos destacados en su orografía, hasta convertirla en una plaza casi inexpugnable.

Por fin abordamos la bahía interior, donde pudimos desembarcar cuerpos y bagajes. Y gracias a los manejos de Pecas con sus amistades recién adquiridas, no fue necesario solicitar alojamiento al gobernador, sino que uno de los funcionarios, aquel vejete de pelo canoso y embotada mirada que respondía al nombre de Evaristo Martínez de Toledo, nos rogó de forma encarecida permitirle el honor de aposentarnos en su casa. Y allí nos dirigimos, seguidos por una carreta tirada de poderosos bueyes, un transporte ofrecido por nuestro anfitrión.

Debo reconocer que la amistad con don Evaristo, gracias al tesón farolero de Pecas, facilitó sobremanera nuestros primeros momentos en el continente americano, una tierra que acabábamos de pisar por primera vez con irrefutable orgullo personal. Él mismo fue el encargado de interesar la imprescindible y protocolaria audiencia con el gobernador, quien nos citó para cinco días después, en unión de los otros oficiales destinados a Ultramar, porque deseaba saludarnos en persona. Nuestros tres compañeros se aposentaron al quite en diferentes residencias, sin conocimiento ni contacto por nuestra parte, que tampoco se dio el caso o la necesaria comunicación.

Dedicamos aquellos días de absoluta libertad a la necesaria aclimatación en el nuevo mundo que abordábamos con una alegría infantil, como si cada detalle se izara en asombrosa novedad para nuestras vidas. Fue don Evaristo quien nos llevó de la mano y facilitó el necesario conocimiento, para no errar con bulto ante tantas nuevas y extrañas costumbres, alejadas en extremo de la cortesía habitual utilizada en España. Por esa razón, fueron de inestimable ayuda las charlas que mantuvimos en su residencia, rodeados por su esposa y tres hijas, de edades tan juveniles que refutaban la pretendida ancianidad de nuestro anfitrión. Pecas era quien, entre frases galantes a la señora y atrevidos requiebros a las mocitas, especialmente a la pequeña que se llamaba María de la Asunción, forzaba las amenas charlas en las que acopiábamos la necesaria información.

—¿Aseguráis que ni siquiera el gobernador utiliza peluca como complemento a su uniformidad? —preguntó extrañado mi amigo en una de aquellas veladas, especialmente establecidas tras los almuerzos.

—Es un indumento casi desterrado en estas provincias españolas. Tan solo el gobernador y algunos oficiales de alto rango, y en determinadas ocasiones, hacen uso de adorno tan poco recomendado en regiones de temperaturas muy altas y pegajosas. También comprobarán la falta cotidiana del corbatón, porque se trinca la tirilla de la camisola con botones de oro en su ocasión, salvo los casos, muchos de ellos, en los que se deja sin abrochar.

—Aquí disfrutaría el general don Antonio Barceló —agregué con rapidez—. Siempre ha detestado el uso de pelucas y perifollos innecesarios, que entorpecen el trabajo a diario.

—Las condiciones de temperatura y humedad que aquí disfrutamos o sufrimos, hacen aconsejables ciertos cambios respecto a la rigidez de la etiqueta en la Corte — insistió don Evaristo—. Habrán podido comprobar que en nada se parece el vestuario femenino con el mantenido en España. Como ven en mis propias hijas, las mujeres españolas o criollas utilizan lo que aquí llamamos polleras, unas sayas de gran tamaño que las cubren desde la cintura a los pies, confeccionadas en tafetán ligero y sin forro por los mencionados calores. Y de medio cuerpo hacia arriba, camisola abierta y un sencillo jubón que solamente se ajusta en invierno.

—Sin embargo, he visto algunas con una saya sobre lo que usted llama pollera, y de distinto color —Pecas parecía muy interesado en el tema, mientras mantenía el catalejo estibado contra la pequeña Asunción, bellísima morena de ojos enormes y sinuoso cuerpo, que se adivinaba a través de tan ligeras prendas.

—Esas no alcanzan la categoría de blancas y utilizan esa basquina sobre la pollera tradicional —contestó la hija mayor, Piedad, con extrema rapidez.

—¿Tan importante es el color de la piel? —pregunté con cautela—. Algunas que ustedes no consideran blancas, pasarían por tales en España.

—Aquí es un aspecto fundamental que no se puede obviar de ninguna manera —respondió nuestro anfitrión con severidad—, hasta el punto de llegar a establecerse un sistema de castas con su propia jerarquía, aunque no se contemple en las leyes. Lo que realmente se considera como población blanca se divide en dos clases. En primer lugar, los españoles, también llamados chapetones, de esporádica presencia en estas tierras porque regresan a España con el ansiado caudal, o finalizan su periodo comisionado, como sucederá con ustedes. Después tenemos a los criollos, descendientes directos de españoles y asentados en permanencia por muchas o pocas generaciones, blancos puros en teoría —dirigió una rápida mirada a sus hijas al pronunciar las últimas palabras, por lo que deduje alguna mezcla oscura de sangre o tinte no deseado, como allí se denominaba—. Estos son los que en verdad poseen la tierra, miembros de nobles familias muchos de ellos, incluso con títulos nobiliarios de afamada grandeza. Sin embargo, los criollos se consideran españoles americanos y no chapetones, aunque presuman de su nobleza española.

—Y después se encuentran los que no se consideran blancos —terció Pecas.

—Porque no lo son —intervino Asunción con decisión y rapidez.

—En efecto, así es —volvió a tomar el padre la palabra—. El primer escalón inferior es el de los mulatos, es decir, los que son mezcla de blancos y negros. A continuación llegan los tercerones, cruce de mulato y blanco, más cerca de estos últimos aunque el tinte de su piel aclara todavía su origen y calidad. Los cuarterones, crías de blancos y tercerones, forman la siguiente capa social, para llegar al quinterón que, como pueden suponer, son mezcla de blanco y cuarterón. Y no deben nombrar a ninguna de las etapas con error, o entrarían en penosa y grave ofensa. Todo lo anterior, sin contar las diferentes mezclas de las escalas aludidas con los indios aborígenes, lo que alarga la lista de denominaciones en forma considerable.

En conversaciones de parecido tipo entrábamos a diario y en cualquier momento, con lo que recibíamos verdaderas lecciones de todo punto necesarias para movernos en aquella sociedad tan distinta, sin entrar en imperdonable error o indebida provocación. Pero como todo era novedad, tal situación nos hacía sentir un aire de mayor importancia y felicidad, que siempre lo nuevo y desconocido nos entra por escotilla con favor añadido.

En cuanto a las costumbres alimenticias, nos entablamos con rapidez a las nuevas normas, en especial a los dos productos que denominaría como de mayor aceptación. Y me refiero en primer lugar al uso masivo del cacao, tanto en casa, preparado con lenta y pasmosa perfección, como en las calles, donde las mujeres negras lo vendían en unas cazoletas de madera que llamaban jícaras. Sin embargo, este último solía ser de peor calidad, mezclado con maíz, aunque también de agradable sabor.

El segundo producto de uso abundante y diario era el aguardiente, que comenzaba a tomarse sobre las once horas de la mañana, para invitarse mutuamente en lo que se denominaba como hacer las once. Según contaban algunos de los muy afectos, era tónico necesario para el buen discurrir de los intestinos, que de esta forma recuperan la fuerza perdida con la continua transpiración. Aunque en casa de don Evaristo y otras de escala superior podían beberse aguardientes españoles, era de uso muy extendido el que se hacía en la ciudad con el jugo de la caña dulce, razón por la que era denominado como aguardiente de caña. Pero se bebía en exceso continuado y era normal situación observar personas ebrias a cualquier hora del día, o reposando los excesos en las cómodas hamacas, de uso muy extendido.

Y como los vicios son de fácil adquisición, también Pecas y yo caímos en el mal y nos dimos al tabaco, esa planta americana de uso muy extendido y profuso en aquella colectividad. Comenzamos con el negativo apego por no decepcionar u ofender a los ofertantes, que nunca sabes de seguro el límite de la vela, para pasar a la toma diaria a pesar de que tal uso se encontrara prohibido de forma tajante en nuestros Reglamentos y Ordenanzas. Pero catamos la fruta prohibida y a ella nos habituamos, por nuestra parte en humo y por aspiración, que otros muchos lo tomaban al chupete, como si se tratara de dulce golosina. Este último era el sistema normalmente utilizado por las mujeres blancas, aunque de tapado y en casa, por mucho que se les notara en el aliento y dentadura. Ese vicio, si así puede llamarse, nos acompañó por el resto de nuestros días, aunque de forma privada cuando regresamos a España.

En conjunto, puedo declarar que era más bien escaso el trabajo desarrollado con asiduidad entre todas las castas presentes, y más alargado el disfrute de aquellas gentes con cualquier motivo u ocasión, porque los bailes y fandangos se celebraban casi a diario. Además, nuestra estancia en Cartagena se convirtió en fiesta permanente, porque las familias más honorables y adineradas se rifaban nuestra presencia, nada menos que un duque y un conde en aquellas tierras tan lejanas de la Corte.

Tan solo un grave reparo debíamos objetar a la dieta colombiana, y era la escasez de buenos vinos, en especial durante estaciones en las que se producía retraso de las mercancías procedentes de España, cual fue nuestro caso. Y a la vista de tan lamentable situación, decidimos mantener al resguardo y buen recaudo nuestra propia remesa, y abusar de la galantería cartagenera mientras se pudiera.

No podíamos haber entrado con mejor pie en el continente americano, y disfrutamos de tal situación con agradable holgura mientras pudimos. Sin embargo, una voz interna nos repetía con insistencia que nuestro destino se mantenía en el aire, aunque en poco tiempo debiera caer la balanza a tachón y sin retroceso. Pecas, por su parte, fiel a su tendencia habitual, marchaba a la ronda de la pequeña Asunción, con galanteos de mirada y roce casual. Por fin, me declaró haber caído perdidamente enamorado de la niña, siguiendo su inveterada costumbre. Como es fácil comprender, no le di mayor importancia a la indicación, con el escaso tiempo disponible por la proa.

De tal forma, y con el ánimo abierto a troneras, encaramos el sexto día, momento en el que debíamos efectuar la obligada presentación al gobernador, teniente general Benedicto Argilés. Y sentí cómo la piel se estiraba en chorreras, porque de aquella audiencia se derivaría nuestra vida en los próximos años.

En la mañana del 16 de abril, don Evaristo nos condujo en su carruaje hasta la misma puerta del palacio del gobernador, noble edificio de alargada estructura y dos plantas, aunque de corte militar y escaso ornamento exterior. Y no contento con aquel detalle, nos acompañó por la escalinata de mármol hasta la estancia de la secretaría, donde se adosaba una sala de recibo de espaciosas dimensiones y cómodos sillones de cretona festoneada. No nos sorprendimos al encontrar a dos de nuestros compañeros de armas en paciente espera, con los que ya habíamos coincidido en algunos de los saraos y agasajos familiares recibidos.

Si tienen en cuenta que nos presentamos como marcaban las normas de vestuario y etiqueta en nuestra reglamentación de vestuario, con uniforme grande y peluca, podrán imaginar el suplicio que sufrimos en aquella calurosa mañana, con una humedad que excedía cualquier rigor posible, mientras se alargaba el interminable recibo. El teniente de fragata Mantone se incorporó poco tiempo después de nuestra llegada, por lo que allí aguardábamos los cinco oficiales destinados a Ultramar, mientras el sudor corría por nuestras espaldas como baldeo de alba.

Por fin, cercanos al mediodía, su Excelencia pareció aligerar la corrida y de forma pomposa fuimos anunciados para la necesaria audiencia. Con los nervios fáciles de presumir, que sentía correr las culebras por sangre y sudor a través de todo mi aparejo, abordamos la puerta de dorado estuco, mantenida al aire por un lacayo mulato o tercerón que expiraba con más holgura que nosotros.

El despacho oficial del gobernador era amplio y señorial, con enormes ventanales abiertos, a través de los que se podían escuchar las voces de los transeúntes y

vendedores. Al fondo del mismo, incrustada en decorativo chaflán, pudimos observar una alargada mesa de estilo francés, tras la que se parapetaba su Excelencia. Siguiendo los movimientos del veterano, alargamos los pasos hasta quedar a dos metros del vejete, que no se había dignado todavía a elevar la mirada hacia nosotros.

La figura de don Benedicto Argilés, aunque con fama de bravo y aguerrido, se encontraba más cercana al de persona apocada y enfermiza. Con demasiados quinquenios en su hoja de servicios y entrado con claridad en la setentena, no levantaba ni la alzada de Pecas, al tiempo que su piel se extendía como un manto flácido y amarillento sobre los huesos, lo que demostraba a las claras una débil y preocupante salud. Sin embargo, tras nuestra presentación oficial, su voz tronó como un látigo, lo que nos desconcertó en grande porque esperábamos un tono más aflautado y débil.

—Bienvenidos a este insano continente, señores oficiales de la Real Armada. Espero que se hayan aclimatado al tormentoso clima de la ciudad en estos días de asueto, tarea fácil en cuerpos juveniles —miró a Mantone con los ojos torcidos, como si la frase no fuera dirigida a él—. Más de cien misivas a nuestro Secretario Universal han debido salir de esta plaza, para que se nos conceda la gracia de su presencia. En verdad, ya no esperaba recibir tal prebenda en el corto espacio de tiempo que me resta como gobernador.

Nos manteníamos en pie, rígidos y nerviosos, mientras aquel alfeñique con voz de barítono nos auscultaba con su mirada, parapetado tras su escritorio.

—Cargaré por derecho y a velocidad, que es poco el tiempo disponible y muchas las ocupaciones de mi cargo. Veamos —pareció bucear entre un legajo situado a su izquierda, para tomar unos pliegos sueltos antes de continuar—. El teniente de fragata don Federico Mantone y Labrada, como más antiguo del grupo, quedará en esta plaza bajo mis órdenes directas. Tomará el mando del paquebote San Francisco de Borja, construido en La Habana en 1784 y comisionado a esta plaza hace dos años solamente. En la actualidad lo manda un alférez de navío graduado. Su operatividad es mediana y cambiante, porque los respetos y armamentos no abundan en ningún círculo. Pero deberá prestarla con rapidez, ya que será el encargado de transportar a los oficiales que pasarán a la costa pacífica.

Volvimos a sentir cómo se alargaban los muelles de la barriga, mientras el general repasaba sus notas.

—También el alférez de navío don Antonio María de Lizán y García de la Concha permanecerá de comisión en esta plaza, en un primer momento. Y digo en principio, porque es posible que me acusen de beneficiar este apostadero, al mantener en el mismo a dos oficiales de guerra, lo que sería cierto y cabal —esbozó un gesto de desprecio—. Poco me importa si se produce tal observación en mi contra. Estimo que han de corresponder innegables ventajas a quien carga con la tarea de la necesaria distribución. Y como por inesperada gracia, que así la contemplo, se han formulado estos destinos. Tomará el mando de la balandra<sup>[45]</sup> Terrible, también construida en La

Habana en el año 1780. Se encuentra en mala situación de tablas y aparejos, por lo que deberá trasladarse al arsenal cubano, donde se le llevará a cabo la necesaria carena, repuesto de jarcia y montar las piezas artilleras de las que adolece.

Continuaba sufriendo aquella extraña sensación de entrar en quinceo forzoso o maléfico sorteo, porque aquel hombre parecía insensible a nuestras penalidades mentales. Y no era fácil acortar el trapo de los sentidos, desbaratados poco a poco.

—El teniente de fragata... —acercó el pliego a sus ojos, mientras nuestros corazones batían alas en fortuna—. El teniente de fragata don Javier de Menéndez y Urquizar pasará destinado a la perla de nuestras islas caribeñas —se permitió una escasa sonrisa por primera vez—. En La Habana, con su magnífico Arsenal, encontrará más apoyo marineramente que en cualquier otra estación naval, no le quepa duda, aunque tampoco disfrutará de benigno y saludable clima. El teniente de fragata don Santiago de Cisneros y Ruiz de Espinosa, duque de Montefrío —le dirigió una especial y torcida mirada, que ninguna buena intención presagiaba—, pasará comisionado al Virreinato de Lima, supongo que basado en El Callao, aunque no sea tema de mi incumbencia. Es posible que lo destaquen más al sur, a Valparaíso o a la región de los hielos. Nunca puede asegurarse, con la especial política que allí siguen.

En mi fuero interno llegué al convencimiento, que el viejo general debía haber sufrido algún extemporáneo ramalazo del difunto duque de Montefrío, padre de Pecas, cuando disfrutaba la Secretaría privada de Su Majestad. Y también quedaba a las claras, que el enfermizo vejete había padecido inconvenientes factores o penalidades de número en su comisión ultramarina, aunque ejerciera puesto aspirado por muchos. Pero en cuanto a la decisión práctica y que tanto me afectaba, parecía aclarado que también yo pasaría a la costa del Pacífico, aunque se demorara el gran señor en señalar mi destino.

—Y por último, que esta serie se alarga sin fin, el teniente de fragata don Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, conde de Tarfí, pasará destinado al Virreinato de Nueva España. Pero ya le puedo adelantar que deberá presentarse en el Departamento Marítimo de San Blas, donde tanto exigen en necesidad de oficiales, cuando tan solo dedican su tiempo a alguna perdida y ociosa exploración por las Altas Californias.

Y llegó la paz, aunque la emoción mantuviese bien calados los masteleros. Aquel lugar que declararíamos como ignoto para nuestras mentes, era el asignado para mí en el inesperado sorteo. Deseé de forma imperiosa alcanzar alguna carta o perfil de la costa pacífica, para calcular con exactitud su posición. La verdad es que, de aquellas aguas, tan solo tenía conocimiento de la existencia de Acapulco, así como leído algunas historias sobre las misiones en tierras de California. Pero ya la voz de mando tronaba de nuevo.

—Y eso es todo, caballeros. A los que bajo mi mando permanecen, les exigiré el máximo esfuerzo y dedicación sin posible excusa, aunque deban obviar muchas de las malas y desaconsejables costumbres que asolan a esta población. Debemos dar

ejemplo a tantos españoles y criollos, que se desenvuelven en estas tierras como las figuras de Sodoma y Gomorra. A los que parten más allá, les deseo toda suerte de parabienes, siempre en bien del servicio de Su Majestad. Eso es todo. Pueden retirarse.

Y salimos del despacho con encontrados sentimientos en nuestros pechos. Seguimos a un oficial de la secretaría que nos acompañó hasta la puerta principal en correcta despedida, mientras Pecas y yo nos mirábamos a hurtadillas, deseando desbocar nuestros comentarios, ahora que ya sabíamos el cercano futuro que se abría por nuestra proa. Pero, ya de entrada, puedo asegurarles que el primer sentimiento recibido en mi pecho fue el de inmensa satisfacción. Y no podría explicar el porqué de ese alto vuelo en mi corazón, pero sonaba a cantos de sirena aquello de San Blas, en la costa pacífica de Nueva España.



## *A bordo del paquebote San Francisco de Borja*

Los días siguientes a la audiencia mantenida con el Gobernador Argilés, que aclaró en un primer paso nuestro futuro, se desarrollaron con una actividad frenética, tanto física como mental. Bien es cierto que aquella marejada de cuerpo y espíritu a la que nos sometimos, se veía auspiciada más por la situación de desasosiego nervioso que otra cosa, porque con cierta prontitud se nos avisó que el paquebote San Francisco de Borja no se haría a la mar hasta el día 23 de aquel mes de abril de 1788. Y escasa preparación necesitábamos, con los arcones en cofre lacrado, aunque nos moviéramos de aquí para allá como duendes poseídos por el mal.

Como suele suceder cuando la comezón se hace fuerte en las entrañas y los vientos te empujan entre claros, esos pocos días volaron por encima de las vergas como picado de cormorán. Pero recuerdo de forma especial mis largas conversaciones con Pecas sobre nuestra separación y próximo futuro, una tristeza amortiguada que nos negábamos a considerar. Por su parte, mi cuñado centraba su teórica preocupación en la incertidumbre de su destino final, que era mucha costa la perteneciente al virreinato de Lima y nada en concreto le fuera comunicado. Sin embargo, para sopesar la balanza, a partir del segundo día dio por hecho que su nueva residencia quedaría establecida en la bella capital limeña, y así, de un plumazo cierto o no, arrancaba los miasmas cerebrales.

Por mi parte, dediqué todos los esfuerzos posibles a ampliar unos conocimientos geográficos de los que carecía hasta el momento y, en particular, encontrar la exacta situación de la estación, apostadero o departamento marítimo llamado San Blas, convertido de la noche a la mañana en santo y seña de mi navegación. Sentía no haber investigado con mayor intensidad nuestra presencia en las costas americanas, mientras disfrutaba aquellas semanas de generosa holganza en Santa Rosalía, en cuya biblioteca habría encontrado las respuestas definitivas a mis interrogantes.

Por fortuna, recibí una inestimable colaboración por parte de nuestro anfitrión, cuya desinteresada hospitalidad y permanente ayuda nunca podríamos pagar en porcentaje apropiado. Fue él quien, solícito como siempre, en silencio y sin falsas alharacas, consiguió un atlas de la secretaría del Gobernador, fechado en los primeros años del siglo, que me entregó con una sonrisa de complicidad.

Como pueden suponer, me lancé sobre aquel volumen como joven caballero en torneo de amores. Repasé sus páginas, una a una, sacando los ojos a vueltas y sin perder detalle. Por fin, en uno de los mapas levantados al plumín, dedicado al perfil de la costa americana septentrional conocida por aquellos años, aparecía la sinuosa línea de California con cierto detalle. Y allí, por primera vez pude comprobar que, en

efecto, en un punto de la costa al sur del golfo de California, se encontraba el nombre que aparejaba mi destino cercano y seguro.

No saben el número de horas en las que, encerrado en mi aposento, observé aquel mapa que se ofrecía a mis ojos como el Santo Grial. Llegué al extremo de copiar con detalle en diversos folios sus puntos más importantes, como si de aquella forma acelerara el pronto arribo al apostadero asignado. Una y otra vez recorría la costa con mi dedo, desde el puerto de Acapulco, base del famoso galeón que unía las lejanas islas Filipinas con el Imperio español, hacia el norte, para doblar el cabo Corrientes y continuar en una pequeña ensenada. Midiendo a la brava y sin escala aparente, pude calcular que desde Acapulco, tras recorrer unas 450 millas, en la extensa bahía que se forma frente a las islas de las Tres Marías, se encontraba la cabecera del Departamento Marítimo donde trabajaría y navegaría, así era de suponer, en los próximos meses. Pero ya el simple hecho de leer aquellas palabras mágicas sobre un punto situado en el mapa, San Blas, me llenaba de un orgullo muy especial, como si se tratara del castillo que, desde aquel momento, debía defender a toda costa.

Por otro lado, la preocupación inicial de Pecas y su penosa incertidumbre pasaron al olvido en dos días, dedicado en cuerpo y alma a prometer amor eterno a la atractiva María Asunción, que simulaba rendirse por lo llano a sus extremados galanteos, más porfiados cada día, porque el pecoso parecía despertar a la vida carnal con extrema rapidez. Pero nada le decía de los meses o años que tardaría en volverla a ver, lo que así le comentaba yo a recaudo de oídos ajenos, para provocar una más de nuestras típicas discusiones con falso enfado.

—¿Sabes una cosa, Pecas? Cuando vuelvas a Cartagena, si es que regresas alguna vez y no acabas tus días en las costas heladas del Cono Sur, esa pequeña María Asunción andará con pollera de mujer casada y varios mocosos correteando a su alrededor.

—No digas eso, por favor, a no ser que quieras hundir todavía más el puñal del dolor en mi pecho —declamaba como poeta, señal precisa de andar en teatros—. No podré amar a otra mujer.

—Deja la obra dramática, o comedia más bien, enano, que nos encontramos a solas. Supongo que en Lima conocerás otras criollas que también romperán tu corazón a muerte y sin remedio.

—Nada tiene que ver mi amor rendido en Cartagena, con las posibilidades que se puedan abrir en la extraordinaria capital del virreinato, donde son tantas las bellezas a disposición. Mi corazón es de tan colosal tamaño, casi como mi inteligencia, que puedo amar a más de una mujer a la vez, aunque te cueste creerlo —pareció volver a la normalidad, para apagar un poco su voz—. Por cierto, Gigante, que dentro de tres días saldremos a la mar, y pronto nos separaremos por tiempo indefinido. Un tiempo que, bien sabemos, se alargará como maroma vieja. No sé cómo podrás superarlo, ni salir adelante sin mis consejos y ayudas terciadas.

—Espero no desaparecer en el empeño. Pero todavía me queda por la proa tiempo

más que suficiente para gozar de tu adoctrinamiento y, por desgracia, aguantar tus desvaríos —golpeé su hombro con afecto—. Bueno, lo importante es que el próximo lunes nos haremos a la mar en dirección a Portobelo, si ese veterano de Mantone consigue poner a punto su siniestro paquebote y embarca el material de transporte.

—No me gustó la decisión de Mantone, al acometer en primer lugar el trayecto a Portobelo, antes de recalar en La Habana para depositar a nuestro compañero Menéndez. Podía haber sido en contrario, concediéndonos la oportunidad de visitar tan hermosa isla.

—Es lógica tal medida, Pecas, porque deberá alargar la estancia en La Habana con negocios propios de su buque. Pero después de Portobelo nos espera un duro viaje por tierra hasta Panamá, según me ha contado don Evaristo, que hubo de sufrir tan duro trayecto hace años. Ese istmo parece estrecho en los mapas, pero hay que apechugar con los hombros por ríos y montes en dura travesía terrestre. Y como regalo final, divisaremos un océano nuevo, por el que cabalgaremos en desconocido destino.

—Y en Panamá deberemos esperar que alguna unidad perdida nos lleve en distintas direcciones, tú hacia el Norte y yo hacia el Sur. ¿Has caído en la cuenta, que llegaremos a encontrarnos separados por miles de millas de distancia?

—Todo un continente de parte a parte. Después de todo, es lo que siempre soñamos.

—Tienes razón, aunque preferiría seguir a tu lado, por cuidar al marido de mi hermana, claro está —por unos segundos, volvió el rictus de tristeza a su rostro—. Y como me encuentro en momento de verdades, he de reconocer que gocé de más suerte que tú con mi destino a Lima, si es que permanezco en El Callao y no se cumplen los designios de ese maldito y esmirriado gobernador, que espero pene en el infierno con prontitud. Pero ese perdido apostadero de San Blas, del que nadie parece haber oído hablar y pocos conocen, puede ser foco de indios asesinos o monjes misioneros, vete a saber.

—Su importancia ha de disfrutar, cuando es cabecera de un departamento marítimo.

—No creas que son comparables a nuestros departamentos peninsulares. Aquí son capaces de utilizar dicho nombre para cualquier cosa, como denominar vino a ese brebaje que nos ofrecen en algunas residencias. Pero puede ser beneficiosa la presencia de nativos salvajes. Creo que en algunas tribus indias, las mujeres son de extraordinaria belleza y ofrecen de forma generosa sus favores al primer español que posa la mirada en sus atributos.

—Seguro que caerías enamorado a los pies de la hija de un jefecillo de tribu, que te colmaría de pieles y collares de hueso.

Con estas conversaciones que nos devolvían a etapas lejanas, atravesamos los días que se convirtieron en continuos agasajos, fandangos y despedidas por parte de las familias cartageneras más importantes. Además de la tristeza, más o menos

teatral, que supuso la despedida de Pecas y su amada, fue dolorosa la de don Evaristo, quien en verdad nos había tomado un cariño paternal. Siempre recordé aquel hombre con especial fervor. Bien es cierto que tan lejos de España, los afanes de los paisanos se enlazan en inesperada comunión.

Y aunque protestáramos del renegrido Mantone, hubimos de reconocer que era duro y tenaz en el trabajo, así como experto en su facultad marinera. Sin pérdida de tiempo y siguiendo las instrucciones recibidas, embarcamos en el buque bajo su mando en la tarde anterior a la fecha prevista de salida a la mar. Hasta allí nos llevaron en volandas tantos amigos y conocidos, mientras Setum discutía con los cargadores y barqueros, de quienes desconfiaba como del mismo Satanás. Como suele suceder, tras los abrazos, promesas difíciles de cumplir y apretones de siempre, incluido algún beso fugaz de Pecas a su amada, nos alejamos de nuestros amigos en dirección al buque fondeado.

Con las primeras luces del alba, en aquel 23 de abril que marcaba una etapa más de nuestra vida, aprovechamos el repunte de la marea para abandonar esa querida Cartagena americana. Un viento agradable del sudeste, que en el Mediterráneo habrían denominado como terral, nos impulsó con suavidad a través de la bocana. Ese vientecillo, que los hombres de mar en aquellas latitudes llamaban guanacán y baja de la sierra siguiendo el curso del río Magdalena, nos era extraordinariamente favorable para las maniobras iniciales. Sin embargo, pocas horas después caíamos en una de las habituales encalmadas, que dejaba las velas al pique como chorro de palmatoria.

El paquebote donde navegábamos, también llamado paquebot en nuestra Armada, me recordaba de lejos, en tamaño y hechuras, al inolvidable bergantín Hércules, aquel que me concediera honor y título, aunque presentara líneas menos esbeltas y graciosas. Deben tener en cuenta que, aunque utilizado para otras misiones en las diferentes marinas, era fundamentalmente un buque de correo o transporte. Pero si no me hubiesen apercebido, ni observado su aparejo largado al viento, bien habría podido pasar por bergantín panzudo. Sin embargo, es cierto que al recorrerlo con cierto detalle se observaban las inconfundibles diferencias, especialmente en el uso de la vela mayor<sup>[46]</sup>, redonda como las fragatas, y la mesana<sup>[47]</sup>, también redonda en lugar de la típica cangreja<sup>[48]</sup>, que envergaban en el esnón<sup>[49]</sup>.

La encalmada superó los cálculos iniciales, porque no saltó el nordeste que se preveía de orden en aquella estación, sino que nos mantuvimos al paio<sup>[50]</sup> por decreto divino el resto del día, hasta que bien entrada la tarde apareció la esperada brisa que infló con holgura nuestro desesperado trapo. De esta forma, aunque el rumbo base para dirigirnos a Portobelo, situado en la parte más angosta de la manga centroamericana, era el OSO, dejando el extenso golfo de Darién por nuestro costado de babor, el veterano, con buen criterio, deseaba ganar barlovento y aliviarse en suficiente distancia de la costa, que nunca apetece entrar en negro mientras se

escuchan las rompientes. Por esta razón arrumbamos mar de las Antillas adentro, casi proa a la isla británica de la Jamaica, pensando en dar la necesaria bordada unas veinte millas al norte.

Lo que presumíamos como corta y acicalada travesía, navegando a un largo en su mayor parte, se extendió en demasía, porque el viento caía a plomo con demasiada frecuencia, hasta el punto de enervar al calmoso Setum, que oteaba negros presagios en aquellas condiciones. Ya saben que aunque lego en cualquier materia de forma oficial, sabía por su propia naturaleza más que muchos científicos. Siempre seguí sus premoniciones al punto porque era hombre sabio y, para mis adentros, con dotes de sana brujería en sus venas. Lo cierto y definitivo es que jamás hube de arrepentirme al depositar tal confianza en sus hombros.

—Estas circunstancias no parecen naturales. Se respira aire de incertidumbre y mala sangre —Setum mitaba a los cielos, como si de astrónomo experto se tratara—. Si este buque continúa aproando hacia el norte, tardaremos media vida en arribar al destino.

—No seas cenizo, hombre —Pecas golpeó su fuerte espalda en un gesto suyo muy habitual—. Vientos flojos aparecen en cualquier sitio y estación. Por fortuna, no nos hallamos en épocas de turbonadas, que tanto suelen arreciar en estos mares. Pero un soplo del nordeste vendría como anillo al dedo, bien lo sabe Dios.

—Dicen algunos viejos, hechos en costras viejas a esta mar, como ese farolero picado de viruela al que llaman Guajiro, que acabará por saltar el viento del primer cuadrante y es normal la situación que atravesamos —intervine para alegrar la tarde—. Pero qué más da. No tenemos fecha fija para llevar a cabo presentación oficial. Disfrutemos de todo lo nuevo que aparece ante nuestros ojos, sea mar o tierra. Cada piedra en su sitio y la quilla al aire, como decía aquel viejo nostramo.

—Por cierto, Setum —intervino Pecas—. ¿No ganaste amores con alguna de tu raza? Por esta zona se ven más negros que en el norte de África.

—Casi todos andan mezclados y con las venas apocadas, porque el clima no acompaña a levantar los ánimos. Y comprobé para mi sorpresa, que muchos proceden de la esclavitud. Es antinatural tal situación del hombre, y pecado de mayor altura arrancarlos de su tierra africana a la fuerza.

—Esclavas o libres, continúan siendo mujeres y sirven para el aliño necesario, que llevas vida monacal —Pecas rio con ganas.

—Me parece que el señor anda con los pelos revueltos por el aroma femenino, que ya le veo escarbar sin descanso en esa dirección. Pero anda mal encaminado en cuanto a mi persona. Setum es negro, africano, musulmán de creencias e inculto, pero disfruta de otros favores naturales que le abren ciertas sendas, nada desagradables a las propias necesidades del cuerpo.

Ahora reímos los tres, mientras Setum mostraba su blanca dentadura con entera felicidad. El pobre se había mantenido apartado de mí durante la estancia en Cartagena, y ahora recobraba su buen humor al comprobar que su vida continuaba

aparejada a la mía.

—Vaya con nuestro hombre, que nos va a resultar un don Juan adobado en oscuro —insistió Pecas en bromas.

—No conozco a ese señor don Juan. Pero Setum, en lo que ustedes llaman como quites de amores, anda a la chita callando y por derecho, con más éxito que algunos pequeños nobles que solo declaman en teatro.

Tuve que hacer un esfuerzo para no ahogarme en mis propias carcajadas, mientras daba la razón con la cabeza a nuestro hombre sabio, tras su clara y precisa alusión a las maniobras de Pecas.

Por fin, al tercer día saltó el nordeste esperado con suficiente fuerza, con lo que ya, abiertos a distancia de la costa, caímos por derecho en dirección a nuestro puerto de destino. El paquebote navegaba con soltura, aunque necesitaba abrir muchas cuartas para embridar la proa en conveniencia. Llegué a pensar que se le debía perentoria carena<sup>[51]</sup>, porque en esta navegación almacenaba poca carga y debería salir más ligero de alas en las bordadas. Aquella noche, durante la cena, a la que asistieron un eclesiástico que se dirigía a Panamá y un cirujano primero de la Armada, Mantone parecía más animado y hablador.

—No me negarán ustedes que, si disfruta de suficiente viento, este paquebote navega con soltura.

—He de reconocerlo —afirmé con escasa sinceridad—. Tan solo gustaría, si me encontrara en su puesto, disponer de algún cañón de superior calibre.

—Catorce piezas para este buque no está mal, aunque se le podrían incorporar dos más a proa y, como dice, de calibre superior.

—Dos piezas de *a 18*<sup>[52]</sup> en caza, significarían un seguro de vida —comentó Pecas—. Pero no parece que en Cartagena sobre dicho material.

—Falta casi de todo, debería decir en sinceros. Pero sería demasiado calibre el que indica, y podría hociarnos la proa. Me conformaría con dos de *a 12* —sentenció el veterano.

—Las armas solo traen muerte y desolación —indicó el vicario con religiosa entonación, como si se encontrara izado en pulpito de iglesia.

—Pero gracias a esas armas pueden llevar a cabo su labor pastoral —sentenció Mantone con voz torcida, a quien poco le agradaba la presencia del obeso oficiante—. Según tengo entendido, siempre solicitan escolta para sus misiones.

—¿Y cual será su misión en estas aguas, Mantone? —pregunté, interesado, para volver al tema naval.

—Según tengo entendido, la misión principal es la de correo, transporte y aviso entre puertos del continente e islas, como esta que acometemos, a las órdenes directas del querido gobernador —hizo un expresivo gesto con su boca—, así como necesaria escolta de convoyes mercantes que proceden de Portobelo o Veracruz, en unión de otras unidades de más porte. Pero también debo dedicar algún tiempo a llamadas de corsarios y piratas. En más de una ocasión, según tengo entendido, se hizo necesario

recular a vuelta si navegaba en solitario, a causa de nuestra escasa artillería. Por esa razón se ha pedido con insistencia la presencia de más fragatas y bien armadas en Tierra Firme. Según parece, son pocas y demasiado ligeras las que se distribuyen, y al fervor del cuentagotas. En situación de guerra, poco varía el panorama, aunque aumente el curso o nos incorporen en escuadras.

—¿Y usted pasa destinado a Portobelo, o continua hacia otra estación como nosotros? —Pecas se dirigía a quien ostentaba empleo de cirujano segundo, llamado Enrique de Lamela.

—Ida a Portobelo y rápido regreso a Cartagena, para mi fortuna y salud. El clima en este puerto al que pronto arribaremos, a pesar de su importancia estratégica, es insalubre al ciento y sufre de periódicas epidemias que asolan a nativos y europeos. En épocas pretéritas no demasiado lejanas, se tenía por cierto que cuando una escuadra de navíos recalaba en su puerto, quedaba sepultada *in situ* una tercera parte de las dotaciones. Por esa razón, la voz popular denominaba a Portobelo como sepultura de españoles.

—No parece usted muy optimista —tercié en sonrisa para contrarrestar la sentencia del cirujano, que más obraba como profeta ceniciento. Menos mal que atacábamos un cordero de excelente calidad, capaz de superar las noticias avinagradas.

—Soy realista, señor. Por esa razón, el gobernador envía con cierta periodicidad a cirujanos de la Armada en penosa rotación, para curar a los enfermos más graves y establecer la normativa sanitaria.

—¿No hay cirujanos o practicantes en Portobelo? —preguntó Pecas, que temía las enfermedades como al demonio en persona.

—Poco duran —parecía regodearse en las penosas noticias que adelantaba—. Hasta hace pocos años, las mujeres preñadas de cierta clase social, acudían a parir a Panamá, convencidas de que sus niños morirían sin remisión al permanecer en Portobelo. No era más que ignorancia y, por fortuna, se desechó al comprobar lo contrario. Pero no es lugar sano, no señor, más bien a la vuelta completa. Como tengo entendido que han de continuar viaje, les recomiendo lo hagan en el menor tiempo posible.

—Mantone —Pecas se dirigió con su falsa y típica seriedad al comandante—. ¿No podría derivar un poco su derrota, tomar el cabo de Hornos y dejarnos en el Pacífico directamente? Tal y como están alabando la situación, no creo que llegue con vida a Lima.

Reímos con fuerza, en especial los tres oficiales de guerra, ante aquella compañía tan alentadora.

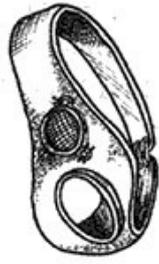
Continuamos cuatro jornadas más con vientos cambiantes en fuerza, aunque permaneciesen de componente norte. De tal forma, en las primeras horas del alba de aquel último día del mes de abril, divisamos la costa abierta dos cuartas a estribor, unas montañas que, según me comentaron, pertenecían a la Cordillera de San Blas.

La coincidencia en el nombre me hizo pensar que aquel santo debía haber tenido alguna ascendencia especial en mi familia, porque parecía perseguirme en todo lugar y momento.

Recalamos a mediodía en la punta que llamaban El Porvenir, dejando el archipiélago de las Mulatas a babor, momento en el que enmendamos para bajar<sup>[53]</sup> la costa en dirección oeste. Tras ladear por corto la ciudad llamada Nombre de Dios, aquella que fuese destruida por los ingleses en 1597 y con cuyos moradores fundara la ciudad de Portobelo Francisco Valverde y Mercado, nos abrimos lo necesario para arribar a la pequeña bahía que también recibía el nombre de Portobelo. Como llegábamos con escasas luces, una vez traspuesta la punta Drake y alejados de los bajos que llamaban de Salamedina y Farnesio, nos arrimamos al castillo de San Felipe, que según las instrucciones de navegación era necesario para evitar las piedras que lloran al sur. De esta forma, a la vista del castillo de Santiago y hacia la parte media recobrada, el veterano ordenó fondear dos anclas en tramos, para abrigarse con prevención, aunque el viento y la mar nada anunciaran en peligro.

Arribábamos por fin al famoso puerto que fuera descubierto por Colón en 1502, nominado por él mismo como Puerto Bello por la buena disposición de su ensenada, capacidad de buques, fondo y necesario abrigo, de obligada atención y precisa defensa por parte de la Corona. Bien es cierto que dichas recomendaciones no se vieron corroboradas con el tiempo, ya que fue diana impenitente de tantos ataques y saqueos a lo largo de la Historia, como lupanar de muelle abierto. Su tierra había sido hollada por Willian Parker en 1602, el famoso pirata Enrique Morgan en 1668, Juan Spring en 1680, en 1702 por una escuadra inglesa bajo el mando de Knowles y, por último, el dirigido por el almirante Vernon en 1742, cuando se apoderó de la ciudad por capitulación y destruyó sus defensas a machamartillo. Por fortuna, los castillos y fortalezas habían sido reedificados y consolidados en 1751 por el célebre ingeniero, teniente general Ignacio de Sala, durante sus años como gobernador de tan importante plaza.

Aquella noche, mecido con suavidad por la marea saliente, me fue difícil conciliar el sueño y no sabría explicar la razón, porque a pesar de los calores y humedades, gozaba de la almohada con ventura. Pero por lejana y desconocida razón, el rostro de Cristina se abrió a mi rostro en llantos, lo que me hizo pensar en egoísmos y otros pensamientos que había conseguido desterrar. Parece que, sin prevenirlo, de vez en cuando se aviva la culebra del alma y nos tuerce el corazón más de lo debido. Pero displacé aquellos pensamientos con energía, que era importante y decisivo el momento de mi vida que abordaba.



## **Portobelo**

Entramos en Portobelo con el ánimo ligeramente abatido, aunque evitáramos mostrarlo a luces por personal orgullo. No podíamos negar que las aciagas palabras del maléfico galeno clavaron los dardos en situación precisa, con lo que mirábamos a las gentes por la calle en recelo abierto, como si se tratara de inmunda banda de leprosería. Pero intentamos echar risas al mesana porque no era momento de achicar el alma, que el destino navegaba de furiosa empopada y, en pura teoría, a nuestro favor.

Mucho había oído y leído sobre ese importante bastión español que pisábamos por primera vez, escenario de brutales saqueos y asedios, tanto en guerras pasadas a lo largo de los siglos, como durante la última, sufrida en mis propias carnes, de 1779 al 83. En un principio y a cierta distancia, les aseguro que Portobelo ofrecía la falsa sensación de plaza inatacable por mar o tierra. Deben tener en cuenta que la entrada a la recogida ensenada se encontraba defendida por el castillo de San Felipe de Todo Fierro y la gran fortaleza de Santiago de la Gloria, ambos con amenazador aspecto, mientras en el fondo del puerto se alineaban dos más llamadas de San Jerónimo y San Cristóbal. Otra pareja de baluartes en sólida estructura, los de Triana y San Fernando, se situaban de enfilada y con gruesos muros de fábrica. Y por último, en la extremidad oriental, en el camino que iniciaba el trayecto hacia Panamá, se había erigido recientemente un cuartel amplio y cuadrado que llamaban de Gumeá.

Sin embargo, para cualquier forastero con suficiente visión histórica, ese despliegue defensivo no se cuadraba en llano con las terribles devastaciones sufridas en la plaza, que la llevaron a la ruina en múltiples ocasiones. Pero todo se explica en esta vida, para bien o para mal. Pronto pudimos comprobar que bajo la rutilante seda de oriente se escondía la auténtica verdad, una tremenda penuria de armamento y elementos defensivos, grave escasez de personal en la guarnición, así como dejadez y flojera generalizada en tantas almas habituadas a la hamaca y la vida sedentaria. Eso sin contar con la corrupción, plaga impercedera que mina nuestro desarrollo en Ultramar, porque los salarios de los ministros en Indias, aunque sean suficientes y holgados para mantenerse con una decencia regular, según corresponde a su categoría, en ningún modo posibilitaban hacer el anhelado caudal.

Aunque siempre se achacaran los males, escasez en medios y bastimentos, así como tremendas deficiencias en tantas plazas del nuevo mundo español a la permanente desatención por la Metrópoli y secular falta de caudales, no se dejen engañar por interesados cantos de sirena quien eso escuchen. Demuestra más verdad en general la opinión contraria, en el sentido que muchos funcionarios de la Corona

amasaban respetables fortunas de forma poco ortodoxa, al tiempo que el trabajo cotidiano brillaba por su ausencia, mientras las obras o mejoras programadas languidecían el sueño de los justos en secretarías adobadas por interesados manejos.

A pesar de tales condicionantes y las duras críticas recibidas a bordo del paquebote, Portobelo era ciudad hermosa en estructura, edificios y plazas, habiéndose convertido con el paso de los años en una de las más ricas e importantes poblaciones españolas de América. Era fácil conjeturar dicha aseveración con solo observar en el mapa su privilegiada posición entre ambos mares, la comodidad de su puerto y la proximidad a la ciudad de Panamá. Entre sus actividades más notables, además del denso comercio y abundante trasiego portuario interoceánico, era famosa la gran feria que se extendía durante dos largos meses cada año, momento esperado por los comerciantes para intercambiar sus productos procedentes de ambos océanos. Además, en la pequeña ensenada de la Caldera se podían carenar embarcaciones de mediano y pequeño porte, lo que atraía todavía más a navegantes y mercaderes.

Aunque no se presentara como persona agradable al trato durante la navegación, por su antipatía y hosquedad natural, fue el clérigo embarcado, don Serafín Gallarizmendi, quien insistió en alojarnos en la residencia de un criollo de ascendencia vizcaína y primo suyo, dedicado al comercio, con lo que no fue necesario presentar nuestras órdenes y pasaportes a la Autoridad en perentorio auxilio. Nos tomó desprevenidos de tal forma aquella repentina amabilidad, que poco le pudimos agradecer en palabras. Y buena casa disfrutaba el comerciante, además de ser persona culta, generosa y de agradable conversación.

Para culto de cielo o infierno, desde el primer momento quedó establecido con claridad en nuestro ánimo que sería difícil disfrutar de aquellos días en la desconocida plaza, una cualidad que, sin embargo, suele atraer como norma habitual al viajero, deseoso de horizontes inexplorados. Entre los negros avisos del cirujano y la mirada quebrada de Setum, que nada bueno anunciaba en tales parajes, intentamos acelerar las maniobras y no perder mucho tiempo en una ciudad donde, después de todo, nada se nos había perdido.

Sin embargo, no marcaron los mecanismos oficiales sinfonías acordes a nuestras iniciales intenciones. Cuando nos presentamos al gobernador en el segundo día de estancia, una audiencia sin tedioso recibo que no se alargó más allá de la sencilla bienvenida y buenos deseos de suerte futura, se nos vino a decir en la secretaría que deberíamos mantener una espera por tiempo indefinido, hasta que se dispusiese de los elementos necesarios para el transporte a Panamá en un convoy adecuado a nuestras personas y efectos. Volví a denostar a Pecas, recordándole una vez más su equipaje de proporciones desparejadas, que más parecía perteneciente a todo un séquito real, condición que dificultaba cualquier progresión en nuestro camino. Pero ya saben que mi amigo, sin sus provisiones especiales, se sentía desnudo como niño recién parido, especialmente allí donde esperaba encontrar penuria absoluta.

Las tristes noticias recibidas nos entraron en puño cerrado, ante el espanto que

generaba en nuestras almas la necesidad de aguardar en Portobelo, *sine die*, el convoy de Panamá. Deben tener en cuenta que, aunque a la vista del mapa, tan solo separasen ambas ciudades una distancia aproximada a las trece leguas, el trayecto real se complicaba sobremanera, y bien que lo probamos en nuestros cuerpos. Aunque se encontrara trazado y en proyecto un futuro camino de rueda, las lluvias y desastres naturales devolvían a la naturaleza su primitiva imagen, por lo que el trayecto debía acomodarse a pasos por ríos, selva, lomas y vaguadas que hacían lento, duro y hasta peligroso el recorrido. Por esta razón, se aparejaban convoyes que utilizaban embarcaciones fluviales y camineros que abrían trocha a destajo, cuando así lo requería la orografía del terreno.

Por estas razones quedamos con el ánimo deslucido y la moral rendida en cubierta baja. En teoría, no solo no dependíamos de nosotros mismos, sino que ni siquiera el mismísimo gobernador podía entregarnos la necesaria ayuda, debiendo esperar a que desde la ciudad de Panamá arribara algún correo de suficiente importancia, como para embarcarnos en él de tornaviaje con nuestro pesado equipaje. Sin embargo y para ventura propia, un ángel debió llegar en nuestro auxilio, o más correcto sería decir que mi buen amigo y compañero se encargó de llamar al ángel salvador, de acuerdo a sus especiales artimañas.

Pecas no estaba dispuesto a pudrirse entre los miasmas de aquella ciudad, según sus propias palabras, llegando a creer que moriría sin remedio si no abandonaba la insana población más pronto que tarde. Como sabrán por viejas historias que ya les he narrado, el pequeño oficial temía a la enfermedad sin límite de pavor y en forma tenebrosa, por lo que la cita del cirujano a bordo se mantenía grabada en su cerebro como marca al fuego. Por esta razón, se decidió a utilizar cualquier medio a su disposición para conseguir el necesario transporte. Y el hilo conductor no fue otro que nuestro anfitrión, el primo del generoso eclesiástico, llamado Ramón María y con el mismo apellido que el clérigo, Gallarizmendi. Resultó este vizcaíno hombre de alargada bondad y magnánimo de alma, aunque no dispusiera de hijas en edad de merecer.

No les sabría explicar las historias que Pecas articuló en presencia del buen señor, pero puedo asegurar que mucho se citó al ducado de Montefrío, otros títulos de la casa, la Secretaría privada de Su Majestad y, posiblemente, mil y una promesas sin ánimo de ser cumplidas, aparte del abono en letra compensatoria de los gastos que originara el adelanto del transporte, previsto en principio por don Juan Ramón en el plazo de dos meses para mercancías propias. Reconozco que me retiré en ocasiones cuando, entrados en conversación profunda y delicada, entendía que Pecas navegaba con la imaginación por nubes etéreas, inventando al paso todo lo que aquel buen hombre deseaba escuchar. Más vale que se cierren los ojos a escotillón, me decía, para no reír o avergonzarme en ajeno de tanta falacia.

El caso final y positivo para nosotros se abrió con inesperada velocidad, a proa y en colores, aunque los métodos empleados fueran de dudosa sinceridad, y no me

absuelvo de culpa, que tanto pequé yo por gustosa omisión como Pecas en sus floridas disertaciones y promesas. Lo cierto y efectivo fue que, tan solo una semana después de arribar a Portobelo, debíamos partir de la ciudad en dirección a Panamá, tras recibir la aprobación del gobernador que, siempre parco en palabras, se limitó a recomendarnos precaución en el trayecto, así como responsabilidad personal en posibles incidentes, al no tratarse de equipaje oficial.

Lo que esperábamos como interminable suplicio, cambió en vuelta redonda de la noche al día. He de reconocer que Pecas era personaje único para aclarar situaciones que se cierran a la banda sin solución aparente. La decisión produjo una abierta felicidad en nuestros corazones, especialmente en mi temeroso cuñado que comprobaba como posible superar las epidemias de la insana ciudad.

A la cabeza de la expedición, don Juan Ramón nombró a su hombre de mayor confianza, un esclavo liberto y claro de luces llamado Rufinillo, de piel tan negra como la de Setum y parecida musculatura, con el único defecto de asemejarse en modos a inagotable máquina parlanchina, incapaz de mantener cerrada su enorme boca ni un solo segundo. Sin embargo, se trataba de hombre inteligente, respetuoso, capaz y trabajador, al que mucho debimos agradecer. Y de esta forma nos preparamos para atravesar el istmo y recalar en el nuevo océano.

Tras un arranque esperanzador por camino derecho y bien trazado de bordes, que elevó nuestro espíritu achacando a leyenda las teóricas penalidades del trayecto, debimos atravesar una legua de espesa selva, con el necesario auxilio de los hombres con sus machetes en continuo trabajo, porque más parecía lienzo de pared que hermosa espesura. Pero era necesaria la dura maniobra para alcanzar una embarcación, con la que navegar por el río Chagre, aunque tanto Rufinillo como los cuatro camineros a nuestro servicio lo llamaran río Lagartos, que según nos dijeron era el nombre antiguo y auténtico<sup>[54]</sup>. Creo que el viejo nombre era fiel reflejo de la realidad, porque fueron muchos los lagartos o caimanes que pudimos observar en sus aguas, sin excesivo placer por nuestra parte.

Por desgracia, la suerte es roladiza como el viento y pronto pareció escasear la que nos acompañara en las dos primeras jornadas. Llegó el momento en el que se hizo necesario utilizar la mencionada piragua, preparada al efecto en un claro de la selva que se abría al generoso río y llamaban Los Lunares, robusta y de excelentes proporciones. En realidad, se trataba de una especie de barca estrecha, fabricada en una pieza con madera de un árbol al que llamaban macatán, cuadrada en sus extremos como artesa harinera, añadida de cañas para formar la regala y betunada en su interior, que se movía por las aguas contra corriente de forma airosa y, muy importante, ofreciendo la necesaria seguridad. Sin embargo, las provisiones de boca incorporadas por don Juan Ramón para la comitiva durante el trayecto, se encontraban mal estibadas en un fardo situado a popa, y en uno de los golpes de corriente se zafó para salir río abajo sin posibilidad de recuperación.

No me preocupó en un principio el desaguizado, pensando en las cajas y baúles que incorporaba Pecas, inagotable fuente de donde podríamos alimentarnos durante semanas. Pero el enano me hizo prometer que nada de esos bultos precintados saldrían a la luz, ya que podría estropearse todo su cargamento. Además, estimaba que no era lugar apropiado aquella selva para sacar ricos embutidos y vinos generosos. Rufinillo llegó en ayuda de sus argumentos, al asegurar de forma convincente que el problema se solucionaría en fácil y sin esfuerzo. Entre sonrisas y continua parla nos comentó que sería sencillo y asequible conseguir agua, fruta y carne por medios propios, método al que se acostumbraba cuando no disfrutaban de tan importante compañía.

Dejé de preocuparme por el conflicto del escaso condumio al pensar que, siendo yo menos relamido que mi compañero para encarar cualquier comida, afrontaría aquellos pocos días con escaso pesar. Debo recordarles que pocas veces tragaba Pecas alimento, sin encontrar parte defectuosa o poco agradable al gusto, una de sus especialidades teatrales. Sin embargo, el problema me atacó de través al observar como Rufinillo, en la primera parada de descanso, encaraba lo que él mismo denominaba con orgullo como su mosquete real, un regalo de su patrón, hacia la copa de un árbol. Más que mosquete de horquilla, el liberto utilizaba un arma de chispa vieja y alargada, que asemejaba un arcabuz español de las guerras de Italia. De todas formas, su pulso era excelente porque, tras el disparo, escuché la caída al suelo de un pesado objeto. Y para mi sorpresa, lo que esperaba como ave de carnes tintas y excelente sabor, se transformó como por arte de magia en un mono de feria, pequeño y esmirriado.

Quedé sin palabras al observar la sonrisa de triunfo en la boca de Rufinillo quien, sin pensarlo dos veces, procedió a chamuscar la piel del animal para pelarlo, como si se tratara de un cochino en matanza. Y por fin, lo que ante mis ojos se apareció, más se asemejaba al cuerpo de un niño recién fallecido, con su piel blanca y bien estirada. Me giré hacia Pecas con decisión.

—¿Piensas comer esa carne?

—Pues claro. Dicen los camineros que es el más delicioso manjar en estos pagos, con una carne suave y dulce.

Pecas me sonreía, burlón, con lo que comprendí que sería capaz de tragar caimanes y culebras, por no sacar artículo alguno de sus baúles. Y el caso es que se trataba de persona generosa sin límite. Pero mucho valor concedía a sus reservas, estibadas y almacenadas en perfecta estanqueidad, que no debían abrirse hasta el punto de destino final.

—Por Dios, si parece la figura de un pequeño niño, a punto de llorar en tierna petición. Te aseguro que no podría hincar el diente en ese macaco juvenil, sin acabar con complejo de antropofagia, tan penada en nuestros preceptos religiosos.

—Deja los preceptos y demás monsergas, que es necesario llenar el buche para sobrevivir. Recuerda lo que me obligabas a comer en el cautiverio africano, patata

podrida en agua sucia, cuyo recuerdo me produce una profunda angustia. No mires al bicho a la cara ni su entera complexión, y ataca la carne cuando te la sirvan. Te recuerdo uno de tus refranes favoritos: Ave que vuela, a la cazuela —ahora sonreía con ganas, sabedor de los pensamientos que circulaban por mi cerebro.

—Pero no es esta ave que vuela, precisamente, enano malandrín.

—Bueno, transforma el refrán y en lugar de, ave que vuela, piensa en mono que trepa.

Miré a mi alrededor en busca de ayuda moral, alguien que corroborara aquel espanto, pero el alma cayó a mis pies cuando Setum dio la razón al esmirriado amigo.

—Don Santiago tiene razón en esta ocasión, señor. Recuerdo que en mi tierra era el manjar más buscado y exquisito. Ya verá cómo encuentra su carne tierna y sabrosa, sin desmerecer las mejores aves de corral.

—Y bien siento que este ejemplar abatido sea pardo —metió baza Rufinillo con alegría—, que los colorados ofrecen fibras más jugosas, en especial la parte alta de los brazos. Espere a que lo pasemos por las brasas y me dará la razón en punto y forma.

No entré en razones, ni mucho menos, por lo que me negué a cometer lo que consideraba un acto casi sacrílego. Así, refunfuñando con todos, especialmente con el fiel Setum que me dejara aislado en la discusión, me limité a beber el agua fresca del río y tomar varias de aquellas frutas que llamaban corazón de manjar, con múltiples pepitas rojas y sin parecido alguno a las conocidas en España, de escaso sabor pero que tapaba en alguna forma la llamada de las tripas.

Pero en esta vida todo es posible y el hombre se adapta a cualquier circunstancia, cuando las condiciones así lo requieren. Al día siguiente, harto de atacar las diversas frutas que ya no enmascaraban mi natural y adecuado apetito, no pude observar por más tiempo cómo Pecas atacaba aquello que asemejaba finas tajadas de carne y lo probé, creyendo que vomitaría a continuación. Sin embargo y para mi sorpresa, encontré la carne de aquellos monos, negros, colorados, pardos o de cualquier color, de excelente sabor, hasta recordarme al de los muslos de pollos y capones sin la necesaria pepitoria. Pecas me miraba sonriendo, lo que levantaba mis venas por tener que darle la razón.

—Ya veo que has caído en terrible sacrilegio, Gigante. Poco duran tus firmes convicciones, amigo mío. Debías haber avisado que entrarías en lista para aumentar la caza, porque acabarás comiendo uno de estos desvalidos bebés tú solo.

Saltó en risas, acompañado por Setum, a quien dirigí mirada asesina.

—Vete al cuerno. No soy de los que niegan la evidencia y aunque me repugne atacar estas carnes, he de reconocer la necesidad del cuerpo, ya que no eres capaz de sacar una de tus paletillas curadas del arcón. Espero y confío en que lleguen todas agusanadas a su destino final.

—Bueno, acaba con tus protestas, que no se debe hablar cuando se mastica como bomba de picar. Creo que tan exquisito manjar merece un ingrediente extraordinario,

que ese producto sí lo estibé a mano. Setum, alcánzanos una frasca de vino de donde bien sabes. Tu señor acabará por recordar este almuerzo como habido en casa noble.

Bebimos vino mientras ya, con abierta sinceridad, disfrutaba de aquel extraño manjar, que probé en otras ocasiones a lo largo de mi vida. Pero no solo a estos extraños ejemplares se ciñó nuestra dieta, porque Rufinillo era un artista con la vieja espingarda en la mano y abatió algunas aves de colorido plumaje, que en poco envidiaban al faisán.

Y de esta forma continuamos el trayecto que se hizo duro y penoso hasta un extremo que no esperábamos. Dejé de considerar como privilegiada la posición de Portobelo en los mapas, si las mercancías provenientes del Pacífico debían atravesar aquel istmo que se hacía interminable. Y para rematar en falso la faena, la cuarta noche nos entró una lluvia que parecía capaz de anegar el mundo, con lo que las lonas de cubierta no fueron suficientes y acabamos pasados por agua hasta el último rincón de nuestro aparejo. También en esta ocasión, Pecas cuidó más de tapar sus especiales baúles, que mantener el cuerpo bajo palio.

Ocho largos y eternos días fueron necesarios para llegar a la ciudad de Panamá, destino que siempre parecía lejano en la distancia, por mucho que Rufinillo asegurara al trasponer cualquier accidente geográfico, que ya nos encontrábamos en sus cercanías. Hasta llegué a creer que el espabilado liberto jugaba con nosotros, haciéndonos rodar en círculo por ríos y selvas. Pero no es correcto hablar mal de quien tanto bien nos hizo, y sí reconocer que el buen hombre cumplió con su trabajo hasta la llana. Aquella vieja espingarda consiguió la arribada a puerto sin hambre de náufrago.

Debo declarar que atravesamos momentos de peligro en algunos trechos del río, especialmente tras el impenitente aguacero, que alargaba riadas y saltos, hasta mecer la piragua en balances extremos, como si sufriéramos marejada gruesa. Esto sin contar con los troncos, algunos de respetable tamaño, que navegaban corriente abajo y sin control, por lo que debíamos abrir cien ojos para no vernos atacados por alguno de ellos que, sin duda, nos habrían hecho zozobrar. Pensé que esa posibilidad traería la pérdida de las provisiones de Pecas, por lo que ataqué de vuelta encontrada en ese sentido, hasta crear la pretendida incertidumbre en sus pensamientos. Pero no llegué a elevar protesta alguna, esperando que fuese mi buen amigo quien despotricara de lo divino y lo humano. Sin embargo, el muy bribón estaba dispuesto a quedar ante el público como ejemplar fuerte de cuerpo y alma, por lo que, entre sonrisas, me miraba con innegable satisfacción.

Y por fin, un inolvidable 18 de mayo, con cielos claros y calor sofocante, regresamos a la civilización, al encontrar las calles de la ciudad panameña. Debo reconocer que desde aquella travesía terrestre, admiro en mayor medida a los exploradores que recorren selvas, quebradas y montañas, otorgándoles la importancia merecida, que no siempre la mar es el medio más extremo y peligroso para llevar a cabo los descubrimientos.

De esta forma, entrada una tarde luminosa y con creciente temperatura, alcanzamos la ciudad que significaba la última etapa, antes de atacar el traslado definitivo a nuestros puntos de destino. Y como seguíamos precedidos por una orla de celestial favor, fomentada en parte por las promesas de Pecas a don Ramón María Gallarizmendi, nos dirigimos por derecho a la residencia de un amigo y socio del buen vizcaíno que, según decía, era oriundo de la ciudad de Mérida.

Poco tiempo dispusimos para saludar y agradecer la hospitalidad a don Juan Melgarejo, que así se llamaba el comerciante. El buen hombre comprendió nuestro cansancio y, tras una breve colación de recibo, nos aconsejó el necesario descanso. Y qué razón tenía ese noble extremeño, porque tomé la mullida cama como si se tratara de mar en calma chicha tras penoso temporal. Pero antes de atacar los dormitorios, tiempo hubo de ser presentados a la familia, momento en el que Pecas pareció recobrar la compostura, ya que don Juan almacenaba a bordo cinco hijas, a cual más hermosa y atractiva. Pensé para mis adentros que la estancia en Panamá podría demorarse más de lo previsto, aunque se tratara del punto de nuestra definitiva y triste separación.



## *El Mar del Sur*

Desperté aquella primera mañana en tierra panameña cuando el alba abría sus luces, y no lo entiendan como señal de nerviosismo apagado, sino que había dormido de un tirón y sumido en la gloria celestial más de once horas. Como la edad que disfrutaba en aquellas fechas amortigua marejadas y temporales, me sentí renovado de fuerzas, como si los días sufridos en el penoso trayecto quedaran en el cerro de los olvidos.

Al tiempo que pasaba las primeras gotas de agua por la cara, sentí la comezón del hambre bien dentro de las entrañas, lo que para mi sorpresa pude solucionar con extrema rapidez. Nada más aparecer en la planta baja, en silencio y con miedo de despertar a la familia, una vieja servidora de tinte elevado y carnes opulentas, sin emitir una sola palabra, me tendió un extraño plato que asemejaba amasijo de torreznos y migas pardas. Al observar mi rostro interrogante, se limitó a emitir el nombre de fritangona mientras lo señalaba con el dedo, como si supusiera condimento de especial festividad. En realidad, se componía de tocino seco en andrajos, acompañado de maíz deslucido, revueltos ambos en una sartén embadurnada con grasa. Me pareció golosina angelical aquel manjar y lo engullí a tan extrema velocidad, que la buena mujer rellenó mi plato sin abrir el pico. A continuación, sin innecesarias palabras, atacué un tazón de leche tibia con pan, que colmó mis ansias al nivel.

Como pueden comprender, antes de pensar en cualquier misión oficial o protocolaria, tanto Pecas como yo elevamos a don Juan Melgarejo el escondido deseo de observar el nuevo océano, como si se tratara de lejana y perentoria promesa que era necesario cumplir. Nuestro anfitrión lo comprendió al ampliar su rostro en franca sonrisa y, sin perder un solo minuto, aparejó un pequeño carruaje que nos llevó hasta más allá de los arrabales de la ciudad y sus murallas, para alcanzar por fin una elevada peña que llamaban El Gavilán, recomendada para observar en toda su amplitud las aguas.

Y allí quedamos embelesados, como niño ante fuegos de feria, más por el significado de la empresa que por el aspecto de la mar en sí misma, que poco se diferenciaba en forma y color a las que rodeaban nuestra España. Fue entonces cuando recordé las palabras escritas en su Historia de Indias por el cronista Francisco López de Gomara, dedicadas a nuestro Señor el Emperador don Carlos V, al afirmar sin rebozo que el descubrimiento de la mar del Sur era la mayor cosa, después de la Criación del mundo, sacando la Encarnación y muerte del que lo crio. Don Juan nos miraba con sonrisa de abierta comprensión, por lo que se vio obligado a ejercer su papel.

—Aunque no sea más que un océano, podemos asegurar que su descubrimiento cambió el rumbo de la Historia.

—Razón tiene en sus palabras, don Juan. Muy importante fue aquel día, 25 de septiembre de 1513, cuando el señor don Vasco Núñez de Balboa clavó sus ojos en él como primer cristiano en tal ejercicio —sentencié, para mostrar con cierto orgullo que poseía conocimientos profundos de nuestra historia.

—Dicen que cuando Balboa oyó hablar de la otra mar, por boca del príncipe indígena Panquiaco, lo abrazó y saltó de alegría —don Juan, que amaba su ciudad Panameña como tierra propia, también parecía disfrutar del momento—. Y no le fue fácil al conquistador llegar a la cima de la sierra con los 77 hombres que le quedaban sanos, y divisar el mar austral, como lo llamaban los naturales. De ahí el nombre que le otorgó como mar del Sur.

—Y abrió la puerta a la conquista del Perú —intervino Pecas con inesperada seriedad.

—En efecto —confirmó don Juan—. Mucho he leído sobre historias de conquistas y descubrimientos, pero estimo que el llevado a cabo por Balboa, así como el del estrecho de Magallanes con su salida a este océano por el sur, completaron la obra de Colón.

—Y de ahí sus dos nombres, mar del Sur y océano Pacífico.

—Es manía muy española la de cambiar los nombres establecidos en un principio, por quien más lo merecía para quedar en definitiva voz histórica —alegué, contrariado—. Si resulta que gran parte de este océano se encuentra en el hemisferio sur, y así lo llamó su descubridor, por qué cambiarlo.

—Porque así lo llamó Magallanes, que de gran hazaña se trató salir a estas aguas por canales infernales —afirmó Pecas tajantemente.

—Prefiero el primitivo, mar del Sur.

—Y más real —afirmó don Juan, sonriendo—, que este es poco pacífico cuando entra en salsa. Pero ese nombre antiguo se conjugaba con llamar, en contraposición, mar del Norte al océano Atlántico. Pero tiene razón en la poco edificante costumbre que padecemos, al no respetar las decisiones de los grandes o pequeños descubridores, tomadas en su momento de esplendor.

Callamos mientras manteníamos la vista perdida en el horizonte y, posiblemente, más allá. Por mi parte, cumplía uno de esos sueños que se alargan bien dentro del cerebro, como nubes deshilachadas a lo largo de nuestra vida. Aquel lejano deseo de navegar por el mar del Sur, se vería coronado como una palpable realidad en poco tiempo. Parecía mentira que esos sueños engendrados al calor de la noche en mi querida y lejana Fuentelahiguera de Albatages, en esa otra vida que acabó por desaparecer de mi alma, se hiciera realidad en tan escaso margen de tiempo. Y aunque parezca fuera de sitio y razón, una extraordinaria congoja se abatió sobre mi espíritu, alas de tristeza en impenitente vuelo, al tiempo que el rostro del querido padre se abría en mis ojos, como si ante su presencia me encontrara. Al menos,

parecía sonreír de pura felicidad. La verdad es que estaba convencido que así disfrutaría en los cielos, sin duda posible.

En el camino de regreso, don Juan, quien era persona de refinada cultura y muy leído, creyó necesario ilustrarnos sobre la ciudad y su historia.

—Esta ciudad era en los tiempos prehispanos un pobre caserío de pescadores indígenas, al que ellos mismos llamaban Panamá, un nombre que, en su primitivo dialecto, significaba abundancia de peces. Aunque los primeros españoles en llegar por el año 1515 fueron Diego de Albitos y Tello de Guzmán, fue en 1519 cuando el coronel de infantería Pedro Arias Dávila, más conocido como Pedrarias el Justador, mandó fundar la población cristiana, que dos años después mando erigir en ciudad nuestro Emperador. Fue aumentando su importancia, hasta convertirse en cabecera del reino y gobierno de Tierra Firme. Y como decía don Santiago —miró hacia Pecos con afecto—, aquí se firmó en 1525 el famoso contrato entre Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque, para el descubrimiento y conquista del Perú.

—¿Es ciudad más confortable que Portobelo? Me refiero a que no será tan proclive a pestes y epidemias como otras cercanas —Pecas preguntaba con cierto recelo, sin olvidar sus miedos y aprensiones.

—Nada han de temer aquí —nuestro anfitrión volvió a sonreír—, Panamá es la ciudad más sana de lo que se ha dado en llamar zona tórrida. Tanto es así, que de muchas otras ciudades, como Portobelo, traen a sus enfermos para que sanen con prontitud. Pueden respirar a fondo, que entrará aire de salud en sus pulmones.

Ya en la residencia de la familia Melgarejo, volvimos a ser atendidos con un ligero refrigerio, que por mi parte atacé en forma conveniente. Debía ser que los monos ingeridos en el penoso trayecto, habían abierto mis posibilidades gastronómicas en mayor medida de las ya gozadas, que no eran pocas. Fue entonces cuando don Juan, con evidente orgullo, nos señaló un pistolón antiguo ricamente labrado, que se encontraba en especial panoplia sobre la pared.

—Ya veo que miran esa pistola que guarda entre sus cachas mucha historia.

—¿Es quizás una prenda de sus antepasados? —pregunté con discreción.

—Nada de eso. Aunque les cueste creerlo, se trata de la auténtica pistola de Morgan —se apreciaba con claridad un inmenso orgullo en sus palabras.

—¿El pirata Morgan? ¿También anduvo ese bucanero por estos mares? —Pecas preguntaba con un rastro de incredulidad.

—¿Qué si anduvo por estos pagos? Como sabrán, ya que proceden de Portobelo, el famoso pirata se apoderó de dicha ciudad en 1669. Llegadas aquí las noticias de la toma y ante el previsible saqueo de persona tan depravada, el gobernador de Panamá le intimó por un mensajero a que la evacuase con prontitud, si no quería sufrir las consecuencias. Fue un brindis al aire de nuestra máxima autoridad, he de reconocerlo. Sin embargo, el pirata hizo regresar al citado mensajero a marchas forzadas y con una pistola en sus manos. El pobre y agotado hombre, debía comunicar al gobernador de

parte de Morgan en persona, que con ese arma había tomado la ciudad de Portobelo y, en pocos días, vendría a recuperarla con sus propias manos.

—¿Y cumplió su amenaza? —pregunté, interesado en la historia.

—Al recibir el especial saludo, el gobernador de esta plaza, don Juan Pérez de Guzmán, apocado y cobardón como pocos, procuró mantenerse a bien con Morgan, al punto de enviarle un precioso anillo como prueba de vasallaje, porque eso significaba en realidad el detalle, por mucho que nos avergüence. Con la preciada prenda acompañaba un recado, en el que le suplicaba benevolencia para los habitantes de Portobelo. Afeada su conducta por capitanes y magistrados, alegó disponer de escasas fuerzas, pero acto tan indigno es impropio de español con autoridad.

—Maldito cobarde —explotó Pecas en una de sus habituales salidas.

—En enero de 1671, Morgan arribó a Panamá, después de haber atravesado con sus 1.500 bucaneros y filibusteros el mismo camino seguido por ustedes. Al gobernador no se le ocurrió mejor idea que enviar una manada de toros bravos contra él, que fueron dispersados sin problemas. Por fin, el pirata atacó la ciudad y venció a los españoles que, en su aligerada huida, incendiaron la plaza para que el malvado no obtuviese rico botín. Un mes después, abandonó Morgan las ruinas de Panamá, con suficientes trofeos y tesoros a pesar de todo.

—Sería fusilado aquel gobernador —increpó Pecas con mal talante.

—Por desgracia, pocas autoridades fusilamos en nuestra España del alma, aunque algunas lo merezcan hasta la gorra. El gobernador fue depuesto por el virrey del Perú. Tomó el mando en su lugar don Antonio Fernández de Córdoba y Mendoza, que trasladó la ciudad a mejor emplazamiento defensivo, a poniente y legua y media de distancia, al tiempo que instauraba en ella una guarnición a la que se dio el nombre de chamberga. Por fin, quedó Panamá defendida del mar por fuertes murallas de piedra sillar y por tierra con cuatro baluartes, que todavía pueden visitar, llamados de la Merced, de Jesús, de san José y de san Carlos. Además, el cercano cerro del Ancón le ofrecía una seguridad suplementaria.

—Una ciudad nueva a prueba de incendios.

—Así era en teoría. Pero sufrimos dos más en 1737 y 1756, aunque no de destrucción tan masiva como el original. Pero Panamá siguió progresando, hasta convertirse en enclave de la mayor importancia para nuestra navegación colonial, con el abrigo de varias islas, de las que puedo citarles como más importantes las que se llaman Naos, Perico y Flamencos. Entre ellas y tierra se abre un seguro fondeadero para naves de cualquier tamaño y condición, que utilizarán ustedes, estoy seguro. De ahí viene también su importancia comercial, porque con las islas del Rey, de Taboaga y en muchas otras de menor tamaño que forman un pequeño archipiélago, se obtienen gran cantidad de ostiones con perlas.

—¿Perlas? —pregunté con admiración.

—Son famosas las pesquerías de perlas en estas aguas. Cualquier vecino de Panamá utiliza a sus esclavos negros para pescar ostiones y conseguir esas preciadas

joyas que tan alto valor adquieren, si son de suficiente tamaño. Como es lógico, escogen a los más poderosos, que puedan bajar hasta los fondos de los criaderos, donde el agua no excede de diez a quince brazas<sup>[55]</sup>. Se lanzan al agua con un cestillo y una pesada piedra para bajar con mayor rapidez. Cuando acaban la jornada, entregan las conchas al mayoral, hasta alcanzar el número que les tocaba satisfacer a sus amos. Pero a pesar de ser esclavos, y esta es una extraña y desconocida excepción, a partir de dicha cantidad, aunque las perlas que aparezcan sean grandes, son de su propiedad y el amo solo puede recurrir a comprárselas.

—Debe ser un trabajo agotador.

—Y peligroso, porque además de sufrir los pulmones con tan continuado ejercicio, muchos de ellos son atacados por tiburones o tintoreras que los devoran sin remedio, aunque luchen con sus largos cuchillos, así como mantas que los oprimen contra el fondo hasta asfixiarlos. Si ven algunos cojos mendigando por la ciudad, ya saben de donde les proviene la desgracia.

Se hizo un ligero silencio, mientras mis ojos seguían dirigidos hacia la pistola del famoso apunte histórico.

—Y esa es la pistola que Morgan envió al gobernador —inquirí con cierto recelo.

—Bueno, al menos eso es lo que aseguraba mi abuelo, quien la recibió del Presidente de la Real Audiencia en pago de importante favor.

Y entre dudas y recelos sobre la autenticidad de la prenda, Pecas enhebró conversación con tres de las hijas, fijando su especial atención en la mediana, una morena de ojos verdes y extraordinaria silueta que respondía al nombre de María de las Nieves. Por mi parte, dediqué mis esfuerzos a la manduca, que todavía la carne de mono pedía espesa sobrealimentación.

Aquella misma tarde dimos un amplio recorrido por la ciudad, acompañados por la familia Melgarejo en pleno, con lo que nos fueron señalando los aspectos más notables y señalados. Entre ellos aún recuerdo la iglesia de las Monjas y la Torre de Guardia, cuatro iglesias de regular tamaño, entre las que destacaba la capilla de santo Domingo, sin contar con la gran catedral que había sido construida pocos años antes. Pero es cierto que me agradó el clima y la ciudad, con sus días calurosos y noches frescas, propicias a la conversación y el agradable sesteo, donde Pecas vino a brillar de forma notable, hasta alcanzar sus truculentas historias niveles no superados hasta el momento.

Además de la ilustración histórica y natural que siempre alienta el espíritu, pronto inquirimos por las autoridades a las que debíamos presentar órdenes y pasaportes. Ya veíamos el final del túnel a escasa distancia, y los nervios no entraban en calma chicha sino más bien a la greña. De esta forma, aprestamos uniformes y documentos para las obligadas recepciones.

Nuestro primer contacto oficial fue la audiencia prevista con el gobernador para el día 21 de mayo, una triste y decepcionante experiencia que se tornó oscura y hasta

borrascosa, porque no pudimos encajar en peor capitán de camarilla. Debo reconocer que merece capítulo aparte en nuestra particular historia.

El brigadier don Alonso de Marichalar y Mendoza ostentaba el cargo en interinidad, aunque esta se alargaba ya más de dos años. Si este personaje era persona poco cortés y desabrida en un primer y ligero análisis, se tornaba con rapidez en navajero malencarado y ofensivo. Llegó un momento en la audiencia de especial tensión, al hacer uso de claras y rotundas amenazas, cuando Pecas le espetó en tono altanero que, como oficial de guerra de la Real Armada y duque de Montefrío, no está dispuesto a soportar sus destempladas y descorteses palabras. Hube de entrar en apaciguar las aguas, porque ya andaba aquel demonio emplumado levantando el dedo índice y señalando, a través del ventanal abierto, lo que parecía castillo-prisión de oficiales.

Pero para nuestra desgracia, la peor significación fue que tras aquella penosa y desagradable experiencia, nada sacamos en limpio de nuestro necesario transporte hacia norte y sur. El mono colorado y culebrón, como Pecas denominaba con desdén al esmirriado y agresivo brigadier, se limitó a ordenarnos la necesaria espera, sin fijar fecha aproximada, hasta que se diera la oportunidad de pasar a nuestro fijado destino. Entretanto, y según sus propias palabras, quedábamos a sus órdenes directas, para llevar a cabo las labores y misiones que considerara oportunas.

Rumiábamos nuestra desgracia en el domicilio de los Melgarejo, sin que nadie se atreviera a ofrecernos palabras de consuelo o esperanza, porque eran conocidas las especiales virtudes que adornaban al gobernador. Pecas comentaba en forma engolada su intención de elevar consulta a órdenes superiores, Secretaría Universal y personajes de la Corte incluidos, que no se paraba en medianos escalones. Y, por fin, llegó a pronunciar su manida frase del necesario encuentro al alba, esperada por mi parte en cualquier momento, con lo que causó especial emoción entre las mozas, que veían en peligro de muerte al pequeño y elegante duque.

—Deben darle tiempo al tiempo, que el paso de los días llega a calmar la más furiosa de las tempestades —terciaba don Juan con la experiencia que otorgan los años—. Son muchos los barcos que en este puerto recalán, y no podrá oponerse a su embarque en alguno de ellos que los conduzca a los puertos de destino ordenados en sus pasaportes. Que ya sabrán el dicho: Pasaporte de ley, pasaporte de Rey.

—Será si a ese parto de tiburón y culebra rastrera, y perdonen las señoras por mi salida de tono —Pecas reverenció en dirección a las damas—, no se le ocurre cosa distinta, porque parece creerse dueño de cuerpos y almas en esta tierra.

—Hemos debido tomarlo en un día aciago, con las tripas atravesadas —dije para calmar la situación.

—No crean, que es conocido en esas condiciones a diario y en todo momento —apuntó nuestro anfitrión con triste voz—. Y no es solo su desequilibrio emocional el que tanto daña a esta plaza, sino porque en nada intenta paliar el estado de abandono en que la administración, en la parcela que le compete, se mantiene. Es cierto que los

caudales llegan tarde y en desproporción, pero aquí mismo se ralentizan las obligaciones, en beneficio de algunas bolsas interesadas.

—Además de gallofero y bigardo, sisón de caudales públicos —sentenció Pecas.

—Todo los adjetivos negativos que pueda recordar son de aplicación a este hombre que nos cayó en suerte —don Juan pareció pensar con cierto detenimiento antes de continuar—. Pero les queda a ustedes una baza que han de utilizar.

—¿A qué baza se refiere? —pregunté con rapidez.

—Al presidente de la Real Audiencia, con prerrogativas superiores a las del gobernador en determinados órdenes.

—¿Real Audiencia? —Pecas parecía no comprender.

—Claro, Pecas —intervine con rapidez—. También allí debemos girar preceptiva visita.

—La Real Audiencia de Panamá fue fundada por el Emperador en 1535. Sucesivamente ha dependido de la capitania general de Guatemala, del virreinato del Perú y, en la actualidad, del virreinato de Nueva Granada. Sus órdenes y pasaportes allí se han expedido, por lo que es una baza a considerar. Además... —don Juan pareció dudar en proseguir, lo que hizo saltar a mi compañero.

—Continúe, por favor.

—El presidente, don Dionisio Martínez del Álamo, mantiene conmigo algunos asuntos..., algunos asuntos comerciales de cierta importancia y nos une una estrecha relación. Por esa razón creo posible conseguir que lleguen a él con referencias suficientes, como para contemplar su caso con la necesaria equidad.

—Pero esa interferencia puede molestar más de la cuenta a ese diablo con plumas —indiqué con prevención.

—No creo que se atreva con quien más poder ostenta y puede revocar de un plumazo su interinidad en el cargo, si a bien lo tiene. Dejen que lleve a cabo algunas gestiones y ya les contaré los resultados. De momento, disfruten de su estancia en esta su casa, con lo que nos dispensan un gran honor. Deben saber que muchas familias panameñas ya conocen de su presencia y nobleza en la plaza, razón por lo que nos envidian.

—Somos nosotros los honrados y agradecidos, señor —entré en decorosa atención.

—Y en cuanto al exacerbado gobernador, no esperen ninguna acción perentoria, que olvida con demasiada frecuencia sus órdenes y amenazas. Y ahora olvidemos la vida oficial y abordemos un almuerzo que hemos preparado en su honor, con especialidades de esta ciudad que, estoy seguro, les gustará.

—¿De qué se trata? —inquirí, pensando todavía en la carne de mono.

—Coman primero y después les explicaré.

Aunque las sonrisas abiertas en los rostros infantiles presagiaban sorpresas, es cierto que comimos en forma abundante de platos exquisitos y desconocidos. Abordamos en principio unos ostiones, que ya probara en la bahía gaditana, aunque

estos eran de mayor tamaño y carne más oscura, así como esclafados en sopa de excelente sabor. Y a continuación, como plato especial, una carne blanca y aderezada con especias que merecía las mayores alabanzas. Aunque de gusto parecido al pollo, era más consistente y sabrosa, aunque dudara que los picantes condimentos, utilizados en aquella tierra con especial profusión, enmascararan en exceso el verdadero sabor. Por fin, atacamos unas piernas de cordero que parecían sacados del Real Sitio de La Granja, para acabar con infinitos dulces y tortas que, según decían, eran primorosa obra de las jóvenes casaderas.

Una vez embarcada la excelente comida, don Juan pasó a explicar lo que parecía necesaria costumbre, en cuanto a la visita de forasteros.

—Ya veo que conocían los ostiones, que también se dan en las costas españolas, aunque no suelen comerse con regularidad. Pero esa carne que tanto han alabado y consideramos nuestro manjar autóctono por excelencia, no es más que la perteneciente a una especie que aquí denominan iguana.

—¿Iguana? ¿Algún tipo de ave? Ya me pareció que... —Pecas no pudo acabar la frase.

—Nada de ave, amigo mío —don Juan parecía disfrutar con el acertijo—. La iguana, cuya denominación procede del dialecto arahuaco antillano, es un reptil anfibio parecido al lagarto, con gran papada y cresta espinosa a lo largo del dorso, que llega a medir más de una vara<sup>[56]</sup> de longitud. Pero una vez sabiamente descuartizada y oreada, mantiene un extraordinario sabor que algunos, como usted, asemejan al pollo. De todas formas, la estimo de superior calidad.

—¿Un lagarto anfibio? —preguntó Pecas con naturalidad, aunque enmascarara sus verdaderos sentimientos.

—En efecto. Tanto anda por tierra como nada por la mar. También se utilizan sus huevos, de tamaño parecido a los de codorniz, aunque no gusten tanto por ser un poco pegajosos en la boca. En casa los solemos servir porque las niñas gustan de ellos. Cuando las iguanas hembras andan preñadas, almacenan más de sesenta.

Y nos miró con detenimiento, en espera de nuestra sorpresa. Pero andaba ya la marejada gruesa a vuelta del temporal, por lo que contesté con real convicción y sin excesivo extrañamiento.

—Le advierto, señor, que después de haber comido mono como carne de niño, soy capaz de echar al estómago cualquier cosa. Nunca pensé que los lagartos atravesaran mi garganta, bien lo sabe el Creador, pero he de reconocer que se trataba de un plato exquisito y condimentado de forma excelente.

De momento, nos mantuvimos en aquella alegre casa sin mayor tarea, donde era fácil el disfrute en todas las horas del día. Tuvimos una vez más la suerte de caer en noble y agasajadora familia, de la que solo bienes y regalos recibimos. Además, nos servía para olvidar la figura del gobernador y alejar los malos pensamientos, que en mucho cursaban por nuestros cerebros.

De esta forma, sin malas noticias y en forma regalada nos mantuvimos un par de

días, con charlas y chanzas divertidas. También enhebrábamos juegos de salón con las lindas damiselas aunque, por mi condición de hombre casado, fuera Pecas quien se llevara todos los honores y remilgos. Y como me encuentro en periodo de verdades, he de confesar que, por primera vez, el duende de la envidia hizo presa en mí, al contemplar aquellas hermosas jóvenes, sin acceso posible. Pero tal cosa no la hubiese declarado en aquellos días, ni bajo pena de excomuni3n.

Tan solo lo que estimábamos como extraña relaci3n de Melgarejo con el poderoso presidente de la Audiencia, nos permitía mantener un soplo de esperanza en las velas, porque la mar parecía arbolar espuma contra nuestro costado.



## *Una luz por la proa*

El tiempo comenzó a discurrir sin noticia digna de mención, para bien o para mal. Deben tener en cuenta que en muchas de nuestras provincias americanas, quizás por su adaptación al benévolo y hasta monótono clima que propicia la dejadez, así como la alargada espera de órdenes y comprobaciones que han de llegar desde la lejana Metrópoli, el tiempo es un concepto en cambiante dimensión, normalmente hacia la proa y con suficiente distancia. Por esa cualidad toman la existencia con tranquila resignación, hasta hacer de vida propia y natural, lo que en otras condiciones de tiempo y lugar forzaría su sangre a hervir de impaciencia. Sin embargo y para nuestra fortuna, a pesar de las abiertas amenazas y proyectos de inmediata subordinación, tampoco el ariscado gobernador noticiaba en contra, lo que ya era de celebrar.

Cinco días después de la tormentosa audiencia mantenida con el gobernante interino, cercanos al mediodía, don Juan regresó a casa con una sonrisa abierta en su rostro de banda a banda, que nada malo podía presagiar. Sabíamos que intentaba escondidas gestiones en la Real Audiencia a nuestro favor, por lo que esperábamos con cierta inquietud sus noticias. Sin embargo, para no variar su tranquila y sosegada concepción de la vida, derivó en cuestiones de escasa importancia, mientras latían a desazón y muerte nuestros inquietos corazones. Pecas, impulsivo como siempre, saltó al tajo de gahuate en la primera ocasión.

—¿Qué tal sus gestiones en la Audiencia, don Juan? ¿Pudo concretar alguna cuestión digna de señalar?

—Alguna que otra —dejó pasar los segundos, mientras parecía observar sus manos con detenimiento—. He conseguido hablar con don Dionisio Martínez del Álamo, quien se mantiene en su línea habitual de cortesía y colaboración con los que intentamos con honestidad elevar la posición económica y social de esta ciudad —volvió a abrirse en franca sonrisa—. Y no crean que le ha sorprendido una mota el modo y forma en que fueron tratados por el gobernador interino. Me ha asegurado que en el plazo de dos meses deberá tomar posesión quien ha de ostentar tal preeminencia por Real Orden, y que se trata de general abierto de entendederas, enérgico en su medida pero a la vez humano, generoso y honrado a carta cabal. Y les advierto que con la mitad de tales cualidades me conformaría en llano.

—¿Dos meses? —la pregunta salió de mis labios sin pensarlo, que tal espacio de tiempo me parecía cercano a media vida—. ¿Quiere decir que deberemos esperar hasta entonces?

—¿Tan mal les tratan en esta casa, que les espanta tal posibilidad? —nuestro anfitrión reía para rebajar la tensión que adivinaba en nuestros rostros—. No se

molesten en cuidar excusas, que se trata de una sencilla broma. Sé de su impaciencia en llegar a su destino, lo que es normal y ajustado a sus años y conducta profesional. Conforme corran el tiempo en estas tierras de España, perderán esa pasión, no lo duden, aunque su edad sea propicia a ella. Pero contestando a su pregunta, puedo comunicarles que pasado mañana les recibirá el presidente de la Audiencia, aunque ya me adelantó prometedoras noticias.

Y se entabló el silencio en el momento menos deseado. En esta ocasión, hicimos de tripas corazón y nos negamos a mostrar la verdadera impaciencia, condición que puede entrar en tono altanero. Nuestro anfitrión dio un sorbo a la infusión helada que nos habían preparado las jóvenes, para continuar aquellas palabras que tanto costaba arrancar de sus labios.

—Se nos abren dos frentes de distinto calado, y uso su habitual lenguaje de guerra. Usted dispone de especial suerte —dirigió su mirada en mi dirección, con lo que es fácil imaginar la aparejada reacción interior.

—¿Suerte yo? —me limité a pronunciar.

—Como tal hemos de calificarlo. No es normal, y más lo catalogaría como extraordinaria coincidencia, que desde esa estación de reciente fundación en la costa norte, San Blas, perdida allá en California, según me han comunicado, y que depende de otra jurisdicción virreinal, llegue a este puerto un buque en misión oficial, un paquebote me pareció entender.

—¿Un paquebote enviado desde San Blas? —no podía creer lo que escuchaba, porque tan solo la mención de ese santo, admitido como nueva y fervorosa advocación en mi cosecha espiritual, levantaba la piel en aguas.

—Pero no añada el venturoso cargo a la sana preocupación de nuestras administraciones. Deberá agradecerlo a la Santa Madre Iglesia, que tanta fuerza muestra a veces, aunque anden sus eclesiásticos en harapos y abandonados a la mano de Dios en tantas misiones perdidas —don Juan hizo el signo de la cruz sobre su pecho, como si hubiese mentado al Maldito—. Parece que la Corona no solo desea fomentar el descubrimiento y dominio del norte de California, sino también el ascenso de dichas instalaciones eclesiásticas por la costa, a la par de las militares. Por esa razón se fuerza esta colaboración entre virreinos con los que, en el preciso caso de Nueva España, no se cede ni la palabra a oficio de día.

—No sabía de tal rivalidad.

—Siempre la hay entre diferentes administraciones, por desgracia. Es mucha la distancia a la Corte, para dirimir diferencias que tanto oprimen el perfecto y deseado funcionamiento. He tenido conocimiento que más de seis meses permanecen aquí en Panamá veinte venerables monjes franciscanos, llegados a esta ciudad por desconocido error, ya que de acuerdo a su destino final deberían haber entrado en el continente por el puerto natural del vecino virreinato del norte, Veracruz. De esta forma engrosarán las filas de los que ya les precedieron hace años. Además, desde la expulsión de los jesuitas por nuestro señor don Carlos, parece ser que tienen en esas

tierras permanente necesidad de nobles almas.

—¿Y cuando ha de llegar ese inesperado regalo del cielo, el paquebote nombrado? ¿No dificultará el gobernador mi embarque? ¿Puede...?

—Una a una, señor mío —don Juan parecía disfrutar con nuestra impaciencia—. El paquebote debe arribar a este puerto con seguridad, aunque sin fecha entablada en cierto, por lo que su entrada en Panamá puede alargarse un tiempo desconocido. Pero como ya son muchos los meses que esperan los franciscanos, y tiene fuerza esta Orden, no debería demorarse demasiado. Ustedes deben saber mejor que yo lo cambiante de la situación en mares y vientos, así como disponibilidad de unidades navales, siempre escasas en número, para aventurar periodos exactos.

—¿No se sabe nada de su salida? ¿Alguna idea...? —no me satisfacía la ignorancia absoluta.

—Calme su inquietud y evite preocupaciones —volvió la sonrisa a su cara—. No ha de tardar demasiado ese buque, porque ya se espera su llegada desde semanas atrás. En cuanto a su temor por el gobernador, nada puede esa autoridad contra el dictamen de la Real Audiencia. Sería como decir que un ángel le prohíbe la entrada al paraíso prometido por nuestro Señor Jesucristo, y que Dios me perdone esta comparación si no resulta adecuada a la religión.

—¿Tiene usted noticias sobre ese establecimiento de San Blas que...?

Volví a ser interrumpido, en esta ocasión por Pecas y con cajas destempladas, porque mi amigo no estaba dispuesto a que acaparara todo el protagonismo de la conversación en provecho propio. Comprendí que tenía razón en tablas. Los detalles principales estaban encarados y, de momento, salpicaba la felicidad hasta encharcar el último poro de mi piel.

—Perdona, Pecas. Me conformo con la información recibida, que no es poca y halagüena.

No esperó don Juan a ser ametrallado por mi compañero, porque ya se dirigía a él.

—Su caso, señor duque, es un poco más complicado. Pero no se turbe, que todo en esta vida encuentra oportuna salida. Como les decía, la colaboración y buen entendimiento entre distintas gobernaciones brilla por su ausencia en demasiadas ocasiones. De esta forma, en el caso del virreinato del Perú y su puerto principal, a tiro de la capital limeña, solo se encuentran previstos arribos de fletes comerciales, así como el necesario retorno hacia aquella tierra. Por desgracia, se trata de unidades sobre las que no es posible disponer fianza sin el tácito acuerdo del armador o dueño.

—No le comprendo, señor —Pecas era sincero, porque tampoco yo adivinaba por donde llegaba la mar.

—Pues hablando por llano y con la verdad por delante, si no quiere disfrutar una larga temporada en nuestra compañía, lo que veríamos con sumo agrado en esta casa y sabe de mi sinceridad, deberá ajustar flete y pasaje con algún armador.

—Estoy dispuesto a ello de inmediato —Pecas entraba en febril actividad, pero se contuvo por la necesaria cortesía—. Y puede estar seguro que me mantendría por

años en casa tan generosa y hospitalaria, porque disfruto en alto grado cada segundo que paso en ella. Pero deberá comprender mi inquietud por incorporarme al destino que la Real Armada ha escogido para mí. ¿Cómo, dónde y con quién deberé ajustar el necesario traslado?

—Deje eso de mi mano. Sé por nuestras largas conversaciones, así como las noticias adelantadas por mi socio y buen amigo Gallarizmendi, que dispone usted de cartas de crédito para pagos compensatorios, con lo que deberemos encontrar adecuado armador que entre en razones sin escalar la montaña del costo. Alguno de ellos ha trabajado para mí, incluso para..., para el presidente de la Audiencia, y puede estar seguro que hallaremos una solución beneficiosa para todos.

Quedé con la mosca prendida en la oreja, no por desconfiar del que estimaba como hombre bueno y honrado, sino por los silencios que marcaban la marea.

—Hablando también en verdad abierta, don Juan, prefiero la rapidez a la baratura —expuso Pecas de forma tajante—, y no lo entienda como señal de prepotencia por mi parte. Reconozco que desearía salir cuanto antes del círculo que cierra a mi alrededor ese maldito gobernador, a quien odio con los cinco sentidos y con quien, lo juro por Santa Justa, arreglaré cuentas algún día.

—No se preocupe, que esa maraña está entablada en razón y rendirá sus frutos por líneas adecuadas. Llevaré a cabo las gestiones oportunas, si me autoriza a ellas y en su nombre.

—Puede darlo por confirmado.

Tras aquella positiva conversación, abordamos el almuerzo con la alegría de cada día, aumentada si cabe por las noticias recibidas. Para demostrar nuestros esperanzadores sentimientos, hicimos planes de exploraciones y descubrimientos fabulosos, que solo figuraban en nuestra imaginación. También prometimos en nombre de nuestra Institución, parar los pies al inglés en aquel mar español si entráramos de nuevo en guerra con la Gran Bretaña, lo que no parecía descabellado, porque todos eran conscientes de la fobia que nuestro señor don Carlos mantenía contra aquellos bucaneros de las islas.

Sin embargo, como toda empresa muestra su espalda con mayor o menor claridad, en nuestra primera conversación privada, expuse a Pecas mis prevenciones e interrogantes, que ni siquiera merecían el grado de recelo por no merecerlo la persona.

—¿Has entendido bien las pretensiones de nuestro anfitrión? ¿Por qué desliza el nombre del presidente de la Audiencia con esa oscuridad, como si no quisiera ofrecer a las claras una relación que parece llegar más allá de la amistad?

—He tenido los mismos pensamientos que tú y prefiero dejarlos a un costado. Sospecho que don Juan mantiene precisas colaboraciones comerciales con esa autoridad, que siempre andan entrelazadas las acciones oficiales con las particulares. Pero te repito lo que le alegué con sinceridad. Si he de costear en moneda propia mi traslado hacia el sur, así lo haré. Ya llegará el momento de pedir a las autoridades

correspondientes el obligado reintegro, aunque deba pleitear en firme y por largo. Nuestra administración es lenta como tortuga pero acaba por pagar, aunque sea en segunda generación.

—¿Y esas palabras sobre su socio de Portobelo? Parece en conocimiento preciso de tu situación crediticia. ¿Firmaste algún documento con don Ramón María Gallarizmendi que te pueda comprometer? También es posible que de un disparo intenten cobrar dos piezas.

—Olvida los problemas económicos y de crédito, Gigante —Pecas ofreció una de sus habituales y picaras sonrisas—. Todo se arreglará en conveniencia, que para eso se amasan las grandes fortunas.

Siguiendo su norma habitual, Pecas obviaba todo lo relacionado con sus actividades económicas. Ya saben ustedes que la amistad entablada con mi compañero desde los primeros días en la Escuela Naval de Cartagena era difícil de superar. No solo el compañerismo, el mutuo afecto y las extraordinarias vivencias sufridas en común habían consolidado a muerte una relación inquebrantable, sino que los lazos familiares y las circunstancias a vida o muerte las tejieron como eslabón de cadena indisoluble. Sin embargo, a pesar de esa confianza y franqueza sin límites, cuando se rozaba el tema económico o comercial, un velo de extrañamiento parecía impedirle su exteriorización, y no lo entiendan como suspicacia alguna, que no podía existir entre nosotros.

Para Pecas, el capital y fortuna que tantos anhelan a lo largo de sus vidas y que, sin duda, poseía en estimable grado, eran solo detalles sin mayor importancia, razón por la que esquivaba comentarios al respecto, aunque llegado el momento habría ofrecido vida y hacienda si me fuera necesario. De esta forma, pasó a trivializar la conversación en otros derroteros.

—Has de reconocer que la suerte te persigue con sus flechas allá donde vayas y, en este excepcional caso, sin mi concurso. Te destinan a un desconocido rincón del mundo, y aquí llega el ángel salvador a bordo de generoso paquebote, enviado por no se sabe quién para buscar a su excelencia, el teniente de fragata Leñanza.

—Ha sido una fabulosa casualidad, he de reconocerlo. No creo que en esa desconocida estación o departamento naval sepan de mi existencia, ni de mi próximo arribo en permanente destino. Benditos sean los monjes franciscanos que necesitan del imperioso traslado.

—Llegarás a San Blas en estado de santidad. No tendrás más remedio que asistir a maitines y vísperas con los monjes, sin disparar el cañón —ahora batía palmas entre risas—. El aroma del incienso impregnará la máquina de guerra hasta la galleta de los palos. No podrás tocar carne de mujer en muchos años.

—Deja de decir estupideces, enano. Por otro lado, espero que don Juan encuentre el deseado transporte para tu traslado cuanto antes, y sin necesidad de pago en nubes. Aunque aquí las prisas no existen para nadie, y tanto mi paquebote como tu buque de carga pueden esperar semanas y semanas.

—Bueno, mantendremos la espera adorando a estas mozas. ¿Has visto como me dirige la mirada María de las Nieves? Creo que...

—Ya sé que estás enamorado a muerte y no podrás vivir un solo día sin ella —acabé su frase, imitando con mis palabras el tono engolado que utilizaba en aquellas ocasiones—. ¿Tan pronto has olvidado a la preciosa cartagenera?

—Ya te dije que puedo amar a más de una mujer a la vez, aunque la que se encuentra presente y cercana hace latir con más fuerza mi corazón. Y no seas cenizo, que he podido comprobar que también a ti se te van los ojos detrás de alguna, e intentas quedar en alto durante las conversaciones.

—No digas más tonterías, que has cubierto el cupo asignado para el día.

—¿Tonterías, dices? —me dirigió la mirada con la sonrisa torcida que no deseaba observar—. Aunque seas mayor, parece que no has salido todavía a la vida real, Gigante. Sé que quieres con locura a mi hermana Cristina, y la querrás siempre. Pero vas a estar lejos de ella mucho tiempo y el hombre tiene ciertas inclinaciones que nadie puede atascar. Como nos escribiremos, espero que seas sincero en ese aspecto y me cuentes la vida que llevas en San Blas dentro de algunos meses, cuando la comezón del deseo no te deje respirar.

—Calla ya, enano maldito. No eres más que un mocoso que nada sabe del verdadero amor.

—Ya me lo dirás más adelante.

Corté la conversación porque me disgustaba sobremanera el tema. Sin embargo, tal sensación se producía al adivinar por largo alguna razón en las palabras de mi amigo, que el gusano escondido parecía despertar en mis entrañas. No mentía Pecas al asegurar que intentaba tomar parte en las conversaciones, no solo por necesaria cortesía sino para alardear de mi persona, en especial cuando me dirigía la palabra la mayor de las hijas, que respondía al nombre de Engracia. Y en cerrado secreto que ni con mis tripas compartía, atisbaba signos de atracción por su parte que me hacían sentir un oscuro placer. Pero el caso de las relaciones entre criollas y españoles merecería capítulo aparte, que en nada se ajustaban a las reglas establecidas como rígidas en nuestro habitual comportamiento. Aunque lo negara a muerte, me dejaba ir a veces en lánguido placer, que así lo sentía en verdad.

De acuerdo a las instrucciones establecidas por don Juan, rendimos audiencia con el presidente de la Real Audiencia al día siguiente, que transcurrió por derroteros bien alejados de la primera experiencia oficial panameña. Era don Dionisio Martínez del Álamo persona correcta y afable, con quien departimos sobre temas generales y particulares durante una larga media hora. Y no solo se interesó por nuestro próximo futuro personal, sino que también inquirió por las familias alejadas en España y posibles problemas a los que pudiera corresponder. Como hijo menor de un noble asturiano, le impresionó saber de la nobleza de nuestras armas, especialmente la casa de Montefrío, lo que hizo más fluida la relación. Acabó por certificar las palabras de

don Juan al punto exacto, para asegurar en firme que encontraríamos el transporte apetecido en breve. Para nada se tocó la figura del siniestro gobernador, aunque deslizara algunas indirectas.

Mucho nos confortaron las palabras de tan eminente autoridad, hasta el punto de abandonar su secretaría con el trapo desplegado en ilusiones y optimistas pensamientos. Y rendidos a la evidencia, dejamos que el tiempo decidiera nuestro destino, con lo que comenzábamos a amoldarnos en plenitud a nuestra nueva vida.

Una semana después, entrados en los primeros días de junio, comunicó don Juan a Pecas la buena nueva de que el navío San Justo, propiedad de un armador criollo establecido en Lima, aceptaba con sumo placer el transporte de mi amigo con su criado Sebastián y el abultado equipaje, en tornaviaje hacia el puerto de El Callao. Quedaron en acordar las condiciones económicas precisas, que nunca llegué a conocer, aunque entrara en sospechas de valor elevado. Se estimaba en dos semanas la posible fecha de partida hacia el sur.

Por fortuna, se mantenía el silencio administrativo por parte del nefasto gobernador, aunque tampoco tuviéramos conocimiento de la razón, si es que no se ajustaba al normal entendimiento. Pero era ya figura que no nos preocupaba, comprobada la preponderancia del presidente de la Real Audiencia, por lo que me limitaba a disfrutar de la vida regalada que nos ofrecían, en espera de la llegada del paquebote cuya fecha se desconocía. De esta forma, a pesar de lo que se señalaba como suerte en primera instancia, ya disponía Pecas de fecha más o menos definitiva, mientras me mantenía en la más pura incógnita.

Pero les recuerdo una vez más las lejanas palabras del general Barceló, al afirmar que la mar es como la vida y esta misma tan variable como el movimiento de las aguas. Cuando ya había dejado de preguntar a las autoridades portuarias y sin esperarlo, el 12 de junio, mientras caminábamos con la familia Melgarejo por el paseo que bordea la ribera hacia el sur, observamos la inconfundible silueta de un buque de dos palos que navegaba en demanda del puerto panameño. Poco después, podíamos certificar que se trataba de un paquebote de la Real Armada, con lo que comencé a sentir los nervios acordes a la situación.

En efecto, el que resultó ser paquebote San Antonio quedaba surto en el puerto de Panamá aquella misma tarde, con lo que mi situación personal se transformó en ciento ochenta grados, para volver a sufrir la impaciencia y el nerviosismo previsible. Y ya intentaba acudir a bordo para saludar al comandante, cuando don Juan y Pecas me convencieron para demorar tal visita a la mañana siguiente, previo aviso por recado. Comprendí sus razones, que no era cosa de atacar una unidad recién llegada de viaje. Bien sabía por propia experiencia el estado en el que, a veces, y dependiendo de la bondad de las condiciones de viento y mar, pueden arribar a puerto los buques.

A pesar de los nervios entablados en el estómago, disfruté de aquella tarde, especialmente cuando don Juan me confirmó la noticia de que, en efecto, se trataba

del paquebote enviado desde la estación de San Blas para recoger a los santos misioneros. De esta forma, volteaba la torta una vez más, y era yo quien parecía disponer de pronto embarque, mientras Pecas continuaba en la espera de su navío.

Por fin parecía llegar a término el largo periplo emprendido por mar y tierra. Lo que desde las tierras de España nos pareciera cuestión sencilla y normal, el traslado a Ultramar, se había convertido en una acción más propia de descubridores, con cuatro meses largos corridos desde la salida de Cádiz. Y, después de todo, podíamos felicitarnos a tabla batiente, que si no nos acompañara la fortuna de las relaciones precisas y los capotes especiales de Pecas, podíamos andar todavía con nuestros huesos en Portobelo o comiendo macacos quién sabe dónde.

Aquella noche dormí a salto de mata y con vientos agitados. Por una parte, era feliz al pensar en embarcar al siguiente día. Sin embargo, me entristecía abandonar la compañía de Pecas por alargado tiempo, con quien me había mantenido en permanente comunicación personal desde nuestros primeros días en la Armada. Y a esas tribulaciones se unían los rostros de Cristina y nuestros hijos, con un fondo por el que desfilaban figuras femeninas de rostros morenos y espléndidas siluetas. Demasiados ingredientes para mi cerebro, habituado a la holganza y buena vida en las últimas semanas.



## *Triste y despedida*

—En las primeras horas de la siguiente mañana, un 13 de junio de 1788, entrados en calma muerta<sup>[57]</sup> y calor pegajoso, pisé la cubierta del buque que debería llevarme hasta la costa de California y cerrar, de esta forma, el alargado círculo de mi pasaporte a Ultramar.

En contra de la norma considerada como habitual e inalterable en mi proceder cuando embarcaba en un buque de la Armada, aquella de dirigir en primer lugar la mirada hacia la galleta de los palos, como si en ellos encontrara esa buena estrella que necesitan todos los hombres de mar, la vista quedó prendida en la cercana cubierta a cerrazón y sin remedio. La impresión inicial que percibí no fue muy positiva, con solo observar el ambiente general que allí se respiraba.

En pro de la necesaria compensación mental, llegué con rapidez al convencimiento de que el paquebote debía haber sufrido duros momentos en la navegación hasta Panamá, al observar el rostro demacrado de sus marineros, tendidos los más sobre la cubierta y desaliñados en su vestuario hasta alcanzar vergonzosos extremos. Bien es cierto que esta última consideración era una de las asignaturas pendientes en nuestra Real Armada, un penoso aspecto en el personal que parecía cuestión imposible de erradicar, tanto por abandono en la necesaria disposición al aplicar los reglamentos, como por falta de los imprescindibles caudales.

Los miembros de la dotación que se encontraban cercanos al portalón dirigieron su mirada hacia mi persona con innegable asombro, como si una inesperada aparición celestial o demoníaca hubiese sacudido las cuadernas del buque. A pesar de los calores que ya se dejaban sentir en aquellas tempranas horas, con motivo de mi oficial presentación a bordo calzaba el uniforme grande de paño, detalle que destacaba sobremanera entre la mugre general y debía sorprender a propios y extraños. Pero así nos lo exigían las ordenanzas, al entender que, de acuerdo con el Reglamento General de Guarniciones y Tripulaciones, al paquebote San Antonio, por ser embarcación redonda de dos palos equiparable al bergantín y con porte superior, le correspondía un comandante en el empleo de teniente de navío.

El primero en acercarse a mi persona fue un grumete, y supe de su condición profesional cuando se presentó formalmente, que nadie podría adivinarlo a simple vista por la guarnición empleada, más propia de trincador de puerto. Solicité ser llevado a presencia del comandante, lo que hizo el joven con diligencia y corrección a través de la banda de babor, hasta embocar la escotilla que daba acceso a la cámara bajo la toldilla<sup>[58]</sup>. Atravesamos un estrecho pasillo, para alcanzar la entrada del camarote a popa, que golpeó con los nudillos. Y hubo de repetir la maniobra hasta

escuchar la pertinente autorización.

Cuando penetré en la cámara, una ráfaga de podredumbre azotó mis aletas nasales como un bofetón, porque era fuerte y de poderosa carga marinera el aire que allí se respiraba. El desorden de objetos, muebles y escritorio era alarmante, mientras una figura menuda, tendida sobre un diván, intentaba incorporar el torso con un notable esfuerzo. Aquel hombre, cuarentón de aspecto avejentado, vestía unas ligeras calzas de perdido color, mientras cubría el torso parcialmente con una camisola entreabierta y arrugada que debía haber sido juvenil heredad, dado su aspecto. También en este caso me miró con asombro, como si se le hubiese aparecido un demonio en especial conjuro. Por fin, consiguió despabilar el entendimiento lo suficiente como para ponerse en pie y dejar caer sus primeras palabras en tono casi inaudible.

—¿A que debo, señor, el honor...?

El asombro atenazaba su garganta, hasta obligarlo a dejar la frase tronchada en el aire. Por mi parte, ejercí con la confianza que era necesaria para aclarar mi situación a bordo sin oscuros. De todas formas, a pesar de la idea inicial de ponerme a sus órdenes, una voz interior me indicaba con claridad que no me encontraba ante teniente de navío ni oficial superior. Opté por la moderación que la experiencia me concedía.

—¿Es usted el comandante del paquebote de la Armada San Antonio?

—En efecto, señor —despejado y en pie, intentaba sin conseguirlo arreglar su miserable aspecto exterior—. Primer piloto graduado de la Real Armada, Alfonso Perona. Le ruego perdone el impropio estado en que me encuentra, pero hemos sufrido una semana de mala mar y escaso alimento, por lo que caí rendido ayer tarde cuando afirmamos el muerto, cuyo momento no veía llegar. ¿A qué debo el honor de su visita? Pensaba llevar a cabo mi presentación oficial a las autoridades portuarias cuando pasaran algunas horas.

—Soy el teniente de fragata Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, conde de Tarfí, y debo embarcar en este buque por orden del presidente de la Real Audiencia, con objeto de cumplimentar mis órdenes y pasaporte e incorporarme al departamento Marítimo de San Blas, al que he sido asignado.

No sé la razón que me llevó a incorporar el título nobiliario al empleo y los dos apellidos con cierta arrogancia, aunque fuese cuestión de recibo y reglamento que, sin embargo, solía evitar. Pero creí oportuno dejar entablada la categoría personal en alto, sin cabo firme a la vista donde aferrarme. Y causó el efecto deseado, sin duda.

—¿Destinado a San Blas? —parecía seguir sumido en el más profundo asombro e incompreensión, al tiempo que intentaba forzar una sonrisa—. Hace algunos años que se solicita periódicamente por el virrey de Nueva España la presencia de oficiales de guerra en nuestras aguas del mar del Sur. Pero nunca creyeron en la Comandancia del Departamento que llegara el caso.

Despejado al ciento, elevó por fin una abierta sonrisa de complicidad que mejoraba el aspecto de su cara. A pesar de lo que, sin duda, había supuesto un

sobresalto inicial, parecía contento con la inesperada presencia. Pero ya mis pensamientos volaban por la proa y debía saber con exactitud algunos detalles que consideraba de la mayor importancia.

—¿Cuándo piensa zarpar hacia San Blas, si es ese su próximo destino?

—La verdad es, señor, que he llegado con la misión específica de recoger a unos franciscanos que han de incorporarse a las misiones, y no sé por qué maldita razón arribaron a este puerto en lugar de alguno perteneciente a Nueva España en el mar del Norte<sup>[59]</sup>. No creo que hayan disfrutado con el paso de Portobelo a Panamá, que sufrí en mis carnes hace bastantes años. La navegación desde San Blas ha sido peor de lo esperado, con vientos contrarios y un ligero temporal, impropio de la época, que casi me obliga a forzoso retorno, porque los alimentos escaseaban como siempre y temía el escorbuto que tanto nos azota. Pero mis órdenes son las de retornar a San Blas, una vez embarcado el personal religioso. Si no tiene..., si no entiende orden en contrario, pensaba descansar con la dotación unos días y...

—No busque mi permiso, que no dispongo de jurisdicción alguna sobre usted y debe considerarme, sencillamente, como oficial en transporte. Hasta que lleve a cabo mi presentación oficial en San Blas, nada tengo que ver con sus órdenes ni debo interferir en ellas. Aprovecho su oportuna aparición en este puerto, para recorrer el camino final de mi itinerario.

—De todas formas, haré que le adecenten este camarote con la mayor rapidez, que...

—Nada de eso, Perona. Le repito que me encuentro en situación de pasaje y no perteneciente a la dotación. Usted es el comandante de este buque y ha de mantener las preeminencias que le otorga el cargo. Conque me ofrezca un camarote adecuado, sería más que suficiente. Lleve a cabo las disposiciones que estime pertinentes, de acuerdo a las instrucciones recibidas de sus jefes. Tan solo le ruego que me haga llegar con suficiente antelación la fecha prevista de su salida a la mar, al objeto de disponer de suficiente tiempo para embarcar mi equipaje. También debo indicarle que incorporo un criado personal.

—De acuerdo, señor. Así lo haré. Puedo adelantarle que si todo navega en condiciones normales y no se retrasa la petición de víveres y pertinente aguada, en unos cinco días podría hacerme a la mar.

—De acuerdo. Y bienvenido al puerto de Panamá —intenté forzar una sonrisa que rebajara el listón—. Si necesita cualquier ayuda en aprovisionamiento o contactos personales que aligeren sus problemas, no dude en decírmelo por las claras. Cuento con amistades que podrían solucionarle muchos flecos.

—Se lo agradezco en su medida, señor. Le advierto que me temía esta comisión a un puerto de Nueva Granada, donde no dispongo de competencias y es mucha la desconfianza entre administraciones. Pero necesitamos con urgencia víveres frescos. Muchos de mis hombres se encuentran al límite.

—Me encargaré de echarle una mano en su necesario aprovisionamiento.

—La dotación se lo agradecerá, que algunos necesitan fruta de forma imperiosa.

—¿Disponen de cirujano a bordo? —pregunté, temiendo que la respuesta sería negativa.

—Nos corresponde un cirujano segundo por reglamento, pero tan solo disponemos de un sangrador que más parece matarife de ganadería —volvió a sonreír, divertido—. Pero ya vera pronto, señor, que en San Blas no se ciñe todo a la reglamentación oficial.

—Bien. No se preocupe por mí y descanse. Según parece a la vista, lo necesita.

Y sin más parla por mi parte, abandoné el barco con rapidez, excusando al comandante de la preceptiva despedida, que no era decorosa ni adecuada mi permanencia a bordo en aquellas lamentables condiciones. Es norma consabida en la Armada que cuando se come en mesa ajena, por muy cercana que se encuentre a la propia, es necesario permitir la entrada de la bajamar antes de aliñar la salsa propia. Fue entonces cuando comprendí mi falta de tacto al embarcar a tan temprana hora, en buque recién llegado de comisión. Pero todo se aprende con los años y en carne propia.

Volví a la residencia de los Melgarejo, donde esperaban con impaciencia mis noticias, al negarme a ser acompañado en aquella primera visita. Y bien que me alegré de aquella decisión, en vista del resultado. Esboqué por lo alto el estado del paquebote, sin introducir los dedos en la llaga, al tiempo que solicitaba el auxilio de don Juan en uno de sus habituales cometidos como abastecedor de buques. Su respuesta fue positiva y automática.

—Me encargaré personalmente. Como le ha dicho el comandante, pocos fían en cobrar de corral ajeno, y no es correcta tal afirmación, aunque los pagos se alarguen en el tiempo. Y debe cargar provisiones para su propia persona, que en San Blas hay gran falta de lo más indispensable y no podrá surtirse con la facilidad de todo lo que aquí disponemos.

—No se olvide, don Juan —intervino Pecas con rapidez—, de encargar un par de monos colorados bien crecidos y con magras rollizas en los brazos, una carne que echará en falta mi amigo con seguridad.

Todos rieron la salida del bufón de Corte, mientras me unía a su buen humor.

—Pero que se encuentren bien pelados y con el necesario adobo.

De nuevo se aceleró mi apacible existencia, y no crean que en esta ocasión se debía a nervios entablados o ignorancia sobre el futuro. Sin embargo, entre las pocas palabras que había conseguido sonsacar al piloto, así como las consignas que don Juan largaba con prudencia, comencé a pensar que la estación de San Blas no iba a ser el paraje soñado de las Indias, ni mucho menos. Por estas razones accedí a encargar los productos que, en teoría, serían de difícil adquisición en mi futuro destino.

Los días transcurrieron con la habitual rapidez y, entrados en el quinto desde la llegada del San Antonio, recibí puntual aviso de Perona por medio de un grumete

pulcramente aseado, en el sentido de que dos días después, el 20 de junio, festividad de San Silverio, nos haríamos a la mar con las primeras luces.

Y llegó el temido momento de las despedidas aunque, en mi caso, tan solo me desconsolara la que debía acometer con el inseparable amigo. Como tácito acuerdo establecido entre ambos, soslayamos el problema hasta el último momento, la tarde anterior a la salida a la mar, en la que pensaba embarcar con Setum y el abultado equipaje. Decidimos llevar a cabo un ligero paseo en solitario, lo que fue comprendido por la familia sin necesidad de explicaciones.

—Bueno, enano, espero que me mantengas al día de tus conquistas amorosas, por mucho que tarde en llegar el correo a ese perdido departamento.

—Lo mismo te digo. Ahora en serio, no hagas locuras ni metas nariz en corral atrevido, que sé de tu arrojo personal. No olvides que nos mantenemos en situación de paz. Y en esta ocasión no estará el gran Pecas, para aliviar tus problemas. Debes atender a la maniobra de ese buque que, visto desde fuera, más parece unidad de bucaneros.

—No seas injusto. Ya sabes el aspecto de todo buque cuando llega a puerto, tras muchos días escaso de alimentos y temporal corrido. A pesar de su aspecto personal, no parece mala persona ese Perona.

—No comprendo cómo a un piloto, sin haber alcanzado la graduación de oficial de guerra, se le concede el mando de un paquebote con 16 cañones de porte. Se ve que algunos reglamentos se escriben para volar entre vergas.

—Según me ha contado el piloto, y aunque parezca imposible de creer, no hay un solo oficial de nuestro cuerpo en todo el Departamento Marítimo de San Blas, único del virreinato de Nueva España en esta mar, una situación mucho más penosa de la que cabía esperar.

—Desde luego. Sabíamos de la falta grave de personal, pero no que llegara a tal extremo. Ahora comprendo las continuas peticiones de virreyes y gobernadores en dicho sentido. Es incomprensible que mantengamos nuestras provincias americanas en tal estado.

—Y más difícil de creer que no hayan caído en manos de los británicos de forma definitiva. Pero, bueno, arreglaremos los problemas con nuestra presencia en escaso tiempo —lo tomé por el hombro con afecto, intentando la imposible tarea de alegrar el ambiente—. No hagas locuras en Lima, enano, ni caigas rendido por hembra con demasiada rapidez. Y, por favor, nada de mujeres casadas que tanto parecen atraer tu atención. Piensa que son muchas las solteras para aliviarse de amores. Y llegado el caso, no tomes decisiones apresuradas, porque te creo capaz de llevar al altar a cualquiera que caiga postrada tras escuchar tus truculentas e inventadas historias. Piensa que eres el depositario de la casa de Montefrío.

—Por Dios, Gigante, que me parece escuchar al difunto padre, que en paz descansa después de todo, en tus palabras. Parece mentira que digas eso. Aunque parezca ligero de mollera, ya sabes que, llegado el momento, sé por donde se

encuentra el norte.

—Al menos, evita los encuentros al alba, especialmente los que sean a pistola, a la señal y 35 pasos.

Ambos reímos, recordando aquel teatral episodio con el coronel de la Guardia de Corps en Madrid. Pero pronto cayó el telón de la realidad. Sus últimas palabras parecieron llegar perdidas en la distancia e inundadas de inmensa tristeza.

—Si te ocurre alguna negativa circunstancia o necesitas cualquier cosa, házmelo saber que llegaré aunque te encuentres perdido en aguas de Filipinas. Y no te preocupes en exceso por la familia que, como sabes, también es la mía.

—Gracias, Pecas, pero ya sé que te he tenido siempre al quite y mi caso es recíproco.

Como todo estaba dicho, en claro o en silencio, aquella misma tarde me despedí formalmente de la familia Melgarejo. Sentí pena al comprobar la tristeza en sus rostros, así como las lágrimas en las hijas. Creí atisbar un especial apretón en mi mano por parte de Engracia, lo que me hizo sentir lejanas pulsaciones que intenté evitar. Y por último, ya sin palabras, me abracé a Pecas con fuerza, ese alargado abrazo de gran amigo que tanto duele en su momento. Ya saben que estimo muy cercano al sentimiento amoroso la verdadera amistad.

Por deseo expreso de mi parte, Setum y yo tomamos un carruaje de Melgarejo hacia el puerto, seguidos por una carreta con los baúles del equipaje, que me parecieron más abultados que de costumbre, diferencia que achaqué a los últimos encargos remitidos a don Juan. Pero no fue fácil convencer a las jóvenes de la casa para impedir su compañía hasta el último momento, evitando esa despedida marinera en puerto que encoge el corazón de las jóvenes románticas. De esta forma embarcamos en el paquebote San Antonio, que ya esperaba nuestra llegada con su comandante en primera tabla. Y como soy sincero de nacimiento, debo reconocer que eran de llamar la atención los cambios habidos en material y personal. Como por arte de magia, el buque comenzaba a perecerse a una unidad de la Real Armada en todos los aspectos, lo que me hizo sentir cierta felicidad.

Abandonamos el tranquilo puerto, tal y como estaba previsto, en la mañana del día 20 de junio. El comandante ordenó dar todo el aparejo, para salir de la bahía panameña y embocar al golfo en toda su extensión con rumbo sur, gracias a un escaso viento de marea, que decayó a tiento con rapidez. Pero no fue tarea fácil, que a punto estuvimos de dar la lancha al agua para el necesario remolque. El viento, que se mostraba escaso y roladizo en extremo en el interior de la bahía, nos dejaba con las velas al suspiro en las primeras horas, mientras las corrientes, caprichosas y con extraña norma, nos derivaban hacia la isla Taboaga. Pero por fin quedamos libres de piedras y arrumbamos al SSO, acariciados por un viento del nordeste que comenzaba a tomar fuerza y nos permitiría, de no sufrir variación, arrumbar en directo hacia punta Mala, librar la piedra llamada del Cristo, manejar la península de Azuero y

poner proa a nuestro destino.

Sentí cierta tristeza, no he de negarlo, al observar cómo la ciudad de Panamá se perdía en la distancia. Dice una canción criolla que se canta en aquellas aguas, que todo hombre de mar deja un jirón de su alma en cada puerto, aunque a ninguno pertenezca. Y es esta verdad de fuerza, capaz de destrincar el cañón a la bretona<sup>[60]</sup>. En los primeros momentos, tras la despedida, pensamos que algún día volveremos a recalar en él, que podremos revivir pasadas experiencias que, con el paso del tiempo, se magnifican en nuestros pensamientos. Sin embargo, también la voz interior nos dice que puede ser el último vistazo a aquel trozo de tierra, que las personas allí conocidas se difuminarán en nuestro cerebro con mayor rapidez de la debida, aunque sean amores apasionados y vividos con las venas abiertas.

Creo que fue en aquellos momentos cuando comprendí esa frase donde se asegura que el hombre de mar necesita mujer cercana en cada recalada. Cuando se llega a puerto, las más de las veces tras extraordinarias o peligrosas circunstancias, es necesaria una voz femenina cerca del oído que nos haga regresar de verdad a tierra firme, y a ella nos aferramos como cría a teta materna, por encima de cualquier norma escrita o grabada. De ahí el apasionamiento que tantos viven, pasión que se cierra a la banda como náufrago a la driza y que, sin embargo, cede la presión con la misma facilidad cuando el barco se pierde en la distancia. Estos pensamientos, que en poco reconfortaban mi alma cuando la figura de Cristina se hacía viva en mi mente, se vieron truncados por la presencia de Setum.

—¿Qué le parece este buque, señor? Porque también era paquebote el que nos traslado de Cartagena a Portobelo, pero presentaba mejores hechuras.

—No todos los arsenales disponen de los mismos materiales y profesionales para construir. Pero parece que navega bien y toma la mar en condición. No te preocupes, que nos llevará a San Blas sin novedad.

—Pues según he podido escuchar en primeros rumores, llegaremos a puerto de pobres condiciones en todos los aspectos.

—Más vale que apreciemos las cualidades o defectos en persona, desechando los comentarios de interés. Piensa solamente que en estos momentos navegamos por el mar del Sur, ese hermoso mar con el que tantos sueñan.

—Si le digo la verdad, poca diferencia encuentro entre unas aguas y otras. Pero debo comentarle un detalle importante.

—¿De qué se trata? —la sonrisa de Setum enmascaraba prenda con seguridad.

—Don Santiago me prohibió mencionarlo hasta que navegáramos a suficiente distancia de puerto. Como es usted poco observador, no comprobó lo abultado de su equipaje en esta ocasión, aunque se distinga a la legua. Todas las protestas que elevamos por el elevado número de arcones, cajas y baúles de su compañero, deberíamos tragarlos en seco. Me tomó ayer aparte para comunicarme que debía embarcar la mitad para su uso personal.

Me dejó perplejo la noticia, aunque no era de extrañar, que pocas personas

gozaban de la generosidad de mi querido amigo en tan elevada categoría.

—No lo habría admitido de saberlo.

—Por esa razón me prohibió comentarlo, bajo pena de espantosa muerte, y cito sus palabras —Setum se movía entre risas cerradas—. Es una buena persona don Santiago, aunque intente parecer lo contrario, y más hombre de lo que muchos pueden imaginar.

—Tienes toda la razón. Bien sé lo mucho que perdemos con su ausencia.

Aquella conversación ahondó mi sentimiento de tristeza, hasta abocarme al pozo negro con el corazón encogido. La vida me había regalado con muchos e inesperados bienes, y uno de los principales era la amistad de Pecas, cuya ausencia ya se dejaba sentir. Pero debía remontar el vuelo, que a proa se desplegaba un momento muy importante de mi vida, para el que debía estar preparado hasta la galleta. Creía comprender por las noticias adelantadas en claroscuro, que en San Blas debería tomar importantes decisiones en soledad, sin la posibilidad de buscar el amparo del jefe superior, y ante esas condiciones debía establecer el ánimo en conveniencia.

Volví a dirigir la mirada hacia las aguas, el mar del Sur abierto ante mí, ese mar infinito que se extiende por miles de millas en cualquier dirección. Pronto cumpliría siete años de servicio en la Armada, unos años que volaron por mi cabeza como un alcastraz, sin echar la vista atrás en ningún momento. Me encontraba en otra parte del mundo y era consciente del reto que afrontaba.



## *A bordo del paquebote San Antonio*

—Centrados en la tarde de aquel día, mi primera jornada de navegación por los mares del Sur, el viento que se mantuviera indeciso en dirección y fuerza como deseos de mujer cortesana, acabó por entablarse en claro del norte y fresco, con lo que comenzamos a navegar con holgura hacia el sur. Pero tal y como predijera el piloto, los vientos en el golfo de Panamá eran caprichosos en grado sumo, por lo que tan solo al segundo día libramos la punta Mariato, extremo occidental de Azuero, quedando en franquía para gobernar en conveniencia, con la proa hacia la costa californiana.

Abiertos por cuadernas a los cielos, pronto encontramos el auxilio de los alisios del nordeste, como era previsible, aunque con fuerza variable y tendencia a mantenerse en bonancible<sup>[61]</sup>. Perona, sin dudarle un solo momento, decidió abrirse de costa para no cargar la bolina<sup>[62]</sup> y evitar las corrientes contrarias, aun previendo las necesarias bordadas.

Conforme adelantaban las horas, ganaba en confianza sobre el paquebote y sus posibilidades marineras, que no todo en la mar se reduce al ornamento exterior. De estructura muy parecida al San Francisco de Borja, presentaba un casco menos consistente cubierta arriba, así como menor potencia artillera, por ser sus piezas de menor calibre, 10 de a 4 y 6 de a 6. Sin embargo, debido a su línea más esbelta, era capaz de ceñir una cuarta más, aunque redujera su capacidad de transporte.

Lo que en verdad resultaba preocupante era el nivel profesional de su dotación, al valorarla sobre el papel, porque luego los monaguillos pueden llegar a oficiar la misa con mayor conocimiento que el cardenal. Aunque el reglamento marcaba para un buque de tales características una plantilla de oficiales de guerra compuesta por un teniente de navío al mando, un teniente de fragata segundo, dos alféreces de navío y un alférez de fragata, la triste realidad reducía lo establecido por Real Orden a cero. Además del comandante, piloto primero, oficiaba como segundo comandante un piloto segundo, rindiendo el cupo de oficiales un meritorio habilitado de pilotín, barbilampiño y moreno de carnes. Pero lo mismo sucedía con el cupo de oficiales mayores, al que pertenecían en teoría los nombrados, porque tampoco contaba con el contador, capellán y cirujano. Y como era de esperar, el desaguizado se extendía a los oficiales de mar, tropa de infantería y artillería, artilleros preferentes y demás escalones, que todo andaba como manga por capirote.

Pero tras aquella primera impresión, comprendí que los días de mar y sufrimiento, así como el celo, camaradería y ese especial sentimiento de superior dedicación que también llegué a conocer, pueden suplir muchos de los males expuestos. Y para bien

o para mal comenzaba a comprender que nada de lo que encontraría en San Blas podría compararse a la normativa vigente en los reglamentos, que en las costas de España solían cumplirse en un elevado tanto por ciento.

Aunque los dos primeros días se dejaron ver los hábitos franciscanos por cubierta, debieron ser llamados a perpetua oración por quien mandaba tan celestial tropa, porque no volvieron a desplegar sus mantos a la vista y quedaron reducidos a las zonas interiores. Y como se preveía larga navegación, que la distancia con bordadas andaría cercana a las dos mil millas, dediqué mi tiempo a conocer la costa y machacar a Perona con mis incesantes preguntas, a la vista de las cartas marinas, unas impresas en plano mientras otras se mantenían trazadas a mano. Por fortuna para mis conocimientos profesionales en aquella primera experiencia por el Pacífico, era el piloto comandante un veterano muy corrido por las tierras y mares occidentales de Nueva España, una condición que agradecí como agua de mayo. Y no dejé de atacar sus explicaciones a toda hora, especialmente en las largas sobremesas que apuntalaba con materiales líquidos acopiados para mi uso personal.

—¿Suele navegar normalmente por estas aguas, al sur de San Blas?

—Nada de eso —solía sonreír, divertido, ante muchas de mis preguntas que sonaban en falso a sus oídos—. Esta travesía puedo calificarla como una excepción en los últimos años, porque rara vez bajamos al sur del cabo Corrientes, que cierra la pequeña bahía de Banderas. Lo normal es que nuestras expediciones sean de apoyo a las misiones y de descubrimiento en dirección a las Altas Californias, muy hacia el norte.

—¿Lleva mucho tiempo asignado a San Blas?

Perona volvió a sonreír antes de contestar, para dudar unos segundos, como si se viera obligado a descifrar un guardado secreto.

—Nací en Palamós en 1744, que ya calzo los 44 años por largo, en la costa catalana, y por allí me hice a la mar desde que salieron los primeros dientes a flote. Pero pronto conseguí pasar a la Armada y alcancé el grado de meritorio en la Escuela de Pilotos, con ímprobo esfuerzo, que no era fácil alcanzar la escala para los de mi clase. Embarqué en el navío España y llegué a Veracruz, donde deserté porque no se respiraban a bordo aires fáciles de soportar, y el espíritu aventurero batía sus alas en mi cabeza.

—¿Desertó? ¿Es usted desertor? —mi extrañeza era justificada, que no había peor conducta ni castigo mayor en nuestros buques para los que así se conducían, una plaga muy desarrollada en la marinería que diezmaba las dotaciones en porcentajes penosos.

—Se lo declaro porque se trata de pena pagada y fui indultado en su momento por el virrey, que me autorizó como piloto activo en el servicio de las costas de California. Por eso alcancé el grado de piloto primero y me afinqué con la familia en San Blas, con larga y costosa progenie colgada de mis pechos.

Parecía cortado en principio, por lo que rellené su copa con un brillante

aguardiente que merecía la ocasión, capaz de soltar la lengua de los secretos mejor guardados. Me sorprendió con una pregunta inesperada.

—Desde que me notificó su destino a San Blas, señor, sigo sin comprender por qué ha seguido tan tortuoso camino. Y no lo tome como descortesía por mi parte. Pero le habría sido más fácil tomar un puerto oriental de Nueva España, Veracruz por ejemplo, y correr por vereda de orden en carruaje de plumas.

—Tiene usted razón, que ando tan desencaminado como los monjes o más —le sonreí complaciente, para que entrara en la necesaria confianza—. Pero no he hecho más que seguir las órdenes de las diferentes autoridades, que nos han baqueteado de aquí para allá sin conocimiento cierto de nuestra situación.

—Algunas testas distinguidas no conocen ni las provincias españolas de Ultramar.

—Creo que habla en verdad. Pero, dígame. ¿Cómo se ha mantenido tanto tiempo en estas aguas? ¿Nunca deseó volver a su tierra?

—Esta es mi casa. Ya le he dicho que casé para amansar las fieras del cuerpo, y con criolla mezclada. Nada se me perdió ni echo de menos en el Mediterráneo. En cuanto a esta tierra y su costa, si quiere ponerse al día, que me parece apunta usted en esa dirección, debo hacerle un poco de historia.

—Me parece buena idea. Le aseguro que deseo saber todo lo posible, y me encanta recibir noticia de quien domina la materia.

Volvió a dar un sorbo a la copa, al tiempo que se acomodaba en el sillón situado bajo la lumbreira de su cámara. Creo que fue a partir de ese momento cuando comenzó a confiar en mí.

—Debe tener en cuenta que esta costa y sus aguas no merecieron atención alguna por parte de la Corona, hasta que se produce la presencia de ese gran hombre que fue don José de Gálvez, nombrado visitador general de Nueva España de 1765 a 1771.

—¿Pariente de don Bernardo Gálvez? —exclamé con clara convicción, que no era caso de quedar como ignorante de feria.

—Creo que nada tenían que ver, aunque no estoy seguro. Pero el Gálvez que usted señala era teniente general, conde de Gálvez, un militar puro y guerrero hasta el extremo, héroe de la Luisiana y la Florida en las campañas contra los ingleses. Don José, marqués de la Sonora, era político y ocupaba el rango de alcalde de casa y corte, antes de llegar a Nueva España en el cargo señalado. Un hombre con merecida fama de despotismo, aunque inteligente y honrado. Creo que murió hace dos o tres años.

Quedé ligeramente chasqueado, porque el piloto Perona parecía disfrutar de una cultura muy superior a la calculada, lo que, sin embargo, beneficiaba mi propósito investigador. Pero era parlanchín y ya continuaba.

—Aunque, en principio, Gálvez solo intentaba la pacificación de la provincia de Sonora, con indios apaches, pimas altos, seris, piatos, pápagos y subiatas en continua hostilidad contra nuestros asentamientos, pronto comprendió que era necesario disponer de algún puerto como base principal, así como fuerzas navales suficientes para apoyar las expediciones que se adelantaban por tierra. También comprendió la

necesidad de contar con un arsenal, donde construir y reparar los buques en servicio permanente. Este gran hombre era un sabio político y aunque no cursara la carrera de las armas, sabía guerrear y planificar por tierra y mar como el mejor general.

—Hemos disfrutado de muchos hombres así en nuestra historia, para beneficio de la Corona. Y fue entonces cuando escogió el puerto de San Blas.

—No en el primer momento. En 1768 llegó Gálvez a la costa de estos mares, y aconsejado por el maestro constructor de naves Alonso de Pacheco, decide instalar el arsenal en el puerto de Matanchén, donde ya los jesuitas habían dispuesto de fuerzas navales en apoyo de sus misiones. Hemos de reconocer que, aunque expulsados por nuestro Señor, eran inteligentes los jefes de la denostada Orden. Pero Pacheco murió demasiado pronto y su sucesor, Manuel Rivero, decide trasladar las instalaciones portuarias al cercano puerto de San Blas.

—Ofrecería mejores características —alegué para forzar la marcha.

—Si le digo la verdad, no creo que se hayan mejorado en nada las condiciones, pero así se decidió. Según tengo entendido, se debió más a razones de tipo político, porque no parecía decisión a buenos ojos utilizar la base de los jesuitas en momento tan delicado. Debe saber que la expulsión fue muy contestada en algunos puntos de estas tierras, aunque nada se hable de ello, con movimientos de fuerza que se debieron acallar. Esa decisión de escoger San Blas ha sido puesta en duda muchas veces, y a punto estuvimos de volver a la base originaria de los jesuitas años después, pero eso vendrá más tarde.

Dio un ligero sorbo a su copa de aguardiente, chasqueando la lengua en señal de aprobación, antes de continuar.

—Sin embargo, en el periodo en el que nos encontrábamos a caballo de mudanza, y todavía en uso la base de Matanchén, llega a puerto el paquebote La Concepción con los franciscanos procedentes del colegio de San Fernando de Méjico. Y todavía en ese periodo de Matanchén se construyen dos paquebotes, el San Carlos y este mismo, con buenos resultados a la vista porque los dos continúan en servicio. A esos primeros religiosos se une en viaje por tierra fray Junípero Sierra, que toma el mando de la caballería franciscana —volvió a reír con fuerza—. Guerras de frailes por la California.

—Los franciscanos ocuparon las misiones de los jesuitas.

—La verdad es, señor, que sin los jesuitas, y negaría tal afirmación en público por miedo a represalias, no habríamos avanzado un solo metro en la colonización hacia el norte durante los primeros años. En realidad, fue después cuando cayeron en cuenta nuestras autoridades, sobre la importancia de estas costas y su posible proyección hacia el norte.

—¿Tan importante fue el despliegue de las misiones jesuitas?

—Enorme, fundamental y llevada a cabo en la época más difícil y comprometida. En el momento de su expulsión, habían fundado 17 misiones en la Baja California, a lo largo de su península, desde la de San José del Cabo hasta Santa María. Pero

debemos andar en verdad y reconocer que los franciscanos han continuado con gran ardor la labor emprendida por sus antagonistas, aunque con distinto color en el hábito —para corroborar la descripción palpó su camisola, que ostentaba un color blanco por primera vez en mucho tiempo—. Y también diferente concepción, que todo hay que decirlo. No intentaron limitarse a ocupar las misiones jesuitas en territorios ya evangelizados, sino que pretendían partir de cero y emprender una nueva labor por los inmensos, desconocidos y ricos territorios de la Alta California.

—Y debió ser entonces cuando se creó de forma oficial el Departamento Marítimo de San Blas —no creía errar en esta ocasión.

—En efecto. La decisión se toma en Matanchén por una junta que preside Gálvez en persona. El primer comandante del Departamento Marítimo fue don Manuel Rivero y Cordero. Este señor no era marino, aunque un buen conocedor del ramo y magnífico administrador, esa cualidad de cuya falta tanto adolecen nuestras autoridades, y perdone si le ofende mi comentario.

Perona, metido en faena de parla de la que tanto gustaba, creyó de pronto haber sobrepasado la raya admitida ante un superior desconocido, lo que le hizo recular y enrojecer. Pero hice un claro gesto con la mano para restar importancia, a la vez que lo animaba a seguir con amistoso tono de voz.

—Puede hablarme con absoluta confianza, o no entraría en los detalles que de verdad necesito.

—Se lo agradezco mucho, señor —pareció tragar una pesada bola—. A la mano directa del mencionado Rivero se deben los dos paquebotes que le he señalado. Pero si no es por don José de Gálvez y su extraordinaria inteligencia, no habríamos disfrutado nunca de un departamento marítimo efectivo, o habría durado unos pocos años nada más para caer en el olvido, como tantas otras estaciones.

—¿Por qué? ¿Tanto le costó convencer al virrey? Si un apostadero funciona y se encuentra en adecuado emplazamiento, es raro que se clausure.

—Según dicen los que lo conocieron, Gálvez no era un genio como hombre de armas pero sí como colonizador y, más todavía, de gran cabeza en el plano administrativo. Fue consciente desde el primer momento, y así lo expuso con claridad y por escrito, que la Corona no invertiría una sola moneda de plata en un departamento tan lejano, en apoyo de unas tierras a las que España, en principio, otorgaba escasa importancia. Por esa razón lo planificó de forma que no se cargara su gasto al erario público, sino que fuera autosuficiente.

—¿Un Departamento Marítimo autosuficiente? No le comprendo.

—Lo que le he dicho; autoabastecerse y autofinanciarse económicamente al ciento, o en gran parte. Era necesario habilitar los fondos para conseguirlo, desde luego, y para ello pensó en la colonización, un aspecto en el que triunfamos en su momento y hemos olvidado durante los últimos años de forma lamentable, olvidando la principal premisa de nuestros grandes hombres en Indias, de que no sirve para nada la conquista si no se acomete al tiempo la necesaria colonización.

—Estoy de acuerdo con tal estrategia.

—Gálvez consiguió que 116 familias, entre ellos 80 blancos de todos los oficios a los que llaman españoles, se instalaran en San Blas, recibiendo la propiedad del suelo, tierra y aperos necesarios, incluidos bueyes, para el cultivo. Como es natural, del producto de sus cosechas se obtendría lo necesario para el consumo de la población, departamento marítimo, así como de las nacientes misiones y las necesarias exploraciones marítimas y terrestres. Pero tampoco olvidó los bosques cercanos, ricos en buena madera y que debían surtir al arsenal para construir los buques. Y para colmo de bendiciones, organizó las salinas del Zapotillo, que hace depender de la Contaduría del Departamento, y los permisos para el buceo de perlas. De todo ello se separa la parte correspondiente a la Corona, como es de rigor.

—Una magnífica idea.

—Magnífica pero escasa porque, como podrá comprobar en sus carnes, los ingresos en su conjunto no son suficientes, las cajas del Apostadero están secas como poncho al aire y es necesario recurrir al préstamo, por la tardía llegada de caudales desde Méjico.

—Y arranca San Blas a todo trapo —más que pregunta era condición en la que deseaba creer.

—Con poca vela diría yo, porque los primeros intentos acabaron en desastre, hasta que se trasladaron las edificaciones a la parte más alta, en el cerro, donde nos encontramos a resguardo de inundaciones y epidemias, que no son pocas.

Pareció decaer en su ánimo explicativo, pero no era esa mi intención, que deseaba cerrar aquella primera impresión de mi nuevo destino.

—¿Cómo es San Blas? Me refiero al Apostadero, Departamento Marítimo, a su puerto, a la ciudad, a la vida que llevan los allí establecidos.

—Creo, señor, que no llega al nivel de paradisíaco puerto en los mares del Sur —volvió a sonreír de forma paternal—. Es dura la vida en territorio inhóspito de condiciones naturales. Pero el puerto se consiguió con las necesarias garantías. La dársena interior se formó en el estero que llamaban del Pozo, cerrando la salida con una pequeña escollera que denominamos la Puntilla. Con esta medida se consiguió un adecuado abrigo para la reparación de buques o descarga de mercancías, aunque con tendencia a cegarse por el movimiento de arenas. Sin embargo, las gradas de construcción se establecieron en la playa inmediata al estero, bordeando la dársena, donde también se erigen la fundición, los almacenes para los equipos de cada buque, pipería<sup>[63]</sup>, maderos de cámara, buena brea sacada de los pinares para calafatear las embarcaciones y fibras para las jarcias.

—¿Y disponen de buenos maestros y carpinteros?

—Esa cualidad ha oscilado según los periodos de tiempo, pero en general son hábiles en su facultad, algunos traídos de España de forma expresa. Pero la fundición es de relamido trabajo, que además de las anclas y cañones, se funden las campanas de las misiones, algunas de incomparable belleza.

—¿Y se encuentra bien defendido?

—La defensa se limita al castillo, situado en la cima del cerro, en la boca de la dársena, desde donde se domina la playa de San Blas y la norteña del Rey, así como la mar en toda su extensión. Sin embargo, a pesar de su buena artillería y excelente defensa contra el enemigo que ataque desde la mar, se encuentra casi indefenso a los ataques por tierra. Está previsto construir un fortín sobre las rocas de El Borrego, pero falta el necesario presupuesto.

—¿Y cómo es San Blas en la actualidad? Quiero decir el Departamento Marítimo que me voy a encontrar.

—¿Quiere que vaya al momento actual o le sigo haciendo Historia, para que comprenda el porqué de las cosas?

Parecía decepcionado con mi impaciencia, por lo que decidí calmar la inquietud y dejarle narrar en llano. Después de todo, no era mala idea conocer lo acaecido en el transcurso de los años.

—Ya le digo que quiero saberlo todo, desde su fundación hasta el día de hoy.

—Muy bien. Veo que llega con el necesario ímpetu y la debida ilusión, única forma que le permitirá durar en la empresa —volvió a ofrecerme una sonrisa de complicidad—. Para continuar, le diré que la villa de San Blas se construyó definitivamente en el Cerro de San Basilio en la segunda mitad de 1770, de acuerdo a los condicionantes mencionados. Y bien planificado en su estructura general, con la Contaduría, oficinas portuarias, la iglesia cerro abajo con su camposanto, cuartel y hospital. Este último establecimiento es indispensable para atender un gran número de enfermos del país y los producidos en las expediciones navales, especialmente víctimas del escorbuto.

—¿Y los ciudadanos?

—Las casas particulares se reparten por el resto del cerro. Pero en tiempos de lluvias, cuando se hace más insano el ambiente, algunas familias se trasladan a la cercana villa de Tepic, especialmente los que disponen de suficiente caudal.

—¿Quién se encuentra al frente del Departamento Marítimo? ¿De quién depende?

—No piense en la organización departamental de España. El Gobierno del Departamento depende...

No llegó a rematar la frase, porque un balance muy pronunciado sacudió el casco del paquebote, con llanto de maderas y enramadas. Conocedor de su buque y la mar, exclamó con fuerza, a la vez que se levantaba con rapidez y salía hacia cubierta.

—¡Maldita sea la ballena de Jonás y sus crías! Hemos debido pillar un tortolero en racimo. Esperemos que la guardia haya cargado el trapo alto.

En efecto, se había tomado un chubasco redondo de los que no avisan, cargando el viento en turbonada en pocos segundos, aunque suele cobardear con rapidez. Presenta el peligro que si la guardia no lo advierte a tiempo y reacciona en conveniencia, puede dejar el buque desplumado en las alturas. Por fortuna, el pilotín, que andaba como oficial de guardia, había distinguido las nubes y ordenado arriar de

gavias arriba. Aunque no parecía levantar más de dieciocho años, era curtido el joven y bragado en la mar a conciencia. Así lo agradeció el comandante, ofreciéndole una cariñosa palmada en la espalda.

—Bien hecho, Manolín. Eres un marino con más huevos que el general Barceló.

Me hizo gracia escuchar aquella frase a tantas millas de distancia del marino mallorquín, lo que indicaba que su fama se alargaba por el globo. Nada dije, aunque comprendí la satisfacción del joven.

—No hago más que seguir siempre sus consejos, don Alfonso.

—Y haces bien. Ya ve usted lo que hace la necesidad, señor —Perona se dirigía a mí con alegría—. La guardia que debería cumplir un alférez de navío, la lleva a cabo este chaval, nacido en San Blas, y a quien enseñé las primeras letras de la mar. Y juro por Santa Ana que duermo a pierna suelta cuando se encuentra en la timonera.

Nos mantuvimos por algún tiempo en la toldilla, en amena y distendida charla a la que se incorporó el piloto segundo, Melchor Arcadámez. Perona ordenó retocar el aparejo en condiciones, una vez atravesada la situación. Aproveché la ocasión para observar la carta con Perona, al tiempo que tomaba el punto de estima<sup>[64]</sup>, que todavía andábamos mar adentro y perdidos de la costa. Me fue explicando los puntos más notables al sur del cabo Corrientes, donde comienza a abrirse la ensenada de San Blas. Pero al observar nuestra posición en la mar, comprendí que todavía nos quedaba un largo trecho, muy largo, para arribar a ese apostadero que tantos pensamientos había generado en mi cabeza en las últimas semanas.

Por desgracia, la turbonada había cortado la conferencia del piloto que me resultaba tan interesante y de necesario conocimiento. Pero no me preocupaba mucho tal cuestión, que aún nos quedaba tiempo por la proa como para contarme la historia de España y del mundo.



## *Charlas instructivas*

Aunque variables en intensidad, los vientos se mantenían en dirección del primer cuadrante, con algunos soplos de lo que en España conocemos por Tramontana y que en poco beneficiaban para acortar distancia a nuestro puerto de arribo. Comprendí entonces con absoluta claridad, la estúpida incoherencia llevada a cabo al escoger el camino para alcanzar el puerto de San Blas desde la Cartagena americana. Y no solo me refiero a la pérdida de tiempo y esfuerzo que tal ruta conlleva, inadecuada al completo, sino a considerar que debía al transporte de los franciscanos la inesperada llegada del paquebote San Antonio a Panamá. Llegué a pensar con verdadero terror, cómo habría podido abrirse mi futuro, esperando la llegada de lo imposible y bajo la bota del siniestro gobernador. Incluso un flete privado habría sido una quimera, porque pocos buques solían alcanzar desde Panamá puertos situados tan al norte.

Pude comprobar con el tiempo que esa escasa sincronización entre diferentes administraciones de nuestras Indias, se producía con más asiduidad de la deseable. Llegué al convencimiento que el envío del milagroso buque había sido especial favor de Nuestra Señora de Valdelagua, que nunca me abandonara desde los primeros días en la Armada.

También comprendí pronto los problemas de abastecimiento y víveres que se sufrían en aquellos buques. Me había extrañado en principio la posibilidad del escorbuto en las dotaciones, que tanto mencionaba el comandante, porque la consideraba difícil en unidades con suficiente arqueo y cortas expediciones. Sin embargo, una vez repasada con detalle la costa desde San Blas a las Altas Californias, y teniendo en cuenta que aquellas unidades llegaban a alcanzar el paralelo de los sesenta grados, sin bases alternativas de aprovisionamiento, navegando por tierras inhóspitas y hielos cercanos, era comprensible tal temor y la real posibilidad.

Entramos en la segunda semana de la travesía, en la que ya se debió producir una disminución en la ración de agua para la dotación, según el comandante en previsión de males mayores. Y deben tener bien presente que, en contra de la dotación prevista en unos 112 hombres, el San Antonio la mantenía reducida a 86 solamente. Pero se debía el problema a la escasa capacidad de almacenaje, así como la baja calidad en la fabricación de toneles y cuarterolas<sup>[65]</sup>, con la merma subsiguiente, un aspecto que en los buques oceánicos presenta una tremenda importancia. Sin embargo y gracias al apoyo prestado por don Juan Melgarejo, los víveres, en especial los de salud, alcanzaban en previsión, si no sufríamos circunstancias muy adversas.

En cuanto a mi estado de ánimo, sería difícil definirlo con el debido detalle, porque andaba revuelto y en permanente cambio según volaban las nubes del día. El

defecto mayor de moverme en pasaje y como invitado a noble mansión, era el tiempo excesivo que restaba para los propios pensamientos, lo que no siempre es beneficioso para el cuerpo y el alma. Comencé incluso a dudar que la tan deseada experiencia en Ultramar se desarrollara de acuerdo a mis propias expectativas y que los sueños cayeran a nivel de batiporte si, después de todo, me dirigía a una estación donde el sufrimiento y las enfermedades se adueñaban del entorno. Sin embargo, esas lejanas expediciones de descubrimientos que escuchaba en abiertos comentarios, también abanicaban los sueños con fachada de aventura, a la que tan propenso era. En fin, un ir y venir en ganancias y pérdidas cerebrales, sin atacar en firme la posible duración de aquel destino, porque eran momentos en los que las sombras familiares y los rostros tristes se alargaban en demasía.

Al mismo tiempo, formulaba una y otra vez la misma pregunta que no podía apartar de mi cabeza. ¿A qué extraña circunstancia se debía la falta tan absoluta de oficiales de guerra en San Blas? ¿No consideraba la Armada importante las misiones que desde allí se desarrollaban? No cuadraban en mi cerebro las palabras de Perona con el estado que, en su opinión, presentaba el departamento. Me consolaba al pensar que podría comprobarlo en persona, si llegábamos alguna vez a destino.

El comandante anduvo muy ajetreado en los días siguientes a nuestra larga conversación, porque el piloto segundo entró en enfermedad de vientre y debió asumir parte de su trabajo hasta la curación que, por fortuna, se produjo con rapidez. Pude comprobar con mis ojos las habilidades del sangrador en misión curadora, hasta llegar a la conclusión que más valía evitar sus manos. De tal forma, no era fácil ganarle el viento a Perona para continuar con mi adiestramiento, porque siempre se escurría con legales excusas de ocupación. Al fin, decidí utilizar una artimaña más propia de Pecas, ofreciéndole un almuerzo preparado por Setum, al que incorporé unas frascas de excelente vino, por mucho que mi fiel servidor advirtiera de la escasez del producto. Y tras el almuerzo, largué el anzuelo.

—Debe continuar con sus narraciones, Perona, que necesito llegar a San Blas con más conocimientos —utilizaba un tono de voz amistoso, aunque ya manteníamos cierta confianza.

—Y este inesperado yantar así lo merece —me miró con picardía y comprensión—. Le aseguro que llevo muchos años sin probar un caldo tan espléndido. Ya comprobará que los vinos que disfrutamos en San Blas, de tarde en tarde, llegan mareados y débiles como niño recién nacido. Esto es otra cosa, bien lo sabe mi lengua. En fin, volviendo a su requerimiento de noticias, creo que nos quedamos cuando me preguntaba sobre la organización del Departamento Marítimo.

—Así es.

—Esa es parte sencilla. El departamento se encuentra bajo la dependencia directa del virrey de Nueva España, en su posición como capitán general, que no debe olvidar la condición asignada a San Blas como plaza fuerte y base naval de la Armada. Pero ya dentro del propio departamento, la máxima autoridad es el

comandante del Apostadero. Bajo su bota se encuentra un negociado técnico compuesto por una junta de comandantes y pilotos de los buques, en la que se discuten los detalles de las expediciones, construcción de buques, cartografía y demás tareas de rigor. Y le cuento lo escrito en papeles, que luego todo se rebaja en determinadas épocas con escasez de material y personal, como el caso actual.

—¿Y dispone de suficiente guarnición?

—La guarnición terrestre está formada por la Compañía Fija de San Blas, integrada por unos 200 hombres, que cuidan también de la seguridad en Tepic. Los artilleros de tierra componen la guarnición del fuerte con un total de 60 efectivos.

—¿Y la Real Maestranza? —apuraba los descansos, que poco fiaba en la continuidad.

—Oscila mucho, aunque en los mejores periodos llegamos a los 250 artesanos civiles.

Notaba cierta sequedad en sus respuestas, por lo que le propuse rematar el almuerzo con un poco de aguardiente, a lo que respondió con una afirmación categórica que abrió su cara de felicidad. Volvió al tema sin necesidad de picar pregunta por mi parte.

—La flota asignada también ha oscilado a lo largo de los años, pero podríamos establecerla, cuando San Blas toma suficiente cuerpo, en dos fragatas, tres paquebotes, tres goletas y algunas embarcaciones menores para apoyo y uso interior. En cuanto a personal de la Armada, también en teoría debería componerse por un adecuado número de oficiales de guerra, oficiales mayores y de mar, con la correspondiente marinería. Pura teoría, aunque me afecte la especial situación negativa que atravesamos, porque hubo tiempos mejores. Respecto a lo que podríamos denominar como sector civil o funcionario, no suele faltar en momento alguno. Disponemos de un comisario y dos ministros de la Real Hacienda que acometen los pagos, recaudación de aduanas, permisos para las pesquerías de perlas, las salinas de Zapotillo y la eterna recaudación del quinto en especie.

Se hizo el silencio sin ánimos de enmendar, al punto de verme obligado a preguntar, con cierto tono de desilusión en mi voz.

—¿Eso es todo?

—En cuanto a la organización del Departamento Marítimo de San Blas, poco queda por narrar. Pero si quiere, como me encuentro establecido en él desde los primeros años, puedo hacerle un resumen de las expediciones y descubrimientos que se llevaron a cabo, algunos de enorme y trascendental importancia, dignos de aparecer entre los más renombrados, aunque en la Corte parezcan no comprenderlo.

—Pues nuestro Señor don Carlos ha fomentado las expediciones científicas y militares en todo momento —intenté entrar por lo llano en la confrontación que anima la discusión.

—Pero solo se aplauden con folletos y agasajos las que llevan nombre y apellidos, porque otras de pareja o mayor importancia quedan casi en el anonimato.

Le contaré lo que se ha hecho desde San Blas con escasísimo apoyo y gran esfuerzo personal en estos treinta años, pero no tema que me ceñiré a lo más importante.

—No se preocupe por mí, que soy todo oídos. No quiero apartarle de sus obligaciones, pero ya sabe que dispongo de tiempo sobrado. Ventajas de andar en transporte.

—Creo que nunca disfruté de tal condición. Pero parece que hoy anda la morena en descanso y dispongo de tiempo en reserva. Además, este aguardiente abre las chumaceras al quite —volvió a sonreír en complicidad—. Pero ya de entrada le adelanto, y es una opinión personal basada en la experiencia de muchos años, que además de la función colonizadora, poco se habría movido por estas latitudes si no hubiese aparecido un oro nuevo en los últimos tiempos.

—¿Oro? ¿Hay oro en estas costas?

—No me refiero al polvo amarillo, que hace perder la cabeza a tantos desesperados de anudar fortuna rápida. En ese caso sí que habría invertido la Corona con fuerza de martillo en personal y colonización. Me refiero a otro oro bien distinto, a las pieles de nutria.

—¿Piel de nutria? He visto algunas en España y son muy apreciadas.

—Y tanto, porque se pagan al precio de lingotes de oro. Como le decía, salvo los jesuitas en los primeros tiempos, por misión evangelizadora que prosiguen sin freno los franciscanos, y don José Gálvez con su inteligente pacificación y colonización, estos territorios de la Baja y Alta California no habrían despertado interés alguno en la Corte, si no apareciesen en los cielos los rastros de aves de rapiña extranjeras, al olor del buen panal.

—¿Se refiere a los britanos?

—Me refiero a rusos, ingleses, portugueses, franceses y animales de todo pelaje. Pero no debo adelantarme a los acontecimientos y seguir un orden cronológico. Aunque como le dije, los planes de Gálvez eran conducir por vía marítima desde San Blas a las tropas que debían castigar a los indios rebeldes de Sonora, y a la vez transportar a los franciscanos que relevan a los jesuitas en las misiones de la Baja California, Sonora y Sinaloa, es decir, una simple operación de apoyo naval, el programa se convierte, de pronto, en un asunto mucho más serio porque entra en danza la Corte.

—¿La Corte? —no comprendía sus giros ni a dónde quería llegar.

—En enero de 1768, el gobierno de Su Majestad comienza a alarmarse por las noticias recibidas sobre la presencia rusa en aguas y establecimientos de Alaska, que a ellos les pilla muy a mano.

—¿Alaska? —detestaba pecar de ignorancia absoluta, pero no había oído jamás aquella palabra.

—Son los territorios que cierran al norte las Californias Altas y que pudo observar en mi carta. Hay quien llama a esa tierra Aliaska, Alakchak y algún nombre más, según los indígenas de turno. Según creo, significa en su lengua Tierra Grande.

—Ya comprendo —mentía a las claras, que solo en oscura nebulosa captaba su explicación.

—Es cierto que los rusos fueron los primeros en llegar, bajando desde el norte. Pero como esta costa debe ser hispana por descubrimiento y razón, las noticias a las que aludía llegaron a nuestro gobierno en alarma. En rápida reacción, Grimaldi<sup>[66]</sup> ordena directamente al virrey de Nueva España y a Gálvez la exploración y colonización del puerto de Monterrey, por mar y tierra. Recibida la orden por el mes de mayo, Gálvez decide utilizar la vía marítima, con los paquebotes San Carlos y San Antonio.

—O sea, prosperar al norte para parar los pies a los rusos.

—En efecto. Pero no se trata solamente de frenar sus intentos de establecerse en California, sino a la vez encontrar una base segura y bien defendida para el galeón de Manila<sup>[67]</sup>, así como colonizar los territorios de la península de California. Gálvez intuye que la mejor solución es llevar a cabo este establecimiento en formas paralela, misionera y militar, sostenida por mar desde San Blas, y proceder a la necesaria colonización, muy escasa en ese periodo. Como las unidades navales son escasas, se fuerza la construcción naval en el nuevo apostadero, al tiempo que se habilitan los buques requisados a los jesuitas, balandras Sonora y Sinaloa, así como las goletas de carga Concepción y Lauretana.

—¿Y quién patronea dichas embarcaciones?

—Comienza a llegar personal en destino permanente, siendo uno de los primeros el teniente de navío Vicente Vila, acompañado de diversos pilotos, unos oficiales mayores estos últimos que tanto han enriquecido, con denodado esfuerzo, la misión emprendida para el bien de España, aunque peque de inmodestia al afirmar tal condición. Pero la expedición naval se considera insuficiente a todas luces con rapidez, lo que fuerza a que se acometa una paralela por tierra, con la colaboración solicitada a las misiones franciscanas que, es cierto, cooperan de forma decidida. Una vez en marcha las dos operaciones, se ponen de manifiesto las grandes dificultades que presentan. El principal obstáculo por mar es la permanencia en la costa californiana, como puede comprobar, de vientos de componente norte, que alargan las travesías en forma peligrosa. Y por tierra, la penosa y terrible marcha, sin caminos trazados. De todas formas y con un colosal esfuerzo, las dos partes alcanzan San Diego y se intenta proseguir hasta Monterrey, objetivo final, aunque sea rápido decirlo y extraordinario el acometerlo, que son muchos los enfermos en ambos frentes.

—Escorbuto a bordo.

—Mucho. El San Carlos arriba a San Diego con la dotación afectada casi al ciento. Pero más todavía sufrió este San Antonio, que arriba después de 110 días de mar con solo cuatro marineros en pie. Pero no se detiene la operación y se continúa por barbas y bigotes hasta alcanzar el descubrimiento de Monterrey, en el mes de noviembre. Con esto quiero explicarle el sistema que se siguió por iniciativa de

Gálvez, casi perfecto, de aunar los tres elementos fundamentales, religioso, militar y civil, aunque con gravísimas carencias en los dos últimos.

—Una gigantesca hazaña, sí señor —era sincero en mi comentario.

—Y aunque sea poco conocido, con un escaso número de esforzados hombres de mar, entre los que me incorporo con escasa modestia —se abrió en risas—. Y desconocido por casi todos los españoles esa continua y esforzada labor de la Armada, en su apoyo por mar para llevar provisiones y personal de refresco, la que hace posible extender nuestros dominios hacia el norte, un factor que la Historia deberá reconocernos.

—No siempre se alcanza ese reconocimiento. Hemos de aceptar, aunque nos pese, que no atraviesa la Armada su momento de mayor halago callejero en estos días, con canciones populares que disparan a bocajarro y sin conocimiento de nuestra labor.

—Bueno, señor, en ese aspecto tenemos bastante culpa, porque el pueblo llano solo entiende de grandes combates navales en los que salimos trasquilados casi siempre, y bien poco de estas penosas y heroicas acciones en Ultramar que engrandecen España, al tiempo que hacen posible los arribos con caudales de Indias para mantener la Real Hacienda y la vida engolfada de tantos.

Comprendí que Perona, además de persona esforzada y culta, disponía de un extraordinario cerebro para analizar causas y cuitas. Conforme pasaba el tiempo, gozaba más con sus ilustrativas narraciones. Pero no debía bajar la antorcha.

—Y se va colonizando lo que comienza a llamarse como Alta California.

—En efecto, utilizando el sistema de misiones, presidios y poblados de colonos españoles. Y, por supuesto, todo el sistema con apoyo naval permanente, dentro de las posibilidades. Especialmente, este apoyo naval es de extrema importancia en los primeros años de San Diego y Monterrey, sin cuyo concurso habrían perecido los allí establecidos. Aquí batieron el cobre, además de este querido paquebote, el San Carlos y el San José, y es la pérdida de este último lo que hace más difícil la operación, que engrasa a modo la tarea de sus compañeros. Debo aquí mencionar la extraordinaria e incansable labor de los pilotos Juan José Pérez Hernández, Miguel del Pino, José de Cañizares y alguno más. Pero también se debe reconocer la arriesgada labor de los franciscanos, con el belicoso e impaciente fray Junípero Serra al frente, que se mueve como lagarto por tierra.

—¿Fundaron muchas misiones?

—Un constante movimiento en dirección norte. San Diego y Pala en el 69, Carmelo<sup>[68]</sup> en el 70, San Antonio y San Gabriel en el 71, San Luis en el 72, San Juan en el 75 y San Francisco el año pasado. Y todas cumplen su rigurosa parte de evangelización, cristianizando indios, además de estratégica y colonizadora. Ya se puede imaginar la situación de los buques de la Armada en uso permanente, con mucha enfermedad a bordo, poco descanso de dotaciones y menor carena. San Blas cumplió bien en aquellos primeros años, a pesar de la penuria en personal y material. Además, con las misiones se fundan los necesarios presidios<sup>[69]</sup>, de forma que queden

situados ambos en forma escalonada, a una jornada de caballo entre sí.

Otro ligero silencio que era necesario acortar por mi parte, al observar que el piloto estiraba las piernas en agotamiento mental.

—Pero de todo lo que me ha explicado, nada tiene relación con la empresa de detener a los rusos en su avance de norte a sur.

—Todo a lo justo y por su orden, señor, que no se apareja el trinquete a su verga como paso del ecuador. Bueno, y dejé de narrarle una expedición científica que también llegó a estas aguas en 1769, para observar el paso de Venus por el disco solar. Inglaterra llevó a cabo la suya con Cook, ese farsante del que ya hablaremos, a Tahití. Mientras tanto, se pone en marcha otra hispano-francesa. Mucho habría que narrar sobre esta expedición que se llevó a cabo en el buque Aventurero, fletado para la ocasión, con los tenientes de navío españoles Vicente Doz y Salvador Medina. Aunque los adoctrinara el gran sabio don Jorge Juan, la falta de aparatos especiales de observación astronómica y medición, así como nuestra particular desidia, nos hizo caer en manos francesas y sufrir su típica arrogancia.

—Razón tiene, que la he sufrido en mis carnes durante el sitio de Gibraltar. Mucho he renegado y reniego de nuestros aliados del norte, que avían a su costado solamente.

—Tiene toda la razón y concuerdo al lleno. Pero aparte los problemas que se les presentaron en estas costas californianas, aquella expedición científica, como suele suceder, arrimó el hombro para impulsar nuestras acciones colonizadoras. Y de esta forma, llegamos a la primera expedición real para detener a los rusos al norte, que se lleva a cabo desde 1773 al 75.

—Pues adelante, Perona, que mucho me interesa ese tema.

—No es necesario aligerar sin demanda, señor. Nos quedan algunos almuerzos con agradables sobremesas, en los que continuaré exponiendo mis escasos conocimientos. Pero ahora deberá perdonarme, porque debo echar un vistazo a la situación de vela y mar. Son demasiados los que andan con males de vientre en la dotación.

Al observar su abierta sonrisa, llegué a la conclusión para mis adentros que el piloto Perona, además de gran hombre de mar, era ladino y astuto en grado sumo, al tiempo que buscaba el permanente auxilio de mis generosos caldos y rica cecina para fomentar su charla. Pero lo acepté de buen grado porque la cátedra así lo merecía.

Es difícil explicar por escrito lo que aquellas charlas fomentaban en mi espíritu. Por una parte, abandonaba de plano la visión idílica de la aventura acometida pero, al tiempo, se abrían en mi pecho otras sensaciones que disparaban en la dirección de importante y trascendental empresa, lo que me enorgullecía en alto grado. No deben olvidar que cuando se navega entre brumas y sin puerto conocido de recalada, también vibran cuerdas en nuestro espíritu con especial placer.



La travesía se alargaba sin límite, mientras la impaciencia comenzaba a engendrar orugas en mi estómago, que no parecía correr el punto en la carta de día en día. Aunque intentara bracear el tiempo con alguna ocupación, nada fácil en buque ajeno y de mando inferior sin entrar en suspicacias poco convenientes, echaba de menos la necesidad de guardias y adiestramientos, por raro que pueda parecer. De tal forma, padecía la sensación de cruzar el mar del Norte en ida y vuelta, como si la mar abriera sus fauces a doble distancia. Al mismo tiempo, se batía en mi pecho la inquietud por la pronta llegada, como si en la estación de San Blas esperara un ángel de alas plateadas, una visión poco real, de acuerdo a las conversaciones mantenidas con Perona.

La tercera semana comenzó con vientos escasos y roladizos, lo que forzaba a continuos cambios de rumbo y maniobra, con pobres resultados a la vista. Pero también aparecieron por el norte nubes arracimabas que jugaban a capricho, sin que su aspecto y color complaciera a ningún piloto, expertos todos en la mar por aquellas latitudes. Y razón tenían, porque tras dos días de calmazo, aumentó el viento en fuerza a fresco y hasta cascarrón, aunque el comandante mantuviera el tipo y el aparejo largado al límite, con llantos abiertos en la estructura del animal. Pero gracias a ese inesperado coletazo, pude observar como la estela largaba burbujas a popa y progresábamos con ritmo. Por desgracia, que no todo sopla a gusto, los víveres comenzaron a llamar a reclamo, con la necesaria reducción. Pero era la del San Antonio dotación acostumbrada a penalidades, porque no escuché porfía o lamento alguno, de los que tantos suelen salpicar la cubierta a través de los enjaretados.

Y fue en esa semana cuando pudimos observar la primera vela en el horizonte, navegando de nuestra misma vuelta<sup>[70]</sup> aunque un poco más abiertos hacia el norte. Y les aseguro que me pareció pura y positiva aparición, como si de esta forma se diera carta de naturaleza y realidad a nuestra solitaria travesía. El comandante enmendó para intentar una posible inspección, pero también lo que parecía una balandra cayó dos cuartas a babor, con lo que desistimos del intento. Perona bufaba de indignación.

—Si dispusiera de buque en condiciones, con suficientes víveres y aguada, haría por él aunque esa balandra nos corte las alas. Seguro que es inglés camuflado.

El viento se mantuvo en fuerza durante cinco días, rindiendo más de una cuarta desde el norte a nuestro favor, lo que nos hizo enmendar de nuevo a gusto de pajes. Y para general sorpresa, a la mañana siguiente volvimos a avistar la balandra, a una distancia de cuatro millas al norte, con lo que pudimos comprobar su pabellón portugués.

—Pabellón portugués —dije con firmeza, mientras cerraba el antejo.

—Será inglés camuflado en compañía portuguesa de Macao, que llevan ese baile desde hace algunos años esos forajidos. Me gustaría seguir sus aguas para averiguar el destino.

La balandra mercante había disminuido el trapo, con lo que permitió acortar distancias poco a poco. La bandera correspondiente al reino de Portugal flameaba con orgullo al viento en el pico de su cangreja, un pabellón que me pareció de tamaño exagerado para una unidad en aquel cometido. No sabría explicar el porqué, pero me extrañó desde ese momento su maniobra y compostura general, como si el duende pinchara en carne viva. Además de esas personales sensaciones, a tener en cuenta siempre en la mar, comprobé que nada se acoplaba a la normal navegación en aquel buque, dando una primera impresión de sufrir problemas en el aparejo, una deficiencia que no se apreciaba de proa a popa. Según parecía, intentaba dejarse adelantar por su costado de estribor y a corta distancia, una cualidad poco deseada cuando las dudas se amadrinan al cuerpo.

Perona mascullaba imprecaciones contra los ingleses camuflados en pabellones ajenos, mientras por mi parte mantenía el antejo bien pegado, que la carne continuaba en desconfianza. Ya digo que se trataba de una simple impresión inicial, pero poco o nada cuadraba a bordo con la figura de una balandra comercial. Era muy escaso el personal en cubierta y demasiadas las portas abiertas, al tiempo que consideraba excesivo el número de piezas, porque no suelen montar tantos cañones los buques dedicados al libre comercio.

Nos encontrábamos a una milla escasa, cuando pude observar cómo dos miembros de la dotación corrían hacia popa, para conversar con un hombre alto que se mantenía en la timonera, posiblemente el capitán. Era demasiado moreno el que parecía actuar al mando, lo que aumentó la moscarda en la oreja. Yo mismo me extrañé de pronunciar aquellas palabras.

—Perona, si me encontrara en su caso, llamaría al personal a la situación de prevención para el combate, y cubriría las piezas de babor con la mayor rapidez.

—¿Zafarrancho? ¿Cree que nos atacará esa balandra? No presenta tal aspecto.

—No me gusta nada lo que veo. Puede intentar una pasada de vuelta encontrada y en caliente, para barrernos la cubierta a corta distancia y desparejarnos. ¿Dispone de palanqueta<sup>[71]</sup>?

—Sí, señor. Pero toda es de la que llaman a la española.

—Es igual. Prepare las piezas de babor, cargadas para disparar palanqueta, sin llamar demasiado la atención, con una segunda andanada lista para cargar a la brava. Y que apunten a la arboladura de los palos. Bueno, si lo estima conveniente, que no ejerzo mando alguno en este buque.

—De combates sabe usted más que yo en mil leguas, señor.

Perona siguió mis consejos sin dudarle un momento. Poco después recibimos en la toldilla la novedad de que los cañones de babor se encontraban listos para prender

la mecha, cargados con palanqueta. Por mi parte, mantenía el largomira enfocado sin descanso. Por fin, pude observar extraños movimientos a través de dos de sus portas, más propios de cubierta baja en preparación de combate, porque ya la distancia era inferior a las mil yardas. Volví a pensar, ahora con absoluta seguridad, que intentaría un barrido a corta distancia.

—Toque a zafarrancho sin mayores precauciones, Perona. Esa balandra caerá a estribor con toda su caña para intentar segarnos el trigo.

Y mientras se daba la orden de zafarrancho de combate, para maniobra y protección una vez preparada la artillería, la balandra comenzó a caer tal y como había previsto. Y en pocos segundos, aparecieron en cubierta un elevado número de hombres, con armas cortas en sus manos y unas trazas personales que poco dejaban a la imaginación. Antes de que finalizara su maniobra, ordené orzar a estribor. Vistas las condiciones, consideré necesario tomar la dirección de las operaciones sin más paliativos. Y cuando nuestra proa se encontraba tanto avante con su coronamiento, di la orden de fuego.

Tronaron nuestras ocho piezas de babor, al tiempo que cambiaba la caída a la banda contraria, para presentar el mínimo blanco. La balandra debió quedar confusa al recibir la primera andanada, porque tardó demasiado tiempo en responder. Mientras observaba, alborozado, cómo se desmoronaba su palo mayor en sonoro estrépito, abrían fuego sobre nuestro paquebote. Pero no era momento de perder la iniciativa, por lo que endosamos una segunda andanada a ritmo aceptable, que las dos primeras deben ser casi simultáneas.

Con la rápida maniobra conseguimos presentar nuestra amura de babor al enemigo, que fue la que recibió el mayor número de impactos. Por su parte, la balandra, con el nombre de Pretty grabado en su espejo, intentaba desenmarañar la confusa mezcla de velas y guarniciones, herida en grande de galleta a cubierta. La dotación era muy numerosa y comenzaron con los disparos de fusilería, por lo que ordené cubrirse al personal contra los palletes. Pero ya coronábamos su proa navegando casi de empopada, para separarnos con rapidez.

—¡Hemos derribado su palo mayor! —Perona saltaba, alborozado como un niño—. Nunca creí que con esta dotación hiciéramos un blanco tan perfecto.

—Bueno, Perona, sin restar mérito alguno a nuestros hombres, debemos reconocer que la distancia era bien corta, porque entramos en fuego a tocapenoles<sup>[72]</sup>.

—Debo reconocerle que es la primera vez que entro en combate por estas aguas.

—Pongamos rumbo de escape, mientras intentan restañar sus heridas. Compruebe los daños sufridos a proa.

—¿No piensa rematarla y apresarla? Sería hermoso regresar a San Blas con presa de corsarios.

—Son muchos los hombres que incorpora a disposición, y a corta distancia llevaríamos las de perder. Nos hemos librado por especial encomienda de los ángeles y más vale sobrevivir.

Mientras la Pretty se desembarazaba del destrozo en cubierta, nos alejamos con extrema rapidez. Por fortuna, debido posiblemente a la sorpresa, los impactos recibidos en el San Antonio eran de menor consideración y tan solo el moco del bauprés había quedado desmochado, aunque no peligrara el aparejo de proa. En cuanto al personal, dos hombres habían perdido la vida de forma casi instantánea, por bala y astillazo, mientras otros seis presentaban heridas de distinta consideración. Me sentí orgulloso como pocas veces en mi vida, al comprobar que había dado una lección a pilotos expertos en la mar, aunque demasiado confiados para la guerra. Perona regresó a la toldilla con la tristeza en su cara.

—Uno de los muertos es hijo de un piloto amigo. La suerte es de algunos solamente. Una bala le segó la pierna por arriba del muslo. Pero en general hemos salido casi indemnes. Nunca podré agradecer en suficiente medida su especial olfato, señor. Creo que no habría sospechado de ese buque en ningún momento.

—Ha sido un golpe de suerte. No sabría explicarle la llama que levantó mis sospechas. ¿Es frecuente el ataque de corsarios en estas aguas?

—¿Frecuente? Si le digo que en veinte años es la primera ocasión, puede ser muestra suficiente. Además, parecían piratas moros, como los que, según cuentan, atacan a nuestras unidades en Joló.

—Muy por largo quedan esas islas. Nunca sabremos con certeza su puerto de origen, aunque el nombre, Pretty, indique procedencia británica.

—Por mucho que odie a los britanos, debo reconocer que no eran de esas islas. Lástima de no haberlos rematado a muerte.

—No disponemos de artillería ni personal para intentarlo. Hemos salvado el paquebote con ayuda de los cielos. Pensemos ahora en seguir nuestro destino.

—¿Cree que lo intentará de nuevo?

—Difícil le sería en las condiciones que lo dejamos. También fue suerte dismantelarlos del palo mayor en la primera rifada. Tardarán bastante tiempo en aparejar de fortuna y ya les habrá volado el pájaro. Pero deberemos comunicar esta acción con rapidez a nuestras autoridades, para aviso de las demás unidades.

—Según creo, usted será la mayor autoridad en San Blas, señor —contestó el pilotín con una sonrisa.

—En ese caso, me doy por enterado.

En las horas siguientes fui felicitado por todos, lo que aumentó la consideración que me dispensaban. Y no es mala condición entrar en nueva estructura con tal fama gloriosa, que el subordinado obedece mejor a quien tiene en alta estima. Había atravesado una aventura más con suerte en los palos, señal de que mi buena estrella se mantenía con brillo. Y aumentaba la experiencia, materia fundamental para sobrevivir en la mar.

Pero yo continuaba a lo mío, y con el ánimo más calado en luces, conseguí otra amena charla con aquella enciclopedia viva de California que se llamaba Perona.

Como pueden imaginar, a costa de carne y caldos que propiciaran su animada parla, aunque desde el combate mantenido se abría en cortesía permanente. De esta forma, le entré al trapo sin consulta previa.

—Según comentó en la última oportunidad, de 1773 a 1775 se llevó a cabo la primera expedición, para investigar la posible presencia de estaciones rusas en la Alta California.

—En efecto. Pero antes de entrar en ella con detalle, debo equiparar en adecuado balance la información. Dejé claro los cuatro ejes de ataque que componían nuestra expansión hacia el norte: misiones, presidios, colonización, y todo ello con el imprescindible apoyo naval. Pero falta uno que se hizo necesario con posterioridad, abiertas las primeras espitas de vida, y ese es el de establecer caminos por tierra, utilizables la mayor parte del año. Para que la colonización alcanzara los niveles necesarios, era necesario aportar ganado, aperos, y otros elementos que no podíamos embarcar en aquellos años. Se necesitaba otra vía abierta por tierra, que adquirió popularmente el nombre de ruta terrestre desde Sonora a California.

—Es lógico y acertado. La mar abre el camino que acaba por extenderse en tierra, si no se trata de islas.

—También en esos años, y me refiero de 1770 al 74, más o menos, tiene lugar el ataque verbal por parte de fray Junípero Serra al virrey, hasta convencerlo de la necesidad de que la estación de San Blas, casi desmantelada, recobre y aumente sus posibilidades. También se llega al acuerdo de completar la división espiritual.

—¿División espiritual? ¿A qué se refiere?

—Los franciscanos, con el belicoso fray Junípero a la cabeza, no querían más que adelantar ruta hacia el norte y robustecer su labor evangelizadora; cristianizar al mayor número de indios posible. De esta forma, se cedieron a los dominicos casi todas las misiones de la Baja California, lo que liberaba mucho personal franciscano para las misiones del norte. Todo este movimiento, como es de suponer, va cambiando el mapa californiano con nuevas capitales y cambios en dependencias orgánicas.

—Y se prepara la expedición —quería llegar al tema puramente naval cuanto antes.

—De 1771 al 72, nuestras acciones navales se ciñen al necesario apoyo a San Diego y Monterrey, para quedar en blanco en 1773, porque no disponemos de ninguna unidad operativa. Ya le decía que San Blas queda casi desmantelado. Por fortuna, entra en escena un nuevo virrey para Nueva España, don Antonio María de Bucareli y Ursúa, personaje activo, emprendedor y decisivo, como podrá comprobar. Ya de entrada, en mayo de 1773 escribe al Secretario de Marina e Indias, Julián de Arriaga, protestando por las condiciones de San Blas y las penurias en personal y material, fruto de su conversación con fray Junípero Serra. Aduce además haber recibido las órdenes de Grimaldi, para llevar a cabo expediciones de altura al norte de California y averiguar la exacta penetración de los rusos.

—Y para cumplir las órdenes, considera San Blas como estación imprescindible.

—Que lo es, sin duda. Bucareli no se arredra y exige a Arriaga el envío de oficiales de la Armada, con probada habilidad para dirigir el Departamento Marítimo de San Blas, así como pilotos prácticos y otras medidas que considera oportunas. Y es el virrey quien aprueba los primeros reglamentos de la Base Naval o Apostadero de San Blas, que de varias formas recibió nombre, decidido a revitalizarlo con rapidez.

—Y consigue que lleguen a esta tierra oficiales de guerra.

—Pero más despacio —movió la cabeza hacia ambos lados, mientras chascaba las manos en freno—. El Secretario de Marina solicita a los capitanes generales de Ferrol, Cádiz y Cartagena oficiales seleccionados para la misión, de las clases de tenientes de fragata y alféreces de navío, para elegir a seis de ellos. Y esa es la forma lógica y no la que me cuenta han seguido con su grupo, que más parece acción cortesana.

—Tiene toda la razón —me vino a la cabeza el rostro de Pecas y sus habituales maniobras en las secretarías, que bien podían haber propiciado aquel esperpento.

—Y por fin se produce el nombramiento del teniente de fragata Bruno de Heceta, como Jefe del Departamento de San Blas, así como los oficiales de mismo empleo Miguel Manrique y Fernando Quirós. También son asignados los alféreces de navío don Francisco Landecho, Ignacio de Álava y Juan Francisco de la Bodega y Quadra. Y ya le adelanto que mucho oírás hablar de este último. Todos deben pasar a Méjico, para ponerse a las órdenes del virrey. Después, por causas que desconozco, Álava y Landecho son relevados por Ignacio Arteaga y Juan Manuel de Ayala. Y esta vez, cosa rara, se hace a lo grande, posiblemente por las presiones que se llevan a cabo desde la Secretaría de Estado.

—¿A lo grande? ¿Qué quiere decir?

—En primer lugar, se les conceden a cada uno 500 pesos en ayuda de costa para adquirir lo necesario durante el viaje. Pero además deben ser equipados en conveniencia e instruidos desde un aspecto científico. Para conseguir este último fin pasan a la Academia de Guardiamarinas, donde quedan bajo la mano de don Vicente Tofiño, que solicita al Director General de la Armada los elementos necesarios para el levantamiento de cartas, portulanos, etc. Por fin, Arriaga accede a todas las peticiones y los oficiales salen a bordo de la urca Santa Rita, en 1774, rumbo a Méjico.

—Y al llegar comienza la expedición naval —no deseaba mostrar mi impaciencia, pero la sentía en verdad.

—Hay un paso anterior. El animoso virrey no está dispuesto a esperar la llegada sin mover un solo dedo, aunque parece que no dispone de nadie cualificado para comenzar a explorar hacia el norte. San Blas se encuentra en estado deplorable y las escasas naves son solamente hábiles para aprovisionar San Diego y Monterrey. Sin embargo, le dan noticias de que hay un piloto con suficiente experiencia. Por fin, Bucareli se decide y solicita al único que cree capaz de llevar a cabo esta empresa

arriesgada y de vital importancia, el piloto graduado como alférez de fragata Juan Pérez, que redacte un proyecto para la expedición. Y no erró el virrey en la decisión, se lo digo yo que bien conocí a Juan Pérez.

—Usted debió vivirlo de cerca.

—De cerca y en primera persona. Ese extraordinario piloto contesta afirmativamente, pero no le parece acertada la idea expuesta por Bucareli de barajar la costa hacia el norte. Honrado y sincero como siempre lo fue, además de experto conocedor de esta mar, propone navegar aguas adentro hasta los 56° de latitud, donde se estima la presencia rusa, para bajar costearo hacia el sur hasta alcanzar Monterrey.

—¿En qué buque? ¿No decía que estaba San Blas desmantelado y sin unidades navales? —intenté cazarle el tiro, aunque sabía que erraría en el propósito.

—En la fragata Santiago, señor, recién construida en San Blas —abrió las manos en innecesaria justificación.

—¿Una fragata? ¿Se han llegado a construir fragatas en el arsenal de San Blas?

—Y de más enjundia que esa —parecía ligeramente ofendido—. Pero no piense en una de esas fragatas en las que habrá navegado con 40 cañones, muchos de ellos de a 18, y una dotación cercana a los 300 hombres. Las que se han construido en San Blas, aunque algunos las denominen erróneamente como corbetas, por su porte y aparejo deben seleccionarse en el grupo de fragatas ligeras de tercera clase. Después se construyó alguna de mayores dimensiones, como podrá comprobar con la Princesa. Pero esta primera a la que me refería, presenta una eslora de unos 90 pies de Burgos<sup>[73]</sup>.

—Escasa eslora para una fragata.

Pareció no escuchar mi opinión, como si la rechazara de plano, para continuar.

—Como segundo comandante llevaría en la expedición al piloto Esteban José Martínez, a quien conocerá en breve, y ochenta hombres en total. Como ve, una dotación muy reducida, que la ideal debería rondar los 150 hombres. Pero incorpora a bordo buenos carpinteros, un capellán y dos cirujanos, aunque uno de ellos disfrutara menos práctica de sangre que yo. Juan Pérez estima como mejor época para emprender la expedición los meses de diciembre, enero y febrero. Asimismo, estima necesario que la fragata almacene víveres para un año.

—¿Disponía de capacidad para ello?

—En teoría. Pero debe tener en cuenta que los víveres en esta zona son de peor calidad y escasa salud, como solemos denominarlos en la Armada. Pero antes de hacerse a la mar, Juan Pérez recibe del virrey un documento extraordinario que llegué a leer, que refleja al personaje, con el siguiente título: Instrucción que debe observar el alférez de fragata graduado don Juan Pérez, así como el formulario para extender las escrituras de posesión en los descubrimientos.

—Y por fin comienza la expedición —me sentía nervioso con la lentitud de Perona en sus descripciones.

—El 24 de enero de 1774 sale a la mar la fragata Santiago, más conocida por el alias de Nueva Galicia, que ya sabe nuestra propensión a bordo de utilizar nombres distintos a los recibidos en bautismo naval. Y entre los colonos y misioneros que deberán desembarcar en una primera escala en Monterrey, se encuentra el fraile Junípero con la bandera izada al viento. El 7 de mayo entra en dicha misión de Monterrey, donde se incorporan dos franciscanos para la misión evangelizadora y, más importante, para redactar el diario.

—Y se hacen a la mar en dirección norte.

—El 6 de junio exactamente. Y a pesar de las típicas encalmadas, el 14 de julio alcanza la latitud por encima de los 54°, momento en el que decide arrumbar hacia la costa porque le reclama la necesaria aguada. Pronto, el día 19, avista tres islas a las que bautiza con el nombre de Santa Margarita<sup>[74]</sup>, reconociendo el estrecho. El día 21 supera los 55° de latitud, momento en el que decide iniciar el tornaviaje hacia Monterrey, ante las enfermedades que ya se sufren a bordo, especialmente el escorbuto. Por desgracia y para enfado del virrey, aunque contactan con indios, no se llega a desembarcar por la preceptiva toma de posesión de las tierras a favor de la Corona.

—Un asunto importante.

—No lo crea, que después la falacia y el uso de las armas cambian los esfuerzos empeñados por ley.

—Admito que tiene razón. Y llegan a Monterrey.

—En su viaje de regreso se encuentra frente a la isla que nuestras expediciones posteriores llamaron de Quadra<sup>[75]</sup>, donde descubre el surgidero que llama de San Lorenzo<sup>[76]</sup>, donde tampoco desembarca por el mal tiempo, aunque entabla relación con el jefe indio e intercambia obsequios. Más tarde avista la punta que bautiza como Santa Clara<sup>[77]</sup> y la Sierra Nevada de Santa Rosalía. Por fin, con la tripulación presa del escorbuto en un tanto por ciento elevado, llega a Monterrey a finales de agosto, y a San Blas el 3 de noviembre.

—Y no gustó al virrey —me adelanté en lo que no almacenaba duda alguna.

—Nada, por no haber seguido sus órdenes de tomar posesión y llevar a cabo el oportuno levantamiento de planos. Pero eso es fácil decirlo desde un sillón y con el trasero seco, y perdone, señor, mi franqueza. Además, los frailes embarcados cargan las tintas en su contra, en el diario que han escrito con detalle. Una injusticia, bien lo sabe Jesucristo, que no cobardeó nunca Juan Pérez y llevó a cabo una hazaña<sup>[78]</sup> sin precedentes. Y lo asegura quien estaba presente —golpeaba su pecho con orgullo—. Sin embargo, Bucareli, listo como zorro, escribe al Secretario de Marina y lo felicita por la hazaña del piloto, al haberse alcanzado los 55° 49' de latitud.

—¿Y cuándo llegan los oficiales de guerra enviados desde España? —pregunté con la esperanza de continuar la sesión.

—Van llegando poco a poco, pero siguiendo el camino correcto —dirigió especial mirada para remachar sobre clavo mi particular itinerario—, desde Cádiz al puerto de

Veracruz, donde arriban a finales de 1774. Después, continúan unas 300 leguas por tierra hasta San Blas. Estos oficiales reciben 300 pesos adicionales de ayuda en la ciudad de Méjico, y recuerdan al virrey la promesa de la Armada de retornar a España a los cinco años.

—¿Cinco años? —me salió del alma aquella pregunta, ya que desconocía la duración de mi comisión a Ultramar, un detalle más de la extraña convocatoria conseguida por Pecas, sin plazos ni detalle alguno.

—Así es —ofreció una sonrisa burlona—. ¿Le parece demasiado tiempo? Debe tener en cuenta que aunque San Blas sufra de condiciones poco favorables, el tiempo en las expediciones pasa volando.

—Por supuesto. ¿Y estos nuevos oficiales continúan hacia el norte?

—Bueno, lo primero que hace Bruno de Heceta, posesionado en su cargo como Jefe del Departamento de San Blas, es poner el orden necesario en una Estación destartalada, por llamarlo de alguna forma. A este fin, establece la instrucción de arsenales, fábrica de jarcias, matrículas de mar y milicias, ordenanzas, así como muchas y acertadas medidas para la buena construcción de buques, en especial al variar la pesadísima arboladura de palomaria en cedro, con lo que se ahorra una tercera parte de gastos en carenas, soldadas, víveres, transportes a los Presidios y minas en sus jarcias. Y cumpliendo los deseos del inquieto Bucareli, organiza con extrema rapidez una segunda expedición. Pero ya no se trata de una sola unidad que navega sin conocimiento alguno.

—¿Qué quiere decir?

—Que son dos buques los empleados, al tiempo que se considera necesario disponer de los conocimientos y experiencias del piloto Juan Pérez. Para ello, este gran hombre, graduado de alférez de fragata, asume el puesto como segundo y consejero del comandante de la expedición, el teniente de navío, recién ascendido, Bruno de Heceta. Y ahí me tiene también a mí, pelando navegación de altura.

—Ya veo que no le falta experiencia y nunca encontraré mejor fuente de información. Después de todo, este extraordinario recorrido me permitirá llegar a San Blas con mayor conocimiento —era sincero en mis palabras—. ¿Qué buques componían la expedición?

—La nave capitana sería la fragata Santiago, a la que se considera marinera y apropiada. Y como necesario acompañamiento se le unen la goleta Felicidad, más conocida por todos como la Sonora, al mando del teniente de fragata Juan Manuel de Ayala, con el alférez de navío Juan de la Bodega y Quadra como segundo. Este último oficial es valiente y arriesgado hasta el extremo, como comprenderá enseguida, aunque amante en exceso de acaparar honores personales, que no siempre es mala condición. También embarca el piloto, extraordinario como pocos y buen amigo mío, Antonio Mourelle de la Rúa. Y al tiempo sale a la mar en conserva el paquebote San Carlos, aunque en misión distinta.

—¿No se dirige hacia el norte?

—Sí, pero solamente hasta lo que se estima como gran puerto de San Francisco, del que ha de levantar el plano para la futura colonización, porque ya preparaba el virrey una expedición por tierra para establecer dos misiones franciscanas.

—Se hacen a la mar por 1775, si no me he perdido —es cierto que las fechas que tan detalladamente me exponía Perona, bailaban en mi cabeza.

—En marzo de dicho año y los problemas aparecen bien pronto. El comandante del San Carlos, con la discreción que viene al caso, cae enfermo de profunda locura, por lo que Ayala pasa a dicho paquebote y la balandra queda en manos de Bodega, que sigue acompañado por su fiel amigo el piloto Mourelle. La fragata y la goleta continúan hacia el norte y proceden a tomar posesión de las tierras que descubren en nombre de España, aunque a veces sean atacados por indios, que producen siete muertes entre marineros de la goleta.

—¿No son todos los indios amistosos?

—Así es, por lo general, en las altas latitudes. Aquella fue una excepción de la que poco se explicó. Una emboscada nocturna. A partir de ese momento, Bruno de Heceta intenta por todos los medios convencer a los demás oficiales de emprender el tornaviaje, aconsejado por Juan Pérez que se siente enfermo y duda que alcancen la latitud requerida, dado lo avanzado de la estación. Se llevan a cabo dos Consejos de Oficiales a bordo de la fragata Santiago, en las que no se ponen de acuerdo, al punto que en la del 29 de julio los de la goleta deciden desentenderse de las órdenes del jefe de la expedición y seguir hacia el norte ellos solos.

—¿Cómo lo consintió el jefe de la expedición? Es peligroso desobedecer las órdenes.

—No estamos en Cádiz, señor, con todos los respetos —volvió a ofrecer una sonrisa burlona—. En Ultramar todo es distinto, especialmente en parajes recónditos y medio perdidos como estos. Además, desobedeciendo conseguimos conquistar medio mundo, no lo olvide. De esta forma, Heceta regresa a Monterrey y se dedica a reconocer la costa hasta San Francisco, en espera de la goleta, de cuya suerte dudan. Aunque Bodega en su informe aluda a que durante la noche perdió de vista a la capitana, es falso pero sirve para enjuagar la balleta oficial.

—Debe ser hombre astuto.

—Mucho y, le repito, valiente como un tiburón. De esta forma, Bodega continúa hacia el norte en solitario y es de alabar su arrojo, que la goleta tenía 18 codos<sup>[79]</sup> de quilla y 6 de manga, con una dotación de 10 hombres.

—Tiene razón, hay que echarle barbas a esa faena.

—Se lo certifico, que bien lo conozco. En su marcha hacia el norte, Bodega descubre el monte de San Jacinto<sup>[80]</sup>, la bahía de Guadalupe y el puerto de Nuestra Señora de los Remedios, donde echa pie a tierra para llevar a cabo la protocolaria posesión, a la vez que la necesaria aguada y toma de leña. Pero en esta ocasión, cada bahía, rada, o accidente geográfico es cuidadosamente explorado, quizás en el convencimiento de encontrar el famoso paso del Noroeste, aquella quimera de Juan

de Fuca. A finales de agosto alcanza la latitud de 58° 30', momento en el que se ve forzado por la estación al tornaviaje, con profunda desazón por no haber alcanzado los 60° que se exponían en la instrucción del virrey. En ese momento llevaba más de cinco meses de navegación.

—Todo un ejemplo de arrojo.

—Y heroísmo, incluso al regreso, que no toma rápido camino hacia el sur, sino que lo lleva a cabo con la necesaria lentitud y muy pegado a la costa, para investigar posibles asentamientos extranjeros. También se dedica a explorar e identificar cualquier accidente, así como posesionar nuevas tierras. Por fin, el 7 de octubre fondean en Monterrey, donde intentan restablecer la salud y son tratados como verdaderos héroes. Pero la extraordinaria y detallada labor presentó también su cara negativa.

—¿Negativa? ¿Por qué dice eso? Supongo que el virrey lo felicitaría con entusiasmo.

—Y mercedes. Bodega es ascendido a teniente de navío, mientras el piloto Mourelle a alférez de fragata. Pero le decía lo negativo porque los mapas y diarios de Bodega y Quadra, así como de su excepcional piloto, donde se detalla el Puerto de los Remedios, Puerto Bucareli, isla Quadra, islas Nutka y rada de San Lorenzo, el estrecho de Juan de Fuca, etc., que suponen un gigantesco avance en el conocimiento de las costas del noroeste americano, llegan a la Corte y allí vuelan los diablos, que no son en Madrid diligentes en mantener los secretos a recaudo. En especial, el diario de Mourelle llegará a las manos de ese mister Cook, que lo utilizará en sus expediciones, aunque aleguen lo contrario, que hay pruebas de ello por un marinero mallorquín con él embarcado.

—Quien quedó en bajo papel fue Bruno de Heceta —sentí pena por aquel hombre, aún sin conocerlo.

—Y con cierta razón. No era mal hombre, pero si me lo permite, aunque sea un superior, le faltaba ese arranque de venas que es necesario para llevar a cabo ciertas empresas. Y también puedo declarar con conocimiento de causa que no actuó de forma noble y caballerosa. En vez de reconocer que no se atrevió a continuar o, sencillamente, que le faltaron las fuerzas, falseó alguna documentación. Pero la Historia es implacable y, al final, cada cual queda en su lugar. Bueno —pareció dudar unos segundos—, no siempre sucede esto último. Aunque así debería ser.

—¿Falseó documentación Heceta?

—Sin duda. Alegó haberse quedado sin piloto para no continuar la expedición hacia el norte, por la muerte del gran hombre que fue Juan Pérez. Lo que omitió en su favor es que esta dolorosa pérdida tuvo lugar cuando se encontraba con su barco surto en el puerto de Monterrey. También se le debe especial homenaje a este hombre y gran piloto, Juan Pérez, con acciones de altísimo valor en los descubrimientos y colonización de California.

Se hizo un pesado silencio que no sabía cómo romper. Pero debía apurar el vaso,

aunque parecía que Perona optaba por el descanso.

—¿Y eso fue todo?

—No, por favor. A continuación se llevó a cabo la expedición de Arteaga y Bodega, a la vez que ese mister Cook llegó a estas aguas.

—Pues vayamos al grano, que su narración se parece a un libro de caballería y me mantiene con el grano a medio camino —debo reconocer que abusaba de la cortesía para animar su charla.

—Señor, con todos los respetos debe tener en cuenta que no he parado de hablar en horas, y mi garganta se resiste por sequedad.

Vi venir la marea de lejos, que ya conocía aquellas aguas. Decidí entrarle de lleno y a proa, a la vez que sonreía con tercio burlón.

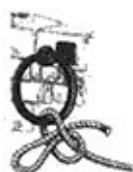
—¿Le parece que pidamos a Setum una frasca de aguardiente? También yo me encuentro seco.

—No quiero abusar de su generosidad, que ya considero notable, pero esa medida aliviaría mi garganta. Por cierto, que es hábil y servicial su criado.

—Es mucho más que eso para mí. Puedo adelantarle que lo considero como persona de igual a igual, y le debo tres o cuatro vidas. Pero ya le contaré yo su historia cuando acabe usted con la suya.

—Se lo agradecería mucho, que también yo gozo con historias de guerras y aventuras.

Y encargamos una nueva frasca a Setum, que entristecía la cara conforme solicitaba material de primera necesidad, como lo denominaba. Y tiene gracia, porque mi buen servidor no probaba el alcohol, aunque estimara que el gasto era excesivo. Pero siempre cuesta la instrucción, y las lecciones de Perona llegaban en el momento más oportuno.



## *Más aguardiente*

Perona se dedicó a beber la primera copa de aguardiente en silencio, como si saboreara un manjar de dioses que rescataba desde lejana distancia en su paladar. Pero ya las redes estaban echadas en profundidad y no podía el pez zafarse de la malla. Sin embargo, la mente del buen piloto parecía perderse entre los aromas del licor.

—Juro por mis barbas, que casi había perdido el sentido de este licor. Auténtico aguardiente de España, oro líquido y olvidado.

—Estoy de acuerdo con usted. Este, precisamente, lo fabrican en la villa de Cehegín.

—¿Cehegín? ¿Dónde se encuentra lugar capaz de elaborar tan espléndido brebaje?

—En el Reino de Murcia, cerca de la cabecera del Departamento Marítimo de Cartagena.

—¿La Cartagena de Levante? Anduve por ella en mis años mozos. Un magnífico Arsenal con puerto abrigado.

—En efecto. Allí cursé mis primeros días en la Armada, en la Escuela Naval.

Y otra vez el excelso paladeo. Rellenamos nuestras copas, momento el que decidí llegada la hora y atacar con toda la batería.

—¿Qué expediciones de Arteaga y Bodega son esas que mencionaba?

—Bien, continuemos —mostraba la estampa del trabajador que ha de regresar al tajo—. Debe recordar que el Departamento de San Blas dependía directa y absolutamente del virrey, sin intermediarios provinciales o territoriales, lo que lo distingue en forma notable de otras estaciones de Ultramar. Por esa razón, Bucareli ha de enfrentarse en 1773 con el grave problema de la situación que se vive en el puerto de San Blas. Y no me refiero a las escasas cualidades de salubridad que allí sufrimos, que esas por desgracia no varían, sino al desastroso efecto de comprobar cómo se van cegando su canal de entrada y fondeadero.

—¿En tan corto espacio de tiempo?

—Debe tener en cuenta, y si me permite decirlo es buena lección para sus futuras salidas y entradas en cualquier puerto, que las escolleras edificadas por el hombre, a veces en contra de la propia naturaleza, producen una alteración en los depósitos de arena que la marea maneja a su capricho. A tal punto llegó el problema en el puerto de San Blas, que no se atrevían a iniciar nuevas construcciones en el arsenal.

—Acabarían por dragarlo con pontones de limpia y gánguiles —recordaba tales figuras en la dársena de Cartagena.

—En Ultramar todo se asume e interpreta a ritmo diferente. Se formó una junta técnica con oficiales de guerra, pilotos, ingenieros y toda persona capaz, que proponen por unanimidad abandonar San Blas y trasladar la Base Naval a Matanchel o Chacala, preferiblemente el primero por ser de mayor capacidad, mejor abrigado y menos peligroso.

—Qué sabios habían sido los jesuitas en su primitiva elección.

—Desde luego. Los miembros de la expulsada Orden no hacían nada a la ligera, sino tras profundo estudio. Pero Bucareli no acepta las sugerencias por dos razones principales y de peso. La primera, que estratégicamente San Blas es superior, y me refiero a su situación geográfica. Pero la más importante, aunque solapada en su cerebro, es que el virrey consideraba a San Blas como un enclave provisional, hasta que se encuentre suficientemente establecido, colonizado y guarnecido lo que él mismo denomina como el gran puerto de San Francisco. Por esta razón, aunque alega otras de índole técnica, en 1777 decide continuar con San Blas como eje del Departamento, tomando las medidas para hacerlo utilizable.

—Y seguimos sin mudanza hasta la fecha.

—En efecto. Pero también Bucareli toma al tiempo otras medidas positivas. Además de repartir mercedes, ayudas de paga y merecidos ascensos a los que destacan en las expediciones de mar y tierra, intenta solucionar otros problemas importantes, como paliar la falta de personal, con movilizaciones desde la costa atlántica. Asimismo, continúa con los asentamientos en San Francisco y, tras el éxito de la expedición de Bodega, ya piensa en organizar una tercera más ambiciosa.

—Esa es la que vamos a atacar ahora con palanca y jarabe —Perona rio con mi salida, al comprobar que largaba arena en cubierta para acelerar la maniobra. Pero, fiel a su sistema, marchó por la línea circular.

—El virrey Bucareli, con una gran visión naval aunque sea hombre de tierra adentro, es consciente que con las unidades navales de las que dispone no es posible una expedición en detalle y profundidad, más al norte, hasta la región de los hielos que se acabó por llamar Alaska. Y si se pone en tiro, ocupar los territorios descubiertos en avanzada. En realidad, ya se había decidido por asentarse en distancia, como tantas veces hicimos con éxito en la Historia. Además, con esa decisión intenta cubrirse de las informaciones diplomáticas recibidas desde San Petersburgo, en las que se aluden a los asentamientos rusos. Y toma la gran decisión.

—Construir buques nuevos —mojaba la diana sin esfuerzo.

—Por una parte, ordena acopiar el Arsenal de San Blas con los elementos necesarios para construir una buena fragata, cuyo resultado será la llamada Nuestra Señora del Rosario, más conocida con el alias de Princesa. Pero gracias a su generosa inquietud, comisiona al teniente de navío Bodega y Quadra para que se traslade al reino del Perú, y adquiera otra buena fragata sin regatear en exceso. Bodega, que es efectivo hasta la regala como su virrey, se traslada al puerto de El Callao de Lima y adquiere por 25.000 pesos la fragata Nuestra Señora de los Remedios, que tomará el

alias de Favorita, adquiere los elementos que considera imprescindibles para su armamento y arriba sin contratiempos en febrero de 1778. Además, tiene el honor de ser el primero en llevar a cabo la navegación directa El Callao-San Blas.

—Debemos reconocer que es buena e incansable la labor de este oficial.

—Y práctica, porque en El Callao contrata también a dos excelentes pilotos, Pantoja y Tovar, sabedor de su importancia y necesidad en la tarea de las expediciones. Y para colmo de dichas, Bodega eleva informes en los que alaba las condiciones marineras del nuevo buque, considerándolo perfecto para las exploraciones de altura. De esta forma, San Blas aumenta su potencial naval, al contar con las fragatas Santiago, aquella en la que enarboló su insignia Bruno de Heceta, y las dos nuevas, Favorita y Princesa. Ahora ya se dispone de suficiente material naval para afrontar la nueva expedición, aunque escasee el personal profesional, como veremos al recabar las dotaciones.

—Y se afronta esa tercera expedición que promueve Bucareli.

—Una expedición en la que se utilizarán las fragatas Princesa y Favorita, a las órdenes de los tenientes de navío Ignacio Arteaga y Juan Francisco de la Bodega. Y el virrey los gratifica en forma adecuada e inesperada, al elevar los haberes de mesa establecidos por reglamento, con lo que ambos oficiales reciben 600 pesos para la próxima expedición —se detuvo unos segundos, mientras parecía pensar que había olvidado algún factor importante—. Pero para progresar de acuerdo a la necesaria cronología, he de hacer un paréntesis y dedicar alguna información a ese mister Cook.

—¿El famoso James Cook?

—Cook a secas —cerró el entrecejo en desacuerdo—. Este inglés prepara su viaje de acuerdo a precisas instrucciones de su gobierno. Aunque parezca que tan solo interesa encontrar el fantástico paso del noroeste, también recibe órdenes de exploraciones con posibles acciones comerciales futuras. Pero lo tiene negro en esta costa, porque el Secretario de Marina Arriaga, que había dado la orden de permitir la entrada en puertos españoles a los buques de la expedición de Cook, navíos Discovery y Resolution, y su necesario abastecimiento en caso de tocar aguas de California, muere y es sustituido nada menos que por don José de Gálvez. Este inolvidable personaje anula de plano dichas órdenes y prohíbe de forma tajante cualquier apoyo a la mencionada expedición, al punto de ordenar neutralizarla en lo posible y, en el caso de que desembarcara en territorio considerado como español, sea el dicho señor Cook detenido y apresado.

—¿Detener a James Cook? Muy resolutivo el Secretario Gálvez.

—Siempre lo fue y nos harían falta muchos como él, que cedemos con descrédito y vergüenza en demasiadas ocasiones. Pero la suerte sonrío a ese mister, porque lleva a cabo su viaje de exploración cuando nos encontramos sin buques apropiados, que aún no se dispone de las dos nuevas fragatas. Además, Cook entra en la costa noroeste americana procedente de las islas Sandwich<sup>[81]</sup>, un poco más al norte de los

44°, y se dedica a poner nombres geográficos a los ya descubiertos y nombrados por nosotros. Cuestión que conocía.

Se notaba que no gustaba Perona mucho del tal Cook ni de la política descubridora británica. No necesité alentarle en este caso, que ya adelantaba millas a velocidad.

—Cook permanece en la isla de Nutka desde marzo hasta abril de 1778, recomendando en el posterior informe a su Gobierno asentamientos permanentes en aquel magnífico paraje, donde es posible adelantar un extraordinario negocio con las pieles de nutria. Después sigue hacia el norte, alcanzando el monte San Elias en los 57°. Por fin, en la isla Unalaska entra en contacto con los rusos, cuyo jefe, Ismaislof, le presta una carta mucho más exacta que las incorporadas en su planero. Por desgracia, Cook no es muy prudente y comunica a dicho jefe la presencia en las islas Nutka de numerosos animales de pieles muy apreciadas, lo que desatará la entrada hacia el sur de los rusos. Como sabe, Cook regresa a las islas Sandwich en octubre de 1778 para invernar, pero muere en combate con los indios en febrero de 1779. Por esa razón, cuando Bodega y Arteaga se hacen a la mar en febrero del 79, no encuentran huella del inglés, al que habrían tenido que detener y podría haber sucedido cualquier grave incidente.

—Muy interesante —era sincero porque desconocía aquel aluvión de noticias—. Había oído hablar de mister Cook, pero lo consideraba pura propaganda británica, a la que tan habituados estamos al ser alabada por propios y extraños, que vergüenza debería darnos como españoles.

—Bueno, deseaba llegar a este punto sobre este mister britano, para hablarle de lo que considero como falsos descubrimientos en su haber. Debe tener en cuenta que los ingleses inventaron el espionaje cartográfico, y antes de partir la famosa expedición, le entregaron a Cook gran cantidad de información procedente de todas las Cortes Europeas. Descubrir es hallar lo que se encontraba ignorado —ahora exclamaba en voz alta—. Pero Cook no ignoraba esas tierras que, según los británicos, llegó a descubrir. Ya le dije que cuando ese mister salió de Plymouth en julio de 1776, tenía a su disposición una copia del diario del piloto Mourelle de la Rúa, que llega a sus manos de forma clandestina<sup>[82]</sup>. Pero también dispone de más noticias, no sabemos con que precisión, de las expediciones españolas<sup>[83]</sup>. Y ya estoy harto de escuchar tantas historias sobre descubrimientos, que se limitan a cambiar nombres hispanos por otros en honor a mister britanos que estaban con el culo caliente, cuando a nosotros nos llegaba el hielo hasta las barbas.

Me hacía gracia aquel enfado del buen Perona, que hasta el momento había mostrado un carácter más bien pusilánime y comedido. Pero reconocía su razón en verdad, aunque debiéramos regresar a nuestro tema.

—Y en los primeros días de 1779, salen Arteaga y Bodega hacia el norte.

—El 11 de febrero, para mayor exactitud, abandonamos San Blas, y le hablo en primera persona porque en esa expedición andaba yo a bordo de la Princesa, que no

hablo de oídas —me miró con orgullo.

—Tengo la suerte de recibir información al detalle y por protagonista. Pero continúe, por favor.

—Habrá observado que se excluye de la expedición al teniente de navío Bruno de Heceta, quien se ofrece a mandarla. Pero el virrey no había quedado contento con sus servicios anteriores y declina el ofrecimiento, lo que supuso un deshonor para el oficial citado, que así lo entendió. Bucareli entrega el mando al de su mismo empleo Ignacio de Arteaga, que toma el mando de la capitana, fragata Princesa, con el teniente de navío Fernando Quirós como segundo y los pilotos José Camacho, Juan Pantoja y un servidor, el cirujano Juan García y dos monjes como capellanes. Hace un total la dotación de 98 hombres, un tanto reducida, que le correspondían por reglamento 160. El mando de la fragata Favorita queda en manos de Juan Francisco de la Bodega y Quadra, con el alférez de fragata Mourelle de la Rúa como segundo, pilotos José Cañizares y Juan bautista Aguirre, cirujano Mariano Núñez Esquivel y un capellán. Un total de 100 hombres.

—Bodega y Quadra no se despega del piloto, ya graduado de alférez de fragata, Mourelle de la Rúa —le hice una seña de complicidad.

—Porque es un hombre muy inteligente, que todo general ha de saberse rodear de hombres con talla suficiente.

—Y ya no se trata de expedición en ligera goleta.

—Nada de eso, porque navegamos en buenas condiciones de cañón y madera, aunque con las limitaciones de boca expuestas en otras expediciones. De esta forma, arribamos al norte para tomar la bahía de Bucareli en primer lugar, entrados en los 55° de latitud, donde arribamos en los primeros días de mayo, tras tres meses de navegación, tiempo suficiente para desbravar el cerebro. Sin embargo, cambiamos pronto de surgidero por el cercano que llamamos de Santa Cruz, que dispone de mejores condiciones generales. Por fortuna, encontramos buena aguada y madera, además del reposo que ya la dotación necesita. Pero este descanso es teórico y no evita las expediciones interiores a bordo de las dos lanchas, comandadas por Mourelle, que reconocen y levantan planos de las islas, restingas, bocas, puertos y caños de todo el archipiélago, durante 25 días.

—Qué extraordinaria labor la de ese hombre. ¿Encuentran indios?

—Bastantes, pero siempre en forma afable, pacífica y colaboradora. Tan solo se prende la mecha de la discordia y el recelo el día que desaparecen dos marineros de la Princesa. Pero son entregados por los indios con presteza. Y para nuestra sorpresa, comprobamos que se trataba de dos malditos desertores, que preferían vivir en tierra con los nativos a penar en buque de la Real Armada —partió en risas y palmas por su frase—. Pero los muy jenízaros fueron condenados al rebenque<sup>[84]</sup> para escarmiento del resto y rebajar las tentaciones.

—Ya veo que aplican los castigos de ordenanza.

—Bueno, rebajados, que en nuestra Armada ese es el sistema. Deberíamos copiar

a los británicos, que chamuscan los bigotes a cualquiera, de almirante a marinero, cuando fallan en su cometido. Pero continuaré o no llegaremos al final.

Dio un generoso trago a su copa, hasta dejarla en horizontal, por lo que me apresuré a rellenarla. El aguardiente parecía el viento necesario para inflar las velas de su garganta.

—El primer día de julio seguimos hacia el norte, porque en la instrucción se nos ordenaba alcanzar los 70° de latitud. Pero no contábamos con esa tierra de Alaska que en forma de península nos cerraba el paso. El 20 de julio encontramos las primeras piraguas de una raza llamada esquimales y, dos días después, la isla que llamamos de la Magdalena<sup>[85]</sup>, para pasar a continuación al puerto de Santiago Apóstol<sup>[86]</sup> por encima de los 60°, del que tomamos posesión en nombre de España. Y continuamos descubriendo islas, puertos y ensenadas, que la relación se haría demasiado larga, hasta descubrir el inmenso volcán que llamamos de Miranda, en el istmo de la península de Alaska. Y como la costa se desplazaba en firme hacia poniente y no podíamos subir más hacia el norte, al tiempo que las dotaciones estaban agotadas por los fríos, enfermedades y temporales, el 7 de agosto emprendimos el regreso. Como tantas veces suele suceder, la mar nos separa y es la Favorita, con más andar<sup>[87]</sup>, la primera en llegar a San Francisco el 14 de septiembre. Y al día siguiente lo hace la Princesa, después de siete meses de expedición.

—Muchos llegarían enfermos.

—Así suele suceder sin remedio, y fueron bien atendidos en San Francisco. La expedición se considera como un éxito absoluto, aunque no consiguiéramos pista alguna de los movimientos de ese Cook, ni de los rusos, que era misión importante para echarlos a la fuerza si era necesario. Pero no habían bajado todavía al sur los súbditos de ese que llaman zar. Y es en dicho puerto donde tenemos conocimiento de la guerra declarada a la Gran Bretaña, la del 1779 al 83.

—Esa sí que la viví yo en primera persona.

—La verdad es que aquí, por la lejanía a los teatros de guerra, no nos alarmó en mucho la noticia, aunque traería amadrinada la pérdida de personal. Peor fue para nosotros, sin duda, la muerte del virrey Bucareli, de la que también tuvimos conocimiento a la llegada, aunque hubiese perecido varios meses atrás.

—¿Peor? ¿Por qué?

—Porque era el gran defensor de las expediciones y asentamientos al norte, así como clarividente en la necesidad de contar con una buena base naval y adecuados elementos en personal y material. Además, es relevado en forma interina por el apocado Martín de Mayorga, del que poco fiábamos. Y fíjese si pronto se le conoce, que Bodega remite un oficio al Secretario de Marina, Juan González Castejón, sin pasar por la preceptiva mano del virrey, explicando las vicisitudes generales de la expedición. De todas formas, el informe puntual de Arteaga y Bodega si se hace pasar por conducto oficial a través del virreinato. Y para sorpresa de muchos, el nuevo virrey propone a Bodega para su inmediato ascenso a capitán de fragata, así

como a la encomienda en su Orden de Santiago. También propone otros ascensos, que son todos autorizados.

—Y con la guerra se acaban las expediciones.

—No solo con la guerra sino con la falta de visión comercial y militar, aunque no tenga formación suficiente para formular tal acusación.

Desde que las dos fragatas regresan de la expedición, entramos en suicida paralización de actividades respecto al noroeste americano. Y no solo es achacable a la falta de interés por parte de los virreyes sucesivos, sino a la desidia mostrada durante años por los Secretarios de Estado y Marina, que no se preocupan de asegurar nuestra permanencia en lugar de tan alto valor estratégico y comercial.

—Quizás el hecho de no encontrar asentamientos extranjeros, influyera negativamente —tercié en posible atenuante.

—Es posible, y así lo he pensado yo también. Pero los descubrimientos fueron de notable importancia, y es absurdo llevar a cabo empresas de tan alto costo y sacrificio, sin acciones posteriores de consolidación y aprovechamiento. Parece inconcebible que el Departamento Marítimo de San Blas, punto estratégico fundamental para el control y defensa de todo el norte de este gran mar Pacífico, ese triángulo que forman Filipinas, Alaska y Acapulco, fuese desmantelado poco a poco, dejado con la mínima dotación de mar. Tanto es así, que ya a mediados de esta década, no quedaba uno solo de los oficiales de guerra que llegaron en 1775 y revitalizaron, sin duda, el verdadero funcionamiento de una estación naval.

—¿Y en tierra?

—Se refuerzan e instituyen algunas tropas, como la formación del batallón de Milicias Provinciales, que forma dos compañías de indios kecheros, en las que colaboran Bodega y otros oficiales de guerra. Pero va cayendo la gota y los mencionados oficiales son enviados a la guerra en otros frentes, como Bruno de Heceta que es destinado con la Princesa para socorro de Filipinas. En el viaje le acompaña Mourelle de la Rúa, que se convierte con el tiempo en el gran explorador de estos mares. Especialmente al regreso, en el que toma el mando de la fragata y deja al inoperante Heceta en aquellas islas, demuestra su extraordinaria categoría al llevar a cabo un itinerario asombroso y desconocido, que le hace descubrir gran parte de las tierras del sur<sup>[88]</sup>, con lo que se equipara o supera lo llevado a cabo por el britano Cook. Con ello descubre una nueva ruta para el galeón de Acapulco.

—¿Una nueva ruta?

—Sí. En vez de limitarse, como hacen todos hasta el momento, a arrumbar en directo sin separarse un minuto de latitud, establece diferentes rutas por sur y norte, dependiendo de que se trate de ida o regreso, con lo que se ahorra mucho tiempo en la ya interminable navegación. Por ejemplo, desde Manila no sigue la ruta de pasar por las islas Carolinas, sino que se debe navegar hacia el norte, hasta alcanzar la latitud de 45°, para llegar a Monterrey y bajar luego a Acapulco. Por el contrario, la de regreso se hace más en directo, aunque forzando la derrota al sur antes de tocar en

las mencionadas islas.

—¿Y que sucede con Bodega y Quadra?

—Como todos, van abandonando San Blas. En su caso, tras viaje rendido a El Callao, es destinado a La Habana, por haber cesado las expediciones en California a causa de la guerra. Y esa orden afecta también a los demás oficiales de guerra de la Real Armada. Se completa de esta forma el desmantelamiento de San Blas, donde permanecen pilotos como yo que ya entendemos esta tierra como propia, algunos de ellos graduados como oficiales de guerra. En septiembre de 1783, sin tiempo para acceder al nuevo destino, muere en San Blas él ya capitán de fragata Ignacio Arteaga, que entrega el mando de la comandancia al piloto, alférez de fragata graduado, José Camacho. Ya no queda ninguno de aquellos que llegaron de la Real Compañía de Guardiamarinas.

—Un verdadero desastre.

—Sí, señor. Y eso que los oficiales que aquí sirvieron, lo hicieron con extrema dureza y resignación en cuanto a su vida familiar. San Blas no es Lima ni Cartagena, donde pasar con familia propia en ricas residencias. Se llegaba a estas tierras en soledad, abandonadas las familias de forma casi permanente, porque es muy difícil retornar al hogar paterno. Abandonan lo propio para entregarse al servicio de España, especialmente la salud y la cómoda holganza que se puede disfrutar en casa de ciudad. No debe olvidar, y no lo tome como aviso deslenguado, que la vida en San Blas es dura, con climas extremos y alejados de las tierras más civilizadas del virreinato de Nueva España.

Aquellas palabras sonaron a mis oídos como disparo de carroñada a tocapiños, que ya me veía entrar de fauces y por vida en el negro agujero. Sin embargo, no era momento de largar escotas en intenso proceso cerebral, que tan poco beneficia en ocasiones. Pero era indudable que las últimas frases tocaron en diana centrada. Quedé tan abocado en los fondos, que me mantuve sin fuerzas para intentar progresar en la fructífera narración. Atento al quite, y pensando quizás que podía haber hurgado demasiado en llaga abierta, Perona aprovechó para echar la cancela.

—Creo, señor, que ya he largado bastante para en el día de hoy. Y poco queda ya, salvo la penuria de aquellos años y ponerlo al día de la situación actual, que posiblemente sea lo que más le interese.

—Tiene razón. Mucho he de agradecerle el tiempo que me dedica, para aliviar la ignorancia en todo lo que afecta a estas tierras.

—No se culpe, que en la Corte desconocen nuestra existencia —intentó ofrecer un tono alegre para levantar la moral.

Y de esta forma cortamos el racimo, mientras aquellas palabras se repetían en mi cerebro como rebencazo en costillar. Por primera vez me pregunté con abierta franqueza, cuándo volvería a ver a mi familia, si es que tal ocasión llegaba a presentarse alguna vez. El rostro de Cristina y los niños aparecieron desdibujados en el cerebro, al tiempo que un profundo sentimiento de tristeza me invadía, sin que la

posible aventura amortiguara lo que consideraba como una andanada de a 36 en mi deteriorada línea de flotación moral.



## *Recalada en el cabo Corrientes*

Entramos en la cuarta semana de aquella travesía que se extendía sin fin, aunque los pilotos no mostraran signos de anomalía y preocupación en sus rostros sino, más bien, al contrario. Se trataba, todavía, de flecos abiertos en mi ignorancia geográfica, mente cerrada a otras dimensiones, por mucho que utilizara el compás de puntas en la carta de marear para medir, una y otra vez, la distancia desde el punto de observación a tierra. Y no se alargaba el rastro de alegría en mi interior, que todavía mostraba las muescas abiertas en la última conversación mantenida con el comandante.

Por fortuna, siempre he sido hombre capaz de amoldarme con cierta facilidad a cualquier estado y situación, por lo que encomendé los vuelos a Nuestra Señora de Valdelagua, intentando borrar cualquier traza de nostalgia o desesperación. Al mismo tiempo, centraba mis pensamientos en las importantes actividades que debería afrontar en un corto espacio de tiempo.

Alguien debió escuchar mis pesares, porque entrados de lleno en aquella semana, volvió a levantarse el viento fresco con rayas de más, y para elevada sorpresa de comandante y pilotos, tendido del norte hacia el cuarto cuadrante, una composición bastante anormal en aquellas aguas. De esta forma, acariciamos la situación ideal para navegar a máximo pulmón y con lumbres al aire. Y no tardó en aprovecharlo Perona, que largó el trapo y tendió faldones para volar con ellos.

Como todo llega en esta vida por proa o popa, se hizo el esperado milagro, que para mí lo era, cuando navegábamos a la cuadra<sup>[89]</sup> y en tronera por el vigésimo séptimo día de navegación. Era una mañana calurosa y húmeda, sin vestigios de calzas en los cielos y excelente visibilidad. Me encontraba en la toldilla, cercano a la timonera, en amena charla con Alfonso Perona y el segundo piloto, Melchor Arcadámez, cuando un marinero izado en el palo mayor dio esa voz que, en determinadas circunstancias, eleva el espíritu de los hombres de mar hasta la galleta.

—¡Tierra! Una cuarta a estribor.

Abrí el antejo para enfocarlo en la dirección marcada, al tiempo que sufría un agradable recorrido por mi cuerpo. En efecto, casi por la proa aparecía en la distancia una sombra sinuosa y gris, encopetada en orla, que bien podía ser efecto de la refracción de los rayos mentales en la mar, cuando mucho se desea la arribada. Pero ya don Melchor corroboraba con sus palabras.

—Recalada perfecta, con la proa metida entre el cabo corrientes y Las Tres Marías. Y una travesía contra viento y corrientes que no alcanza las 30 singladuras, lo que no está nada mal para este viejo cascarón, al que ya daban por inútil.

—No se te ocurra llamar de esa forma despectiva a este buque bajo mi mando.

Además, te recuerdo que, en teoría, llevábamos la proa al mismo cabo —comentó Perona con inflexión burlona.

—Nada de eso, mi comandante —utilizaba el mismo tono en chanza el segundo, aunque cordial y amistoso—, que este piloto enmendó lo necesario a babor para acortar distancia.

Los dos hombres reían con placer de bocas, y no solo debido a su gran amistad sino a que siempre alegra al marino la vista de costa cuando, como era la ocasión, andábamos muy escasos de aguada y al quinto de víveres. Pero, según parecía, ya estábamos en casa, una frase esta última que me hizo sonreír, hasta recobrar el ánimo y disfrute por lo desconocido.

—Creo que el panorama merece un brindis, ya que se trata de mi primera recalada en estos mares.

Me salió de forma espontánea aquella declaración, aunque en verdad la ocasión lo requería. Setum la captó al vuelo y sin mayor palabra por mi parte, regresó rápidamente con una frasca de vino y tres vasos. Por fin, elevé mi copa con fingida afectación cortesana.

—Señores, por mi primera recalada en el cabo Corrientes.

Bebimos con excelente humor, a la vez que don Melchor entonaba en guasa.

—Pocas llevará a cabo viniendo del mediodía, señor. Será más normal regresar desde San Francisco o Monterrey y con menos víveres a bordo.

—O regresar de alguna lejana expedición, con el personal trillado bajo cubierta —apuntilló Perona.

—Pues sí que me ofrecen alegres esperanzas ustedes dos, pareja de negros agoreros. No adelantemos la marea, que ya llegará ella por sus pasos si conviene al destino. Y nos ha faltado la última lección —apunté hacia Alfonso Perona con dedo acusador—, que poco me instruyó sobre la situación del Departamento Marítimo en el momento que disfrutamos.

—Poco hay que narrar desde el punto donde quedamos, señor, que le repasé la historia de los últimos veinte años.

—Y se lo agradezco. Pero falta el remate.

—Escasa faena es esa. Con el tiempo, se adelantaron por tierra algunas poblaciones de españoles, siguiendo los deseos del nuevo gobernador de California, Felipe de Nevé, pero ya con el sentido de constituir las independientes de las misiones franciscanas.

—¿Españoles que colonizan la tierra? —apunté en interrogación.

—En efecto —terció don Melchor—. Los colonos, algunos de ellos segundones de rancia nobleza o comerciantes con cuatro ojos y lana fija, reciben una parcela de terreno que se va ampliando en algunos casos. También autoridades en próximo retiro, planean sus días de descanso a gusto y condición. No es más que una copia del sistema español para formar haciendas, algunas de respetable tamaño. A los propietarios se les denomina dons o, más recientemente, rancheros.

—Y ninguna actividad hacia el noroeste —intentaba recabar la información final.

—Ninguna en manos españolas. Durante estos años de absoluta inactividad por nuestra parte, ha sido cuando los buitres acudieron a la carroña.

—¿Asentamientos extranjeros? —pregunté por mantener el guardamechas en situación.

—Justo en el momento en el que decidimos abandonar nuestras incursiones por el noroeste, se inicia un creciente interés por dicha zona en los demás países del mundo, sin excepción —don Melchor, natural de Utrera, exageraba a las bandas en permanente aficción.

—¿Británicos?

—De todo pelaje. Los más importantes, aunque no se conozca de forma oficial, corresponden a intereses de comerciantes ingleses establecidos en el mar de China, que proponen líneas estables por todo el Pacífico, especialmente en el triángulo mágico. En esos años se llevan a cabo exploraciones de diversos navegantes que sí comprenden la importancia de aquellos territorios descubiertos por España. En especial, debemos nombrar a John Meares, un traficante inglés de altos vuelos basado en Calcuta, con exploraciones en la zona norte desde hace tres años, según cuentan algunos pilotos comerciales. Y ese pellejo britano llega a bautizar uno de sus barcos con el nombre de Nutka, aunque lo escriba a la inglesa, Nootka<sup>[90]</sup>. Hay que tener poca vergüenza.

—Y los rusos bajan hacia el sur —medió Perona—, los recién creados Estados Americanos también persiguen llegar por tierra desde el Este y por mar a través del cabo de Hornos, que se cuenta de barcos con su nueva bandera en estas aguas. Bueno, y hasta nuestros aliados franceses han echado el ojo al negocio de las pieles.

—¿No le has contado al teniente Leñanza la esplendorosa visita francesa? —intervino don Melchor con abierta sonrisa.

—¿Barcos franceses por estos mares en misión comercial? —pregunté, interesado.

—Mi compañero se refiere a una expedición científica al mando del Conde de La Perouse, compuesta por las fragatas Boussole y Astrolabe. Llegaron el 15 de septiembre de 1786, hace menos de dos años, a Monterrey, donde fueron recibidos y agasajados con bailes, cenas y recepciones, dentro de las limitaciones que ofrecen estos territorios. Intentaban llevar a cabo una acción descubridora parecida a la de James Cook. Pero como los franceses saben sacar mucho provecho a estas cosas, acabará por resultar que han descubierto los territorios del noroeste americano palmo a palmo. Ya verán ustedes los magníficos libros que publican, donde también cambiarán los nombres de todo tipo de accidentes geográficos descubiertos por nuestros compatriotas.

—Y así lo hicieron —intervino su compañero—. En su navegación hacia el norte, y una vez sobrepasado el puerto Bucareli que consideran el más septentrional de las posesiones españolas, La Perouse escoge su Port des Français por encima de los 58°

de latitud, para que sirva de base a la actividad francesa en la zona. Al menos son decentes por una vez y, en su regreso a Monterrey, avisan de los avances rusos hacia el sur.

—No los defiendas, por favor, que siempre navegan en provecho propio y con bigotes de soberbia al viento —Perona no admitía discusión sobre el tema—. Lo mejor del caso es que estos aliados encomendados por Satán al pueblo español, solicitan información de la que carecen, mientras te dirigen la mirada por encima del hombro, como si fuéramos indios apaches.

—Poco provecho hemos sacado de los cientos de expediciones científicas llevadas a cabo, en tan penosas circunstancias muchas de ellas y por todo el globo —era el segundo piloto quien ahora se lamentaba con tristeza.

—Porque somos más honrados y no le damos tanta importancia a lo que, para nosotros, ha sido labor rutinaria durante tres siglos —Perona se exaltaba al tocar estos temas.

—¿Y no reaccionaron con vigor nuestras autoridades al saber que los buitres, como dicen ustedes, se cebaban en la carnada?

—Los primeros en reaccionar fueron nuestros comerciantes, ante el atractivo negocio de las pieles que se venden en Cantón y otros puertos chinos a precio de oro o en ventajoso trueque. Intentan comerciarlas a través de nuestras islas Filipinas, que es la puerta de oriente. Pero ha sido más testimonial que otra cosa hasta el momento, con puntuales acciones entre las que debemos destacar las del rico comerciante mejicano Vasadre y las propias de las autoridades, ayudados por los franciscanos. Pero como siempre, aparecen los celos, piques y acosos entre hermanos, con lo que el negocio peligra y la nave se hunde. Y eso en unos momentos cuando embarcaciones de ingleses, portugueses, franceses, americanos independientes y rusos se preparaban para asaltar el pastel.

—¿Qué hizo el virrey? —en verdad que no comprendía haber perdido tantos años, tras el esfuerzo inicial que siempre es más doloroso.

—El año pasado, el actual virrey y piadoso arzobispo de México, don Manuel de Flores, decide actuar sin mayor dilación, ante las alarmantes noticias recibidas —empleaba un tono mezclado de burla y desprecio—. Es decir, que desea a toda costa, como repentino y audaz golpe de su cerebro, detener el avance de rusos e ingleses y colonizar de una vez el territorio descubierto años atrás. Unos territorios que, repito en voz alta para que me oigan —Perona elevó en grados el tono de su voz—, pertenecen a la Corona de España por descubrimiento, posesión, ley y razón geográfica.

—Esa es buena noticia —me apresuré a formular para aplacar su enfado.

—¿Buena medida dice? —Perona me miró con cierto descaro, que los años y la confianza otorgada le concedían—. Para que se ponga a ras de la lona, señor, le diré que este virrey eclesiástico cae en la cuenta con extraordinario asombro, lo que indica que el tema le preocupó poco hasta entonces, que no dispone de ningún oficial de

guerra que organice y comande las expediciones. La realidad es que en estas aguas no dispone más que de unos pocos pilotos, algunos como yo con demasiados años y cansados de tanto navegar en condiciones muy penosas. Y no es que seamos poco experimentados en nuestra facultad, no señor, pero es superior y acorde al grado la preparación del oficial de guerra, de la que carecemos. Y ya lo vimos como prueba en el incidente habido con la balandra pirata hace pocos días.

—Eso le sucede a cualquiera —intervine para rebajar las propias acusaciones.

—No, señor. Hay que saber mandar y hacer la guerra, y para eso está el cuerpo al que pertenecéis.

Me mantuve en silencio ante lo que parecía una alabanza a mi persona, por ser parte del todo. Pero ya seguía avante Perona entre trago y trago.

—Al virrey, quien parece recibir en excelsa revelación divina la información de que existe un Departamento Marítimo en San Blas, le comentan de forma acertada que la persona más preparada para comandar una expedición al norte es el piloto, graduado como alférez de navío, Esteban José Martínez. Y aunque solicita de forma urgente al Secretario de Marina e Indias, don Antonio Valdés y Fernández Bazán, el inmediato envío de expertos oficiales, entre ellos un capitán de fragata que ejerza con precisión la jefatura, sabe que el tiempo corre en su contra muchas millas a proa y debe comer los víveres a disposición.

—Camacho también es piloto experimentado, pero los años no perdonan —medió don Melchor para aclarar la situación.

—¿Camacho? —pregunté.

—Don José Camacho es un viejo piloto, graduado de teniente de fragata. En estos días ostenta el cargo de Comandante del Departamento de San Blas. Pero, como dice Melchor, renuncia a mandar la expedición por los años y achaques que sufre.

—¿Y Mourelle? ¿No había quedado por aquí? —no me encajaba la falta de tan gran descubridor.

—Por desgracia ha sido enviado en larga expedición hacia Filipinas, que supone muchos meses de duración. Pero no solo faltan oficiales de guerra, porque también escasean en todas las escalas, especialmente cirujanos, cuya presencia se considera de la mayor importancia.

—Y graves huecos en imprescindible material —terció don Melchor—. Las existencias de artillería y bastimentos se encuentran desequilibradas al tope. Los buques necesitan carena, sobran cañones de calibres de a 12 y a 24, pero faltan los más utilizados por las fragatas, de a 4 y a 8. Y un rosario largo de embridar.

—¿Con qué fuerza naval disponemos en estos días? —pregunté para aclarar mis ideas.

—Preparadas para larga expedición, sin alcanzar una mínima perfección, las fragatas Princesa y Favorita, más los paquebotes San Carlos y Aránzazu. Este pobre San Antonio tiene los días contados y queda para misiones de apoyo, que ya sufrimos en operaciones de corta altura como la emprendida. Pero se ha ordenado construir

una fragata nueva en Realejo<sup>[91]</sup>, que se llamará Concepción<sup>[92]</sup>, aunque según mis noticias, su asignación como fragata sea más teórica que otra cosa, porque dispone tan solo de 12 cañones de *a* 8 y cuatro más de *a* 6, con lo que podríamos encuadrarla en sencilla y ligera corbeta. Debe de estar pronta su llegada, si no lo ha hecho durante mi ausencia. Y en cuanto a la necesaria defensa en tierra, se ha formado hace poco la Compañía Fija Veterana de Infantería de San Blas, con un capitán enérgico al frente, don Antonio María del Valle, que es quien ha costeado su vestuario, armamento y reclutamiento.

—Y es entonces cuando llegan los pilotos de La Habana —medió don Melchor para recordar el guión.

—Si, lo había olvidado. Por petición urgente del virrey al Comandante General de La Habana, llegaron a San Blas en febrero de este año un segundo piloto, González López de Haro, con suficiente experiencia, más tres pilotines habilitados de segundos y tres meritorios habilitados de pilotín.

—Lo que no comprendemos —Melchor se decidió a elevar una pregunta que bullía por su cabeza—, es cómo le envían a usted solo y por ruta tan descuidada.

—Tampoco podría ofrecerles explicación en folios. Formamos un cupo de cinco oficiales de guerra que arribamos a la Cartagena americana, y allí nos distribuyeron por todo el continente a gusto del gobernador.

—¡Qué barbaridad! —Perona no podía evitar su sinceridad—. Ese sistema nos devuelve al siglo pasado.

—Bueno, uno de los que me acompañaba tenía buenas agarraderas en la Secretaría de Marina, y parece que forzó tal situación.

—Eso es más posible, porque el primer sorprendido de su llegada será el gobernador de California y el virrey en persona. Pero debemos reconocer que pocos quieren venir directamente a San Blas, si conocen la situación.

—¿Tan negro me lo pone? No sé si retornar a Panamá, aunque sea por camino sin bordes —entre en broma para aminorar el temporal.

—No es por desanimarlo, señor, pero no es fácil la vida en este Departamento. Los oficiales destinados, o bien llegan casados con familia propia, lo que no es muy recomendable por el clima, o solteros que intentan casar con hijas de hacendados de probada nobleza. Pero mientras solicitan la obligatoria aprobación de Su Majestad para el enlace, como le ocurrió a Bodega y Quadra, les hacen marchar a otro destino.

—Y tengo entendido —el segundo piloto parecía disponer de buena información —, según me comentó uno de los pilotos arribados de La Habana, que Bodega y Quadra, recién ascendido a capitán de navío, desea regresar a esta tierra para casar con esa joven de Tepic a la que polleaba, hermosa hija de rico hacendado. Pero aunque parezca difícil de creer, no dispone de suficiente caudal porque se encuentra en España, destinado a cuartel y malviviendo con tres monedas, y no consigue ser destinado a San Blas. ¡Hay un voluntario y se le niega la petición! Bueno —me miró mientras intentaba rebajar sus comentarios—, su caso y sus proyectos no los conozco,

señor, aunque me dijo que estaba casado y con descendencia.

—Tampoco yo sé que será de mi vida, o cuándo regresaré con la familia —era sincero, pero no deseaba entrar en ese tema que rendía el espíritu a la baja, sino asirme a lo que más brillaba en mi cerebro—. ¿Y se está preparando esa importante expedición hacia el norte?

—¿La expedición? —Perona parecía extrañado con mi desconocimiento—. Ya salió hace meses.

—¿Se ha emprendido una nueva expedición? Nada me han dicho de ella —sentí una decepción momentánea, como si hubiesen arrebatado de mis manos la golosina esperada.

—Porque todavía no había llegado a ese tiempo, que ya es el remate final. El 9 de marzo de este mismo año se hicieron a la mar, siguiendo las precisas órdenes del virrey, la fragata Princesa, con el alférez de navío graduado Esteban José Martínez como comandante, y el auxilio de dos segundos pilotos y un pilotín, dos capellanes y un cirujano, que según parece es más importante la salud del alma. Y también toma parte el paquebote San Carlos, mandado por el primer piloto Gonzalo López de Haro, uno de los llegados de La Habana, auxiliado por dos pilotos, un pilotín y un capellán.

—¿Para cuando se espera su regreso?

Quedaron mudos ante mi pregunta, como si hubiese largado los juanetes en temporal de rosca. Y así lo comprendí con rapidez al escuchar la respuesta.

—Se sabe con exactitud cuando salen los buques a la mar, hacia la costa del noroeste, pero pocas veces se acierta en el regreso —apuntaló don Melchor con sentida cortesía.

—Si es que regresan, que este Martínez tiene demasiadas cabras en la cabeza y...

Los dos pilotos se miraron entre ellos y optaron por callar en sabia prudencia, aunque tomé nota mental del comentario, que ya sabría en primera persona la realidad. Pero fue el pilotín quien entró en danza, al dirigirse a Perona.

—Creo que estamos en situación. ¿Maniobramos para tomar el paso, mi comandante?

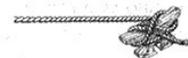
—Claro que sí, Manolín. Maneja en propiedad y al gusto, para dejar abierta una cuarta a babor la isla de María Cleofás.

Por primera vez reconocí con detalle la costa californiana. Como habíamos entrado un poco caídos al norte, dejamos la mencionada isla, la más al sur de las Tres Marías, bien pareja a babor, con lo que entramos casi a rumbo con el puerto de San Blas. Los dos avezados pilotos dejaban maniobrar al pilotín, que parecía disfrutar con su trabajo.

Y aunque les cueste creerlo, el simple hecho de barajar aquella costa tan alejada de España, encontrar nombres geográficos jamás escuchados, navegar por aguas claras y transparentes, así como la más absoluta ignorancia sobre el próximo futuro, abrió un rayo de alargada esperanza e ilusión en mi pecho. Atrás quedaban de un plumazo preocupaciones y tristes pensamientos. Por el contrario, una zona se fijaba

en mi mente, como aquellos grabados de navíos disfrutados en la niñez. Solo pensaba en la costa americana del noroeste, las expediciones de descubrimiento y colonización por ella, aunque todavía no conociera mi nuevo hogar.

Con estos pensamientos que elevaban los párpados en fantasía, doblamos la punta de la escollera que guarnecía el puerto de San Blas. Y de frente me encontré con el destino, que así podía asegurarlo.



## 16

### *San Blas*

Cuando te aseguran por vía y razón, de forma reiterada y a lo largo del tiempo, que una montaña es alta y esbelta, con sus laderas cubiertas de verde pasto, cuesta trabajo llegar al convencimiento de que la realidad es bien distinta, que tan solo se trata de un montículo vulgar con chaparras secas en sus vertientes. Y digo esto para explicarles mis primeros sentimientos al observar con suficiente amplitud la estación de San Blas. Tras las repetidas y poco edificantes exposiciones de los pilotos a bordo del paquebote, sobre las insalubres condiciones de vida y miserable funcionamiento en mi nueva residencia, lo que mis ojos vieron en una primera lámina llenaron el cántaro de abrigo con dulzura y esperanza. Y no me crean excesivamente propenso a la falsa alabanza o sujeto a emociones aventureras tan propias de la juventud, que les hablo en verdad.

Cuando en las primeras horas de la tarde, en aquel venturoso día 16 de julio de 1788, tanto avante<sup>[93]</sup> con el extremo de la Puntilla, fina escollera que apunta desde el cierre norte de la dársena en dirección sueste, abordamos la entrada al puerto, San Blas me pareció un recogido pueblecito de ese querido mar Mediterráneo, perdido en la espalda a miles de millas de distancia. Y no exagero una mota, pueden certificarlo. Lo que presumía como población civil se retranqueaba en las alturas, como si buscara en ellas la necesaria defensa contra periódicos ataques berberiscos, mientras las viviendas mostraban ese conjunto de luces blancas tan particular. Y para amoldar el cuadro al ciento, sufríamos el clásico calor veraniego, agobiante y espeso hasta los cerros. Pero era la humedad el peor accidente, porque sobrepasaba cualquier posible estimación, hasta forzar la incomodidad de todo indumento.

Mientras se llevaba a cabo la maniobra para forzar la entrada y posterior fondeo, comprobé la permanente atención que los pilotos prestaban a los fondos. La intención no era otra que evitar el rascado de la quilla en alguno de los caprichosos bancos de arena que, a pesar del dragado y limpieza realizados pocos meses atrás, el curso del río modificaba a capricho en sus periódicas avenidas.

Pero ya mi imaginación galopaba por la proa y los nervios se abrían en abanico con inesperada fuerza. Deben tener en cuenta que ninguna de mis experiencias anteriores habidas en la Armada, de arribo a puerto o presentación en nuevo destino, era de aplicación en San Blas. Para comenzar aquel guirigay mental y oficioso, desconocía la posible presencia de alguna autoridad por encima de mi rango, a la que debiera presentarme en forma para quedar a sus órdenes. Por esa razón, una vez afirmado el buque, atacué a Perona en un último esfuerzo informativo.

—¿Quién es la máxima autoridad en San Blas?

—En esta costa, cualquier asentamiento portuario se encuentra bajo el mando del comandante militar del presidio. Pero cuando arriba un buque de la Armada a ese punto, el comandante de la expedición naval se convierte en el comandante del puerto. Sin embargo, en el caso particular que abordamos, al ser cabecera de Departamento Marítimo, la máxima autoridad es el Comandante del Apostadero de San Blas, cargo que ostenta en estos días don José Camacho. Por cierto, que ya contamos con nueva unidad en nuestra particular escuadra.

—¿Nueva unidad?

—Acabo de ver atracada la fragata Concepción, aquella cuya construcción se había encargado a Realejo. Y tal como le anticipaba, huele poco a fragata en tamaño y porte. Pero parece marinera y cumplirá su papel.

—Siempre es bueno aumentar nuestra capacidad naval. Pero me gustaría continuar con mi pregunta. ¿Dónde puedo encontrar a ese José Camacho?

—En lo que aquí se llama como edificio general de la Contaduría. Lo encontrará sin pérdida, que es la única edificación del arsenal que presenta cierta nobleza, ladera arriba. Pero si me permite la sugerencia, señor, y no deseo inmiscuirme en sus asuntos oficiales sino ayudarlo en su tarea, será usted quien asuma tal cargo, que por rango y empleo le corresponde.

—Pero no dispongo de nombramiento alguno en tal sentido —abría las manos en forzada excusa—. Mis únicas órdenes, firmadas por el gobernador de Cartagena que, según supongo, ninguna jurisdicción o amparo mantiene en estas tierras, es la de trasladarme al Departamento Marítimo de San Blas.

—Es irregular esa modalidad, he de reconocerlo, que otros llegaron con tal nombramiento firmado por el Secretario de Marina e Indias, pero no creo que nuestras autoridades rechacen la oportunidad que se les brinda, aunque llegue por tortuosos caminos, un tanto apartados de la normal oficialidad.

—¿De qué autoridades me habla?

—De las dos únicas que pueden concederle su nombramiento, aunque sea en caso de interinidad hasta la llegada del formal decreto. Me refiero al gobernador de California, Pedro de Fages, o el mismísimo virrey, arzobispo don Manuel de Flores, si es que no ha renunciado ya a su cargo.

—¿Renunciar? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque su única actitud benéfica para el virreinato en general, y este departamento en particular, es la de reconocer sus limitaciones, que son muchas. Desde hace algunos meses se rumorea de forma insistente con su renuncia que, según dicen, ha elevado en modo y forma a la Corte. Y se habla de otro Revillagigedo para sustituirle en el puesto.

—¿Otro Revilla...? —volvía a padecer ese sentimiento de ignorancia que llegaba a acomplejarme. Era demasiada la información recibida en pocos días.

—Se trata de un apellido famoso en estas tierras —volvió a sonreír con un rastro de bondad, como el padre solícito que debe adoctrinar a su vástago más querido—.

De 1746 a 1766 fue virrey de Nueva España don Francisco de Güemes y Horcasitas, capitán general de los reales ejércitos y primer conde de Revillagigedo, un hombre de energía incuestionable y gran categoría personal. De él se comenta como excelsa alabanza, que encontrándose el virreinato de Nueva España en generalizado conato de sublevación, bastó su presencia a caballo por las calles de la capital, Méjico, para imponerse y hacer desistir a los revoltosos. Era un hombre que los tenía bien puestos, sí señor, con valor y energía a raudales. Y no se trataba de arrojo tan solo, porque arregló la Real Hacienda en su jurisdicción como pera en azúcar.

—Me sorprende usted, Perona. Mucho sabe sobre la historia de estos pagos.

—Ya le dije que, en verdad, me siento como nacido en Nueva España.

—¿Y el Revillagigedo del que me habla como sucesor del arzobispo, es descendiente de aquel?

—En efecto, su hijo primogénito, don Juan Vicente de Güemes y Pacheco de Padilla, que mucho quiere a esta tierra y conoce a fondo. Será un buen virrey conque disfrute de la décima parte de la inteligencia y energía que desplegó su padre.

Otra vez me sentía trillado por excesiva información superficial, que derivaba de la fundamental y precisa que necesitaba al punto. Pero así era aquel buen piloto en sus maneras.

—En ese caso, deberé presentarme al gobernador y al virrey —afirmaba en dejada interrogación.

—Deberá presentarse al gobernador, si me permite indicarle una positiva sugerencia. Y conste que su dependencia es directa y formal con el virrey, que se encuentra en la capital de Méjico, a unas 130 leguas de distancia, por caminos escasamente rodados y penoso trayecto. Por esa razón, si mi humilde persona se encontrara en su caso, y aunque roce de puntillas la legalidad, llevaría a cabo la presentación al gobernador, que maneja bien los hilos con rasa de punto y llana. Apostaría mis escasas pertenencias a que le otorgará de plano el nombramiento interino, sin esperar un segundo la preceptiva orden, informando al virrey en consecuencia. Pero tampoco es fácil dicha cuestión, porque deberá trasladarse allí donde este inquieto Pedro de Fages se encuentre.

—¿Allá donde se encuentre? —temía la concreción, que ya comenzaba a saber de las distancias habituales en aquellos reinos, más propias de extensos mares.

—Hay muchas discusiones sobre la capitalidad de California, que se atribuyen por derecho propio algunas antiguas villas, aspectos normales en nuevas demarcaciones sin límites establecidos. Y para rematar la confusión, esa teórica división en las cuatro provincias, Monterrey, San Diego, Santa Bárbara y San Francisco, no ha hecho más que complicar las rencillas locales, tan propias a los ánimos españoles. Por esa razón, el gobernador se mueve mucho de aquí para allá, aunque frecuente más la parte norte de la Baja California. En estos momentos puede estar en Monterrey, pero también en Loreto o incluso en Tepic donde, según dicen, mantiene negocios de cierta importancia y galana figura.

Mientras Perona guiñaba un ojo en señal de franca complicidad, asentí con la cabeza, aunque desconociera la situación de aquellas ciudades y el pormenor de la última condición, que sospechaba entraba en caldos de polleras y miriñaques. Pero ya continuaba el buen hombre.

—Le vendría bien un viaje a Monterrey, y así conocer la costa oeste de la península de California en un primer paso; y más al norte, a San Francisco, si a mano y oportunidad le alcanza. Y también las aguas del golfo, aquel que se llamara en un principio como Mar de Cortés, en honor a su descubridor. ¿Sabe usted que durante bastantes años, los jesuitas creyeron que la península de California era una isla? Por esa razón la bautizaron como isla Carolina, en honor de nuestro señor don Carlos II.

—No lo sabía.

—Son muchos los misteriosos interrogantes que han abanicado estas aguas, fantasías de las que aún perduran algunas para alimento de incautos y soñadores. Por ejemplo, se creía con firmeza que este continente americano estaba comunicado por el norte de California con la China. Igual sucede con el famoso paso del noroeste, en el que algunos creen todavía. Pero si se decide a navegar hasta Monterrey, le llevará su tiempo, que dicha capital abre de San Blas más de las mil trescientas millas.

Aunque llegué a acostumbrarme con el paso del tiempo, en aquellas primeras experiencias me asombraban las distancias, que allí las millas se medían en miles en lugar de cientos. Y en ese momento pensé en fugaz impresión, los miles de millas necesarias para alcanzar los sesenta grados de latitud, porque San Blas no alcanzaba siquiera los veintidós. Pero no era cosa de atribular el alma en la primera andanada con detalles menores, sino pasar a la vida práctica, como aseguraba Setum, más preocupado por nuestra instalación en San Blas, que también esa cuestión nadaba en aguas desconocidas.

Nada más pisar tierra en San Blas, dirigí mis pasos con resolución a lo que llamaban edificio general de la Contaduría, donde se albergaban las oficinas de la Comandancia del Apostadero, con su departamento técnico y oficinas del servicio portuario, así como la sección que podríamos denominar civil, con un comisario y dos ministros de la Real Hacienda, que llevaban el control administrativo.

Tras los consejos recibidos por Perona en las interminables y beneficiosas charlas, así como la simple inspección del personal que pululaba por las inmediaciones al puerto, decidí aligerar el vestuario de reglamento al mínimo presentable, y eliminar accesorios inútiles como la peluca, cuyo uso quedaba relegado para ocasiones excepcionales. También era factor a mi favor el que la autoridad a la que debía presentarme presentara menor rango al propio, aunque en este punto las Ordenanzas fueran inflexibles. Pero como se decía por aquellos caminos con tajante insistencia, una sabia frase a la que me amoldé con facilidad, los que redactaron ordenanzas y reglamentos no habían pisado jamás las Indias.

Hube de caminar un buen trecho ladera arriba, porque el constructor decidió con

inteligencia librar al edificio de las avenidas fluviales por altitud, y el cuerpo se resentía de tal medida. Vestía uniforme pequeño, elaborado en paño de vicuña fina a propósito, una sugerencia de Pecas, aligerado de chupa y mudando el corbatón por una cinta de cubierta. Sin embargo y a pesar de las medidas tomadas, el calor era asfixiante y pegajoso, por lo que me encontraba bañado en aguas sin remisión.

Alcancé el edificio sin más indicaciones, ya que destacaba por su tamaño y relativa dignidad del resto, especialmente su brillante pintura que recordaba el color de los limones maduros. Visto a cierta distancia, parecía preparado para solemne revista, una impresión que se perdía conforme llegaba a sus inmediaciones, porque las costras y rendijas clamaban por sus paredes.

Pregunté directamente a dos oficiales de mar que abandonaban la Comandancia en aquellos momentos, un contramaestre primero y un maestro de velas, excesivamente aligerados en su uniformidad. Y grande fue su sorpresa al comprobar mi presencia, al punto de mostrar pronunciado tartamudeo en la respuesta, como si se les hubieran aparecido las Santas Ánimas en persona. Me señalaron en silencio un despacho situado al final del pasillo, lo que me hizo continuar el camino.

Abordé la oficina tras golpear ligeramente con los nudillos en la puerta y sin esperar permiso, que así lo marcaba la etiqueta en visita de rango superior. Y he de reconocer que la estancia, amplia y digna, me sorprendió en forma agradable, salpicada con muebles sobrios y enormes ventanales desde los que se divisaba la mar en toda su extensión. Como detalle sorprendente, de las paredes colgaban diferentes apuntes de la costa, ordenados de sur a norte y dibujados a mano alzada. Según supe más adelante, eran cartas y portulanos salidas de la mano del gran piloto Mourelle de la Rúa.

Parapetado ante una imponente mesa, donde puedo jurar no cabía un legajo más, distinguí a un teniente de fragata graduado, un hombre al que por entonces consideré como venerable anciano, en esas definiciones cuyo rasero cambiamos con el paso de los años de forma inexorable. A la memoria me llegaron los comentarios escuchados a bordo del paquebote por los pilotos, sobre su renuncia a comandar la expedición emprendida hacia el norte meses atrás, acción que se justificaba con solo observar su figura. También en este caso, al elevar la cabeza y comprobar mi grado, abrió la boca en muda sorpresa. Pero reaccionó con prontitud, abandonando la silla sin pérdida de tiempo, por mucho que el asombro se mantuviese en su rostro. Me apresuré a intervenir.

—Soy el teniente de fragata de la Real Armada Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, conde de Tarfí, destinado a este apostadero.

—¿Teniente de fragata? ¿Destinado a San Blas? —repetía mis palabras en tono bajo, con la mayor incredulidad abierta a las bandas.

—Eso es. Aquí tiene mis órdenes y pasaporte, expedidos en Cartagena, aunque se trate de un caso..., un caso particular, podríamos decir.

Examinó con falsa ligereza mi documentación, lo que todavía aumentó más su

extrañeza.

—¿Le envía el gobernador de Cartagena, destinado a San Blas? Un sistema poco ortodoxo diría yo, señor, más propio de otros tiempos pretéritos. Me recuerda el caso mío personal, hace muchos años, cuando presenté mis credenciales por las bravas en la Comandancia General de La Habana. Sé que nuestro virrey ha solicitado de forma repetida la presencia de oficiales de guerra para este departamento, pero dudábamos que se concediera la petición con tal prontitud. No disponía de noticias al efecto.

Y se hizo el silencio, como si mi presencia en aquel despacho se debiera a oscuro contubernio, lo que, después de todo, podía ser la auténtica realidad. Por mi cerebro pasó la escena de Pecas moviendo extraños hilos en la Secretaría de Marina, al tiempo que solicitaba la firma de órdenes y pasaportes en solapada forma. Pero era cuestión pasada y no quedaba más remedio que afrontar la situación presente en condiciones. Por fin, el veterano piloto pareció reaccionar.

—Pues me pongo a sus órdenes, señor, y con la mayor felicidad que puede disfrutar un ser humano —por primera vez se abrió en sonrisas—. Declaro por mis alas altas y bajas que es noticia digna de ser celebrada. Hace bastantes años que el último de los de su clase abandonó estas aguas, para desgracia general del virreinato y de España. En la actualidad soy el Comandante del Apostadero, piloto graduado de teniente de fragata José Camacho y, le repito, considéreme a sus órdenes desde el primer momento.

—Creo que, en realidad, de poco sirve esta orden que aparejo en la carpeta. Deberá ser confirmada por autoridad superior y competente en la materia, que en este caso ha de ser el virrey.

—Y lo será, sin duda, con inmensa alegría de su parte. En cuanto a la preceptiva presentación ante la más alta magistratura, si me permite un consejo de edad y experiencia, la demoraría en lo posible. Usted dispone, como bien sabe, del tiempo de mudanza y asiento necesario tras larga travesía, y no es empresa cómoda ni rápida el traslado a la ciudad de Méjico. Es sabido por todos que nuestro virrey actual, el arzobispo don Manuel de Flores, parece mantenerse en un segundo plano, y espera ansioso la llegada de su sucesor para largar lo que considera pesada carga. Si me ofrece licencia para comentar entre cepillos, es mucha albarda la que pesa sobre sus lomos, y delega en las autoridades bajo sus órdenes, según muchos con excesiva asiduidad.

—Ya he oído comentarios en ese sentido. El comandante del San Antonio me ha puesto al día en las semanas de navegación habidas desde Panamá.

—¿Alfonso Perona? —iluminó su rostro, con lo que parecía agradable noticia—. Un buen hombre y magnífico piloto que, como yo, anda por sus últimas singladuras. Pero puedo apoyar y firmar en blanco todo lo que le haya noticiado.

—Me habló de la posibilidad de presentarme al gobernador y que él decida...

Mostró una sonrisa de general aceptación, como si acordara en positiva la alternativa que ofrecía.

—Mucho sabe Perona de la mar tendida y creo que le asiste la razón. Además, ha llegado usted, señor, con la suerte del alcatraz en el pico, porque nuestro inquieto gobernador se encuentra en la ciudad de Tepic, a pocas leguas de distancia. Y aunque no disponga de jurisdicción naval sobre este apostadero, le puede aligerar su situación oficial. Don Pedro de Fages es resolutivo al troncho con lo divino y lo humano, al tiempo que dispone de marcada ascendencia sobre el arzobispo, quien acata sus decisiones sin rechistar. Dicen que, incluso... —pareció dudar unos segundos antes de continuar—, incluso firma por delegación del virrey, aunque no pueda asegurar que sea asunto trillado en forma.

Comprendí sus ocultas palabras de claro significado, lo que alegró mi espíritu sobremanera, a la vez que me felicitaba en los adentros por la cercanía de tan resoluta autoridad. Deben tener en cuenta que todavía las largas distancias marcaban mi cerebro a tumba abierta. Pero también recordé las recomendaciones de Setum, que siempre martilleaba con acierto.

—Dispongo de un criado particular, que ejerce ese empleo por necesidad de embarque, aunque sea más bien secretario y amigo al que mucho debo. Desearía instalarme en forma adecuada con la mayor brevedad, si ello es posible. La verdad es que desconozco los hábitos y normas de este Apostadero, pero...

—No debe preocuparle esa cuestión, señor. ¿Piensa traer a su familia, si es que la tiene?

—Tengo mujer y dos hijos, que quedaron en España, y aún no formé consideración al respecto porque desconocía todo detalle sobre mi futuro —sentí una pequeña punzada en mi interior, que intenté rechazar—. De momento, como le decía, mi secretario Setum y yo formamos el equipo.

—En ese caso es más fácil, y puedo ofrecerle tres viviendas mantenidas a puerta cerrada, que pueden ser de su agrado. Tan solo necesito que me libere un par de días para su necesaria limpieza y adecuación, en los que puede mantenerse a bordo del San Antonio con holgura y disfrute. En su caso, ocuparía la que ya habitó el capitán de fragata don Ignacio de Arteaga, que me entregó el mando a su marcha, situada en la colina de San Basilio, bien arriba, con agradables olores, vientecillos frescos en la tarde y vistas al mar. Y le proporcionaré servicio de casa y cocina adecuado, porque el suplemento de mesa del Comandante de este Apostadero es generoso, desde que anduvieran por aquí los oficiales citados —me dirigió una sonrisa que estimé de grata complicidad.

—Mucho se lo agradezco. En ese caso, y como deseo aprovechar la oportunidad de la afortunada cercanía al gobernador, mañana partiré hacia Tepic para llevar a cabo el encuentro. Así, al regreso podré disponer de la vivienda, si ha finalizado las preparaciones.

—Lo que usted mande, señor —Camacho parecía feliz y obsequioso en sinceros, porque no era hombre de bordar la lana para granjearse amistad.

—Quiero dejar claro, Camacho, que no ordeno nada de momento porque no

dispongo de cartas en ese sentido. Usted sigue como Comandante de este Apostadero, hasta que se me ordene tomar el mando, si llega el caso.

—Llegará sin duda, señor, porque todos lo desean en alto. Y aunque no disponga de certificados que lo acrediten en el momento, puede ordenar lo que estime oportuno y a ello me ofrezco, que siempre supe cual era mi sitio en esta vida.

Aunque sea difícil explicar nuestras reacciones en determinados casos sufridos a lo largo de la vida, puedo asegurar que un inmenso orgullo se cebaba en mi pecho, al comprobar la facilidad con la que se desarrollaban los acontecimientos. Atrás quedaban las dudas y prevenciones, que ya estimaba sin causa. Además, un feliz pensamiento se fijaba en mi cerebro con las alas desplegadas. Sería en pocos días el Comandante de todo un departamento naval, desde donde se dirigían expediciones de descubrimiento y colonización que podían conllevar importantes repercusiones en nuestros dominios, con miles de millas de costa bajo mi jurisdicción. Y deben recordar que era un moderno teniente de fragata de la Real Armada, con solo 23 años y siete escasos de servicio. Camacho debió notar tales sensaciones en mi rostro.

—Es muy hermoso el sentimiento que produce mandar, la base fundamental de su carrera, y pocos en su empleo lo harán sobre tan enorme extensión de costa. Por el contrario, ya deberá saber que nuestra vida en San Blas, así como a bordo de los buques en disposición, en poco se amolda a la que habrá disfrutado en otras capitales de España.

—Veo que puede leer mis pensamientos con facilidad, cualidad que ofrece la experiencia de los años —también yo le ofrecí una sonrisa de amistad y confianza—. He mantenido muchas dudas durante largos meses, pero ahora puedo asegurarle que no me arrepiento ni una onza de la empresa acometida. Soy consciente que no será tarea fácil ni cómoda, porque la vida es dura en estas provincias de Ultramar, pero intentaré quedar a la altura que las circunstancias exigen y rinden bajo mis pies. Y espero que todos, usted en forma especial por su experiencia, colaboren con la lealtad y aprecio que en principio ya le estimo.

—Tendrá mi apoyo absoluto y el de todos, señor. No lo dude un segundo.

Y de esta forma, rematé aquel día del que guardo extraordinarios recuerdos, en especial los sentimientos que batían en mi pecho con inesperado orgullo. Regresé al paquebote aligerado de peso, que ya ni siquiera sentía correr el sudor por mi espalda. El plan general estaba embastado y tan solo debía encomendarme a mi propia capacidad, lo que no me asustaba una gota. Atrás quedaban las dudas e interrogantes, al tiempo que anulaba en mi cerebro cualquier consideración familiar que pudiera enturbiar tan dulce momento.



## *Un gobernador que rompe la norma*

Con dulces sentimientos en el saco comenzó una nueva etapa en mi vida y, como tantas otras veces, ligero de suelas e impulsado por un viento matacabras a la espalda. Y nada más cierto en este caso, cuando nombro la palabra novedad, porque ningún camino abierto a proa y popa de mi acelerada carrera naval presentaba semejanza con el emprendido en las últimas singladuras. Pero así es nuestra existencia, cambiante en horizontes y amanecidas, que lo incógnito nos adelanta en cabalgada cuando la sangre es joven, mientras suele rendirnos a cubierta cuando entramos en carena por edad.

Y no solo a mi persona alcanzaba aquel especial disfrute sensorial, porque el fiel Setum parecía cobrar alas en la ventana y mostraba su alegre dentadura a ras de los vientos, señal de la más estibada felicidad. Tras ponerlo al día de lo acaecido en la reunión con el Comandante del Apostadero, ya quería el expeditivo secretario andar en ritmo de mudanza y asentamiento, con ese especial fervor de aposentar los reales en morada propia, que siempre se dejara romper a su alrededor. Por dicha causa, hube de frenarlo en comisión y explicarle que al regreso de la visita al gobernador comenzaríamos a navegar por corto en nuestra nueva vivienda. Pero también pesaba en el ánimo del africano su preocupación por mantener nuestras vituallas a cubierto y con aldaba segura, porque fiaba bien poco o nada de los mozos despenseros de a bordo.

Resuelto a tejer la lana por derecho, que ya conocen de mi gusto por embridar los asuntos a la primera y en corto, el mismo día de mi llegada y siguiendo las recomendaciones de Camacho, se envió mensajero a la villa de Tepic en urgente comisión al señor gobernador, con la petición de que me dispensara audiencia a la mayor brevedad. Se acompañaba recado de mi puño y letra, en el que me rendía a sus órdenes y comentaba a la ligera y sin mayores detalles la llegada a San Blas, para incorporarme al departamento en servicio permanente. Y no llamaban a desvarío los que aseguraban el ejercicio de pronta resolución en don Pedro de Fages, porque hizo regresar al recadero con su montura al límite de befos y precisa respuesta, citándome para dos días después en el Palacio de las Coronas, edificio en el que, según me comentaron, aposentaba sus reales en las numerosas estancias que prodigaba a la cercana ciudad.

De esta forma, tras una larga jornada de espera que utilizamos para preparar el necesario transporte y equipaje, partimos hacia Tepic, intentando amoldar la hora de salida y el previsto itinerario con la hora de audiencia concedida. Las promesas de don José Camacho comenzaron a surtir efecto, una primera prueba de su sinceridad y

apoyo, porque colaboró en la medida de sus fuerzas. Para el traslado me ofreció el carruaje oficial del Apostadero, artefacto incómodo de lumbres y con telas más cercanas a la conquista que, sin embargo, cumplió su propósito. A las riendas marinaba un farolero<sup>[94]</sup> experto en la faena, de nombre Atanasio y al que todos apodaban Cuatro Vientos, con vida amarrada a la mar del sur y costa californiana, casado cuatro veces y con tantos hijos como Matusalén.

Y arrancamos de San Blas con las primeras luces del alba, con margen suficiente para cumplir el programa, que no era yo de los que toman en fino la madeja y estimaba la puntualidad en su justa medida. Por fortuna, las escasas nueve leguas que separaban San Blas de nuestro puerto de destino se hicieron llevaderas y, en verdad, hasta metidos en el canto de la más pura felicidad. Todo era nuevo para mí, trazas, aire y paisaje, razón que siempre atrae al joven que se lanza ladera abajo.

Según nos narraba Atanasio durante el viaje en alargada explicación, era Tepic ciudad importante y antigua, llamada anteriormente como Nayarit aunque, en realidad, procediera del nombre indígena de Tepec, una acepción que, según aseguraba, significaba en la lengua india primitiva como lugar muy poblado. A pesar de tal nombre, no se podía asegurar al ciento tal semejanza, por mucho que se tratara de ciudad importante, con vientos sanos y facilidades de las que se carecían en el Apostadero y poblado de San Blas, razón por la que las familias con posibles se trasladaban a ella en épocas de pestes, inundaciones o huracanes.

Seguimos un camino bien trillado por el margen izquierdo del río Mololoa, hasta alcanzar las primeras estribaciones noroccidentales del valle de Matatipac, donde se abría la ciudad a la vista como una concha escondida y cerrada. Y ya de entrada puedo adelantar que me sorprendió su configuración y noble estampa, porque en pocos segundos pudimos divisar numerosas viviendas de señorial factura, así como espléndida catedral de orden y otros templos de gran belleza, entre los que destacaba el histórico dedicado a la venerable advocación de la Santa Cruz. Pero no perdí excesivo tiempo en recrear la mirada en piedras y cruces, sino que ordené a Cuatro Vientos arrear el tiro al escuchar las últimas campanadas del aviso para la misa mediana. De acuerdo a la señal, tan solo nos sobraba un cuarto para rendir camino con tiempo suficiente al recibo, y llevar a cabo el necesario arreglo final del vestuario.

En el interior del carruaje, ayudado por Setum, aparejé el uniforme grande como mandan las ordenanzas al punto, por mucho que ya sintiera en los primeros segundos esos rigores tan habituales que produce la elevada temperatura, algo más llevadera, sin embargo, que la sufrida en la costa. Y de esta guisa chascó el freno Atanasio ante el palacete de las Coronas, al tiempo que me obsequiaba con una sonrisa de triunfo. Y de un primer vistazo pude comprobar el adecuado nombre otorgado al noble edificio, ya que el friso quedaba ornamentado por una fila de coronas ducales de bella factura, aunque nadie en la actualidad ostentara tal privilegio de grandeza en la villa.

Descendí del carruaje con la lentitud y prestancia que merecía el momento, tal y

como Pecas habría recomendado sin posible omisión, lo que me hizo recordar al buen amigo que debía andar tantas millas al sur. Y nada más tocar el suelo, como si esperaran mi llegada en permanente vigilia, se abrió la puerta de labrados cuarterones, de donde salieron dos sirvientes con ropajes más propios de palacio real. Y ni siquiera dispuse de tiempo para expresar en regla mi petición de ser presentado ante el gobernador, porque uno de ellos se adelantó a la fórmula.

—Bienvenido sea a la ciudad de Tepic, señor. Su Excelencia el Gobernador nos ordenó mantener permanente atención a la llegada de su carruaje y que lo acompañáramos a su presencia con rapidez.

Y con un simple movimiento de mi cabeza para concordar a la propuesta ofrecida, seguí los pasos del sirviente que ya abría camino para penetrar en el edificio. Me sentí sacudido una vez más por la premura a la que el gobernador parecía tan aficionado, y en verdad que así se conducía el ilustre personaje, como pude comprobar con el paso del tiempo.

Nada más traspasar la entrada, me encontré circulando sobre un piso de baldosines en adobe horneado, ensamblados al ajedrez para decorar el enladrillado de un pequeño patio distribuidor. Por fortuna, sentí el frescor y alivio de mansión prevista para temperaturas elevadas, hasta el punto de creer entrar en templo conventual, donde se respira tan agradable y húmedo ambiente. Tras el patio porticado nos adentramos a la derecha en lo que parecía una pequeña sala de recibo, sin funcionarios a la vista, para continuar por alargado pasillo hasta una nueva sala, más espaciosa, donde ya en mesa de trabajo se adivinaba la presencia de un escribano. Supuse que allí me mantendría en espera de ser recibido por el gobernador.

Al tiempo que el criado efectuaba ligera reverencia y se retiraba sin decir una sola palabra, quien consideraba como funcionario al servicio de su Excelencia elevó por fin la cabeza en mi dirección. Y no hubo tiempo para más indicaciones, porque ya aquel hombre abandonaba su asiento para dirigirse hacia mí con abierta sonrisa y alargada mano. Un sexto sentido o la ayuda del ángel debió advertirme a tiempo, porque aunque la vestimenta no ofreciese signos de alta magistratura, recordé la descripción ofrecida por Perona y adiviné al pronto que me encontraba ante el querido o temido Pedro de Fages en persona. Y me lancé al viento tal y como la ocasión merecía, elevando la voz en firme y sin arrugas.

—Quedo a las órdenes de Su Excelencia, señor. Se presenta ante vos el teniente de fragata de la Real Armada Francisco de Leñanza y Martínez de los Cobos, conde de Tarfí, destinado al...

No pude rematar la oficial presentación, porque ya me embutía aquel hombre de estatura pareja a la mía entre sus brazos, como si recibiera al hijo que retorna al hogar tras alargada ausencia.

—Bienvenido a estas benditas tierras de California, señor conde. Me alegro de que haya disfrutado una cómoda travesía desde Panamá, sin sufrir ninguno de los huracanes que en esta época sacuden la costa con periódica y maléfica repetición. Y

con extrema alegría y sinceridad le ofrezco estas palabras. Llevo mucho tiempo en espera de que la Secretaría de Marina e Indias, que tan sabiamente dirige en estos días el teniente general de la Real Armada, excelentísimo señor Baylio Frey don Antonio Valdés y Fernández Bazán, se digne asignar al Departamento Marítimo de San Blas oficiales de guerra, empeño al que ya concedía escasas esperanzas. Y con la misma sinceridad puedo declarar que la petición era de mayor cantidad aunque, como suele decirse en esta costa, más vale la prenda que la ausencia.

Me estrechó con fuerza entre sus poderosas garras, para ofrecerme a continuación asiento en sillones apartados bajo el ventanal, con lo que parecía conceder mayor confianza y deferencia a mi persona. Y al primer vistazo saqué positiva impresión de aquel hombre, cincuentón fuerte y entrado en carnes, que rebosaba energía y decisión por los cuatro costados. Y bendije mi decisión de vestir la etiqueta ordenada, porque también utilizaba peluca don Pedro, aunque el resto del vestuario, noble pero sencillo, desentonara en forma con el que se presume a tan alta jerarquía, que ni en casaca o chupa mostraba entorchados, galones, alamares o cualquier otra distinción. Pero me entró por tronera de barlovento desde el primer instante, lo que era fácil dada su abierta obsequiosidad y generosa cortesía.

Llevé a cabo la pertinente entrega de órdenes y pasaportes utilizados desde mi salida de Cádiz, que ojeó con interés y detenimiento. Y aunque esperaba inmediata alusión al extraño conducto que me llevaba a tan lejano destino, las apartó a un lado mientras volvía a abrirse en alegre gesto.

—Bendito sea ese benéfico gobernador de Cartagena, a quien por cierto no conozco, que a bien tuvo acordarse de este perdido Departamento Marítimo, que tanta importancia podría presentar en los próximos años, si los ministros de la Corona le dedicaran la debida atención —elevó sus poderosas manos, como si me debiera una necesaria explicación—. Y vaya por delante que no me duelen prendas cuando se debe criticar a la superioridad con el debido respeto, siempre que se haga con ánimo constructivo, como es el caso que me ocupa. No es fácil hacer comprender a personas alejadas a miles de leguas, por grandes e inteligentes que sean, de la riqueza que se abre en carnes por estas costas, cuestión que sí parecen comprender otras potencias.

—Eso tengo entendido, señor. Ya me pusieron en antecedentes sobre lo descubierto por el norte y la importancia de las tierras posesionadas.

—Y la tienen, no le quepa duda. Además de ejercer la posesión de aquello que por ley nos pertenece, no debemos olvidar lo que podría significar a la Real Hacienda el monopolio en la comercialización del oro suave, como por aquí llaman a las pieles de nutrias, castores y lobos marinos, todas ellas de altísimo valor. Por esa razón, convencí a nuestro Virrey de la urgencia en adelantar una expedición que tome posesión efectiva de esas tierras, fortificando los puntos que se estimen convenientes. Por desgracia, a falta de oficiales en adecuado rango, debimos enviar a la fragata Princesa y paquebote San Carlos bajo el mando del piloto, graduado de alférez de navío, don Esteban José Martínez. Pero ya con su presencia y la llegada de futuros

compañeros, cambiará el panorama por completo, estoy seguro. Mucho e importante es el trabajo que le espera, y estoy seguro que lo llevará a cabo con diligencia y eficacia.

El gobernador hablaba con una decisión y autoridad contagiosas, al tiempo que ofrecía ese grado de confianza que es tan importante a veces para ejercer el mando con positivo rendimiento. Por esa razón me sentí con la moral elevada a las nubes desde el primer momento.

—Mucho le agradezco la confianza que deposita en mis hombros.

—Aunque pueda parecerle pecado de sana inmodestia, creo disponer de una especial habilidad para catalogar la capacidad de las personas en pocos segundos, aunque unas pocas veces me llevara a los infiernos tal ventura. Pero le aseguro que estoy convencido de haber sido afortunado con su llegada. Le adelanto que, aunque segundón de noble familia valenciana, he ejercido en toda faena por estos pagos; aventurero, colonizador, explorador de nuevas tierras, coronel de milicias con alargadas campañas de castigo contra los indios de Sonora y Sinaloa, regidor y adelantado del Virrey. Por fin, alcancé el alto empleo que ostento por méritos propios, que nadie me regaló nada en el camino, y con sinceridad le diré que espero sean recompensados mis servicios con el título nobiliario que para mí han solicitado dos virreyes en continuidad. Y esos títulos, los primeros que abren estirpe, son los más valiosos entre todos, como es su caso, con su condado ganado a las bravas y los bigotes chamuscados en duro cautiverio.

Al tiempo que me halagaban sus generosas palabras, la sorpresa saltó en redondo sobre mi pecho, porque no comprendía de dónde le podían haber llegado tan precisas noticias al gobernador sobre mi persona, y con tal rapidez. Debí mostrarlo en mi rostro, porque ya se abría don Pedro en risas ahogadas, al tiempo que palmeaba con las manos en gesto de verdadera felicidad.

—¿Le sorprende que sepa de usted y de su trayectoria naval con minucioso detalle y a tanta distancia de nuestra España? —parecía disfrutar con lo que consideraba un acertijo de reunión—. También estoy al corriente de que casó con la única hija del duque de Montefrío, una de las más nobles casas españolas, y que debe ser padre a estas alturas. Por cierto que, si así lo desea, puedo albergar a su familia en esta ciudad u otra cercana, en la forma que personajes de tal categoría merecen.

—La verdad es que todavía no he tomado decisión al respecto, señor, ni contemplado la posibilidad siquiera. Una vez que me acomode al destino, decidirá la cuestión familiar.

—Me parece adecuado y perfecto a la ocasión. Siempre es dura la separación de los que mucho añoramos, pero le adelanto que por estas tierras se encuentran criollas, mestizas y cuarteronas de especial belleza, que pueden aliviar su nostalgia amorosa —volvió a reír, animado en lo que consideraba excesiva confianza—. Por favor, no tome a mal mis palabras. Pero no disfruto de fama santurrona precisamente y comprendo bien las debilidades del hombre. Un conde español en California puede

ser objetivo codiciado por muchas manos femeninas, aunque se encuentre en situación de casado. Debe tener en cuenta que las costumbres por aquí se distancian a leguas de las mantenidas en España.

Me produjeron agridulce regusto sus palabras, aunque agradecía el tono con el que enfocaba nuestra conversación. De todas formas, mantenía en mi cerebro unas dudas que debía solventar.

—Puedo saber, señor —dudaba en formular la pregunta—, cómo dispone de tanta información sobre mi persona. No creo que haya dispuesto de tiempo suficiente para elevar consulta.

—Sabía que le sorprendería el disparo —volvió a palmear con satisfacción—, y le seré sincero desde la primera campanada. La verdad es que siempre intento saber lo más posible de todos los que trabajan a mi lado, incluso de aquellos de quien dependo, porque no es malo estar al corriente de hábitos buenos y regulares, así como de cuitas y pesares si los hay. Pero en su caso ha sido una verdadera e imprevista casualidad, se lo prometo. Cuando me llegó su recado desde San Blas, me encontraba a punto de asistir a un almuerzo con el padre franciscano fray Benito de Casares, santo varón que lleva a cabo meritoria e ingrata labor en una pequeña misión situada más al norte. Le comenté su arribo a San Blas, y quedé gratamente sorprendido al comprobar que este buen hombre se encontraba al corriente de gran parte de su vida, al menos de la más llamativa. Resulta que el santo franciscano, que lo es por adelantado en mi estima, ejercía su benéfica profesión en Castellar de la Frontera hasta hace pocos meses, cuando solicitó su traslado a las misiones de California. Y resulta que solía acudir a una hacienda de los Montefrío...

—Las Garitas del Marqués —me adelanté sin decisión previa, asombrado por aquella coincidencia.

—En efecto. De esta forma, estoy al corriente de sus hazañas, combates, cautiverios, heridas, ascensos y..., y penosos asuntos por los que debió atravesar hasta alcanzar la merecida felicidad. Siempre es bueno lo que con final feliz se remata. Pero, bien —abrió las manos como si deseara apartar un pesado moscardón—, dejemos los temas tristes y entremos en materia.

—Es lo que más deseo, señor, porque es mi intención tomar el mando del Departamento a la mayor brevedad, si el virrey lo estima oportuno y me considera con la suficiente confianza como para...

Don Pedro me cortó por derecho con un gesto que no invitaba a duda alguna, mientras alzaba una mano en mi dirección.

—Esta misma mañana he firmado su nombramiento como Comandante del Apostadero de San Blas en nombre del Virrey, don Manuel de Flores, por la necesidad y urgencia que al caso compete. No tema, que será refrendado con prontitud y en forma reglada por nuestra máxima autoridad, de la que gozo una máxima estima y consideración, al punto de permitirme certificar tales previenes. Pero no me refería a esa cuestión y los planes de futuro, que abordaremos más

adelante. De momento debe considerarse invitado por mi autoridad en este palacio, donde debe permanecer el tiempo necesario para exponerle los planes que preveo para usted y su departamento. Y debe disfrutar de la ocasión, que su vida en San Blas y mar arriba no será tan dulce.

—Eso tengo entendido. Pero no me asusta la empresa, puede estar seguro.

—Y le creo a pie juntillas. Pero para arrancar la andadura con camino abierto, he previsto para esta misma tarde una recepción en su honor, de esas en gala y telas altas a las que tanto gustan las gentes de bien y elevado cuño en la Baja California. Le adelanto que no solo acudirá lo mejor de Tepic, porque adelantadas las noticias sobre la estancia de su noble persona, serán muchas las familias de estaciones cercanas que se desplazarán. Ya sé que ha sido empresa acelerada y con extrema diligencia, por lo que será severamente criticado por la premura de tiempo que imposibilita la alzada conveniente de tocados, pero soy ejecutivo y consciente de que el tiempo es oro. Y no me espantan las críticas, de la que recibo pesadas sacas a diario.

—Mucho se lo agradezco, señor, aunque no creo que un simple teniente de fragata de la Armada merezca...

—El simple hecho de que, tras bastantes años, un oficial de guerra alcance estas costas, sería merecedor de tal deferencia por mi parte. Pero no sea usted tan modesto, señor conde, porque es mucho más que eso y lo sabe. Debe tener presente que en las ciudades de Ultramar son muchos los que echan de menos la presencia de verdaderos nobles españoles, acostumbrados a la usanza de la Corte en enviar a las Indias demasiadas cabezas alocadas, por no citar frases de mayor gravedad.

Pareció descansar en su continua andanada, pero fue un soplo solamente, porque ya volvía al ataque.

—Ahora debe ponerse cómodo. Le mostrarán sus aposentos, donde le será posible refrescarse, que las casacas apuran hasta el último suspiro del cuerpo. Dentro de un par de horas está usted invitado a mi mesa para un ligero almuerzo, por fuera de todo protocolo, y tras el necesario descanso, cerraremos la jornada con la recepción que es comidilla ciudadana en las últimas horas. Y conste que seré odiado por aquellos a los que no alcance la noticia con suficiente antelación.

—Le estoy muy agradecido, señor, por la cortesía que me dispensa.

—Soy yo el que tiene que agradecer su ambición y arrojo en nombre de España.

Don Pedro hizo sonar el llamador, al tiempo que se levantaba y me tomaba por el brazo con amistosa familiaridad. Poco después era acompañado por un servidor, que me condujo a las habitaciones reservadas para mi persona. Pude comprobar que habían instalado a Setum en las dependencias correspondientes al servicio, un detalle que siempre me hería bien dentro pero que, por desgracia, no tenía solución al alcance de la mano.

Aligerado de ropa me tendí sobre la mullida cama, espléndida pieza endoselada con robustos mástiles, mientras pensamientos de extrema dulzura recorrían mi cerebro. Después de todo, me decía, la fabulosa coincidencia del franciscano de

Castellar era un regalo del cielo, si facilitaba mi vida en California y el trabajo que debería desempeñar en el Departamento Marítimo de San Blas. Y como siempre me repetía, era necesario amarrarse a los buenos vientos, que sirven de necesario desahogo en los temporales.

Entrados en un día de sorpresas harto agradables, la recepción ofrecida en mi honor por el gobernador fue, sin duda, la guinda que colmaba el vaso del orgullo y la complacencia. Como ya les he adelantado en diversas ocasiones, atravieso un momento de mi vida en el que la verdad se abre paso a borbotones y no es, desde luego, tiempo de enmascarar el rostro con la capa. Por esa razón, he de reconocer que mi propia estima alcanzó cotas sublimes conforme era presentado a las principales familias de Tepic, así como algunas otras llegadas de haciendas establecidas a cierta distancia. Pero también debo certificar la explosión que se produjo en cuerpo y alma cuando sucedió lo que dentro de mí temía sin declararlo, la entrada de agua en la sentina sin achique posible.

Me encontraba en amena charla con un grupo donde destacaba la parla incansable del veedor de la villa, don Justo de Marichalar, y fray Benito de Casares, quien oficiara en Castellar de la Frontera y diera conocimiento de mis aventuras personales, cuando escuché las palabras de don Pedro de Fages a mis espaldas. Y puedo jurar que antes de girarme en su dirección, sentí que la tierra se movía suavemente bajo mis pies, aunque no sea propicio a creer en premoniciones ni augurios de brujas.

—Permítame, señor conde, que le presente a uno de mis mejores amigos, así como a su hija, una de las bellezas que certifican la galanura de estas tierras.

Cuando me enfrenté al grupo, quedé impresionado por la visión que me alcanzaba el pecho como una andanada de grueso calibre. No me crean propenso a las exageraciones, un pecado ajeno por largo a mi normal conducta. Pero si comprenden la diferencia abismal que se abre entre el cielo y el infierno, entre la mar y el fuego, así como cualquier otra comparación de elementos opuestos, podrán entender lo que me hizo sentir la simple comparación de aquella mujer con la otra que abriera mi corazón años atrás y engendrara sangre de mi sangre. Perdido en ese especial abismo, escuchaba las palabras de mi anfitrión llegadas desde cerros lejanos.

—Tengo el placer de presentarle a don Hugo de Lastra y Moncada, nieto de uno de los primeros colonizadores establecidos en estas tierras y señor de esa ejemplar hacienda envidiada por tantos, llamada San Luis. Y a su encantadora hija, Beatriz, que por suerte para nosotros disfruta unos días en el hogar paterno, ya que su esposo, el capitán de la Compañía Fija Veterana de Infantería establecida en Monterrey, quedó allí por necesidades del servicio.

Les hablaba de esos polos opuestos tan utilizados por los poetas en sus composiciones, porque de eso se trataba en realidad y fue el primer pensamiento que atenazó mi cerebro a mortaja. Cuando años atrás contemplé a Cristina, mi mujer, por primera vez, un color se abrió paso en mi cerebro hasta cerrarlo en pañol; el color

blanco de su vestido, de su piel, de su cabello dorado y blanquecino, así como su vestido abierto en vuelos de espuma. Por el contrario, ahora me encontraba ante una joven señora, que debería rondar la veintena, en la que el negro era el factor dominante por excelencia. Cabello negro y lacio que caía con indolencia sobre sus hombros, ojos grandes del color del azabache, piel morena que indicaba un posible tinte familiar y, para rematar la faena, un traje negro, de amplio y generoso escote, donde se abría paso un collar de extraordinarias perlas grises que, por aquellas costas, denominaban como negras.

Y quedé mudo, asombrado ante una belleza que parecía anidarse en hueco por fuera de este mundo, incapaz de ser superada por la imaginación de cualquier pintor. No podía apartar mis ojos de aquellos otros que se cubrían por largas pestañas negras en nervioso movimiento. Y en esta ocasión fue la voz de don Hugo lo que me devolvió a la realidad.

—Es un gran honor disfrutar de su compañía, señor conde. Ya don Pedro nos ha puesto al día de sus extraordinarias hazañas por mar y tierra, más propias de epopeya. Por fin la Corona recuerda que existimos los que laboramos por España a tanta distancia, y nos envía un personaje de su categoría.

Estreché la mano de aquel señor de imponente figura, entrado ya en larga cincuentena, que inspiraba respeto y temor en una primera impresión. Y también besé la mano de su hija, con lo que el simple roce de su piel me hizo padecer sentimientos perdidos en la distancia, al tiempo que un rumor sin control se extendía por todo mi cuerpo. Fue entonces cuando escuché su voz.

—Nos alegra mucho tenerle entre nosotros, señor conde. Siento no poder presentarle a mi esposo, el capitán Ildefonso Urtube, pero se debe al servicio de su profesión, tan cercana a la suya.

—Por favor, les ruego que me llamen Francisco. También para mí es un placer conocerles, y estimo que pueden rebajar las alabanzas que sobre mi persona habrá entablado nuestro gobernador.

—Nada de eso —intervino fray Benito con implacable energía—, que doy fe de todos los detalles y podría ampliarlos. Muchas veces oficié en la hacienda de los duques de Montefrío, cuya hija casó con nuestro respetable huésped.

Aunque me doliera en las tripas, no me llegó al gusto aquel comentario que establecía mi condición familiar, aunque debía suponerla como pública y conocida. Pero a partir de aquel momento, nada existía en la recepción salvo aquellos ojos negros que me taladraban sin descanso, aunque se mantuvieran a veces en la distancia. Y como perro faldero forzaba su cercanía con pueriles excusas, por mucho que debiera corresponder al interés de tantos otros en conocer al noble español llegado de la Corte, según palabras de don Pedro, que adivinaba vientos y mareas con su fino olfato y torcida sonrisa. Y aunque les parezca extraño, disfruté de la velada como guardiamarina en primera navegación, por mucho que debiera desterrar ciertos pensamientos de culpa que no conseguían permanecer en mi cerebro más de escasos

segundos.

La recepción llegó a su fin tras varias horas de ameno y divertido festejo, acompañado de excelentes viandas, dulces de todo tipo, generosos vinos acopiados de España, así como un espeso aguardiente muy sabroso al gusto aunque de peligrosas consecuencias, que fabricaban los naturales del país y llamaban mezcal, increíble producto obtenido de una pita americana. Y con el remate llegó el necesario protocolo de las despedidas, momento esperado por mí para rozar aquella mano de nuevo, como si se tratara de alcanzar el paraíso en breves segundos. Volví a escuchar su voz, con un tono especial de arrullo capaz de devorar cualquier resistencia.

—Me he alegrado mucho de conocerle, Francisco. Espero que nos volvamos a encontrar, bien sea aquí, en Tepic, o en Monterrey. Allí podré presentarle a mi esposo, aunque viaja mucho en expediciones de castigo o protección de convoyes por la senda abierta hacia San Francisco, con lo que me deja casi en permanente soledad.

—Deseo salir a la mar para conocer esta costa, y es Monterrey un puerto de escala necesaria sin posible omisión, del que mucho me han hablado. Será un honor y un placer para mí visitarles y verle de nuevo.

—Espero que no olvide su promesa, aspecto normal en los hombres de mar —abrió media sonrisa de incierto significado, aunque nuestros cerebros aleguen siempre a favor—. Le repito que será un verdadero placer.

Y al tiempo de emitir sus últimas palabras, dirigidas en dulce y queda voz hacia mis entrañas, sentí un ligero apretón de su mano cuando la elevaba hacia mi boca. Y no se trataba de jugarreta propia a inclinada imaginación, que bien se comprende ese juego de señas y silencios, desconocido para mí hasta aquel momento. Pero en esta vida se aprenden los caminos con tanta rapidez como los pájaros el vuelo.

Por fin, quedé a solas con don Pedro en el amplio salón. Me invitó a beber con él una última copa, mientras tomábamos asiento en uno de los conjuntos centrales. Se le veía feliz y animoso, como si hubiese llevado a cabo una importante gestión de la que había salido triunfador. Me vi obligado a intervenir en reconocimiento.

—Le agradezco esta magnífica recepción, señor, digna de cualquier palacio en la Corte.

—No es para tanto, aunque siempre intento mantener al hilo nuestras maneras y tradiciones, empresa difícil por la extrema distancia a España, que alarga los rastros y nos hace manejar diferentes sistemas. A pesar del escaso tiempo disponible, pocas son las familias que han faltado a la ocasión, y se arrepentirán de ello al escuchar las comidillas que proliferarán en los próximos días. Estos hombres y mujeres engrandecen España día a día, al tiempo, es verdad, que amasan respetables fortunas y levantan haciendas dignas de cualquier noble español.

Dio un ligero trago a su copa, al tiempo que sonreía como si un gracioso pensamiento le forzara a ello.

—Un aguardiente extraordinario —era sincero en mis palabras, al alabar el caldo que acababa de ofrecerme como fin de fiesta.

—Este lo reservo para especiales ocasiones, elaborado en España hace muchos años. No consigo habituarme al pulque y al mezcal que se toma con tanta asiduidad en toda Nueva España. Unas bebidas que, por cierto, ya fabricaban los nativos antes de nuestra llegada.

Se hizo un ligero silencio, mientras don Pedro observaba el licor con fingido detenimiento. Pero tal y como esperaba, me atacó los flancos en forma.

—Habría podido comprobar que no mentía y se encuentran verdaderas bellezas entre las jóvenes de nuestras familias afincadas en California.

—Así es —intenté entonar en forma desinteresada, aunque no era fácil burlar aquel hombre que volvía de largo camino—, muchas y de especial hermosura.

—Y entre ellas, es de alabar en especial esa pequeña de mi buen amigo, al que conozco desde hace muchos años y con quien conviví experiencias de todo tipo. He visto pocas mujeres de tan extraordinaria hermosura. Lástima que Hugo de Lastra enviudara tan pronto, porque la madre era de pareja belleza, si tal es posible. Y su única hija casó con un capitán de amargo talante y excesiva edad para joya tan primorosa. Por esa razón prodiga y alarga sus estancias en casa paterna, tras comprobar que no aparece descendencia del matrimonio ni, en mi opinión, se ve satisfecha como mujer. Y quede esta última observación entre caballeros, por favor.

No sabía con exactitud la derrota que don Pedro deseaba seguir, por lo que me amoldé a la etiqueta sin extenderme en senderos desconocidos.

—Es de excepcional belleza doña Beatriz, nadie sería capaz de negar lo que a la vista se encuentra —otra vez se abría el sentimiento de culpa bien dentro, como si se tratara de un tema que debía evitar.

—Aunque se niegue de forma habitual, un sistema que considero absurdo, su abuela materna llevaba sangre india en sus venas, lo que le ofrece ese tono de piel que estimo especialmente atractivo en muchas de nuestras mujeres. Buenos ejemplares se forman con esta mezcla de razas que llevamos a cabo, aunque algunos presuman estúpidamente de pureza, como si los españoles no procedamos de una extensa amalgama de razas formada a lo largo de siglos. Y en el caso particular de Beatriz, a quien conozco desde que recibiera las primeras aguas, ya he visto que no apartaba sus ojos de ella —me ofreció una sonrisa burlona mientras apuraba un largo trago.

—No sé a qué se refiere, señor. La verdad...

—Vamos, Leñanza, que estamos entre caballeros españoles. Nada vergonzoso existe en la atracción que puede sentirse por mujer como esa. Y más en su caso, tras muchos meses alejado de femenina compañía. Deje seguir el curso de las aguas, que nunca el río retorna a la montaña.

No sabía si debía responder en negativo, pero no me ofreció tal posibilidad, que ya cabalgaba en otra dirección.

—¿Tiene usted sueño? ¿Desea descansar o es capaz de soportar un poco más mi conversación?

—Estoy acostumbrado a largas vigilias, señor.

—Lo comprendo. Le adelanto que soy noctámbulo empedernido y es en estas horas cuando mi cerebro funciona a mejor ritmo. Me gustaría hablarle de los planes que bullen en mi cabeza.

—Estoy a su disposición.

Antes de continuar, don Pedro se dirigió con rapidez hacia el salón continuo, para regresar con un cartapacio de gran tamaño, de donde extrajo lo que parecía un mapa general de California.

—Como le han explicado, hemos mantenido una situación propia de suicidas al no continuar nuestra expansión hacia el norte. Por desgracia, las expediciones extranjeras han dado certera noticia de las riquezas y posibilidades que se abren en estas aguas, razón por la que muchas naciones, rusos e ingleses de forma especial, desean asentarse en tierras españolas para comerciar con las pieles, un negocio que puede alcanzar cotas de extraordinario valor. De ahí mi insistencia en navegar hacia el norte, pero no para descubrir y posesionar solamente, sino establecer relaciones amistosas con los naturales, edificar fuertes y poblados permanentes, así como comenzar de forma activa nuestro comercio.

Dirigió la mirada hacia el plano, a la vez que recorría con su mano la costa en cerrada caricia. Me permití una sugerencia.

—¿Disponemos de suficientes efectivos para tal empresa?

—Ahí está el quid de la cuestión, señor mío, y será su principal misión. Debe hacer de San Blas un Apostadero que funcione como tal al cien por cien. Necesitamos barcos, cañones, pólvora y balerío, desde luego, pero es peor la falta de personal que sufrimos. Es necesario disponer de buenos carpinteros, constructores de buques, oficiales de guerra, cirujanos, contadores, pilotos, oficiales de mar experimentados y adecuada maestranza. Y sin perder un solo minuto —seguía la línea de la costa con el dedo—, adelantar posiciones hacia arriba en prodigioso salto. Después, con la lentitud necesaria pero sin tregua, cerrar el cerco desde el norte y desde el sur en tenaza y de forma simultánea. No sé si me comprende.

—Creo que le sigo, señor —apunté en tiro ciego, porque no estaba muy seguro de sus intenciones.

—San Blas será el apostadero principal durante algunos años, de eso no hay duda, pero el futuro se encuentra en San Francisco, un puerto con extraordinarias posibilidades. En ese punto deberemos establecer un nuevo apostadero. Pero eso solamente será posible si el comercio que nos reporten los establecimientos del norte, así como los pobladores de la Alta California, lo hacen posible. La expedición enviada con urgencia hacia Nutka y más arriba, que partió meses atrás, está dirigida a establecer con exactitud hasta dónde se han establecido rusos y britanos.

—¿Tan seguro está de esa penetración?

—No me cabe duda. Así lo han confirmado pescadores y traficantes, aunque sin los necesarios detalles —abandonó el plano para dirigirme la mirada con franqueza

—. Los ingleses son como perros de presa y no sueltan con facilidad un apetitoso bocado que se abre ante sus fauces. Tenga en cuenta que han entrado en juego las Compañías Comerciales, a las que la Corona británica presta un apoyo total. Cuando regrese la expedición de Esteban José Martínez, volveremos a reunirnos para decidir con noticias frescas. Pero debe encontrarse preparado para nuevas expediciones, bien pertrechadas y sin los sufrimientos de rigor que merman la ilusión del personal. De ahí el necesario apoyo en forma escalonada. Mientras tanto, prepare su departamento, que los operarios cualificados han de formar escuela. Y adelante las construcciones navales en lo que pueda.

—¿No se puede solicitar alguna unidad menor de la Real Armada, para que pase en servicio permanente a estas aguas? —cuando finalizaba la frase, comprendí lo absurdo de la pregunta.

—Olvídese de la Corte y la Secretaría de Marina, si hablamos con sinceridad —el tono de su voz era tajante—. Tenemos lo que tenemos y nadie llegará en angelical socorro o, al menos, así hemos de pensarlo. Fragatas ligeras y paquebotes en cantidad suficiente pueden constituir la flota que necesitamos en estas aguas. Dispone de dos fragatas con buenas condiciones marineras, mientras una tercera se encuentra en avanzada construcción, según tengo entendido.

—Ya se encuentra atracada en el puerto de San Blas, señor. Sin embargo, estimo que, más que fragata, podríamos consignarla como corbeta ligera de 16 cañones. Pero parece fina de líneas y marinera, por lo que puede ser útil para determinadas comisiones.

—Buena noticia es esa que desconocía, por no haber llegado a mis oídos tan buena nueva, aunque sea de menor porte al esperado. Y ya era hora su arribo, que fue encargada por el virrey Flores a las atarazanas de Realejo con tiempo suficiente como para haber construido una armada al completo. En fin, Leñanza, quiero que lo organice todo sin pensar en gastos. Ya sabe que cuenta con mi colaboración, y le aseguro que no suelo dejar a mis colaboradores en la estacada. Además, entiendo como necesario que cada expedición regrese bien cargada de pieles que enviaremos para su venta en Manila, con lo que podremos enjugar gran parte de los gastos. Hay comerciantes dispuestos a adelantar empréstitos si es necesario.

—Estoy de acuerdo en todo con usted y ya sabe que puede contar con mi más absoluta dedicación. Me pondré a la faena mañana mismo. También es mi intención navegar por la costa cercana, para ir conociendo las diferentes estaciones.

—Si llega a Monterrey, tenga cuidado con el capitán Urtube, aunque no sea hombre peligroso en cuestión de duelos —ahora reía con ganas, aunque intentó excusarse con rapidez—. Perdona mis bromas, pero soy muy aficionado a ellas, especialmente cuando aparejan asuntos de faldas. Pero, ahora en serio, le agradezco su disposición. Ya sabe que me tiene a su lado para todo lo que necesite, aunque no siempre le sea fácil y rápido llegar hasta mí. Mucho he de moverme por estas provincias que se encuentran en plena expansión, con múltiples rencillas y piques

personales de competencias.

—Si le parece bien, mañana mismo emprenderé el regreso a San Blas.

—¿No necesita algún día de descanso? Aquí puede reponer fuerzas si lo estima oportuno.

—Le aseguro que llevo más descanso en los lomos del que necesito en años. Tengo ganas de encarar el asunto y ponerme al día.

—Me parece bien y aplaudo su entusiasmo. Esa virtud es la que más necesitamos en estas tierras, y no sobra para nuestra desgracia.

Dimos por finalizada la charla bien entrada la noche, porque don Pedro continuó explicando con extendido detalle sus planes para engrandecer California, que veía como un nuevo Potosí si se le prestaba la debida atención. Y debo confesar que volvió a contagiarme su espíritu optimista y emprendedor, al punto de imaginar con él un futuro esplendoroso.

Caí rendido en la cama, cuando ya se picaba la hora segunda en las campanas de la torre. Había sido un día intenso en pensamiento y obra, aunque me sentía ligero de espíritu. Intenté entrar en sueño con rapidez y apartar del cerebro esa multitud de sensaciones adosadas a mi persona en tan corto espacio del tiempo. Pero por encima del mando que abordaría al día siguiente en San Blas, de las expediciones y nuevos asentamientos en la Alta California, de posibles enfrentamientos con rusos y britanos, dos rostros enfrentados en marco se abrían por mi cabeza sin posibilidad de borrado. De nuevo el negro y el blanco en dura pelea, mientras mi alma se encogía en abierta culpa, añoranza de lo lejano e inagotable deseo de la piel cercana, unos sentimientos que no recomiendo a mi peor enemigo.



## *Comandante del Apostadero*

Tomamos el camino de regreso, instalados en el cajón con ruedas, tal y como llamaba Setum en forma un tanto despectiva al carruaje oficial, que mi buen africano parecía haberse habituado con celeridad y constancia a las comodidades de la opulencia. Y en esta ocasión atravesamos los campos con más alivio que en la acción precedente, porque nadie esperaba nuestro regreso al sello, con lo que volví a disfrutar del paisaje y el panorama general sin nervios agarrados. Pero también gozamos o sufrimos los rigores de la temperatura y humedad, sofocantes en extremo, al punto de acabar cargando trapo hasta quedar con la camisola abierta del pecho en troneras. Pero sin motivo especial que señalar, salvo la incansable parla de Atanasio, que tomaba confianza por segundos, arribamos a San Blas en las primeras horas de la tarde.

Nos dirigimos directamente a la Comandancia, donde encontré a don José Camacho a solas en su despacho, envuelto como siempre en legajos y expedientes sin número que se mantenían en continuo ascenso. Con rapidez y sin falsas cortesías, expuse la conversación mantenida con el gobernador en líneas generales y sin entrar en detalle, así como la orden firmada por delegación que me confería el mando del apostadero, ostentado por él mismo hasta el momento. Y no crean que le entristeció la noticia del necesario relevo, sino que más parecía haber sido condecorado con especial venera.

Dispuesto a entrar en faena por derecho y sin pérdida de tiempo, dispuse para dos días después la ceremonia oficial de la entrega de mando, cursando aviso por recado directo a las que podríamos denominar como autoridades del Departamento Marítimo, considerando como tales a todos los oficiales mayores del apostadero, así como los cargos civiles, militares y eclesiásticos de rango superior a ellos. A pesar de las restricciones en víveres y golosinas que se sufrían, según me adelantó Camacho sin recato y por las claras, ordené preparar un ágape sencillo y ligero para los momentos posteriores a la ceremonia, norma habitual en la Armada, aunque me ofreciera a mejorar las existencias del establecimiento con algunos productos de mi propio equipaje, evitando las protestas que expresaba por la llana el rostro apesadumbrado de Setum.

El día siguiente lo dediqué a recorrer lo que podíamos señalar como un miniarsenal en toda línea, porque así lo era en realidad, con todos los talleres y almacenes necesarios en cualquier establecimiento naval aunque en tamaño reducido, y muchos de ellos sin las materias primas necesarias para llevar a cabo su función. Tomaba nota escrita de cada uno de los detalles, por la mínima y hasta las faldas, para

comprobar poco a poco que la empresa a emprender se vería preñada de ingentes obstáculos, muchos de ellos de difícil solución en los primeros momentos.

También cursamos visita y revista a las unidades navales asignadas, sin librar lancha o esquife oculto, incluso un par de ellas confiscadas semanas atrás y pendientes de sentencia firme por el tribunal de capturas. Fue entonces cuando recibí la primera impresión negativa, al comprobar cómo la fragata Favorita era carenada en la playa del estero a la tumba<sup>[95]</sup>, sistema empleado cuando no se dispone de los diques en seco, ante la imperiosa necesidad de limpiar la obra viva, varada en la arena de través para dejar sus costados al aire. Y digo que me impresionó negativamente porque era consciente de que aquel sistema hacía sufrir a modo la estructura de los buques, reduciendo su vida operativa en forma notable. Pero nada se podría aliviar en tal sentido ni de lejos, por lo que dejé de pensar en ello y aceptar las ruedas al tiro.

Sin embargo, la pequeña fragata Concepción, nueva perla del apostadero, me agradó sobremanera al comprobar su silueta ligera de aguas y línea marinera a los vientos, aunque sus dimensiones y porte pecaran de cierta debilidad. El resto de paquebotes, balandras y otras pequeñas embarcaciones se ajustaban a lo presentido, con lo que me hice seria composición de nuestras posibilidades.

Cuando el sol cruzaba la meridiana en aquel soleado y caluroso día del 21 de julio de 1788, festividad de San Lorenzo de Brindis, me convertí en el Comandante del Apostadero de San Blas, con responsabilidad absoluta en toda la costa de su Departamento Marítimo. Y aunque les parezca extraño o más propio de beato hazañero, al escuchar las palabras que don José Camacho leía en nombre de Su Majestad don Carlos III, confiriéndome tal autoridad, sentí una especial emoción, al tiempo que la figura de mi padre se abría camino con inesperada fuerza en el cerebro. Les aseguro que era un rostro sonriente, posiblemente feliz al comprobar que sus esfuerzos y sufrimientos habían rendido un fruto muy superior al esperado. Me sentí pleno de orgullo, no he de negarlo, aunque al tiempo una voz en el interior alertaba de la gran responsabilidad que caía sobre mis hombros.

Mientras se escuchaba el retumbo producido por los cañonazos de honor y saludo que los reglamentos ordenan para dichas ceremonias, era desplegado mi gallardete de insignia o encomienda desde la galleta del palo mayor en la fragata Concepción, el primero que bebía los vientos en mi corta carrera naval, porque aquel lejano, efímero e inolvidable mando del bergantín Hércules, recibido en tan especiales condiciones, no llegó a aparejar bendiciones parecidas.

A pesar de los años transcurridos, recuerdo como si los viviera en el momento actual aquellas dos primeras semanas como Comandante del Apostadero. Y no crean que me refiero al imponente orgullo y satisfacción interna que brotaba por los portillos de mi alma con solo pasear por sus dependencias, que también sumaban a favor, sino porque eran casi infinitas las cuestiones a resolver, escasos en badana los recursos a disposición y demasiadas las escotillas estancas que aparecían día a día cerrando el camino. Trabajé a muerte, bien lo sabe nuestro Señor Jesucristo, como

labrador al arado en tierra propia, de sol a sol, al punto que tomaba los alimentos al paso, acuciado por Setum, hasta caer rendido en el catre por la noche como forzado en trabajos de construcción.

Por fortuna, la vivienda que nos asignara Camacho con inusitada rapidez era cómoda y, como adelantó en sinceros, con vientos suficientes para disfrutar de alivio en las anochecidas, momento en el que soplabla una brisa del nordeste que inflaba los pulmones abrasados. Setum y el servicio asignado la remataron a disposición de revista, hasta concederle nuevo lustre blanco en paredes, con remates ocres en puertas y ventanas. No era un palacete ni de lejos, pero sí la digna morada del Comandante, como pasó a denominarse en pocos días.

Creo que llevé a cabo una labor que, por necesaria modestia, no catalogo de extraordinaria aunque sí importante, porque era imprescindible establecer las bases para un futuro prometedor. En verdad que era mucha y espesa la faena que se abría por la proa, en especial respecto a los servicios del arsenal, faltos de material y personal pero, en especial, de ese espíritu tan necesario para acometer lo imposible, una norma de obligado cumplimiento en nuestra Armada.

De esta forma, impulsé desde el primer momento la contratación de personal sin repasar los moldes, aunque se tratara en primera impresión de manos inexpertas y mentes cerradas. Mi obsesión era crear escuelas en los diferentes oficios, que puse bajo la dirección de veteranos retirados de la vida activa, que malvivían sus últimos años con sueldos de cuartel y pensión en cantidades miserables. Y llevaron a cabo un trabajo magnífico porque, como siempre defendí, la experiencia no se compra en dos días. Como es fácil comprender, encontré feroz resistencia en los representantes legales, un freno que logré allanar con las mandas del gobernador en las que me concedía mano ancha, aunque el situado<sup>[96]</sup> no adelantara volumen en los primeros momentos.

La siguiente brecha en la que metí cuchillo a sangre fue la de nuestra fuerza naval, aunque suene a fanfarria de rango tal denominación. Pero era necesario concienciar a todos, de capitán a paje, que las unidades a flote son el principio y fin de todo establecimiento naval, y sin ellas sobran los adornos al ciento. Las embarcaciones a disposición eran escasas en número y calidad, razonamiento sin posible excusa, pero era necesario dedicarles una mayor atención, con el pensamiento adelantado en la dirección de largas expediciones, y no solamente como un necesario y continuo apoyo a las misiones y villas establecidas a lo largo de la costa. De ahí mi especial empeño en acometer mejoras en las condiciones de almacenaje para la aguada y víveres, aspecto vital dejado con ligereza de la mano, así como la dedicación y ejercicio en tierra de los trabajos que se deberían desempeñar a bordo.

Una de mis primeras alegrías francas, que no fueron pocas, la gocé al conseguir el rescate para el servicio de una balandra de veinte codos<sup>[97]</sup>, a la que llamaban Vizcaína, dada por inútil y ladeada para servicio cercano al arsenal. Consideré su encuadre en tal disposición como precipitado, y tras una profunda carena en

improvisada chata<sup>[98]</sup>, así como un embaste profundo de clavazón a bujalones, quedó hábil para operaciones de cierta altura. Y conseguí armarla casi a la perfección, aunque debiera proceder al desmonte y nueva distribución de todos los cañones de pequeño calibre, auténtico caballo de batalla en nuestro parque.

Me habrán escuchado en ocasiones precedentes elevar generosa protesta, por no poder emplear en algunas unidades de menor tamaño una o dos piezas de a 18, o incluso una de a 24 para situación en caza. En San Blas, para corroborar el famoso dicho que en las Indias todo era distinto, nos sobraban cañones de gran calibre, aunque de cierta antigüedad, imposibles de ser armados en nuestras fragatas y paquebotes. Sin embargo, era alarmante la escasez de piezas de a 8 y a 4, base principal de la artillería en nuestras ligeras unidades. Pero aquí también metí el rebenque y conseguimos darle nueva vida a la añeja fundición, y no para fundir campanas de iglesia precisamente, gracias a un viejo maestro, don Prudencio Atamés, que escaso de vista y nulo de oído aceptó el reto y creó escuela de aprendices, una de mis obsesiones principales.

De esta forma entramos en los albores de un agosto esperanzador, aunque todavía nos despediera el mes anterior en sus dos últimos días con ventarrón de fuerza descomunal, uno de esos huracanes que bendicen a rigor y periodicidad la costa californiana. Además de impedir cualquier acción naval o sencillo movimiento de buques, nos regaló en su alejamiento con una lluvia que más parecía torrente de río bravo y desbarató algunos talleres poco afirmados, en especial el de carena habilitado en el estero. Pero pasó aquel diluvio universal y con suerte, porque los habituados adelantaban que había sido escaso de fuerza y de pocos días de duración.

Pero, como les decía, entrado en el mes de agosto con los mismos calores y humedades ceñidos en permanencia, decidí salir a la mar, que ya deseaba manejarme a bordo en oficio propio y salar un poco mi sangre, para no mantenerme como caminero en ejercicio de trocha. También influyó, he de reconocerlo, el deseo de mostrar la insignia a los cielos y las olas en ejercicio de mi mando, un sentimiento que solo es capaz de comprender quien ha disfrutado de tal prebenda.

No hay que ser sagaz en extremo para comprender que escogí la fragata Concepción para ejercer tal comisión de estreno, con la Favorita todavía recostada al avío y la Princesa alejada muchas millas al norte. Asimismo, en el deseo de mantenerme en situación de jerarquía superior, entregué el mando del buque al primer piloto don Alfonso Perona, que seguía siendo, junto al anterior comandante del apostadero, una de mis principales fuentes de fiel y sincero asesoramiento. Para conseguirlo sin rencillas ni piques personales a los que tan habituados somos, me bendijo la suerte al contraer las fiebres quien tal cargo ejercía, el segundo piloto, habilitado de primero, Sebastián Enríquez.

La siguiente cuestión fue convencer por las buenas y sin fuerza de casaca al mismísimo Perona, para que aceptara el empeño. El experimentado piloto, con mejillones encastrados en su piel, alegaba en forma repetida y con razón sobrada los

excesivos años empleados a bordo, así como fervientes deseos de proceder al necesario descanso en familia. Pero pronto comprendí que no era tal su deseo sino murmullo de boca ancha, que la mar atrae al marino hacia sus aguas como enhiestos pechos de mujer, hasta reconocer el orgullo producido por mi confianza y deferencia. Al tiempo que tomaba el mando, le prometí su graduación como alférez de fragata, y así la elevé en forma con encubierta alegría y orgullo de su parte.

Salimos a la mar cuando daba término la primera semana completa de agosto, a pesar de encontrarnos todavía en época mala y turbulenta, que en aquellas costas se levantan aguas y nubes por los veranos con demasiada regularidad. Pero también decidí que no era de recibo ni propio en dotaciones de la Armada amoldarse a las estaciones con perentoria necesidad, sino tragar mar en su forma y acomodo con la necesaria permanencia, aunque se alcen sufrimientos de penol<sup>[99]</sup> a penol. Como expuse en repetidas ocasiones a mis hombres, para eso se fabrican los barcos y deben marinarse en cualquier circunstancia y condición.

De esta forma, me establecí a gala en el camarote de popa, bajo la toldilla de la fragata, que comenzó a llamarse del jefe de escuadra en los típicos corrillos y mentideros de la marinería, aunque no le diera mayor importancia. Era consciente de que, poco a poco, ganaba el ánimo del personal en todas las categorías, con esa mezcla de humanismo y energía que debe desplegar todo mando en la mar, y su extensión de tierra.

Y les juro por mis barbas que, pocos días antes de largar amarras, no tenía elegido el destino al que aproar la fragatilla a ciencia cierta, un tema que abordé a fondo con Perona, en la confianza abierta que ya le dispensaba. Tan solo limitaba mi libertad de movimientos, sin bocado pero en alerta, la necesidad de atender al principal factor, y no era otro que mantenernos pendientes y al punto del regreso de la expedición enviada al noroeste en el mes de marzo anterior. No era posible que llegáramos a cruzar derrotas y arribaran a puerto en mi ausencia, con la elevación del preceptivo informe que tanto se esperaba, por autoridad ajena al Comandante del Apostadero. De estos temas conversé a fondo en mi camarote con el nuevo comandante de la fragata, la noche anterior a mi primera salida a la mar.

—Dígame, Perona. ¿Cuándo cree que pueden regresar los buques de Martínez y López de Haro?

—Eso, señor, es más propio de adivinanza y no me considero capaz de otear el futuro en cartas como bruja de cueva. Son muchos los factores que condicionan toda expedición de altura, como bien sabe, y más en los mares altos que no dominamos con la necesaria experiencia. A Esteban José Martínez se le ordenó de forma taxativa por el virrey, a través del gobernador —me ofreció una sonrisa por el tono utilizado—, explorar la parte de la costa noroeste todavía incógnita, ese segmento de la Alasita que extiende su brazo hacia poniente. Pero tan importante o más que dicha cuestión descubridora, es la de tomar noticia exacta y precisa, establecida en planos, de los establecimientos rusos, de los que no hay duda, llegando al contacto personal

con ellos para recoger la necesaria información, así como de los posibles ingleses, que se sospecha con cierto fundamento. Según parece, los rusos están dispuestos a cumplir la normativa internacional y se plegarían a nuestros deseos de reconocer este mar como hispano, lo que no es el caso de nuestros enemigos británicos, aunque andemos por días de paz.

—Sí, eso me contó don Pedro de Fages. La Corte de San Petersburgo ha dado a la nuestra suficientes garantías y seguridades, de no establecerse en tierras que consideremos como propias sin nuestro permiso o pertinente tratado comercial. Y así lo cumplirán.

—De acuerdo a estas premisas, todo dependerá del desarrollo puntual de los acontecimientos. Por desgracia, son miles los caminos abiertos y factores a tener en cuenta. La navegación estará sujeta al siempre imprevisible estado de la mar, vientos, corrientes, hielos, esas espesas nieblas que por allí se encastran, actitud de los nativos, posibilidades de aguada y víveres y, el punto definitivo, contactos con rusos e ingleses. Si me pide fecha aproximada, me atrevería a decirle que la comisión puede alargarse entre los diez meses y los dos años, que así son estas cosas de la mar y las expediciones en oscuro.

—Se lo decía porque no es mi intención que se produzca el regreso mientras me encuentro en navegación. Y para cubrirme en necesidad las espaldas, en esta salida a la mar nos limitaremos a la costa occidental de la península de California —me incliné sobre la carta que había desplegado sobre la mesa con gesto pensativo—. Si los vientos no son demasiado contrarios, podríamos alcanzar la colonia de San Diego, con lo que me sería posible repasar la citada costa al completo.

—Y estaría al tanto, porque en el tornaviaje Esteban tocará de cierto y por necesidad el puerto de Monterrey, que nunca se regresa con víveres en exceso ni personal ajeno a los males.

—Perfecto. En ese caso, nos dirigiremos en principio costa arriba hasta San Diego, si la mar no nos alarga en exceso. Y esto supone una distancia de...

Me disponía a tomar medidas en la carta con el compás de puntas, cuando ya disparaba Perona con su habitual autoridad.

—Unas 260 millas para alcanzar el cabo de San Lucas, punta sur de la península, en derrota directa que no será posible cumplir, desde luego. Y unas 700 millas más, aproximadamente, hasta besar la bahía de San Diego.

—Lo que hace un total de casi mil millas de punto a punto, y otra mitad de regalo en bordadas —sonreí al recordar mis opiniones sobre las distancias en Ultramar—. ¿Suelen ser muy constantes los vientos?

—La norma es que se mantengan entablados del nordeste y noroeste, dependiendo de la estación del año. A veces, pocas por desgracia, suena la flauta mágica y nos sorprende un agradable sudeste que por aquí llaman rombalero, muy dulce para allanar las subidas. En estas semanas, es posible que hasta alcanzar la península nos acaricien los vientos del primer cuadrante<sup>[100]</sup>, para rolar al cuarto

costa arriba. La fuerza es variable al tope, como es de suponer. Y ya sabe como se gastan estas turbonadas que nos alcanzan sin previo aviso. Por fortuna, en la mar suelen formar culebronas de lejos, que nos ofrecen el tiempo necesario para cerrar el trapo, aunque también lleguen en mano y sin recado. Y no espere de mí consideraciones sobre el gobierno de esta pequeña fragata, porque no queda un solo contramaestre de los que componían la dotación llegada de Realejo.

—Tomaremos su medida día a día, que no hay mejor escuela. Aunque tampoco yo haya catado sus brazas, a vista de cormorán la estimo ligera y con razón de conseguir una bolina estrecha<sup>[101]</sup>. Según me comentó don José Camacho, el piloto que la comandaba desde Realejo hasta este apostadero, alabó su facilidad de maniobra y tendencia de partir al puño<sup>[102]</sup> con generosidad.

—No siempre es bueno ese efecto, señor, porque no andamos por el Mediterráneo con olas cortas y vientos en cono. Pero, bueno, como decía usted, ya lo averiguaremos en nuestras carnes. Sin embargo, y sin que signifique aquiescencia para ofrecer boleo, concuerdo en general con su opinión. Creo, sinceramente, que debe ser graciosa esta pequeña en la mar.

Se hizo el silencio, provocado por mi parte en este caso. La verdad es que dudaba al enfocar un asunto que me preocupaba desde que cazara un comentario al aire, semanas atrás. Creí entrado en suficiente confianza con Perona, por lo que abordé la cuestión.

—Quiero preguntarle algo que considero importante para mí, dadas las circunstancias actuales, por lo que le ruego la máxima sinceridad. ¿Qué opinión le merece el piloto graduado de alférez de navío, Esteban José Martínez? Y, por favor, no se vea forzado en ningún sentido, que no es esa mi intención.

Alfonso Perona pareció desconcertado ante el cambio de rumbo ofrecido en la conversación, por lo que manejó sus manos con evidente nerviosismo antes de preguntar en vuelta, sin elevar la cabeza.

—¿Puedo saber, señor, por qué le preocupa esa determinada cuestión?

—Como puede suponer, en mis conversaciones de relevo con don José Camacho, abordamos la opinión que el personal a sus órdenes le merecía, aunque me pareció que no deseaba entrar en algunos detalles, algo comprensible en la situación tan especial que vive este apostadero. Nunca es grato enjuiciar ante superior a compañeros. Y le adelanto el excelente juicio que emitió sobre usted, corroborando el mío propio —no disfrutaba de atacar al buen hombre en aprieto, pero debía continuar—. En general fue parco en detalles, es verdad, pero quedó en velo cubierto cuando tocamos la figura de dicho personaje. En estos momentos, Martínez comanda la expedición emprendida hacia el noroeste y, tras el retiro de Camacho, será el segundo de este apostadero bajo mis órdenes. Usted se encuentra de vuelta en cuestiones del servicio y en situación de retiro rescatado, lo que le convierte en mi asesor personal. Además, debo serle sincero, cuando salió su nombre durante la navegación desde Panamá, me pareció percibir cierta reserva entre los pilotos sobre este hombre.

Volvió Perona al masaje de manos, una actitud poco habitual en él, antes de entrar a fondo.

—Le adelanto que nunca me gustó censurar a compañeros, ya sean de superior o inferior categoría profesional a la mía, ante el mando. Pero no quiero enturbiar la confianza que ha depositado usted en mí, por lo que le seré sincero. Martínez es un experimentado piloto, un extraordinario piloto debería decir, cualidad a la que se ha de sumar su tenacidad, sacrificio y capacidad de mantenerse en la mar en penosas circunstancias durante años. Era el más indicado para mandar la expedición emprendida, sin posible discusión, por la falta de oficiales de guerra que sufrimos. Sin embargo, hay quien lo considera demasiado..., demasiado enérgico con sus hombres. Y como no suelo atestiguar en firme lo que mis ojos no vieron, ahí dejo el trapo tendido. Podrá comprobar con facilidad en su primera entrevista, que es tosco en las maneras y de difícil trato personal. Pero no lo crea desleal porque más bien al contrario, aunque su compostura lo desarme en contra.

—¿Demasiado enérgico con sus hombres? —esa frase había quedado grabada por encima—. Esa puede ser virtud, porque la disciplina a bordo es cuestión de vital importancia, más si cabe cuando se afrontan situaciones extremas que ha debido sufrir en sus carnes. Pero siempre sin excederse en sus atribuciones, ni alcanzar cotas negativas que más perjudican al servicio que otra cosa.

—Algunos pilotos que navegaron bajo su mando corrieron comentarios en dicho sentido, señalando castigos exagerados y racionamientos excesivos. Pero ya sabe lo que sucede en pequeño corral, con mucha gallina de boca ancha. Debo declarar, sin embargo, que nunca se elevó queja formal por escrito, y así ha de hacerse si se llega a tal convencimiento. Pero hay otro factor que..., que puede ser negativo.

—¿A qué se refiere?

—Es una impresión personal, pero estimo que Esteban y López de Haro, el comandante del San Carlos, son poco compatibles para llevar a cabo expedición en solitario. No cuadra esa pareja en empresa común.

—Por lo que me comenta, no se han tomado las condiciones más adecuadas para el éxito de la campaña —contesté con la preocupación abierta en mi rostro.

—Pero le insisto que me baso en impresiones personales y nada concreto —parecía preocupado por haber lanzado tales observaciones.

Quedé pensativo, intentando adivinar la verdad que se me ofrecía envuelta en tafetán. Pero debía rematar la faena.

—Siempre preferí ganarme a la gente por las buenas, aunque es cierto que en la mar no es válida tal medida en todo momento. Y los roces entre mandos suelen acarrear graves problemas. A veces se confunde la humanidad con la debilidad de carácter, lo que pronuncia la pendiente en exceso. Y el ejemplo lo tenemos en los buques britanos, donde la disciplina llega a alcanzar tintes de verdadera tiranía y los castigos más duros se aplican a la orden del día.

—Para los que fallan, señor, y de cualquier categoría —expuso Perona con voz

queda.

—No comprendo lo que quiere decir.

—La disciplina a bordo de los buques ingleses es terrorífica, la he presenciado y no hay duda al respecto, pero no admiten el fallo en nadie, ya sea almirante, comandante, grumete o marinero. Quien falla lo paga, y bien dentro de la carne. Recuerde el fusilamiento del almirante Byng a bordo del navío Monarch, tras su fracaso en el combate de Menorca contra Gallisoniére. Y llevan ante consejo de guerra a cualquier comandante, por el más mínimo desliz, aunque haya triunfado en combate. Y los consejos de guerra se fallan con terribles condenas, no como se conducen los nuestros, en los que casi nunca pierde el acusado, y perdone mi sinceridad.

—Así deseo que continúe, Perona. Además, su comparación me parece acertada, que esa es una diferencia notable entre ambas armadas.

—Cuando se compara el funcionamiento de las marinas de guerra británica y española o francesa, que estas dos últimas caminan en parejo, recuerdo siempre el ejemplo que me narraba un conocido capitán de fragata. Me expuso con detalle el combate del cabo Santa María, habido en aguas del estrecho ocho o nueve años atrás, entre las unidades del jefe de escuadra Lángara y el almirante Rodney. La actuación de nuestro general fue poco brillante, hemos de reconocerlo. Lángara navegaba sin descubierta, un profundo error, por lo que se topó con la escuadra inglesa, superior en fuerza, sin esperarlo. Su primera acción fue consultar con sus comandantes por señales, para corroborar si era conveniente arribar hacia Cádiz en retirada, una acción poco apropiada a quien manda escuadra, o así lo entiendo yo. En el combate se defendió con bravura a bordo del Fénix, pero acabó por rendirse, siendo tomado por los ingleses. Los britanos entraron con él y cuatro navíos españoles más apresados en el puerto de Gibraltar. Un desastre absoluto que, además, posibilitó el abastecimiento de la plaza sitiada.

—Sí, recuerdo los detalles de ese combate por boca del mismísimo general Barceló. Llegué a la bahía de Algeciras poco después.

—Pero quería entrar en las reacciones posteriores, que definen unas líneas de conducta muy claras y diferentes. Por parte española se consideró glorioso el combate, ascendiendo a Lángara al empleo de teniente general, a pesar de haber subido dos meses atrás desde brigadier. Pero también se ascendió al brigadier Doz, a todos los comandantes de los navíos y oficiales en general, incluidos guardiamarinas. Es decir, que se galardonó a todos los individuos de la escuadra vencida. Por el contrario, los britanos no solo no premiaron a nadie de la escuadra vencedora, sino que sometieron a consejo de guerra a dos comandantes de sus navíos, a causa de no mostrar más ardor guerrero en la caza, razón por la que no se rindieron más buques españoles. Esa es, en resumen, la diferencia entre las dos armadas y por esa razón son superiores los ingleses a franceses y españoles.

—Estoy de acuerdo con usted al ciento. Ya decía el general Barceló que nunca

hay derrota gloriosa, sino fracaso de armas. Y el pueblo acaba por ser sabio y conoedor de la verdad. Hasta en las coplillas apareció ese desastroso combate.

—También por aquí llegó, a pesar de la distancia. Creo que era sobre el general Lángara y decía el estribillo:

*Por perder siete navíos,*

*a uno hicieron general.*

*Al que pierda veinticinco,*

*Pregunto yo, ¿qué le harán?*

Por eso le decía que los ingleses son duros, pero con todos. Es su sistema y lo mantienen a rajatabla. Por el contrario, es cierto que la disciplina se relaja con demasiada frecuencia en nuestras unidades, pero no se debe cargar la mano siempre sobre un determinado estamento, normalmente el menos favorecido.

—Comprendo lo que quiere decir, Perona, y concuerdo en todo con usted. Creo que ha respondido mi pregunta inicial a la perfección —sonreí en agradecimiento, antes de preguntar en chanza—. ¿Es usted gallego?

—Catalán recriado en California. Creo que esa mezcla supera en oscuridad a los gallegos más puros.

Reímos sin tapadera porque la ocasión lo merecía en abanico. Siempre confié en Perona como persona y hombre de mar, y el tiempo me dio la razón con creces. Una vez más llegué a pensar, convencido a luces, que debía ser mi buena estrella, esa que brillaba sin freno a mi favor. Es tan cierto como la existencia de la mar y el infierno, que un halo especial me ha alumbrado a lo largo de mi carrera, y no son pocas las millas corridas, de forma especial al situar a mi lado en todo momento difícil, hombres que dieron la talla hasta la galleta.



## *Gallardete al viento*

Levamos el ancla entrados de cara en la mañana, con viento flojo del nordeste, lo que nos permitió largar todo el aparejo a los cielos con ventura y buenos modos, sin desparejar líneas y con un orden en cubierta que, con sinceridad, no esperaba. Al recibirse desde proa la voz de arriba y clara<sup>[103]</sup>, momento en el que se corta el cordón umbilical del buque con la tierra, elevamos la preceptiva oración en silencio, que nunca es poca la ayuda a recibir en la mar.

En cuanto a los horizontes, disponíamos de visibilidad plena al medio mundo, porque las turbonadas y torrentes padecidos parecían haber aclarado los humos a fuerza de caballo. Y aunque siempre hayan hablado mis subordinados del temple y frialdad que ha caracterizado mi conducta a bordo en momentos buenos, malos y peores, debo reconocer que en aquellos precisos segundos abrigaba los nervios bien cazados a la tripa invisible, al tiempo que gustaba de mirar una y otra vez mi gallardete, ondeando en la galleta del palo mayor.

De acuerdo a los planes embastados con Perona, aproamos al límite de la bolina<sup>[104]</sup>, cercanos al noroeste, con lo que nuestra derrota debía librar las Tres Marías por babor y la isla Isabela a estribor, al tiempo que podíamos ganar sano barlovento respecto al cabo de San Lucas, siempre que el viento se mantuviera en la misma dirección. Y fue hermoso comprobar como vibraba la Pequeña, un acertado alias que comenzamos a endosar a la fragatilla, al ser exigida por su trazo en los tres palos, que su proa bebía las aguas como paloma en charca y entraba en cabezada con alegría para rendir fuegos.

Pero antes de continuar, creo conveniente explicarles las condiciones generales de la Concepción, aunque los habituados a la mar las hayan adivinado, al exponer los diferentes adjetivos que se le asociaban. Ya les adelanté que no se trataba de tal fragata en regla, porque de acuerdo a los reglamentos y por su porte, quedaba encuadrada en corbeta y de segunda clase, por mucho que su dotación, con 82 hombres tan solo, ni siquiera alcanzase tal envergadura. Al llegar a San Blas montaba diez cañones de a 8 y seis de a 4. Pero como iba a ser el buque insignia durante algunas semanas, elevamos a diez las piezas de a 8, en detrimento de dos de menor calibre. Asimismo, acoplamos seis pedreros<sup>[105]</sup> de a 2, tres de ellos por cada banda en castillo, combés y toldilla, con lo que su potencia de fuego aumentaba una ligera brisa, que no era ese su punto fuerte.

En cuanto al aparejo, disponía del clásico en todo buque de tres palos y vela redonda, rebajados convenientemente en altura de acuerdo a su eslora. El palo

trinquete<sup>[106]</sup> calzaba, además de la vela de su nombre, velacho y juanete, mientras que el palo mayor, por encima de su vela mayor, lucía gavia, juanete y sobrejuanete. El tercer palo y a popa, el mesana, bajo de luz, eliminaba su vela principal en beneficio de un estay de gran proporción, método utilizado en otros buques menores, mientras amparaba una sobremesana y un periquito<sup>[107]</sup> en el sombrero. Entre palos destacaban los estayes<sup>[108]</sup> de mayor, gavia y sobremesana, para dejar a proa un foque<sup>[109]</sup> y un contrafoque, el primero de ellos con posibilidad de emplazarse en refuerzo, con lo que recibía el nombre de malos vientos o foque de tormenta.

Y no crean que la Pequeña eliminaba las velas de extensión en botalones, que podía largar alas de gavia y velacho, así como rastreras de trinquete. Y para rematar la faena del trapo y ganar andadura en charcas, desempolvaba cebadera y pequeña contracebadera en las vergas del bauprés, ese palo que se abre con inclinación a proa como lanza de caballero medieval.

En cuanto a su dotación, puedo decir que era ajustada a las posibilidades del apostadero, aunque muy lejos de lo que prescribe el reglamento general de guarniciones y tripulaciones para corbeta de segunda clase. Como oficiales mayores, además de Perona, embarcaba un piloto de segunda y un pilotín, así como un cirujano de nombre y escaso en prácticas de sangre. Es posible que pudiera presumir de los oficiales de mar, en número de 14, retomados algunos de servicios en tierra y rescatado el primer contraamaestre de la enfermedad.

Fue esta última una especial bendición y fruto de la más absoluta casualidad. Don Matías Galbaldón, que así se llamaba el nostramo, se mantenía en Tepic cuidado durante varios meses de sus males por dos hermanas entradas en religión. Pero como decía Setum, se le aplicaban muchos rezos y pocos caldos con sustancia, lo que corregimos con la necesaria diligencia. No podíamos permitirnos perder un solo hombre con aptitudes. Y puedo dar fe que acertamos de plano, porque fue mi contraamaestre de mayor confianza a lo largo del tiempo. Del resto del personal, poco había por destacar; escasa la tropa de infantería y artillería, un adecuado número de artilleros con alarmante falta de práctica, circunstancia que debíamos corregir, y así hasta alcanzar el total establecido. Y hemos de añadir el necesario auxilio espiritual, que desempeñaba en esta ocasión fray Ernesto de Casares, hombre bueno donde los haya, aunque sufriera con la mar y sus efectos como becerro en matadero. Sin embargo, debemos declarar que, en su conjunto, entraba en lo que podíamos llamar como dotación normal para una unidad de San Blas.

Y si alegué debilidad en su armamento, otro tanto podríamos endosar a sus posibilidades de almacenaje sólido y líquido, ese caballo de batalla que les he mencionado a menudo. A pesar de haberme esmerado en dicho aspecto, disponíamos de 180 raciones de dieta, así como 16 toneles, 14 toneletes<sup>[110]</sup> y 20 pipas<sup>[111]</sup> para la aguada. Escaso caudal este, es verdad, pero debía sobrar para la corta comisión que encarábamos. Por esa cuestión precisamente, aunque disfrutara felices momentos a bordo de aquella fragatilla y diera gozo a los sentidos verla navegar por largo, la

Pequeña quedo relegada en cuanto a expediciones de larga duración, cumpliendo su servicio entre la Alta y Baja California en comisión casi permanente, donde cumplió a ras de la medida.

Pero en conjunto puedo asegurar que me complació y mucho navegar en aquel buque con estreno de maderas e insignia, fabricado por manos artesanas que sabían de la mar, especialmente durante los primeros días que surcamos las aguas del Mar del Sur como doncel que asiste a nupcias. El viento se mantuvo con bendita terquedad del primer cuadrante, aumentando por lo normal a fresco y alguna racha perdida de frescachón, que nada mejor se puede pedir en rogatoria, con lo que entrados en el 15 de agosto, día de nuestra Señora, avistamos el cabo de San Lucas, sin haber perdido una onza de barlovento. Y tanto avante con el cabo Falso, enmendamos a estribor en demanda del cabo de San Lázaro y bahía de Santa María, que deseaba reconocer por ser un surgidero seguro y abrigado a los vientos.

Pero todo lo bello tiene un fin para desgracia humana, y en esta ocasión nos tocó en suerte tras remontar la punta de la Natividad, dejando la bahía de Sebastián Vizcaíno perdida a estribor. Nos encontrábamos tanto avante con el paso abierto entre las islas de los Cerros y de San Benito, intentando ceñirnos a estribor para declarar derrota directa a la bahía de San Diego, cuando el viento bujarrón roló en sorpresa al noroeste, aumentando su fuerza a frescachón y rachas de cascarrón, al punto de obligarnos a arriar los juanetes en medida. Fue el momento en el que decidí abrirnos a barlovento, que la fragata andaba a caballo y no era cosa de continuar tan ajustados a las piedras por sotavento. Y bien que pasaba la Pequeña el viento de banda, con solo acariciar la rueda del timón.

Nos mantuvimos una semana más en acelerada progresión hacia el norte, con vientos recios y aparejo a suerte, pero con un magnífico andar de la fragatilla. Sin embargo, debíamos andar en los últimos días de la tercera semana de agosto, cuando entramos en calma absoluta, un calmazo de los que la marinería denominaba como de freno y oración. Dicen que nuestro Mediterráneo sorprende al navegante con cambios repentinos y mudadizos, debido a su especial configuración y menor tamaño. Pero quien tal dice no ha debido navegar por las aguas de California, que el Mar del Sur o Pacífico es grande como medio universo pero, a la vez, cambiante en caprichos como rabiza de puerto en esas alturas.

Entrados en la segunda mañana de la calma chicha, capaz de desfondar el ánimo de pajes y grumetes, charlaba animadamente en la toldilla con Perona y el pilotín, Javier Mendaca. Es bien cierto que cuando falta el viento, llegan las palabras en torrente. Me sentía inquieto ante aquella inactividad marinera, al tiempo que era visible mi deseo de acortar travesía. Por el contrario, quien oficiaba de comandante calzaba su parsimonia habitual.

—No ha de durar mucho este jolito<sup>[112]</sup>, señor, que no es habitual ni de buen signo por estas latitudes. Ya lo dice el refrán. Buque a la capa, marinero a la hamaca. Barco en calma abierta, ni los muertos en cubierta.

—No conocía la segunda parte. Me recuerda usted a un nostramo de un jabeque donde embarqué, que andaba todo el día con refranes y proverbios.

—En el refranero de mar se encuentra la mejor de las escuelas.

—Es cierto —aparté con el dorso de mi mano el sudor que caía por mi frente—. Nunca la ausencia total de viento se ajusta a nuestros deseos.

—Me decía un viejo piloto, en mis primeras navegaciones por estas aguas — insistió Perona de buen humor—, que los calmazos previenen males en verano y calamidades en invierno. Pero era de los que veían negro sobre blanco en todo momento. De todas formas, estimo que llegaremos en pocos días a San Diego. Llevamos una media excelente con esta fragatilla que se mueve como los ángeles — pateó la cubierta para afirmar sus palabras—. Sacan buenos productos esos carpinteros de Realejo, que ya navegué en una balandra construida en sus gradas y también mostraba hechuras de princesa. Navegando con ella por el golfo, entre la isla de San Lorenzo y tierra, por el bien llamado canal de Sal Si Puedes, nos entró un ventarrón del nordeste que, en otro buque con menos maniobra, nos habría lanzado sin remedio contra las piedras de Santa Teresa. Pero salió dando brincos con las gavias en rizos y nos salvó el pellejo.

Creo que fue entonces cuando avistamos por la proa, tendida una cuarta a estribor, una nube de color rojizo que se agigantaba por momentos. Y se trataba de efecto sorprendente y hasta sobrenatural, porque el resto del cielo se mantenía en azul brillante, sin nubes y las aguas en balsa de aceite. Al tiempo que la superficie en esa dirección parecía bullir como caldo en perola, Perona me habló con decisión.

—Con su permiso, señor, voy a arriar el aparejo, que huele mal ese lunar bermellón. Si no me equivoco, puede aparejar turbonada de caballo.

Y sin esperar mi respuesta, con una sencilla señal de su mano, ya andaba el nostramo redimido de males con el pito a llamada general, arriando con rapidez el trapo, salvo el estay de mesana y la vela trinquete, al tiempo que se largaba el foque de tormenta. En esta ocasión, la dotación rindió a ritmo de homenaje, aunque antes de finalizar la maniobra, cabrilleaban las aguas a nuestro alrededor.

Perona acertó de lleno. Es normal en la mar mantenerse atento al chubasco inesperado que puede desplumar un aparejo antes de recitar corta plegaria. Pero aquel efecto vertiginoso y sorprendente era difícil de imaginar para quien no lo haya sufrido. En cuestión de segundos nos alcanzó la nube, si así podía llamarse a la mancha, hasta otorgar al cielo un color rojizo oscuro más propio del infierno en llamas. Y al tiempo que la mar ampollaba a gruesas, nos barrió un viento de los de cero a infinito, un ventarrón arracimado y deshecho en temporal, pero no de tajada sino en turbonadas que hacían vibrar a la Pequeña como saltimbanqui de feria.

Habíamos caído dos cuartas a babor, con lo que le ofrecimos a la muerte roja la amura de estribor en los primeros momentos, y digo en principio porque después se encargó el dios Eolo de ordenar por su cuenta la proa que debíamos adoptar o aceptar. Y así se entabló el crespón llegado el caso, porque el viento y la mar nos batían a

gusto y en diferentes direcciones, con lo que los lamentos del maderamen sonaban a descomposición y la Pequeña sacaba la proa por donde podía, con poco efecto del timón.

Como batían las campanas a sufrimiento, nos aferramos a la timonera con garfios y dientes, al tiempo que la escora se hacía peligrosa en algunos momentos. En pocos segundos pensé en los cañones, recordando el destrozo producido durante el temporal corrido en el jabeque Murciano, pero ni tiempo dispuse de intentar mediana orden en tal sentido, porque aquel fenómeno infernal desapareció tras media hora de horror y espanto, dejándonos de nuevo en calmazo como si todo hubiese sido un mal sueño. Y me apretaba todavía al bastidor cuando escuché las palabras de Perona, con inconfesable alegría.

—Porque estuvimos atentos y Nuestra Señora nos dio el aviso necesario. Bien saben mis antepasados que esta turbonada ha podido desplumarnos, o enviarnos en compañía de Neptuno.

—Nunca había presenciado algo así —comenté en sinceros—. No podía imaginar que en cuestión de segundos pudiera pasarse del cielo al infierno.

—He de reconocer, señor, que estas manganas suelen aparejar trebejos que señalan los males, como las culebras de agua o la espuma alzando en borbotones hacia el cielo. Tampoco yo vi jamás una nube roja con estos efectos tan fulminantes, pero siempre se aprende algo nuevo en la mar. Hemos tenido suerte y la Pequeña aguantó con valor el envite. Sufrimos unos segundos, he de reconocerlo, que adoptamos una escora que deseaba tumbarnos, al punto de temer lo peor. Por fortuna no nos batió una ola de las grandes en ese momento.

—También pensaba lo mismo. Debemos celebrar la ocasión, ya que vivimos para contarlo. Daremos ración extra y vino de domingo a la dotación, por trabajar con riesgo y a satisfacción plena.

—Allá usted con su generosidad —Perona mostraba su alegría—. Los contadores le amarrarán el cinto al regreso, no lo dude. Pero tiene usted razón, los muchachos se portaron bien en la maniobra de emergencia.

De esta forma, con un sol de justicia y calmazo alargado, bebimos en la toldilla una frasca de vino, con sonrisas abiertas en franquía. Por fortuna, todo había sido tan rápido que ni siquiera habíamos sufrido desperfectos en la estiba, y tan solo un cañón de a 6 quedó a punto de vuelo con la trinca batida.

Esa misma noche, entrados en el cuajo de la suerte, saltó un viento del cuarto cuadrante que forzó a fresco con rapidez, con lo que, ganados con suficiente barlovento a tierra, enmendamos a estribor en demanda de recalada. Y en las primeras horas de la mañana avistamos un cabo con montañas en la cresta que Perona reconoció como la punta de San Antonio.

—Si le parece bien, señor, barajaremos la costa por largo. Como este viento lo permite, ahuecaremos de la bahía del Rosario, donde se abren los arrecifes del Sacramento que rompen como martillo.

—Muy bien, Perona —comprobaba nuestro punto en la carta en su compañía—. A ver si se mantiene este viento lo suficiente.

—Se mantendrá.

Y pueden estar seguros que cuando el piloto hablaba con aquella seguridad, lo creía como si se tratara de mensaje papal. Pocas veces comprobé error en sus alegatos, una ventaja que ofrece la sabiduría y los años de mar.

Continuando nuestra derrota hacia el norte, avistamos la bahía de San Diego en la tarde del día siguiente, donde fondeamos al abrigo con absoluta comodidad, porque la horquilla de la costa cortaba los vientos de componente norte, manteniendo sus aguas en dulce compás. Fue entonces cuando decidí variar mis intenciones iniciales.

—Perona. ¿Cuántas millas nos separan hasta Monterrey?

—Unas 380, señor.

—Estoy pensando que si este viento se mantiene, podemos llegar allí en pocos días y matar dos pájaros de un tiro.

—Lo creo acertado, señor. Es colonia más importante y con mayor facilidad para abastecernos de víveres, agua y leña. Incluso es muy probable que se encuentre allí nuestro aguerrido gobernador, que le cuadra Monterrey como cuartel general antes de trasladarse a San Francisco, según tengo entendido. Y como le adelanté hace días, en el hipotético caso de que Esteban baje del noroeste, recalará allí por fuerza. De todas formas, puede estar tranquilo. No es posible que lo haga tan pronto.

El único punto amargo de la estancia en el fondeadero de San Diego fue recibir la noticia del obligado recuento de la aguada, con la desagradable sorpresa ofrecida por el carpintero segundo, responsable de tal cuestión por falta de tonelero, de que seis toneles sin destocar presentaban merma de un tercio. Reuní a pilotos y oficiales de mar para concienciarlos de que era cuestión de vital importancia evitar aquellos males, y debíamos aplicarnos al regreso en dicha función. Pero la falta de toneleros hábiles en su facultad era acuciante en opinión de todos, lo que me decidió a tomar cartas en el asunto al regreso y por directo, que tan importante o más era el agua que la pólvora.

A la mañana siguiente abandonamos el fondeadero aunque con pequeño problema añadido. Una de las anclas debió meter uña en hueco de piedra, rara cuestión en fondos catalogados de arena y cascajo, aunque normal en ocasiones. Llegamos al punto de dudar en picar el cable y darla por perdida, hasta que un oficial de mar, guardián de segunda y aficionado a la pesquería de perlas, se lanzó al agua y logró zafarla al tercer intento. Pero pasado el trance, facilitado por el estado de la mar, arribamos al nordeste para barajar la costa con suma placidez, que los cielos parecían dispuestos a favor.

Como todo es escuela y práctica en la mar, llegué a hacerme con la maniobra de la fragata antes de lo esperado, de ahí mi especial predilección por la Pequeña. Disfruté de los días siguientes, acariciados por el viento abierto por el través de estribor, observando en la distancia las misiones y colonias de Santa Catalina, Los

Ángeles, Santa Mónica, Santa Bárbara, así como la bahía de San Pedro y la punta Arguilla, donde enmendamos definitivamente en demanda de la bahía de Monterrey.

Y llegados a este punto he de sincerarme, porque no es momento para ocultar sentimientos o falsear estados de ánimo, si se recuerdan con la precisión que detento en estos días, por mucho que los años bañen de bruma los recuerdos. He pasado de puntillas y con felpa por la decisión de continuar a Monterrey, y dejar de lado la colonia de San Diego. Es cierto que me dirigía a una estación principal y básica en nuestras expediciones al norte, así como punto de recalada casi obligatorio. Pero también en aquellos segundos en los que observaba la carta para tomar la decisión definitiva, se apareció en mi cerebro el rostro moreno de aquella dama que todavía sembraba caldos en mi equipaje, aunque intentara desterrar tal imagen y reemplazarla por la de Cristina. Pero qué cierto es el dicho popular cuando afirma sin recato que la distancia nubla los sentidos. A mi pesar y con sentimiento de culpa, el rostro de Beatriz se abría con más fuerza y pasión desmedida, aunque tan solo hubiese cruzado unas pocas palabras con ella y fuera mujer casada con oficial del ejército. ¿Pesó la posibilidad de verla en la decisión tomada? No estoy seguro tantos años después, pero creo que depositó alguna onza en la balanza que se mantenía en equilibrio inestable.

Por fin, el día 20 de septiembre, tras cuarenta largas singladuras, dimos fondo en la bahía de Monterrey, ensenada de buenas formas y adecuada a su condición e importancia, para quedar finalmente anclados al abrigo y dos anclas porque, en verdad, fiaba poco de las condiciones de mar y viento. Y no debí esperar mucho tiempo para recibir noticias. A las dos horas rendía visita una de las lanchas estacionadas en la colonia, con pregunta directa del gobernador sobre la insignia que desplegaba la fragata. Contesté por escrito que era el Comandante del Apostadero quien arribaba en travesía de reconocimiento, al tiempo que me ponía a sus órdenes y disposición.

Quien haya conocido a don Pedro de Fages comprendería sin vacilar su rápida reacción, porque poco después regresaba la lancha a golpe de remo como forzados, para informar que la visita del gobernador se llevaría a cabo aquella misma tarde. La premura en la respuesta nos dejaba escaso margen para acondicionar el buque en revista y preparar los honores de ordenanza que se debían rendir a su autoridad, pero ese era uno de los imposibles que se consiguen a diario en los buques de la Armada. Al tiempo, ordené a Setum acomodar mi camarote en guinda para la oportuna recepción, así como preparar en catavinos unas frascas de vino de las reservadas en honor del Espíritu Santo.

Y me mantuve nervioso en la espera, porque eran variados los vientos que entraban en caja. Don Pedro podía ofrecerme alguna nueva respecto a las futuras intenciones, al tiempo que tendría ocasión de narrarle en directo las urgentes necesidades que estimaba de imprescindible solución para el apostadero. Pero también el rostro de la mujer de negro batía cobre a espuelas, aunque me costara

reconocerlo.



## 20

### *Monterrey*

Recibí a don Pedro de Fages en la meseta del portalón, como correspondía, al tiempo que se le rendían los honores de ordenanza. Y pareció agradecido por la cortesía cuando comprobé que alargaba su rostro en orgullo escondido, como si fuese la primera vez que la Armada cumplía con el ceremonial marítimo que no es prebenda de persona, sino obligación reglamentada en todo momento y lugar.

Aunque le ofrecí la oportunidad de pasar revista al buque por cubiertas y brigadas, también ración de reglamento, resignó tal prerrogativa para beneficio de la dotación que, en verdad, huye de tales eventos. Alegó en contra el escaso tiempo disponible, así como mucha la materia a tratar. Me dejó con la espina clavada en el hueco su última afirmación, porque nunca me gustaron los acertijos en materia oficial. Sin embargo, una amplia sonrisa en su rostro allanó el camino por derecho.

A pesar de mantener abiertas las lumbreras y cristales de la balconada, el calor que se sufría en mi camarote era de rigor y orla de peregrino. Pero no parecía importar tal inconveniente al gobernador, que se mantuvo con casaca en manto y sin aparentar ahogos en ningún momento. Aceptó el vino ofrecido sin rechistar, del que trasegó media pipa en acertado rezo, y lo alabó sin medida, con el placer abierto en los ojos de Setum que ejercía sus artes como mayordomo de palacio.

—Ya veo que todavía mantiene reservas estratégicas, acopiadas en equipaje propio desde España. Guarde en rigor las frascas restantes de este caldo, que es generoso como pocos y digno de mayor celebración, como nuestro definitivo asentamiento en las tierras del norte.

—Quedan suficientes para eso, señor, y algo más. Si quiere, puedo ofrecerle alguna para su...

—Nada de eso, Leñanza. Cada carreta con caballo propio y al tiro de su hacienda. En todo caso, seré yo quien le suministre material acorde a su categoría, cuando remate a muerte su propio arsenal —parecía de buen humor, abriendo manos y sonrisas sin mengua—. Por cierto, que ya se comenta en corrillos oficiales su ingente labor en el Apostadero de San Blas. Según tengo entendido, echan humo los talleres y el personal bulle a bocina de combate. He llegado a escuchar que ha ampliado el número de unidades navales disponibles, un verdadero milagro. No me equivoqué al enjuiciarlo, ya se lo adelanté.

—No crea todo lo que se oye en corrillo, señor, aunque sea cierto que debí trabajar duro para poner en orden varias cuestiones de importancia, y animar algunos espíritus alicaídos. Pero necesito su ayuda en ciertos aspectos que no admiten demora posible, y perdone mi ataque al primer tiro.

—Si es respecto a comisarios e inspectores, pandilla de sabandijas sin freno, alegue con energía que lo he ordenado yo.

—Ya lo hice, no crea —también me permití una velada sonrisa—. He creado escuelas que serán el pilar de nuestro futuro, pero deseo su autorización para rescatar personal pensionado, con la oportuna selección, si así los convengo. Y también es necesario aumentar el situado, aunque le suene a oración de cada día, porque no alcanza el montante ni de lejos y llega a la plaza en retraso con más frecuencia de la deseada.

—De acuerdo. Cada camino mantiene sus bordes. ¿Ha encontrado algún problema grave de verdad?

—Pues si le soy sincero, desde el punto de vista de apoyo a la fuerza naval, tan solo me preocupa la falta de toneleros y víveres frescos de salud.

—¿Toneleros y víveres?

Don Pedro parecía divertido en broma de cuartel, por lo que me vi obligado a explicarle con detalle la importancia que para las expediciones de altura presentaban las condiciones de almacenamiento a bordo, porque eran muchos hombres los que se perdían por escorbuto y falta de líquidos. Y no podíamos consentir tal merma en un personal que faltaba a todas luces. Como era inteligente y las cazaba al vuelo, me dio la razón en segundos.

—De acuerdo. Hay veces que cuestiones aparentemente sencillas no se acometen por falta de previsión. Ordenaré una línea de envío para esos víveres que solicita. Y en cuanto a los toneleros, me ocuparé en persona y recibirá en el apostadero un par de ellos, los mejores que se encuentren bajo mi jurisdicción. Y me parece magnífica su idea de fomentar las escuelas. Ya le comenté que no podemos fiar de los demás, sino en cosechas de casa propia.

El gobernador, inquieto como siempre, abandonó el asiento para pasear por el reducido espacio de mi cámara. Parecía seguir rastros lejanos, por lo que esperé su andanada en silencio.

—¿Tiene alguna noticia sobre la expedición que salió en marzo?

—Ninguna, señor, y es el tema que centra mi preocupación cada día. Por esa razón pienso permanecer en esta colonia el tiempo indispensable, que no deseo cruzar derrotas con los dos buques en avanzada. De todas formas, es posible que se alargue varios meses.

—No lo crea, Leñanza. A Esteban José Martínez le ordené en persona, como principal misión, investigar la existencia de ingleses, puntos elegidos de la costa para sus actividades y comercios que mantienen. En caso afirmativo, debe regresar con el informe a la mayor brevedad, para cuadrar decisiones definitivas de estacionamiento en los enclaves que consideremos fundamentales.

—La isla de Nutka.

—En efecto. Creo que ese es el punto fundamental, no solo a poblar, sino a fortificar con armas y muralla en orden adecuado. Será nuestra punta de lanza en los

50 grados de latitud. Por esa razón, como estoy seguro de la presencia británica, volverá pronto. El regreso se hace con vientos generosos del norte y velocidad de pájaro, según tengo entendido. Y después deberá partir usted mismo en expedición de fuerza si es necesario, para expulsar a los ingleses si se han establecido y fortificar esa isla. Por fortuna, el nuevo virrey está a punto de llegar y es resolutivo al máximo, no como... Bueno, mejor es callar, que me saben todos con la boca demasiado grande y agujeros en la lengua.

—Si me permite, señor, hay un aspecto del problema que no comprendo.

—Pregunte sin miedo, Leñanza, que la confianza debe ser mutua.

—¿No le preocupa la presencia rusa? Según tengo entendido, su instalación es segura y aumenta en escala por momentos.

—Bueno, esa es harina de otro costal. La verdad es que ellos llegaron desde el norte hace años, a través de ese estrecho que llaman de Behering, y se establecieron en las islas de Trinidad y Onalaska, según parece. Pero debemos reconocer que siempre nos informaron con suficiente sinceridad y generosidad. Y conocido por nuestro gobierno, se llevó a cabo la oportuna reclamación diplomática, a la que ha respondido la Corte Imperial que de mucho tiempo atrás tiene dadas órdenes a los que comercian en Kamchatska de no establecerse en terrenos pertenecientes a otras potencias, y suponía que las órdenes habían sido obedecidas. Y de no ser así, si sus vasallos se hubiesen introducido en esta parte de la América española, pedían a nuestro Señor que pusiese remedio, arreglando las infracciones en buena conformidad.

—Parecen sensatos.

—Y sinceros porque no hablan en falso día a día como el inglés. En mi opinión, debemos utilizar a los rusos y aprender de ellos en algunos campos. Esos hombres negocian con pieles y tienen probada eficacia en esas costas altas, aunque no creo que hayan bajado hasta Nutka. Si por mí fuera, llegaría a formalizar tratados con ellos, ventajosos para ambas partes, aunque estableciendo con claridad nuestra soberanía en toda la costa occidental americana. De ahí que necesitemos más información sobre esas tierras de Alasita, por si llegan a unirse a las del Imperio en algún punto, cosa que desconocemos.

—Creo que me deja claros y sin dudas los horizontes, señor. Cuando llegue Martínez, enviaré el preceptivo informe al virrey...

—A través de mi autoridad, no lo olvide —su voz tronó con energía.

—Por supuesto, señor. Y será el momento de analizar los detalles de esa nueva expedición y decidir los pasos a seguir.

—Procuraré volar por tierras cercanas a San Blas en los próximos meses, y mantenerle informado de mis movimientos. No podemos ni debemos perder tiempo. En cuanto reciba noticias de la expedición, venga a verme.

—Sí, señor. Por esa razón, si a bien lo tiene saldré en tornaviaje hacia San Blas pasado mañana.

—Tampoco es cosa de matar a los caballos de un tiro —volvió a la sonrisa franca y abierta—. Que descansen sus hombres de la travesía durante unos días, antes de emprender el regreso. Por cierto, que esta noche ofrezco una cena privada en mi residencia, a la que está usted invitado. Y no se preocupe en esta ocasión por el protocolo ni en sentido parejo. Seremos pocas personas y de la máxima confianza.

—Se lo agradezco mucho, señor. Allí estaré.

—Enviaré un carruaje de servicio para recogerlo —pareció que recordaba un detalle olvidado—. Por cierto, olvidaba decirle que me ofrecieron generosos recuerdos para usted.

—¿Para mí? —mi sorpresa era sincera, aunque olfateara guisos a distancia.

—En efecto. Cayó usted en franca simpatía a la señora de Urtube, la bella Beatriz. También se encontrará mañana entre nosotros. Por desgracia, no podrá conocer a su esposo el capitán porque las campañas contra los indios en Sonora son continuas. No parecen ceder al completo esos bárbaros emplumados.

Me pareció entender un deje burlón en el tono de su voz, al comentar la ausencia del capitán, pero ya sentía hervir la sangre y no debía entrar en menores detalles. De esta forma, apeló a la necesidad de retirarse, aunque antes deseara analizar conmigo la carta levantada en plano de la costa del noroeste, donde se expresaban con razón todas las noticias adquiridas en las expediciones llevadas a cabo hasta el momento.

Despedí a don Pedro con el mismo ceremonial que a la llegada. A pesar de su edad, saltó con ligereza como grumete de a bordo a la lancha, empavesada para la ocasión. Y una vez perdido en la distancia regresé a mi cámara, aunque las culebras barrieran mi estómago en desenfrenadas carreras.

Ya sé que muchos de los que lean estas páginas bajaran su concepto sobre mi persona en varias escalas. Creerán, con la sencilla deducción de quien no sufre el momento, que en pocas semanas había borrado a mi querida Cristina de la cabeza, como pluma que sopla el viento. Y no era así, puedo jurarlo por la gloria de mi alma. El amor por Cristina se mantenía en lo más alto, aunque su recuerdo se difuminase en ciertos momentos de mi cerebro, como si me costara enfocar su retrato con cierta nitidez, mientras los ojos de Beatriz embocaban la dársena a discreción y por derecho. Y no entraré en la opinión marcada por Pecas a diario sobre la posibilidad del hombre para amar al tiempo a más de una mujer, porque en verdad el amor es uno y lo demás queda en otra estadía bien distinta, disfrazada, eso sí, por parecidos sentimientos.

Pero entrando a proa, sentí desbocada aceleración, aunque dispusiera de varias horas para preparar mi presencia. Setum, largo de entendederas y con apuntes más propios de brujería, se mantuvo en silencio con un gesto suyo muy característico, al punto de hacerme largar lenguas con falso enfado.

—¿Qué sucede, Setum? Te veo rumiar silencio y eso debe tener especial significado.

—No es nada señor —mentía a distancia—. Bueno, me extraña su especial

impaciencia por una cena sencilla, así como los detalles que emplea en su uniformidad.

—¿Cena sencilla, dices? Se trata de especial ocasión en la residencia del gobernador.

—Es posible. Como bien sabe, Setum es negro, analfabeto y musulmán de religión, pero no tonto de galleta —tocaba su cabeza en una de sus frases habituales—. Tal vez, esa dama que le envió recuerdos con el señor gobernador influya en su estado de ánimo, porque lo veo tenso y envarado, como joven doncel que acude a su primera cita amorosa.

—¿Qué tonterías son esas, por Satanás? ¿De qué señora hablas?

—No debe olvidar que, sin quererlo, escucho sus conversaciones en esta cámara cuando le sirvo. Me refería a la mujer del capitán, aquella que ya asistió en Tepic a la recepción en su honor.

—¿Cómo sabes tú que conocí dama en Tepic? ¿Escuchas tras las paredes?

—Cuando el servicio de noble casa es extendido, suelta la lengua sin moderación. Y ya sabe usted que no pierdo palabra lanzada al aire, siempre en su beneficio, claro está. Pero creo que debe asistir con la dignidad de otras veces y sin recargar su uniforme de ornamentos.

—Eres un brujo africano —como tantas otras veces, no pude menos que tragar sonrisas.

—Un poco sí que lo soy, ya se lo demostré otras veces y con razones probadas.

Golpeé su hombro con afecto, mientras los dos reíamos con franqueza. Y como siempre, tenía razón mi fiel secretario, porque nunca marraba en sus presagios y adivinanzas.

Llegué a la residencia de Don Pedro con la hora ajustada en cortesía. Pero para alargar el tiempo, desfilé con el carruaje por la colonia de Monterrey, cuando el sol comenzaba a declinar con franqueza. Y puedo asegurar que me sorprendió a mucho y en bien por todos los vientos. Aunque ya luciera trazas de villa en franca expansión, mantenía el tinte de misión evangelizadora, hasta recordar de lejos los dibujos de los primeros asentamientos jesuitas y franciscanos en la Baja California, que observara en los legajos de San Blas, levantados por algún piloto ligero de pluma. Pero confirmé para mi criterio la entusiasta resolución del gobernador, porque allí y de aquella forma se podía ensanchar un reino a voluntad divina. Por desgracia, no siempre nuestros gobiernos atienden las indicaciones de sus funcionarios.

Y era la residencia de don Pedro noble y espaciosa, aunque mucho distara de la correspondiente a una autoridad con tan alargada jurisdicción. Pero recordé que aquel hombre inquieto andaba al salto de norte a sur, por lo que no se podía catalogar el edificio como residencia oficial de la gobernación en ningún sentido.

Comprobé con cierta prevención que ya los invitados se encontraban en el salón de recibo, lo que me alarmó al considerar un posible retraso. Y cuando entraba en excusas por el detalle, cortó el anfitrión, tomándome por el hombro con buen humor.

—No se preocupe usted, comandante, que nos alcanza en punto y como Dios manda. Son estos amigos los que adelantaron la llegada, porque saben poco de puntualidad marinera.

Y al tiempo fui presentado a los invitados, donde destacaba fray Bartolomé de Cerrada, que había sustituido al famoso Junípero Serra al frente de la misión franciscana tras su muerte, sufrida cuatro años atrás, el coronel del ejército Enrique de Montellano, primo del gobernador y en visita de inspección de artillería. Y por último, entre otras personas de renombre en colonias cercanas, sacaba rumbo y cabeza don Borja Mentisoló, marqués de Estípolli, presidente de la Real Audiencia de Mérida y hombre temido por muchos con manifiesta razón, que era semental de retranca y látigo aquel personaje, hermano de la señora de Fages, a quien por fin conocí.

Y como anunciaba el rumor de mi piel en los brazos desde que apareciera en el salón, saludé a Beatriz, vestida de negro al igual que en la anterior ocasión y más hermosa, si cabe. Aunque entre en penosa repetición, no es fácil describirla sin emocionarse. Me dirigió una especial sonrisa al pronunciar mi nombre, que taladró ojos y cerebro como bala de culebrina a corta distancia.

Nos mantuvimos en animada charla hasta pasar al comedor, donde comprobé agradecido que mi asiento se encontraba entre Beatriz y la mujer de un Corregidor, aunque ya el duende me avisara en los adentros con antelación y sin saber por qué en ese sentido.

Recuerdo aquella noche con tintes de nostalgia y cierta envidia, porque esos momentos en los que se sienten vibraciones hasta el fondo del alma y con repique de cañón, no se borran jamás de nuestra cabeza y se añoran con el paso de los años, especialmente cuando es imposible el tornaviaje. Pero continuaba cohibido, como si Beatriz formara un cuadro fantástico y nebuloso que podía evaporarse en cualquier momento. Por fortuna o desgracia, era ella más sabia en tablas y corridas, por lo que encauzó nuestra conversación con absoluta maestría. Y para entrar en cuestión que se asemejaba oculta, lancé una pequeña andanada.

—Siento de nuevo no poder conocer a su esposo. Creo que es mucha la faena que atiende para pacificar estos territorios, con lo que sufrirá penosa soledad en cuota elevada.

—Así es. Pero, dígame —salió de la línea en escapada—, ¿qué le ha parecido la colonia?

—Pues más amplia de lo esperado, aunque todavía con..., con aspecto de...

—¿De misión franciscana? —intervino don Pedro, que alargaba el oído a satisfacción.

—Nada tiene de malo tal consideración —intervino fray Bartolomé, sonriendo.

—No he dicho tal cosa —remató el gobernador—, aunque utilicen el incienso en cantidades abusivas, poco apropiadas a estos calores.

Rieron todos la salida del anfitrión, muy dado al juego de palabras y la puntilla de

mano. Creí necesario aclarar mi opinión.

—Preveo un gran futuro a estas colonias, en general. Y será para engrandecimiento de España, sin duda. Una obra iniciada por..., por eclesiásticos.

—No miente la bicha en corral ajeno o arderá en el infierno —don Pedro volvía a reír sus propias palabras, con referencia a la denostada orden jesuita.

—Tenga en cuenta —volvía el fraile a la carga—, que esta misión de San Carlos de Monterrey fue fundada por nuestro inolvidable fray Junípero Serra en junio de 1770, hace 18 años nada más. Si la hubiera visitado hace un lustro tan solo, no creería lo que ven sus ojos en estos días.

—En ese cambio tiene mucho que ver la actividad de nuestro gobernador —apostilló un funcionario oscuro en interesada alabanza.

—Y más lo tendré en el futuro, que tan solo hemos abierto camino —apostilló don Pedro con inesperada convicción.

Y se mantuvo la conversación en términos parecidos, con entradas alegres y divertidas del anfitrión. Tan solo los lacónicos y cortantes apuntes del marqués avinagrado ofrecían un tono discordante, que era remediado por don Pedro o don Bartolomé, únicos miembros de la mesa con derecho de veto en dicha dirección. Entrados en vinos viejos, el marqués de Estípolti me dirigió una pregunta con su habitual desaire y voz elevada.

—¿Por qué utilizan a bordo ustedes tal galimatías verbal, que ningún cristiano puede comprender?

—Si se refiere a las palabras de uso marinerero, empleadas a bordo de los buques de la Real Armada, señoría, le adelanto que son propias y legales en nuestro idioma, al que enriquecen en gran forma desde hace siglos —le respondía con cortesía y buen tono, pero sin dar un paso atrás—. Y puedo asegurarle que son cristianas en elevado tanto por ciento las dotaciones de los buques de Su Majestad, salvo los esclavos berberiscos que forman la chusma de nuestras galeras.

—¿Palabras legales dice? —no parecía haberle gustado mi respuesta—. Cuando aparece un buque enemigo, tocan a zafarrancho en lugar de dar la voz de combatir, que es castellana vieja y digna de tal acción.

—Creo que informaron mal a su señoría en ese punto concreto —no estaba dispuesto a recular en falso, animado por el gesto abierto en el rostro del gobernador—. Cada día, bien temprano, se da a bordo el toque de zafarrancho, lo que significa la necesidad del baldeo en cubiertas y baterías, así como desembarazarlas de coyotes y petates pertenecientes a marinería y tropa, que deben colocarse en las redes de los pasamanos, parapetos y batayolas. De esta forma se consigue eliminar todo lo que se oponga a la policía y buen orden militar y marinerero que debe reinar en los buques de la Armada. Ese es, en realidad, el zafarrancho llamado de limpieza. Cuando se ofrece dicho toque por la noche, por noticias o sospechas de enemigos, se suele denominar zafarrancho de combate, lo que lleva unido la colocación de municiones y demás preparativos para entrar en acción. Pero la voz reglamentaria para comunicar a la

dotación la próxima entrada en acción de guerra, por medio de corneta, es la de zafarrancho y prevención para el combate. Todas ellas, como puede comprobar en enciclopedias y diccionarios, viejas palabras castellanas que todo cristiano debería conocer. Hasta el Rey Sabio se refiere a ellas en sus escritos.

—Una buena lección de terminología naval, sí señor —intervino don Pedro para rebajar las cintas y pasar a otro tema, aunque se le viera disfrutar con la discusión ofrecida.

Quedó meridianamente claro que los miembros de la Armada no gozaban del favor del marqués, un sentimiento que era recíproco y a las claras en mi caso. Pensé que sería mejor no cruzar negocios con aquel enrevesado culebrón en el futuro.

La velada, sin embargo, se mantuvo en tintes alegres, porque les he narrado una sencilla excepción. Y pronto entreví que Beatriz gozaba de confianza abierta con todos los comensales, una situación alejada de mis entendederas. Pero poco recuerdo con mayor detalle en el desarrollo de aquellas horas, salvo algunos apuntes de las palabras cruzadas con la bella señora que batía mis alas, cuya voz sonaba en los oídos como canto de sirena. No creo que disponga de capacidad intelectual para exponer con acierto y por escrito, cómo sabía utilizar Beatriz los tonos de su garganta con sorbo embriagador, ese arma que emplean algunas mujeres con tal maestría que se convierte en caricia adelantada o embozo de mortaja.

—Creo que tiene usted dos hijos, Francisco —afirmó en voz queda y sentida.

—Así es. Quedaron en España con su madre.

—A veces siento no haber podido engendrar sucesión familiar, aunque también otorga cierta libertad tal disposición, por mucho que la nieguen los servidores de Dios, para quienes somos animales de cría y engorde. Dice el refrán que familia lejana, media se pierde o se gana —sonrió con picardía, jugando a las palabras con doble rasero—. Es mucha la distancia que nos separa de España, tanta que se desvanece de mis recuerdos.

—¿Llegó a visitarla?

—Siendo niña, con mis padres, rendimos viaje a la Corte. Pero, como le decía, guardo de aquellos días pequeños recuerdos.

No sé por qué sacaba conclusiones que desecharía en otra situación cualquier cabeza con mediana clarividencia. Pero sufría la sensación de sentirme abocado sobre el brocal de un profundo pozo, al que era empujado con suave dulzura, como si el ambiente de aquella tierra o sus gentes me tendiesen la mano en dirección equivocada. No es fácil explicar lo que circulaba por mi cerebro en aquellos momentos, aunque presentía por largo que me hundía poco a poco. Pero no estiben tal sentimiento en sentido negativo, porque de grata suavidad y ternura podría calificarlo.

La sobremesa se alargó demasiado en el tiempo, al punto de comenzar a despedirse los comensales en confianza y por grupos. Como última estacha, permanecemos en amena conversación el funcionario de traza obsequiosa, Beatriz,

don Pedro y yo. Sin embargo, comprendí llegado el momento del agradecimiento por mi parte, sin prolongar la amabilidad de nuestro anfitrión, porque ya era noche cerrada. Y fue entonces cuando me sorprendió don Pedro, si así puedo llamarlo.

—Espero que regrese sin novedad a San Blas. Y como ya hemos apalabrado, esperaré sus noticias cuando llegue el momento que deseamos.

—Así lo haré, señor, y con la necesaria premura. Una vez más, le agradezco su amabilidad, atenciones y hospitalidad.

—Mío es el debido agradecimiento por su gentileza y cortesía.

Parecía entrar don Pedro en remate de cordial despedida, cuando se dirigió a mí con inesperada petición, de esas que se toman al vuelo por motivos sobrevenidos y sin mayor importancia.

—Por cierto, comandante. ¿Le importaría acompañar a Beatriz a su vivienda, que le toma de camino hacia el puerto? Desearía rematar unos asuntos con don Melchor antes de retirarnos.

Me pilló desprevenido y debió notarse en el rostro, porque pocas veces supe enmascarar los sentimientos. Pero reaccioné con suficiente rapidez.

—Será un inmenso placer por mi parte, si la señora no tiene...

—Acepto la propuesta encantada, que ya es tarde y conozco a nuestro amable gobernador, capaz de mantenerse en conversación hasta el alba.

—Tienes razón sobrada, hija mía. Por eso te deposito en caballerosas manos.

Y de esta forma embarqué en el carruaje puesto a disposición por don Pedro, con Beatriz a mi lado. Y aunque les parezca difícil de creer, perdí los nervios en pocos segundos ante lo que consideraba una situación escasamente normal y adecuada. Por mucho que en Ultramar todo fuese diferente, parecía extraño que acompañara en solitario a mujer casada y a altas horas de la noche. Pero creo que esas cavilaciones son más del presente. Lo que se estableció en el interior con fuerza arrolladora fue su perfume, que aún lo distingo en mi nariz cuando algunas flores se abren en primavera.

Navegamos en silencio, hasta el punto que podía escuchar el murmullo de las voces mantenidas en bajo entre Setum y el cochero. Beatriz miraba hacia su derecha, a través de la cortinilla abierta. Sin embargo, cuando el carruaje se detuvo y ya Setum abría su puerta, reaccionó de forma inesperada.

—Un momento, por favor, que debo rematar la conversación con su señor.

Fue entonces cuando se giró hacia mí. Con el movimiento acortó la distancia, hasta sentirla muy cerca de mi piel. Por los vidrios entraba la luz de la luna en costado, por lo que su rostro quedaba semioculto en listas de sombra. Ahora su voz sonó en mis oídos como un triste lamento.

—Me he alegrado mucho de conocerle, Francisco. No son muchos los hombres como usted que se encuentran por estas tierras.

—También ha sido un placer para mí, Beatriz.

Intentaba encontrar frases que se acoplaran a modo, desesperando por no

encontrarlas. Pero fue entonces cuando se produjo la explosión, que eso fue en realidad para mí. Beatriz, de forma rápida e inesperada, acercó el rostro hacia mí, hasta depositar un ligero beso sobre mis labios. Quedé mudo y desconcertado, al tiempo que cerraba mi boca para no perder el sabor prendido. Había sido un beso ligero, como robado al viento, pero me vi obligado a declarar en falsete.

—Por favor, Beatriz, sabe que tengo mujer.

—Pero muy lejos —entre los rayos de luz adiviné una franca sonrisa—, lo que significa que, como yo, está medio casado solamente. Por mi parte, no veo a mi marido desde hace dos años y tampoco ardo en deseos de alcanzar tal situación, que el amor no existió jamás. Además, me siento atraída por usted desde el primer momento. Ya ve que soy sincera y con salidas poco adecuadas a una dama —ofreció un guiño que dulcificó su rostro, para bajar todavía más el tono de su voz. ¿No le gustó el beso?

—Mucho.

Y se hizo el silencio, mientras la suponía con rostro divertido, sin saber por qué. No sabía qué hacer o decir, con la mente y la boca atenazadas en garfio. Pero ella sí que sabía y a ciencia cierta. Volvió a acercarse a mí, en esta ocasión con lentitud y premeditada parsimonia. Podía oler sus labios cuando volvió a posarlos sobre los míos, en esta ocasión con más fuerza y permanencia. Y fue entonces cuando mi sangre saltó a borbotones, como si pinchara un pellejo de cordero inflado de más. Sin saber cómo, la tomé en mis brazos y alargué aquel beso a muerte, como último deseo de penado a la horca. Mientras creía entrar en el séptimo cielo, Beatriz tomó mi mano, haciéndola pasar por su pecho y su cuerpo. Nos retorcimos como endemoniados consumidos por el fuego durante un tiempo indeterminado que me pareció una dulce eternidad. Por fin, cedió ella hasta separarse, mientras remendaba su tocado a la ligera.

—Dicen que los marinos son hombres apasionados, y ahora lo creo.

—Perdone mi... Ha sido una locura.

—Una agradable locura, diría con toda sinceridad. Y creo firmemente que la vida se compone en conjunto de muchas pequeñas locuras, si se desea sobrevivir. Pero no se disculpe, que fui yo quien le invitó. ¿Desea pasar y tomar algo en casa?

Si aquella noche navegaba de sorpresa en sorpresa, ahora me llegaba la tensión hasta la galleta como metido en huracán. Volví a quedar sin rumbo, perdido en aquellos ojos y los labios que se abrían tan cerca de mí. Pero debió ser el duende bueno, o el malo tal vez, quien me hizo declarar sin quererlo.

—No creo que sea oportuno. Es muy tarde y...

—Tiene usted razón. A veces, cuando tomo vino generoso, me vuelvo alocada —pasaba del hielo al fuego en cuestión de segundos. Volvió a mirarme con fijeza a los ojos—. Espero que la próxima vez acepte mi invitación. Le tengo en muy alta estima, Francisco.

—La próxima vez aceptaré, puede estar segura.

Tras dar la voz, Setum abrió la portezuela. Y procedimos a la oficial despedida, como si se tratara de dos desconocidos obligados a repartir asiento por obligación. Besé su mano por última vez, sintiendo su significativa presión sobre la mía.

Cuando llegamos a la cámara en la fragata, los grillos andaban por mi cabeza como los monos colorados saltan en las ramas de los árboles. Y es imposible misión la de intentar analizar aquellas sensaciones al punto, porque eran tantas y tan variadas que pasaba de una a otra sin capacidad de un mínimo análisis. Setum maniobró en silencio, con la mirada torcida, presagio de adoctrinamiento natural. Pero no era momento para entrar en temas que mi mente rechazaba al público, por lo que lo despedí con rapidez.

Sí puedo asegurarles por llano que apenas dormí durante las restantes horas de aquella turbulenta noche. En el alambique de mi cabeza se mezclaban tantos caldos de distinta madre, rompiendo unos contra otros, que me agité como poseso durante horas. El rostro de Cristina aparecía de lejos, con los ojos abiertos en llanto, para abrir más la herida. Pero también los labios y el perfume de Beatriz dominaban a gusto, al punto de pasar la mano por mi boca y olfatearla después como perro siguiendo rastros queridos.

En su conjunto, sufrí una turbonada mental que a nadie deseo, aunque en el fondo de mi alma una pregunta se repetía una y otra vez en machacona insistencia. ¿Por qué no había aceptado la invitación ofrecida? Pensaba sin posible descanso, que si hubiese obrado en distinta dirección, podía encontrarme en aquellos momentos entre los brazos de Beatriz, acariciando su piel y besando sus ojos, lo que me obligaba a repetir la cuestión. ¿Por qué no habría aceptado la invitación? He de reconocer en sinceridad, que me arrepentí de la negativa durante muchas horas.



## *Noticias importantes*

Dos días más permanecemos en la colonia de Monterrey para conceder un merecido respiro a la dotación, así como proceder al embarque de víveres y aguada necesarios en el tornaviaje. Y no puedo aplicar esa palabra relativa al descanso a mi persona, en cuanto a su significado de quietud y reposo extendido en cuerpo y alma, que esta última se mantenía en tensión permanente, temiendo o deseando, quizás, la llegada de una lancha con recado invitador. Por esta razón, encaminaba mis pasos por la cubierta en permanente desazón, con la mirada escudriñando de través el embarcadero, porque los sentidos reclamaban con insistencia lo que la razón intentaba obviar, hasta entablar cruces internos de acusaciones y reproches.

Setum se mantuvo en extraño y comedido silencio durante aquella primera jornada de vigilia, sin que mis comentarios alentaran en momento alguno su entrada en discusión, porque ya le conocía lo suficiente como para prever el resultado. Pero sabía que se trataba de menuda tregua, concedida sin ánimo de continuidad. En el segundo día, cuando ya preparábamos la fragata para la salida a la mar, me atacó en la cámara durante el almuerzo, sin posibilidad de escape.

—No debe temer a los sentidos que inflaman la carne y el deseo, señor, que es un componente tan natural como el apetito o la sed.

Hablaba en voz queda y sin mirarme a la cara, con ese tono paternal que tan bien conocía, mientras recogía los enseres de la mesa. No me tomó desprevenido su entrada, porque esperaba tal incursión en cualquier momento, pero sí me costó comprender sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabe, señor, de mi inquebrantable fidelidad y adoración hacia doña Cristina, a quien aprecio y venero como hija más querida, tanto por ella misma como por componer la segunda mitad de su persona que conforma un todo. Pero el hombre es animal de instintos y lo que el cuerpo tomó como sabrosa costumbre, no se puede aliviar durante años con dulces pensamientos tan solo.

—Mira, Setum, cuando hablas en jeroglíficos es difícil seguirte.

—El señor me sigue muy bien, aunque una parte de su cerebro se cierre a la banda por infundados temores. Debe recordar que procedo de distinta cultura, donde el hombre no es de una sola mujer sino que dispone de varias a su disposición. Después pasé años de esclavitud en el mundo musulmán, con otro concepto bien distinto de la relación hombre-mujer, a caballo entre el suyo y el mío original, hasta ser rescatado por usted.

—No digas eso, Setum —le dirigí una mirada con el verdadero aprecio que le

profesaba—, que tú nos rescataste del cautiverio y hasta nos diste nueva vida.

—Eso es discutible. Pero, a lo que iba —no se apartaba del camino por muchas prendas que le ofreciera en compensación—, le confieso que creo en el sistema cristiano, donde la familia debe ser una como tronco de árbol robusto. Sin embargo, se encontrará durante quién sabe cuánto tiempo a mucha distancia de doña Cristina, por lo que necesitará de otras caricias, sin necesidad de que tales efectos lleguen a su conocimiento y le produzcan dolor. Pero ha de conducirse con la debida precaución, que algunas abejas entran en panal ajeno con máscaras para destruirlo.

—Deja de dar rodeos con misteriosas frases y explícate de una vez.

—Me refería a esa señora, esposa de capitán aunque no lo vea ni de tarde en tarde, que andan separados como el aceite y el agua. Comprendo que entre usted en ascuas con ella y libere los malos humores que se concentran en cuerpo habituado al placer. Pero no veo a esa dama en buen acuerdo y sentido, porque son muchas las rarezas que acompañan esta guinda.

Permanecí en silencio para que agotara la parla que me hería y a la que no podía renunciar, porque ya conocen de mi relación con el africano.

—No sé si coincidirá conmigo, señor, pero son demasiadas las casualidades, efecto en el que poco fío, así como amplia la facilidad con la que parece caer el venado. Además, en casa del gobernador en Tepic escuché algunos rumores que apuntan en extraña dirección, y me refiero a la relación de dicha señora con don Pedro de Fages —por fin, me miró de frente, sin perder la seriedad de su rostro.

—Es muy amigo de su padre y la quiere como a una hija —intenté cortar ese camino, aunque presentía la dirección por la que navegaba mi negro consultor.

—Quererla la quiere, desde luego, o la ha querido en su momento. Esa dama vivió en permanencia con el gobernador más de un año y no como hija precisamente.

—¿Qué barbaridad estás diciendo? ¿Cómo se te ocurre llegar a pensar tal...?

—Señor, Setum es africano y negro pero no...

—Ya sé que no eres tonto sino muy inteligente —corté su frase de tantas veces.

—Aparte de escuchar rumores entre perolas, pregunté al desmayo cuando la ocasión era propicia. Le aseguro que esa dama vestida de negro, como entrada en luto permanente, calentó la cama del gobernador por largo y con gemidos. Ahora, según parece, todo arrumba a que entre en rendidos calores con usted. Pero, como siempre he pensado, esas cosas que se programan y entablan con tal rapidez me huelen a torcido.

—¿Quieres decir que don Pedro intenta que... Debes haber entrado en locura?

—Me cuesta creer que no lo haya pensado siquiera. ¿Está ciego y sordo? Debe recordar que fue en su casa donde la conoció, le ofreció sus recuerdos posteriormente, repite el encuentro casual y, para rematar la faena, la envía en sus brazos a horas que, en España y aquí también, se considerarían pecaminosas. Si no ha perdido su habitual sagacidad, debe comprobar que lo blanco es blanco y no puede ser negro como mi piel. Por eso le decía que ande con cuatro ojos. Goce a fondo de las frutas que caigan

en el cesto, que es natural y en razón salvo opinión de eclesiástico. Pero evite comprometer su familia y su futuro.

Y sin decir una palabra más desapareció de la cámara, alegando excusa en volumen bajo e indescifrable. Ese era Setum y su forma de actuar, que ya andaba en mi corona por bastantes años, siempre con la razón en los labios y la fidelidad por estandarte.

De esta forma quedé a solas y pensativo, con profunda e inesperada tristeza, porque nada es más terrible que escuchar la verdad, cuando ella duele bien dentro. Pero también tenía razón el africano al analizar mis propios sentidos, con ese especial discernimiento que le otorgaran en nacimiento, bebido en espíritus de siglos posiblemente. Debía reconocer que en cuanto bajaba la guardia mental unos segundos, volvía a suspirar por aquella piel morena y los labios ardientes, al punto de revolucionar mis carnes con duros gualdrapazos.

Por fortuna y para alegrar mi alicaída estampa, durante la última tarde de estancia en el fondeadero se produjo una inesperada y prometedora noticia, nada menos que el embarque de un tonelero de excelentes facultades profesionales, con expresa manda del gobernador y a su cargo, para desempeñar comisión en San Blas durante seis meses. Al menos, podía asegurar que era don Pedro hombre que cumplía sus palabras sin quebranto y con extrema rapidez.

Abandonamos el surgidero de Monterrey el día 23, rezando en mi interior para que los vientos se mantuvieran con su habitual terquedad de componente norte y fuerza entre límites, con lo que el tornaviaje podía hacerse en menores singladuras que a la subida. Y no tuve mucho tiempo para renegar de los cielos, porque a escasa distancia de la bahía nos entró reglado del noroeste y fresco, al punto de largar todo el aparejo sin camisa en cofre, que el trapo se ofrecía hasta en los mocos<sup>[113]</sup> del bauprés.

Y como decía Perona, nos bendijo el alba primera de quilla a perilla y a cuerpo entero. La Pequeña se mantuvo en vuelo permanente durante dieciséis jornadas, sin bajar la espuma un palmo, lo que nos permitió barajar la costa a la vista y distancia de precaución, hasta pasar a canto de mano de la isla Isabela y embocar en directo hacia el apostadero, donde entramos en el mediodía del 10 de octubre. Y con rapidez atisbé por el anteojo para comprobar la ausencia de la fragata Princesa y paquebote San Carlos, motivo principal de preocupación y urgencia, aunque Perona opinara en contrario.

—No han de llegar en semanas, señor, que es mucha la distancia y penosas las circunstancias si los cielos se entablan en negro.

—Opina en contrario el gobernador. Según sus propias palabras, estima como prioritaria la noticia de posibles asentamientos ingleses, y en este sentido ordenó un regreso urgente de aviso a Esteban José Martínez.

—Si se manejan otros factores que desconozco, puede ser distinta la cuestión. Si no me salen mal las cuentas, llevan siete meses en la mar los dos buques, y si

encontraron los rastros que persiguen con prontitud, podría producirse esa temprana llegada que presume.

—De nada sirve hacer pronósticos, una vez tranquilos por arribar a San Blas antes que ellos. Ahora no nos queda más que esperar. Pero como no nos falta trabajo, dejaremos pasar el tiempo dedicados a lo nuestro, que no es poco.

—Los días y semanas pasan con demasiada rapidez, especialmente a mi edad.

—No cante lamentos de viejo, Perona, que se maneja usted a bordo como un grumete.

—No opina así la que me espera en casa —ahora rio con ganas, mientras palmeaba las manos.

Y de nuevo me entregué a la misión principal, para que el arsenal de San Blas funcionara a fondo como tal, con las limitaciones propias que eran de todo punto imposible soslayar. Las disposiciones tomadas en los primeros días rendían ya a buena cuenta, para orgullo propio y ajeno, con solo observar el apostadero de lejos. Los talleres de jarcias y velas volvían a bruñir, mientras la fundición echaba humo a todas horas, lo que no se recordaba en el lugar. Tan solo los problemas legales y económicos cerraban las espitas con demasiada perseverancia. Pero también en este caso pude comprobar la alargada mano de don Pedro, al punto de aligerar la presión oficial en los certificados de asiento y aumento de caudales, incluso en la reorganización de la fábrica de pólvoras que era tema descartado en un principio.

Pero no crean que el tiempo se alargó en rutina durante mucho tiempo, porque la aceleración se mantenía unida a mi cuerpo como lapa al fondo. Dos semanas después de nuestra arribada, entrada la mañana en sofocantes calores, recibí aviso por parte del contramaestre primero Martín Iglesias, de servicio en mi oficina por impedimentos corporales, del avistamiento del paquebote San Carlos en el horizonte, a tres millas de la Puntilla. Y casi a corrida de galgo, también llegaba Perona para darme la noticia. Salimos los dos a la terraza de la Comandancia, desde donde era visible una amplia franja del horizonte. Y al tiempo abrimos los anteojos para dirigirlos sobre el punto blanco que ya se veía con cierta claridad.

—Tenía usted mucha razón, señor —alegó Perona—, que no siempre la experiencia concede ese privilegio. Se ha producido el regreso con bastante antelación a la que esperaba. Ahí tenemos el paquebote San Carlos, alias el Filipino, y sin problemas de aparejo a la vista. Y según su propia teoría, tal adelanto significa evidente presencia de ingleses en nuestras aguas.

—Debería ser así. Por cierto, ¿dónde estará la fragata Princesa? —movía el largomira para barrer el horizonte de banda a banda, sin encontrar la segunda unidad.

—No suelen regresar como si formaran agrupación naval en regla, señor. Cuando se decide el tornaviaje, suelen separarse sus derrotas en la noche o..., o cuando alguno desea navegar con independencia.

—¿Qué quiere decir?

—Si las relaciones personales entre los mandos no son muy fluidas, en la primera

oportunidad se separan y continúan por camino propio. Es fácil alegar haber perdido la luz en la oscuridad o cualquier otra consideración en largas navegaciones. Normalmente, al decidir el regreso se establece un punto de recalada o puerto final de destino común, que en este caso habrá sido San Blas. Pero no puede sacar mucha ventaja López de Haro con su paquebote, aunque lo marine con experiencia, porque la Princesa navega con mayor soltura. Bueno, todo lo que digo no son más que elucubraciones sin base, porque puede haber recibido órdenes de regresar en solitario con mensaje urgente y otras mil razones. Pero pronto lo sabremos.

La posibilidad de que Esteban hubiese quedado al norte y enviado aviso en solitario no me complació, porque pensaba desplegar mi insignia en la fragata para la futura comisión que, sin duda, se avecinaba. Pensé en la Favorita de forma inmediata, aunque sabía que no era cuestión por falta de tiempo.

—¿Cuándo quedará la fragata Favorita lista de carnes y plumas?

—Todavía anda en el estero a la banda y desmochada de palos. Le calculo un par de meses de trabajo, a no ser que entremos a destajo y rebajando el listón —me miró con media sonrisa—. Ya veo por donde circulan sus pensamientos, señor. Si lo desea, podemos acelerar su puesta a punto.

—No es buena medida. Debemos rematar su carena en firme para dejarla en condiciones.

—No se preocupe antes de lo necesario. Además, no olvide que dispone del paquebote Aránzazu, un buen ejemplar.

—Muy parecido al San Carlos, según veo. Bueno, Perona, mande aviso al comandante de que espero su visita en esta Comandancia a la mayor brevedad, sin necesidad del preceptivo informe, porque deseo formar opinión de conjunto sin perder un solo minuto. Naturalmente, si arriba sin problemas físicos y con suficiente energía.

—Yo mismo me acercaré a saludar a Gonzalo López de Haro y le pasaré su orden. Es buen piloto y hombre de fuertes espaldas. Lo arrastraré de una oreja sin pérdida de tiempo.

—Tampoco es eso. Nada se gana apretando la maroma en exceso.

—Era una broma, señor. Voy para allá y le traeré noticias en uno u otro sentido.

Y quedé en la terraza, sin apartar la vista de la maniobra que llevaba a cabo el paquebote. Su dotación circulaba con normalidad por cubierta, con lo que no era de prever un número alto de afectados por la peste marina. En aquel momento pensé que había sido afortunado, porque solamente dos semanas separaban las arribadas de mi fragata y el San Carlos. Habría sido muy negativo que se me adelantara en el apostadero, por los motivos que ya me formaba en la cabeza. Por fin, regresé al despacho, esperando con impaciencia las noticias.

Siempre he pecado de insana impaciencia, un defecto que no camina aparejado a la juventud sin fisuras, como muchos opinan, porque sigo amarrado a ella con mis

años, que no son pocos. Recuerdo que sufrí durante algunas horas en alargada espera, la llegada a mi despacho del piloto tardón, que como tal lo calibraba en mi cerebro, aunque era natural una mínima demora tras casi ocho meses de expedición. Pero ya Perona me había adelantado en rápido aviso que López de Haro necesitaba un mínimo tiempo para adecentar su figura, cualidad que mis entrañas deseaban evitar, aunque se presentara en calzas partidas y negras solamente.

Por fin, entrada la tarde y tras un frugal almuerzo al que me obligó Setum sin aviso previo, golpearon la puerta de mi despacho en petición. Contesté con rapidez para conceder licencia, al tiempo que sentía los nervios abiertos en cruz. Y he de declarar que la figura aparecida a mi vista se acomodaba al ciento con mis previsiones mentales, como presentida en sueños. Escuché una voz recia y decidida.

—A sus órdenes, mi comandante. Se presenta el segundo piloto, habilitado de primero, Gonzalo López de Haro, comandante del paquebote San Carlos, arribado tras expedición a la costa del noroeste.

Se trataba, sin duda, de un hombre de mar en toda su extensión. Fuerte de complexión, alto, espigado y con nariz picuda, daba la impresión de más edad a la real habida, porque en papeles sobrepasaba muy poco la treintena. Sin embargo, sus ojos negros y saltones bailaban en exceso, una cualidad que siempre me ha desconcertado en toda persona. Pero rebosaba fortaleza y decisión, esa pátina que reciben los hombres cuando han de decidir en la mar entre dos pasos, sabiendo que uno de ellos puede llevarle al infierno. Abandoné el asiento para rodear la mesa y estrechar su mano.

—Encantado de conocerle, así como de su pronta arribada. Ya andaba en ascuas por saber detalles de la expedición. Pero antes de entrar en materia concreta, debo preguntarle por su barco y dotación. ¿Todo en orden? ¿Muchos enfermos?

—Podemos declararlo en orden sin entrar en mayor detalle. El buque retorna sin mella en cubiertas y aparejos, víveres al límite y aguada en ración de pajarito. En cuanto al personal, unos quince hombres se encuentran imposibilitados para el trabajo, aquejados de la peste del mar<sup>[114]</sup>, la mayoría en penosa reincidencia. Por desgracia, cuando pica esa enfermedad es fácil ganarla al cuerpo de nuevo.

—Según parece, es el escorbuto el mal que más persigue a las dotaciones.

—Sí, señor. Según un afamado médico que anduvo por aquí hace unos meses en compañía del gobernador, los fríos y excesivas humedades desencadenan el mal que, en origen, se debe al uso cotidiano de las carnes y pescados en salazón.

—Y falta de víveres de salud.

—Esa es la última de las teorías. Según aseguran, limones, legumbres y ensaladas conforman el remedio ideal para recobrar la salud o evitar la enfermedad, aunque otros cirujanos recomiendan la carne fresca como mejor medida preventiva. Para nuestra desgracia, no disponemos a bordo de limones, ensaladas y carnes frescas, salvo la caza de ocasión, por lo que no es fácil comprobar tal conjetura. En fin, como en tantas otras cuestiones de la medicina, cuando los galenos no se ponen de acuerdo

es que andan en profundo desconocimiento.

Me sorprendía por momentos la seguridad de aquel hombre, como si despachara a diario asuntos de importancia con jefes de alta graduación. Pero como pude comprobar con el tiempo, era López de Haro persona instruida en suficiencia, además de experto piloto, reconocido por todos en su materia.

—Bien, como comprenderá estoy deseoso de conocer los detalles de su navegación hacia el norte. Pero, antes, permítame que le pregunte por el comandante de la expedición. ¿Tardará mucho en arribar la Princesa? ¿Navegaban a la vista?

—Pues si le soy sincero, señor, no tengo la menor idea. A los pocos días de que el comandante de la Princesa decidiera el urgente regreso, nos separamos en la noche sin volver a encontrar la pista, cosa fácil con las nieblas que nos envolvían. Y como el punto de arribada final era este apostadero, hacia aquí me dirigí sin mayor demora. Supongo que no tardarán mucho en aparecer sus velas por detrás de la Puntilla.

Aunque no apareciera el más mínimo gesto de nerviosismo en su rostro, me sonaron a cantos de sirena y falsos maitines aquellas palabras. Pero debía moverme con precaución, porque el fin era demasiado importante para tomar en consideración pequeñas rencillas personales, si estas existían realmente. Y pensaba entrar en detalles cuando se me adelantó.

—Le felicito, señor, por el mando adquirido. Poco confiábamos ya que se presentara en este apostadero algún oficial de guerra.

—Muchas gracias. También lo fue para mí en un principio, aunque sea esa otra cuestión, larga de explicar. Pero entremos en detalle si no le importa, aunque es posible que se encuentre agotado y necesite un pertinente descanso —intenté entrar a buenas, porque el piloto lucía rostro de salud.

—Me encuentro muy bien, señor, dentro del margen esperado. ¿Quiere una relación oral y adelantada al informe escrito? Le advierto que este lo vengo preparando en las últimas jornadas y casi se encuentra para la firma, con los diarios y planos relacionados en anexo.

—Ya lo leeré en su momento, para su posterior envío por conducto reglamentario al virrey. Pero hágame un adelanto de lo principal.

El piloto se retrepó en el sillón, como si entrara en faena de larga duración. Por primera vez me pareció percibir cierto movimiento confuso en sus manos. Pero ya su voz sonaba con determinación.

—Como le habrán comunicado en el apostadero, nos hicimos a la mar el 9 de marzo del presente año por orden del virrey, para explorar la costa noroeste todavía sin reconocer, y tomar noticias de los establecimientos que la nación rusa tiene sobre aquellas costas abiertas al norte y hacia poniente, a las que llaman del Príncipe Guillermo. Pero también el gobernador entró en materia más concisa y nos expuso que lo más importante era atraernos a los rusos con buenas maneras, sacarles información sobre planos, derroteros, comercio y asentamientos, al tiempo que indagábamos sobre posibles movimientos ingleses o de otras naciones europeas en

aquellas aguas.

—Esas noticias tenía.

—Para ganar tiempo y no desabastecer los víveres sin necesidad, nos dirigimos directamente, acomodados a los vientos de componente norte, hacia los 59 grados de latitud septentrional. Con ese objetivo, nos abrimos por ancho hacia la mar con rumbos del ONO, para enmendar por bocados unas doscientas millas después. De esta forma conseguimos alcanzar la costa de esa Alaska por el meridiano de los 137 grados aproximadamente, cuando ya se abre en embudo a poniente y hasta tres cuartas al sur con posterioridad, aunque muchos no lo crean. Por fortuna, que todo debe reconocerse en propiedad, encontramos vientos generosos y al capricho, entrándonos a las dos bandas y voluntad, sin detrimento del avance. Si le parece bien, señor, podemos utilizar el plano que cuelga de la pared, para indicarle las derrotas seguidas —señaló el levantado con los datos de las últimas expediciones.

—De acuerdo.

Una vez instalada lo que podíamos llamar carta o plano alzado a mano, continuó su disertación sin titubear un solo momento, mientras indicaba con su mano los puntos mencionados.

—El día 17 de mayo entramos en la ensenada del Príncipe Guillermo, en los 60 grados y doce minutos de latitud, tras haber descubierto un par de islas y un extraordinario volcán, bautizando a este último con el nombre de Palacios, en honor del pilotín que lo avistó en primer lugar. Como no descubrimos presencia alguna de asentamientos europeos en sus inmediaciones, el 15 de junio arrumbamos hacia las islas Trinidad, que ya se abren cercanas a los 150 grados de longitud. Por desgracia, sobre el día 22 perdí de vista a la fragata, cuestión de orden y fuerza mayor, porque las corrientes y espesas nieblas se prolongaron durante varios días. Por dicha razón, continué en solitario, reconociendo la costa hasta la ensenada que se abre por el cabo Dos Puntas, levantándola con suficiente precisión a pesar de sufrir con insistencia vientos fuertes, lluvias heladas y nieblas. Y fue en estas corridas cuando descubrí la presencia de los rusos.

—¿Dónde? —me incliné en la carta para seguir el curso de su mano con precisión.

—Especialmente en algunas islas del grupo Codiak<sup>[115]</sup> y más a poniente porque, de acuerdo con las órdenes recibidas, recorrí la costa incógnita hasta el meridiano de los 165 grados, cuando arrumban las islas en racimo hacia el sudoeste. En Onalaska descubrí 120 hombres y una embarcación; en este punto de la costa —señalaba con el dedo—, otros 55 hombres; 40 hombres y dos embarcaciones en la isla Isabel; 50 más en esta ribera con excelente abrigo; 40 hombres en cabo Peña y 37 en cabo Rada. Y creo que son todas, si la memoria no me falla. En conjunto unas siete instalaciones, algunas de ellas con embarcaciones propias y edificios de fábrica. Fue entonces cuando encontré a la fragata Princesa, comunicando al jefe de la expedición los avistamientos efectuados. Don Esteban José Martínez decidió aproar al que nos

parecía principal enclave de los rusos, en Onalaska, el más a poniente, donde fondeamos cinco días después, no sin sufrimientos.

—¿Hablaron con ellos? —comprendí que preguntaba a demasiada velocidad, por lo que intenté ralentizar mis razonamientos.

—El piloto Martínez...

—Supongo que se refiere al alférez de navío graduado Esteban José Martínez —no tuve más remedio que entrar en cuchilla al escuchar el tono inapropiado por segunda vez, o acabarían por brotar comentarios que no podía consentir en mi presencia.

—Sí, señor. Eso quería decir —aceptó la espada con cierta sorpresa, aunque intentara no aparentarlo.

—Bien, continúe, por favor.

—El jefe de la expedición habló largo y tendido con el comandante ruso, un tipo alto y delgado como don Quijote a quien llamaban Saycoff Potap Cusmich. Según pudimos deducir, este teórico comerciante con porte más adecuado a coronel, parecía mandar en todos los enclaves de su nación con suficiente energía. Al parecer, entabló amistad con nuestro jefe, el piloto graduado de alférez de navío Martínez —creí entender cierto tonillo discordante que dejé pasar—, al punto de ofrecernos información detallada de costas, islas y puntos notables desconocidos para nosotros, así como una noticia de la mayor importancia.

—¿Sobre los ingleses?

—En efecto. Los rusos, que disponen de excelente información sobre todo lo relativo a aquellas aguas, han sabido por buenas fuentes que los ingleses preparan en Macao una expedición comercial engañosa, su típica actividad de bandera cambiada, con la idea de establecerse en Nutka de forma definitiva, tomando posesión oficial de la misma, y poblar la costa a continuación. Para evitarlo, el comandante ruso se encontraba en espera de una nave con porte adecuado y suficientes refuerzos, para adelantarse a los britanos.

—¿Qué contestó Martínez?

—Intentó convencerlo por las buenas de que Nutka es española por descubrimiento y posesión de ley. Le indicó, asimismo, que en conjunto con la costa aledaña hasta los 55 grados de latitud, forman territorios de la Corona española, asignados al virreinato de Nueva España. Además, le recordó que esta condición había sido reconocida y aceptada por la Corte Imperial. Y sin más titubeos le aseguré que seríamos nosotros los que estableceríamos fortificación, presidio y población de forma permanente, tanto en Nutka como en el estrecho de Juan de Fuca y otros puntos más al norte.

—¿Cedió el ruso?

—Sí, señor, y conste que me sorprendió comprobar las facilidades ofrecidas. Y no parecen de tratos turbios, se lo aseguro. Según parece, han recibido instrucciones en ese sentido desde arriba y no quieren problemas con los españoles. Pero debemos

consentir su permanencia al norte de la isla Quadra<sup>[116]</sup>, porque nos pueden ayudar a controlar las apetencias de tantas otras naciones, si se mantienen con el sentido actual.

—Esas son, precisamente, las instrucciones recibidas. Pero continúe.

—La verdad es que aquí se acaba la historia de esta expedición —ofreció una sonrisa cansada—. Nada interesante queda por señalar. Ante las noticias recibidas, el alférez de navío Martínez me ordenó el inmediato regreso, en conserva del barco de su mando, por lo que emprendimos derrota directa hacia el sur. Como le he comentando, volvimos a separarnos y, según parece, llegué a este puerto con adelanto. Como resumen, puedo garantizarle que todos los asentamientos rusos establecidos hasta alcanzar la latitud de los 61 grados y 20 minutos, se encuentran detallados en mi informe, así como los levantamientos, muchos, que llevé a cabo.

Según parecía, la ubre estaba ya vacía, lo que me dejaba cierto sentimiento de frustración, como si hubiese esperado mucho más de lo que el piloto podía narrar. Y no era hombre corto de palabra, ni mucho menos. Por primera vez me pareció entrever signos de cansancio en su rostro, por lo que pensaba rematar la charla hasta posterior conversación. Sin embargo, se me adelantó con un tono de voz escondido, como si deseara ofrecer cierta confidencialidad.

—Tengo el pesar de ofrecerle otra información que no es de mi gusto. Me tenté a las bravas, que sonaba la música a orquesta mayor y un tanto desafinada.

—Usted dirá.

—En el informe que elevaré a la Superioridad, acompaño parte en demanda contra el piloto primero, graduado de alférez de navío, don Esteban José Martínez, por abuso de autoridad en fuerza contra las tripulaciones de los buques, con frecuentes y excesivos castigos que, en mi opinión, no se corresponden a las reales actuaciones.

No puedo decir que me sorprendiera la noticia, porque ya Perona me adelantara a ciegas el runruneo de las relaciones entre ambos pilotos. Pero debía dejar las cosas en su punto y al primer envite.

—Entiendo que acusa al jefe de la expedición de abuso de fuerza y castigos desproporcionados en el buque de su mando, es decir, en la fragata Princesa —esbocé a propósito un signo de incredulidad en mi rostro—. Pero de acuerdo a las ordenanzas, no le corresponde a usted tal prerrogativa, salvo que actúe en caso de testigo, si tal demanda es entablada por oficial mayor o de mar perteneciente a la dotación de ese buque. En cuanto a posibles abusos contra miembros de la dotación del paquebote bajo su mando, no debería haberlo permitido, porque no ejerce el alférez de navío graduado Martínez jurisdicción en su cubierta sin consentimiento de su parte. Si le ha faltado a usted de obra o palabra, en público o privado, es cuestión grave, sin duda, y puede entrar en aplicación de su demanda.

Quedó sorprendido en principio, al punto de permanecer en silencio de largo. Pero volvió a cargar su ánimo con rapidez.

—No soy experto en reglamentaciones, señor, si me permite exponerlo con sinceridad. A lo largo de mi carrera, siempre que he elevado el informe preceptivo de cualquier operación, informo al mando con la mayor lealtad y puntualidad a mi alcance. Y eso haré en esta ocasión.

—Hace usted muy bien porque es su obligación. Tan solo intentaba ponerlo al corriente de lo que corresponde al caso. Incluya lo que estime oportuno en su informe y lo elevaré por conducto reglamentario, con las observaciones personales que estime oportunas.

Nos mantuvimos en silencio durante largos segundos. Por mi parte, había retranqueado la muralla porque debía quedar en claro la autoridad. Por fin, el piloto entró a ruedas con la voz en blando.

—Si no desea nada más de mí, señor, le ruego me dispense de momento. Y si a bien lo tiene, desearía tomarme un par de días de descanso, así como concederlo a toda mi dotación.

—Desde luego. Me encargaré de que sus hombres enfermos sean tratados convenientemente, y que todos disfruten del merecido descanso. Ya hablaremos más adelante. Puede retirarse.

Cuando quedé a solas, percibí una sensación agrídulce y poco alentadora en mi pecho. Y no era debido a la relación personal entre los pilotos y sus cuitas particulares, algo habitual en los buques alejados de puerto demasiadas singladuras y sin mayor incidencia. Sin embargo, me parecían escasas y con cuentagotas las informaciones recibidas, un escueto resumen de ocho meses de mar. De todas formas, estaba claro el camino a recorrer. Debería informar con rapidez al gobernador, incluso antes de la llegada de la Princesa, para que el virrey autorizara el definitivo asentamiento en Nutka a la mayor brevedad, incluso expulsando a los ingleses de allí si era necesario. Una misión de suma importancia podía abrirse en mi camino, y debía estar preparado para afrontarla.



## *Planes abiertos*

No actué en esta ocasión con esa alegría juvenil tan propia en los oficiales de guerra con escasa experiencia, ni sometido a los impulsos que, tantas veces, intentan lanzarnos de boca a la acción sin arrancar los pensamientos en línea conveniente. Desde el primer momento comprendí la magnitud de la misión que se abría por mi proa, un objetivo de capital importancia para California y para España. Debía afrontar la empresa en cabeza y con mis propios conocimientos, lo que me obligó a planificar con detalle los futuros movimientos.

La misión final no admitía duda. Debíamos ejercer la posesión efectiva de la isla de Nutka, así como establecer pequeños asentamientos de apoyo en las cercanías, estimando como ideales en un primer análisis el estrecho de Juan de Fuca al sur, y la bahía de San José hacia el norte. Para ello era necesario disponer de las adecuadas unidades navales en apoyo directo, así como el personal, armamento y bastimentos imprescindibles para levantar presidio en la isla. Y al llegar a este punto del razonamiento es cuando mi cerebro cabalgaba entre vertientes, porque nada podía enhebrar en concreto hasta la llegada de la fragata Princesa, único buque apropiado en aquel momento para izar mi insignia y dirigir la expedición.

Como seguía utilizando a Perona como asesor especial, un personaje cuyo apoyo nunca podré agradecer en suficiente medida, durante aquella primera semana tras el arribo del San Carlos discutimos por llano y con profundidad cada uno de los detalles de la futura operación. Fueron unos días de agotadora actividad física y mental, acrecentada por la tensión que suponía el paso del tiempo sin la llegada de la fragata Princesa, un negativo factor difícil de comprender. En cada oportunidad me lanzaba a la terraza para observar la bahía en busca de los palos que cebaban mis pensamientos. Y en verdad que no encontraba razones que explicaran el retraso, un factor sin razón a la vista en unidad de buen andar y marinera de llano. Por esta razón, atacaba a Perona una y otra vez.

—¿Qué le ha podido suceder? Según el comandante del San Carlos, el tiempo se mostró bonancible durante el tornaviaje y las derrotas debían ser parejas. ¿Habrá sufrido algún percance de suficiente entidad? —preguntaba con cierto recelo, temiendo una respuesta en tal sentido.

—No lo creo, señor, aunque en la mar todo sea posible. Pero si López de Haro dice verdad, que no es cosa de dudarle, la mar era adecuada al regreso como pájaro en nido, y no cubría derrota con posibles accidentes desconocidos. Además, Martínez es el mejor piloto que tenemos en la actualidad y se conoce esa zona como el patio de su casa.

—¿Por qué entonces el retraso? Mañana se cumplen los diez días desde el arribo del paquebote.

—Tan solo preveo una posible razón, si llevaba a bordo elevado número de enfermos. En ese caso, puede haber tocado san Francisco o, más posible, Monterrey para proceder a su desembarco.

—Y partir con rapidez hacia San Blas. Es el jefe de la expedición y las noticias que trae son de la mayor importancia —desesperaba más y más conforme abordaba la cuestión. Pero decidí calmar los vientos y mantener la operación emprendida—. Bien, confiemos en que arribará en poco tiempo. Suponiendo que así suceda, propondré al virrey, vía gobernador, hacerme a la mar izando mi insignia en la Princesa, acompañado de los paquebotes San Carlos y Aránzazu como apoyo.

—¿De apoyo?

—En efecto. Debemos transportar personal y material en cantidad importante para el fin perseguido. Además, siempre podemos disponer de una unidad que nos mantenga informados en doble vía, al tiempo que lleva a cabo el reabastecimiento de todo lo necesario. Me dijo que ese paquebote, el Aránzazu, era ligero de alas.

—Perfecto para esa misión. He navegado en él más de una vez y es buque de fiar.

—En ese caso y como ya ha contestado el gobernador a mi recado inicial, no esperaré más. Partiré mañana hacia Tepic, donde don Pedro se recupera de los males.

—Según escuché, sufre de molestias que lo mantuvieron entre algodones. ¿Es grave la dolencia?

—Sufrió pujos y dolores de vientre, pero parece que remiten. Es mucho lo que entra por su gaznate, sólido y líquido, y ya no es bebé de cría. Me citó para mañana y es posible que duerma allí una noche, invitado en su mansión. Así me lo recomendó.

—Esperemos que lo apoye en acuerdo con su plan. Siempre desconfié de nuestras autoridades.

—Apoyará sin resquicio posible, no me cabe duda. La única razón en contra puede ser el nuevo virrey, si ha tomado el mando y desea estar al día de las operaciones. Por desgracia, las comunicaciones con la ciudad de Méjico son lentas.

—Es más negativa propaganda que otra cosa. Con una buena posta todo se allana, si hay bolsa para el jinete. Y no es don Pedro de los que se arrugan por el gasto. De todas formas, lo habríamos sabido si Revillagigedo hubiese tomado el relevo, que esa voz se corre como señal de indios. Pero una duda me ataca, señor.

—Largue el velacho, Perona.

—Si nos encontramos a tiempo, el asentamiento y fortificación de Nutka puede ser sencillo. Según parece, los naturales, con ese jefe Macuina al frente, siempre se han mostrado generosos y conciliadores con nosotros, que así lo comentaba ya el piloto Juan Pérez en 1774. Pero si los ingleses han comido de la torta, puede torcerse el palo a quebranto.

—Ya lo he pensado, no crea. Hasta el momento, las unidades inglesas, según me explicó López de Haro, suelen ser menores, blandras y goletas, con tintes

comerciales, aunque lleven el paso cambiado. Pero estoy dispuesto al uso de la fuerza en defensa de nuestros derechos en caso necesario, si no se me prohíbe de forma explícita.

—No suele ceder la Gran Bretaña cuando se ciñe a una meta que considera bocado apetitoso a sus arcas. Y no debe olvidar que si son ciertas las noticias que llegan de Europa, anda la Francia metida en conatos revolucionarios, por lo que no se encuentra en situación como para apoyar nuestras reivindicaciones.

—Los pactos de familia solamente sirvieron para fines franceses, que siempre nos dejaron en la estacada. Cuando de verdad los necesitamos, como en el conflicto de las islas Malvinas, torcieron la vista hacia otro lado. Lo mismo pasaría en estos momentos.

—Eso es cierto, sin duda. Pero la Gran Bretaña sabe que en estos momentos podemos estar más solos que nunca, sin el teórico aliado que tanto nos hizo perder. De esta forma, su presión puede acrecentarse al punto de no ceder un ápice en sus aspiraciones. El principal problema de Nutka y la costa del noroeste es que acaban de comprender el fabuloso negocio que supone, y esa compañía comercial británico-portuguesa, aunque sea de nombre, de John Meares es muy fuerte. Ya ha llevado a cabo incursiones en estas aguas desde Macao y comprobado el tamaño del pastel.

—Ese es terreno político, en el que nada tenemos que hacer, Perona, sino sufrir sus consecuencias llegado el momento. Muchas veces perdimos en las negociaciones lo que tantas vidas, esfuerzos y dineros costaron ganar en la batalla. Pero según nuestro Señor don Carlos, esas tierras son españolas por fuero y a tal decisión, que es de ley como la vida de Jesucristo, nos atendremos.

Lo cierto es que había entablado mi plan con toda minuciosidad, hasta concretar en detalle el número de tropa y artillería a transportar para establecer el presidio en Nutka, si ello era posible y nos favorecía la suerte. Asimismo, tenía en cuenta los víveres y elementos necesarios que, según decían, no se encontraban en aquellos parajes y era necesario incorporar de propio. Y con planos, cuentas, cifras y componendas bajo el brazo, salí el primer día de noviembre hacia Tepic, con la esperanza de la buena salud del gobernador y esperanza abierta en que apoyara la operación.

Alcancé la entrada de la ciudad recién traspuesta la meridiana, sentado Setum a mi lado y Atanasio a las riendas, con la prohibición expresa a este último de largar demasiado por boca, que no era cuestión de desatinar los nervios en momentos agudos. Y como algunos habrán presumido, no solo las operaciones abiertas nublaban mi cerebro, porque también la figura femenina de negro ocupaba planos a destiempo, con la esperanza no declarada de un encuentro, si coincidiera su presencia en la villa.

Para mi sorpresa, encontré a don Pedro no solo con la mejoría física anunciada, sino en magníficas condiciones de aspecto general, músculos y conciencia, recobrado el apetito y la sed a los límites habituales. Y de acuerdo con sus costumbres, sin

mayor protocolo ni cortesías, salvo encomendar al servicio un almuerzo adecuado y extendido para dos horas después, nos encerramos en su despacho privado.

Antes de escuchar una sola palabra de mis labios, al tiempo que levantaba uno de sus brazos en señal de necesaria espera, extendió sobre la mesa un primoroso plano de toda la California, región que para él alcanzaba en firme hasta la ensenada del Príncipe Guillermo. Ya de entrada me sorprendió los detalles que tal dibujo mostraba, porque no le faltaba ningún accidente conocido. Y se lanzó al galope mientras tomábamos asiento, acompañados de la necesaria frasca de aguardiente, una bebida que atacué sin renuncia aunque no me entrara de proporción en aquellas horas.

—Bien, amigo Leñanza, si me permite llamarle así. Ha llegado el momento. Largue por su boca y con todo detalle ese torrente de noticias que me anticipaba por escrito. Después le ofreceré yo algunas otras, también recientes, que pueden rellenar la tinaja.

—Como le mencioné en el recado, arribó a San Blas el paquebote San Carlos, aunque todavía me encuentre en nerviosa y preocupada espera de la fragata Princesa, elemento principal de mis planes. Pero ya...

—No se preocupe por esa fragata, que arribó a Monterrey hace tres días. Envié urgente informe al virrey, que pasó por mis manos en el día de ayer, con ciertas noticias.

—¿En Monterrey? ¿Qué hace Martínez en Monterrey? —mi pregunta iba preñada de cierta indignación, señal que debió aparecer en mi rostro.

—Esperar el paquebote que partió en su compañía, según sus propias palabras, así como enviar urgente noticia de la expedición y recuperar los enfermos —don Pedro intentaba templar mi ánimo—. Tenga en cuenta que nada sabe ese piloto de su presencia en San Blas como Comandante del Apostadero. Pero hable usted primero de su saco que, como le decía, acoplaremos los informes al final.

—De acuerdo, señor.

Pasé a narrarle con toda precisión la información recibida por boca de López de Haro en la primera entrevista, así como algunos pequeños detalles entresacados en siguientes conversaciones con él y otros pilotos, que podían ofrecer una visión de conjunto más precisa. Al mismo tiempo, alegaba mis propias impresiones en cada caso, con referencias a los primeros descubrimientos en el noroeste y sus consecuencias legales. Tampoco obvié el alegato de un piloto contra el otro, aunque fuera asunto tratado de puntillas y con escasa incidencia.

Una vez expuesta la situación general, pasé a detallar el plan enhebrado con detalle para la inmediata ocupación de Nutka, así como la estrategia a seguir en aquellas aguas. Conforme avanzaba con la última parte de mi alegato, los planes de establecimiento militar, civil y comercial, pude comprobar que se ampliaba la sonrisa en su rostro, como niño entrado en felicidad por recibir caballo tallado en balancín. No tardó en contestar con extrema afabilidad.

—Ya le dije en alguna ocasión que soy especialista en calibrar a las personas al

primer vistazo. No me equivoqué cuando eché los ojos sobre su fortaleza humana. Entre usted y yo, si ciertas autoridades no interfieren el curso de los acontecimientos como otras veces, haremos grandes cosas. Y si alguien interfiere, peor para él.

—¿Tomó posesión el nuevo virrey?

—No, y parece que se retrasa su llegada a estas tierras. Según aseguran, nuestro Señor don Carlos, cuya vida Dios guarde muchos años, se encuentra en malos trances y nada bueno se espera para un cercano futuro, razón por la que los nombramientos de alto nivel se encuentran parados a raya de frontera. Y ya veremos como se desarrollan los acontecimientos cuando el hijo ciña corona, lo que se espera en las próximas semanas si alguna santa advocación no lo impide.

—¿El Príncipe de Asturias? ¿Se encuentra mal?

El gobernador me miró fijamente y con gesto de extrañeza en el semblante. No parecía comprender mi pregunta.

—Ya veo que anda alejado de rumores cortesanos, comandante. Nada más lejos de mi ánimo que criticar a tan altísima magistratura, bien lo sabe Dios. Pero en la confianza otorgada y tan alejados de palacio, puedo comentarle que mucho se habla de la blandura de nuestro futuro Rey y Señor. Don Carlos el tercero dejó bien alto el pabellón y tomó medidas, no todas, para adecuar los reinos americanos a la actualidad de estos días. Pero poco confío en el sucesor, y le juro que me duele en fondos pronunciar estas palabras. Como tantas veces sucede en esta vida, parece mentira que de sangre tan pareja salga la cría cambiada.

Me mantuve en silencio, ante crítica tan desafortada. Y no es que andará en las nubes como estimaba don Pedro, porque ya Pecas me runruneara noticias en tal sentido, aunque nunca me habría atrevido a comentarlo en público. Sin embargo, ya seguía el gobernador.

—Después de todo, es posible que convenga continuar con el virrey actual, a quien manejo bien en las principales cuestiones de estas costas. Pero la empresa que abordamos es de materia gruesa por las consecuencias que puede acarrear, especialmente si se da el caso de que los britanos hayan plantado ya las suelas en tierra española. Por lo tanto, marcharé a Méjico para hablar en persona con don Manuel de Flores y barajar su pensamiento a conveniencia. No podemos dejar pisotear nuestro pabellón y nuestros derechos.

—Estoy de acuerdo a muerte con sus últimas palabras, señor.

—Usted continúe con ese plan tan bien calificado, que concuerdo en todo con sus ideas, y ya me aliviaré por mi cuenta con la superioridad.

—¿Le sentará bien tan largo trayecto? Me refiero a la enfermedad padecida hace pocos días.

—Esos males van y vienen a capricho de los cielos. Aunque lo ignoren, no tomé los potingues prescritos por el famoso galeno, que a nada conducen. Sigo mi propia ciencia, aunque la estimen descabellada. Pero a los resultados me remito —gesticuló con las manos para apoyar sus últimos argumentos—. Volviendo al negocio principal,

le haré llegar con la máxima celeridad la aprobación pertinente del virrey, que la hará escribir en forma y modo. Pero llevaremos a cabo algún pequeño cambio si lo consideramos conveniente. En cuanto a su plan, es posible que necesitemos más unidades navales en el norte. Espero que en poco tiempo podamos abordar el necesario traslado de la cabecera del Departamento Marítimo a San Francisco, por su situación y posibilidades. Pero, de momento, ese apoyo al que alude, de un paquebote, lo podríamos ampliar con la otra fragata, la pequeña Concepción, hasta que la Favorita se encuentre en servicio.

—Es factible. Pensaba en un apoyo directo desde Monterrey, pero es posible que San Francisco se encuentre en disposición de ofrecerlo en estos días, lo que disminuiría las millas a navegar.

—Monterrey se encuentra mejor asentado y comunicado por tierra, lo que ofrece más posibilidades.

—Eso es lo que tenía entendido. Después de todo, no es mucho el tiempo que se gana. También he pensado que, en el mejor de los casos, podríamos ampliar nuestra disponibilidad con un buque mayor de carga.

—Cada cosa en su momento, Leñanza, que los caudales componen saco cerrado —volvía a sonreír en abierto, índice claro de su buen humor—. Ahora lo imprescindible es asentarnos en Nutka, a ser posible sin emplear la fuerza, aunque no la descarte en absoluto. Y si el comercio señala beneficios como es de esperar y por corto, será el momento de adquirir alguna nueva unidad en El Callao. Sé de seis comerciantes españoles, con base en California, dispuestos a invertir en establecimientos comerciales para el negocio de las pieles en forma inmediata, con el necesario anticipo a la Corona, que distribuiría en conveniencia.

Al mencionar aquel lejano puerto de El Callao, recordé la figura de Pecas, a quien tanto echaba de menos. También añoré la posibilidad de su compañía en la operación a emprender, con sus habituales y necesarios manejos de pasillos. Pero como mi cerebro trabajaba en una dirección principal sin posible desvío, atacé a don Pedro con petición urgente.

—Quiero solicitar su apoyo en dos cuestiones que considero de la mayor importancia, señor.

—Lo tendrá si se encuentra al alcance de mi mano.

—En primer lugar, necesito a la fragata Princesa en el apostadero. Quiero llevar a cabo algunas modificaciones en ella antes de emprender la próxima expedición, así como navegar algunos días para saber por qué camino me muevo. Pero también estimo de la mayor importancia la adquisición de legumbres, e incluirlas en la dieta de nuestras unidades en expediciones de larga duración.

—Enviaré una posta de garantía en tal sentido al piloto Martínez, para que aligere las urgencias y se traslade a San Blas con la mayor rapidez. En cuanto a la petición de legumbres —ofreció una sonrisa de alegre incredulidad—, ¿puedo conocer la causa?

—Evitar el escorbuto que asola la salud de nuestros hombres. Dicen los expertos

que se puede prevenir y curar el mal con carnes frescas, limones, ensaladas y legumbres. Desecho la carne fresca por imposible, salvo acopio particular en puerto. De los limones, cuyo efecto tanto se alaba, sucede otro cuarto. Sin embargo, sí es posible conseguir ensalada en crudo y legumbres para condimentar la menestra marinera.

—Me ocuparé del tema. Al menos podrá disponer de fréjoles en abundancia, se lo aseguro. Respecto a esos limones que estima salvadores, es posible adquirirlos aunque no se parezcan por fuera a los de España, porque en las regiones del sur se cosechan verdes y pequeños como ciruelas. Todo dependerá del asiento que soliciten.

—Tenga en cuenta que el personal es vital en esas expediciones de altura. No podemos perder tantos por ciento elevados en nuestras dotaciones, que acaban por arruinar una jornada de alto costo. Además, el reemplazarlos con la debida celeridad es materia imposible porque, sencillamente, no disponemos de ellos.

—Tiene razón. Nadie enfocó ese problema desde su punto de vista. Meteré mano en la saca, si alcanzo el fondo. Pero ahora es momento de cubrir nuestras propias necesidades —abandonó el asiento al tiempo que apretaba su vientre en clara señal—. Almorcemos en confianza y soledad, mientras continuamos comentando algunos detalles de esta expedición que nos dará gloria personal. Tenga en cuenta, Leñanza, que ganaremos mucha tierra para el bien de España. Somos raza de conquistadores, aunque haya que soslayar alguna orden inoportuna de vez en cuando, como ya hicieran tantos grandes hombres.

—Espero que la costa californiana doble su extensión actual, señor.

—Me gusta esa frase y haré escribirla en pergamino. Esta tarde redactaremos su informe al virrey en sentido conveniente, que no debe forzar ante sus ojos algunas cuestiones —me ofreció una maliciosa sonrisa—. En cuanto a esa discrepancia entre los dos pilotos, le sugiero que no meta la daga en exceso. Por desgracia, no sobran los navegantes de garantía y deberá acompañarse por ambos en la nueva operación.

—Ya lo había pensado. Podrá comprobar que me limito a elevar su denuncia en trato, con observaciones de mi parte que rebajan la mecha. Además, esas inquinas se rebajan en tierra y casa propia.

—De acuerdo en todo. Pasando a otro tema, he ordenado que le preparen adecuadas habitaciones. De esta forma, partirá mañana descansado.

—No es necesario, señor. Puedo partir esta misma tarde...

—Nada ganará si no acomete la futura e importante operación con buenas carnes sobre los huesos. Comprendo su inquietud en comenzar la empresa, pero deberá esperar el pertinente recado a la vuelta de mi entrevista con el virrey.

—Le agradezco su hospitalidad una vez más.

Y pasamos a su comedor privado, donde pude comprobar en primera persona el restablecimiento físico de don Pedro. En cuanto a la conversación, dejamos de lado la costa del noroeste para escuchar sus planes de población en San Francisco y más al norte. Fue entonces cuando me sorprendió con una inesperada noticia.

—Por cierto, supongo que no se ha enterado de la terrible pérdida que sufrimos la semana pasada.

—¿Pérdida? No sé a qué se refiere.

—El capitán don Ildefonso Urttibe cayó malherido en una dura refriega con los indios seris, demostrando valor a chorros. Por desgracia, murió a los pocos días por causa de las múltiples heridas recibidas. Llegó aquí en cadáver amortajado, para ser enterrado en el pabellón de la familia Lastra con todos los honores. Cuesta creer que los seris organizaran tal berenjenal, más propio de apaches, pero así lo aseguran. Como puede imaginar, la desolación ha sido monumental.

Era consciente de que aquel hombre mentía en aguas, aunque no supiera de la misa el tercio. Sin embargo y aunque suene a látigo de Satanás, he de confesar que percibí con la noticia un especial alivio, cercano a efímera felicidad, lo que me hizo sentir mal y padecer pensamientos difíciles de analizar. Pero me uní a lo que entendía como cinismo consentido.

—Bien que lo siento, señor, aunque no conociera al capitán en persona. La pobre Beatriz debe sentirse destrozada y abatida.

—Así es. Por esa razón la invité a pasar unos días aquí en Tepic. No debe mujer joven y hermosa mantenerse en tristes recuerdos mucho tiempo seguido. La vida ha de continuar y espero que acepte mi ofrecimiento.

Fue tarea difícil mantener la serenidad en el rostro y no preguntar a don Pedro cuándo esperaba la visita. Pero otra vez el duende avisaba en carnes y comencé a comprender que todo se hallaba escrito en el libro del destino, como aseguraba Setum al entrar en trance religioso. De esta forma dejé pasar el tema, como si se tratara de segundo orden y escasa importancia.

Tras el generoso almuerzo y una ligera sobremesa, regada de aguardiente en exceso, descansamos un par de horas, aunque no se pudiese adjudicar a mi persona tal adjetivo, comprometido en pensamientos de todo tipo. Pero aparenté ligereza de cuerpo cuando acometimos los informes oficiales en el despacho, hasta terminarlos en acuerdo. Y aunque tenía en gran estima al gobernador como persona y autoridad, quedé maravillado de su sutileza y sabiduría, porque era capaz de no decir nada en veinte líneas o rematar la faena importante en una sola frase. Siempre he envidiado a quienes son capaces de escribir así, abriendo camino entre párrafos cerrados. Y deben tener en cuenta que no utilizamos ayuda de pluma en ningún momento, sino tan solo la mano de don Pedro que se movía en el pergamino como venado de corrida.

Dábamos los últimos retoques a una tarea prácticamente finalizada, cuando un servidor requirió la presencia del gobernador. Y al observar el gesto de su rostro, tuve la seguridad de que había sucedido aquello que esperaba como fantasía de mi cerebro.

—¿Sabe quién acaba de llegar? Nuestra pobre viuda. Permítame que suspendamos esta conversación. Poco queda por hacer y debemos recibir a mi sobrina como merecen las circunstancias.

—¿Su sobrina? No sabía que le unía parentesco de sangre.

—Y no nos une, pero la amistad entre familias y el trato desde su niñez me hacen llamarla así en confianza. Le aseguro que la quiero como la hija que nunca tuve.

Abandonamos el despacho, agarrotado de mente y piernas por mi parte, mientras los argumentos de Setum sobre la relación tío-sobrina se abrían en mi mente. Seguí a don Pedro como un autómatas, hasta alcanzar el saloncito que llamaban de los indios, por las pieles que cubrían sus paredes, pintadas por aborígenes. Y allí se encontraba Beatriz, sentada en un sillón con el talle en vertical y la mirada perdida. Habría dicho que vestía galas de mortaja si no la conociera, porque seguía prendida al negro sin solución de continuidad. Se giró hacia nosotros al escuchar nuestra llegada.

Beatriz besó al gobernador en las mejillas como haría la hija más querida, al tiempo que este la confortaba con dulces palabras. Me convencía por momentos que asistía a representación de obra teatral, aunque amoldara mis palabras y movimientos a la escena, ofreciendo a la viuda el más formal de los pésames con rendido sentimiento. Y con inesperada rapidez alegó extremo cansancio, por lo que fue dispensada por el anfitrión, ordenando fuese acompañada por la dama de compañía a sus habitaciones.

Y para continuar con las sorpresas que don Pedro de Fages ejercía en todo momento, comprobé que horas después ofrecía una cena con invitados de confianza, sin previo aviso, a la que no asistió la apenada viuda por los motivos que eran de rigor. Por fortuna, no apareció el retorcido marqués de Estípolli, de quien no guardaba buenos recuerdos, y se trataba de amigos personales o funcionarios en plano de relleno y cierre de mesa.

Aguanté como pude la conversación de una dama oriunda de Antequera, noble villa malagueña, recién casada con rico hacendado que partió para España a encontrar esposa adecuada. La buena señora, aunque joven, era sosa y fea como demonio emplumado, por lo que deduje debía poseer otras cualidades escondidas como para ser diana de tan lejana y penosa elección. A la derecha me tocó en suerte un veedor de Tepic entrado en años, que dedicaba toda su atención a los caldos, trasegando en continuo como espita abierta. En resumen, una interminable velada, aunque mi cabeza se encontrara en el piso de arriba, imaginando los movimientos de Beatriz.

Por fortuna, don Pedro alegó en claro y por derecho la necesidad de retirarse pronto, con lo que los comensales comenzaron a desfilar con extraordinaria rapidez, como urgidos por orden extrema. Una vez a solas, también yo intenté excusarme.

—Debo agradecerle una vez más su hospitalidad, señor. Pero desearía retirarme en hora, que me espera dura faena mañana mismo.

—De acuerdo, Leñanza. También yo partiré hacia la capital del virreinato en cuanto arregle unos ligeros asuntos. Pero creo que nada queda por decir, salvo que espere con templanza mis noticias. Prepare todo como si ya hubiese recibido la orden definitiva, y ya sabrá de mí al regreso, no lo dude.

—De acuerdo, señor.

—Que duerma bien, amigo mío.

Cuando por fin me dejé caer sobre la cama, sentí un inmenso cansancio, y no por agobiante trabajo sino por agotamiento de los sentidos, que era mucha la bulla entablada en mis venas. Beatriz, la isla de Nutka, Cristina con mis hijos, la fragata Princesa, la actitud del falso tío y otras figuras bailaban en mi cabeza al son de los dementes, porque solo así puede explicarse la tensión sufrida. Pero comencé a entrever las nubes del sueño con inesperada placidez, dispuesto a sumergirme en ellas como bebé de cuna.

No sé con certeza el tiempo que llevaba perdido en el séptimo cielo, cuando desperté alarmado sin razón. Comprobé que sudaba de forma copiosa por todo el cuerpo, aunque no era ese el motivo de mi repentino desvelo. Agucé el oído en el silencio, hasta escuchar de nuevo el mismo ruido, como gozne de puerta en lento movimiento. Por fin, habituados los ojos a la semioscuridad que ofrecía la luz nocturna de la ventana abierta, comprobé que una sombra se movía junto al aparador enfrentado a mi cama.

No me sobresalté, como muchos pudieran creer. Por el contrario, una extrema lasitud me invadió de banda a banda, como penado que debe afrontar la muerte en dulce recorrido sin remisión posible. La sombra continuó su movimiento hasta situarse junto a la cama. Pude imaginar el cuerpo al trasluz de las gasas, aunque es posible que la imaginación jugara su papel. Recuerdo como si lo viviera en estos momentos, el perfume de Beatriz inundando la habitación en dulces oleadas, como incienso de catedral, alertando mis sentidos en zafarrancho. Y batidos por el mismo silencio la vi apartar el mosquitero y entrar poco a poco sobre mi lecho, al tiempo que dejaba caer las gasas blancas con dejada lentitud.

Era consciente de que debía alegar en falso, imponer algún criterio, pero las palabras se estancaban en mi garganta como bala deformada de cañón. Por fin, lo intenté con esfuerzo.

—Beatriz, por favor, el momento no es...

Pero no pude continuar porque ya sus labios se posaban sobre los míos, un beso suave y alargado que habría deseado mantener en vivo hasta el fin de los días. Sin pronunciar todavía una sola palabra, sentí su cuerpo pegado en dulce contacto, al tiempo que sus brazos comenzaban a acariciarme con lentitud. Y fue entonces cuando en un leve susurro escuché su voz.

—He deseado ser tuya desde que te conocí en aquella primera velada. No creas que soy viuda desde hace pocos días, que he ejercido como tal desde mi casamiento a la fuerza con quien no quería. La muerte del que se hacía llamar mi esposo en nada condiciona mis actos.

Y sin una palabra más volvió a unir nuestras bocas, ahora con fuerza brutal, que parecía desear succionar mi alma a empellones. Dejé marchar el espíritu en volandas, al tiempo que mis sentidos llamaban a rebato. Besamos, mordimos, acariciamos y poseímos nuestras carnes con desesperación, como si se tratara del último acto

amoroso permitido en esta vida, al punto de no imaginar como posible tal pasión entre dos cuerpos. La noche pareció abrirse en luces, mientras rebasamos la raya de toda medida, bañados en ríos de esplendoroso sudor.

Beatriz me mostró senderos desconocidos, derrotas nunca abiertas en mi cuerpo, el placer de la carne hasta límites insospechados que jamás había creído posible alcanzar, o sospechar siquiera de su existencia. Nunca olvidaré aquellos momentos, porque no es posible dejar de lado la tormenta cuando llega de proa. Y creo que si tantos años después expurgara en los poros de mi piel con suficiente profundidad, podría percibir todavía aquel inolvidable perfume.



## *Se prepara la jornada*

Desperté con los primeros rayos de sol, aunque en los primeros momentos pareciese haber sufrido noche de extendida vigilia. Busqué en la habitación de forma instintiva con la mirada, intentando encontrar, quizás, la presencia y confirmación del sueño. Pero ya las hadas abandonaron sus varitas, para desolación de mis sentidos. Sin embargo, pude reconocer el inconfundible perfume de Beatriz que me rodeaba de norte a sur, como se cierran los bancos de niebla en la mar, una confirmación de la realidad gozada a lo largo de la noche.

Me vestí en silencio, intentando dejar la mente en blanco sin conseguirlo y extrañado por la ausencia de Setum, una norma que jamás se rompía. Pero mayor fue la sorpresa que recibí mientras atacaba unas generosas tajadas de tocino con tortas de maíz, al comunicarme el mayordomo de la casa que tanto el señor gobernador como la señora viuda de Urtube habían abandonado la mansión en las primeras horas. Me sentí ligeramente avergonzado, como si hubiera entrado en grave falta, aunque no me adelantara don Pedro intenciones tan tempranas.

Por fin apareció Setum en silencio, aunque el gesto de su rostro indicaba a las claras su profundo conocimiento de lo divino y humano. Debía haberse pegado a mi espíritu algún poso de su brujería instintiva, porque también yo comenzaba a crearme capaz de leer sus pensamientos. Y sin atacar temas que debían permanecer encerrados de momento, nos empleamos en preparar el escaso equipaje.

Durante una buena parte del trayecto de regreso al apostadero, nos mantuvimos en silencio. Pero era consciente de que la liebre saltaría por el camino en cualquier momento y a su voluntad, sin posible remedio. Por fin, Setum, en un movimiento que parecía casual, extrajo un sobre de su faja, para entregármelo sin darle mayor importancia.

—Por cierto, la señora viuda de Urtube me entregó este recado para usted con las primeras luces.

—¿Para mí? —las palabras brotaron con espuma de mi garganta—. ¿Por qué has esperado tanto?

—Porque así me lo ordenó doña Beatriz y lo consideré atinado.

Rasgué el lacrado con nervios, aunque intentara no aparentarlo. Pero tan solo apareció un pequeño tarjetón, ribeteada en cantos negros y unas pocas palabras escritas con trazo largo: Nunca olvidaré esta pasada noche que atravesamos como un sueño. Espero que volvamos a vernos. Tuya. Beatriz.

Sentí cómo un ligero escalofrío recorría mi piel, al tiempo que guardaba el papel en el bolsillo interior de mi chupa, sin ofrecer comentario alguno. Pero ya Setum

entraba por guindolas, con esa sonrisa torcida y burlona que tan bien conocía.

—Le aprecio un buen aspecto de cara esta mañana, señor. Debe ser porque los deseos insatisfechos cruzan el rostro al bies. Ya le adelanté que no hay nada tan reconfortante en esta vida, como aliviar los humores masculinos en su plenitud.

No sé por qué conducto le llegaba la información al brujo africano, pero comprendí que estaba al día y en detalle de lo acaecido en el dormitorio y, posiblemente, en mi alma. Pero Setum no estaba dispuesto a dejar la brecha a medio cerrar.

—Estimé oportuno no despertarle a primera hora, para no andar en caminos privados que deben mantenerse con cierta intimidad.

Lo miré a los ojos sin ánimo de entrar en detalle o discutir sus especiales recomendaciones. Salí por barlovento para enmendar el rumbo.

—Ya que sabes todo. ¿Puedes decirme por qué abandonaron la casa a hora tan temprana?

—El señor gobernador partió hacia la ciudad de Méjico y deseaba arribar con luces a una villa cuyo nombre no recuerdo. Y como le tomaba de camino, pensaba dejar a doña Beatriz en la hacienda paterna. Ordenó al servicio, donde me incluyó, que no se le molestara.

Para no continuar en tramas de quita y pon, fingí dormir durante gran parte del camino. Sin embargo, no era posible tal ejercicio porque mi mente rebotaba de sensaciones inolvidables, al tiempo que desterraba del cerebro otras que podían dañar mi alma en culpabilidad. Fue una norma a la que me obligué desde entonces para sobrevivir, hasta dominarla en gran parte del sendero. Sin embargo, la piel de Beatriz ejercía preponderancia sobre cualquier otra consideración, al punto de considerarme capaz de revivir cada uno de sus besos y caricias. Pero hube de desistir, que tal ejercicio soliviantaba mis carnes jarcia arriba hasta el palo mayor.

Reincorporado al puesto de trabajo, entré en faena propia de mi comandancia con frenética actividad, que no hay mejor bálsamo en esos momentos de tribulación. Me hice eco de las palabras y promesas del gobernador, por lo que atacé la vía oficial de los asientos y servicios con empeño y descaro, al punto de achicar el ánimo de comisarios e inspectores. Sin embargo, desesperaba al comprobar que transcurría noviembre sin que las velas de la fragata Princesa apareciesen por el horizonte. Y ya cuadraba la última semana del mes cuando abordé a Perona en demanda nerviosa.

—¿Cuándo llegará este hombre, por todos los santos del cielo? —es fácil imaginar que cebaba mi espíritu en negro contra el piloto Martínez, a quien responsabilizaba del retraso sin razón obligada.

—El gobernador tenía razón, señor. Nada sabía Martínez de su toma de posesión, por lo que era dueño de tomar puerto y comunicarse con gobernador y virrey en forma directa. Y si traía a bordo muchos afectados del escorbuto, es razón de mayor peso a tener en cuenta.

—Pero debió recibir el recado de don Pedro hace tres semanas.

—Nada ganará con esos pensamientos. Debe tener en cuenta que no todas las navegaciones desde Monterrey hasta San Blas se llevan a cabo en tan pocas singladuras como las que realizamos en nuestro último viaje. Y puede alargarse más todavía, que una encalmada en lomos puede retrasar hasta la llegada de la misericordia.

—Tiene razón, Perona. Esta inactividad me ataca las raíces de lleno.

—¿Inactividad dice, señor? —Perona movió la cabeza hacia ambos lados con risa ahogada—. Desde que llegó de Tepic ha barrido la lona a muerte y no acude a su residencia hasta bien entrada la noche. Ni siquiera respeta el descanso dominical.

—Es posible. Pero tampoco he recibido noticias del gobernador, y deberíamos salir hacia el norte a la mayor brevedad o se nos adelantará el inglés.

—Tampoco se gira visita a la capital en tres cuartos. Además, para su tranquilidad, lo que hemos tardado años en decidir, si así lo prescribe el virrey Flores en concordancia con sus planes, puede retrasarse unas semanas más sin mayor dolor.

Aunque no me tranquilizaban sus palabras, debía reconocer que le asistía la razón a chorros. Pero así andaba por aquellos días, con los gusanos en libre circulación y mi espíritu en deseos de entablar la empresa al galope.

Por fortuna, los trabajos en los talleres del arsenal cumplían a plena satisfacción. De forma especial me llenaba de orgullo la entusiasta dedicación de los más veteranos, algunos pensionados cinco años atrás, con un espíritu e iniciativa que ya quisieran para sí muchos jóvenes. Y entre los productos elaborados, destacaba la labor del tonelero aparejado en Monterrey, que hizo cambiar de sur a norte el sistema de producción, especialmente la selección y curado de la madera a emplear en las duelas.

Por fin, en la primera semana del siguiente mes comenzaron a moverse los hilos del destino en bendita progresión, cuando ya desesperaba que tuviera lugar alguna de las nuevas esperadas. En la mañana del 5 de diciembre me avisaron del avistamiento de la fragata Princesa, lo que me hizo salir en furiosa cabalgada a la terraza y enfocar el antejo hacia el horizonte, hasta prender su silueta en el círculo. Y no me disgustó lo que atisbé en una primera ojeada, porque la tan esperada niña de mis ojos navegaba a un largo como si quisiera demostrar lo atinado de su real nombre. Por más que escudriñé arriba y abajo, no encontré desperfecto o daño alguno en casco y aparejos, que tan normal es sufrir en larga expedición, una de mis primeras preocupaciones.

En esta ocasión no aguardé en mi despacho oficial la llegada del que ejercía como comandante de la unidad, sino que embarqué en una de las lanchas hasta abordar su portalón en aviso de visita particular, cuando acababa de quedar fondeado al abrigo. No era condición normal tal acción, pero no estaba dispuesto a esperar un segundo de más. Y ya en la meseta aguardaba el piloto primero, graduado de alférez de navío, don Esteban José Martínez, impecable de uniforme y planta, en compañía de guardia armada como si se dispusiera al acompañamiento de revista oficial. Tras ponerse a

mis órdenes en forma correcta, intentó exponer el ritual del cargo y dotación, norma que dispensé para abordarlo con cierta confianza, que era peón a ganar por derechas. Y en un corto paseo nos desplazamos hasta su cámara, donde confiaba abordar con él la necesaria conversación.

Aunque por lo escuchado hasta entonces pudiera tomar concepto del piloto Martínez como persona avinagrada y rocosa en exceso, mi primera impresión fue positiva. Cercano a la cuarentena, era hombre recio de hechuras y pecho abierto, aunque de normal estatura. Muy moreno de pelo y ojos, con nariz aguileña y semblante apacible, se le adivinaba una envidiable determinación, así como escasas dudas en lo que es necesario abordar a cada milla navegada. Además, se movía con agilidad y soltura, al tiempo que ofrecía una conversación de puntual importancia, aliviando los detalles sin interés. En resumen, un hombre de los que me gustaban tanto para mandar como para obedecer. Y como ven, nunca me he dejado guiar por ajenas opiniones en cuanto a enjuiciar a una persona. Pero entramos al quite sin perder tiempo.

—Me ha mantenido en ascuas su ausencia —utilizaba un tono amistoso y nada requisitorio.

—Lo comprendí al recibir la posta del gobernador y saber de su reciente comandancia. Puede estar seguro que lo siento, aunque no sea culpa mía en una sola cuarta. Le advierto que nunca busco excusas a obligaciones propias en los deberes de mis subordinados, pero al iniciar el tornaviaje comuniqué en persona y con suficiente claridad al piloto López de Haro que, en caso de separación, el puerto de recalada sería el de Monterrey. Y allí desesperaba de su llegada, hasta recibir el recado que me avisaba de su presencia, así como del arribo del paquebote San Carlos. Sin embargo, aproveché mi estancia para enviar al virrey el preceptivo informe y aliviar en lo posible los males en la dotación, que llevaba 28 hombres enfermos del escorbuto, tres descabalados en huesos y cuatro más atacados de fiebres. También aproveché esos días para retocar el buque a capricho, porque supongo pronto el regreso hacia el norte, aunque era escaso el sufrimiento habido en los siete meses de travesía. Como ve, la fragata se encuentra lista para salir a la mar —exhibió un rastro de innegable orgullo.

—En efecto y le agradezco tal dedicación, al tiempo que estimo como acertada su imaginación en cuanto al futuro. Ya leí su informe en casa del gobernador, detallado y con extrema claridad, por lo que no considero necesario extendernos más en él. También López de Haro me expuso el suyo, coincidente en lo esencial. Y debo comunicarle sin agrado que el comandante del San Carlos lo acusó formalmente, y en parte de demanda, de abusar de las tripulaciones a las que, en su opinión, castiga con excesiva frecuencia y sin motivo.

Para mi sorpresa, ni siquiera se inmutó el semblante de aquel hombre ante tan grave acusación. Contestó en el mismo tono de fría oficiosidad, incluso con una escondida sonrisa.

—¿Abusar de las tripulaciones? Como bien sabe, la vida en la mar es dura y férrea la disciplina a mantener, siguiendo las ordenanzas al pie de la letra. En operaciones de exploración y descubrimiento en las que se sufren condiciones extremas, puede llegar a ser necesario endurecer el rigor. Sin embargo, pocas son las veces en las que llego a aplicar el rasante ordenado, porque no atravieso lenguas con hierros candentes a los que blasfeman ni otros castigos prescritos en nuestros reglamentos —volvió a ofrecer una desmayada sonrisa—. Pero es difícil comprender cómo podría abusar de la dotación de un buque que no se encuentra bajo mi mando, una idea un tanto peregrina, si me permite la expresión, señor. En cuanto a la tripulación y guarnición de esta fragata, puede preguntar a los pilotos y oficiales de mar en tal sentido, si se prescribe oficial indagatoria.

—Le adelanto que expuse esas mismas alegaciones al piloto López de Haro cuando me notificó de voz el envite. Por mi parte, me limité a elevar el expediente que incoará proceso como establecen las ordenanzas, al tiempo que solicitaba al virrey su anulación por inhabilidad y defecto de aplicación. Espero que así concluya este penoso ejercicio que a nadie beneficia.

Martínez se limitó a asentir con su cabeza, como si encontrara acertados mis pasos e incorrectos los de su compañero. Esperaba sus críticas contra el demandante, normales al caso y momento, aunque ni siquiera llegó a ejercer tal acción, para beneficio de su personalidad. De esta forma, me centré en nuestro negocio.

—Como puede suponer, he propuesto al virrey nueva y más generosa expedición, para tomar posesión de la isla de Nutka, fortificarla en forma permanente y convertirla en colonia de este virreinato.

—Me parece acertado, si me permite enjuiciarlo. Eso se debía haber hecho hace muchos años, señor.

—Todos opinamos así, pero de nada sirve lamentarse ahora, que aguas pasadas no mueven molino. El gobernador, en acuerdo total con mi plan para la jornada que ya le explicaré en concreto, partió para Méjico con objeto de obtener el necesario permiso del virrey. Creo que se merece un tiempo prudencial de descanso, así como su dotación, aunque es posible que no disponga de mucho antes de emprender nueva derrota hacia Nutka.

—Lo preveía en parecidos términos.

—Si así me lo autorizan, comandaré la expedición. Pero intento que tanto usted como López de Haro se mantengan en sus puestos, al mando de sus respectivas unidades. Estimo como exitosa y meritoria la expedición que han llevado a cabo, aunque apareciesen algunos problemas de índole personal tan habituales en la mar.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Bueno, le dejo ya porque deseará saltar a tierra y arreglar sus asuntos personales. Tómese unos días y venga a verme al despacho de la comandancia. Es mi intención izar insignia en esta fragata y salir a la mar un par de días con ella, antes de emprender la jornada.

—Ya he descansado lo suficiente en Monterrey, que larga y tediosa se me hizo la espera. Tan solo necesito un par de días para solventar alguna cuita familiar y me tendrá a su disposición.

—Se lo agradezco, Martínez. Espero que comprenda la importancia de la empresa que abordamos, así como el riesgo de que se nos haya adelantado el inglés.

—Si me permite exponer una opinión personal, señor, no creo que tal circunstancia haya tenido lugar. De acuerdo con su táctica habitual, los britanos se mantendrán en recaladas de tipo comercial, con bandera más o menos cambiada, antes de ejercitar una posible posesión. Y me atrevería a asegurar, no es más que una opinión personal, que permanecerían en esta ambigua posición porque no pisan terreno seguro y saben de nuestra preponderancia en legalidad. Pero, al mismo tiempo, no verán con buenos ojos la colonización de tierras por España en tan altas latitudes.

—Es posible que se encuentre usted en lo cierto —me dio que pensar aquel razonamiento—. Al menos, espero que no debamos recurrir al uso de la fuerza, y no es por miedo a enfrentamiento, sino por las consecuencias que tal acción puede acarrear.

—De lo que no hay duda es de su periódica presencia en la isla, que así me lo aseguró el comandante ruso con el que congenié en positiva conveniencia.

—De ahí me llegan las prisas.

Tras ser despedido en formal ceremonia, regresé a mi despacho con el ánimo aligerado de peso, tanto por la actitud de Martínez, como por el aspecto general de la fragata, que ahora sí podíamos endosar tal clasificación a todas luces. Y como el futuro parecía aclarar por barlovento, decidí dar de mano aquel día y concederme un adecuado almuerzo, idea que satisfizo a Setum, preocupado por mi escasa dedicación a la adecuada alimentación.

Entrábamos en las fechas entrañables de la Navidad, cuando recibí la primera de las sorpresas. El día 23 alcanzó la Comandancia una posta del gobernador a revientacaballos, con recado personal en el que narraba de su puño y letra el éxito contraído en las gestiones llevadas a cabo en Méjico, al tiempo que acompañaba la orden oficial del virrey don Manuel de Flórez para llevar a cabo la expedición. Y me agradó la clara, detallada y extendida orden de la máxima autoridad del virreinato, aunque pudiese entrever entre líneas la alargada mano de don Pedro. Por último, el gobernador me citaba para los próximos días sin concretar lugar y fecha, para mantener una última y definitiva reunión aclaratoria, anterior a la partida.

Con aquel papel en la mano, que leí de forma repetida, me sentí inmensamente feliz, uno de esos momentos en los que se nos abre el corazón a las bandas y con aire en las crestas. Era un extraordinario orgullo para mi persona, un joven teniente de fragata, el hecho de que me concedieran el mando absoluto en una jornada que podía ser ganadora de tierras para España. Y todo ello sin olvidar el incierto futuro en

cuanto a la oposición que era previsible encontrar en el sempiterno enemigo británico, aunque nos moviéramos en años de teórica paz.

Como no era cosa de apretar la maroma en exceso por aquellos días tan señalados, aflojé la presión en el apostadero sin cortar los chorros. Podía declarar que desde el punto de vista puramente naval, salvo las necesidades de abastecimiento, con lagunas importantes todavía, podíamos afrontar la empresa en pocos días. Pero flotaban en olas algunos flecos de necesaria concreción, que no todo quedaba amarrado en la orden del virrey, especialmente en cuanto a tropa de milicias embarcada. Pero no era especial tal preocupación, por quedar esta última decisión en manos del gobernador, en quien confiaba plenamente.

Y fue entrados en aquellos días, recién traspuesto el que rinde homenaje a la Natividad de nuestro Señor, cuando recibí la segunda sorpresa, y esta puede ser calificada sin error posible de a 36 en calibre y bien caliente, como las balas rojas del inglés. Para mayor efecto de culpabilidad, que siempre nos acompaña cuando picamos en nido prohibido, acababa de redactar una larga epístola a Cristina. En ella le anunciaba mi próxima salida a la mar en mando naval de larga expedición, sin concretar punto alguno ni ofrecer signos de posible peligrosidad. Y no me fue fácil poner las letras por escrito, que en cada línea pesaba la lona de los pensamientos ocultos, con el negro duende martilleando la conciencia a destajo. Pero conseguí rematarla con verdades, porque mi amor por Cristina se mantenía muy dentro.

Me encontraba aquella tarde en mi residencia, aligerado de vestuario por calor de viento muerto, cuando Setum llegó a mi despacho con el rostro alterado.

—Señor. Acaba de llegar —su voz palpitaba en cortes, lo que me alarmó por lo alto.

—¿Quién ha llegado?

—La señora. Se encuentra en el salón.

Con aquella pista era suficiente, lo que hizo saltar mi espíritu en brincos de altura. Sé que algunos me atacarán de falsario por declarar los sentimientos sobre Cristina y, al tiempo, sufrir aquel embarazo emocional, pero no miento una teja, lo juro por la salud de mi alma que, en estos días, atraviesa espesa preocupación. Y por mucho que intentara normalizar el gesto, era tarea imposible.

—¿Aquí? Esta mujer está loca —protestaba en falso, que ya mis pies deseaban arrancar a todo trapo.

—No olvide, señor, que las mujeres calzan diferente medida a los hombres. La señora llegó a la vivienda en carruaje con cortinas veladas.

En pocos segundos alcancé la sala de recibo, con los ventanales abiertos hacia la mar y una ligera brisa que aliviaba los calores. Y allí se encontraba Beatriz, enlutada de cuerpo y alma, mirándome a cerrazón en la distancia. Y como repetición de anteriores ocasiones, quedé mudo ante su presencia, con los ojos negros embutidos en mi carne. Y pasaron los segundos, dulces y largos, hasta escuchar su voz en susurro.

—¿No dices nada? —hizo un pequeño mohín con su boca, fingiendo disgusto.

—Tan solo se me ocurre que tu visita puede ser considerada como...

—¿Incorrecta? —ahora reía en bajos—. Siempre he sido poco correcta y no me importan los pensamientos ajenos, cínicos en su mayor parte. De todas formas, nadie sabe de mi presencia aquí, si ese detalle te consuela. Me llegó la noticia de que te harás pronto a la mar y, sencillamente, quería despedirme de ti.

No supe responder. ¿Qué podía alegar sino falsedades? Repasaba con la mirada su rostro y su cuerpo, deseándola por momentos, como animal poseso. Pero ella me adelantaba en todo y continuó.

—¿Puedes alojar a mi cochero? Es hombre de absoluta discreción y escasas necesidades.

—¿Alojarlo? —no parecía entender lo que brillaba en el firmamento como la estrella Vega—. Por supuesto.

—¿Es de confianza el negro que me recibió?

—Como si fuera mi hermano, y en tal sentido lo aprecio.

—Perfecto —dejó pasar unos segundos, como si dudara en continuar—. ¿Podrías alojarme a mí también? —ahora el gesto se hizo compungido, como de niña desamparada—. Aunque no necesitaremos más que una alcoba, porque pienso amarte durante toda la noche. Quiero que te lleves un buen recuerdo de mí cuando salgas hacia el norte —sonreía con descaro en aquel juego al que me sometía.

—Estás loca.

—No es nueva esa condición para mí, cuando me gusta un hombre. Espero que me ofrezcas algo de comer, que casi no he probado bocado a lo largo del día.

Y de esta forma celebré la Navidad con agradable sorpresa, aunque presintiera lejanos peligros en mis fondos. Pero aparté las algas con los remos y me entregué de lleno y por largo a lo que la vida ofrecía en bandeja de plata, aunque fuera este pensamiento un fruto lejano de posible compensación.

Setum se mostró a la altura de las circunstancias, por no decir que superó toda expectativa. No volvimos a verlo más que al servir la cena, donde utilizó lo mejor de los productos aparejados de España, para volver a perderse no sé dónde. Y si la primera noche en Tepic me fundí en placer de magnitud desconocida, aquella segunda la superó con creces, hasta alcanzar crestas que me transportaron a otro mundo. Porque tal y como Beatriz había prometido, fue una noche de placer alargado hasta las primeras luces del alba, cuando esa mezcla de cansancio, amor y deseo consumido me atacó como borrachera monumental, para dejarme rendido en cubierta.

Y para que la costumbre se hiciera norma, al despertar con la mañana bien entrada, la paloma había volado del nido, esta vez sin nota aclaratoria aunque ya hubiesen corrido promesas entre suspiros ahogados.

Y así rematé aquel año de 1788, pleno de sorpresas de todo tipo y con horizontes abiertos a la gloria o el fracaso, que nunca se sabe el final del sermón cuando se pone proa a los vientos. Y aunque no lo supiera hasta meses después, el día 14 del último mes moría nuestro Señor don Carlos, un Rey al que ahora juzgo con los claros y

oscuros que la distancia concede pero que, desde un punto de vista puramente naval, que es lo mío, mantuvo idea clara y dignidad elevada de lo que España y las Indias necesitaban. Por desgracia, no todos sus generales de mar brillaron a la altura de las circunstancias.



## *Decisión tomada*

Creo que fue en la segunda semana de enero, entrados en aquel venturoso año de 1789 que se abría con enormes expectativas para mi persona y carrera en la Armada, cuando llamé a reunión general de oficiales en el apostadero de San Blas. En realidad, intentaba que se mantuvieran al punto exacto de los planes previstos, todos aquellos que disfrutarían de alguna responsabilidad en las futuras operaciones. Y como algunos habrán adivinado, no hacía más que seguir las indicaciones de quien abriera mis primeras luces a las faenas de la mar, el inolvidable general don Antonio Barceló, al que siempre intenté imitar por el bien de la Armada.

La sala escogida en la comandancia, utilizada normalmente como biblioteca, depósito de planos y archivo, ofrecía suficiente espacio para acomodar a los diecisiete hombres que me miraban con curiosidad. La mayor parte estaba compuesta por todos los pilotos de cualquier categoría implicados en la empresa, así como los cirujanos, comisarios, capellanes, el inspector de la Real Hacienda y los tres contramaestres primeros, a los que deseaba otorgar cierta preeminencia entre los de su ramo. También había decidido convocar al intérprete don Gabriel del Castillo, el famoso lenguas del apostadero, con una gran experiencia en los dialectos de aquellas regiones.

No esperé mucho para entrarle al toro por los cuernos y abrir brecha de interés. Al mismo tiempo, crecía mi propio orgullo al comprobar la seguridad que desplegaba a mi alrededor, hasta el punto de mantenerme en cuerdas sin mayor esfuerzo. Podía reconocer con placer que los nervios se alejaron con la estela tiempo atrás.

—Bien, señores, como los rumores corren a tranco largo en cueva reducida, supondrán que nos encontramos ante una nueva expedición hacia el norte, aunque en esta ocasión presente características especiales. En la inmediata anterior, comandada por el piloto primero, graduado de alférez de navío, don Esteban José Martínez, se obtuvo la certeza de que los ingleses pretenden establecerse de forma definitiva en la isla Nutka y costas adyacentes, lo que corre en contra de la legalidad internacional, al ser consideradas como tierras pertenecientes a la Corona española sin posible discusión.

Lancé una mirada en círculo, para comprobar la atención general de aquellos hombres que, en su mayoría, me sacaban muchos años en punta.

—Ante la formal propuesta, elevada por esta Comandancia para la proyectada operación, recibimos la orden del virrey don Manuel de Flores en pleno acuerdo, una instrucción que es clara y concisa. La misión principal es la de fundar colonia en la isla de Nutka, fortificando y preparando el terreno para futuros asentamientos. Nos

haremos a la mar en cuanto embarquemos los víveres que faltan en la declarada previsión, así como la definitiva asignación de los soldados de milicias, un refuerzo especial por si es necesario llevar a cabo alguna acción militar, al tiempo que echarán una mano en las labores de fortificación. Los solicité en un número de 50, pero todavía no recibí contestación explícita del gobernador en dicho sentido, con quien mantendré una última reunión la semana próxima.

Una pequeña pausa para asentar las primeras noticias, al tiempo que ojeaba una nota escrita por mí con anterioridad, con los principales aspectos que no debía olvidar.

—Izaré mi insignia a bordo de la fragata Princesa, como jefe de la expedición, unidad que quedará bajo el mando de don Esteban José Martínez. También compondrán la expedición los paquebotes San Carlos y Aránzazu, mandados por los pilotos don Gonzalo López de Haro y don José de Cañizares respectivamente. El segundo de ellos se desviará en la derrota hacia el norte lo necesario para transportar el situado a los presidios de California, uniéndose en cuanto le sea posible al grueso de la expedición. Será este paquebote, precisamente, el que, una vez tomada de forma oficial posesión de la isla de Nutka, regrese a San Blas con las noticias del logro de la empresa, al tiempo que embarca víveres y provisiones para abastecimiento general. Por favor, señores, pueden interrumpirme si algún detalle les queda en oscuro.

Interrumpí unos segundos, aunque nadie parecía dispuesto a tomar la palabra.

—La fragata Concepción cambiará su base a Monterrey hasta nueva orden, con el mismo propósito de permanente correo y aprovisionamiento asignado al paquebote Aránzazu, una labor de primer orden hasta el asentamiento definitivo. Una vez llegados al surgidero de San Lorenzo en Nutka, intentaremos atraernos la amistad y leal colaboración de los indios, lo que ya se hizo con anterioridad, por lo que acopiaremos suficiente cantidad de obsequios y material de trueque. En el caso de que se encuentren buques de otras nacionalidades en sus aguas, exigiremos y comprobaremos los oportunos pasaportes, al tiempo de hacerles ver la justa razón de nuestra posesión, por ley y descubrimiento, ajustando su presencia y tráfico a los acuerdos de navegación y comercio habidos entre nuestro Señor don Carlos y los Monarcas respectivos.

—¿Y si no lo aceptan? —entendí que entraba Perona en pregunta cuya respuesta conocía, para dar un poco de calor a la reunión.

—Si alguien intenta hacer uso de la fuerza contra nuestra empresa, se repelerá después de agotar todos los medios que la política amistosa y pacífica ofrece. No debemos olvidar que trataremos con representantes de potencias con las que nos unen en la actualidad excelentes relaciones.

Comprobé algunas sonrisas escondidas y susurros bajo cuerda, por lo que me apresuré a rematar.

—Todos somos conscientes de que los britanos pueden ser los que presenten alguna oposición, en especial si ya han poblado y fortificado la isla. De todas formas,

no deben olvidar que son muchas las naciones con apetencias comerciales y territoriales en esas aguas. Pero continuando con las intenciones generales, una vez posesionados de Nutka, López de Haro reconocerá con su paquebote toda la costa entre los 50 y 55 grados de latitud septentrional, algo más al norte de la isla de Santa Margarita, así como la entrada de Pérez, tomando posesión de la misma y escogiendo cuatro o cinco puntos situados estratégicamente para futuros asentamientos. Como pueden colegir, es deseo de nuestra Corona certificar como territorios españoles adscritos a la Alta California, toda la costa actual hasta esa latitud norte citada, de acuerdo a la legalidad que protege nuestra empresa.

Una última ojeada al apunte y recorrida de escenario, antes de entrar en remate de la parte principal de mi exposición.

—En cuanto a la labor cristianizadora, embarcaremos cuatro religiosos de la orden franciscana con el fin de propagar la fe de Cristo, intentando que los naturales se adhieran a ella, aunque con la prohibición absoluta de forzarles en ningún sentido, ni desbaratar los signos de sus personales idolatrías por mucho que nos ofendan. Y una vez llevadas a cabo todas estas disposiciones, intentaremos construir alguna embarcación de poco calado, porque es pretensión personal mía adentrarme por el estrecho de Juan de Fuca y desterrar en firme de una vez el sueño del famoso Paso<sup>[117]</sup>, o certificarlo en garantía. Soy consciente de que es sencillo planificar y proponer acciones aquí en tierra y con el trasero seco, como diría el general Barceló. Luego la mar dictará su norma, que siempre dispone de la última palabra, así como los acontecimientos de todo tipo que pueden surgir. Y creo que, en líneas generales, eso es todo. Pueden preguntar si les cabe alguna duda o pueden ofrecer algún dato de interés.

Para mi sorpresa, fue uno de los contramaestres primeros, rescatados de la pensión, quien se atrevió a hablar.

—Si me lo permite, señor, puedo ofrecerle una información. Yo navegaba con el piloto Juan Pérez en aquella primera expedición a Nutka, en tiempos del virrey Bucareli. Se entablaron buenas relaciones con el jefe Macuina, o un nombre de sonido parecido, y se le hicieron regalos que mucho lo confortaron. En general se trataba de hombres pacíficos aunque con sus extrañas tradiciones muy encastradas. El jefe o cacique declaró que siempre sería un buen amigo de los españoles.

—Le agradezco mucho su información —mentía a sabiendas, porque conocía con detalle los contactos de Juan Pérez con los aborígenes. El contramaestre olvidaba que también otros pilotos presentes, como Martínez y Perona, se encontraban a bordo durante aquellos descubrimientos—. Espero tenerle a mi lado cuando lo reciba en la Princesa.

—¿Para cuándo se prevé la salida?, señor —preguntó el pilotín José Verdía.

—Ya me gustaría poder decírselo con seguridad, aunque es cuestión imposible por no haberlo concretado. Como les decía, he sido convocado por don Pedro de Fages para mantener la reunión definitiva en la semana próxima, donde espero que no

aparezca ninguna nueva dificultad. Por nuestra parte, salvo los víveres prometidos del sur y las tropas de Monterrey, todo está resuelto. Lo más que puedo adelantarles es que espero abandonar San Blas en la última semana del mes, aunque no pueda entablarlo con exactitud.

—¿Cree posible que los ingleses envíen unidades de la Royal Navy a estas aguas? —preguntó el cirujano asignado a la Princesa, don José Esteller, al que los pilotos apodaban en secreto Matasangre.

—Esa sería una enorme sorpresa, para moros y cristianos, en los tiempos de paz que corren. En el peor de los casos, si han tomado la isla o costas adyacentes, habrá sido operando con balandras, goletas o unidades menores, pertenecientes a compañías comerciales establecidas en la franja asiática. No ha llegado el momento de ser disputa por unas tierras que la mayor parte de los gobiernos aceptan como españolas. Ya sé de la ambigüedad británica en este sentido, razón principal de nuestra expedición.

Y se hizo un espeso silencio en la sala, como si no quedara ningún aspecto por aclarar. Por mi parte, tras correr mirada inquisitoria sin respuesta, di por zanjada la reunión. Pero lancé señal inequívoca a Perona, para que se mantuviera a mi lado. Una vez a solas, quise saber su opinión definitiva.

—¿Qué le pareció la reunión?

—De muy buen efecto, señor. Es un detalle que siempre se agradece, en especial por ser la primera vez que tiene lugar en este apostadero.

—Todos los implicados deben mantenerse al corriente de lo que vamos a hacer, guardando en cerrado los datos que no es posible ofrecer. Una vez en la mar, haré que los diferentes oficiales de mar comuniquen a sus hombres la operación en líneas generales, para motivarlos en derecho sentido.

—También aplaudo esa decisión. Trae usted nuevos vientos a estas aguas.

—Esperemos que nos sean propicios. Por cierto, ¿cree que nos retrasamos demasiado en abordar la empresa? Me refiero a la época del año.

—En general se han considerado como fechas óptimas para salir hacia el norte los meses de octubre y noviembre, abatidas las turbonadas. Pero como la operación, si se consigue en su aspecto general, ha de ser de larga duración, presenta menor importancia. Puede ser aceptable atacar en estas semanas, aunque la mar sea caprichosa día a día. Tan solo habrá que vigilar el regreso, evitando los malos meses del verano.

—Debo agradecerle, Perona, el apoyo que me mostrado en todo momento. Sabe que le dispense una gran confianza, merecida en su grado.

—Le agradezco esas palabras. Y le acompañaré con gusto a esa conquista, que así podemos denominarla con orgullo, aunque cargue tantos años en el petate que puedo ser más carga que ayuda.

—No diga eso, amigo mío, porque lo sabe incierto de naturaleza. Volveremos de Nutka con gloria, no le quepa duda.

—Eso espero.

Aunque todo parecía dispuesto en conveniencia, no desatendí ningún aspecto de la operación, que a cada minuto saltaba alguna pequeña liebre de discordia y el apoyo no era el adecuado. Pero ya me había acostumbrado a lidiar con cierta galanura y separar el grano de la paja, al tiempo que recordaba, una y otra vez, que en las Indias los problemas se afrontan de forma diferente. Tan solo me restaba conversar con don Pedro quien, después de todo, retrasaba en algunos días la expedición, aunque no fuera de su agrado.

La siguiente semana se abrió con recelos y cierta desesperanza, al recibir recado del gobernador en el que demoraba nuestra reunión para el último martes de aquel mes de enero, sin ofrecer razón aparente a tal medida. Y aunque mantenía los nervios cerrados al temple, entró la mente en cuaresmas sin comprender aquel retraso, hasta el punto de que las dudas se engendraran en oleadas, con el desánimo añadido.

Sin embargo, fiel a su hábito de cambiar normas y compromisos sin previo aviso, dos días antes de mi marcha a Tepic para cumplimentar la cita, me sorprendió el aviso de su llegada al apostadero. Y ni tiempo dispuse para adecentar mi vestuario en conveniencia, que ya pateaba el pasillo de la Comandancia don Pedro con su energía habitual. Me vi obligado a presentar torpes excusas.

—Perdone mi atuendo, señor, así como la imposibilidad de rendirle...

—No se preocupe, Leñanza —me tomó del brazo con inesperada amistosidad, al tiempo que entrábamos en mi despacho—. Cuando se entra en materias bravas sobran los cumplidos y ceremonias. He tenido serios problemas en el interior de Sonora, razón por la que hube de aplazar nuestra conversación. Pero sé que afrontamos momentos decisivos y no quiero ser obstáculo, sino todo lo contrario.

—Me alegro de escuchar sus palabras.

—¿Dudaba de mi predisposición? —preguntó en tono burlón.

—Nada de eso, señor. No me atrevería...

—Era una broma, comandante. Pero vayamos al grano, que el tiempo es oro y de verdad. ¿Se encuentra listo para salir a la mar y cumplir nuestros objetivos? —ahora mostraba seriedad en el semblante.

—Al ciento, señor. Tan solo restan por embarcar algunos víveres que no son imprescindibles, así como la tropa de milicia que deberá ofrecer un importante apoyo en posibles acciones que nadie desea.

—En cuanto a víveres —ofrecía por fin una alargada sonrisa—, en un par de horas llegarán algunas carretas bien cargadas, y no solo con las legumbres que me pedía, sino también con limoncicos verderones de los cosechados en el sur, que algunos mezclan con aguardiente, una bebida que le recomiendo. Y no piense en el costo añadido, que es remesa generosa y a cargo del gobernador. En cuanto a las tropas de la milicia, en las primeras horas de mañana alcanzará el apostadero el teniente de la milicia fija de Monterrey, don Felipe de Munárriz, con unos 40

soldados que deberán embarcar de acuerdo a su libre criterio. Y creo que de esta forma relleno la saca prometida.

Como no era cosa de entrar en pequeños detalles, como la escasez o faltas que afectaban a las unidades por corto, acabé de rematar en blanco.

—En ese caso, señor, si no opone razón en contra, me haré a la mar en muy pocos días. Posiblemente será el lunes o martes de la semana próxima, siempre que los cielos no obren en contrario.

—Me parece muy bien. Vuelvo a felicitarle por su llegada a San Blas, bien lo sabe Dios.

Don Pedro abandonó su asiento y comenzó a pasear por la estancia en circulación nerviosa, señal inequívoca de que entraría en algún delicado o privado detalle.

—Entre nosotros dos y a puerta cerrada, debo confesarle que me costó mucho arrancar la orden al virrey. Don Manuel, sin que sirva de crítica, es dubitativo en exceso, al tiempo que temeroso de la reacción que pueden despertar en la Corte sus decisiones. Teme la posible contrariedad que sufrirán los britanos. ¡Como si se tratara de sus tierras! —elevó la voz hasta los palos—. No comprende que nos encontramos a miles de millas de distancia y que todo se debe relativizar con esta tierra y sus especiales circunstancias. Es decir, como asegura ese latiguillo popular con inestimable razón, a veces hay que obedecer las órdenes recibidas de la Corte pero cumplirlas cuando se estime oportuno. ¿Me comprende?

—En general, sí, señor. Pero no veo la relación con esta empresa...

—Vamos, Leñanza, espabile sus entendederas —golpeó su frente a la vez que sonreía con afabilidad—. Usted tomará posesión de Nutka y tierras adyacentes. No sabemos la situación que encontrará en aquellas aguas, pero por encima de todo ha de permanecer esa idea: ocupar y fortificar. Y si acaso le llegara una instrucción directa del virrey en cualquier sentido, obre como mejor estime para el bien de España. ¿Me comprende?

—Al meridiano claro y cierto, señor.

—Hay momentos en la vida de todos los que llevamos a cabo empresas que, en el futuro pueden ser de extraordinaria importancia para el engrandecimiento de España, en los que nos jugamos las barbas por derecho y revés. El que desobedece y triunfa es un héroe.

—Y quien desobedece órdenes y fracasa, camina hacia el patíbulo a paso ligero —sonreí con desgana.

—No exagere, comandante, que en España nadie sufre penas extraordinarias, aunque algunos merecieran la horca por doble partida. Seríamos más grandes si se llenaran las cárceles de muchas grandes personas.

Se hizo el silencio. Por mi cabeza transitaban pensamientos de todo tipo, enfrentados muchos de ellos, pero no era momento de achicar el alma sino todo lo contrario.

—No se preocupe. Haré lo necesario para engrandecer las tierras de nuestro

Señor.

—Que, por cierto, anda a las puertas del Altísimo.

—¿Sufre de tanta gravedad?

—Esa noticia trajo el último buque arribado a Veracruz. Es posible que a estas horas haya cambiado la corona de testa. Pero, bueno, razón de más para apurar los vasos. Le deseo toda la suerte en la empresa que acomete, Leñanza. Ya sabe que confío en usted.

—Y lo agradezco como se merece.

—Bien —ahora abandonaba su asiento de forma definitiva—. Espero que el paquebote asignado traiga buenas nuevas a Monterrey.

Y una vez más, para repetir el papel tantas veces desempeñado, ofreció la guinda al destiempo y aparente casualidad.

—Por último, comandante, desearía hacerle una revelación muy importante y en la más estricta intimidad. Debe prometerme que tal nueva quedará entre nosotros.

—Puede confiar en mi absoluta discreción, señor.

—Por esa razón le haré partícipe —dudó tan solo un escaso segundo, en el que sus ojos parecieron rebuscar a fondo en mi cerebro—. Hace dos años recibí una extraordinaria información que llegó a mí de forma casual, pero de absoluta confianza. Un comerciante ruso sufrió un duro temporal del norte, siendo arrastrada su embarcación a la deriva. Semanas después fue recogido por un barco nuestro. Tan solo este hombre se mantenía con vida a bordo, en lamentables condiciones. Por fortuna, el capitán español entendía lo suficiente su idioma. Antes de morir, el ruso le hizo partícipe de un hallazgo que catalogaba de fabuloso.

—¿Un hallazgo?

Me intrigaba el tema, propiciado por el confidencial tono de voz empleado por don Pedro. Pero mi interés aumentó de forma notable cuando el gobernador extrajo un papel de su casaca y lo extendió sobre la mesa. Se trataba de un plano levantado a mano en líneas imprecisas.

—En esa entrada de agua que llaman estrecho de Juan de Fuca, donde tantos dicen que se abre el Paso al mar del Norte, existen unas pequeñas islas que los aborígenes llaman de Nitinat. Aquí —señalaba con el dedo un punto preciso—, entre estos dos islotes, aseguraba el ruso que se encuentran las perlas más fantásticas y de mayor tamaño jamás vistas, algunas de ellas barrocas, con modelos que pueden llegar a hacerlas muy valiosas. Y no crea que trago cualquier anuncio de tesoro, que el ruso antes de morir entregó una bolsa al español con un buen número de ellas. Por fortuna, ese capitán era de mi máxima confianza y me hizo llegar la revelación en absoluto secreto. Quiero que lo compruebe con suficiente discreción.

—¿No intentó el capitán español alcanzar ese tesoro? —mi pregunta sonaba a propia de persona descreída, pero debía hacerla.

—Comprendo su escepticismo, Leñanza —ahora sonreía, animado—. Ese hombre no pudo navegar hasta ese punto, tal y como acordamos, porque murió pocos

meses después. Desde entonces espero el momento apropiado que, según creo, llega en esta ocasión. Y no crea que busco el interés personal. Ya le dije que en estas tierras es fundamental la autofinanciación, y con la riqueza de esas pesquerías podríamos conquistar toda la costa del noroeste. Guarde este documento a puerta cerrada y lleve a cabo este nuevo servicio que puede resultar de gran importancia.

—Siempre creí que las pesquerías de perlas se localizaban en aguas cálidas —era sincero en mi comentario.

—También yo, y fue la primera cuestión que comprobé. Como puede comprender, me informé convenientemente sobre el tema, hasta llegar al convencimiento de que no es cierta tal afirmación. Se encuentran perlas extraordinarias en aguas frías, tan frías o más que esas a las que aludo.

Nos mantuvimos en silencio, mientras guardaba el documento y desgranaba en mi interior la información recibida. Pero ya seguía don Pedro con un plan que parecía enhebrado a distancia.

—Cuando tome Nutka, la fortifique convenientemente y la situación se encuentre en calma, construya alguna embarcación menor en su ribera y diríjase a estas islas. Tiene una buena excusa a su favor, la búsqueda del Paso, esa idea que Bodega y Quadra catalogaba como peregrina.

Parecía coincidencia del destino, lo que me hizo sonreír. Don Pedro me miró extrañado.

—Tiene gracia esta petición que me hace, señor. Y no lo tome a mal, que dispare en otra dirección. Cuando le he explicado mis planes para la jornada de Nutka, no llegué a exponerle un detalle que había previsto y consideraba de menor importancia. Decidí que, una vez aclarada la situación en la nueva colonia, podía tomar el estrecho de Juan de Fuca en una embarcación de escaso calado, y desterrar para siempre la existencia del Paso o encontrarlo en su caso. Llámelo sed descubridora si quiere, porque tendría razón.

—Las partes del rompecabezas se unen a la perfección, como partidas en chanza por el destino —chasqueó sus dedos en señal de alegría—. Ahora me convengo a muerte de que fue usted enviado a estas tierras en especial designio. Pero le repito, aunque no sea necesario, la necesidad de mantener esta información entre nosotros y que no llegue a oídos inadecuados.

—Por supuesto, señor.

Ahora parecía que abandonaba el despacho de forma definitiva. Sin embargo, cuando me adelantaba para abrir la puerta, tomó mi brazo con cierta confianza.

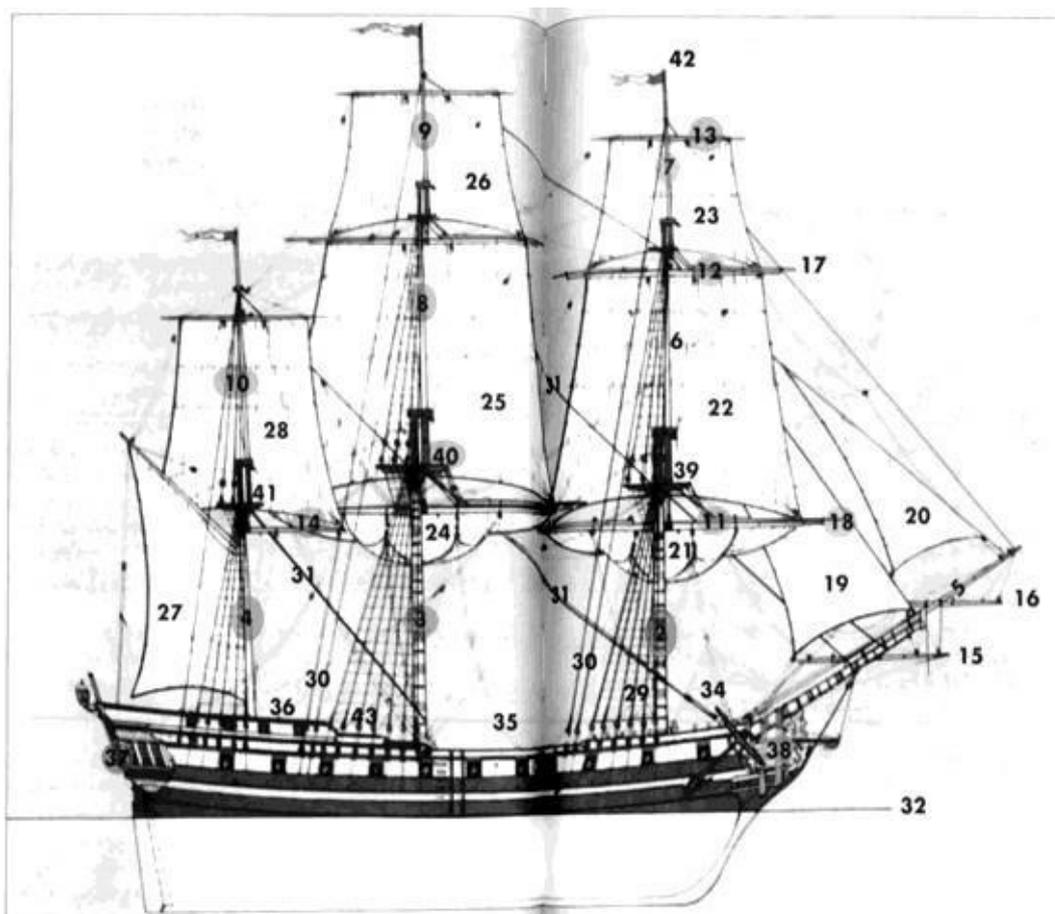
—Entraré en terreno particular, si puede llamarse así. Prometí a Beatriz no olvidar un especial recado. Desea que vuelva sano y triunfador. Según parece, le dispensa especial afecto.

Otra vez caí en desconcierto, sin saber lo que debía responder. Pero una voz en mi interior aseguraba que don Pedro corría al tanto de la marea.

—Dele las gracias de mi parte.

—No se avergüence de nada, Leñanza, y ahora le hablo más como amigo que como gobernador —me tomó por el hombro con especial atención y cariño—. Todos sabemos lo que significa separarse de la familia durante años, y las necesidades de todo tipo que tal acción conlleva. Recuerde que no se encuentra en la Corte sino a muchas leguas de distancia. Puede estar seguro que las noticias de Indias se pierden en el océano como botella de náufrago.

Y salió a escape con su prisa habitual, sin permitirme una regular despedida. Mientras el carruaje jaleaba las ruedas por el camino, sus últimas palabras se repetían sin cesar en mi cabeza. Y es tan cierto como el amor sentido a mis hijos, que todavía no entendía el papel a jugar por don Pedro en aquel entierro. Pero una vez más me obligué a cerrar la escotilla del pensamiento, evitar el blanco y el negro en el alambique mental a toda costa y a cualquier precio. Debía centrar todo mi esfuerzo en una sola dirección, al abrirse por el horizonte una empresa en la que debía empeñar todas las fuerzas físicas y mentales y, si llegaba el momento, hasta mi propia sangre.



1. Bauprés; 2. Palo trinquete; 3. Palo mayor; 4. Palo mesana; 5. Tormentín; 6. Mastelero de velacho; 7. Mastelero de juanete de proa; 8. Mastelero mayor o de gavia; 9. Mastelero de juanete mayor; 10. Mastelero de sobremesana; 11. Verga del trinquete; 12. Verga del velacho; 13. Verga del juanete; 14. Verga de gata o verga seca; 15. Verga de cebadera; 16. Verga de sobrecebadera; 17. Botalón de ala del trinquete; 18. Botalón de rastrera; 19. Foque; 20. Contrafoque; 21. Trinquete; 22. Velacho; 23. Juanete de proa; 24. Mayor (vela); 25. Gavia; 26. Juanete mayor; 27. Cangreja; 28. Sobremesana;

29. *Jarcia*; 30. *Obenques*; 31. *Estayes*; 32. *Línea de flotación*; 33. *Portas para la artillería*; 34. *Castillo*; 35. *Combés*; 36. *Toldilla*; 37. *Jardín (servicios oficiales)*; 38. *Beque (servicios de marinería)*; 39. *Cofa del trinquete*; 40. *Cofa del mayor*; 41. *Cofa del mesana*; 42. *Galleta del palo trinquete*; 43. *Alcázar*.

## *Rumbo al Norte*

Abrazado a la cruz de mi destino, con el alma abierta a la esperanza y todos los vientos, el día 17 de febrero, festividad de los Siete Santos Fundadores de los Servitas, ordené al comandante de la fragata Princesa llevar las anclas y abandonar la bahía de San Blas. Nuestro capellán, siguiendo el ritual marítimo, imploraba el favor de la Santísima Trinidad para la empresa cristianizadora, mientras en los bajos de mi talego emitía especial rogatoria a Nuestra Señora de Valdelagua por el éxito de la campaña. Y no me crean demasiado apegado a nuestra santa religión en aquellos momentos de pecado abierto, pero la mar gira la cabeza a los cielos en acuerdo con las olas.

Al mismo tiempo que las anclas abandonaban las aguas y eran aferradas en las amuras a buen viaje, izamos la señal por banderas dirigida a los paquebotes San Carlos y Aránzazu, con significado de proceder en acuerdo a las órdenes establecidas de antemano. Y de esta forma, un joven teniente de fragata de la Real Armada zarpaba al mando de agrupación naval, con el importante objetivo de posesionar tierras en nombre de España y fundar colonia permanente en una latitud septentrional jamás poblada.

Dicen algunos filósofos que el orgullo personal es fruto de la brisa momentánea y se disuelve con el tiempo, a mayor rapidez que capricho de cortesana. No puedo coincidir con tan peregrina aseveración, porque el mío se mantenía bien entablado y por las nubes, y no decrecía un palmo con el paso de los días sino todo lo contrario. Pero deben recordar que no solo había pasado a dirigir un Departamento Marítimo de mayor extensión a cualquier otro de la España peninsular, sino que ejercía el mando sobre un conjunto de buques en expedición que podía pasar a la Historia en letras impresas. Y como la sangre joven se mueve a mayor velocidad que un picado de alcastraz, no me sentía atenazado por la responsabilidad contraída, que no era poca.

Por falta de tiempo y oportunidad había cancelado la salida a la mar con la fragata Princesa antes de abordar la empresa, porque en los últimos días la loma del trabajo se convirtió en elevada montaña, sin conceder la mínima posibilidad. Sin embargo, confiaba a muerte en el piloto Martínez, cuyas maneras a bordo exteriorizaban un dominio perfecto del barco en todos sus aspectos. Como era de rigor, me había instalado en la cámara de popa, de nobleza y extensión superior a la esperada en mediana unidad naval, con lo que podía observar desde la galería cómo seguían nuestras aguas a distancia los paquebotes, que también navegaban ligeros de ropa.

Tan solo una contrariedad de última hora había empañado mi alegre disposición. El piloto Perona, quien se había mantenido a mi lado como el más fiel y experto

consejero desde la toma de mando, había contraído las fiebres, mal del que era reincidente, y en ataque de tal virulencia que ordené su traslado a Tepic por considerarlo en peligro de muerte. Perdía un importante peón en la partida, aunque no todo en la vida pueden ser parabienes y caricias.

Antes de abordar la expedición que afrontamos, debo señalar con cierto detalle las características de aquella hermosa embarcación que ya surcaba las olas con viento del nordeste, y que tan importante papel desempeñó en mi vida. Pero es necesario aclarar por adelantado una cuestión de cierta importancia que discutí con intensidad, especialmente cuando se leyeron mis informes por la superioridad, al ser catalogada la Princesa como corbeta en forma reincidente y sin razón. Y conste que no defiendo la superior clasificación con motivo de aumentar la importancia del mando, nada más lejos de mi habitual proceder, sino para que consten los datos con suficiente exactitud. Siempre anduve por verdades, al igual que aseguré en su momento que la Concepción era corbeta sin duda alguna.

Y para certificar dicha opinión me baso en el último Reglamento General de las Guarniciones y Tripulaciones con que ha resuelto el rey se armen en adelante los buques de su Real Armada, tanto en tiempo de paz como de guerra, con proporción a sus portes y calibres de la artillería que montan, elevado por el Secretario de Marina don Antonio Valdés y Fernández Bazán y sancionado por Su Majestad en el mes de enero de 1788. En tal disposición se expone de forma clara y rotunda, que deberán considerarse como fragatas, encuadradas en las de tercera categoría, aquellos buques aparejados en su clase, con porte comprendido entre 26 y 30 piezas de artillería y calibres de las mismas de a 8 y a 4. Sirva esta oportunidad para aclarar el interesado error de algunos en forma definitiva<sup>[118]</sup>.

Una vez salvada esta discusión que me acarreó algún disgusto y extensa discusión, puedo aclarar que la fragata Nuestra Señora del Rosario, comúnmente conocida por su alias de Princesa, norma habitual en la Real Armada de no aceptar los nombres asignados por la Autoridad, sino los que las dotaciones acomodaban por ojo marinero o detalles en su andar, fue construida en el arsenal de San Blas por orden del virrey Bucareli en 1777.

Y como ya expuse con detalle el aparejo de la Concepción, habitual en todo buque de tres palos y vela redonda, solo he de añadir que el trapo desplegado por nuestra Princesa era de entidad pareja al reseñado en aquella ocasión, con el añadido de algunas velas que la mayor estructura del buque permitían. Estas diferencias consistían, respecto a las velas redondas, en un sobrejuanete amartillado en el palo trinquete. De las triangulares ponía en curso dos estayes más, uno volante y otro de sobremesana, mientras que la gran diferencia se producía al comprobar la amplia vela cangreja que envergaba en el cangrejo<sup>[119]</sup> del palo mesana, condición que le confería más posibilidades de bolina y capa, al tiempo de ofrecer a la vista una estampa muy airosa y marinera.

En cuanto a dimensiones, la Princesa presentaba una quilla limpia<sup>[120]</sup> de 111 pies

de Burgos<sup>[121]</sup>, eslora de 124, manga<sup>[122]</sup> de 32,6 y un calado<sup>[123]</sup> a popa de 15,3 que, como comprobarán más adelante, condicionó mi actuación personal. La artillería se reducía a 22 cañones de a 8, más 6 piezas de a 6, aunque dudara muchos días en la posibilidad de incorporar a proa una pieza en caza de a 12 o a 18, desistiendo de la idea por la estructura del tajamar y el cometido de la empresa. También incorporábamos seis pedreros de a 2, distribuidos en la toldilla, una vez que decidí aumentar en cuatro los que normalmente montaba.

Pero si en su artillería cumplía la clasificación de fragata, era en su dotación, como reseñé en el caso de la Concepción, donde no se ajustaba a los reglamentos ni de cerca, debido a las especiales características del Departamento Marítimo de San Blas, donde un elevado tanto por ciento del personal desempeñaba cometidos de superior categoría. Un buque como la Princesa, debería encontrarse, en teoría, al mando de un capitán de fragata, acompañado de seis oficiales de guerra más: un teniente de navío, un teniente de fragata, dos alféreces de navío y otros dos alféreces de fragata.

Pero entrando al detalle, la fragata donde izaba mi insignia, acopiado el personal al máximo para la importante expedición que afrontábamos, llevaba al mando a un piloto primero, graduado de alférez de navío, Esteban José Martínez. El resto de los oficiales mayores lo componían el primer piloto José Tovar y Tamarit, segundo piloto Esteban Mondofia, pilotín Juan Carrasco, capellán José López de Nava, el cirujano Matasangre y el intérprete Gabriel del Castillo, habilitado como oficial mayor. En cuanto a los franciscanos que debían propagar la fe cristiana, incorporamos a los padres Severo Patero y Francisco Sánchez. El resto de la dotación quedaba compuesta por 16 oficiales de mar —tres contramaestres, un guardián, un patrón de lancha, dos calafates, dos carpinteros, un armero, un farolero, dos maestros de velas, un cocinero de equipaje, un sangrador y un patrón de bote—, 25 hombres en tropa de infantería, 1 de artillería, 27 artilleros, 29 marineros, 48 grumetes, 3 pajes y 3 criados. Sumando a mi persona como comandante de la expedición y el fiel Setum, formábamos un conjunto de 158 hombres. Sin embargo y como excepción por mí solicitada, embarcamos de la Milicia Fija de Monterrey al teniente don Felipe de Munárriz, más 25 de sus hombres, lo que elevaba la cifra total a 184.

Siguiendo la sugerencia del piloto Martínez, habíamos aliviado el lastre hasta dejarlo en 350 quintales, con lo que estimamos un desplazamiento del buque en las 400 toneladas. El cargo asignado de armamento a bordo era de unos dos mil disparos, todos ellos en bala rasa y sin palanqueta, así como 200 saquitos de metralla para los cañones, cinco esmeriles con doscientas balas mosqueteras para su uso, 30 fusiles con bayoneta, 25 pistolas, 96 libras de balas de plomo, 20 espadas, 12 chuzos, 14 hachuelas de abordaje, 25 granadas de mano, 15 frascos de fuego, dos camisas de fuego y 4.000 libras de pólvora en barril. Para el fondeo o maniobras de seguridad disponíamos de cuatro anclas, la mayor o prima de 30 quintales, dos anclotes y cuatro cables<sup>[124]</sup>, así como tres calabrotes de ordinario.

Y por último, en cuanto a una de mis mayores precauciones, disponíamos de víveres para 180 días, aunque en esta ocasión había aumentado el ganado en vivo y las raciones de dieta o alimentos de salud hasta el número de 350. Y la aguada, con mejores elementos de estiba, se elevaba a 20 toneles, 18 toneletes y 20 pipas, que esperábamos no sufrieran merma de gota alguna.

Creo que se habrán hecho cargo en diligencia sobrada de esa fragata donde suspiraba mis primeros momentos de mando en agrupación. Lo cierto es que paseaba por la toldilla como general de escuadra en ejercicio, que así se movía mi corazón, batiendo a rompeolas en la garganta, al punto de borrar las imágenes femeninas de mi cabeza, bien fueran de pasión o de culpa.

De acuerdo con el parecer de los pilotos más veteranos, establecido en reunión previa a la salida, decidí mantener derrota abierta hasta alcanzar los 50 grados de latitud norte, momento en el que, si las condiciones de mar y viento nos acompañaban en favor, enmendaríamos a estribor por componendas para recalar lo más cercanos a Nutka, esa pequeña isla engolfada en cobijo de madre dentro de la gran isla Quadra. Y a ojo de perdiz en trocha estimé que, entre bordadas y enmiendas, deberíamos recorrer una distancia aproximada de tres mil millas, una cantidad que ya no despertaba tanto mi imaginación como en los primeros días pasados en aquellas aguas. Sin embargo, me negué en redondo a estimar un tiempo de arribo aproximado, porque ese dato podía variar como carnada de conejo, sujetos al capricho de mar y viento, por lo que más valía pensar en el día a día.

Debo señalar que era de excepción la derrota a seguir por el paquebote Aránzazu, que se separaría para obrar con independencia al encontrarse norte-sur del cabo San Lucas, obligado a barajar la costa para entregar los caudales a los presidios californianos, razón por la que necesitaría algunos días más en llegar a nuestro destino final. Por el contrario, a López de Haro, comandante del San Carlos, le ordené mantenerse a la vista en nuestra popa y distancia segura. Tan solo en el caso de que perdiéramos el rastro por las negativas condiciones de los cielos, debería arrear de acuerdo a la derrota establecida.

Y resuelto a la ventura, que la mar siempre abarca sus cartas en laque cerrado, dediqué aquellas primeras horas a pensar en mí propia persona y por sincero, sin murallas mentales que en tantas ocasiones levantamos, como si llevara a cabo un ligero recuento de la vida que llegó a situarme donde ahora me encontraba, una situación pensada en sueño imposible pocos años atrás.

Durante las dos primeras semanas navegamos como príncipes de sangre en la Corte, todo el aparejo largado a los cielos, con vientos frescos del nordeste que avivaban la estela al gusto. Creo que fue en esos días cuando caí rendido en amores por la fragata Princesa, que no solo es posible tal circunstancia, sino cierta al ras como el alma propia de los buques. Por desgracia, solamente los hombres de mar llegan a apreciar estos especiales sentimientos, que los de secano, sin embargo,

estiman de febril locura sin límite.

Pero no crean que mi pronunciado cariño se debía solamente a su especial galanura y gracia al tomar la mar o alargar el trapo por sí sola, sino que el murmullo de su estructura se asemejaba a la más dulce sinfonía, dando la nota apropiada con cada una de las olas que batía su proa. Y puedo declarar con suficiente experiencia, que si el navío ha sido y será por los siglos el rey de los mares, las fragatas son las infantas más hermosas, al punto de ofrecer una atracción sobre el marino igual o superior a las hembras de real cuerpo.

Y fiel a mi formación, rompimos rutinas y susurros con ejercicios de mar y guerra, algunos en necesario concurso para motivar la atención de la marinería. Sorprendió a muchos tal medida, poco acostumbrados a la enseñanza y necesaria práctica, pero era imprescindible desentumecer los músculos y pensamientos que se adoban en tierra con demasiada insistencia. Pero no podía prodigarme en exceso, que tampoco en el Mar del Sur sobraba la pólvora del Rey, como habría excusado con guasa el general Barceló.

A partir de la tercera semana se hizo el tiempo cambiante, con vientos roladizos y sucios<sup>[125]</sup>, tendentes a la baja, aunque acechara por negro en algunas ocasiones, al punto de hacernos arriar en precaución. Pero fue entrados en el segundo mes de travesía, la segunda quincena de marzo, cuando comenzamos a sufrir, y no solo me refiero al viento y la mar, que cuadraban a peor, sino a la brusca bajada de la temperatura, al punto de hacerme tiritar como galgo en charca de invierno. Además, las gotas de lluvia se arracimaban en golondrinas, golpeando la cara sin misericordia, como balas de mosquete. En fin, que se instalaba la rambla, se perdían los azules y la visibilidad disminuía a una sola milla.

Por fortuna, me había preparado para los fríos, no solo con el casacón propio en el vestuario de la Armada, sino con otro muy especial y aparatoso de estructura. Esta prenda se la debí a la generosidad de don Pedro, que estimó oportuno obsequiarme con una especie de sobretodo largo y sin costura, hasta alcanzar una cuarta por encima de los pies, elaborado con pieles de esas nutrias que tanto se codiciaban, jamás vistas con mis ojos. Pero al probarlo por primera vez, parecí sentir el calor de cien chimeneas en mi interior, al punto de desechar tal prenda hasta que las temperaturas bajaran al extremo. Y en verdad que me cohibía el pensar en su uso, tan alejado de lo estipulado en nuestros reglamentos. Poco sabía entonces del verdadero significado del frío, ese que llega a cortar la carne como cachetero de malhechor.

Entramos en los primeros días de abril con chubascos casi continuos y viento frescachón en rachas, que hacía trabajar a contramaestres y marineros con mucha faena de jarcia y poco descanso. Y habíamos cruzado una semana perruna de mucha mar y escaso trapo cuando abordé a Martínez en la timonera, porque no delegaba mucho la navegación en sus pilotos aquel hombre, cuestión que le hacía escasamente popular entre los jóvenes de su cuerpo. Había conseguido por fin observar el sol en las primeras horas de la mañana, así como su complemento de la meridiana con el

favor de los cielos, con suerte ancha por andar cerrados de nubes en tiempo alargado. Me acerqué a él para comprobar nuestra derrota.

—Mal andamos en estos días con la bóveda. ¿Consiguió un buen punto?

—Bastante parejo diría yo, señor. Hemos cruzado el paralelo de los 40 grados de latitud, por lo que debemos encontrarnos a la altura del cabo Mendocino y a unas 280 millas de tierra. Si el viento se entablara en directo y de componente occidental, podríamos alcanzar nuestro destino este mismo mes.

—No parece que anden por ese camino los dioses. Sin embargo, la temperatura sigue bajando.

—Y bajará más todavía. Por suerte, entraremos en los deshielos en pocas semanas y se aliviarán los ambientes.

—Hasta ahora nos ha sonreído la suerte, porque no hemos sufrido ningún efecto calamitoso ni mares elevadas en ampollas.

—Tiene razón. Salvo el maretón de hace dos semanas que se levantó por embargo y calmó sin aviso, hemos navegado como las reales falúas de Aran juez.

—Y que sigan los cielos en bonanza.

—Dios lo escuche.

Repasé en visión global el buque, de las galletas de los palos a cubierta, dejando escapar un pensamiento.

—Qué bien toma la mar esta fragata. Parece adaptar sus costuras a las olas por orden celestial.

—Así es, señor. Se nota la mano de su constructor, Pedro Martín del Real, viejo maestro mallorquín que con esta obra cerró su vida. Creo que decidió echar toda su sabiduría de constructor naval en este buque, a son de despedida. Por el contrario, Don Juan Francisco de la Bodega prefería la Favorita, aunque siempre le comenté lo que estimaba como un gran error. Le aseguro que prefiero esta Princesa antes que cualquier otra embarcación, si he de encontrarme en trance de capa a muerte.

Pero los días buenos y regulares no conforman el saco en las aguas al completo, y lo que nadie desea acaba por llegar tarde o temprano. Nos tocó la mala en la segunda semana de abril, un temporal del noroeste al estilo clásico, con olas encrespadas a los palos y vientos en rachas de las que parecen unir la mar a los cielos. No tuvimos más remedio que entrarle a la capa, con el trinquete reforzado y braceado al troncho, mientras la cangreja desplegabá el trapo mínimo, tomados los rizos a la corola y cazada a cuartel. Sin embargo, no fue de llegar a la ribera negra y temer por las tablas, que la Princesa abatía en silbidos como si dominara a los dioses, y tan solo el foque de tormenta se desarmó en su amura, partiendo el escalón del bauprés. En el interior no sufrimos descalabros de orden, salvo un fogón que voló en libertad contra su mampara, ocasionando algún destrozo menor y riesgo de llamas. Además, ningún hombre resultó herido de consideración, aparte las normales contusiones, por lo que el capellán, una vez calmadas las espumas, elevó especial oración de agradecimiento a Nuestra Señora del Rosario, que daba nombre oficial a la Princesa y a cuya especial

advocación fuera entregada en su botadura.

La navegación se encontraba largada con buena señal desde la salida, no cabía duda, pues hasta el temporal corrió en beneficiosa trayectoria, de forma que la fragata abatiera en la dirección deseada. Además, establecida la bajada del tono, el viento quedó entablado del noroeste, por lo que enmendamos en directo hacia la costa, que debería aparecer en cinco o seis días si se mantenían las mismas condiciones. Y como la mar genera supersticiones sin límite, alguna de obligada creencia, comenzó a correrse la voz a bordo entre la marinería que el comandante de la expedición traía buena estrella o, como decía el pilotín en lenguaje indígena, manqué alta, cuyo significado en cristiano podría ser como suertero de mares. Y no me molestaron tales comentarios, más bien al contrario, que es bueno disponer de los hombres a favor, aunque sea propiciado por un dios menor.

En la mañana del día tercero del mes de mayo me despertó Setum con más alboroto del normal, para anunciarme que se había avistado tierra. Tras echar una ojeada a través de la lumbrera y no atisbar accidente alguno, me vestí con rapidez para subir a la toldilla. Y ya allí manejaba Esteban antejo y derrotero propio para establecer el punto en la carta por observación a tierra. Por fin pude comprobar en el horizonte una cadena montañosa de color grisáceo, con picos blancos en sus crestas. Escuché la voz del piloto con tono de innegable seguridad.

—Hemos recalado en la bahía de San José, señor, unas cien millas al norte de nuestro destino. Pero con este viento entraremos por derecho a rumbo sudeste. Salvo los islotes que se desprenden de las cadenas, tengo esta costa como segura y sin peligros aparentes, por lo que podemos barajarla en corto.

—De acuerdo.

Con viento de juanetes abordamos las últimas millas de aquella extendida y generosa navegación, entrados en el tercer mes desde nuestra salida de San Blas, que no era poca la manteca cortada con las alas. Y debimos ralentizar el andar de la Princesa, que parecía desear el merecido descanso con enfermiza pasión, en la tarde del día 4, para manejar las puntas de día y con seguridad. De esta forma, avistamos por nuestra proa la entrada al surgidero de San Lorenzo, en el archipiélago de Nutka, en la mañana del día 5 de mayo. Sentí una inmensa alegría al observar la bocana cerrada, como pata de cangrejo, lo que aseguraba un fondeo interior fiable a cualquier embarcación. Además, la rada quedaba protegida de todos los vientos, a la vez que los fondos limpios y de suficiente calado permitían el abrigo de una generosa escuadra.

Puedo asegurar que en la mar todo es nuevo cada día, con mil factores a tener en cuenta, y rara vez la costumbre genera rutina. Esa puede ser una de las poderosas razones que obligan al hombre a lanzarse hacia las aguas, harto quizás de rodar por el mismo camino. Es cierto que al observar nuestro destino final, ese surgidero descubierto por el piloto Juan Pérez en 1774, sentí una especial emoción. Tras 78 días de mar, abordaba la misión para la que había sido seleccionado en celestial sorteo. Y

era ahora cuando debía demostrar quien era y de lo que sería capaz. Por esta razón volví a sentir el orgullo elevado hasta la gorguera, al tiempo que sentía correr una oleada de firme decisión por todo mi cuerpo.



## 26

### *Nutka*

La fuerte emoción inicial que sentía, apenas contenida conforme cerrábamos distancia a la bocana de entrada, se transformó en repentina preocupación al recibir la primera de las sorpresas que nos aguardaban. A media milla de la punta que libraba a babor y que Juan Pérez bautizara años atrás con el nombre del jefe Macuina, observamos un bote al remo maniobrando en dirección hacia nosotros. A popa desplegaba un pequeño pabellón, que identificamos como propio del reino de Portugal. Puestos en facha<sup>[126]</sup> y llegada la embarcación a nuestro costado, quien parecía lucir uniforme de piloto solicitó permiso para subir a bordo, lo que le fue concedido. Una vez sobre la cubierta de la Princesa, pidió ser llevado a presencia del comandante.

En previsión de dudosos acaecimientos, me había vestido con el uniforme pequeño al completo y sin relajación alguna, de forma que los dorados y cordoncillos refulgieran en todo su esplendor. Y de esta guisa recibí al piloto portugués en la toldilla, preparado de espíritu para acometer cualquier eventualidad.

—Bienvenido a la isla de Nutka, señor —hizo una leve inclinación, al tiempo que se destocaba con afectación. Utilizaba un castellano correcto, aunque con fuerte acento portugués.

—Muchas gracias. ¿Buque y pabellón? —intenté utilizar un tono de voz cordial pero severo, sin ceder un ápice en mi autoridad.

—Soy el piloto Joao Silveira Cabral, de la balandra portuguesa Ifigenia Nubiana, despachada de Macao en libre comercio. Al observar sus maniobras en la distancia, mi capitán decidió enviarme en posible auxilio, por si necesitan de mis servicios para tomar la entrada segura al fondeadero.

Encontré peregrino y de doble sentido aquel ofrecimiento, por lo que respondí con decisión sin dudarle un solo momento.

—Agradezco sus intenciones, aunque no sea cuestión de orden utilizar practicaje extranjero en aguas propias —me permití una intencionada sonrisa—. Mis pilotos conocen perfectamente los fondos de este surgidero de San Lorenzo, descubiertos para España en 1774. De todas formas, agradezca a su capitán el ofrecimiento, y comunique que esperaré su obligada visita a mi autoridad, como comandante de este Departamento Marítimo, para comprobar y certificar su pasaporte.

Pareció que el piloto dudaba unos segundos, al aparecer ciertos signos de extrañeza en su rostro. Sin embargo, volvió a intervenir con extrema cortesía.

—Así se lo haré saber, señor. Y le repito mi más cordial bienvenida a estas aguas. Una vez desembarcado el portugués, ataqué a Martínez sin perder un solo

segundo.

—Supongo que será capaz de tomar fondeadero seguro. No sería cabal inicio acabar prendido en las piedras.

—No se preocupe, señor, que ya lo abordé con el piloto Juan Pérez y el teniente de navío Juan Francisco de la Bodega y Quadra. Es limpio como los chorros del oro. Debemos entrar pegados a la restinga de babor, para largar el ancla en la mitad del círculo que se abre a la misma banda. De esta forma, podremos dominar el escenario al completo y comprobar la presencia de otros buques, si es llegado el caso.

—¿Qué le ha parecido la propuesta del capitán portugués?

—De doble sentido y falsa como Satanás. Si viene despachado de Macao, como asegura, apostaría mis bigotes a que pertenece a la flotilla británico-portuguesa de la Compañía comercial de John Meares.

—Eso mismo tenía *in mente*. Ya inspeccionaremos su pasaporte con detalle. Pero ahora debemos abordar la entrada, que este viento nos favorece.

—Sí, señor.

Y sin más sorpresas ni problemas añadidos, tomamos la bocana para adentrarnos en la ensenada. Y con Martínez atento a la maniobra, alcanzamos el centro de una rada magnífica, con una anchura en sentido este-oeste cercana a la milla. Fue entonces cuando pudimos observar la presencia de la balandra portuguesa, al menos mostraba dicha naturaleza en su enseña, así como otro buque de mayor porte y pabellón perteneciente a la nueva nación norteamericana. Y en el momento de dar la orden de fondeo, disparamos los cañonazos de ordenanza en honor de mi propia insignia, que fueron contestados por los dos buques presentes con orden de religión.

Pero no descansé la vista con el antejo, hasta comprobar la población indígena inmediata, con viviendas cónicas de regular tamaño, mientras una de grandes medidas se mantenía en altura dominante sobre las demás. Según me informó Martínez, esta última debía pertenecer al jefe Macuina, si todavía se mantenía con vida, o a sus descendientes. También pude comprobar dos establecimientos levantados en madera, posiblemente por europeos, y una goleta varada en tierra cuya presencia me dejó perplejo por su posible significado.

Y como si hubieran recibido especial señal, gran cantidad de aborígenes se congregaron en la playa, comenzando a saltar en círculo y entonando extraños cantos. Dudaba de su significado, al bien o al mal, cuando Martínez, una fuente inagotable de información, consiguió revelarme el motivo.

—Es una fiesta en nuestro honor, que ya la presencié en otras dos ocasiones. Como le adelanté, el jefe Macuina prometió obediencia y vasallaje a los españoles.

—Espero que siga con vida.

Poco después lanzaban los indios al agua sus estrechas canoas, hasta rodearnos por completo como pozo de hormiguero, mientras continuaban con sus cantos, más propios de plañideras españolas en alboroque de difuntos. A pesar de la información recibida, decidí tomar las debidas precauciones, por lo que ordené al teniente

Munárriz que emplazara en conveniencia a veinte de sus hombres en armas, por si la ceremonia se cerraba en oscuro. Fue entonces cuando escuché la voz de Martínez, con cierto alborozo.

—Ese es el jefe Macuina, señor. Y la mujer que se sienta a su lado, debe ser su esposa, aunque ha debido cambiar de montura con el paso de los años, que esa no la conocí —reía, divertido—. Es necesario ofrecerle subir a bordo.

—Desde luego. Hágale señas en tal sentido y tráigalo a mi presencia. Y repita mi orden una vez más. Debemos tratar a los aborígenes con toda cortesía y deferencia, en especial a su jefe, si se muestra tan comprensivo con nuestras aspiraciones. Es importante granjearnos su amistad.

—Así se hará, señor.

No fue fácil llamar la atención, que el jefe corría en su canoa a mayor velocidad, siguiendo lo que parecía interminable ceremonia. Y si no me hubiera avisado Martínez en tal sentido, la habría tomado con precaución, porque los aborígenes alzaban sus picas al cielo, unas perchas más parecidas a arpones balleneros que a lanzas de guerra. Pero por fin, Macuina pareció comprender las señales del piloto y se abarló al portalón, ascendiendo por él con toda dignidad.

Desde la toldilla pude observar cómo el jefe abrazaba y besaba al piloto Martínez, al tiempo que le señalaba unas conchas aderezadas en collar que lucía alrededor del cuello. Estime que el tal Macuina reconocía al español, lo que era buena señal para iniciar relaciones.

Cuando Macuina alcanzó la toldilla y comprobó mi uniforme engalanado, pareció quedar vivamente impresionado, de tal forma que giró a mi alrededor para observar mi casaca con detalle, y hasta rozarla con suavidad y veneración. Era un hombre de regular estatura, muy ancho de estructura y gran fortaleza exterior. Vestía una piel negra como si se tratara de toga romana, cubriendo su cabeza con una copa de lumbre o bacineta en sentido inverso, coloreada con dibujos de peces y animales. Su esposa, si como tal cumplía la mujer que lo acompañaba, vestía también piel en toga, aunque de color claro, mientras mantenía una cesta de mimbre en su mano, donde se podían apreciar bayas o productos parecidos. Y esas pieles conformaban su único indumento, que piernas y pies se mantenían al descubierto en época de temperaturas poco propicias.

Por fin, Macuina me tomó entre sus brazos hasta rozar nuestras frentes, momento en el que percibí un penetrante olor a pescado podrido que hube de disimular con esfuerzo. Comenzó a hablar en su lengua a gran velocidad, pero ya andaba el intérprete del Castillo a mi lado para traducir sus palabras.

—El jefe Macuina le da la bienvenida y pregunta por qué han tardado tanto tiempo en regresar, en contra de la promesa establecida.

—Dígale que hubo de posponerse la promesa por enfermedad de nuestro Rey —inventaba sobre la marcha aunque, después de todo, eran ciertos los males de nuestro Señor—. Pero asegúrele que no debe preocuparse, porque en esta ocasión arribamos

para tomar posesión definitiva en nombre del Rey de España y quedarnos en estas islas de forma permanente.

Me sorprendió en grata medida comprobar su alargada sonrisa, cuando el intérprete le traducía mis palabras. Suponía que no habría comprendido el real sentido de ellas, pero era mejor observar su alegría que otros gestos menos positivos.

—Dice el jefe que mucho le contenta tal medida y se reafirma en nuestra duradera amistad. Asegura que esas conchas que le ha mostrado —señaló su cuello mientras el jefe volvía a chocarlas entre sí con alegría—, le fueron regaladas por los pilotos Juan Pérez y Esteban José Martínez en la primera visita. Espera que el gran Rey de España se recupere de sus males y para tal curación le recomienda un jugo de pescado que mezclan con tierra y grasa, al que añaden zumo de frutos machacados. Nos entregarán una vasija para su envío y remedio.

—Agradézcaselo en nombre de nuestro Señor. Se lo haré llegar de su parte en el primer barco que salga de estas aguas.

Y con estas muestras de atención y respeto mutuo se dio término a lo que parecía real audiencia, no sin citarnos para la noche, con objeto de celebrar nuestra llegada en la playa de acuerdo a sus costumbres. Acepté con amplia sonrisa en el rostro, acudiendo a despedirlo en la meseta del portalón como alta personalidad. En forma de última demostración amistosa, volvió a jalear las conchas del collar, como si se tratara del más preciado de los tesoros.

Pero más que el jefe Macuina, a pesar de su importancia, me preocupaba la visita de los dos capitanes extranjeros que, en legal obligación, debían rendir audiencia con la mayor brevedad. Y así fue, porque dos horas después se marcaba aviso desde el bote portugués en permiso de visita. Tras serle concedida con prontitud, tomaron la escala dos hombres ataviados de extraño uniforme, nunca visto por mis ojos.

Para la ocasión escogí mi propia cámara, preparada con especial esmero por Setum, que no debía aparentar en menos como Comandante del Departamento Marítimo de San Blas. Autoricé la entrada de los dos hombres, acompañados de Martínez como comandante del buque para que llevara a cabo las formales presentaciones.

—Señor, el capitán de la balandra portuguesa Ifigenia Nubiana, Francisco José Viana, y el señor William Douglas acuden a presentarle sus respetos.

No me gustó de entrada la presencia del pelirrojo que, según supe después, era natural de Escocia en las Islas Británicas. Además, repasaba la cámara y mi persona con actitud rayana en la insolencia, por lo que largué mis palabras sin perder un segundo y con indisimulada severidad.

—Bienvenido a bordo, capitán. ¿Quién es este señor? —señalé con frialdad al escocés.

El portugués pareció entrar en tensión nerviosa, como si no esperara mi pregunta, por lo que comenzó a dirigirse al aludido en idioma inglés. Más que capitán, parecía soldado en excusa de permiso a un superior, por lo que corté sus palabras con

decisión.

—Le he preguntado a usted, capitán. ¿Qué hace este señor en mi cámara?

—El señor William Douglas es el sobrecargo del buque bajo mi mando —hablaba en correcto castellano, aunque le traicionaba su titubeo.

—¿Sobrecargo dice? —expresé con largura mi extrañeza—. No parece usted al tanto de las normas que rigen la cortesía naval. Debería saber que no se concede audiencia a sobrecargos, por Comandantes de Departamento Marítimo o Jefes de Apostadero. Dígale que abandone ahora mismo mi cámara y espere en cubierta.

El portugués acentuó su falta de seguridad, traduciendo mis palabras a su acompañante con nuevos titubeos. Como comprendía perfectamente la lengua inglesa, comprobé que se dirigía a él con sumo respeto y sumisión, lo que indicaba a las claras quien mandaba en aquel barco. Tras escucharlo, el escocés me miró con desparpajo, al tiempo que no parecía comprender la orden recibida. Como la obediencia se alargaba demasiado y podía ofrecer debilidad en mi carácter, en esta ocasión me dirigí al teniente Munárriz, a quien había ordenado mantenerse en mi presencia ante toda visita.

—Teniente, acompañe a este hombre a cubierta inmediatamente.

No hizo falta más señal, porque cuando el joven oficial se dirigía a tomar por el brazo al intruso, este tomaba el camino de salida. Y la última mirada que dirigió a mi persona, más se parecía a lanzada de coracero. Una vez a solas, espeté al capitán.

—Espero que sea la última vez que produce un incidente como al que me ha obligado. Por mucho respeto que le profese a este sobrecargo, no ha de entrar en abierta descortesía con Autoridad de la Real Armada española.

—Le ruego me perdone, pero no estoy muy al tanto del protocolo. Tan solo deseaba ponerme a su disposición para lo que estime oportuno y entregarle el pasaporte que me licencia a navegar por estas aguas.

—Le deseo una agradable estancia en puerto, si en verdad se encuentra autorizado para mantenerse en él. Entregue su pasaporte al comandante del buque para que lo verifique en legalidad. Puede retirarse.

El capitán portugués abandonó la estancia con el rabo entre las piernas, mientras repetía inclinaciones de su tronco en gran ángulo. Y esa fue mi primera actuación oficial en Nutka con buques extranjeros, en la que desde el primer momento quise dejar bien por las claras donde residía la máxima autoridad, así como el respeto que a tal se debía.

Poco después hizo acto de presencia a bordo de la Princesa el capitán John Kendrick, comandante del Columbia, buque mixto aparejado de fragata, que presentó, sin duda, la otra cara de la moneda. Este marino de los nuevos Estados Unidos de Norteamérica era un hombre de agradable planta, alto y magro de carnes, con el pelo castaño y mirada sincera. Pero destacaba por encima de otras características su trato afable y abierto en extremo, así como un optimismo verdaderamente contagioso. Reconozco que me atacó por derecho y en un

correctísimo idioma castellano, al ser preguntado con formalidad sobre su buque y pabellón.

—No me confunda con otros, señor, si me permite entrar a la brava. Sepa que luché al lado de los españoles contra el inglés en Pensacola, durante la última guerra que propició la independencia de nuestro país. Guardo imborrables recuerdos de aquellos días, en los que fui salvado por sus compatriotas en más de una ocasión. Mi pasaporte está expedido en Boston sin líneas ocultas, de acuerdo con el Tratado de Amistad, Límites y Navegación firmado entre su Rey y nuestro joven gobierno. Quiero adelantarle con sinceridad, y no se trata de interesada maniobra, sentirme mucho más cerca de ustedes que de los britanos, y no solo por los motivos de guerra citados, razón por la que puede contar con todo mi apoyo. Y es idea propia establecerme de forma definitiva en estas aguas españolas<sup>[127]</sup>.

Decidí que su pasaporte fuera validado por Martínez en mi presencia, una excepción que decidí sobre la marcha, fiado siempre de mis primeras impresiones. Y al observar en el rostro del piloto Martínez una señal afirmativa, continué la conversación en forma más cordial.

—Si son ciertas sus palabras, lo que no dudo un solo segundo, me gustaría formularle algunas preguntas. ¿Es regular la presencia de buques ingleses en este surgidero?

—En efecto. Un elevado tanto por ciento pertenece a la compañía de ese bribón con diversas identidades llamado John Meares, basado en Macao, que utiliza barcos de bandera cambiada para conseguir sus propósitos. Como ejemplo primero, aquí tiene a esa balandra portuguesa, donde manda en realidad el representante británico. Por cierto, señor, que me ha alegrado en gran medida su conversación con dicho sujeto —sonreía abiertamente—. Gocé como un niño al escuchar de sus propios labios que fue expulsado de esta cámara. Hay que ser estúpido para presentarse ante vos como sobrecargo.

—Razón tiene. Pero cuénteme más detalles sobre la actitud británica.

—Hasta el momento se reduce a presencia continua, a veces con tres o cuatro unidades, al tiempo que establecen edificios en tierra, como esos dos que puede observar en la ribera de poniente, y unas pequeñas gradas donde han construido una goleta de reducidas dimensiones.

—¿La goleta ha sido construida en esa playa? —razonando con rapidez, encontraba aquella noticia más que alentadora.

—Sí, señor. Y bautizada hace pocos días con el nombre de Northwest America, para que no haya dudas. Piensan lanzarla al agua, alegando que navega en conserva de la balandra, por miedo a que el pasaporte no pase la criba de su autoridad.

—Muy interesante. ¿Ha visitado esta rada alguna unidad de la Royal Navy?

—No han llegado a ese punto. Saben que estas aguas son españolas por ley, aunque apurarán al máximo sus posibilidades, que es succulento el bocado. Si hubiese demorado un año más su arribada a Nutka, habría encontrado un establecimiento

inglés en toda regla y con la bandera britana en el tope de un palo.

—Lo que se encontrará pronto es un fuerte español con nuestro pabellón bien alto —sabía que podía entrar en ligera imprudencia, pero el americano no ofrecía muchas dudas y era un peón importante a favor.

—Me alegro mucho con solo pensarlo —restregaba sus manos con alegría.

—Pienso celebrar especial ceremonia dentro de pocos días, con motivo de nuestro definitivo establecimiento en Nutka y aguas adyacentes. Será invitado a la misma.

—Se lo agradezco por adelantado. Estaré presente cueste lo que cueste.

Cuando el capitán Kendrick se retiró, quedé a solas con Esteban José Martínez, para enderezar las acciones a tomar.

—¿Qué le parecen los dos capitanes y su situación legal? —pregunté con rapidez.

—Del americano, aparte la legalidad de su pasaporte, no me restan dudas y creo que acertó al concederle cierta confianza. En cuanto al buque portugués, lo veo más británico que al Rey Jorge y su pasaporte es inadecuado a todas luces. Se encuentra despachado para comerciar por el mar de la China y aguas aledañas, pero no se acomoda a los convenios existentes entre las dos naciones.

—Coincido con usted al ras. En ese caso, como su invalidez no admite duda, dos son los caminos que podemos abordar. El primero, apresarlo sin más dilación y enviarlo a San Blas, marinado por dotación española. La alternativa es, desde luego, despedirlo hacia Macao.

—Usted verá, señor. Pero no convendría perder muchos hombres en estos momentos, con la construcción del fuerte abierta a proa.

—Ya lo había pensado. Necesitamos aumentar nuestra presencia en Nutka para batallar en regla contra los intrusos. En especial, necesitamos dotaciones reducidas para marinar las presas que, si no me equivoco, aumentarán en las próximas semanas. Esperemos unos días, por si alcanzara la rada el paquebote Aránzazu en tiempo, y retenemos el pasaporte de la balandra portuguesa antes de tomar la decisión.

—Concuerdo con sus opiniones, señor.

—Por el contrario, he decidido confiscar esa goleta varada en tierra sin más dilación. Además de ampararme en la normativa vigente, porque ningún extranjero puede construir embarcación en tierras pertenecientes a la Corona española, será una pieza valiosa para llevar a cabo el reconocimiento del estrecho de Juan de Fuca y sus aguas interiores, en su momento.

—Muy bien. Me ocuparé de ello ahora mismo. Será necesario constituir un Tribunal de Presas que ofrezca la formalidad necesaria, y dé por efectiva la captura.

—Fórmelo a su criterio y de acuerdo a ley, que firmaré el visto bueno como máxima autoridad.

Martínez iniciaba la retirada, cuando pareció recordar un detalle de importancia.

—Y deberemos rebautizarla para la inscripción en nuestra lista de buques. Si no le importa, me gustaría que adquiriera la denominación de Santa Gertrudis la Magna —abrió una de sus escasas sonrisas—. Fue el primer barco en el que navegué de

joven pilotín y le guardo especial cariño.

—Que así sea.

Por fin, quedé a solas en mi cámara, sintiendo por primera vez la soledad del mando, ese sentimiento en el que pocos creen por no haberlo detentado jamás. Tomaba medidas de extraordinaria importancia con rapidez y decisión, abocado a mi destino que se abría en alas de águila gigantesca. Pero no me crean atacado por la tensión o excesiva responsabilidad, que el regusto interior se desbordaba a borbotones.

La fiesta que el jefe Macuina celebró en nuestro honor aquella primera noche en la playa, fue calificada por el capitán Kendrick como magnífica y especialmente favorable a nuestros intereses, en comparación con otras observadas con anterioridad. Por desgracia se alargó en demasía, con nuestros cuerpos tañendo a especial agotamiento, porque debimos asistir a bailes y cantos hasta bien entrada la madrugada, en un día de muchas horas y extraordinaria actividad. Tan solo la presencia de otro jefe indio, Kelekum, perteneciente a una tribu menos numerosa, me sorprendió en negativo, con un porte demasiado altanero aunque dentro de los límites permisivos. Pero tomé nota mental para guardar la distancia oportuna.

Y en las primeras horas del próximo día, primera amanecida que disfruté en Nutka, acometimos las inspecciones en tierra para seleccionar el emplazamiento de la posición fortificada, que era necesario y urgente construir. Recorrí la rada al completo, acompañado por los pilotos Martínez y López de Haro, así como el experto en construcciones traído desde San Blas para tal cometido. Y los cuatro coincidimos en la elección sin dudarle un solo momento, porque en la ribera norte se elevaba un cerro que parecía creado para tal efecto, desde donde se batía en amplitud la entrada a la bahía. Y allí mismo marcamos los puntos de sus límites con el maestro constructor, don Matías del Valle, al tiempo que levantaba plano que dibujó a mi plena satisfacción.

Como es fácil comprender, me encontraba preso de frenética actividad. Mientras discutía el armamento a instalar en el fuerte, decidiendo por fin incorporar diez piezas de calibres de a 18y a 24, transportadas desde San Blas en el paquebote San Carlos, un piquete de la dotación de la Princesa se hacía cargo de la goleta a la que denominamos en oficio como Santa Gertrudis la Magna, aunque posteriormente recibiera el alias de Ligera. Una vez repasada con detalle, comprobamos con alegría que mostraba líneas finas y marineras, una eslora de 54 pies y escaso calado, ideal para la función que le tenía preparada.

Como era de esperar, la protesta del capitán portugués, que se arrogaba la propiedad en firme de la goleta, no se hizo esperar. Entrados en el cuarto día de estancia en Nutka, volvió a solicitar audiencia a bordo con urgencia. Le fue concedida para el día siguiente, en guisa de necesaria espera que solivianta los ánimos hasta hacer perderlos en ocasión. Además, me arrogué ese tiempo para tomar

la decisión definitiva en cuanto a su presencia en la rada. De esta forma, recibí al capitán Viana en las mismas condiciones ofrecidas en la anterior, aunque al sobrecargo escocés, reincidente en su pretendida presencia, se le obligara a permanecer en su lancha, sin permiso para subir a bordo de la Princesa. Atacó el portugués sin pérdida de tiempo.

—Con todo el respeto debido, señor comandante, debo protestar por haberse requisado la goleta Northwest America de nuestra propiedad.

—¿De su propiedad? Un nombre poco habitual en unidades portuguesas —volví a mostrar perplejidad, un gesto al que me había habituado en aquella función de cinismo diplomático—. Un hombre de su experiencia, capitán, debería saber que no se encuentra autorizado a levantar grada alguna en tierras españolas y, menos todavía, a construir buques en ellas. De acuerdo a la legislación que también rige en el reino de Portugal, la goleta ha sido requisada por ley, acción aprobada por el Tribunal de Presas que presido como Comandante del Departamento Marítimo.

—Siento contradecirle, señor, pero dicha goleta se encuentra matriculada en Macao a nombre de mi compañía, y tan solo se dio la quilla en tierra..., en tierra española para su carenado. Además su dotación, compuesta por ingleses, espera en el barracón cercano la finalización de las obras para reincorporarse a ella.

—No debería mentir a superior autoridad, capitán, una acción impropia en personal de su rango —ahora mi voz sonaba fría y cortante—. Esa goleta fue construida con madera de árboles abatidos en esta ribera, tala que fue llevada a cabo por los indígenas, como me informó el jefe Macuina. Y en esa grada destartada fue puesta su quilla. En cuanto a su dotación, he ordenado que se mantengan en libertad, aunque serán enviados a Macao en la primera oportunidad. Pero una vez rematada esa decisión que no admite ulterior discusión, aprovecharé su presencia a bordo para comunicarle que encuentro su pasaporte no válido e inadecuado para navegar por aguas españolas de la Alta California.

—Debo mostrar mi disconformidad —intentaba echar el resto con suficiente convicción, aunque pecaba de debilidad—. El pasaporte que autoriza la navegación de la Ifigenia Nubiana fue expedido en Macao...

—No se moleste en insistir ante decisión en firme. La validación negativa de su pasaporte es irrevocable, y así puede comunicárselo a ese especial sobrecargo británico que tan alto empleo parece ostentar en su buque. De todas formas, deseo exponerle que dos eran las medidas posibles a tomar por mi autoridad. La primera y más acorde a las circunstancias, apresar su buque y enviarlo a la cabecera del Departamento Marítimo con dotación española, en espera de aprobación definitiva por parte del virrey de Nueva España. Pero no es mi intención comenzar nuestro definitivo asentamiento en estas tierras con tal medida punitiva, que le ocasionaría enormes gastos. Por las razones expuestas, he decidido aliviar la intransigencia de la ley y concederle 48 horas para abandonar el fondeadero y las aguas españolas del noroeste de América. Y siento que no pueda embarcar a la dotación de la goleta con

usted, pero han de declarar todavía en el expediente abierto. De todas formas, no se preocupe que serán tratados con toda consideración, hasta que puedan abandonar la isla.

El capitán volvió a mostrar sus nervios abiertos en altura. Dudó durante algunos segundos, pero se vio obligado a insistir.

—No tiene derecho alguno...

—¡No ose decirme el derecho que me asiste, capitán, o sufrirá las consecuencias! —levante la voz en crestas, al tiempo que me situaba en pie. Ahora me dirigí a Martínez—, Comandante, que este hombre abandone el barco de forma inmediata. Y si en 48 horas no ha abandonado el surgidero de San Lorenzo, hágalo apresar.

Volví a quedar a solas, mientras sentía el rumor que el ejercicio de la autoridad hace correr por nuestras venas, parecido a veces al láudano más severo. Paseé por mi cámara hasta abordar la galería. A través de los ventanales pude observar los hombres que trabajaban en el fuerte, elevado sobre el cerro. En aquel mismo momento decidí bautizarlo como presidio de San Miguel, donde ondearía nuestra enseña con todo orgullo gracias al teniente de fragata Francisco Leñanza, natural de un pueblo perdido en La Mancha llamado Fuentelahiguera de Albatages. Cómo puede cambiar la vida en tan corto espacio de tiempo, pensé mientras una sonrisa de felicidad se abría en mi boca.



## ***Importante ceremonia***

El calendario comenzó a correr a velocidad de vértigo, al menos como tal recuerdo los acontecimientos que se vivieron por aquellos parajes en alocada progresión. Pero ya mi espíritu se acoplaba con facilidad a esas estrepadas<sup>[128]</sup> que ofrece la vida marinera, tan habituales a lo largo de mi carrera en la Armada. Además, el frío y los vientos nos batieron a placer en las dos semanas siguientes, haciéndonos sufrir a destiempo, aunque los aborígenes aseguraran encontrarnos en temporada cálida y benigna. A tal extremo llegó el gélido ambiente, que estrené el sobretodo facturado en pieles obsequiado por el gobernador, lo que generó miradas y comentarios de todo tipo. Pero en zonas de temperaturas extremas, es necesario aliviar el rigor del vestuario marcado en las ordenanzas, y así lo permití siempre como norma de conducta.

Desde el primer momento, mi mayor preocupación y actividad se centró en la construcción del presidio de San Miguel, donde empeñé todo el esfuerzo de material y personal, al punto de reducir guardias a bordo en apoyo de las obras. Y hube de agradecer el auxilio de los hombres enviados en forma desinteresada por el jefe Macuina, que también arrimaron el lomo en las labores de tala y transporte de árboles, un trabajo que nos ahorró un tiempo precioso.

Pero todo en esta vida presenta su recompensa. Sentía un inmenso orgullo al contemplar cada mañana, en mi diaria visita, cómo se elevaban los muros sobre la roca, al tiempo que la incipiente estructura comenzaba a tomar aspecto de verdadera fortificación. En la primera semana de junio rematamos el armazón exterior, momento en el que decidí, tras no pocas discusiones, emplazar entre los merlones defensivos seis piezas de a 18 y cuatro de a 24, estas últimas especialmente dedicadas al frente sur que cubría la entrada del puerto. En su conjunto, podíamos declarar que disponía de un armamento respetable.

Por fortuna, tanto los víveres como la aguada estaban solventados con largura, especialmente con la pesca y la caza de unos animales espectaculares, con temibles colmillos y extensos bigotes felinos que los indios llamaban morzes<sup>[129]</sup>, aunque de costumbres angelicales y fáciles de abatir con el fusil a corta distancia, momento en el que emitían bestiales quejidos. Aunque su carne presentara bocado correoso, era fresca y sana para el cuerpo, con lo que fue aceptada por el personal. Permití además el uso de sus pieles para abrigar a la marinería, acostumbrada a deambular casi desnuda por cubierta, costumbre poco apropiada en clima tan poco benigno. Por el contrario, Martínez me protestó de la dieta en tono bajo y un tanto burlón.

—Señor, debe autorizarme a una partida con los pisteros indios hacia el interior y

abatir un buen número de esos animales que llaman chakrí, con buena carne y de sabor parecido al cerdo. Esas morsas acabarán por hacernos criar colmillos desmesurados y bolas de grasa en todo el cuerpo —no perdía el buen humor y conversaba con la confianza concedida.

—A su debido tiempo, Martínez. Por ahora debemos emplearnos en el fuerte y no perder un solo minuto ni el trabajo de un hombre. Cuando acabemos la obra y llevemos a cabo el acto de formal posesión, dedicaremos el esfuerzo a otros menesteres como la salazón de carne y pescado, almacenamiento de víveres y otros muchos menesteres que nos aguardan por la proa, incluida la caza de esos pequeños cerdos que tanto le atraen al gusto.

—Será si sobrevivimos.

—Siempre nos queda la galleta marinera.

Todo continuó a su ritmo y sin contratiempos. El día 15 de junio, una vez arbolado el mástil en el patio de armas del presidio, izamos por primera vez nuestra bandera nacional a los vientos, rompiendo los cañones en saludo de ordenanza. Y como reclamo del destino, tres horas más tarde hacía su entrada en la rada la balandra inglesa *Princess Royal* con 14 cañones de porte, de la Compañía del Comercio Libre de Londres. Se le ofrecieron los saludos al cañón desde el fuerte, que fueron contestados por el buque en propiedad. Dos días después, como atraídos por panal de rica miel, hizo su entrada otra balandra, la *Lady Washington*, con 18 piezas, al mando del norteamericano Robert Gray, en ejercicio de libre comercio. Ambas unidades procedían de Macao, aunque no podía asegurarse ni de largo connivencia alguna entre ellas.

La visita protocolaria de los dos capitanes fue sencilla y cortés, aunque el inglés se mantuviera en retranca y sin apostillar afirmaciones, como si se mantuviera en espera de ulteriores órdenes o informaciones, que el paso del tiempo me hizo comprender. Aprobé el pasaporte del americano, ajustado a ley y sin prendas negativas. Sin embargo, mantuve el del inglés en adecuada reserva, queapestaba por inconveniente desde la primera letra. Pero dejé en blanco la resolución final, con objeto de no estropear la ceremonia que había previsto para una semana después.

De esta forma, fue el día 24 de junio cuando se invitó a los jefes y notables indios, comandantes y oficiales de los buques surtos en puerto, así como las dotaciones españolas francas de servicio para la especial ceremonia a celebrar en el presidio de San Miguel, que ya mostraba hechuras de pastel, con las restricciones que posición tan avanzada y alejada de la cabecera departamental permitía. Todo se encontraba preparado en tablas y con detalle, aunque sufriera al pensar que cualquier turbonada de viento o espesa lluvia pudiera descalabrar la ceremonia.

Reunidos todos a mediodía en el patio de armas, ampliamente engalanado, posé mi mano sobre el libro santo en un improvisado altar, procediendo a declarar solemnemente la Colonia de Nutka como posesión de la Corona española, adscrita a la Alta California y virreinato de Nueva España, dependiente en su aspecto naval del

Departamento Marítimo de San Blas. Al mismo tiempo, bautizaba la ensenada como puerto de Santa Cruz de Nutka, obligando a que de esta forma apareciese en cartas, planos y derroteros a partir de aquel momento.

Una vez finalizada mi arenga en pro de su futuro fortalecimiento y necesaria defensa en caso de peligro, el capellán de la Princesa, don José López de Nava, aquejado de fuerte calentura en aquella ocasión, bendijo las instalaciones a la vez que elevaba los rezos por la durabilidad y prosperidad del asentamiento español. Para finalizar el acto y tras romper las salvas de 25 cañonazos, se dieron los vivas preceptivos en honor de nuestro Señor don Carlos III.

Y para sorpresa de muchos, tras la conmovedora ceremonia que consiguió abrir surcos de emoción en mi piel, ofrecí un almuerzo a todos los presentes, donde abocamos las alforjas en vacío, con reparos abiertos de Martínez y Setum, que observaban con infinita pena mis paletillas y ristras de embutidos en continuo trasiego, así como las frascas de vino reservadas para ocasiones especiales. Pero no podía encontrar momento más importante que aquel, cuando ensanchaba las tierras de España hacia el Norte en tantas leguas como abre la costa peninsular.

Pero no era cosa de echar el freno, por lo que acometí una de las empresas pendientes. Aprovechando las características de la goleta requisada, Santa Gertrudis la Magna, decidí ponerla bajo el mando del primer piloto José María Narváez, segundo comandante del paquebote San Carlos, con objeto de que explorara el estrecho de Juan de Fuca y buscara el famoso paso, si es que lo había, o la noticia cierta de su ausencia, tal y como suponíamos. Pero debía rendir regreso en dos semanas a ser posible, porque no podíamos alejar las escasas fuerzas en demasía.

Como podrán comprender, se trataba de una avanzada en provecho de la promesa efectuada al gobernador, porque el piloto encargado de la misión habría de levantar planos y derroteros de la zona donde, en teoría, debían encontrarse las islas referidas en el informe de don Pedro. Y de esta forma partió al día siguiente, con lo que se redujeron en parte nuestros efectivos. De acuerdo a las órdenes recibidas del virrey y planes elaborados a continuación, restaba acometer la misión en reconocimiento hacia el Norte por el paquebote San Carlos, entre los 50 y 55 grados de latitud, pero era cuestión que podía esperar de momento hasta dejar en claro la situación.

Tras casi dos meses de trabajo agotador, llamé a reunión de consulta, porque deseaba escuchar diferentes opiniones que al mando en solitario suelen pasar desapercibidas. En este caso me limité a los oficiales mayores, pilotos en su mayoría, para que tuviesen cabida en mi cámara, aunque fuera necesario apretar las costuras. Y los ataqué sin especial formalismo.

—Bien, señores, creo que en líneas generales podemos mostrarnos orgullosos del trabajo realizado hasta el momento, aunque deba reconocer que hemos exigido mucho a nuestros hombres. Por esa razón, aligeraremos los pesos y relajaremos los trabajos, dedicando más tiempo a la caza y la pesca, que divierte y adorna el buche. Sin embargo, creo que el ambiente es positivo en general porque no falta comida ni

bebida, y en este último aspecto me refiero al agua, que el vino escasea por más — sonreí con franqueza para aliviar el ambiente—. Espero que el paquebote Aránzazu llegue en pocos días con víveres, bastimentos y municiones que nos son necesarios, y pueda regresar a Monterrey con las nuevas de haber fundado en ley esta colonia de Santa Cruz de Nutka para la Corona. Ahora estoy abierto a sus preguntas o preocupaciones.

Tras unos segundos de silencio, como si nadie quisiera romper el hielo, fue López de Haro, el comandante del San Carlos, quien tomó la palabra.

—¿Cuándo saldré en la planificada comisión hacia el norte, señor?

—En pocos días. Preferiría esperar la llegada del paquebote Aránzazu, que no debe demorarse mucho si disfrutó de condiciones normales. De esta forma, no quedaremos muy disminuidos de fuerzas. Pueden seguir arribando buques ingleses y llegaríamos a mostrar una debilidad que no es oportuna.

—Mi comandante, según escuché a un piloto inglés de la balandra Princess Royal durante el almuerzo ofrecido en el acto de posesión —era el pilotín José Vendía, joven sagaz y astuto, quien intervenía—, los britanos no piensan aceptar esta colonización española. Fingí desconocer su idioma, aunque lo domine al tajo, para sacar alguna verdad. Y por los comentarios que largaban entre ellos, deduje que esperan la llegada de oficial superior para, según sus propias palabras, poner en orden estas tierras.

—Espero que sean comentarios de vergas y masteleros sin mayor importancia. Precisamente, pienso declarar en los próximos días como inapropiado para estas aguas el pasaporte de dicha balandra. Si no la he hecho apresar todavía ha sido para no enturbiar la ceremonia de posesión. Además, deseaba que oficiales ingleses se encontraran presentes en el grandioso acto, con el debido acatamiento y vivas al rey español. Y ahora dudo, al igual que con el buque portugués, si proceder a su apresamiento y posterior envío a San Blas, o simplemente expulsarla del puerto. Si esperan la llegada de alguien superior, como usted dice, será recibido con todos los honores. Estamos preparados para defender lo que es legítimamente nuestro.

—Creo, señor, que es urgente la presencia en este puerto de más personal, tanto militares como civiles en permanente población. Es mucha la distancia a la cabecera del Departamento y cada buque apresado necesitará adecuada dotación para su marinaje —el piloto Esteban Mondofia ponía el dedo en una llaga abierta.

—Está usted en lo cierto. Por esa razón no apresé al buque portugués, y dudo ahora con esta balandra inglesa. Pero debemos ser conscientes que será empresa lenta aumentar la población, aunque la primera remesa deba llegar con el paquebote Aránzazu. Posteriormente, cuando regrese a Monterrey para ofrecer la esperada noticia, llevará ese especial encargo para el gobernador. Pero, de momento, será necesario mantenerse con la ropa en uso. Tampoco es imprescindible utilizar mucho personal para marinar buque en presa, aunque se bordee la legalidad en cuanto a su armamento disponible. Si enviamos algún buque apresado a San Blas, se le retirará la

pólvora y el balerío en provecho propio con antelación, por lo que un solo buque podrá convoyar a varios en dichas condiciones sin mayor peligro. Pero ya abordaremos esta cuestión en su momento, conforme se presente la ocasión.

—Si le parece bien, señor —era el cirujano Matasangre quien entraba en parla por primera vez, que era hombre callado a muerte—, deberíamos imitar la forma en la que los indios de Macuina secan el pescado al humo en barracones de techos altos. Es rico de sabor y de mayor valor nutritivo, al no incorporar tanta sal.

—Me parece muy bien. Consúltelo con él y dirija las operaciones en calidad de experto. En especial, los pescados de lomo fino tan parecidos a los arenques, resultan de excelente sabor tras serles aplicados esos humos.

—A esos me refería, señor.

Y continuamos con temas que, aunque pareciesen de escaso interés, acababan por resaltar alguna cuestión de importancia. Por esa razón, aunque no sacara mucho en claro de esas reuniones, las estimé siempre como necesarias para mantener la confianza de mis hombres, que siempre el subordinado entra en trance con la confianza del superior. Además, dulcificaba en lo posible las perspectivas que se nos abrían por el morro, en las cuales tampoco yo confiaba demasiado.

La primera noticia preocupante la recibí dos días más tarde, durante el almuerzo que ofrecí al capitán del Columbia, el americano John Kendrick. Ya me unía cierta amistad con este hombre, que demostró generosidad y españolismo sinceros, hasta llegar a concedernos un nivel de confianza suficiente para abordar temas delicados con la suficiente discreción.

A la mesa en mi cámara tomaban asiento los dos pilotos comandantes de nuestras unidades, con lo que la velada discurrió por caminos abiertos y simpatía general. Sin embargo, llegamos al punto de enfocar la situación actual y fue ahí donde nuestro invitado ofreció información de garantía.

—Tiene razón el piloto Martínez. Los ingleses esperan la llegada de algún buque con especial autoridad, aunque debe ser una información que solamente el comandante de la Princess Royal, Thomas Hudson, debe disponer. Estos británicos son orgullosos como nadie, por lo que es difícil conjeturar su línea de acción. Pero si me encontrara en su caso —se dirigió a mí con la mayor seriedad en su semblante—, me quitaría problemas de encima.

—¿A qué problemas se refiere?

—El primero lo constituye esa dotación de la goleta requisada, aposentada en tierra con escaso control. Para mí que se encuentran en conjunción con los hombres de la balandra y es Hudson quien mueve los hilos. Según comentarios de algunos de mis hombres, estos ingleses que alojan en el barracón mantienen contactos con los aborígenes, especialmente con la facción del jefe Kelekum, a quien deben haber prometido especiales favores y prerrogativas llegado el caso.

—No me ha gustado nada la actitud de ese indio en las tres veces que conversé con él.

—A mí tampoco —subrayó López de Haro—. Parece querer demostrar que no acepta la sumisión de Macuina ante los españoles.

—Deben tener en cuenta que Macuina se encuentra en difícil situación —apostilló Kendrick—. Es hombre de avanzada edad, al tiempo que ese Kelekum, rebelde y ariscado, muestra la fuerza y osadía propia de la juventud. Según tengo entendido, en esa dirección trabajan los ingleses. Han debido prometerle prebendas especiales al joven jefe, si se opone a los designios de ustedes. Y si continúan llegando unidades británicas con perversas intenciones, el apoyo indígena, o su neutralidad al menos, les será de todo punto imprescindible.

—Tiene usted toda la razón —contesté en tono bajo, como si aceptara cierta debilidad—. De ahí mi urgencia en señalar la necesidad de refuerzos, que es mucha la distancia a la casa madre, a la vez que deseo limpiar de paja sucia este puerto.

—En ese punto puedo ayudarles. En las primeras semanas del mes próximo me haré a la mar hacia Macao. Si quiere, puedo transportar a la dotación de la goleta, ya que se dicen procedentes de dicho puerto y se ajusta a la legislación. De esta forma, se quitará un problema de encima.

—Lo acepto de inmediato y con la mayor sinceridad —alegué con rapidez—. Es cierto que no encontraba solución satisfactoria para dicho personal, y esa puede ser una digna salida al problema. Y quiero que sepa, capitán, nuestro reconocimiento por su permanente apoyo, al que deberemos corresponder como se merece algún día.

El americano pareció dudar algunos segundos, como si no se atreviera a continuar. Noté cierto desasosiego en su persona y me disponía a intervenir en su favor cuando habló por fin.

—La verdad es que desearía pedirle un favor, comandante, si lo considera oportuno.

—Por favor, sería un placer concedérselo si se encuentra en mis manos tal posibilidad.

—Se trata de mi hijo, John júnior —apareció una sonrisa paternal en su rostro—. Ya le conoce porque ha sido utilizado por alguno de sus hombres como intérprete del dialecto indio y en conversaciones con los ingleses. Aunque le parezca extraño, desea ser español y abrazar la fe católica, al punto que ya se hace llamar Juan. Me gustaría que quedara a su servicio como intérprete y lo envíe a San Blas en la primera oportunidad, con las necesarias recomendaciones. Quiere ser piloto de la Real Armada española.

Me tomó desprevenido tal petición, porque la encontraba en sentido extraordinario. Conocía al joven que, en efecto, trabajaba a nuestro favor de forma desinteresada.

—Me tiene a su entera disposición. Cuando el paquebote Aránzazu salga en tornaviaje hacia Monterrey, su hijo embarcará en él. Y le entregaré cartas de recomendación para el gobernador de California. Además, quiero expresar el verdadero honor que supone para nosotros.

—Ya le dije que luché a su lado contra los ingleses, y desde entonces el joven siente auténtica admiración por todo lo español. Además, ha tratado a uno de sus franciscanos, que consiguió hacerle ver las bondades de la fe católica. Por mi parte, es cuestión la parte religiosa que no me preocupa mucho, por encontrarme alejado de toda práctica. Pero también yo admiro la obra de España en el mundo y no me disgusta que mi hijo adquiera su nacionalidad, si así lo desea.

—Le repito que es un honor para nosotros como españoles. Espero que consiga sus propósitos.

—Me permitiría, con la oportuna autorización, una última recomendación, comandante. Si me encontrara en su caso, utilizaría a mi hijo como intérprete en sus conversaciones con los ingleses. Aunque ya sé que habla bien dicha lengua, es bueno mantener un freno intermedio, que le ofrece tiempo para pensar en la respuesta. Incluso puede ganar alguna escondida expresión.

—También acepto esta sugerencia —me abrí en franca sonrisa—, por sabia y apropiada.

La velada llegó a su fin en la forma más amistosa y cordial, quedando los términos establecidos de acuerdo a los diferentes temas abordados. Mucho debimos agradecer a la caballerosidad y honestidad de aquel hombre, así como a la voluntad del hijo por su amor a España.

El día primero del mes de julio, llevé a cabo una recapitulación mental de fuerzas, hasta llegar a la conclusión de que necesitábamos la llegada del paquebote *Aránzazu* como el agua de primavera. El buque americano *Lady Washington* abandonó el puerto, por lo que de posibles enemigos tan solo se encontraban la balandra inglesa *Princess Royaly* la dotación de la goleta apresada. Esta última preocupación desaparecería en los próximos días, por habérseles comunicado su partida a bordo del *Columbia* de John Kendrick. Y seguía sin tomar una decisión definitiva sobre el buque inglés al que, sin embargo, retenía su pasaporte.

En el aspecto puramente personal, sufría alguna desazón en oleadas, lo que debería catalogar como puro egoísmo. Había enviado al piloto Narváez a explorar el estrecho de Juan de Fuca, una función que tenía reservada a mi persona si el ambiente se presentaba con otros derroteros. De todas formas, con las limitaciones de tiempo impuestas, debería encarar la primera fase del citado estrecho solamente, y quedaría más fácil el empeño de entablar alguna exploración por mi mano con posterioridad, al tiempo que llevaba a cabo la misión encomendada por don Pedro de Fages. Pero no estimaba llegado el momento oportuno, porque era necesario apurar el vaso y ajustar nuestra presencia en Nutka con cierto desasosiego.

Para excitar más mi imaginación, en los últimos días del mes anterior descubrimos en tierra, a cuatro leguas del puerto hacia el sur, una goleta de características muy parecidas a la rebautizada como santa Gertrudis la Magna, convenientemente camuflada entre matorrales. Fue precisamente un americano de la

dotación del Columbia quien dio el aviso, lo que nos hizo aprestar la lancha de la Princesa y apresarla sin mayor inconveniente, al no aparecer rastro de su dotación, si es que se había convenido a ella alguna vez.

Sin poder asegurarlo, percibía de lejos los rastros del buque portugués o de sus amos británicos. También parecía unidad de reciente fabricación, por lo que se podía estimar como estrategia inglesa la de construir unidades menores en la isla, para el tráfico costero de la zona. La bauticé como Santa Lucía, en honor a la festividad cristiana del día, y puedo asegurar que también era graciosa y fina de líneas, así como muy marinera.

El día segundo de julio me dieron aviso de la llegada a puerto de otro buque inglés. En esta ocasión se trataba del Argonaut, un paquebote de generosas proporciones y topes altos, armado con 18 piezas. No le di mayor importancia a la nueva unidad, aunque comprobara que serían dos las dudas a tomar en cuanto a pasaporte y requisa o despido. De todas formas, no gozaba con tanta presencia británica, especialmente al comprobar que esta última ofrecía características de potente unidad naval, en proporción a los tonelajes que se movían por aquellas aguas.

Según el comunicado oficial emitido a la llegada, el Argonaut pertenecía, según palabras de su piloto, a la flotilla británico-portuguesa de la compañía comercial del irreductible John Meares. Se le dio aviso que el Comandante del Departamento Marítimo recibiría al capitán a bordo de la Princesa cuatro días después, siguiendo el sistema de ralentizar a voluntad mis actos oficiales, actitud que suele mostrar el activo empleo de la autoridad.

El día 5 arribó el piloto Narváez a puerto con la goleta Santa Gertrudis la Magna, lo que me produjo una gran alegría, al cumplir varios objetivos de un solo disparo. Lo recibí a bordo con exagerada prontitud, pero deben comprender que me mantenía con impaciencia por tener noticias de las aguas próximas al famoso estrecho. Como la comisión de mar había sido de muy corta duración, ajustada a las dos semanas ordenadas, lo exprimí en demandas nada más presentarse en mi cámara.

—¿Qué tal le ha ido por ese estrecho, Narváez? Cuénteme los detalles.

—Siguiendo sus instrucciones, señor, arrumbé para bajar la costa por corto, hasta alcanzar los 48 grados y 10 minutos de latitud, donde, en efecto, encontré el tan citado estrecho de Juan de Fuca. Y me adentré en él más de 20 leguas, sin encontrar salida de tamaño alguna, sino continuidad de contorno como ya expresara en opinión el teniente de navío de la Bodega y Quadra.

—En ese caso opina que, continuando por el estrecho, volvería a salir al norte de la isla Quadra, sin que se abra paso alguno hacia el este.

—Así es, señor, aunque no pueda certificarlo. Comencé el regreso antes de lo previsto, porque varios hombres de mi reducida dotación enfermaron de fiebres y era difícil marinar la goleta. La escasez de viento al regreso me hizo llegar con el tiempo casi cumplido. Pero levanté los planos de toda la costa y el estrecho embocado, así como de dos archipiélagos descubiertos, a los que los aborígenes llaman de Clayucat

y Nitinat —puso sobre la mesa una carpeta con el conjunto de la información adquirida, al tiempo que mis oídos sonaban a ritmo de cañón. Sin embargo, aparenté normalidad.

—Déjemelos como adelanto de su informe, si no le son necesarios para redactarlo. Me gustaría estudiarlos con detenimiento. ¿Incluye esos archipiélagos que ha nombrado en sus planos? —intenté que la emoción no hiciera vibrar mis palabras en exceso.

—Por supuesto, señor.

El piloto José María Narváez, una persona excelente en quien siempre confié, me miró a la cara con una sonrisa, estimando el tiro en equivocada dirección.

—¿Sigues pensando en acometer esa empresa en persona y recorrer el estrecho en plenitud, señor? ¿Buscar el Paso, quizás?

—En efecto. Cuando los ingleses nos dejen en paz, intentaré rematar la faena. Descubrir el Paso del Noroeste, o negarlo en forma definitiva y con planos, es tarea de necesidad geográfica. Y no crea que me seduce la idea de ganar las veinte mil libras de la recompensa<sup>[130]</sup>, ni mucho menos.

—Ya lo supongo, mi comandante. Además, ese premio es solo para capitanes británicos.

—Era una broma. Ahora en serio, Narváez, le doy mi más sincera enhorabuena. Tenga en cuenta que ha sido el primer piloto en navegar por esas aguas interiores. También espero ser yo el primero en repararlo al completo.

Y entre risas lo despedí, para volver a mi mesa de trabajo y abrir la carpeta. Era concienzuda la información acopiada por aquel extraordinario piloto, en la que me sumergí al punto de olvidar los buques ingleses. Pero pronto descubrí la meta buscada. En uno de los planos levantados, aparecían las islas de Nitinat, y con extraordinaria emoción comprobé que se ajustaba en un elevado tanto por ciento al plano recibido de don Pedro. Un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo mientras repasaba aquellas figuras, y no crean que pensaba en las grandiosas perlas, porque siempre consideré la codicia como el peor de los males. Declaro que me sentí feliz en aquellos momentos. Sin embargo, al día siguiente los acontecimientos me harían volver a la cruda realidad.



## *Aumenta la tensión*

El día siguiente se abrió en Santa Cruz de Nutka con tintes de extrema belleza, horizontes claros y visión alargada hasta la distancia infinita, a la vez que la temperatura se hacía más benigna y agradable. Bien entrada la mañana me mantenía todavía con los pensamientos enlazados en las noticias aportadas por el piloto Narváez, cuyos planos repasé una y otra vez hasta memorizarlos a fuego en mi cerebro. Después de todo y a pesar de las limitaciones propias del asentamiento, los acaecimientos se desarrollaban en perfecta armonía con los planes embastados de antemano.

Sin embargo, no toda la mar se embarca a voluntad de capitán y muy a menudo las cañas se convierten en lanzas sin noticia previa. Tomaba un ligero descanso en la cámara y recreaba mi vista en los contornos del presidio de San Miguel, que ya ofrecía aspecto de fortaleza en firme, cuando el piloto Martínez me abordó con el rostro torcido, tras solicitar permiso. Como ya presumía de conocer sus haberes a fondo, lo requerí con cierta amabilidad.

—Me dice su rostro que algún gavilán robó nidos. ¿Qué mal nos ataca ahora?

—No sé si será mal o bien en altura, señor. Acaba de solicitar permiso para abarloadse a nuestro portalón la lancha del Argonaut, empavesada<sup>[131]</sup> hasta el mínimo detalle y como pocas veces he visto en mi carrera. El señor James Colnett desea hablar con usted. Y viene acompañado del capitán de la Princess Royal, Thomas Hudson.

—¿No le concedimos audiencia a ese caballero para pasado mañana?

—En efecto, señor —el piloto mostraba cierto nerviosismo, lo que me desconcertó ligeramente—. Pero el caso parece haberse abordado con diferentes matices y poco aclarados. Mister Colnett llega vestido con galas regias y muestra galones de capitán de fragata de la Royal Navy. He de adelantarle que el tono de su voz al requerir ser presentado ante usted, ha sido escasamente cortés y más cercano a la exigencia.

Me dejó perplejo aquella situación, nada acorde con las normas en vigor y acaecimientos habidos en Nutka hasta el momento. En un principio pensé en rechazar de plano la solicitud y mantener la formal audiencia en la fecha prevista. Sin embargo, el hecho de que se encontrara ya a bordo, ostentando tal empleo, formas y vestuario me hicieron dudar. Martínez se adelantó a mis pensamientos.

—Al observar su porte y arrogancia, recordé las palabras captadas por el pilotín a los ingleses, sobre la esperada presencia de superior autoridad.

—No es correcto por su parte querer adelantar la audiencia prevista en fecha y

forma, y tampoco acudir acompañado de otro capitán.

—Tiene razón, pero al ser un oficial de la Marina Real británica en solicitud de visita..., no sé, pero sería mal visto negarla.

—¿Se ha reconocido en algún momento como capitán del Argonaut?

—No, señor. Tan solo se presentó como el capitán de fragata James Colnett.

Seguía con las dudas abiertas en la frente, mientras una voz lejana me avisaba de un peligro que no atisbaba por corto. Esas palabras escuchadas por segunda vez en boca de Martínez, la llegada de superior autoridad, vibraban a trémolo en mi cerebro sin adecuado concierto. Sin embargo, recordé la instrucción del virrey Flórez, en la que me había ordenado extremar las cualidades políticas y diplomáticas, por lo que acabé por ceder a la petición.

—De acuerdo. Hágalos esperar en cubierta unos quince minutos, condición que aumentará su nerviosismo. No estoy obligado a puntualidad en audiencia no concertada, y debo vestirme en conveniencia a tal acto. Por cierto —el moscón de la duda me hizo llamar a corneta—, le quiero a usted y al teniente Munárriz presentes en esta cámara durante la entrevista, así como un pelotón de guardia armada en las inmediaciones, con la necesaria reserva.

Abandonaba Martínez la cámara, cuando una idea asaltó mi cerebro de repente.

—Un momento. Mande aviso urgente a Juan Kendrick para que lleve a cabo las funciones de intérprete en esta audiencia, si nos alcanza el tiempo. En caso contrario, utilizaré a del Castillo en la función.

—En ese punto está de suerte, señor. El joven hispano-americano se encuentra con el piloto Mondofia, interesado en las pruebas que debe realizar para entrar en la escuela de pilotos de La Habana.

—Perfecto. Cumpla mis instrucciones. Quince minutos de espera.

Con ayuda de Setum, vestí el uniforme grande con flores y guirnaldas hasta los penoles, así como mi mejor peluca en perroquete, que no era cosa de aparentar en disminución. Se retocó la cámara con diligencia aunque, como regla general, se encontraba de luces todo el día. Y con los pensamientos cruzados me mantuve, que era poco propicio a las sorpresas y el duende se mantenía en aviso de guindas inesperadas. Setum, listo como siempre, entró al quite en confianza.

—Mantenga la cabeza fría, señor. Pero no se ablande una onza, que al perro ladrador conviene enseñarle el rebenque con energía.

—Eso es de color tan azul como los cielos en verano, amigo mío. Sin embargo, nunca me gustó tomar decisiones a socollazo de escota, y algo me susurra al oído que no disfrutaré en esta ocasión de audiencia regalada.

—No se preocupe, que las rodadas muestran el camino a las claras.

Emplazado con impecable dignidad, en pie y tras mi mesa, escuché pasos en cercanía a la puerta de la cámara, seguidos de la pertinente llamada en petición. Ordené al joven Juan Kendrick mantenerse cerca de mí y a la derecha, mientras permitía la entrada.

El capitán de fragata James Colnett era, sin duda, un claro exponente del oficial británico de la Royal Navy. Vestía uniforme de gala abierto con extraordinaria dignidad, el rosetón de San Patricio en el pecho, así como una peluca blanca de las que llamaban en prensa, emplazada con perfección sobre su cabeza. Cercano a la cuarentena y de estatura pareja a la mía, cuadraba unos pequeños ojos grises en mirada de través, de esas que nada bueno presagian, aunque los recuerdos puedan jugarme una mala pasada después de tantos años. Asimismo, se le advertía una innata seguridad en porte y movimientos. Por fin, el piloto Esteban José Martínez procedió a la formal presentación.

—Mi comandante, el capitán de fragata James Colnett, acompañado por el capitán Thomas Hudson, ambos mandos de los buques británicos surtos en puerto, en audiencia reglamentaria.

Antes de acercarme a ofrecer mi mano, preferí dejar las tintas en claro, mientras una amplia sonrisa se abría en mi boca.

—Siento que haya sufrido un malentendido en cuanto a la fecha de la audiencia concedida, señor Colnett, aunque sea cuestión de menor importancia. En cuanto a usted, señor Hudson —endurecí ligeramente el tono de mi voz—, desconozco la causa de su presencia a bordo, una vez solventada su oficial presentación. De todas formas —me dirigía al oficial inglés—, le doy la bienvenida al puerto español de Santa Cruz de Nutka.

Mientras Juan Kendrick le traducía mis palabras, percibí cierto desasosiego en las manos del inglés, que contestó con rapidez.

—No ha habido ningún malentendido en la fecha prevista de una audiencia que no consideraba necesario solicitar por mi parte. Mi entrada en este surgidero no se debe a escala comercial, ni arribada marinera forzosa o de necesidad. Llego a Nutka con la misión oficial de tomar posesión formal de estas islas y tierras contiguas, como gobernador nombrado por Su Majestad británica. También he recibido precisas instrucciones en el sentido de fundar una factoría y establecimiento permanente, al servicio de la Compañía que fleta la nave bajo mi mando. Asimismo, debo solicitar la inmediata restitución de las dos goletas apresadas y las gradas de construcción ocupadas en evidente agravio, donde se pondrán en breve las quillas de una fragata y una goleta para comerciar por estas aguas —se mantenía con seguridad y cierta afectación orgullosa en el tono de su voz—. He recibido una desagradable sorpresa al comprobar que ha fortificado e izado pabellón inconveniente en Nutka, unas acciones ilegales desde cualquier punto de vista en reglamento internacional, que espero enmiende su señoría con la mayor brevedad.

Entendí sus palabras, largadas en duro aluvión mental, tal y como salían de su boca. Utilizaba una engolada y altanera entonación que encendía mis carnes en secreto. Pero esperé la traducción del intérprete, al tiempo que mostraba una sonrisa mezcla de burla y sorpresa. Respondí con plácida tranquilidad, acortando los machos, aunque sin perder un solo segundo.

—Ha debido sufrir fuertes calenturas en esta última navegación, señor Colnett, que le llevan al desvarío más profundo, condición normal tras sufrir demasiados días de mar por bajas temperaturas. Nada de lo expuesto por usted se acopla a la legalidad internacional vigente, puede estar seguro. Todas las potencias reconocen las costas americanas del Mar del Sur como españolas. Este puerto de Santa Cruz de Nutka es y seguirá siendo español por los siglos de los siglos, y ese pabellón izado en el mástil del presidio de San Miguel se mantendrá en su sitio como corresponde, cueste lo que cueste.

El oficial británico parecía entrar en corredera nerviosa, conforme le traducían mis palabras. Creo que no llegó a escuchar las últimas cuando ya largaba como gallo de pelea y en tono elevado.

—El gobierno británico jamás ha aceptado la unilateral decisión de que todas las aguas americanas del Pacífico sean de soberanía española, ni siquiera hasta los 55 grados de latitud. Por el contrario, su titularidad se mantiene restringida a las costas de California, que culminan en el puerto de San Francisco, con generosa flexibilidad de mi Señor. En los territorios situados hacia el norte de dicha demarcación, rigen los derechos de descubrimiento y posesión, tal y como especifican las reglamentaciones internacionales. Y esta isla de Nutka, así como sus aguas adyacentes, fueron descubiertas por el expedicionario británico James Cook en el año de 1778.

Me mantuve en cortesía con un elevado esfuerzo, que ya los grillos corrían en desbandada por mis venas. Pero no debía caer el primero en la ciénaga, aunque el inglés bordeara el abismo con su tono de voz. Le contesté con suavidad y lentitud, como si hablara a quien no conoce con la suficiente profundidad el tema que discute.

—Ya veo que se encuentra usted muy mal informado, por lo que debo aclarar sus conocimientos geográficos e históricos con la suficiente profundidad. Esta isla de Nutka fue descubierta para la Corona española por el piloto Juan Pérez en 1774. Tan solo un año después, el teniente de navío don Juan Francisco de la Bodega y Quadra y el piloto Mourelle de la Rúa, ambos oficiales de la Real Armada, levantaron sus planos y derroteros, tomando posesión en ley. Precisamente, el piloto graduado de alférez de navío, Esteban José Martínez, aquí presente, acompañaba aquella expedición, cualidad que puede corroborar el jefe aborigen Macuina. Debo aclararle también que su genial descubridor James Cook, utilizó el diario del piloto Mourelle en su navegación por estas aguas, con lo que podemos asegurar que, más que descubrir, se limitó a navegar por tierras previamente descubiertas por marinos españoles.

Y llegó el tronar de cañones que, sin desearlo, esperaba de un momento a otro. El oficial inglés batió a tocapanoles, perdiendo las formas y maneras a las que obliga una mínima cortesía en casa ajena. Elevó el tono de voz casi en grito para declarar.

—¡Eso es falso! ¡Falta usted a la verdad! Estas aguas...

No dejé que acabara su frase ni esperé la traducción del intérprete, dirigiéndome a él en su propia lengua y con extrema energía.

—¡Calle la boca! No le admito el tono de su voz ni sus argumentos. Ha olvidado que se encuentra invitado en la cámara de un oficial español en mando de agrupación naval, y comandante de esta Departamento Marítimo —me había acercado a él hasta escupirle las palabras—. Si no luciera usted ese uniforme y mostrara cierta dignidad, le citarí­a para el alba en soluci3n de caballeros, imposible tarea porque usted no lo es ni lo ser3a jam3s. Doy por zanjada esta visita y le exijo la documentaci3n de su buque en forma inmediata.

El ingl3s arrug3 las ancas en los primeros momentos, temiendo quiz3s mi fortaleza personal, porque la expresi3n de mi cara no deb3a llamar a bautizos. Pero llev3 a cabo un 3ltimo intento, ahora con el tono reducido a la baja.

—No tiene derecho a solicitar el pasaporte de mi buque.

Regres3 tras mi mesa, como si hubiera zanjado el problema. Con voz queda, pero sin un 3pice de duda, expuse lo que m3s parec3a sentencia de Chanciller3a.

—Visto su comportamiento fuera de toda norma de cortes3a diplom3tica, ofensa personal a esta Autoridad y abiertas e inadmisibles injurias a la Corona espa3ola, me veo en la obligaci3n de detenerles a ustedes, al tiempo que les comunico la inmediata confiscaci3n de sus buques. Esta 3ltima medida se ajusta a ley de acuerdo a los pasaportes declarados o no, situaci3n agravada con su personal conducta. ¡Mart3nez!

—D3game, se3or —el piloto se manten3a firme y a mi lado.

—Preparen un digno camarote para estos dos..., llam3mosles caballeros con harta generosidad. Teniente Mun3rriz, acomp3ñelos y mantenga guardia armada ante su puerta en todo momento —me gir3 hacia los ingleses de nuevo, con la mirada en fuegos, para ordenar con decisi3n—. ¡Pueden retirarse!

Mientras Thomas Hudson se mov3a de forma nerviosa, con el rostro blanco como la cera, Colnett intent3 una nueva reclamaci3n.

—Como oficial brit3nico de la Marina Real, protesto en3rgicamente por el trato que se me concede. Las prerrogativas propias a mi...

—¡C3llese! Las prerrogativas que le corresponden por su empleo y cargo las perdi3 en el camino de la insolencia y el agravio. ¡Mun3rriz! Retire a estos hombres de mi presencia inmediatamente.

Una vez a solas, se desataron las aguas, hasta sentir un movimiento nervioso en mis manos que jam3s hab3a podido comprobar. Siempre disfrut3 de esa especial prebenda que cerraba mi tensi3n interior en p3blico, hasta el punto de cobrar fama de oficial fr3o y calculador. Nada m3s lejos de la realidad, que el trabajo de mantener los bichos a cubierto pasaban factura en las horas posteriores. Pero ya entraba Setum al quite.

—Tranquil3cese, se3or. Le dar3 una infusi3n de unas hierbas...

—M3s que hierbas necesito una frasca de ese aguardiente que mantenemos a buen recaudo —le guiñ3 un ojo en se3al convenida.

—Tambi3n puede ser buena esa medida. Pero antes he de declarar con sinceridad que ha estado usted magn3fico, como corresponde a quien tan alto mando ostenta —

mostraba su blanca dentadura con alegre admiración.

—Espero que resulte para bien.

—Lo será, señor, que siempre los vientos acarician a quien habla en razón.

Y quedé a solas de nuevo, con los sesos revueltos por largo. Debía sopesar ahora con extremo cuidado lo acaecido en mi cámara, así como las consecuencias que se podían derivar de mis actos. Pero desde el fondo del alma, un inmenso orgullo se abría paso a trompicones por todo el cuerpo. Había cumplido con mi obligación y dejado el pabellón de la Real Armada donde correspondía, lo que debía levantar mi ánimo hasta las nubes. Observé mi sable, depositado sobre la mesa, recordando la frase que escuchara de joven guardiamarina en la Escuela Naval: No lo desenfundes sin razón, ni lo envaines sin honor.

Poco tiempo después de la agitada sesión habida a muerte en la cámara, recabé la presencia de los comandantes de mis buques, Martínez y López de Haro, para comentar lo acaecido, así como los caminos a seguir. Ambos mostraban signos de preocupación en sus rostros. Necesitaba escuchar su opinión, por lo que pregunté en directo.

—¿Qué les ha parecido lo ocurrido con el oficial británico? A usted, López de Haro, lo considero al tanto de los hechos.

—Sí, señor. Martínez me detalló el incidente palabra por palabra, siguiendo sus instrucciones. Y le adelanto que coincido plenamente con las decisiones tomadas.

—También yo creo que actuó usted con la necesaria dignidad y energía. Ese bastardo inglés se ha insolentado de forma impropia e inadmisibles, lo que no se podía consentir en modo alguno. ¡Qué osadía! ¡Venir a tomar posesión de estas tierras! Y además, se atreve a declarar que fueron descubiertas por James Cook. ¡Por Santa Bárbara y los rosarios! Pero si yo mismo pisé esta tierra y conocí al jefe Macuina años antes.

—Ese aspecto no ofrece la menor duda, Martínez. El inglés miente en provecho propio cuando así le conviene, como nos lo demuestra la Historia en mil ejemplos. Ahora lo que me interesa es prever las futuras acciones. Mantenemos a estos dos señores a bordo en situación de detenidos, por lo que estimo de inmediata y necesaria ejecución el apresamiento de los dos buques.

—Cuanto antes, mejor —apostilló Martínez—. No sea que entren en sospecha y tomen alguna indeseable acción.

—Ese es mi temor y de ahí la intención expuesta. Utilizaremos las lanchas de la fragata Princesa y del paquebote San Carlos, armadas en comisión de guerra, que serán mandadas por los pilotos Narváez y Tovar. Que incorporen todos los hombres de infantería y marineros que estimen oportunos. Las dos lanchas apresarán en acción conjunta a la balandra en primer lugar, pasando después al bergantín. En cuanto queden apresados, la Princess Royal, que se encuentra alejada del puerto, enmendará el fondeadero para quedar aquí en el centro, bien a tiro del fuerte. Por esa razón deseo

que sea la primera en ser abordada. Y no quiero blanduras ni dudas en las dotaciones de presa, sino acción a destajo y sangre si es necesario. Más vale prevenir que curar heridas a continuación.

—¿Y una vez apresadas? —preguntó López de Haro.

—He pensado en ello con detenimiento. El día 14 sale a la mar el Columbia de John Kendrick, donde enviaremos a Macao la dotación de la goleta apresada, de acuerdo a su ofrecimiento. Bueno, según me comunicó ayer, es posible que deba tocar el puerto de Cantón con anterioridad y, si acceden, allí se aliviará de su presencia, que en ese puerto mantiene la compañía britano-portuguesa factoría comercial. Y será entonces cuando se hagan a la mar los dos buques apresados, el Argonaut, rebautizado como Argonauta, y la Princess Royal con el nombre de Princesa Real, ambos con dotación española reducida al mínimo, aliviados de pólvora y balerío por precaución, escoltados por el paquebote San Carlos hacia San Blas. Esa operación caerá sobre sus hombros —miré a López de Haro que asentía.

—¿Quiénes mandarán las unidades apresadas? —preguntó Martínez.

—Es cierto, olvidaba ese importante detalle. Si les parece adecuado, porque ustedes conocen la actitud de sus hombres mejor que yo, nombraré para tal puesto a los dos primeros pilotos, Narváez para la Princesa Real, mientras Tovar y Tamarit asume el del Argonauta.

—¿Y los capitanes ingleses? ¿Se mantendrán detenidos aquí?

—Navegarán en sus respectivas unidades bajo pabellón español, lo que espero complazca en poco a su orgullo. Por cierto que en el San Carlos embarcará Juan Kendrick, tal y como prometimos a su padre. Pero es de primordial importancia su gestión posterior.

Me dirigí a López de Haro con seriedad y determinación, para continuar.

—Una vez arribado a San Blas, entregará usted los informes oficiales que he de redactar para el gobernador y virrey, con los pormenores de la toma de posesión y fundación del puerto de Santa Cruz de Nutka, construcción del presidio de San Miguel, así como los incidentes acaecidos con los ingleses. Era misión a realizar por el paquebote Aránzazu, pero no podemos esperar por más tiempo su arribada, que ya se demora demasiado. Al mismo tiempo, exigiré la mayor rapidez para regresar a este puerto con provisiones, armamento y personal. Si le es posible y de ocasión, sin retrasar su salida en tornaviaje, converse con el gobernador y explíqueme la necesidad de poblar y abrir factorías en este puerto. Debemos aliviar la presión con demostración de fuerza en personal y material. Detalle la continua presencia de buques extranjeros y la importancia que estas tierras ofrecen a otras potencias. Es de todo punto fundamental aumentar nuestra población y levantar asentamientos de apoyo en enclaves seleccionados hacia el Norte, tal y como previmos en su momento.

Se hizo el silencio mientras los dos hombres asentían con sus cabezas a mis palabras. Decidí dar por finalizado el planeamiento.

—Quiero más que nunca su sinceridad. ¿Están de acuerdo con mi plan en líneas

generales? ¿Encuentran algún punto de debilidad?

—Lo estimo perfecto y en conveniencia de ley —aseguró Martínez—. Además, la llegada del Aránzazu no debe demorarse mucho, y volveremos a disponer de dos unidades en la rada.

—Lo mismo digo, señor. Pero si me lo permite, desearía aclarar una duda.

—Adelante, López de Haro.

—¿Por qué razón aligera de pólvora y balerío a los buques apresados?

—Se trata de una medida de dudosa legalidad que, sin embargo, escuché en cierta ocasión al general Barceló como de necesaria precaución. Usted escoltará a dos buques que podrían batirlo con facilidad en combate. Ya sé que los apresados incorporarán dotaciones españolas, aunque muy reducidas. La navegación será larga. Si los ingleses tuvieran alguna tentación, mejor es saber que anda cerca un buque que puede barrerlos, al no disponer de una sola bala para sus cañones. Y al mismo tiempo, quiero ser sincero, aumento el cargo de armamento en este puerto.

—Me parece oportuna y acertada la medida, señor, para mi mayor seguridad —ahora López de Haro sonreía.

—De acuerdo. Les agradezco su apoyo, señores. Esperemos que todo se desarrolle sin mayores inconvenientes.

Los pilotos abandonaron la cámara y me refugié otra vez en mis pensamientos. Creía haber obrado en justicia y legalidad, esperando que los apresamientos se llevaran a cabo con rapidez y sin el indeseado derramamiento de sangre que todo lo complica en agravios. Ahora debía concentrarme en escribir los documentos preceptivos al virrey, previo paso por el gobernador, explicando en verdades todo lo acaecido desde que abandonara el apostadero de San Blas. También decidí incorporar un escrito lacrado y particular para don Pedro de Fages, en el que explicaría las noticias sobre las islas Nitinat y mi intención de aproar a ellas en la primera oportunidad.

De todas formas, no podía negar la preocupación que me embargaba. La figura del oficial de la Royal Navy detenido a bordo, aparte de soliviantar mi ánimo en crestas al recordar su comportamiento, presentaba la inconveniencia de posibles alegaciones posteriores en falso, que muchos son los que mienten a sabiendas por beneficio propio. Y era consciente de la debilidad en algunas de nuestras autoridades, lo que hacía aumentar el desasosiego en mi estómago. Sin embargo, me repetí una vez más que había obrado en ley y, por encima de todo, cumpliendo con mi deber.



## *Macuina y Kelekum*

En la tarde de aquel mismo día, que guardo en mis recuerdos como sentencia de chanciller lacrada en pergamino, se procedió al apresamiento de los dos buques británicos sin pérdida de tiempo. Y no fue tarea de normal regularidad, como se produce en todo puerto de soberanía propia, aunque hemos de reconocer que las condiciones emplazadas en Santa Cruz de Nutka se mostraban un tanto especiales. Por fortuna, los problemas aparecieron en la manzana más baja del árbol, y se consiguió recoger la cosecha en plenitud.

Cuando las dos lanchas armadas en guerra llegaron a la altura de la balandra Princess Royal, era grande la preocupación de quien comandaba las fuerzas, el piloto Narváez, debido a su situación. El buque se encontraba fondeado por fuera de contras y a demasiada distancia, con lo que la amenaza de los cañones del fuerte de San Miguel, cubiertos y alistados para abrir fuego si tal acción se reclamaba, quedaba sin efecto. Por fortuna, su portalón estaba largado al agua en normal actividad, y cuando las dos lanchas se presentaron en su costado, acometieron la escala sin formular aviso alguno, procediendo a su apresamiento con toda celeridad. Quien actuaba como primer piloto elevó queja de forma con airados aspavientos, alegando la necesidad de esperar la presencia de su capitán para reconocer los hechos, petición que fue desechada por el piloto español con energía y decisión.

Para dejar rematada la faena en plena seguridad, Narváez ordenó levar las anclas y enmendar el fondeadero, acción que se llevó a cabo con la necesaria rapidez y obediencia de la marinería británica. Por fin, la balandra quedó fondeada de nuevo al abrigo en el centro de la rada, una posición que la dejaba a nuestra vista y bajo el alcance de las piezas del fuerte.

Por el contrario, cuando poco después nuestros hombres se dirigían hacia el paquebote Argonaut, para abordarlo con las mismas intenciones, su dotación, una vez comprobada la maniobra llevada a cabo en la balandra, elevó el portalón y tangón de botes con rapidez, negándose a recibir visita de inspección armada sin la presencia a bordo de su comandante. Tras un largo tira y afloja de Narváez con quien ostentaba la máxima autoridad a bordo, se vio obligado el piloto español a emplear amenaza en vivo del uso de los cañones emplazados en el fuerte, si se negaba a obedecer la orden portuaria. Y tal punto alcanzó la situación, que fue necesario, mediante señal convenida, efectuar un disparo con una pieza de a 24, que cayó por la proa del buque a pocas yardas, produciendo un pique de espuma atemorizador.

Esta acción artillera aligeró las dificultades en badana y, pocos segundos después, se largaba con diligencia la escala, por la que la dotación de presa embarcó para

requisar el buque en un abrir y cerrar de ojos.

Una vez recibida la oportuna novedad por boca del piloto Narváez, aunque hubiera observado con detalle los diferentes movimientos y acciones acaecidas en ambos buques a través de mi antejo, quedé entrado en el necesario sosiego, porque mucho desconfiaba de las actitudes a tomar en las dotaciones inglesas. Dábamos término de esta forma a un día de fuertes emociones e importantes acaecimientos, aquel siete de julio, que presentaría su trascendencia en el devenir histórico.

Atravesado el espeso rubicón, me sentí con las manos libres para continuar con el desarrollo del plan establecido, con lo que en una semana podría quedar despejado en firme el horizonte. Me repetía que había obrado con la necesaria dignidad y en orden de reglamento, al tiempo que largaba la patata envenenada hacia las manos del virrey, en quien poco confiaba. Sin embargo, esperaba que el nuevo mandatario, al que don Pedro auguraba voluntad más firme, hubiese tomado el mando del virreinato, aunque era cuestión que desconocía.

Por fin dormí al tirón de carreta y con ánimo elevado aquella noche, tras concederme una comida vespertina de grado y con riegos de honor. No solo atacé las últimas muestras de chorizos acopiados desde España, sino que me entró al gusto una paletilla de esos pequeños cochinos que llamaban chakríes, con una salsa acoplada por Setum que consiguió un conjunto de extraordinario sabor. Y también rebajamos las existencias del vino rojo y espeso, porque no me limité a la normal ración sino que trasegué como bomba de picar, aunque previera que esos caldos presentaban un cercano final.

En cuanto a los capitanes ingleses, bajaron el listón de sus humores y aceptaron circular por cubierta en situación de restringida libertad. Y cuando por fin me concedieron, a palabra de caballero, la promesa de mantenerse en apresamiento de ley, los devolví a sus barcos en nuestra lancha. De todas formas, antes de abandonar la Princesa, el oficial de la Marina británica intentó una nueva entrevista conmigo. Me negué en redondo a tal eventualidad, al tiempo que ordenaba a Martínez comunicarle que, como norma inalterable de conducta, no repetía conversaciones con quien había ofendido en grave a mi persona. La verdad es que deseaba, como agua de mayo, la definitiva salida del Columbia y el San Carlos con sus buques apresados en convoy, para despejar de forma definitiva los problemas en el surgidero.

Aunque creía soslayadas las principales diligencias y poder entrar en días de reposo, todavía sufrimos un desagradable incidente que, en este caso, me tomó desprevenido por las bandas. Dos días después del apresamiento de los buques ingleses, me mantenía en tranquilo paseo por la toldilla de la Princesa, cuando avisté dos canoas indias en dirección a nuestro buque. Poco después reconocí a bordo de la más avanzada la inconfundible figura del jefe Macuina, con sus conchas al cuello y la bacineta en la cabeza. Sin embargo, en la que bebía sus aguas a popa y corta distancia descubrí al jefe Kelekum con sus hombres, en una disposición que me hizo ventear

notables diferencias.

Creo que fue la buena estrella o, quizás, los favores recibidos en permanencia por Nuestra Señora de Valdelagua a lo largo de toda mi vida, lo que me hizo entrar en sospecha sin razón aparente, al punto de reclamar a Setum uno de mis pistolones, que normalmente acolchaba en la faja al lado contrario del sable. La verdad es que aquella mañana me mantenía con uniformidad un tanto informal, guirindolas abiertas, más en sentimiento de casa propia que otra cosa, razón por la que me encontraba un tanto desasistido. También di aviso al teniente Munárriz, persona de extraordinaria energía y lealtad, para que alistara suficiente tropa sin movimientos visibles de amenaza.

Los jefes fueron recibidos, como en anteriores ocasiones, por el piloto Esteban José Martínez en cubierta, para acompañarlos hasta la toldilla a mi presencia. Y siguiendo los tratos de cortesía y amabilidad habituales, saludé a Macuina con el natural afecto que le profesaba. Por el contrario, mi saludo a Kelekum fue parco en aspavientos, porque así nos conducíamos normalmente en reciprocidad.

Desde el primer momento comprendí que las aguas turbias nublaban algunos pensamientos en los aborígenes. Macuina mostraba ciertos signos de preocupación en su rostro, mientras Kelekum dejaba traslucir a las claras su antipatía hacia nosotros, aumentada de grados en esta ocasión. En cuanto a sus hombres, eran los de este segundo jefecillo los que amparaban sus lanzas en distinta disposición, aunque creyera en un principio que se trataba de falsas conjeturas por mi parte.

Fue Macuina quien tomó la palabra, en este caso sin alegres expresiones ni su proverbial sonrisa. Y para colmar el vaso de la desconfianza, entonó su parla con expresa lentitud, en contra de su normal celeridad. Del Castillo, nuestro lenguas, procedió a traducir sus palabras.

—Dice el jefe Macuina que está preocupado por la situación creada en este puerto.

—¿Situación creada? —elevé un gesto de incompreensión, mientras mi cerebro trabajaba a batientes—. ¿A qué situación se refiere?

No comprendía por qué intervenían los indios en el problema hispano-británico, a no ser que las noticias confesadas por Kendrick sobre los contactos de los ingleses con Kelekum hubiesen provocado aquella situación, al punto de comprometer al propio Macuina. Este, por su parte, parecía dudar mientras miraba de reojo a Kelekum, cuyo gesto era de claro desafío. Creí comprender que nuestro aliado se había visto forzado por las circunstancias a aquella entrevista no deseada.

—El jefe Macuina —continuó el intérprete—, teme las represalias inglesas a las acciones españolas, y la falta de paz que se puede producir en estas aguas.

—Dígale que hemos actuado dentro de la más estricta legalidad, apresando a quien no disponía de autorización para permanecer en este puerto de soberanía española. Pero no debe temer el jefe Macuina represalia alguna de nadie, porque siempre nos tendrá a su lado y en su defensa. No he hecho más que tomar las medidas

oportunas y necesarias, como haría él mismo si un extraño penetrara en su tienda sin aviso ni el necesario permiso.

Macuina parecía sentirse con mayor incomodidad y desasosiego, conforme pasaban los segundos. Ahora volvió a mirar hacia Kelekum, conforme desgranaba sus próximas palabras.

—Dice el jefe Macuina que debería liberar a los ingleses, autorizarlos a negociar con libertad y que, cuando lo estimen oportuno, puedan regresar a sus hogares. De esta forma quedaríamos en Nutka sin problemas.

—No debe preocuparse el jefe Macuina, porque no se presenta ningún problema de importancia a la vista. Dentro de seis días, los dos barcos apresados saldrán a la mar, convoyados por una unidad nuestra, hacia un puerto español, donde la autoridad competente tomará el caso en su justa consideración. De esta forma, quedará este puerto en tranquilidad.

Fue entonces cuando se produjo una acción inesperada para todos los presentes. Kelekum, que siempre se había mantenido en un segundo plano, respetuoso con Macuina y sin cortar sus palabras, se adelantó hacia mí, al tiempo que elevaba la voz en grito. Del Castillo cedió un paso ante el rostro agresivo del indio, mientras traducía sus palabras con evidente nerviosismo.

—Dice Kelekum que los españoles quieren arrebatar por la fuerza todas las posesiones del inglés. También alega que les hemos apresado cuatro barcos, así como los edificios y almacenes levantados por ellos mismos en son de paz y con autorización del gran jefe. Que los españoles roban a todos y quieren quedarse con todo.

Mantuve el tipo, mientras comprobé cómo Munárriz, en vista del sesgo que tomaban la situación, desplegaba en silencio y en adecuada forma a cinco de sus hombres. Contesté con la misma cortesía.

—Dígale a Kelekum que no admito esos gritos ni esas formas, más propias de encontrados enemigos. Debe comportarse en forma conveniente ante mi autoridad, como representante del Rey de España, si no quiere sufrir las consecuencias.

Nuestro intérprete era quien más nervios mostraba, temiendo quizás por su posición tan cercana a lo que estimaba como peligro inminente. Kelekum volvió a tronar en gritos, mientras gesticulaba con su lanza en forma poco alentadora.

—Dice Kelekum que no somos los dueños de sus tierras, y que los ingleses tienen tanto derecho o más que los españoles para comerciar y permanecer en estas aguas.

A partir del momento en el que recibía las últimas palabras del intérprete, comprendí que la situación se podía escapar de mis manos si no actuaba con diligencia, dando al traste con todas las acciones llevadas a cabo. Los nativos pertenecientes a la facción del indio rebelde mostraban signos de impaciencia, al tiempo que comenzaban a mover sus lanzas en forma poco amistosa. Por último, Kelekum se atrevió a adelantar un paso más, de forma que podía percibir su peculiar perfume, al tiempo que elevaba gritos a pocos centímetros de mi cara y movía su

lanza en forma amenazadora.

Aunque parezca difícil de creer, con inesperada frialdad por mi parte tomé la decisión que no admitía demora. Por medio de un rápido movimiento, saqué el pistolón que mantenía en el fajín, amartillándolo mientras lo elevaba. Y a pocos centímetros de Kelekum, disparé contra su pecho.

El estruendo tronó a los vientos como un formidable cañonazo, al tiempo que el cuerpo del indio saltaba hacia atrás con pirueta más propia de guiñapo en tiro de feria. Como era de esperar, el silencio se entabló a muerte, mientras los indios reculaban con el pánico reflejado en sus rostros. Los hombres de Munárriz saltaron a mi lado, con sus rifles elevados en punto de mira y posición de disparo. Mientras Kelekum giraba sus últimos estertores de vida y salpicaba de sangre la cubierta, aproveché la ocasión para dirigirme de nuevo a Macuina.

—Dígale al jefe Macuina que no lo considero culpable de este penoso incidente y que sé de su probada lealtad hacia nosotros. Ya nos habían avisado que este malvado Kelekum había recibido promesas de los ingleses para ocupar su puesto, si los ayudaba a recuperar los barcos y cambiar la situación en el puerto. Por la autoridad que me ha otorgado el Rey de España, he sentenciado a muerte a este rebelde que no merecía otra cosa. De esta forma, espero que todo vuelva a la normalidad. Y sepan los hombres de Kelekum, que seguirán los pasos de su jefe en pocos segundos, si no rinden lealtad y obediencia al gran jefe Macuina.

Conforme el lenguas traducía aquellas palabras, comprobé con inmensa alegría cómo se abría en luces el rostro de Macuina. Y también de forma inesperada se me acercó hasta tocar nuestras frentes en señal de respeto y amistad. Se volvió a sus hombres para dirigirles unas palabras, ahora con recuperada decisión.

—El jefe español ha obrado con justicia. Ya sabéis que no estaba de acuerdo con las ideas de Kelekum, quien me forzó a esta visita. No sabía de sus planes, que ha descubierto nuestro gran amigo y señor español. Una vez más, proclamo nuestra lealtad y obediencia al Rey de España, así como mi permanente amistad con sus representantes.

La actitud de los indios pertenecientes a la facción del difunto Kelekum varió en redondo, al punto de mantenerse en silencio, la cabeza inclinada en respeto, sin volver a sus movimientos y amenazas veladas. Para amalgamar los sentimientos en vivo y como prueba de nuestra corroborada amistad, obsequié al jefe Macuina con un gran espejo enmarcado en madera, que lo consideró como el máspreciado de sus trofeos. Intentó regalarme el collar de cuentas recibido años atrás de los españoles, a lo que me negué en redondo, asegurando que su amistad era el mejor de los presentes.

Por fin, acompañamos a los indios hasta el portalón, saludando efusivamente conforme se alejaban de la Princesa. El mal trago había sido superado y con inesperado beneficio de nuestra parte, porque de un plumazo habíamos barrido el principal peligro para nuestro asentamiento definitivo en Santa Cruz de Nutka.

Una vez regresados a la toldilla, recibí los parabienes y felicitaciones de todos

mis hombres. Entre las frases recibidas, me hizo gracia la del joven teniente Munárriz, con su característico vozarrón y alegre sinceridad.

—No sabe el alivio que sentí al escuchar su disparo, señor. Había alzado el fusil de uno de mis hombres y apuntaba a ese maldito indio, porque veía su vida en peligro, con aquella lanza arponera en arriesgado movimiento al lado de su cuerpo. Pero le aseguro que dudaba en disparar porque me pillaba de enfilada y, si marraba el tiro, podía agujerear su casaca.

—No creo que llegara a fallar el disparo, Munárriz, si se hubiera dado el caso —palmeé su hombro con afecto—. Pero debía ser yo quien ejecutara a ese Judas emplumado, vendido a los británicos, para escarmiento público y ganancia de categoría personal ante los nativos. Si hubiera cedido un ápice en mi postura, habríamos perdido toda la influencia ganada sobre los aborígenes y comprometido la empresa. Bien sabe Dios que nunca disfruto con la muerte de los demás, pero en esta ocasión era necesario. Además, la operación salió redonda y Macuina nos estará más agradecido todavía, que allanamos su camino en cubierta de rosas.

—También yo tenía la mano sobre el pistolón y listo para romper algún pecho —certificó Martínez—. Todo se desarrolló con extraordinaria rapidez. Y aplaudo su sangre fría, porque me sorprendió el disparo sin saber de dónde había salido.

Una vez más, bendije mi buena estrella porque el incidente había sido positivo y en provecho propio hasta la guinda de los palos. Y como detalle definitivo, aquella misma tarde, cuando se apagaban las luces, recibí un brazalete fabricado con colmillos de lobo marino, primorosamente tallado. Era un regalo especial del jefe Macuina para demostrar su agradecimiento. El problema tribal se había evaporado en nuestro beneficio.

El día 14, con las primeras luces del alba, resonaron las salvas de honor en señal de respuesta y despedida por el buque Columbia, de John Kendrick, que abandonaba el fondeadero con destino a Cantón, en la costa china. Le había ofrecido en la noche anterior una comida de despedida, donde sellamos nuestra amistad en fuertes lazos. Volví a agradecer sus servicios, al tiempo que le aseguraba ocuparme de su hijo con la generosidad que merecía. Y pocas horas más tarde, se hacían a la mar los dos buques apresados, con dotación española de presa, escoltados por el paquebote San Carlos. En pocas horas se despejaba el panorama marítimo y los problemas aparejados, mientras asentábamos el presidio de San Miguel y organizaba mis pensamientos.

Era consciente que disponía de algunos meses en relativa tranquilidad, hasta que las noticias de los sucesos acaecidos en Nutka alcanzaran sus destinos respectivos. Y en este punto dudaba en abierta tristeza, porque no era la gallardía y la resistencia el punto fuerte de nuestros gobernantes, cuando se entraba en discusión diplomática con el inglés. Por desgracia, eran muchos los ejemplos a enumerar en dicho sentido, a lo largo del siglo que comenzaba a agonizar. Temía de la escasa fortaleza y voluntad en

aquellos que deberían manejar el problema entrado a sus manos, aunque no temiera réplicas contra mi persona, al haberme limitado a cumplir las órdenes recibidas, y obrar con la necesaria dignidad que me inculcaran desde mi primer día en la Armada. Pero no era cosa de ofrecer marejada a los pensamientos y continuar con la labor emprendida, aunque la expedición hacia el norte prevista para el paquebote San Carlos debiera ser aplazada hasta más adelante.

La inactividad de los días siguientes, o la falta de agitación diría mejor, me llevaron a programar una actividad que permanecía pendiente. Y como pueden comprender, me refería a la petición elevada por don Pedro de Fages y la búsqueda de esa pesquería de perlas de tamaño fabuloso. Repito que en ningún momento me movió la codicia o el propio beneficio en encontrar aquella fuente de riqueza, sino el camino de la propia financiación que, después de todo, había sido la base en la colonización de gran parte de California.

Comencé la preparación de mi especial misión, que así la calificaba por no utilizar el secretismo endosado por don Pedro, haciendo traer la goleta Santa Lucía hasta la ribera del fondeadero. Pensaba en dar su quilla y comprobar la estructura, pero no fue necesaria tal medida. El piloto Esteban Mondofia, que se encargó de su traslado, me aseguró que se trataba de unidad de reciente construcción y lista para navegar como una reina. Tan solo era necesario acoplarle el trapo, cuya existencia no conseguimos descubrir, por lo que puse a los dos maestros veleros a la faena en plena brecha. Sin embargo, les recalqué que deseaba una maniobra sencilla, pareja a la que empleaba la unidad casi gemela, Santa Gertrudis la Magna.

La goleta Santa Lucía era especialmente rasa y fina de líneas, como perfil de tiburón, lo que hacía presagiar un buen cuerpo marinerero. Presentaba una eslora de 55 pies<sup>[132]</sup> de Burgos y una manga de 9, con un calado de 6 pies solamente, rebajado con seguridad para ser empleada en misiones de reconocimiento por las costas cercanas. Los dos palos, mayor y trinquete, incorporaban racamentos con vertellos<sup>[133]</sup> en collar de inesperado color rojo, posible capricho de mariner aburrido, preparados para que las velas cangrejas corrieran con facilidad. No disponía, sin embargo, como otras goletas de más altura, de masteleros para largar gavias y juanetes, sino que el trapo quedaba reducido a las dos grandes cangrejas, dos escandalosas<sup>[134]</sup> prendidas en ellas, así como dos foques a proa. Precisamente encargué a los maestros de velas que uno de los foques presentara especial refuerzo, con lo que podía ser utilizado como trinquetilla<sup>[135]</sup> de capa y ofrecer seguridad con vientos fuertes.

Aunque pensara mucho en el trapo a desplegar por la goleta, hasta decidirlo con detalle, mi preocupación oculta se centró en la elección del personal. Con la excusa de no recortar en exceso los hombres disponibles en Santa Cruz de Nutka, era mi intención reducir la dotación al mínimo, teniendo en cuenta que la navegación prevista era de pocas millas y corta duración. Y ya habrán adivinado que deseaba emplear aquellos primeros días de quietud y reposo en la aventura programada, que

pasarían meses hasta tener noticias de uno u otro lado de la balanza, y era buena época para acometerla. De esta forma, habilité como pilotín a un grumete despierto y espabilado, Sebastián de Ontas, al que todos apodaban Conejo, posiblemente por su habilidad en aparecer y desaparecer de la escena con admirable habilidad.

Este grumete, pequeño de cuerpo y escaso de carnes, presentaba la especial cualidad de ser un excelente dibujante, por lo que podría ser utilizado en el levantamiento de planos y perfiles de costa, tan necesarios en toda expedición por aguas desconocidas. Debo confesar que el dibujo se me había resistido desde mis primeras luces y fue el caballo de batalla como guardiamarina en la Escuela Naval. También pesó en la elección de Conejo que fuese el hijo menor de un buen condestable de la Princesa, y que cursara estudios a bordo con los pilotos para ingresar en su cuerpo.

Como decidí emplazar cuatro cañones de a 4 en los costados, completé la dotación con doce hombres escogidos, entre los que se encontraba Setum, aunque no sea necesario explicar su presencia. Era consciente de que el personal debería multiplicarse en algunos momentos, pero prefería pocos y de absoluta confianza, al tiempo que no restaba más personal a la Princesa, ya de por sí bajo mínimos, aunque no se previera su movimiento en algunos meses. Entre los seleccionados, además de Conejo, destacaba el condestable Pernías y el contramaestre Elices, dos personas de mi confianza y que serían el bastión de aquella goleta Santa Lucía que, conforme pasaban los días, observaba con mejores ojos.

Por fin y con la goleta abarloada a mi costado, decidí establecer la salida a la mar para el día 25 de julio, festividad de san Florencio y san Teodomiro. Y no he de negar que, una vez más, ese especial sentimiento de aventura y curiosidad geográfica tan amadrinado al hombre de mar, me hizo gozar por adelantado, como si ya hubiera descubierto el tan buscado Paso entre los océanos o descubierto las enormes perlas en las islas Nitinat. Siempre que acometemos empresas de esa naturaleza, la sangre se atiza en ascuas y no pensamos en otra cosa por fuera de largar amarras y aproar a lo desconocido.

El día antes del previsto para mi pequeña expedición, invité al piloto Martínez a un generoso almuerzo, con intención de dejar en claro las instrucciones a quien quedaba con el mando.

—Cargo cierta responsabilidad sobre sus hombros, aunque sé que ya ha metido la cabeza en peores marejadas y con excelentes resultados.

—No se preocupe, señor, que ninguna inconveniencia sucederá en su ausencia, aunque lo echaré de menos.

—No espero novedad alguna en varios meses. Tan solo es posible el arribo de algún buque inglés, poco probable hasta que los apresados lleguen a puerto. Además, no creo que alcance el mes sin apurar el regreso. El tiempo ha de ser bonancible, que así se encuentra entablado en estos días.

—Es buena la época, no hay duda, aunque nunca podemos achicar el grifo con

seguridad. Por desgracia, siempre estamos a disposición de la mar cambiante. Pero espero que disfrute de la expedición y encuentre el Paso.

—Bueno, Martínez, si le soy sincero, he de declarar que me gustaría encontrar ese accidente geográfico tan buscado, desde que se comenzó a colonizar esta costa. Pero en mi opinión personal, sería mucho mejor para los intereses de España que no existiera tal canal de unión interoceánico. Estas costas, con sus riquezas, se encuentran en menor discusión debido a su lejanía a cualquier provincia o colonia de las demás potencias. Pero si del mar del Norte se pudiera navegar con facilidad hasta aquí, cambiaría el panorama en redondo. Es más, si tal paso existiese, la Corona debería ordenar cegarlos para rebajar las apetencias extranjeras.

—Tiene razón sobrada en lo que expone, señor. De todas formas, hay pasos que, una vez descubiertos, no se toman normalmente a causa de su propia dificultad. No tiene más que recordar el estrecho de Magallanes, unión buscada entre los dos océanos. Y sin embargo, todas las naves apuntan a las borrascas del cabo de Hornos, para evitar tan peligroso marinaje por los canales patagónicos.

—Se trata de un caso bien distinto. El estrecho de Magallanes ofrece como alternativa la ruta por el sur. Sin embargo, en estas latitudes el problema es diferente, que más al norte tampoco se descubrió posible conexión ni parece que pueda existir. Y las millas a recortar serían en grado superlativo, que por esa razón estudiaron expertos de nuestra Corona la posibilidad de abrir canal en el istmo de Panamá.

Nos mantuvimos en amigable conversación, hasta alcanzar una formal despedida.

—Le deseo toda la suerte en esta navegación, mi comandante. Y no se preocupe, que mantendré Santa Cruz de Nutka en regla.

—Ya sé que la dejo en buenas manos.

Y de esta forma me recosté en el lecho aquella noche, última de comodidad en cama de cierta anchura. Y aunque en esta ocasión dejé la espita de los recuerdos abierta de par en par, no crean que los rostros de Cristina o Beatriz me asaltaron en bandada, porque el estrecho de Juan de Fuca presentaba un mayor atractivo en aquellos momentos. Ya les he dicho en otras ocasiones, que la mar presenta a veces para el marino un deseo comparable al de los pechos de hermosa mujer. Y con estos pensamientos, nada cruzados en vertiente por primera vez, quedé dormido como un niño en espera de regalo matinal.



## *Proa al estrecho de Juan de Fuca*

Con las primeras luces del alba, abandonamos la placidez de Santa Cruz de Nutka a bordo de la goleta Santa Lucía. Ligeros de ropa y plomada, largamos las dos cangrejas al viento hasta escuchar los primeros gemidos de placer, porque la embarcación parecía despertar de un profundo letargo y entrar con ilusión en la faena para la que fuera construida.

Aquel 25 de julio amagó en gris durante las dos primeras horas, para abrirse poco a poco en una mañana limpia y luminosa, de las que siempre deseamos en la mar, bien sean tiempos de paz o de guerra. Por fin, dejamos a popa el surgidero de San Lorenzo sin mayores problemas, empujados por un viento flojo del nordeste que ofrecía el soplo suficiente para que la niña gobernara como los ángeles. Aunque no se tratara de oficial alias, así comenzamos a llamarla entre nosotros, porque mucho de niña ofrecía a los ojos y, especialmente, en su comportamiento.

Una vez libre de puntas y rompientes, mandé izar los dos foques y, poco después, las escandalosas, para comprobar que la goleta certificaba haber nacido bajo las aguas, bautizada quizás en la cuna del mismísimo dios Neptuno y con un aparejo aliñado por maestros veleros de manos expertas. Provocaba rastros de placer el simple hecho de tocar la caña del timón, aun en cariñoso y dulce roce, y comprobar cómo la niña metía la proa con alocada decisión.

Durante las dos primeras horas dediqué el tiempo necesario para comprobar las facultades marineras de la Santa Lucía, con gran alegría y alivio por mi parte, porque no se podía exigir mejor embarcación para la misión emplazada. Y a continuación hicimos por la costa para bajarla en dirección sudeste, hacia la puerta de mi destino, ese estrecho de Juan de Fuca que andará en boca de todo marino a lo largo de muchos años.

De acuerdo con la información facilitada por el piloto Narváez, más los consejos de Martínez producto de anteriores exploraciones, rendí cuentas a escasa distancia de los islotes, puntas y ensenadas que formaban la costa occidental de la isla Quadra en su parte sur, admirando un paisaje de colores opacos y piedras escarpadas. De acuerdo a mis cálculos personales y propio derrotero aparejado con toda la información resumida, deberíamos recorrer unas 115 millas aproximadamente para avistar el cabo de los Remedios<sup>[136]</sup>, punta de lanza que cierra en su parte sur el estrecho al que dirigía la goleta.

El primer día de navegación no pudo ser más dulce, hasta el punto de elevar los ánimos de los doce hombres que componían la dotación, y distribuir el rancho como si nos encontráramos en palacio de marqués. Me había ocupado personalmente del

acopio de víveres y aguada, ayudado por Setum que de cualquier materia sentaba cátedra, una cuestión que no ofrecía preocupaciones si la mar y los tiempos obraban en normal actividad. Y con la intención de no cargar los cuerpos en trabajos innecesarios, ni arrostrar peligros de gratificación, entrada la tarde largamos el ancla en la bahía de San Antolín, perfectamente situada por Narváez y corroborada a la vista. Aunque era cuestión desconocida, comprobamos que el fondo ofrecía arena y cascajo, buena mezcla para que el ferro<sup>[137]</sup> clavara sus uñas en confianza.

La segunda singladura se abrió en calco a la primera, aunque aumentara el viento a fresco, lo que me hizo cargar las escandalosas en precaución, al tiempo que la goleta bebía las aguas como langosta y aumentaba su andar de forma notable. Pero seguimos navegando a un largo, con ratos inestables de empopada, porque el viento formaba rebufos en los acantilados y descomponía el paño a su gusto. Sin embargo, mantuvimos la misma derrota, pensando que en el próximo día podríamos encarar la boca del Paso. Esa noche, sin embargo, no encontramos surgidero apropiado para aliviar los cuerpos, por lo que me abrí a la mar con el mínimo trapo, con bordadas de necesidad hasta quedar en facha en algunos momentos, que no era mi idea derivar hacia el sur en exceso.

Y entramos con las mismas condiciones de mar y viento en la mañana del día 27 de julio, festividad de san Arnaldo, un santo al que no dispenso especial advocación, y que Dios me perdone esta enconada disposición. Pude comprobar que nos habíamos alejado unas seis millas de la costa, razón por la que aproé a la cuña que abre la punta del Rosario, forzados a la bolina sin protesta alguna de la niña, en espera de encontrar la boca del estrecho pocas horas después. Y así fue, en efecto. Rayaba la meridiana cuando pude avistar sin necesidad del largomira y con inmensa alegría el cabo de los Remedios, inconfundible arista que apunta como afilado muñón al noroeste, para dar paso al estrecho en el que tantos marinos centraron sus esperanzas.

Despreocupado de la costa a babor, aproé al medio como aconsejara Narváez en su derrotero, con la sangre en ampollas y el ánimo abierto por el amor a lo desconocido. Creo que en aquellos momentos, a pesar de las opiniones emitidas, soñaba con encontrar el Paso, atravesarlo y salir al mar del Norte como cabra por lentisco, para declarar en Veracruz que era el primer hombre en haber recortado la navegación interoceánica en muchos miles de leguas.

Por desgracia, los sueños se desvanecen en esta vida con demasiada frecuencia y, a veces, a mayor velocidad de la que es posible calcular. Mucho cuesta levantar las crestas de la imaginación que, sin embargo, pueden caer al vacío en pocos segundos, sin haber disfrutado siquiera un mínimo tiempo. Tal evento es muy propio de la mar, como sucede con las velas desplegadas en navío de gran porte, cuando se cargan a voluntad y con rapidez. Y trato de explicar que tras aquellos momentos de especial vibración, lo que parecía la realización de un sueño infantil se tornó a las cuentas negras en pocas horas.

Debíamos encontrarnos a unas cuatro millas de la entrada al estrecho, cuando los

dioses nos ofrecieron la espalda, cerrando el portón de la esperanza con modos más propios de tenaz enemigo. Como por arte de magia, magia diabólica podría asegurar, el azul del cielo se vino a negro, y no me crean propenso a la deformación por lo alto tan propia en la gente de mar, que no deseo traspasar los límites de lo razonable en mis recuerdos ni una onza. Y no solo el día dio paso a la más tenebrosa oscuridad, arracimadas las nubes en color más propio del infierno, sino que el viento del nordeste se arremolinó en locura, brincando por minutos a frescachón, cascarrón y temporal de orden. Fue el contramaestre Elices el primero en ofrecer comentarios en voz de luto, mientras observaba los colores de la bóveda.

—Mal cariz toma el estero, señor.

—Muy malo. Intentaremos tomar la punta de babor del estrecho y entrar en socaire, que esta mar nos barre.

Y lo intenté, bien lo sabe Cristo en la cruz, intentando caer a babor y cazar las cangrejas, tomados los rizos al máximo. Pero en pocos minutos comprobamos que se trataba de tarea imposible. La mar se levantaba en montañas nevadas, condición aparentemente increíble por disponer de pocas millas desde la costa a barlovento, para cumplir un efecto tan demoledor. Opté por arriar las dos cangrejas y dejar la trinetilla a proa, cazada a escotillón, un intento de capear en corrida al sur, al tiempo que procuraba separarme de la costa, a poniente de los Remedios. Pero no es posible cobrar pieza en el monte, cuando los animales se embocan en guarida cerrada.

Entramos en las últimas horas de la tarde a peor, aunque fuera difícil de creer tan negativa posibilidad. La capa se convirtió en simple supervivencia, porque ya no éramos capaces de discernir por dónde se tomaba la mar o el viento, abufonados a su gusto en lo que parecía continua variación malsana. Corríamos hacia el sur porque en esa dirección nos arrastraban, incapaces de decidir nuestra proa o nuestro destino. Por desgracia, no era esa la dirección deseada ni mucho menos, porque no abríamos milla alguna de la costa sino que cerrábamos a tajo parejo, lo que entrañaba un peligro cercano e inminente.

Por su parte, la Santa Lucía tomaba bien las olas monstruosas, recuperando su posición con alegría, aunque algunas de ellas levantarán la popa de tal forma que me creí pasado por ojo<sup>[138]</sup> en más de una ocasión. Y no crean que deseaba correr el temporal en popa, sino que la niña era un triste pelele en manos de loco prestidigitador, y a su función nos ateníamos inermes. En un último esfuerzo, recordé el fondeadero que se abría tras la punta Olavide<sup>[139]</sup>, al sur de la tenaza, con socaire y fondo conveniente, intentando aproar hacia él. Pero se trataba de faena inútil, como pude comprobar una vez más, un empeño teatral para allanar las almas y abrir esperanzas en los hombres de a bordo.

A tal punto llegó mi desesperación, que debí reconocer como única posibilidad elevar rezos al cielo y esperar que el capricho de los mares nos apartara de las rompientes abiertas en la costa a babor. Entre el bramido del viento, los gemidos de la goleta y los gualdrapazos que ofrecía la trinetilla, escuché la voz de Setum,

afirmado al batiente de la timonera, a mi lado.

—Pintan bastos, señor. Parecen haberse revuelto todos los factores en nuestra contra —no expresaba temor alguno en su rostro, sino una fría determinación.

—Bastos negros deberías decir. La mar y el viento nos llevan contra la costa y solo un milagro podría salvar esta preciosa niña. Si al menos divisáramos alguna boca arenosa en la que meter la proa.

—¿Quiere decir que romperemos esta goleta? —ahora parecía extrañado de tal posibilidad.

—Eso creo, Setum. Dios decidirá nuestra suerte, que él dispone de suficiente poder sobre estas aguas.

En aquel momento, para variar el juego al que nos sometía, la mar no entró en montaña por la popa sino de través, de forma que el bandazo se alargó tan a ras del agua, que me creí buceando en las profundidades. Por fortuna, la niña aguantó el envite en prodigiosa recuperación, achicando los imbornales el agua trasegada en cubierta. Con esfuerzo sobrehumano, enderezó los palos hasta volver a situarlos como pica de caballero. Sin embargo, sus gemidos aumentaban de tono y forma, hasta hacerse lastimeros.

Con el balance de orden, el contraмаestre Elices rodó por cubierta sin daño, hasta conseguir amarrar el garfio en extremo. Por el contrario, un joven marinero de Monterrey salió despedido a las negras aguas, con un grito desesperado que se perdió entre los gemidos del viento. Y nada pudimos hacer más que elevar un rezo por su alma, porque en esos momentos todos volvemos la mirada a quien nos creó, hasta los que reniegan de él a diario.

—Cuando la mar te come, te come sin remedio, señor —era el contraмаestre quien me hablaba en corto, junto con el condestable Pernías. Ambos eran hombres con mucha vida salada corrida por sus venas, aunque en sus rostros podía leerse la más pura resignación.

—No es hora de mentir ni amparar falsas esperanzas —contesté con voz en alto—. Debemos tener la costa a dos millas y hacia ella derivamos, por más que intentemos enderezar la quilla.

—Me recuerda esta situación a otra similar que sufrí hace años, señor —comentaba Pernías en grito, para poder ser escuchado—. A bordo de una balandra nos llevó la mar contra la costa en condiciones parecidas. Por fortuna, acabamos en la playa, como si hubiéramos dado la quilla a voluntad, y solo perdimos la mitad de la dotación. Pero ahora es distinto, porque la costa que desfila a babor ofrece pocas posibilidades. Por desgracia, esta mar acabará por rompernos los ojos.

—Esperemos el milagro —contesté en silencio, sabiendo que nadie escucharía mis palabras.

El pánico a bordo no se podía sofocar. Me quedaban once hombres, pero algunos demasiado jóvenes y con mucho temor a la muerte. Sin embargo, era Conejo, un niño, quien intentaba tranquilizar aquellas voluntades, aunque mintiera a sabiendas.

Otra ola, que más parecía un pico nevado y gigantesco, nos partió por fin el palo trinquete, tras abatirnos a muerte, una condición que esperaba en cualquier momento. Y como si el palo mayor quisiera seguir su ejemplo, dolorido por más, también se abrió de venas poco después con una nueva ola, saltando astillas a un metro de la cubierta.

La pobre Santa Lucía elevaba sus gemidos en diferentes variaciones, más bien a lo bajo, como si su estructura considerara inútil las quejas en petición. Era el lamento de la muerte, porque los barcos saben muy bien cuando les ha llegado el momento, y su alma emite los últimos llantos. Ni siquiera intenté componer la maniobra tras la ruptura de los palos, limitándome a ordenar que se degollara todo el racimo para aclarar la vida a bordo.

Creo que fue entonces cuando comencé a escuchar las rompientes por babor, un sonido que hizo vibrar mi alma. Ya nos encontrábamos en noche cerrada, aunque poco difiriera del color padecido a lo largo de las últimas horas. Era consciente de que el milagro no llegaría y tan solo intentaba descubrir algún hueco en las rocas, donde meter la proa en un último intento.

El primer golpe produjo el mismo sonido que un cañón disparado en salva de honor, bajo de pólvora. Y no había sido la proa sino los bajos a la altura de la timonera los que se abrían como tajada de tocino contra las piedras. Aguanté el golpe sin perder la verticalidad y me disponía a preguntar por los daños recibidos, cuando nos alcanzó el infierno. No sé si la sombra de la roca se dejó ver segundos antes, aunque ya la mar sonaba a batientes con fuerza terrible. El golpe de la goleta contra ella fue bestial, al punto de verme despedido hacia proa, hasta caer en cubierta. Intenté asirme a babor, y mi mano buscaba algún asidero cuando me la cubrieron a cerrazón. Sentí un dolor espantoso, conforme un peso desconocido y descomunal atrapaba mi mano sin posibilidad de zafada. Pude escuchar cómo aquel peso machacaba los huesos de mi mano izquierda, un sonido que jamás olvidaré, al tiempo que el dolor se difundía en oleadas, hasta dejarme cercano a la pérdida del conocimiento.

La primera esperanza me llegó en la voz de Setum, aunque era difícil comprender sus palabras.

—No tire de su mano, señor. Quedó aprisionada con una de las piezas de artillería, que partió su trinca. Yo la sacaré.

En efecto, uno de los cañones debía haber volado en libertad, hasta aplastar mi mano contra la borda. Entre sueños de terror, recuerdo a Setum intentando desencajar la pieza, que a su vez se atochaba contra otros elementos de a bordo abocados en la inclinación. Pero el dolor se mantenía en alza, aunque parezca imposible. Y no lo crean ceñido en exclusividad a la mano, porque llegué a creer que un peso extraordinario machacaba mi cuerpo por entero.

Mientras sufría en carnes el más terrible suplicio, la goleta continuaba golpeando contra lo que debían ser rompientes en nido. Una luz en mi mente pedía a Dios que

un nuevo golpe destrincara mi mano apresada, o me hiciera perder la vida con rapidez. Fue entonces cuando volví a escuchar la voz de Setum.

—Es imposible desatascar su mano, señor, porque medio barco se le vino encima. Y debemos abandonar lo que resta de este barco, que ya el agua nos alcanza las barbas.

Fue entonces cuando comprobé que, en efecto, más de la mitad de mi cuerpo se mantenía bañado por la mar salada, aunque no sufrí por ello. Más bien al contrario, era el fin esperado. Y con el rostro de Cristina abierto en mi cerebro, intenté elevar un último rezo. Pero la voz de Setum parecía impedir el necesario descanso.

—He de cortarle la mano, señor.

Intenté mirarlo aunque nada veía, salvo una escasa luz en forma de luminaria vidriosa. Pero una voz me alertó de lo que vendría a continuación. Setum, alumbrado por el fanal de situación desprendido a cubierta, consiguió encontrar una de las hachuelas de abordaje. Tan solo recuerdo una sombra a mi lado que elevaba su poderoso brazo. Después tronó un nuevo cañonazo, aunque era el golpe de Setum que tronchaba mi mano izquierda a la altura de su muñeca. El dolor se abrió hasta el cielo, para remitir en picado dulce. Creo que fue entonces cuando perdí el conocimiento de forma definitiva. De todas formas, la última sensación percibida fue la de alivio, porque nada podía superar el dolor sufrido hasta aquel momento, al comprobar mi brazo en libertad.

Desperté, si se puede llamar así en verdad, con dos sensaciones dominantes. Por una parte, una terrible sequedad en los labios, mientras un dolor espeso se centraba en mi mano izquierda, o eso creía yo. Intenté pedir agua, una necesidad que se afirmaba con nudos de rigor a mi pecho, aunque no parecían salir las palabras de mi garganta. Por fin, conseguí lo que parecía un esfuerzo imposible.

—Agua. Por..., por favor, agua.

Hube de repetir la petición varias veces, o así me lo pareció entonces. Pero siempre se mantendrá prendido en mis recuerdos aquella divina sensación, cuando sentí caer unas gotas de extraordinaria dulzura sobre mis labios. Abrí la boca como náufrago en el desierto, comprobando que continuaba aquel chorrito celestial. Comprendí que el frío era muy intenso, cuando escuché las palabras de Setum.

—Mi señor ha despertado —sus dientes blancos conformaban un faro indiscutible—. Bendito sea Alá, el más grande, que lo devuelve de las tinieblas.

—No diga eso, por favor —otra voz hablaba con suavidad a su lado—. Será cosa de Jesucristo nuestro señor.

—Sea quien sea, bendita la ayuda que nos dispensa. Necesitamos más de un Dios para aparejar tanta fortuna.

Caí de nuevo en inestable modorra, porque ya los recuerdos van y vienen al compás de las olas. No sé cuanto tiempo pasó a continuación, hasta poder reconocer lo que se encontraba a mi alrededor. Debía encontrarme en una cueva grande o lugar

de parecidas características. Un fuego crepitaba con fuerza cerca de mí, aunque todavía sentía el frío abierto con fuerza en mis carnes. Pero lo que me ofreció la necesaria tranquilidad fue el rostro de Setum, que me miraba a corta distancia.

—¿Qué ha sucedido? ¿Se perdió la goleta?

—Calle, señor, que necesita descanso. Ahora debe tomar este caldo y reponer fuerzas.

Bebí un líquido espeso y caliente, aunque me atragantara en los primeros momentos. Poco a poco comprobé que sentía un agradable calor en mi sangre, como si llamara a la vida con fuerte aldabonazo. Pero debía saber.

—¿Qué ha sucedido? Por favor, cuéntame los detalles, Setum.

—La goleta se rompió contra las piedras, tal y como preveíamos. Hemos sobrevivido el grumete Conejo, el contraamaestre Elices, un marinero de fuerza descomunal, ese que llaman Brazos, y nosotros dos. Cinco nada más —pareció oscurecer el semblante—. Ha sido un milagro que deberemos agradecer en su momento a quien todo lo dirige.

—¿Y los demás? —sentía especial angustia, aunque la respuesta se encontraba al alcance de la mano.

—Muertos o desaparecidos. Una vez rota la niña, alcancé las piedras llevándolo conmigo. No fue fácil, porque algunas mostraban aristas como cuchillos afilados. Nos produjimos muchos cortes, aunque sean materia menor, que ya cicatrizan sin mayor esfuerzo. Regresé a la mar y pude sacar al contraamaestre, embriagado de agua hasta el alma. Brazos recogió a Conejo. Conseguimos encontrar esta gruta, donde anidamos con inmensa fortuna. En la mañana siguiente, recorrí la costa con Brazos y Conejo, rescatando algún material de la goleta que nos ha sido de gran utilidad. Pero duerma ahora, señor. Tan solo debe pensar en comer y dormir, de momento.

—Siento dolor en mi mano izquierda. ¿Fue grande la herida? La recuerdo atochada contra la borda.

Setum pareció dudar, aunque en ese momento se abrieron mis recuerdos. La figura de Setum con la hachuela levantada, iluminó mi cerebro. Intenté dirigir la mirada hacia la mano, aunque solo comprobé un abultado vendaje.

—Tuve que cortar su mano, señor —parecía compungido en extremo—. Lo he sentido mucho, puede jurarlo, pero debía hacerlo. La goleta se destrozaba en cuadernas sueltas y no disponíamos de un segundo más. Se habría ido al fondo o roto con ella si no hubiese actuado con rapidez. Le hice un tornillo en el brazo y la rebané con una hachuela de un mandoble carnicero. Por fortuna, en esta cueva pude cortar la hemorragia y cauterizar la herida al fuego con mi gumía. Pero perdió mucha sangre y se ha mantenido en delirio durante más de una semana, en la que le creí cercano a la muerte en muchos momentos. Pero Alá es grande y espero que sane. Además, la mano izquierda sobra al caballero, que es miembro de cobardes.

—¿No moriré? —me sentí un niño en aquellos momentos, con ganas de llorar.

—No, señor. De eso se encargará Setum —volvió a abrir la sonrisa que tan bien

conocía, una acción que me ofreció la necesaria tranquilidad.

Aunque parezca extraño, no percibí especial sentimiento negativo por saber que, a partir de entonces, sería manco de por vida, que no crecen los miembros amputados para nuestra desgracia. Pero desde el primer momento lo consideré un mal menor, al tiempo que nombres importantes como Cervantes o Blas de Lezo, acariciaban mi cerebro con figuras de héroes a los que faltaba algún miembro de su cuerpo, una cualidad, por otra parte, bastante normal en la gente de mar. Por fortuna, Setum se mantenía a mi lado. ¿Qué habría sido de mí sin aquel hombre en los últimos años?

—Has vuelto a salvar mi vida una vez más, amigo mío —intentaba expresar gratitud, aunque fuese tarea innecesaria.

—Setum es negro y africano, pero no es tonto —ahora sonreía con especial frescura y placer, tras repetir su frase favorita que siempre nos hacía reír.

—Esta vez estoy de acuerdo —sentí cómo un profundo escalofrío recorría mi cuerpo—. Tengo mucho frío.

—Porque todavía sufre de calenturas, aunque menguaron de forma notable. Es usted joven y fuerte. Por algo lo llaman Gigante. Duerma y no se preocupe de nada. Lo despertaré para darle caldo de grasa.

Y volví al letargo, con ratos de lucidez y otros muchos de nerviosa y dolorosa somnolencia. Pero todavía hoy, tantos años después, me maravillo de que las preocupaciones abiertas en mi cerebro se centraran en tantos frentes de poca monta, sin que la pérdida de la mano significara trauma alguno. Cuando despertaba a ratos, protestaba por el frío intenso, el caldo apestoso y otros detalles menores. Ni siquiera cuando Setum cambiaba mis vendas, prestaba especial atención.

De todas formas, creo que comencé a revivir cuando una noche, y digo noche porque siempre me mantenía en oscuridad, el rostro de Cristina se apareció en mi cerebro con especial nitidez. Comprendí mi locura y estupidez en pocos segundos, como quien sufre divina revelación, al haber perdido un tiempo y un amor que solo a ella debía. Ese pensamiento me ofreció las fuerzas que necesitaba para sobrevivir, una palabra que repetí una y otra vez.



## *Supervivencia y esperanza*

Las dos semanas siguientes a mi febril despertar, permanecí en la gruta con la sola iluminación del fuego, una imagen que permanece en mis recuerdos, tumbado sobre un jergón improvisado por Setum con hojas, arena y algas secas. Me sentía incapaz de mover cualquier parte de mi cuerpo, y no por dolor extremo en las articulaciones, sino a causa de una extrema debilidad que me hacía sentir un cansancio infinito con solo mover un dedo..., de la mano derecha. Pero ya mi negro africano comenzó a emplearse sobre mis brazos y piernas, masajeando los músculos varias veces al día, una situación que me hizo retroceder a otras etapas de mi vida en las que el fiel amigo utilizara sus especiales métodos de curación.

También el contraamaestre Elices se mantenía en reposo, como único compañero herido. El buen hombre solo había sufrido cortes diversos y fuertes magulladuras, pero fue más difícil vencer su ruina moral, que parecía desear la muerte y renunciar a la vida en forma definitiva. Todos se emplearon en su curación, más mental que otra cosa, hasta recuperarlo poco a poco, porque no es fácil llenar la copa de la ilusión perdida.

Por fin, comencé a dar pequeños pasos en la cueva, como niño que debe aprender los primeros movimientos, un esfuerzo que me producía agudos dolores. Y caía con frecuencia al suelo, a pesar del cayado aprovisionado en auxilio, en el que vencía todo mi cuerpo. La fiebre había remitido a plan, el dolor en la mano, o en el muñón restante debería decir, se apaciguaba poco a poco, y recuperaba mis fuerzas con decisión.

Debíamos andar en los últimos días de agosto, que Conejo marcaba las rayas de cada jornada en la pared para no perder la estación, cuando me asomé a la entrada de la cueva. Fue entonces, al recibir el fantástico destello en mis ojos, cuando comprendí que aquella prodigiosa gruta nos había salvado la vida en los peores momentos, porque no se apercibía refugio alguno a la vista. Pero la sensación de vida renovada que golpeó mi pecho, abriendo poros cerrados en tiempo, es difícil de explicar. Había perdido el conocimiento entre nubes negras y olas monstruosas, abandonada toda esperanza. Por el contrario, ahora me abría a un mundo nuevo, con cielos azules, mar en calma chicha, sol en plenitud y temperatura benigna. Di gracias a Dios por haber salvado mi vida, al tiempo que se encogía el corazón de felicidad.

Pronto comprendí que la supervivencia conseguida hasta el momento, se debía a la actuación de tres hombres extraordinarios. Podía asegurar por derecho que si nos manteníamos con vida y suficiente energía, era gracias a la descomunal fortaleza de Brazos, la astucia de Conejo, así como esa especial sabiduría y tenacidad de Setum.

Ellos fueron quienes consiguieron la comida y bebida necesaria para aliviar nuestros cuerpos, así como sanar a los heridos en momentos de difícil trance. Y para ello solo había que comprobar los utensilios acopiados en la gruta, como hachuelas, lanzas fabricadas a mano, pequeños arpones y un fusil que se mantenía como la joya de la corona, reservado para condiciones extraordinarias.

Con la aguada asegurada en manantial cercano y permanente, nuestra dieta era variada al máximo, porque lo mismo atacábamos grasas y carnes de morsa, como aves de pico plano y largo que llamamos tontas, peces de diversas especies, moluscos y frutas pequeñas de sabor dulce y parecido a las grosellas. Pero el abanico se abría en todo el horizonte, al punto de celebrar alguna fiesta con excusa de especial trofeo. Así fue el día en el que Brazos entró en la cueva con lo que parecía un ciervo de tamaño gigantesco.

—¿También hay reses en las cercanías? ¿A quién pertenece el coto de caza? — bromeé de buen humor, mientras mi lengua chascaba con solo pensar en sus carnes.

—Abundancia de reses, aunque no sea fácil darles muerte —se apresuró a contestar Brazos—. Pero tal regalo se lo debemos a Setum, que olisqueó esta carnada por detrás del profuso pinar abierto a poniente.

—Y abatí el macho más poderoso con uno de los tres disparos que nos restan en la chillera<sup>[140]</sup> —confirmó mi secretario.

—¿Tres disparos solamente nos quedan? —pregunté, extrañado.

—Brazos y yo recogimos dos fusiles del fondo en la ensenada, aunque uno de ellos tan solo nos sirvió para reparar la pareja. También encontramos algunas balas de mosquete y un saquete de pólvora de cañón. Pero de toda esa pólvora mojada, sacamos la suficiente como para tres disparos. Y dudaba que llegara a producir el efecto apropiado, cuando apreté el gatillo para abatir este hermoso y succulento venado. Bueno, lo he llamado venado, aunque las puntas de sus cuernas son romas, y los palos más anchos. Pero espero que su carne sea sabrosa, porque llevamos demasiados días con sabor a sal.

Y de esta forma continuamos nuestra vida, como si conformáramos una tribu de colonos instalados para el futuro en permanencia, en una tierra cuya geografía comenzamos a dominar. Y aunque Setum, Brazos y Conejo extendieron sus incursiones a suficiente distancia, no pudieron observar rastros de vida humana, un factor de doble sentido, porque compañía y auxilio de amigos necesitábamos, pero no podríamos enfrentarnos a nativos hostiles con aquel pelotón.

Pronto comencé a acompañar a Setum en sus expediciones de caza, lo que me hizo admirar una vez más su habilidad y sabiduría. Utilizaba todo tipo de armas, desde la gumía morisca, un sable alambrado en percha, y hasta lanzas de madera con bayoneta empataada en el extremo. Y se movía por el monte o el llano como lobo que sigue el rastro, hasta dar muerte a todo tipo de animales. Sin embargo, fue entonces cuando comencé a sufrir la falta de la mano, una cualidad que no somos capaces de imaginar hasta que padecemos el trance. Pero era cuestión a superar porque la vida es

un don maravilloso, cuando tan cerca estuvimos de perderla.

Esa sensación de volver al mundo de los vivos desde el túnel de la muerte, ofrece nuevas fuerzas al espíritu, hasta encontrar colores nuevos y perfumes que creíamos olvidados en el tiempo. Llegué a disfrutar como un niño, con solo observar la mar en la distancia, así como el paso del sol por nuestras cabezas. Puede parecer materia de locura enfermiza, pero así lo sentía con enorme placer.

Y ni siquiera el día que observé el muñón abierto en mi brazo izquierdo con detenimiento, se vino abajo el mundo o decayó la moral hasta la sentina. Y no me creo un superdotado en cuestiones de ánimo, porque a cualquiera sucedería lo mismo tras experiencia de muerte. Donde Setum aplicara el hacha en tajo, se formaba una protuberancia de extraña forma, color rosado y con trozos de carne como bulbos adosados en su extremo. Pero también entró Setum en soluciones para este problema. Aunque les parezca difícil de creer, con su vieja gumía, aquella arma que le entregué en el cautiverio africano y de la que jamás se separó, talló una mano de madera con los dedos abiertos, hasta emplazarla con cubierta de piel en el muñón. El único defecto visible era su tamaño, francamente superior a la que debía ser gemela, pero me hizo especial dicha el observarla en su sitio y poder ayudar al manejo.

—Siento no ser un tallista consumado, señor —a pesar de la excusa se le veía orgulloso de su obra, una vez rematada la faena—. Cuando regresemos a la civilización, con un guante de los de uniformidad encajado en ella, nadie sabrá que se trata de extremo artificial.

—Deberá hacer crecer la derecha, señor —entró Conejo en una de sus chanzas habituales—, para que quede pareja a la nueva.

—También dicen que engorda, golpeando mejillas de los grumetes o pilotines largos de lengua —mi tono era también en broma, porque la situación creaba una especial familiaridad, independiente del rango.

—No la veo ya de menor tamaño, señor. Setum es un artista y las dejó parejas al ras.

Sin embargo, había captado una frase dicha por Setum sin mayor sentido, que pareció abrir un telón cerrado hasta el momento. Cuando regresemos a la civilización, repetí una y otra vez en silencio. Después de todo, no debía olvidar que era el comandante de aquellos hombres y era mi obligación devolverlos a casa, o intentarlo al menos. Nuestra vida en la cueva era llevadera, sin duda, y debíamos agradecerlo a los cielos, pero era necesario enderezar el rumbo si era posible. Por esa razón comenzó a trabajar mi mente en otros derroteros, agitando el cerebro en busca de una solución, tarea complicada con solo observar nuestros caudales. Y debíamos andar metidos de lleno en el mes de septiembre, cuando reuní a la pequeña tropa para entablar el futuro.

—Debemos hablar de lo que será de nosotros, de posibles planes, un tema que nadie parece abordar en deseo. Pero estimo que no admite duda una sencilla cuestión. No podemos permanecer aquí de por vida.

Se hizo el silencio, como si hubiese atacado la base de nuestra propia existencia. Fue Brazos quien abrió brecha en primer lugar.

—Algún buque pasará por las inmediaciones de la costa, señor. Mantengo preparada una inmensa pila de ramas y troncos en un cercano promontorio, para prenderle fuego y avisar de nuestra presencia.

—Siento decepcionarte, Brazos, pero es difícil que se produzca esa posibilidad. Los barcos que suben o bajan de Nutka hacia los presidios de California, se abren a la mar y ni siquiera llegaremos a otear sus siluetas.

—Pero el piloto Martínez nos echará en falta y enviará alguna embarcación en nuestra búsqueda —alegó el contraamaestre con seguridad.

—No nos creerán tan desplazados, porque derivamos muchas millas. Lógicamente, nos habrán buscado por el estrecho de Juan de Fuca, y en él se habrán adentrado, estoy seguro, pero es difícil que piensen en encontrarnos más de treinta millas al sur. Habrán preguntado a los indios de la isla Quadra, que nada sabrán de nosotros, aunque es posible que les comenten los días de temporal. Además, la ensenada que se nos abre bajo la gruta, está protegida por rompientes que velan<sup>[141]</sup> día y noche. Me parece buena y apropiada tu idea —me dirigía a Brazos, que exteriorizaba su desilusión—, y debemos permanecer atentos y en vigilancia permanente por si acaso. Pero creo que debemos buscar otra solución.

—Podríamos subir por la costa, hasta el estrecho, e intentar cruzarlo hasta la isla Quadra. Desde ahí, camino por tierra hasta la isla de Nutka —era otra vez el contraamaestre quien levantaba opinión.

—Es posible —no quería entrar en desilusión permanente, pero debía ofrecer mi verdadera opinión—. Debemos tener en cuenta que no hay rutas abiertas por esta costa acantilada, desconocemos la presencia indígena y para cruzar el estrecho necesitaremos una embarcación. Y si alcanzamos la isla Quadra, no es tarea fácil alcanzar el extremo occidental. Ya comentamos esta posibilidad con Macuina, para atacar el estrecho u observarlo en expedición desde tierra, posibilidad que desechamos.

—Entonces, señor —Brazos me miró con evidentes signos de resignación en su rostro, dejando la frase en mi dominio.

—Podemos construir una embarcación —terció Conejo con su habitual alegría—. Disponemos de buenos árboles, esas matas parecidas al cáñamo pueden utilizarse para ligar cordadas. Y la resina de los pinos, mezclada con algas pequeñas y arena, puede funcionar como improvisado calafateo.

—También he pensado en esa posibilidad —me afirmé al escuchar la versión que esperaba—. Sin embargo, antes de enfocar otra cuestión, deseo ponerles al corriente de nuestra situación geográfica.

Tomé un palo para dibujar en la tierra de la cueva el perfil de la costa en improvisado plano. Me dirigí a ellos con seriedad.

—Como desde la explanada divisamos el monte Olimpo con claridad, al nordeste

y a unas noventa millas más o menos, podemos decir que nos encontramos aquí — señalé un punto sobre el perfil trazado en la arena—. Esto significa que tenemos la isla de Nutka al noroeste y unas 240 millas. Pero navegar en esa dirección sería materia casi imposible en improvisada embarcación. Los vientos, por desgracia, son de componente norte en permanencia, y con balsa de fortuna no se puede pensar en navegar de bolina, sino de empopada casi a la fuerza. No estamos capacitados para construir una goleta, sino un lanchón de troncos unidos, con una vela redonda si conseguimos fabricarla, que permite al viento empujarnos de popa. Como pueden comprender, me refiero más a una especie de batea, de esas que navegan por los ríos entre rompientes y que achican el agua por sí solas, debido a su flotabilidad.

—Eso quiere decir, señor —alegó el contraмаestre—, que debemos navegar hacia el sur. Mucha distancia parece.

—No tanta, Elices. Si mis recuerdos de las cartas náuticas son correctos, y les aseguro que mi memoria es muy buena —les ofrecí una sonrisa para elevar la alicaída moral—, tenemos el cabo Mendocino a unas 370 millas, navegando a rumbo sur. A partir de ahí restarían unas 180 millas hasta la bahía de San Pablo y el puerto de San Francisco.

—A un rumbo ligeramente caído a levante —apuntó Conejo con aires de piloto.

—En efecto, pero casi al sur. Esa es, en mi opinión, nuestra única posibilidad de regresar a tierras cristianas, como dice Setum. Con un lanchón robusto y una vela de proporción, navegaríamos muy pegados a la costa para ceñirnos a ella si la mar aumenta, porque debemos esperar a situación de bonanza extrema, así como tomar leña y aguada necesaria cada cierto tiempo. Una vez en Mendocino, decidiremos si seguimos la ruta marítima, que personalmente recomiendo, o la terrestre, todavía sin abrir y con posibles problemas de indios, no siempre amistosos.

—Naveguemos al sur, señor —afirmó Setum con rotundidad.

—Hacia el sur —tronaron al unísono Conejo y Brazos, con alegres movimientos.

—¿Qué dice usted, Elices? —me sentí obligado a preguntar a la voz de la experiencia.

—Creo que tiene razón, señor. Después de todo, no son tantas millas y de empopada se puede conseguir. He visto construir muchos barcos y es posible la empresa, aunque solo dispongamos de dos hachuelas que deberemos conservar como oro en paño. Y en ese caso, deberíamos aprovechar la temperatura cálida, que esos lanchones con el agua corriendo en cubierta acaban por encharcar los pulmones. Y si llegan los fríos de fuerza, moriríamos.

—Estoy de acuerdo en todo con usted. Por supuesto, antes de iniciar esa incierta y temeraria navegación, deberemos hacer acopio de agua envasada en cualquier sistema, así como entablar a salazón pescado y carne, recolección de frutas en abundancia y todo lo que nos sea posible embarcar.

—¿Qué tipo de embarcación sugiere, señor? Me refiero a los detalles —preguntó Conejo.

—Una balsa de la que hemos hablado. Me limitaría a una especie de batea con troncos robustos, bien amarrados, rematada la proa en punta para que no impida demasiado el avance. Como los pinos son de altura, con una eslora de 25 pies sería suficiente. También utilizaría un par de troncos de refuerzo en borda baja por seguridad, dos remos por banda para las maniobras de entrada y salida de bahías, y un recio timón de palanca. En cuanto a la vela, es la tarea más complicada. Pienso en un mástil de tronco grueso y escasa altura, con una vela cuadrada en verga de postillón, de izar y arriar con facilidad y rapidez. Pero no sé de dónde podríamos obtener tanto lienzo.

—Lienzo de vela no ha de faltar, señor —tronó Brazos con alegre aspaviento.

—¿Cómo dices?

—Cuando Setum y yo recogimos lo que pudimos entre los restos de la Santa Lucía, no encontramos vela alguna. Pero dos o tres semanas después, divisé una de las cangrejas, o los restos de la misma, enganchada en las piedras que velan más al sur, cuando pescaba cangrejos. Hasta ahora la he utilizado para mantener la madera prevista para la hoguera en apretado montón, porque el viento me la desmontó en un par de ocasiones.

—¿Lo dices en serio? —no podía ocultar mi felicidad—. En ese caso, aunque haya de ser cortada y recosida, tendremos vela para el lanchón. Navegaremos hacia el sur y llegaremos a San Francisco, os lo juro por todos los Leñanzas que reposan en el camposanto de... —estaba a punto de nombrar el pequeño cementerio de Fuentelahiguera de Albatages, pero me contuve a tiempo—, en el camposanto de San Juan de Berbio.

—Manos a la obra —Brazos ya se levantaba, dirigiéndose a tomar una de las hachuelas.

—Tranquilos, muchachos. Llevamos muchas semanas aquí, y nada ganaremos con unas prisas que siempre suelen volar con el mal amadrinado en ellas. El contra maestre Elices y yo discutiremos y dibujaremos el perfil de la embarcación, para decidir los cortes de los árboles. Ya tendrás ocasión de utilizar esa herramienta, Brazos.

Comprobé en los rostros de los cuatro hombres una abierta felicidad, como si el puerto de San Francisco se encontrara a la vista y pocas millas de distancia. También yo gozaba de aquella sensación, aunque sabía que nos quedaba una larga, dura y peligrosa tarea por la proa. Sin embargo, Setum aplicó una de sus habituales sentencias.

—No se preocupen, que mi señor nos llevará a tierra cristiana sin mayor problema. Empresas más duras ha conseguido.

Miré a Setum con agradecimiento. Pero no crean que intentaba elevar la moral de todos con sus palabras. El sabio negro hablaba convencido a muerte de lo que decía.

Y nos pusimos a la faena con alegría y decisión, porque no existe mejor medicina

para la tristeza del alma que elevar la moral hasta la galleta de los palos. Y una vez más debí agradecer a los cielos la selección de aquel grupo humano reducido, una dotación de mar y tierra con moral extraordinaria y que unía las diferentes especialidades del cuerpo y el espíritu. Todavía hoy, si me exigieran una tarea como la que emprendimos en pérdida locura, seleccionaría cuatro hombres como aquellos, que aglutinaban la fuerza de los músculos de Brazos, la experiencia de años en la mar del contramaestre Elices, la osadía e inteligencia innata del grumete Conejo y la humanidad de Setum, por otorgarle una sola de sus infinitas cualidades físicas y morales.

Diseñé con Elices el lanchón, hasta entrar en el mínimo detalle, teniendo presente en todo momento lo que era posible fabricar en nuestra especial situación, sin caer en el yerro de muchos ingenieros, que hablan y disertan de las nubes como si pudieran encerrarlas en pañoles de guerra. Sin embargo, dejamos algunas decisiones para el momento de la verdad, porque conforme recorriéramos el camino era posible mejorar las ruedas de la carreta. Y aunque pueda parecer una inalcanzable ilusión, tres semanas después podía observarse la estructura de lo que ya parecía un lanchón de los utilizados en los arsenales para el traslado de fardos y enseres, aunque con unos troncos en basada que diferenciaban a lo grande.

Acabamos por extender la eslora hasta los 32 pies, con una manga de 12. Ya sé que puede parecerles de proporciones desmesuradas, pero lo creímos conveniente para que ofreciese la suficiente robustez y estabilidad, especialmente en proporción al palo y la impulsión de la vela, teniendo en cuenta que la quilla se limitaría a flecha volante, una de esas planchas de quita y pon que se utilizan en las bateas de las marismas cuando se abren a la mar. Los troncos se ligaron por doble cordada en trazo continuo, y aunque no fuera de absoluta necesidad, se alisaron los rollizos en las dos caras, procediendo al calafateado de fortuna.

En la tarea de fabricar una brea o material parecido, actuó de forma esmerada Conejo, quien se mantuvo más de tres días en pruebas continuas, hasta conseguir una mezcla que, en teoría, ofrecía buenas características. No puedo recordar con detalle los ingredientes, pero sé que incluyó la espesa resina de los árboles, algas machacadas hasta formar estopa y el jugo de unos frutos con aspecto de bayas que ofrecía cierta consistencia. Por el contrario, puedo asegurar que al calentar el producto y extenderlo en una primera prueba, parecía auténtica brea de calafate, aunque de color menos oscuro.

Y de acuerdo a mi idea inicial, instalamos una borda protectora de tres pies, embastada a tingladillo y compuesta por medios troncos, durísima faena que solo los músculos de Brazos pudieron atacar. Bien es cierto que recibió el adecuado auxilio de Setum, quien también se hizo experto en el uso de la hachuela, utilizada por primera vez en tajar mi mano a los vientos.

Por su parte, el contramaestre Elices se convirtió en maestro velero del día a la mañana, y para regusto de todos aliñó una vela redonda, amparada de firme en una

verga de 14 pies. Metido en tal especialidad, con bordura incluida, se ofreció a instalar dos fajas de rizos en ella, lo que me hizo reír por los bajos, al estimarlo como buena idea pero innecesaria. Debía ser que en toda faena acaba uno con la idea de la perfección.

Los momentos anteriores a la primera prueba en la mar, nos embistió el alma con una gran intranquilidad y preocupación, aunque nada exteriorizáramos, ni un simple gesto al aire. Llevamos a cabo el traslado el día 1 de octubre, cuidando el producto como niño recién nacido, cuando ya los vientos entraban con hielo en las crestas, aunque intentáramos ignorar tal condición. Es cierto que cada uno de nosotros temía en el fondo que aquel armatoste se desarmara en la primera ola, o se desbarataran los troncos con el simple hecho de depositarla sobre las aguas.

Pero no fue así y el extraño lanchón se posó sobre la superficie en calma de la playa con enorme dignidad, su palo de 20 pies izado con orgullo, mientras la forzábamos a ambas bandas para comprobar su estabilidad. Puedo declarar que poco expertos andábamos en coeficientes y razones de construcción, pero la lancha que bautizamos como Salvadora, presentaba un aspecto magnífico y de enorme robustez. Faltaba por calar el palo en su tintero, así como instalar la quilla, tarea que sería necesario acoplar en su momento.

Y de forma frenética, nos pusimos a la faena del acopio de víveres y aguada, aunque ya en las últimas semanas cazábamos y pescábamos en previsión. El problema del agua lo resolvió también el contramaestre Elices, fabricando unas pipas con el trapo sobrante de la cangreja, al que aplicó la resina caliente en doble vuelta. Y aunque dudáramos que el líquido de vida se mantuviese en condiciones de potabilidad suficiente, comprobamos que no perdían una sola gota.

Creo que marcábamos los últimos retoques a lancha y bastimentos, cuando decidimos ofrecernos un festín de despedida, por si no comíamos caliente en algunas semanas. Setum fue el encargado de cazar la res, con el último tiro que le restaba al fusil. Y por fortuna, no marró el africano, de tal forma que arrastró con la ayuda de Brazos un enorme ejemplar, con una cuerna digna de pabellón real de caza. Y mientras comíamos a gusto y tirón de ballena, Conejo nos ofreció un nuevo regalo de su sabiduría.

—Creo que todos ustedes han olvidado un detalle de la mayor importancia.

—¿Olvidado? —preguntó Setum con interés.

—¿Qué hemos olvidado, grumetillo? —preguntó Elices con su habitual tono paternal.

—Dicen los reglamentos que toda embarcación ha de disponer de ancla o rezón, acorde a su envergadura. La lancha Salvadora no dispone de ferro alguno.

—También le faltan dos palos, un bauprés, artillería y algún otro elemento —comenté entre risas.

—Ha de reconocer, señor, que nos sería de gran utilidad un rezón. Puede tratarse de elemento imprescindible en ocasión propicia, para evitar que la lancha derive

contra las piedras en algún peligroso momento.

—Tienes razón, Conejo. Y podríamos fabricar alguna. Los romanos las hacían en piedra dura para sus pesqueros, con un agujero por el que pasar el cable en su interior. Pero sería tarea lenta y pesada, sin las necesarias herramientas.

—No hará falta llegar a ese extremo, señor —ahora ofrecía una sonrisa de banda a banda—. Llevo varios días, mientras pesco cangrejos y moluscos, buceando por donde se perdió la Santa Lucía. Y por fin encontré lo que buscaba, uno de sus pequeños rezones. Creo que es ideal para la Salvadora.

—Bendito sea Dios —exclamó Elices—. Bien hecho, muchacho, que tienes razón en tus palabras. Pero habrá que fabricar una estacha más, porque ese rezón necesita cable de seguridad.

—Lo fabricaré a conciencia —contestó Conejo con orgullo—. No se preocupe.

Como es fácil comprender, el buen humor y la moral se mantenía por las nubes, porque todo eran esperanzas de futuro. Sin embargo, no queríamos profundizar los pensamientos sobre la larga navegación que se abría por nuestra proa, teniendo en cuenta la embarcación de fortuna que alistamos. También yo aparté aquellas ideas que a ningún puerto conducían. Como me repetí a menudo en aquellos días, poco teníamos que perder, salvo algún remojón del cuerpo y la vida en la mar, que no es mayor tragedia para marino profesional. Pero confiaba en aquel grupo y, por encima de todo, confiaba en mi buena estrella, como habría dicho Pecas.

Por fin, en la mañana de un domingo con cielos despejados y vientecillo frío, consideramos rematada la faena de preparación, dando la voz de listos para salir a la mar, que entonó Conejo en guasa. Aquel 25 de Octubre, festividad de San Crisanto, se abría la esperanza a portillones abiertos, mientras observábamos la Salvadora en las aguas, amparada por el rezón en corto. Fue el momento de la decisión.

—¿Cuándo estima que debemos hacernos a la mar, señor? —preguntó Elices con respeto.

—Aquí no hacemos nada y el tiempo augura en bueno. Tan solo habrá que utilizar los remos a fondo, para librar ese pequeño estrecho que se abre entre los rompientes. ¿Queda algún material de utilidad en la cueva?

—Nada —sentenció Setum.

—Pues elevemos el corazón a los cielos, y que nuestro Señor Jesucristo, así como su Santa Madre nos iluminen en la empresa que acometemos. Y no olvidemos que somos una dotación de la Real Armada, aunque nuestro pabellón a popa sea pequeño y de colores inciertos —señalé la pequeña bandera, confeccionada por Conejo en uno de sus últimos detalles—. Aunque no ice insignia en esta ocasión, juro que haré llegar esta embarcación a puerto.

—¿No deberíamos despedirnos oficialmente de esa gruta que salvó nuestras vidas? —apuntó Conejo.

—Nada nos retiene en ella. Algún marino volverá a utilizarla y encontrará tu calendario esculpido en sus paredes —aseguré con decisión.

Y sin ningún comentario más, cobramos el rezón hasta estibarlo a bordo y empujamos la lancha hacia la mar. Ya Setum y Brazos andaban a los remos, tarea de fuerza para mover el pesado armazón, mientras saltábamos a bordo los restantes. Y pronto eran cuatro los remos en avante, tarea que imposibilitaba mi mano de madera, porque aunque comandante del lanchón habría echado una mano al contraмаestre.

Con el empuje de los remos, unido al noble factor de una mar en calma absoluta, superamos el rompiente sin mayor dificultad. Fuera de piedras y a suficiente distancia del peligro, ordené izar la vela mayor, como si navegáramos en navío de tres puentes. Fue Conejo quien cobró de la driza, con lo que el sonido de la verga al raspar sobre el palo nos hizo despertar de un sueño. Una vez la vela izada hasta su tope comprobamos, alborozados por la sorpresa, que el trapo bebía el viento como si se encontrara esperando tal caricia durante meses. Y la lancha Salvadora comenzó a navegar, hociendo la proa con suavidad, una acción que nos dejó a todos embelesados porque, en el fondo de nuestras almas, dudábamos que un conjunto de troncos, en glorioso y extraño caparazón, pudiera deslizarse por la mar.

Durante algunos segundos nos mantuvimos en silencio. Supongo que algunos elevarían plegarias a sus especiales advocaciones, mientras otros dirigirían sus pensamientos hacia los seres más queridos. Por mi parte, fue entonces cuando comprendí que nuestro buque era más poderoso de lo que imaginamos en un principio, y que sería capaz de conducirlo a su destino. Miré mi mano de madera, una acción que me hizo sonreír. En aquella bahía de la Mano Perdida, como la bauticé, dejé un trozo de mi cuerpo, pero gané algo mucho más importante.



## *Rumbo a la ventura*

Y nos lanzamos a la ventura, que ninguna palabra podría definir mejor la empresa acometida, con entusiasmo a raudales y la esperanza como faro de recalada, emplazada a muchas millas de distancia. Es cierto que la juventud enmascara a favor cualquier sentimiento, al tiempo que puede allanar las montañas interpuestas en el camino, pero también los años cubiertos a la espalda pueden conceder tal privilegio. Y ofrezco tal reflexión porque al observar en aquellos primeros momentos el cuarteado rostro del contramaestre Elices, en tornaviaje definitivo de su vida, encontraba los mismos rastros de convicción y fe ciega anidados en los demás, unos ingredientes que necesitábamos en generosa cantidad.

Muy pronto, apenas bebidas las primeras aguas, comprendí que la Salvadora era robusta y capaz de navegar con bastante seguridad, pero a la vez comprobaba que nuestra velocidad se reduciría al mínimo y solo con vientos de fuerza avanzaríamos en suficiente medida. Son muchas las cualidades que solo con la práctica se aprenden en esta vida, y la muestra se ofreció a las claras. La preocupación entablada para que el lanchón aguantara la mar, cabeza de combate en todos nosotros desde el primer boceto, se manejaba en contra de su velocidad, al punto de comprobar en las primeras horas que era poco el trapo a desplegar con tanto peso.

Muchas veces me recriminé en los siguientes años lo que podría ser definido como excesiva alegría juvenil, un lanzamiento al vacío sin una mínima y necesaria comprobación. Aceptaría la culpa sin protesta, aunque siempre obrara pensando en lo mejor para mis hombres y, sin declinar la responsabilidad del mando, con el consentimiento general. Como decía don Antonio Barceló, no se moja el culo quien lo mantiene en seco todo el año, y solamente se equivoca quien decide en compromiso. Pero aunque los dados cantaran la suma en jugada muerta, no todo se embarcaba en condición negativa, porque los espíritus andaban en vuelo y las primeras singladuras se abrieron en esplendoroso rocío.

Durante las dos primeras semanas, se mantuvo la mar en condiciones de dulce, aunque escaseara el viento en demasía. Por fortuna, seguía entablado de componente norte, pero su intensidad se tornó huidiza, con rachas de fresco que acababan por caer a suaves ventolinas, que poco empujaban a popa. Además, durante las noches, tan cercanos a tierra por necesidad y precaución, cambiaba la brisa a terral, casi de levante, con lo que era necesario mantener la caña a una banda y comprobar un alejamiento que no deseábamos. Aun en estas condiciones, creo que acabamos la primera semana de noviembre con unas doscientas millas navegadas, cercanos al paralelo de los 43 grados, única referencia que era capaz de tomar con una

ballestilla<sup>[142]</sup> acoplada de fortuna.

En esas dos primeras semanas a bordo de la Salvadora, atacamos la costa en dos ocasiones, al observar ensenadas apropiadas. En la primera fuimos afortunados, al encontrar aguas claras en arroyo cercano y poder rellenar nuestra pipería. Sin embargo, la segunda parada se convirtió en un chasco monumental, al perder dos días en busca de un líquido que no llegó a aparecer.

Para bien y para mal, la tercera semana nos entró la bóveda en chubascos, vientos frescos o superiores, con mar en danza de altura y un aguacero final que bendijimos al trote. Arriamos la vela con la mayor velocidad, y con ella abierta en cruces, acopiamos todo el agua posible, que no fue poca. Y decía que también para mal, porque la mar nos hizo sufrir a quebranto, al punto de hacerse necesario fabricar unos amarres de seguridad, anudados a la cintura como los gavieros, en vista del peligro que los bandazos en lancha abierta producen. Pero ganamos millas avante, factor enclavado en la cabeza como único pensamiento, lo que aumentaba en progresión nuestra esperanza.

Creo que fue al final de la cuarta semana, lo que apuntaba en un diario de a bordo confeccionado con hojas y señales, cuando avistamos el cabo Mendocino, y aseguro tal condición porque así me lo aseguraron el contraamaestre Elices y el grumete Conejo, porque era la primera vez que tal accidente observaba. Al escuchar aquel nombre, que significaba más de la mitad en la derrota emprendida, se produjo una explosión de felicidad a bordo.

—¿Está usted seguro, Elices? Pregunté por segunda vez, incrédulo de haber alcanzado dicha situación, aunque las estrellas no suelen mentir.

—Tan seguro como que mi mujer es vieja, gorda y fea —debieron parecerle excesivos los adjetivos negativos, porque pasó a menores con rapidez—, lo que no disminuye un ápice el cariño que le profeso. He navegado en todas las subidas hacia el norte, y en una ocasión nos acercamos a la vista de este cabo para que los pilotos levantaran sus planos.

—Es el cabo Mendocino, señor. No cabe duda posible —corroboró Conejo, más de oídas que otra cosa—. Y esto quiere decir que estamos a menos de doscientas millas de San Francisco. Ya huelo el puchero caliente, que se bufan mis labios de tanta carne seca.

—Pues si en más de veinte días hemos recorrido 370 millas en briosa empopada, esta Salvadora no batirá récord alguno de la milla corrida —apostilló Brazos de buen humor—. Recemos una vez más para que la mar continúe en positiva bendición y con alguna carga del viento norte fresco o cascarrón, aunque nos deje los huesos maltrechos.

—No hay necesidad de vientos cascarrones, que con los frescos me conformo —alegué entre sonrisas—. Mucho duelen los golpes de estos rollizos entre las olas.

—Ustedes, al menos, son jóvenes —protestó el viejo contraamaestre con sonrisa abierta—. Mis piernas sí que notan este continuo movimiento y el agua en la barriga.

Dios quiera que no se alargue demasiado la tortura.

Debo aclarar que la estanqueidad del forro se deshizo poco a poco, y ya en aquellos días la mar brotaba por todos lados, incluso de los fondos, lo que mantenía nuestros cuerpos en permanente humedad. Por fortuna el frío se apagaba durante el día, aunque durante las noches nos acurrucábamos unos contra otros, buscando un calor que no brotaba ni del corazón.

El tal cabo Mendocino pareció planchar la mar y alejar el viento a distancia de brujas. Por desgracia, el mismo día del avistamiento entramos en una encalmada de ración, la peor condición que podíamos sufrir de acuerdo a los planes embastados y las características de la Salvadora. Es cierto como la muerte que la impaciencia reina cuando se sufre de largo y, en nuestro caso particular, nos manteníamos a la vista de la costa sin progresar una sola yarda. Y tal condición nos obligaba a entrar a los remos, porque las corrientes, desconocidas para mí, y los soplos nocturnos del terral nos separaban más de la cuenta, con lo que cada mañana debíamos recuperar la distancia perdida.

Decidí racionar el consumo de agua porque no rendía el conjunto a las cuentas embastadas ni de lejos. Por desgracia, algunas pipas se desbarataron por la resina en cenizas, lo que produjo una merma de rigor más que peligrosa. Ese fue mi cáliz permanente a partir de aquellos días, que me hacía mirar las pieles con ternura y pavor. Por tal motivo, dudaba en aproar a tierra, hacia una ensenada que, en opinión de Elices, debía abrirse antes de alcanzar la punta Arena, por no forzar el remo en cuerpos doloridos y mal alimentados que llamaban al descanso. Y acabé por tomar tal medida, al comprobar que la calma seguía en casquete y necesitaríamos el líquido para sobrevivir.

Fueron dos días en los que descubrimos a fondo el verdadero peso de la Salvadora, porque ganar una sola milla se hacía faena de león. A tal punto llegó el esfuerzo en mis hombres, que decidí relevar con Elices, tomando el remo con la mano derecha y el antebrazo izquierdo en palanca. El resultado, como era de esperar, rendía en mala faena de boga, pero no podía exigir más al viejo contramaestre que se negaba a emitir una protesta. Por fin, alcanzamos la costa para descubrir con abierta desilusión, que no aparecía arena a la vista ni entrante de piedras por el que circular. Con el ánimo entristecido decidí mantenernos a muy corta distancia de tierra, en espera de repasarla hasta encontrar avío, aunque el viento necesario se negara a entrar.

Por fin volvió a saltar el norte, fresco, mientras la mar formaba olas largas, de esas que llaman de canoa. Y habíamos rebasado el mes de navegación, cuando avistamos una playa de enormes proporciones, tras franquear una punta de piedras negras. Echamos el resto en las perchas una vez más, hasta conseguir varar la lancha en la arena, cuando ya el alma suspiraba a batientes. Tan agotados entramos, que fue difícil meter la Salvadora en seco, porque hasta Brazos parecía haber perdido gran parte de su fortaleza.

Descansamos durante un día, tumbados en la arena y con la vela sobre nuestros cuerpos, sin ánimo siquiera de amasar leña para prender fuego. Y al día siguiente nos abrimos en tres direcciones, para buscar la pertinente aguada, más bien hacia las piedras que suelen guardar el tesoro entre sus grietas y conchas. Pero regresamos a la playa con las manos tan vacías como el estómago, los pies rayados y el alma en tinieblas. Al menos secamos los cuerpos empapados, aunque la escasez de agua comenzaba a mostrar la peor de sus caras.

Al día siguiente dirigimos la búsqueda en dirección sur y hacia dentro, mientras Setum quedaba en funciones de pesca, por ser el más hábil en dicha facultad. Aunque los cielos andaban en cerrazón, no largaban gota mínima, por lo que era necesario continuar la búsqueda en lo que, a nuestros ojos, se convertía en pedregoso desierto. Y cuando volvíamos en la tarde, secos y desesperados del infortunio, se cerraron los cielos en rayos y truenos, al tiempo que descargaban agua en ríos. Salimos corriendo, porque todavía nos faltaban muchos metros hasta la playa, sufriendo al pensar en la vela que podía recoger tanto líquido.

Con el resuello a muerte alcanzamos la Salvadora, para comprobar que Setum había emplazado la vela en cuatro puntas y la lona se llenaba como un lago de maravilloso color. De esta forma, conseguimos rellenar las pipas, al tiempo que bebíamos como sapos en primavera, un placer que ni los mejores vinos del mundo podrían igualar. Además, nuestro sabio africano había pescado gran cantidad de cangrejos en las rocas, algunos rojos y con tamaño de perola familiar, con lo que se preveía un festín para cuando aliviara la tormenta. Y así fue, en efecto. Avivado el fuego, tomamos sopa de mar y cangrejos hasta reventar los vientres.

—¿Cómo has fabricado una sopa tan rica? —preguntaba Elices—. No creo que haya probado tan delicioso manjar en toda mi vida.

—Cangrejos y agua. Lo que sucede es que la sal la llevan dentro y dan más sabor, al ser cocidos previamente en agua de mar —Setum daba todo por sentado—. Pero es el hambre lo que hace cambiar los sabores a mejor, mientras el agua dulce devuelve las ganas de reír.

—En ese punto tienes toda la razón. Menos mal que preparaste la lona para recoger la aguada, que en esta costa no encontraremos una gota en cien millas a la redonda —Brazos palmeaba el hombro de Setum con cariño y agradecimiento.

—Estoy de acuerdo con Brazos —alegué en plena seguridad—. Estos cangrejos gigantes ofrecen una carne exquisita, así como una sopa digna de palacio. Esta noche dormiremos mejor, pueden estar seguros. Y es necesario mantener el fuego para quedar bien secos y calientes, que debemos extraer la humedad de los huesos al tope. Pronto nos haremos a la mar para cruzar la última etapa, si así lo quieren los vientos.

—Han de quererlo, señor —sentenció Setum.

En efecto, tomamos la cama de arena como plumas de miraguano, hasta entrar en dulce modorra. Creo que esa noche dormí con especial placidez, a la vez que recobraba la esperanza.

Descansamos en la bahía Setum, como bauticé aquella milla de arena que nos aliviara en oportuna medida, dos días más, decisión que no pareció gustar a todos por causa de la impaciencia, cualidad de calamitosos efectos en la mar. Y volvimos a la faena el día 1 de diciembre, si las cuentas de Conejo no erraban, un regreso a la humedad y el remo que poco atraía los corazones. Sin embargo, una idea negativa se agitaba en mi cerebro sin poder apartarla, la dificultad de encontrar aguada en los parajes de la costa, que no son islas con torrenteras ni mucho menos. Por esta razón repasó Elices las pipas y disminuí la ración al mínimo, pensando que tan solo nos separaban 180 millas de San Francisco. No podíamos confiar en los cielos por siempre y más valía prevenir en cuerdas.

La mar volvió a favor, con vientos entablados del noroeste, frescos de intensidad, con huecos de vagajillo que clavaban la Salvadora como rezón en arena. Pero la costa tendía a babor, por lo que establecí dos turnos de boga al día, para equilibrar el rumbo. Y no crean que no intentamos bracear la vela, pero desistimos de la maniobra preparada de antemano, porque no servía más que para marear los brazos.

Me extrañaba que, hasta el momento, no hubiésemos descubierto presencia alguna de nativos en la costa. Y no es que la deseara, porque nunca se sabe la bondad de sus sentimientos y pueden entrar a muerte. Por esa razón hube de restregar mis ojos cuando, cuatro o cinco días después, avistamos una pequeña canoa con seis indios, separándose de la costa en nuestra dirección. A cierta distancia no podíamos olfatear peligro alguno, pero conforme cerraban distancia nos asaltó la preocupación, porque no aparentaban signos de paz, con sus lanzas elevadas en continuos movimientos.

Me tomó lo que ya se entablaba como próximo combate un tanto desprevenido, de forma que dudaba sobre la acción a desarrollar, salvo repartir las hachuelas, bayonetas y escasas armas a disposición. Pero creo que fue la genial idea de nuestros hombres lo que nos salvó el pellejo. De pronto, y sin que nadie lo esperara, Setum se encaró el fusil sin pólvora al hombro, en posición de disparo, al tiempo que emitía terribles gritos guturales, como nunca los había oído. Y Brazos cooperaba en la acción, agitando una larga bayoneta, moviendo los brazos y elevando voces cercanas a la locura.

Estas acciones parecieron desconcertar a los indios, con plumas en sus crestas y a escasa distancia, de forma que cesaron sus aspavientos guerreros y lo que parecían rituales de combate, para virar en redondo y a toda marcha, como si hubiesen descubierto el dios de la muerte en nuestra lancha. Y se lanzaron hacia la costa a mayor velocidad todavía, con el rabo entre las piernas. Quedé feliz con aquella renuncia porque, con sinceridad, ya me veía ensartado en alguna de aquellas picas. Conejo entró al quite, como de costumbre.

—Han debido ver la corpulencia de Brazos o mis músculos pectorales —el grumete accionaba sus raquílicas extremidades en resorte, hasta producir la risa general.

—No comprendo todavía a qué se debería ese repentino cambio —dije con sinceridad—. Parecían decididos a entablar lucha con nosotros.

—Suelen ser cobardes —aseguró Elices—. Si huyes, aumentan los gritos y te cortan los pelos con piel incluida. Pero si les tomas frente, suelen salir de tropel. Habrán observado nuestras armas y la disposición de no salir al remo en escapada, y pensarían que era mejor dejar la faena para otro día.

—También es posible que no hayan visto hombres de raza negra en su vida —apuntó Conejo—. Setum, con su fortaleza, el fusil encarado y esos gritos inhumanos, es capaz de ahuyentar a una brigada. A mí me puso los pelos de punta.

A pesar del éxito, me dejé la escena con la mosca detrás de la oreja, razón por la que, a la mañana siguiente, una vez separados de costa en permanente ritual, mantuve la lancha a mayor distancia para evitar cualquier encuentro.

Reconocimos la Punta Arena el siete de diciembre, momento en el que, según palabras de Conejo, se oía a la bahía de San Pablo, donde rinde curso el río Sacramento y se emplaza el presidio de San Francisco. Pero me seguía preocupando la falta de agua y víveres, porque debimos arrojar al mar el pescado seco restante, con tanto moho y grietas verdes en su superficie, que no aconsejaba ser metido en el buche. El viento, posiblemente por la dirección de la costa, se hizo roladizo, haciéndonos bailar demasiado con las perchas, lo que aumentaba el consumo del líquido que deseaba evitar. Pero quedaban pocas millas y era necesario un último esfuerzo.

Y entramos en lo que consideramos como últimos días de travesía y sufrimiento, que también yo creía oler a San Francisco, cuando la mar decidió por su cuenta y no a favor, como hasta el momento. Debía ser el once de diciembre cuando la mar y el viento comenzaron a cargar, poco a poco, pero sin decrecer una línea. Se entabló el ventarrón del norte en pura tramontana, cascarrón de fuerza, al tiempo que las olas se elevaban hasta hacernos perder de vista la costa. Y por desgracia fue a más, con lo que entramos en nuevo temporal, una condición que ya nuestros cuerpos apenas podían aguantar.

Deben tener en cuenta que tanto la mar como el viento se aprecian con distinto rasero, dependiendo de la embarcación en la que se navega. Aquel temporal habría sido capeado sin problemas añadidos por cualquier goleta mediana, pero no deben olvidar que la Salvadora era un conjunto de troncos arrimados, con cordadas de palma que en cualquier momento podían saltar. De esta forma, reconozco que sentí hundirse el mundo a mis pies, al comenzar a luchar de nuevo contra una mar que llevaba meses dispuesta a tragarse mi cuerpo.

No era posible maniobra alguna, salvo arrancar la vela en cubierta, amarrarnos a muerte contra los fondos y rezar para que los maderos aguantasen. Porque comenzamos a saltar en el aire como un corcho en torrentera. Las olas, vistas desde la superficie, parecían llegar en golpe definitivo, mientras la Salvadora se montaba en sus crestas, para caer en vaguada como manteos de feria. Pero los golpes eran

inevitables, porque es imposible la tensión permanente y la cubierta no era de algodones.

Como suplicio no merecido, nos mantuvimos en aquella situación, barridos por la mar y el viento, durante cuatro días difíciles de olvidar. Llegó un momento en el que, entre los ruidos propios de la mar, se escuchaba algún perdido gemido o un rezo elevado en piedad. Por mi parte, repasaba con la vista las cordadas de unión, a sabiendas que eran la seguridad necesaria para no perder la vida sin remisión. Y aunque algunas se quejaban con sonidos graves, parecían mantenerse en condiciones.

Por fin, en la quinta mañana pareció entrar el viento a menos, hasta rendir a voluntad y calmar las aguas. Una vez con suficiente estabilidad y librados de las estachas de seguridad que marcaban nuestras carnes a muerte, hicimos un triste recuento. De las armas y herramientas, solo quedaba una hachuela, la que cortara mi mano y deseaba quedar como testigo. Todo lo demás había volado a pesar de encontrarse convenientemente aferrado, así como las dos bolsas de víveres y casi toda la aguada. De las bordas de protección faltaba casi toda la de babor, mientras la quilla había quedado en el camino, con lo que la deriva sería mucho mayor. Y la peor de las noticias fue el comprobar que faltaban dos de los remos, con lo que la propulsión en caso de necesidad quedaba reducida a otros dos solamente. Y no lo estimen como falta de previsión, que una ola ampollada en blanco es capaz de arrebatarle el alma.

Intenté alegrar la cara y mostrar optimismo, aunque no debí conseguirlo. Para rebajar la moral todavía más, la costa se difuminaba en una línea gris a demasiada distancia, lo que nada bueno podía vaticinar. Conejo me sacó de tan tristes pensamientos.

—¿Habremos derivado mucho al sur, señor? —ya no usaba de su habitual alegría.

—Me temo que sí, tanto que San Francisco ha debido quedar al norte.

—Bueno, Monterrey queda a menos de cincuenta millas al sur. Es posible que estemos a su altura.

—Es posible —lo miré con afecto—. Pero deberemos acercarnos a remo, teniendo en cuenta que el viento se mantiene de componente norte.

Todos escucharon mis palabras, porque así lo consideré oportuno. No debía engañar sobre la verdadera situación. Aunque el viento tendía a la calma chicha, nos encontrábamos a demasiada distancia de tierra y con dos remos sería tarea de gigantes.

—Pues a los remos —era Brazos quien se levantaba—. Si hay que remar, señor, lo haremos. Prefiero reventar a los remos que morir sin esfuerzo.

—De acuerdo. Pero esperemos a que calme el viento y se ablande más la mar, o echaremos las fuerzas en regalo.

Con mi rudimentario sistema de la ballestilla, que se mantuvo milagrosamente bajo la lona, calculé nuestra latitud en los 37 grados, lo que quería decir que a babor y a unas quince millas teníamos la ciudad de Monterrey. Pero al tiempo era desesperante tal noticia, porque nada bueno debía presagiar en ley. Necesitaríamos

varios días de remo, un esfuerzo enorme, y que la mar no se alzara una mota. Todo ello sin contar con la falta de alimento y escasísima aguada a disposición.

Pero nos pusimos a la faena, entrando todos a ritmo. Para mí llegó a ser un suplicio, que nunca eché en falta la mano derecha en tan gran medida. Se notaba que la lancha avanzaba cuando Brazos y Setum andaban al remo, mientras cabeceaba perezosa con los demás. Aunque no lo demostrara, estimaba la hazaña como imposible, convencido que cuando hubiéramos acertado la mitad de la distancia, llegaría la mar a revolearnos de nuevo y hacernos derivar al sur. Pocas veces en la vida creí rendirme, bien lo sabe Dios y sus santos, pero aquella fue una de ellas.

Y como los males vienen siempre en peor compañía, Elices quedó fuera de servicio al día siguiente. Ya le notaba algunos síntomas del maldito escorbuto, tan fácil de adquirir por quien reincidía por cuarta o quinta vez. Llevaba bastantes días quejándose de reuma en las rodillas, pero pronto se sintió atacado también de dicho dolor en el pecho, a la vez que la piel y las encías no dejaban duda sobre la temida enfermedad, esa maldita peste de la mar que tantas vidas se cobró en nuestras dotaciones.

Aunque continuábamos al tajo, la línea de tierra parecía mantenerse anclada en la distancia. Pronto llegué al convencimiento, que las corrientes debían alejarnos de la costa a la misma velocidad que avanzábamos. El tiempo transcurría y, poco a poco, rebajamos la fuerza a imprimir sobre las perchas, hasta mirarnos a los ojos con la muerte escrita en el rostro. Todavía Conejo atisbo una última chanza, como señal de despedida.

—Parece mentira morir tan cerca de casa propia y a la vista.

El comentario no recibió palabra de respuesta o una leve sonrisa de agradecimiento. Y para derribar el panal, ni siquiera Setum entró a los rezos y promesas tan propios en su persona, lo que abatió más todavía la moral derretida. Me dejé caer sobre los troncos de popa, cerrando los pensamientos, que cuando te rindes a la vida ni siquiera recuerdas a los que dejas.

Aquella misma noche volvió a entrar la mar, aunque en marejada solamente. No di la orden de amarrarse en seguridad, porque ya no quedaba nada por ordenar. Me dejé mecer por las olas en vaivén, sin tristeza en el alma, que ni fuerzas para tal sentimiento disponía.

Según me contaron, el 21 de diciembre nos recogió el paquebote San Antonio, aquel buque donde surcara las aguas del mar del Sur en primera ocasión. Navegaba de San Blas a Monterrey en comisión de transporte y levantamientos, cuando a la altura de Piedras Blancas, 40 millas al sur de Monterrey, el vigía divisó la lancha por pura casualidad. La suerte negada con tanta insistencia, quiso bendecirnos esta vez, porque en lugar de abrir la derrota hacia la mar, como era usual, la embarcación se mantenía ceñida a la costa para comprobación hidrográfica, con lo que pudo atisbar nuestra presencia. Como última sorpresa y aunque parezca increíble, que así se comporta la mar a su gusto, la lancha Salvadora se encontraba en aquellos momentos

a quinientas yardas de tierra.

Nuestra situación era deplorable, casi en inconsciencia, deshidratados y con síntomas de escorbuto más o menos profundos. A bordo nos ofrecieron los primeros auxilios que, sin duda, salvaron nuestras vidas. Bueno, no todas. Por desgracia, el contramaestre Elices murió dos días después, pocas horas antes de arribar a Monterrey. Se perdía así un hombre que había entregado su vida a la mar y la Armada, cuyos huesos habrán nutrido a los peces de aquellas aguas cálidas que tanto amaba, a muchas millas de distancia de su Mérida natal. Aunque el buque se encontraba a corta distancia de puerto, las normas eran rígidas y había que cumplirlas. En un acto que tantas veces se llevó a cabo en los buques de la Armada, sus restos fueron lanzados al mar en especial ceremonia. Cuando tuve noticia sentí no haber asistido al triste acontecimiento que, como comandante suyo, me correspondía presidir.

Desde la salida de Nutka a bordo de la goleta Santa Lucía, había perdido nueve hombres. Y un triste pensamiento me asaltó siempre que he repasado aquellos días. Tantas vidas empeñadas en empresas de enorme importancia para España, sin que las autoridades competentes, con el trasero caliente y a buen recaudo, llegaran nunca a comprenderlo. Y por supuesto, unas acciones heroicas desconocidas u olvidadas por todos.

Pero volviendo a los primeros momentos de vida recobrada, mis recuerdos se centran en brumas y rumores, como si viajara envuelto entre nubes blancas. Escuchaba voces y veía sombras, pero seguía convencido que se trataba de los últimos momentos de mi vida.



Recorrido de Francisco de Leñanza con motivo de su destino en San Blas.

## *Un collar de perlas*

El día de la Natividad del Señor arribó el paquebote San Antonio al apostadero de San Blas, desembarcando a cuatro hombres en lastimoso estado de salud. Fuimos trasladados al hospital que, por gracia del destino, potenciara con tanto interés en mis meses de jefatura, donde poco a poco recuperamos la salud. El grumete Conejo, debido posiblemente a su debilidad natural, fue quien más tiempo necesitó para avanzar hacia la luz, debatiéndose en enconada lucha contra la muerte durante varias semanas. Por el contrario, Brazos, Setum y yo comenzamos pronto a recuperar las fuerzas. Y conforme afirmaba mi recuperación, llegó el momento de las sorpresas, que de todo se aparejó en la viña.

La primera de ellas, entrada en altura, la recibí en el hospital cuando aquel año de 1789 ofrecía sus últimas boqueadas. Aunque débil de fuerzas y con ligeros mareos intermitentes, una mañana comprobé, sorprendido, la presencia de un hombre de regular estatura, con uniforme de capitán de navío, a mi lado. Se mantenía como estatua en silencio, mientras clavaba su mirada en la mía. Debía llevar algún tiempo allí, hasta comprobar que despertaba de mi somnolencia. De forma instintiva, intenté incorporarme, lo que me fue impedido con generosa amabilidad.

—Quede usted tranquilo y piense solamente en descansar.

—A sus órdenes, mi comandante. No sabía...

—Nada puede saber de mi presencia —su sonrisa me tranquilizó—. Recuerde que abandonó San Blas hace más de diez meses. —Se presenta el teniente de fragata...

—Deje las formalidades, por favor —levantó su mano en mi dirección—. Sé quien es usted, así como las aventuras corridas, Leñanza. Comprendo su sorpresa al comprobar mi presencia, pero por fin hicieron efecto las continuas peticiones elevadas por el virrey de Nueva España a la Secretaría de Marina. Soy el capitán de navío Juan Francisco de la Bodega y Quadra, destinado de nuevo a este apostadero, ahora como comandante del mismo. Abandoné el puerto de Cádiz a bordo del navío San Ramón, a principios de junio de 1789, acompañado de otros oficiales, dos tenientes de navío y cuatro alféreces de navío, incorporados a San Blas bajo mis órdenes.

—Un capitán de navío y seis oficiales de guerra más —mis ojos denotaban la sorpresa—. Vaya un lujo.

—Es comprensible que lo considere así, porque usted solo cargó sobre sus hombros la ingente tarea que hemos acometido a nuestra llegada. Y debo decirle que alabo su extraordinaria labor en este arsenal, un excelente trabajo que detallo en el informe elevado a la Secretaría de Marina.

—También cumplí con las órdenes recibidas en la isla de Nutka. Tomé posesión y levanté el fuerte...

Otra vez me hizo cesar con su mano, al tiempo que elevaba una sonrisa de benevolencia.

—No se canse en largas explicaciones que no son recomendables en su estado. Lo sé todo y con el máximo detalle. Es más, soy yo quien debería narrarle los tristes acontecimientos que desconoce.

—¿Tristes acontecimientos? —se encogió mi corazón sin razón aparente, hasta imaginar la peor de las desgracias—. ¿Se perdieron más hombres?

—No van los tiros por esa banda. Pocos días después de que el paquebote San Carlos saliera en convoy con los buques apresados y su salida en exploración al estrecho de Juan de Fuca, arribó a Nutka el paquebote Nuestra Señora de Aránzazu, al mando del piloto José de Cañizares.

—Lo recuerdo. Esperábamos su llegada con impaciencia porque, tras aprovisionar a los presidios de California, debía fondear en Nutka con refuerzos y provisiones.

—Por desgracia, en Monterrey recibió una orden terminante e inesperada del virrey, el arzobispo don Manuel de Flores, que debía transmitirle a usted. La expedición bajo su mando debía abandonar el puerto de Nutka inmediatamente y regresar a San Blas.

—¿Abandonar Nutka? —mi asombro era real y sin medida—. ¿Por qué?

—Bueno, según tengo entendido no llegó a conocer en persona al virrey Flores, aunque le llegarían suficientes comentarios sobre su figura. Nunca fue hombre de firmes decisiones y dudaba hasta de la camisa a vestir en la alcoba.

—¿Y se abandonó fuerte y surgidero? Todo el esfuerzo arrojado por la ventana —bajaba el tono de mi voz hasta un imperceptible susurro.

—La orden fue recibida por el piloto Esteban José Martínez, que usted dejó al mando durante su ausencia. El pobre hombre sufrió de la rabia y desesperación que es fácil suponer, mientras esperaba su regreso. También decidió aguardar la llegada del San Carlos, por si se revocaba tamaño disparate. Sus preocupaciones aumentaron al comprobar que pasaban los días y no aparecía usted en la goleta Santa Lucía, al punto de salir a la mar hacia el estrecho de Juan de Fuca, donde envió la lancha de a bordo para preguntar a los naturales de aquellas riberas. Tuvo noticias del temporal local, con vientos en remolino de fuerza terrible, así como la versión de algunos indios, con suficiente credibilidad, de haber observado restos de maderamen en las proximidades.

—Y con toda lógica sacó la conclusión adecuada.

—Todavía esperó en Nutka algunas semanas, en las que continuó su búsqueda, pero ni usted ni el paquebote San Carlos hacían acto de presencia. Por fin, decidió acatar la orden del virrey, como era su obligación. Recogió la artillería que ordenó usted instalar en el presidio de San Miguel, y desmanteló las principales fortificaciones. El resto del establecimiento español erigido con tanto esfuerzo, lo

encomendó a los cuidados del jefe Macuina, hasta un próximo regreso. Y de esta forma se hizo a la mar a bordo de la Princesa, acompañado de la goleta requisada Santa Gertrudis en conserva. Por fin, arribó a San Blas el día 6 de este mismo mes, pocos días después de mi llegada al apostadero con los nuevos oficiales.

—Vidas y sacrificios empeñados para nada. ¿Y el San Carlos? ¿Qué fue de él?

—Cruzó derrotas con la fragata Princesa. López de Haro arribó a Nutka el 26 de octubre y, para su sorpresa, tan solo encontró un lacónico mensaje de Martínez, en el que explicaba la orden recibida y acciones tomadas. También emprendió el tornaviaje hacia San Blas. Ambas unidades llegaron a un tiempo.

—Todo nuestro trabajo arrojado por la borda —hablaba más para mis adentros.

—No se martirice en esa línea, que no fue trabajo en falso, Leñanza. Nuestras acciones dejan su poso, aunque no las comprendan quienes debieran, puede estar seguro. El apresamiento de los buques ingleses ha movido a políticos y cortesanos, un oportuno aldabonazo, con lo que, según parece, muchos inadvertidos comprueban, por fin, la existencia de este importante apostadero. Estoy convencido de que los britanos apostarán fuerte en estas cartas, y el conflicto se alargará en el tiempo con peligro.

—¿Quiere decir que mis acciones pueden poner en peligro la paz entre nuestras naciones? —un sentimiento cercano al temor me abatió.

—No piense una onza en ese sentido, por favor —movió sus manos en abanico, para desterrar una idea que estimaba peregrina—. Nada más lejos de mi pensamiento, Leñanza. Usted cumplió con su deber, lo que se espera de todo oficial de la Armada en misión comprometida. Martínez me explicó con detalle la escena mantenida con los ingleses, y puedo asegurar que ese bastardo de mister Colnett merecía una adecuada zurra por insolente y poco caballeroso. Su acción es de alabar, así como la llevada a cabo a continuación con Kelekum, el jefe indio rebelde. Esas actitudes hay que cortarlas por lo sano, tal y como hizo. Pero, en fin, repito que toda su actuación es digna de elogio y felicitación.

—Muchas gracias, señor.

—Por desgracia, los ingleses hacen uso de la fuerza cuando atisban tajada comercial, y es mucha la que se lidia en esas latitudes. Y no olvide que con la Francia metida en revuelta general, España se encuentra sin posible aliado que lo respalde, aunque poco fiemos del vecino del norte. Por eso le decía que sus medidas han tocado campana, lo que era necesario. Más vale entrar en discusión, que entregar lo propio por las buenas, como ya hicimos demasiadas veces a lo largo de este siglo.

—Pero se abandonó Nutka. Será ocupada por los ingleses, no le quepa duda.

—Ahora se ocuparán de las protestas diplomáticas y todo ese galimatías adjunto, en el que los britanos son tan expertos, lo que llevará su tiempo. Por suerte, que siempre es necesaria en esta vida, durante la navegación desde Cádiz a Veracruz, coincidí con un importante pasajero a bordo, nada menos que don Juan Vicente de Güemes, conde de Revillagigedo, que acaba de tomar el mando de este virreinato. Y

mucho conversé con él, hasta hacerle comprender la importancia de este Departamento Marítimo, así como las expediciones hacia el Noroeste. Como puede suponer, lo puse al día de lo conseguido hasta el momento, con tan escasos medios, pocos hombres y enorme esfuerzo personal. Creo que lo convencí, al tiempo que lo estimaba como persona de energía y decisión. Al menos, de entrada me autorizó a establecernos en Nutka en forma permanente.

—Pero los ingleses tomarán el surgidero.

—Espero que no les dé tiempo. Y no pienso perderlo, que ya ordené salir nueva expedición.

—¿A Nutka?

—En efecto. El día 7 de este mes se hizo a la mar la fragata Concepción, con el teniente de navío Francisco de Eliza al mando y el piloto primero, graduado de alférez de navío, Esteban José Martínez como segundo. El pobre dispuso de veinticuatro horas tan solo para un merecido descanso. En esta ocasión, acompañaban a la insignia el paquebote San Carlos, bajo el mando del teniente de navío Salvador Fidalgo, así como la balandra Princesa Real, apresada por usted a los ingleses, con el alférez de navío Manuel Quimper de comandante. Por esa razón, el piloto Martínez ni siquiera sabe de su milagroso arribo a San Blas, porque todos lo dábamos por perdido.

—Yo también perdí la esperanza.

Volvió a mirarme con especial fijeza, como si deseara descubrir mis más íntimos pensamientos. Pero el tiempo me dio la razón, al encuadrar a este hombre entre los grandes personajes de nuestra Armada, tratado, sin embargo, con inmerecidas miserias. Volvió a sonreír al dirigirme las siguientes palabras.

—Por cierto, que llevó a cabo una proeza de orden y propia de gran marino, con esa navegación en lanchón de troncos desde el estrecho de Juan de Fuca. Conozco estos mares como la palma de mi mano y es gesta capaz de entrar en leyendas de hazañas populares. Le felicito sinceramente, Leñanza, al tiempo que siento la pérdida de su mano.

—Otros perdieron la vida que es mucho más.

—A todos nuestros héroes les falta algún miembro de su cuerpo, cuando no varios —rio para divertirme.

—Entonces, tomaremos Nutka otra vez —esa idea se mantenía fija en mi cerebro.

—Por supuesto, y acabaremos el trabajo que comenzó usted de forma brillante. Pero alegre esa cara, que son muchas las buenas nuevas. Elevé informe preceptivo al Secretario de Marina sobre su actuación personal desde la llegada al apostadero, la ingente labor realizada en este arsenal y, de forma especial, su gesta de navegación. De esta forma, le he propuesto para el ascenso al inmediato empleo de teniente de navío, recompensa muy merecida que espero alcance la gracia de nuestro nuevo Señor.

—¿Nuevo Señor? ¿Murió Su Majestad?

—En efecto. Ya ciñe la Corona su hijo, don Carlos IV.

Miré hacia el techo, como si deseara desbrozar toda aquella información que llegaba en cascada a mi cabeza. Sin embargo, todavía me encontraba débil y eran demasiadas las noticias recibidas en tan pocos segundos. Pero debía entrar en agradecimientos.

—Le doy las gracias por la propuesta de ascenso, señor, aunque solo hice lo que cualquier compañero de armas habría acometido.

—No sea modesto en exceso, que es aderezo poco adecuado. Se arriesgó en repetidas ocasiones, incluso en su actuación con los ingleses. Para eso se encuentran las recompensas y ascensos en nuestras ordenanzas, no solo para el que se mantiene en la Corte con las cortinas abiertas en blusón.

De pronto, una gran preocupación atacó mi cerebro a las bravas, como si hubiese olvidado el aspecto más importante.

—¿Y mis hombres? Me refiero a los que sobrevivieron conmigo, que ya entendí la pérdida del contramaestre.

—Se recuperan con rapidez, salvo el grumete que anda todavía con serios problemas. Para bien o para mal, el escorbuto ataca siempre con más virulencia a los débiles, por su escasa fortaleza y defensa corporal. Pero los otros dos andan ya en carrera. Y he de declarar que ese criado suyo, el negro africano, es fiel hasta la copa. El buen hombre ha intentado encargarse de su curación en persona. No parece fiar mucho en nuestros galenos, medida en la que coincido, ahora que no me oyen. Pero ha sido tarea difícil impedir sus maniobras, porque repite los intentos al menor descuido.

Me hizo sonreír la entrada, que ya imaginaba a mi buen Setum mezclando hierbas y pócimas de su talego, para hacérmelas beber.

—Muchas veces salvó mi vida. La última, en esta navegación.

—Ya lo sé, Leñanza. Además, don Pedro de Fages me contó su historia personal, aunque ya hubiese escuchado entre bastidores algunas noticias sobre aquellos famosos guardiamarinas del general Barceló.

Al escuchar el nombre del gobernador, sentí un agarrotamiento cerebral, como si me devolvieran a la vida de nuevo. Dudé en contar la especial encomienda de don Pedro, pero acabé por callar.

—Creo que es un hombre adecuado al cargo, señor. Siempre me apoyó.

—Estoy de acuerdo con usted. Él fue quien forzó su expedición, acertada y oportuna, aunque luego titubeara el arzobispo de carnes flojas. Hombres como esos, decididos y arrojados, son los que necesitamos en Indias, en vez de los blandos e indecisos que tanto pululan, y solo dirigen la maniobra a su culto personal. España sería mucho más grande si hombres como don Pedro abundaran en virreinos y gobiernos.

—Su principal idea es la de engrandecer California y aumentar las tierras hacia el norte.

—Y pocos comprenden que engrandecer estos territorios es engrandecer España. Por cierto, me repitió mil veces que, en cuanto fuera posible y recomendado, se le avisara para cuadrar visita a este hospital. Creo que le causó usted una magnífica impresión, acertada al completo en mi opinión. Pero, bueno, ahora solo debe pensar en reponerse del todo. Y cuando recupere sus fuerzas, puede regresar a España.

—¿Regresar a España? —con aquellas palabras recibí otra andanada en la diana. La sola idea me movió en prevención de combate.

—Le corresponde licencia por enfermedad y, de forma especial, por haber perdido un miembro de su cuerpo, que así rezan los reglamentos. Esa mano que talló su criado debería ser mejorada, aunque sea preocupación menor.

Otra vez la confusión mental. No sabía qué decir, ni siquiera lo que, en verdad, deseaba.

—Si necesita de mis servicios, señor, en pocos días me tendría...

—No se apesure sin necesidad. Piense con calma en su futuro. Lleva casi dos años fuera de casa y usted mantiene familia. Se le presenta la oportunidad de regresar y con orgullo, que no son pocas sus hazañas en la mochila. Puede estar seguro que me encantaría disponer de alguien de su talla bajo mis órdenes, Leñanza, pero no debo ser egoísta y reconozco que jamás se encontró este apostadero tan nutrido de personal. Piénselo con calma y ya decidirá lo que considere más conveniente.

Por fin, quedé a solas, mientras la alargada conversación recorría mi cerebro en agitada mezcolanza, porque no estaba todavía mi cabeza para analizar tanta nueva. Y de esta forma volví a esa dulce y nebulosa somnolencia que me atacó durante algunas semanas.

—Siento mucho haberle fallado, señor gobernador. No pude cumplir su encargo en las islas Nitinat.

Al escuchar estas palabras, don Pedro de Fages me miró a los ojos con una mezcla de seriedad, respeto y bondad difícil de explicar. Enterneció su semblante al contestarme en tono paternal.

—Usted no ha fallado, Leñanza, y le prohíbo que repita tamaño disparate. Por el contrario, puede estar orgulloso de sus acciones, porque ha cumplido con su deber más allá de lo debido. Para desgracia de España, fallaron los de siempre, las águilas de la debilidad y la morbidez. Cuándo comprenderán que para ostentar alta jerarquía, es cualidad imprescindible el valor, porque si tal condición no acompaña a otros atributos también necesarios, hará fracasar al hombre en toda empresa de importancia.

Esta visita tenía lugar en el hospital de San Blas, entrados en la segunda semana del mes de enero de 1790, cuando ya me encontraba muy recuperado de los males y achaques sufridos. Sin embargo, sus palabras y la propia actitud personal denotaban un enorme desencanto, impropios en su persona, como si hubiese perdido la esperanza en un futuro que estimaba más prometedor. Intentó alegrar el semblante.

—Al menos, disponemos de suficiente personal profesional de la Real Armada y

un virrey que, en principio, parece más aguerrido y con ánimo de decisión. Hemos perdido algunos meses, sin duda, pero podemos llegar a tiempo de ganar la partida. Sin embargo, la batalla decisiva se lidiará en las cancillerías y en nuestra Corte, y es ahí donde me atacan los fríos de la desconfianza.

—No le comprendo.

—Los ingleses utilizarán los apresamientos como excusa para apretar las clavijas, al menos así lo entenderán muchos personajes en nuestra Corte. No comprenden que, en caso contrario, los britanos habrían izado su bandera en Nutka sin retroceso posible. Hay que negociar, bien, pero con energía y honorabilidad. Por desgracia, no creo que nuestro nuevo Señor, que solo piensa en cazar, responda con firmeza al envite que preveo.

Aunque me dispensara una gran confianza, creía que, en ocasiones, don Pedro superaba el listón de lo permitido, al proferir aquellas opiniones sobre nuestro Rey. Pero así era este gran personaje, que sonrió al descubrir mi desconcierto.

—Ya veo que continúan asustándole mis comentarios —ahora parecía reír, más animado—. Ojalá me equivoque, pero cuando la cría sale blanda y cambiada, no la enmienda ni Satanás entre los fuegos. Por fortuna, nuestro Señor ha mantenido a don José Moñino a la cabeza del gobierno, y este sí que bebió de la energía del anterior Monarca.

Se hizo el silencio, mientras don Pedro continuaba con su nervioso paseo en la reducida habitación. Por fin, pareció sosegar el ánimo y tomó asiento en una silla al lado de mi cama.

—¿Ha recuperado la salud? —dirigió su mirada hacia la mano de madera, de proporciones exageradas, retirándola con rapidez, como si hubiese cometido la mayor de las descortesías.

—Me encuentro perfectamente, señor. Y ya puedo presentar trofeo de héroe a los cortesanos, que esta mano quedó en los 50 grados de latitud —agitó la falsa extremidad con una sonrisa.

—Es usted un valiente como he conocido pocos, Leñanza, con el especial merecimiento de no creerlo. Desde el primer momento lo comprendí. Quiero serle sincero, una cualidad que utilizo en escasas ocasiones —volvió a sonreír con malicia—. Tenía grandes proyectos para su persona, que redundarían en gloria y esplendor para estas tierras. No creí en ningún momento que enviaran un solo oficial de guerra a San Blas, por lo que centré mis esperanzas en sus actuaciones. Usted y yo embastaríamos los planes de grandeza. Ya sabe que recibí mi apoyo en todo momento. Pero ahora quiero hablarle más como padre que como gobernador en ejercicio. Debe regresar a España.

Me tomaron desprevenido sus palabras, aunque fuera esa, precisamente, la cuestión que más bailara en mi cerebro durante los últimos días.

—Le seré sincero en un tema tan personal, señor, ya que me ofrece su confianza. Me atacan mil dudas sobre lo que debo hacer. Hace dos años que salí de España, y no

sé si sería demasiado precipitado acometer el regreso en estos momentos.

Don Pedro volvió a mirarme de aquella forma tan especial, en la que se adivinaban rasgos de bondad y cariño.

—Le he dicho que deposité grandes esperanzas en su persona, razón por la que estaba dispuesto a retenerlo en estas tierras a toda costa y con cualquier procedimiento, por innoble que pueda parecer. Siempre defendí que una importante misión puede exigir cruzar caminos encharcados —dejó de mirarme a la cara para observar sus manos, que movía con evidente nerviosismo—. Beatriz contrajo matrimonio hace quince días con un rico hacendado de Sonora, siguiendo mi consejo. Pertenece usted a una familia importante y se debe a ella. Creo que, una vez recuperado, debería regresar a España sin esperar más tiempo. También allí se le presentará faena marinera, como ustedes dicen. No sé si me he explicado bien, pero espero que lo entienda —volvió a mirarme a los ojos—. Le tengo en mucho aprecio, Leñanza, y por esa razón le aconsejo como haría con un hijo muy querido.

Lo comprendí todo, porque siempre supe leer entre líneas con facilidad. Pero lo que se enmarcara entre visillos opacos durante meses, pasaba a la luz del día en pocos segundos. Lo que no sabía don Pedro es que la estancia en la cueva me había vacunado de aquellos sentimientos a los que, todavía, me creía prendido. También yo le debía cierta explicación.

—La pérdida de mi mano, la cercanía de la muerte, las semanas de delirio y la soledad me hicieron pensar muy a fondo, señor. No crea que me arañan el alma pensamientos que turbaron mi vida antes de salir hacia Nutka. Se aclaró la tormenta y el cerebro. Y, por encima de todo, le agradezco su sinceridad. Siempre le tendré en especial estima.

—Es usted un gran hombre, Leñanza. Fue un verdadero honor tenerlo bajo mis órdenes.

—Y también lo fue para mí entrar en sus planes para engrandecer esta querida California, que siempre mantendré en mis recuerdos.

Sin esperarlo, aquel hombre que encontraba avejentado por primera vez, me ofreció un ligero abrazo. Y ya abandonaba la habitación cuando se giró con velocidad.

—Había olvidado un detalle importante, y no lo estime como retranca de taimado, a la que soy tan propenso.

Don Pedro metió su mano en la casaca, para sacar una bolsa de tafetán negro, anudada en su cabeza.

—Es un presente para su esposa. Creo que pocos collares pueden lucir perlas de esta categoría, esas perlas de Nitinat cuyas pesquerías algún día encontraré —sacó a la vista un collar con cuentas de extraordinario tamaño y belleza. Bajó todavía más el tono de su voz al continuar—. Ofrézcaselo a..., creo que se llama Cristina, de mi parte. Me parece que estoy en deuda con ella, aunque no pueda comprenderlo. Una ignorancia, por cierto, en la que debería permanecer por siempre. Y este es mi último

consejo paterno.

Volvió a sonreír con malicia, mientras enfundaba la joya y me la entregaba.

—Se lo entregaré en su nombre, señor. Y puede estar seguro que la cuestión se mantendrá a puerta cerrada —ahora era yo quien ofrecía sonrisa burlona—. Muchas gracias.

Como última despedida, el gobernador palmeó mi cabeza con cariño. La verdad es que todo estaba dicho y nada restaba por aclarar. Y quiero expresar con absoluta sinceridad en estos momentos que, a pesar de las críticas vertidas por algunos, don Pedro de Fages fue un hombre extraordinario en todos los sentidos.

El día 21 de enero partí de forma definitiva hacia la capital del virreinato, paso obligado en mi trayecto. Fueron rápidas y sentidas las despedidas, en especial las llevadas a cabo con Perona, Conejo, Brazos y tantos otros con quien siempre me sentiría unido por lazos inquebrantables. Don Pedro de Fages tuvo la generosidad de facilitarnos espléndido carruaje, con orden de mantenerse a mi servicio el tiempo necesario. De esta forma arrancamos en nueva singladura, mientras la sonrisa de Setum se abría a los vientos, como las fauces de una ballena.

Unos días antes de mi salida, recibí correo, el primero desde que llegara al Mar del Sur. Una carta pertenecía a Cristina y llevaba fecha de catorce meses atrás, una condición normal para los que permanecían en Indias. Leer su letra emocionó mis entrañas hasta empañar los ojos, al tiempo que el duende de la culpa tocaba campanas a mayor.

También me alcanzó recado de Pecas, más cercano en el tiempo, en el que anunciaba su salida para España en compañía de su mujer, María Antonia de los Gavilanes. Pueden imaginar mi alegría y agitación al leer la noticia, no solo porque el enano pecoso, mi gran amigo y cuñado, hubiese contraído nupcias, sino porque la dama en cuestión no era otra que la antigua prometida del caballero aventurero don Álvaro de Galdomar, quien muriera a mi lado a bordo del jabeque Murciano. De forma automática creí recordar las palabras de aquel hombre que no mereció tal destino, al hablarme de su prometida: una joven de extraordinaria hermosura y buena de ser como pocas.

Por fortuna, fui dispensado de acometer audiencia con el virrey en la capital mejicana, a causa de hallarse en visita de inspección por las provincias del sur. De esta forma, ligeros de pensamientos y sin perder un solo día, continuamos camino hacia Veracruz, que parecíamos picados por el mosquito de la inquietud. Y al puerto donde comenzara su gesta el gran conquistador arribamos con tiempo justo, porque el navío de dos puentes San Sebastián tenía prevista su salida a la mar, hacia España, pocos días después.

El 28 de febrero largó amarras el San Sebastián, momento en el que me despedí del continente americano. Como suele suceder, los hombres de mar nos emocionamos al despedir la tierra, como si fuera la última vez que nuestros ojos pueden acariciar

ese determinado rincón. Tal fue mi pensamiento mientras nos separábamos de la costa, acariciado por la tristeza. Setum pareció, como de costumbre, leer mis pensamientos.

—Algún día volveremos, señor.

—Es posible, amigo mío.

—Ahora llega un tiempo de descanso, en el que podremos cazar algún bicho de importancia en la hacienda de Santa Rosalía. Aunque deberá reconocer que fueron buenos disparos, aquellos empleados para abatir las reses que nos aliviaron el hambre en la cueva.

—Además de brujo, he de reconocer que eres un buen cazador.

—Por cierto, que en las semanas de convalecencia en el hospital, le tallé con tiempo suficiente y herramientas apropiadas una mano exacta a la suya —se abrió en sonrisas, con la más pura expresión de felicidad en su cara—. Por las noches, cuando me acercaba a su habitación para comprobar su estado y agregarle alguna hierba en el agua, tomaba medida exacta de su mano izquierda. Le aseguro que salió perfecta y se la adaptaré al muñón como coraza de caballero. Y cubierta con un guante de gamuza, quedará casi mejor que la original. Al menos, esta no le dolerá con reumas y achaques a lo largo de la vida.

Los dos reímos a conciencia. La verdad es que un sentimiento de enorme felicidad se abría en nuestros pechos, unos momentos que es necesario guardar a buen recaudo.

Tras una breve escala en el puerto de La Habana, por necesidad de correo y transporte, zarparamos de forma definitiva hacia el puerto de Cádiz.

Y cuando navegábamos en mitad del océano, volví a mi especial y juvenil distracción. Creo que debía ser a finales de marzo, cuando trepé a la cofa del trinquete en el alba, ayudado por la nueva mano que, en efecto, era idéntica a la derecha. Me sentí feliz al considerarme capaz de mantener la tradición, aunque el esfuerzo fuera mayor. Y disfruté una vez más de ese inigualable espectáculo, mientras Cristina regresaba a mi pensamiento con fuerza arrolladora.

Fue entonces cuando, sin saber por qué, un extraño pensamiento cruzó por mi cabeza. Tras una ausencia de España superior a los dos años, regresaba a casa con una pérdida, la mano izquierda, y una ganancia en compensación, ese collar de perlas de extraordinaria belleza y especial recuerdo. Sonreí, feliz, mientras el sol comenzaba a desenmascarar la noche y alumbrar las aguas. Pensé que era una forma extraña de resumir todo lo vivido en aquellos largos y agitados meses, pero esas son las dulces jargarretas que nos entrega el espíritu a voluntad.



## Aclaración histórica

He defendido durante muchos años que cuando se escribe novela histórica, debe hacerse con el máximo rigor posible, utilizando la necesaria documentación y sin entrar en fantasías ni esperpentos. La Historia es un tema demasiado importante para ser tratado con la frivolidad que lo hacen algunos autores. Por esa razón, debo aclarar algunas situaciones que pueden confundir al lector, aunque ya las hayan adivinado.

Cuando mi personaje de ficción, el teniente de fragata Leñanza, arriba al apostadero de San Blas, aparece como nula la presencia de oficiales procedentes de la Compañía de Guardiamarinas, y así era en efecto. Fue una actuación incomprensible y suicida abandonar a la suerte de unos pocos tan importante Departamento Marítimo, y conste que la labor desarrollada por los oficiales mayores, especialmente pilotos, fue de colosal importancia.

Por necesidad y para mantener la necesaria coherencia en la obra, al ser Gigante el oficial de mayor graduación en el departamento, debía tomar el mando y, al mismo tiempo, comandar la expedición a Nutka que originó el altercado con los ingleses, encabezados por el soberbio y prepotente mister Colnett. Pero habrán sospechado que todas las actuaciones personales atribuidas a mi personaje en dicha expedición, fueron obra del piloto primero, graduado de alférez de navío, don Esteban José Martínez, un personaje de extraordinaria categoría, al que he usurpado durante algunas páginas la gloria que se merece, por necesidad literaria.

Tal y como expongo, en el mes de diciembre de 1789 arribó a San Blas el capitán de navío Bodega y Quadra, acompañado por seis oficiales. Y fue Bodega precisamente, un oficial extraordinario que no mereció el trato final recibido, quien ordenó tomar la Nutka abandonada, así como lidiar la Expedición de Límites con los británicos en 1792.

Los acontecimientos acaecidos en Nutka, con los apresamientos de buques y dotaciones inglesas, llevaron a las dos naciones cerca del rompimiento de hostilidades, con preparación de escuadras y medidas de defensa en los principales puertos españoles de América. Aunque España ofreció todo tipo de compensaciones y facilidades, exponiendo una debilidad de gobierno vergonzosa, el Reino Unido presionó con extraordinaria dureza, hasta exigir lo que en ningún orden de ley le correspondía. Francia andaba entonces en locura de revolución, lo que dejaba a nuestro país sin ningún teórico aliado y, peor todavía, sin decorosa ambición.

Como dice el capitán de navío don Cesáreo Fernández Duro en su obra Armada Española, al enfocar los problemas derivados de nuestra actuación en Nutka, Carlos IV cedió con descrédito, como cedió el conde de Floridablanca en la famosa Convención entre el Rey Nuestro Señor y el Rey de la Gran Bretaña, transigiendo varios puntos sobre pesca, navegación y comercio en el océano Pacífico y los mares

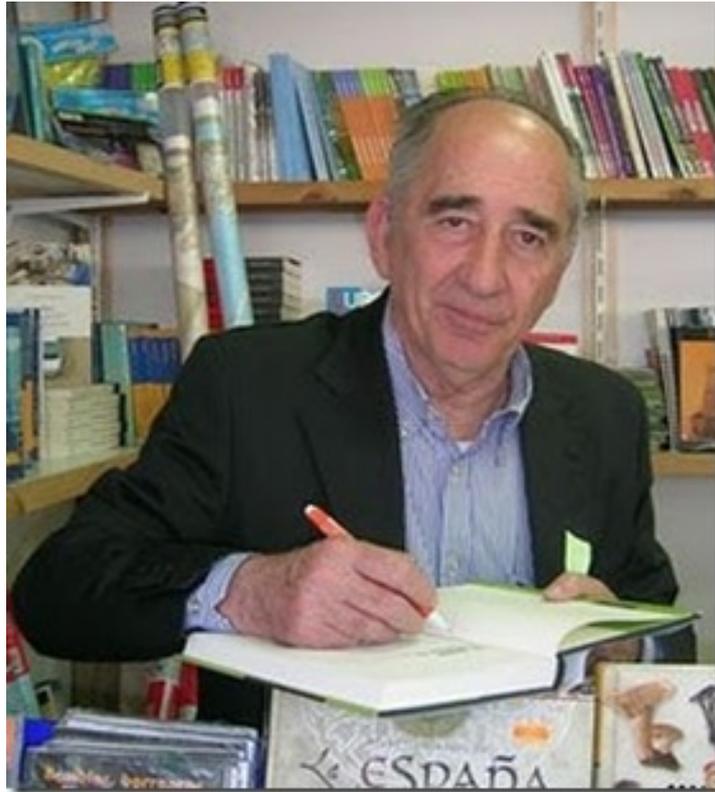
del Sur, que se firmó en San Lorenzo el real el 28 de octubre de 1790. Según parece, la fortaleza y decisión de don José Moñino, se deshizo como nube de verano tras la muerte de don Carlos III.

He escogido como foco histórico para este volumen el conflicto de Nutka, con objeto de presentar una pequeñísima muestra de nuestra acción descubridora y colonizadora por el mundo, desconocida para la mayor parte de los españoles que, hoy en día, leen en los mapas con nombres ingleses y franceses accidentes geográficos bautizados por marinos españoles años antes. Y si consultan enciclopedias, algunas españolas para mayor vergüenza propia, comprobarán que, como uno de los muchos ejemplos, se atribuye a James Cook el descubrimiento de Nutka, en un ejercicio de extraordinaria torpeza profesional. Pero así se ha escrito nuestra historia, por lo que me siento orgulloso de aportar este pequeño grano de arena a favor de aquellos que dieron su vida por un ideal, un sentimiento en desuso.

Hace años asistí en Hamburgo a una espléndida conferencia de un historiador alemán, en la que disertaba sobre la función desarrollada por las potencias coloniales a lo largo de la Historia. Una frase me halagó de forma especial: La obra de los españoles en el mundo, tanto en descubrimientos como en colonización, ha sido la más extraordinaria y sin comparación posible, aunque otras potencias se la arrebataran después por escrito y sin que los hispanos elevaran una sola protesta. Quede en estas líneas, al menos, la mía.

LUIS M. DELGADO BAÑÓN

Cartagena, 14.09.03



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

# Notas

[1] Los tres palos que arbolan diferentes unidades, se denominan, de proa a popa, trinquete, mayor y mesana. <<

[2] Se denomina puente a las andanas o baterías en las que se instala la artillería. El navío denominado como de línea, solía ser de dos puentes y un porte aproximado de 74 cañones. <<

[3] En las navegaciones, intervalo de veinticuatro horas que, ordinariamente, comienzan a contarse al comenzar un nuevo día. <<

[4] Bitácora: Especie de armario, fijo a la cubierta e inmediato al timón, donde se coloca la aguja de marear, para gobierno del timonel.

Cuaderno de bitácora: Libro donde se apunta el rumbo, velocidades, maniobras y demás accidentes acaecidos en la navegación. <<

[5] Buque peculiar del Mediterráneo, de tres palos y vela latina, con remos auxiliares. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, comenzaron a aparejar velas cuadras, con lo que se denominaron jabeques redondos. <<

[6] Se denominaban como muelles de desarme en los arsenales, aquellos donde se procedía al desarme de los buques en mayor o menor medida, quitando su artillería y aparejos, desembarcando la tropa de guarnición, despidiendo la gente de mar que los tripulaba y amarrando en firme sus cascos. <<

[7] Especie de fragata de carga, con muchos llenos, aunque de menor eslora que la fragata de guerra. Las de la Armada incorporaban elevado número de artillería. Antiguamente se la llamaba charrúa. <<

[8] Embarcación semejante al bergantín, con la diferencia de no ser tan fina e incorporar la mayor redonda y mesana en lugar de cangreja. <<

[9] Pequeña embarcación construida a tingladillo, muy calada a popa, tres palos y velas tarquinas o al tercio, sobre las que se despliegan unas gavias volantes. <<

[10] También llamado balahú o balajú, es una embarcación de corte parecido a la goleta y con poco calado, utilizada en las Antillas. <<

[11] Expresión marinera para indicar el aburrimiento. <<

[12] Molusco que horada y penetra en las maderas sumergidas, hasta inutilizar los fondos de los buques. <<

[13] Se llamaban oficiales de guerra a los que componían el Cuerpo General de la Armada, desde el capitán general hasta el último alférez de fragata. Los oficiales mayores estaban formados por los contadores, capellanes, pilotos, cirujanos y maestros de víveres. <<

[14] Ciudad portuaria en la costa atlántica panameña actual. <<

[15] La villa de la Real Isla de León pasó a denominarse en 1810, por decreto de las Cortes allí establecidas, como San Fernando, en reconocimiento a los esfuerzos de sus habitantes a favor de la independencia. <<

[16] Español, recuerda que has dominado en la mar. <<

[17] Cada una de las piezas curvas que, encajadas en la quilla, arrancan por derecha e izquierda para formar el costillar del casco. <<

[18] Madero de fuerza que, de trecho en trecho, atraviesa de babor a estribor para aguantar los costados y sostener las cubiertas, con todo el peso de la artillería y demás efectos afirmados en ellas. <<

[19] Espacio de cubierta que media entre el palo mayor y el de rrinquete. <<

[20] Barandilla doble de madera que, encajada en candeleras de hierro, corre las bordas del buque. En el hueco formado se colocaban los petates y coyotes de la marinería y tropa, para formar los parapetos defensivos en el combate. <<

[21] Divisa militar en forma de pala, que se sujeta al hombro por una presilla, de la que pende un fleco. Las de la Armada debían ser de trencilla de oro, con un fleco ligero de un decímetro de largo. En las Ordenanzas aparecían con el nombre de alamares hasta 1785. <<

[22] Los alféreces de navío incorporaban en su uniforme una charretera en el hombro derecho, mientras que los alféreces de fragata, el empleo anterior, la lucían en el izquierdo. <<

[23] Se denomina como porte, el número de cañones que monta un buque de guerra. También se entiende por tal acepción, en general, el tamaño o capacidad de una embarcación. <<

[24] Ha de entenderse una milla por hora, es decir, un nudo de velocidad. <<

[25] Se denominaba carena a la obra viva del buque, es decir, a la parte del casco sumergida en el agua. <<

[26] Velocidad. <<

[27] En realidad, en esa época, a la Cartagena colombiana se la denominaba como Cartagena sin más, mientras que la española era más conocida como Cartagena de Levante. <<

[28] En la Armada se denomina tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reserva para la tropa embarcada. El conjunto de las dos, más la chusma o grupo de remeros en el caso de galeras, constituye la dotación. <<

[29] Se denomina al viento como fresco, cuando las velas se llenan y no gualdrapan. También se le conoce como viento de juanetes. <<

[30] Se denomina botalón a los palos redondos, de dimensiones proporcionadas, que se sacan hacia fuera de las vergas o el costado del buque, para marear las alas y rastreras o amarrar botes y lanchas. <<

[31] Vela pequeña que se agrega a la principal —de gavia, de velacho, de juanete, etc. — por una o ambas bandas, extendiendo las vergas con botalones, para aumentar la superficie vélica con vientos bonancibles. Las correspondientes a la vela mayor y trinquete se denominan rastreras. <<

[32] Nostramo o nostramo, contracciones de la expresión nuestro amo, es la acepción con que se interpelaba a los contra maestros. <<

[33] El velamen del buque. <<

[34] Aunque en general se conoce en la mar por vigía, cualquier escollo que vela o sobresale de la superficie del agua, también se denomina con este nombre el marinero destinado de guardia en los topes de los palos para descubrir a mayor distancia los objetos que aparezcan por el horizonte. También se ha denominado este puesto a bordo como atalaya, descubierta, vigiador y, posteriormente, serviola. <<

[35] Nombre que se da a cualquiera de los 32 rumbos o vientos en que se divide la rosa náutica. <<

[36] Se entiende como navegar de bolina, cuando se ciñe el viento. En buques aparejados de cruz, unas seis cuartas a contar desde proa, aproximadamente. <<

[37] Pedazo de meollar o cabo forrado que se hace firme, de obenque en obenque, en horizontal y por roda la tabla de jarcia, para formar los escalones por los que los marineros trepan a los palos. <<

[38] Se denominaba Tierra Firme al continente. <<

[39] El instrumento óptico llamado catalejo, se denominaba a bordo como anteojo o largomira. <<

[40] Se denomina arribar cuando el buque gira para llevar su proa hacia sotavento. El efecto contrario, meter hacia barlovento, se denomina como orzar. <<

[41] Tablón o tabloncillos que forman la parte superior de la borda. <<

[42] Piezas artilleras situadas en portas abiertas en el espejo o estampa de popa. <<

[43] Oeste-sudoeste. Rumbo intermedio entre el oeste y el sudoeste. Así suelen denominarse los rumbos cuando no cuadran con los ocho principales: NNE, ENE, ESE, SSE, etc. <<

[44] Punta de levante en la costa colombiana actual. <<

[45] Embarcación pequeña de un solo palo y cubierta corrida. Solían montar entre 12 y 16 cañones, aunque las hubo que alcanzaron el porte de 20. <<

[46] Vela principal y primera del palo mayor. <<

[47] Vela principal y primera del palo mesana. Puede ser redonda, latina o cangreja.

<<

[48] Vela trapezoidal que se enverga en el cangrejo del mesana en buques de tres palos, así como en el palo mayor cuando se trata de bergantines y goletas. En este último caso, también se denomina maricangalla, aunque este nombre se aplique en general al ala o extensión de cualquier cangreja. <<

[49] También llamado husillo o bastón, es un palito colocado verticalmente por la cara de popa del palo mayor o mesana, desde la cubierta a la cofa, para envergar la vela principal. <<

[50] Aunque, en teoría, sea una de las especies de capa, para mantenerse sin avanzar, también se entiende por quedar al paio, cuando el buque queda sin movimiento por falta de viento. <<

[51] Se llama carenar a componer, recorrer y calafatear un buque, especialmente la limpieza del casco sumergido en el agua, para desprender las adherencias que rebajan su velocidad. <<

[52] El calibre de los cañones se medía por el peso de la bala en libras que lanzaban. De esta forma, los había de a 36, a 24, a 18, a 12, a 8, a 6 y a 4. <<

[53] Se denomina barajar o manejar la costa, a navegar con un rumbo paralelo y muy inmediato a ella. <<

[54] Se trata, en realidad, del llamado hoy en día como río Chagres, que naciendo en el centro de Panamá alcanza el lago Gatún, para desembocar posteriormente en el mar de las Antillas. <<

[55] Medida de longitud utilizada en la Marina, que equivale a dos varas o 1,67 metros. Los fondos de las aguas señaladas no superaban los 20 metros aproximadamente. <<

[56] Medida de longitud equivalente a 835 milímetros y 9 décimas. <<

[57] Falta absoluta de viento. También se la denominaba como calma chicha, calmaría o calmería, quedada, calmazo, callada, bonanza, jacio y, más antiguamente, jolito. <<

[58] Cubierta que sirve de techo a la cámara alta o del alcázar, y se extiende desde el palo de mesaría hasta el coronamiento de popa. <<

[59] Océano Atlántico. <<

[60] Una de las formas de trincar los cañones en cubierta. <<

[61] Se denomina el viento bonancible al de fuerza moderada, que permite largar hasta las velas más menudas. También se le conoce como fresquito, suave, apacible, blando, benigno, galeno o viento de sobrejuanetes. <<

[62] Se llama navegar de bolina cuando se ciñe el viento, es decir, navegar contra la dirección del viento en el menor ángulo que sea posible. También se le denomina como bolinear. <<

[63] Conjunto de pipas, botas, cuarterolas, barriles y toneles en los que se lleva a bordo la aguada y otros productos líquidos. También se denomina como vasigería y batamen. <<

[64] Se denominaba como tomar el punto, calcular la posición del buque en la mar. Cuando esta operación se deducía de la observación de astros, se llamaba punto de observación. Cuando se hacía en base a los rumbos y distancias recorridas, corregidas por vientos y corrientes, se nombraba como punto de estima o de fantasía. <<

[65] Barril que hace la cuarta parte de un tonel. <<

[66] Se refiere al marqués e Grimaldi, Secretario de Estado de Carlos III. <<

[67] El llamado como galeón de Manila o Acapulco era el que unía ambos puertos por larga travesía a través del Pacífico, con una notable importancia comercial. También se le llegó a denominar como galeón de China. Salía de Acapulco en los meses de febrero o marzo, regresando al año siguiente por julio o agosto, cargado de productos filipinos, de tejidos de China y especias de las Molucas. <<

[68] Actual Carmel. <<

[69] Además de la acepción conocida, se denominaba como presidio en la época abarcada, a la guarnición de soldados que se instalaba en plazas, castillos y fortalezas, para su defensa. <<

[70] Se navega de la misma vuelta o de vuelta encontrada, cuando dos buques hacen derrotas en el mismo sentido o contrario. En los buques a vela, significaba encontrarse amurados por las mismas u opuestas bandas. <<

[71] Proyectil formado por dos balas rasas unidas por barra de hierro, dos medias balas unidas por el mismo sistema, o calabrote de hierro ochavado que por los extremos rematan en base circular. Se denominaban, de forma respectiva, como palanqueta a la española, a la francesa o a la inglesa. Se disparaban a muy corta distancia, unas 300-400 yardas, con objeto de cortar y destrozar con mayor facilidad los aparejos y palos del buque enemigo. <<

[72] Se denomina combate a tocapenoles, cuando los buques en acción se encuentran a tan corta distancia, que los penoles o extremos de las vergas se tocan entre sí. <<

[73] Unos 25 metros. <<

[74] En la actualidad, islas de la Reina Carlota. <<

[75] En la actualidad, isla Vancouver. <<

[76] Posteriormente, ese puerto e islas toman el nombre de Nutka o Nootka, por el que son conocidos sus aborígenes. <<

[77] En la actualidad, cabo Cook. <<

[78] Alexander Humboldt diría en 1802, que esta expedición fue la más importante en el descubrimiento del noroeste de América, y que Juan Pérez fue el primero en alcanzar la rada de Nutka, bautizada por el piloto como surgidero de San Lorenzo. Años más tarde, Cook se atribuyó tal descubrimiento, llamando al mencionado surgidero como King George's Sound. <<

[79] Unos 9 metros aproximadamente. <<

[80] Llamado en la actualidad Edgumbe. <<

[81] Islas Hawai. <<

[82] Así lo reconoce Cook en su diario, al mencionar que utilizó en la costa noroeste americana el diario de Mourelle de la Rúa. <<

[83] Se publicaron en Londres en 1776, muy resumidas en efecto, con el título *Short Account of Some Voyages made by Order of the King of Spain, to Discover the State of West American Coast.* <<

[84] Pena de azotes. Se denominaba a bordo como rebenque o corbacho, a una especie de látigo corto formado por tiras de cáñamo embreado. <<

[85] Hoy llamada de Hinchinbroke. <<

[86] Actual puerto de Etches. <<

[87] Velocidad. <<

[88] Oceanía. <<

[89] Se entiende por navegar a la cuadra, cuando se navega a un largo de ocho cuartas o en dirección perpendicular al viento. <<

[90] Y con tal acepción quedó en la Historia. <<

[91] Puerto de la actual Nicaragua. <<

[92] Fue más conocida por el alias de San Matías, en esa norma tan habitual de la Armada. <<

[93] Un buque se encuentra tanto avante con cualquier objeto o punto determinado en su navegación, cuando se halla en la perpendicular dirigida desde este al rumbo que se sigue. <<

[94] Oficial de mar encargado de mantener en correcto funcionamiento los diferentes puntos de alumbrado a bordo, algunos tan indispensables como el farol de popa, de cofa, de señales y los de combate. <<

[95] Antes de poder utilizarse los diques en seco, o cuando no se disponía de ellos, los buques eran carenados dando la quilla para dejar al descubierto sus costados. Uno de los métodos era el llamado a la tumba, con lo que se recostaba la embarcación sobre playa arenosa para descubrir sus bandas. <<

[96] Conjunto de salarios y asignaciones monetarias designadas para cualquier unidad o dependencia. <<

[97] Se denominaba codo de ribera a la medida de longitud empleada en la construcción naval, equivalente a 2 pies y 9 pulgadas de Burgos, unos 0,666 metros.

<<

[98] Embarcación o batea de fondo plano, utilizada en los arsenales para movimiento de pesos y que los bajeles den la quilla sobre ella, por medio de aparejo firme en los palos mayores, hasta rendirlos a conveniencia. <<

[99] Cada una de las puntas o extremos de toda verga de cruz y, por extensión, al más delgado del botalón. <<

[100] Se conoce por cuadrante, en la acepción utilizada, a cada uno de los que se consideran en el horizonte y rosa náutica entre cualesquiera de los cuatro puntos cardinales. Se denominan primero, segundo, tercero y cuarto, a contar desde el Norte y hacia el Este. <<

[101] La bolina se estrecha conforme se ciñe más al viento. <<

[102] Se dice que una embarcación parte al puño, cuando gira hacia el viento. Las unidades propensas a tal efecto, aun en contra del esfuerzo de timón y velas de proa, se denominan ardientes. <<

[103] Voz que ofrece el contra maestre del trinquete para indicar que se ha izado el ancla sin impedimentos. <<

[104] Ciñendo al máximo. <<

[105] Se denominaban antiguamente como pedreros, a los cañones que lanzaban balas de piedra llamadas bolaños. Sin embargo, en estos últimos años del siglo XVIII, los pedreros eran de calibres menores y disparaban balas de hierro, aunque no formaran parte del armamento principal. <<

[106] Los palos se denominan, de proa a popa, trinquete, mayor y mesana, en los buques que disponen de tres. También es palo el bauprés, que arranca en proa y con pronunciada inclinación. <<

[107] Al juanete del palo mesana se le suele denominar periquito. <<

[108] Denominación general de todas las velas triangulares que se amuran en el bauprés y sus botalones. <<

[109] Antigua voz o tratamiento del contraamaestre. <<

[110] Tonelete o cuarterola era el barril que hacía la cuarta parte de un tonel. <<

[111] Se denomina pipa o bota al barrillete de tamaño menor. Al conjunto de toneles, barriles, toneletes, cuarterolas, pipas, candiotas y botas se le llamaba pipería. <<

[112] Antigua denominación de la calma chicha. <<

[113] Se entiende por moco, cada una de las perchas hechas firmes en vertical por su extremo superior al tope o al tamborete del bauprés. Por extensión, se denomina como trapo en los mocos, las velas que se despliegan en las vergas del bauprés, es decir, las cebaderas y contracebaderas. <<

[114] Nombre que recibía el escorbuto en los buques. <<

[115] Kodiak. <<

[116] La isla denominada por sus descubridores como isla Bodega y Quadra, o Quadra solamente, pasó a denominarse como isla de Quadra y Vancouver muchos años después, como gentileza del español y en recuerdo de la buena amistad entablada con el marino inglés, ambos nombrados para ejercer en la conocida como Expedición de Límites de 1792. Posteriormente y siguiendo la vergonzosa norma geográfica, quedó solamente como isla de Vancouver. <<

[117] Se refiere al Paso del Noroeste, fantástica conexión buscada entre los océanos Pacífico y Atlántico durante muchos años. <<

[118] En diferentes documentos de la época aparece catalogada la *Princesa* como fragata y corbeta, al punto de que algunos investigadores llegaron a creer que se trataba de diferentes unidades. Puedo asegurar que se refieren a la misma y que debe ser clasificada como lo explico en esta obra. <<

[119] Verga que en uno de sus extremos presenta una boca semicircular o de cangrejo, donde se ajusta con el palo de mesana. En él se enverga la vela denominada cangreja.

<<

[120] Distancia medida en la quilla desde el codaste de popa a la roda de proa, muy cercana a la longitud total del buque, llamada eslora. <<

[121] Medida de longitud utilizada en la construcción de buques, equivalente a 0,278635 metros. <<

[122] La mayor anchura del buque, normalmente medida en su cuaderna maestra. <<

[123] Se denomina calado a la distancia desde la línea de flotación a la parte más baja del buque. Normalmente se mide a proa y popa, tomando como referencia la parte inferior de la roda y el codaste. <<

[124] Maroma muy gruesa que, asida al ancla, se utiliza para amarrar el buque en un fondeadero. <<

[125] Se denomina viento sucio al achubascado y oscuro que trae consigo aguaceros y lloviznas. <<

[126] Bracear unas velas en contra de otras, para mantener el buque sin movimiento.

<<

[127] El españolismo de este capitán quedó fuera de toda duda en posteriores intervenciones. Su hijo decidió tomar la nacionalidad española, bajo el nombre de Juan Kendrick. <<

[128] Se conoce por estrepada el empuje o fuerza que un buque adquiere en su velocidad. También se entendía por dicho nombre el esfuerzo reunido de muchos para tirar de un cabo. <<

[129] Morsas. <<

[130] Desde el año 1749, las empresas comerciales británicas ofrecían una recompensa de 20.000 libras para el capitán de buque mercante inglés que descubriera el anhelado Paso entre ambos océanos. Esta recompensa fue de aplicación a los comandantes de la Royal Navy, por decisión del Parlamento británico en 1776. <<

[131] Engalanada. <<

[132] Poco más de 15 metros. <<

[133] Bolitas o elipsoides de madera que, taladradas en su parte central y ensartadas en collar por un cabo, forman el racamento con el que se une la verga a su palo o mastelero. <<

[134] Vela triangular que, con vientos flojos, se larga sobre las cangrejas haciendo firme uno de sus puños en el pico, otro en la boca del cangrejo y el tercero en la encapilladura del mástil o mastelero del palo respectivo. <<

[135] Vela triangular de cuchillo, que se larga en un nervio paralelo e inmediato al estay de trinquere o el foque más bajo. En las goletas solía llamarse también como primer foque. <<

[136] Actual cabo Flattery. <<

[137] Ancla. <<

[138] Se entiende por irse, colarse o pasarse por ojo, irse a pique o hundirse, normalmente metiendo la proa en el agua y sin poder adrizarse el barco tras una poderosa cabezada. <<

[139] Actual punta Grenville. <<

[140] Pequeño cerco, cuadrado o rectangular, formado con listones o barrotes en la cubierta, entre cañón y cañón, para colocar las balas que han de tenerse a mano en combate. <<

[141] Se dice que un objeto vela cuando se hace visible sobre la superficie del agua. Así se denomina velar un bajo, una piedra, una boya, etc. <<

[142] Instrumento utilizado antiguamente para observar la altura de los astros. También se denominaba balestilla, palestrilla y báculo de Jacob. <<